TODO POR JESÚS

VÍAS FÁCILES DEL DIVINO AMOR

OBRA ESCRITA EN INGLÉS

POR

FEDERICO GUILLERMO FÁBER

PREPÓSITO DEL ORATORIO DE SAN FELIPE NERI,
BROMPTON, LONDRES,

Y TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL ORIGINAL

POR

D. GENARO ESPINO PUA

PRESBÍTERO

APROBADO POR LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

MADRID

SATURNINO CALLEJA. EDITOR

Calle de Valencia, 28.

MÉJICO.-- HERRERO HERMANOS

1000

BIBLIOTECA ESCOGIDA

DEL

PERFECTO CATÓLICO

XV

AL SR. D. DIONISIO GONZALEZ DE MENDOZA,

PRESBÍTERO, DOCTOR EN DERECHO Y TEOLOGÍA, EX-GOBERNADOR ECLESIÁSTICO Y DOCTORAL JUBILADO DE LA METRÓPOLI DE CUBA, MIEMBRO DE LA ACADEMIA DE LOS QUIRITES DE ROMA, VICEPRESIDENTE DE LA COMUNIDAD DE CAPELLANES REALES, RECTOR Y DIRECTOR DEL SEMINARIO Y COLEGIO DE SAN LORENZO DEL ESCORIAL, ETC., ETC.

No tengo otra cosa mejor que ofrecerle sino esta mi pobre traduccion del Todo por Jesús, del ilustre Federico Guillermo Faber.

Sírvase, pues, recibirla como testimonio de mi agradecimiento á los singulares beneficios que ha tenido la dignacion de otorgarme.

J. Espina.

Tuos simplices
Pueros congrega,
Ad sancte laudandum,
Sincere canendum
Ore innoxio
Christum puerorum ducem.

(CLEM. ALEX.,
lib. III, *Pædag.*)

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

A no pocos parecerá extraña esta mi ocurrencia de ensayar los conocimientos harto escasos que poseo en la lengua inglesa, traduciendo una obra de ciencia espiritual cabalmente en una nación que, por lo que hace á este ramo de la teología, no tiene rival en toda la Europa católica. Ocurrencia bien singular hubiera sido ciertamente esta ocurrencia mía, si el Todo por Jesús del ilustre Fáber fuese un manual de devoción y mística espiritual como tantos otros que hoy se publican. Porque, si bien dichas obras son recibidas con la general aceptación que se merecen, y encierran saludables enseñanzas para el adelantamiento en la virtud y perfección cristiana, no todas, sin embargo, ofrecen aquella novedad que embelesa al lector, haciéndole amable la piedad, y las más no parecen escritas sino á favor de cierta clase de personas, y para una época y circunstancias determinadas. Muy al contrario sucede con este precioso libro, que mereció á su autor una carta particular muy lisonjera del Papa Pío IX, en la cual le expresaba el profundo aprecio que de él hacía.

Obra es el Todo por Jesús que, al maravilloso encanto que resplandece en todas sus hermosas pá-

alto y con más elocuencia que cuantos razonamientos pudiera yo formular con este objeto.

Las relevantes prendas que adornaran á Fáber, fundador del Oratorio de San Felipe en Londres, cuyos miembros son las personas más ilustres por su saber y virtud de la Inglaterra católica, y el fin que se propuso al dar á luz su Todo por Jesús, son una garantía que dice bastante en favor del mérito de esta obra. En efecto, Federico Guillermo Fáber, nacido de una noble y distinguida familia, y cuyos hermanos ocupan en la actualidad elevados puestos en la Magistratura, en la Milicia y en la Iglesia, á la edad de veintidós años ya desempeñaba uno de los cargos más honoríficos en la Universidad de Oxford, y era reputado por uno de los primeros poetas de Inglaterra, pues entonces fué cuando escribió su poema inglés *Los Caballeros de San Juan*, que le mereció el premio *Newdegate*.

En aquella época tenía Fáber la desgracia de ser un furibundo anglicano; así es que en 1838, es decir, á los veinticuatro años de edad, publicó contra la Iglesia católica su primera obra con el título *Las cosas antiguas de la Iglesia de Inglaterra*, en la cual trató á aquella divina sociedad de una manera insultante y denigrativa, mostrándose acérrimo defensor del anglicanismo. Iguales ideas dominaban en las obras que después dió á luz con el mismo objeto.

Estos ataques indudablemente habían de contri-

ginas, reune la novedad en las imágenes, llenas todas de valentía y gracia poética, la originalidad en los símiles y la belleza y sublimidad en los pensamientos: novedad que cautiva al lector, ganando para Dios su corazón, por más frío y obstinado que sea. Obra utilísima á todos los católicos sin excepción alguna, así al religioso que mora en el claustro como al sacerdote secular en su casa y parroquia, lo mismo al monje y ermitaño en sus celdas y grutas que al hombre de negocios y opulento del siglo que viven en medio del mundo. Obra, en fin, que aprovecha todas las circunstancias de la época actual con tino exquisito, y que cualquiera diría ¡cosa singular! que había sido escrita para la España católica del siglo XIX.

Y no se crea que exagero, llevado de la afición que he podido cobrarla con la lectura constante que de ella he tenido que hacer, como por el trabajo no pequeño que he puesto para traducirla fielmente al castellano. No; y para desvanecer semejante reparo me bastaría apelar al fallo imparcial de cuantos quieran tomarse la molestia de leerla: seguro estoy de que habían de justificar este juicio mío. Pero prescindiendo ahora de tales pronósticos, y hecha asimismo abstracción de las poderosas razones que me sería fácil alegar, sacadas todas de la misma obra, para persuadir á cualquiera de su mérito incomparable, voy únicamente á exponer unos cuantos hechos que hablan en favor del Todo por Jesús más

mítaseme la expresión. Dígalo si no la primera, la francesa, de la cual en pocos años se han hecho *trece* ediciones, y hoy apenas se encuentra un solo ejemplar de la postrera; siendo cosa digna de notar que tuvo tan fabulosa acogida á pesar de ser traducción de la primera original, que deja mucho que desear, comparándola con la cuarta inglesa y siguientes, en las cuales Fáber suprimió secciones enteras, añadió otras y refundió no pocas: ediciones que, así castigadas por su autor, cualquiera diría que no han salido de la misma pluma.

Por lo que hace á la América del Norte, no se contentaron con tomar en menos de dos años más de 40.000 ejemplares, según confesión del mismo *Morning Post*, sino que los católicos de los Estados Unidos, autorizados por el autor, la reimprimieron en Nueva York; y ya en 1858 se habían agotado cinco grandes ediciones. A la vista tengo un ejemplar de la sexta, publicada en el mismo año, que me regaló un amigo y compañero que vivió algún tiempo en dicha ciudad.

Pero todavía, si cabe, habla más alto en favor del Todo por Jesús la prensa de Europa, así católica como protestante. Si no temiera abusar de la paciencia de mis lectores, insertaría aquí un sinnúmero de revistas y periodicos que á porfía tributaron los elogios más entusiastas á la presente obrita. No pareciéndome, sin embargo, oportuno pasarles todos en silencio, mencionaré entre los principales perió-

buir de uu modo poderoso á inducirle, después de su conversión á la religión católica, á reparar los escándalos que había dado mientras vivió en el seno del anglicanismo; siendo éste el fin con que escribió su TODO POR JESÚS, obra dedicada á la Confraternidad de la Preciosa Sangre, fundada por él cuando ya era católico, y la cual, á la muerte de Fáber, contaba más de 40.000 miembros, todos activos y fervorosos hijos de la Iglesia católica. ¿Y es creíble que en este su primer ensayo no desplegara todo su ingenio, sus profundos conocimientos teológicos, sus grandes dotes literarias y sus ricas galas poéticas, en justa reparación contra las calumnias que vomitara antes de abrazar el Catolicismo? No ciertamente; y la fabulosa acogida que semejante obra tuvo en Inglaterra nos lo demuestra de un modo palpable. Desde el año 1853, que vió esta obra por primera vez la luz pública, se han hecho *siete* ediciones, á 12.000 ejemplares cada una, y á la fecha está para agotarse la última: nótese, de paso, que las cuatro primeras ediciones es expendieron á los pocos meses de su publicación.

¿Extrañará ya nadie que todos los católicos de Europa y América se apresuraran á darla á conocer en sus países respectivos, ora traduciéndola, ó bien escribiendo elogios llenos de entusiasmo en sus revistas y periodicos? Bien pronto, en efecto, se tradujo al francés, holandés, alemán é italiano: traducciones que se recibieron hasta con delirio, per-

her, ni tampoco es necesaria semejante tarea; sus obras hablan muy alto, y su lenguaje penetra dulcemente hasta lo más íntimo del alma. Véase el TODO POR JESÚS. *¿No brilla en cada línea de este precioso libro un encendido amor por las cosas divinas que cautiva al lector y gana para Dios el corazón más obstinado? ¿Quién puede leer aquel pasaje tan conocido en que el P. Fáber habla de la* atmósfera encantadora *que rodea á quienes, en su misión de misericordia*, visitan la bohardilla ó el hospital, las cárceles y sótanos, *sin sentir en su corazón un impulso irresistible por ocuparse en obras asiduas y afectuosas de caridad para con los pobres, obras á las cuales podemos llamar* el apostolado de los ricos? Fáber ha merecido por sus elocuentes escritos el título de *Boca de oro*, el Crisóstomo de la Iglesia moderna».

Oigamos al *Morning Post*, que, á pesar de ser enemigo de la Iglesia católica, ha tributado al Padre Fáber y su obra TODO POR JESÚS los más cumplidos elogios. «En nuestra segunda edición, son sus palabras, del sábado 3 de Octubre de 1863, anunciamos la muerte de Fáber, Prepósito del Oratorio de Brompton, Londres, y el más distinguido, después de Newman, de todos los anglicanos convertidos á la fe católica. El Dr. Fáber era una de las personas más amantes del género humano; su nombre es popular en todo el mundo, y su muerte ha causado en los círculos católico-romanos un sen-

dicos que se han ocupado del Todo por Jesús á los siguientes: *The Tablet*, *The Weekly Register*, *The Morning Post*, *The Dublin Review*, *Die Katholische Cuartalschrift*, *Der Litterarische Handweiser*, *Die Sion*, *Bibliographie Catholique*, *L'Univers*, *Revue Catholique de Louvain*, *L'Ami de la Religion*, *Revue des Bibliothèques paroissiales*, *L'Union*, *Le Messager de la Charité*, *Le Rosier de Marie*, *La Voix de la Verité*, *Le Journal des Villes et des Campagnes*, *Le Monde*, *La Civiltà Cattolica*, etc., etc.

Voy á concluir transcribiendo algunos párrafos de los artículos que los periódicos ingleses consagraron al Todo por Jesús, que justificarán mis observaciones, á la vez que darán á conocer más y más su mérito é importancia. En el número 739, correspondiente al sábado 3 de Octubre de 1863, *The Veekly Register* se expresa en los siguientes términos: «Las elocuentes obras de Fáber, á la vez que el encanto de los literatos, son el consuelo de todas las almas cansadas del mundo; y los niños aun balbucientes han aprendido á tartamudear muchas de sus oraciones en aquellos preciosos himnos que el nombre de Fáber ha divulgado por todas partes. El Papa Pío IX, en carta particular, le ha expresado recientemente su profundo aprecio por los incomparables servicios que ha prestado á la causa de la Religión. No es ésta ocasión oportuna para hacer un análisis crítico de los estudios de Fá-

en verso, y todas ellas le acreditan por uno de los primeros escritores de este siglo, singularmente su Todo por Jesús, obra de un mérito incomparable». La misma revista, en el tomo XXXVI, Marzo de 1864, artículo 6.°, después de exponer las causas que, á juicio suyo, han contribuído á que haya tenido el Todo por Jesús tan fabulosa acogida, concluye con estas palabras: «Creemos que la obra del P. Fáber es utilísima á toda clase de lectores; pero muy particularmente, y de ello tenemos la más completa seguridad, quienes pueden estudiarla con grande aprovechamiento son los sacerdotes que tienen á su cargo la dirección de las almas. Aunque el Todo por Jesús no sea un manual completo de dirección espiritual, el mismo autor así lo reconoce, descúbrenos, sin embargo, nuevos horizontes de una ciencia espiritual más profunda y más original que la de cualquiera otra obra de igual índole. Si el haber recogido, ordenado y formado un cuerpo de doctrina con los materiales que encierran las minas de la más abstracta teología; si el haber dado vida y expresión á los más obscuros conceptos de otros escritores ascetas; si el haber inspirado á un asunto un interés devoto con los atavíos de la novedad y las galas del estilo, adornos que hacen de él una lectura no pesada é insípida, como en tantos otros que se ocupan de la misma materia, sino lo más amena y deleitable; si semejantes cualidades, decimos, hacen á un autor acree-

timiento de pena más profundo que el que pudiera producir la muerte de cualquier individuo de este cuerpo religioso». Después de una reseña entusiasta de sus funerales, á los que asistieron los personajes más ilustres de Inglaterra, Manning, hoy Arzobispo de Westminster, Oakeley, Morris, Dr. Newman, Stanton, Bowden, Dr. Talbot, etc., etc., recuerda el *Morning Post* que ya á la edad de veintidós años ocupaba Fáber en la Universidad de Oxford uno de los puestos más honoríficos, que era asimismo reputado por uno de los primeros poetas de Inglaterra, y continúa: «Sus obras han elevado su inspiración poética al más sublime grado, y pocos escritos de los tiempos modernos pueden compararse con los suyos. *La obra más popular de Fáber es el* TODO POR JESÚS, *libro que ha tenido una inmensa circulación en Inglaterra, y del cual, sólo en América, se han expendido más de 40.000 ejemplares.*

Ultimamente, *The Dublin Review*, excelente revista católica, acaso la mejor de Europa, redactada por los hombres más sabios de Inglaterra, en el tomo II, correspondiente á Enero de 1864, artículo 6.°, hablando del autor del TODO POR JESÚS, se expresa así: «No recordamos haber oído nunca á un orador de las prendas de Fáber, ni tampoco conocemos á sujeto alguno que mejor nos recuerde el espíritu y doctrina de San Bernardo. El Dr. Fáber ha publicado obras excelentes, así en prosa como

DEDICATORIA DEL AUTOR

A los fieles que frecuentan el Oratorio de San Felipe Neri, situado en la calle King William, Charing Cross, Londres.

Mis queridos amigos y bienhechores: Me atrevo á dedicaros esta obra por más de una razón. Yo quisiera que quedase como perpetuo recuerdo y memorial eterno de mi agradecimiento á las afectuosas relaciones que habéis tenido la dignación de mantener con los hijos de San Felipe: relaciones todas que llegaron á estrecharse con los intereses más queridos, por ser los más sagrados de vuestra vida. Durante más de cuatro años, nuestra propia causa la habéis hecho vuestra, gozándoos en nuestros triunfos y llorando nuestras aflicciones; al propio tiempo que nosotros, bien lo sabéis, tomamos á cargo nuestro el ayudaros á sobrellevar, conforme á la pobre medida de nuestro amor, vuestros cuidados y desvelos, vuestras penas y trabajos, aliviándoos del peso enorme de vuestras desventuras, según á un corazón le es dado aligerar á otro corazón en Cristo.

Los sacramentos, la oración y predicación de la divina palabra formaron la triple cuerda que nos ligara con tan estrechísima lazada, que unos y

dor al título de la originalidad, el P. Fáber se merece la palma, no tanto por haber escrito una obra que reune todas estas condiciones, como por haber inaugurado una nueva era en un ramo de literatura que es, sin comparación, el más importante de cuantos puedan mencionarse por su influencia en la humanidad.

Estos elogios por el Todo por Jesús, y el convencimiento que de su mérito incomparable llegué á adquirir con su lectura, me indujeron á traducirla al castellano; y á este fin pedí la competente autorización para publicarla al actual Prepósito del Oratorio de Londres, Federico Dalgairns, uno de los más ilustres escritores de Inglaterra, quien tuvo la galantería de concedérmela para todas las obras de Fáber. Yo bien sé que, á pesar de haber puesto el mayor cuidado posible para traducirla con toda fidelidad, y de haber leído y vuelto á leer mi manuscrito, haciendo las correcciones que me parecieron oportunas, no ignoro, repito, que tendrá no pocas faltas, que mis escasas luces no me permiten distinguir. Espero, sin embargo, que se me disimularán, siquiera por el buen deseo que me mueve á publicarla, el cual, bien lo sabe Dios, no es otro que aficionar á mis hermanos, por medio de su lectura, á ser celosos por la gloria de Dios, susceptibles por los intereses de Jesús y solícitos por la salvación de las almas, único objeto del Todo por Jesús.—*G. Espino.*

despedida; y ¡ojalá que no sea una mera prenda de nuestro amor mutuo, sino también el suave olor de Cristo y la virtud de su divina gracia! Hallaréis en sus páginas muchas cosas que tantas veces habéis oído, que ya su misma repetición llegaba á haceros sonreir. En ella leeréis aquellos dulces pensamientos y tiernas palabras acerca de Jesús y María que robábamos á los Santos, para meditarlos juntos. Encontraréis asimismo no pocas frases que os serán tan conocidas como el estribillo de una canción favorita y la suave melodía de un himno del Oratorio. En lo sucesivo, si tales cosas merecen recordación, os traerán indudablemente á la memoria el aspecto modesto de nuestra pobre y vieja capilla con su altar apiñado de ministros del Altísimo, la serie de confesonarios colocados alrededor del Señor y de su pequeña Sión, la imagen bella y agraciada de nuestra Inmaculada Madre María, el pálido y macilento San Felipe con su Niño Jesús Salvador nuestro, el Crucifijo lleno de expresión y de vida, á cuyos pies rara era la vez que no se hallase postrado algún cristiano en rendida adoración. Palabras y expresiones, textos y anécdotas, día vendrá en que tengan, así para vosotros como para mí, un valor incalculable, á causa de los dulces y tiernos recuerdos que despertarán en vuestras almas; y quizá Dios, en su infinita misericordia, se sirva tener la dignación de inspirar en ellas el calor de la vida y de la gracia, para

otros llegamos casi á tener unos mismos pensamientos y sentimientos, idénticos pesares y regocijos, iguales esperanzas y temores en el corazón de nuestro común Padre San Felipe. Ya, desde el primer instante de nuestra unión, todos preveíamos que semejante reciprocidad de afectos y mutuo compañerismo no habían de durar siempre. A imitación del Apóstol de las Gentes en Roma, nos hallábamos como prisioneros en una casa alquilada, y humillado nuestro Señor adorable en el Santísimo Sacramento, no ciertamente más allá de los abismos de su condescendencia inefable, pero sí sobre lo que podía sufrir la paciencia de nuestro amor á tan cariñoso Padre. Las circunstancias de esta populosa ciudad no siempre dejan á los católicos en completa libertad de elegir el lugar que más les agrade para morada suya y de su Dios y Señor. Y en verdad que no fueron pocos los esfuerzos que se hicieron, por espacio de cerca de dos años, para ver de encontrar casa para nuestro Santo próxima al campo de sus primeros trabajos; y después de repetidos desaires, cuando las tentativas parecían enteramente inútiles y todas nuestras gestiones para obtenerla se reducían á la nada—debemos creer que sucedía así por voluntad de Dios,—he aquí que fuimos trasladados á otra parte de este poblado desierto.

Ved, pues, otra de las razones que me han movido á dedicaros esta obra. Para no pocos es una

PRÓLOGO DEL AUTOR

Al ofrecer al público este pequeño tratado espiritual, paréceme que dos cosas solamente exigen explicación. 1.ª Hablo en él constantemente de la Confraternidad de la Preciosa Sangre; y esto pudiera hacer creer á no pocos que un tratado semejante únicamente interesaba á los individuos que forman dicha Hermandad. Preciso es, pues, que yo desvanezca de su ánimo tal presunción. Hágolo así, es decir, menciono continuamente á la Confraternidad, porque la obra está destinada para servir de manual á los miembros que la componen; mas no se crea por eso que no sea igualmente útil y provechosa á todos los católicos devotos. 2.ª A la vez que confío en la caridad de mis lectores, que han de interpretarme en los pasajes obscuros y dudosos, sólo según la significación que en semejantes lugares intentan los escritores probados por su ortodoxia, quisiera asimismo precaverme particularmente contra una mala inteligencia. Acaso pudiera decirse que todas estas prácticas y devociones tienen por único blanco el amor afectivo, y no el efectivo; y en su consecuencia llegue á suponerse que mi objeto, al escribir semejante manual, no fué otro que inspirar á los fieles el primero, sin proponerme siquiera ex-

que lleguen á herirnos y encendernos en la llama del divino amor.

Muchas otras cosas pudiera deciros, porque la gratitud, no lo ignoráis, está dotada de una memoria fidelísima y de una lengua llena de facundia; pero un largo discurso acaso se creería una especie de alabanza propia, una apología de sí mismo, que para vosotros, que me conocéis, no es ciertamente necesaria.

Juntos hemos aprendido á profesar á Jesús un tierno amor; recíproca ha sido nuestra instrucción, y mutuo el auxilio en todas nuestras necesidades. Cada mes que transcurría, cada fiesta, novena, octava, triduo que se celebraba, con sus respectivas pláticas, himnos y oraciones, el amor hacia nuestro Señor iba poco á poco creciendo en nuestro corazón. Así, pues, roguemos unos por otros, para que, á pesar de todos los cambios y de todas las separaciones, nos mantengamos unidos en indisoluble unión; y aquello que intentamos ser en nuestro antiguo Oratorio querido lleguemos á llevarlo á cabo ahora y siempre más y más completa y absolutamente TODO POR JESÚS, ya que Él es TODO NUESTRO.

FEDERICO GUILLERMO FÁBER.

con sus dulces atractivos y deliciosos encantos, tienden á reanimar el fervor de su corazón, á encender su amor y aumentar la suavidad que experimentan en la práctica de la religión y observancia de los deberes que ésta las impone. Mi ánimo es hacer graciosa y espléndida la piedad de aquellos que, á imitación mía, necesitan de semejantes auxilios. He aquí mi único objeto; no me he atrevido á aspirar á cosas más levantadas. Si mi obrita solicitara, aunque no fuese más que á un solo corazón, á amar á nuestro Señor dulcísimo con un poquito más fervor, Dios entonces habría bendecido, así á la obra como á su autor, incomparablemente más de lo que se merecen.

citarlos hacia la prosecución del último. Indudablemente, el amor no puede menos de ser efectivo, y el amor efectivo consiste en la mortificación, que empezando en la negación de sí mismo, negación indispensable á todo cristiano para evitar la culpa mortal, sube hasta la abnegación de los Santos acerca de las materias que sólo son de consejo, y no raras veces parecen á nuestra pobre aprehensión espiritual que llegan á rayar en la extravagancia. No existe ciertamente ninguna santidad sublime privada de aquel grado de abnegación que va más allá de lo que prescribe el precepto, y de lo que absolutamente exige de todos el simple acto de evitar la culpa y sus ocasiones y preludios; pero no es éste el asunto de que yo ahora estoy tratando. Al presente no estoy propóniendo lo que es perfecto, sino aquello que es fácil. Yo no intento conducir á las almas á la cumbre de la perfección espiritual, ¡líbreme Dios de incurrir en tan loca presunción ó tontería, que me atreva á pretender una cosa semejante! Como hijo que soy de San Felipe, yo no tengo que ver más que con el mundo, esto es, con las personas que viven en medio del mundo y procurán con él ser virtuosas, santificándose á sí mismas en las condiciones ordinarias de la vida. A éstas es á quienes yo me dirijo, y á las que propongo para su aprovechamiento espiritual, no ciertamente cosas muy altas que sobrepujen á sus débiles fuerzas, sino cosas que, al mismo tiempo que embelesan

TODO POR JESÚS

CAPÍTULO I

INTERESES DE JESÚS

Jesús todo por nosotros y todo por amor. — Sus intereses, el objeto de la Confraternidad de la Preciosa Sangre.—Intereses humanos.— Intereses diabólicos. — Intereses de Jesús: 1.°, en la Iglesia triunfante; 2.°, en la Iglesia purgante; 3.°, en la Iglesia militante.— Los cuatro principales: 1.°, la gloria de su Padre; 2.°, el fruto de su Pasión; 3.°, el honor de su Madre; 4.°, el aprecio de la gracia. — No siguen la misma regla que los intereses del mundo.— No esperar de ellos resultados visibles.— La oración, el medio principal de promoverlos.

SECCIÓN I

Jesús todo por nosotros y todo por amor.

Jesús nos pertenece, y se digna ponerse á nuestra disposición, y nos da cuanto somos capaces de recibir, y nos ama con un amor que no hay lengua que pueda expresar, ni criatura alguna que sea capaz de imaginar ni concebir; y condesciende á desear con un anhelo inefable que nosotros le amemos con puro y fervoroso amor. Sus méritos pueden llamarse

que hacer en nuestra salvación: no hay un solo miembro de su Cuerpo santísimo que no sufriera por nosotros: no hay pena, oprobio é ignominia que en favor nuestro no apurara hasta las últimas heces de su amargura: no hay una sola gota de su Sangre Preciosísima que no derramara por nosotros, ni latido de su Sacratísimo Corazón que no fuera un acto de amor. En las Vidas de los Santos leemos cosas tan asombrosas sobre su amor á Dios, que ni siquiera nos atrevemos á pensar en imitarlas. Unos practicaron prodigiosas austeridades; otros pasaron toda su vida en un silencio sepulcral; éstos se arrobaban en suavísimos éxtasis y raptos; aquéllos eran amantes apasionados del sufrimiento y desprecio; los unos suspiraban y se consumían en una santa impaciencia por morir, y los otros hasta cortejaron la muerte, y exhalaron su postrer suspiro en medio de los más atroces tormentos de un martirio cruel. ¿No os sorprende cada uno de estos prodigios de amor? Pues bien; juntadlos todos en un solo corazón: concebid dentro de él todo el amor de Pedro, Pablo y Juan, el de San José y la Magdalena, el de todos los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes que ha habido hasta hoy; imaginaos que un milagro da resistencia á este corazón para contener tanto amor; añadid ahora todo el encendido fuego divino de los nueve coros de innumerables ángeles, y hacedle, por fin, rebosar con

nuestros como suyos; sus satisfacciones son, más que suyo, nuestro tesoro; sus Sacramentos no son otra cosa sino los medios que su amor inventara para comunicarse á nuestros corazones. Doquiera volvamos la vista en la Iglesia de Dios, allí está Jesús. Él es para nosotros principio, medio y fin de cuanto existe. Es nuestra ayuda en la penitencia, nuestro consuelo en el dolor, nuestro socorro en la tribulación. Nada hay bueno, nada santo, nada bello, ni nada agradable, que no sea para sus siervos. Ninguno puede llamarse pobre: porque, si quiere, puede tener á Jesús por su propia herencia y posesión. Ninguno debe dejarse dominar por la tristeza, porque Jesús es la alegría del Cielo y tiene sus mayores complacencias en habitar con las almas angustiadas. Podremos exagerar muchas cosas, pero jamás encareceremos debidamente nuestros deberes para con Jesús, ni el exceso de su tiernísimo amor hacia sus culpables criaturas. Si empleáramos toda nuestra vida en hablar de Jesús, nunca llegaríamos á agotar las riquísimas y suavísimas cosas que de Él pudieran decirse. La eternidad no es bastante larga para aprender todo lo que Jesús es, ni para alabarle por todo cuanto ha hecho; mas no importa, porque en la eternidad viviremos siempre en su compañía, y ninguna otra cosa desearemos.

Nada nos ha escaseado Jesús: no hay facultad de su Alma purísima que no haya tenido

nos estorbe comer, ni beber, ni dormir, teniendo delante de nosotros, á todas las horas del día y de la noche, el objeto del más entrañable amor y de la caridad más abrasada del Dios omnipotente, sapientísimo, santísimo, bellísimo y eterno. ¡Oh la más increíble de las más espantosas maravillas! Las bendiciones llegan casi á ahogarnos; las gracias se multiplican hasta sobrepujar al cálculo; las misericordias divinas se renuevan todos los días, y después de todo nos espera la recompensa que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano concibió jamás. Esto por lo que hace á Jesús.

Y hasta hoy ¿qué hemos hecho nosotros, por quien tanto trabajó en favor nuestro, y cuyo único objeto en todos sus actos no fué otro sino ganar nuestro amor? ¡Ah! Fijamos la vista en un Crucifijo, y apenas nos conmueve: oímos hablar de las amarguras de su Pasión, y nuestras ojos permanecen enjutos y frío nuestro corazón: doblamos la rodilla para orar, y difícilmente conseguimos mantener fijo nuestro pensamiento en Jesús el espacio de un cuarto de hora: acudimos ante su presencia soberana en el Sacramento augusto del Altar, y sentimos postrarnos en tierra, por temor de manchar el vestido: vemos que otros pecan, y ¿qué nos importa á nosotros, decimos, que sea Jesús ofendido con culpas ajenas? ¡Seguramente que bien poco nos interesa Jesús, cuando es tal nuestra

la abrasada caridad del Corazón Inmaculado de nuestra Madre querida, y todavía todo ese amor no se acercará ni siquiera será sino una imitación mezquina del amor que Jesús tiene á cada uno de nosotros, por indignos y malvados que seamos. Conocemos nuestra propia perversidad, nos aborrecemos por nuestras culpas pasadas, y nos irritamos con nuestra ruindad y vileza; y Jesús, sin embargo, nos quiere con ese tiernísimo amor, y está pronto, si necesario fuese, según lo reveló á uno de sus siervos, á volver á bajar del Cielo para ser otra vez crucificado por cada uno de nosotros.

Lo verdaderamente asombroso no está en que nos amara tanto, sino más bien en que se dignase amarnos. Considerando quién es Él y lo que somos nosotros, ¿tenemos acaso un solo título á su amor, á no ser el exceso, y, sin nuestro Jesús adorable, hasta la desesperación de nuestra miseria? No tenemos ningún otro título para con Él, sino aquellos que Él mismo, en su misericordia infinita, inventara en favor nuestro. ¿Puede haber cosa más odiosa, ni más ruin y miserable que nosotros? ¡Y, no obstante, ámanos con tal exceso de amor! ¿Cómo es que siempre no nos ocupa esta única idea? ¿Cómo podemos tomar interés por otra cosa que no sea el tiernísimo amor de Dios á sus culpables criaturas? Es casi increíble que lleguemos á desempeñar nuestras tareas diarias, que gustemos de las criaturas, que no

tas opiniones políticas: crean compañías de caminos de hierro, de vapores y minas, ¿y todavía no habíamos de abrir una oficina para despachar los negocios de Jesús, para defender sus derechos y fomentar sus intereses? Pues no olvidéis que éste es cabalmente el fin de la Confraternidad de la Preciosa Sangre. Al entrar en ella, es preciso que dejemos á la puerta nuestra voluntad: nada propio tenemos; todo es de Jesús. Tal es la obligación que nos imponen sus intereses.

Esto supuesto, tratemos ahora de formarnos una idea exacta de los intereses de Jesús; de otra suerte, nada podremos hacer para aumentarlos. Nunca el hombre trabaja á ciegas; menester es que conozca siempre lo que tiene entre manos. Vosotros sabéis lo que es tomar interés por alguna cosa. Si dirigís una mirada por el mundo, veréis que todos tienen algún interés predilecto: en el mundo casi existen tantos intereses como personas hay en él. Todos vosotros tropezáis en las calles con alguno que va tras un objeto cualquiera: lo conoceréis en su semblante, en la viveza de sus ojos y en su paso acelerado. Sea ese objeto político, literario, mercantil, científico, de pura ambición ó inmoral, es lo cierto que todos toman á pechos el interés de su elección, y que desempeñan á las mil maravillas su cometido. Por él trabajan con desvelo todo el día: pensando en él se van á la cama, con él sueñan, y con

onducta para con Él! Sin embargo, así sucee por desgràcia. Seguimos nuestros caprichos, · hacemos siempre nuestra propia voluntad; uestro principal objeto es gozar y ocuparnos n cosas que halaguen nuestro amor propio; fanámonos en procurarnos medios para pasar na vida regalona. Por lo que hace á la peniencia, se reserva para lo último. Es preciso ue disfrutemos ahora de comodidades corporas y conveniencias mundanas; y la vida esiritual no debemos considerarla sino como una e esas consolaciones interiores sin las cuales iquiétanos el corazón, por no hallarse en su entro. Si honramos á Dios, es por interés; si ocorremos á nuestros hermanos, ¡hasta en la aridad!, nos buscamos á nosotros mismos. ¡Pore Jesucristo!, como solía decir San Alfonso e Ligorio, ¡pobre Jesucristo! ¿Quién piensa n Ti? ¿Quién promueve tus intereses?

He aquí, pues, el verdadero objeto de nuesra Confraternidad de la Preciosa Sangre— uidar de los intereses de Jesús, y promoveros por cuantos medios estén á nuestro alcane.—Difícilmente habrá objeto alguno mundao de importancia que no tenga alguna asociaión para defender sus derechos y promover us intereses. ¿Por qué, pues, no habrían de enerla igualmente los intereses de Jesús? La iencia tiene sus academias y sus juntas resectivas: asócianse los hombres entre sí con bjeto de hacer triunfar algunas de sus favori-

obra divina, ¡tan buena é inocente es á sus ojos! ¡Cuántos católicos no censuran lo bueno y critican de las personas piadosas protestando al propio tiempo que no consentirán jamás ser agentes del diablo! Los intereses del espíritu maligno son muy varios: solicitar al pecado mortal, inducir al venial, resistir la gracia, estorbar la contrición, retraer de los Sacramentos, fomentar la tibieza, desacreditar á las personas piadosas, obispos y órdenes religiosas; poner obstáculos á la vocación, divulgar chismes, distraer al pueblo de la oración, infundir en los hombres el amor de frivolidades y modas mundanas, hacerlos malgastar su dinero en niñerías, adornos, joyas, papagayos, ricas porcelanas y elegantes vestidos, en vez de invertirlo en socorrer á los pobres de Jesús; excitar á los católicos á lisonjear á los poderosos, á poner toda su confianza en los príncipes, y adular servilmente al partido político que está en el poder; inspirar en su ánimo una desconfianza recíproca, y hacer que se ofendan y escandalicen unos de otros, como chiquillos ó fariseos; entibiar, en fin, la devoción á María, y persuadir á los hombres que el divino amor es una indiscreción y mero fanatismo: tales son los principales intereses que el diablo se afana tanto por adquirir y fomentar. Es verdaderamente asombroso ver con qué energía trabaja por ellos, y con qué refinada astucia y habilidad pasmosa los acrecienta en el mundo. Sería,

despiertan por la mañana. Aun, en domingo, ›n más bien sus manos las que descansan ıe su cabeza y corazón. Ved lo que los hom- ·es proyectan ahora para abolir la esclavitud, ›tener libertad de comercio, acometer empre- .s colosales, facilitar las comunicaciones y ›nstruir nuevas líneas férreas. Es, pues, in- ıdable que los hombres tienen un sinnúme- ı de intereses en el mundo, que están apa- onados por ellos, y, que por ellos trabajan ısta con frenesí. ¡Oh, si trabajásemos así por ios, por nuestro bonísimo, misericordiosísimo eterno Dios!

También el demonio tiene sus intereses en el undo; se le ha permitido formar una monar- ıía en oposición á Dios, y, como todos los so- ›ranos de la tierra, posee una multitud de tereses. Así es que tiene agentes por todas ırtes, espíritus invisibles, diligentes, activos, ıe hormiguean en las calles de las grandes ›blaciones para hacer prosperar los intereses › su rey. Solicitan á los trabajadores en el .mpo, y discurren qué pueden conseguir del onje en el claustro, y del ermitaño en su gru- . Hasta en los templos, durante la Misa, es- n afanosos, convidándonos con su comercio cito. También nuestros hermanos se alistan millares bajo la bandera del diablo: no po- ›s trabajan gratis en favor suyo; y lo que es ás deplorable todavía, una gran parte hasta ›ga á persuadirse que está ejecutando una

ración, con todo Sacramento debidamente administrado ó humildemente recibido, con todo homenaje y acto de amor á María, con toda invocación á los Santos, con toda cuenta de rosario, con toda gota de agua bendita, con toda señal de la cruz, con toda pena pacientemente sufrida, con toda calumnia tolerada con resignación, y con todo buen deseo, aunque no se ponga por obra. Todas estas cosas, como se hagan con devota intención y en unión con los méritos de nuestro Señor amoroso, aumentan considerablemente la gloria divina. No se pasa una sola hora, así á lo menos lo creemos, en que no arribe al puerto dichoso del Cielo una nueva alma, procedente del Purgatorio ó de la Tierra, para empezar su eternidad de alabanzas y arrobamientos. Cada alma que aumenta la muchedumbre de adoradores, cada voz silenciosa agregada á los coros angélicos, es un grado más de gloria divina; y en el interés de Jesús está hacer que estos arribos sean cada vez más frecuentes, y que esas almas lleven consigo, á su entrada en la gloria, un riquísimo tesoro de merecimientos, y un grado muy subido de amor de Dios. Hasta en el Cielo tiene la Confraternidad trabajos en qué ocuparse, y amplios poderes para llevarlos á cabo. El Cielo es una de nuestras oficinas, y son innumerables los negocios que hay que despachar en sus magníficos estrados: negocios favorables á los intereses de Jesús; negocios que El tiene en grande

ciertamente, una cosa digna de admiración esta prodigiosa actividad del diablo, si no nos hiciese temer por nuestra propia alma, y si todo cuanto se opone á Dios no fuese puramente odioso y abominable. Al rival del Criador se le permite, por secretos designios de la Providencia, lograr no pocos de sus perversos fines en esta creación que el Altísimo una vez contemplara y bendijera en su amor inefable. Los intereses humanos ponen á un lado los intereses de Jesús, bien como cosas gravosas, y no raras veces como objetos inútiles. Los diabólicos opónense abiertamente á los de Jesús, y, doquiera prosperan aquéllos, bajan éstos ó desaparecen por completo.

SECCIÓN II

Intereses de Jesús.

Examinemos ahora los intereses de Jesús: echemos una ojeada por toda la Iglesia su Esposa. Recorramos primeramente el Cielo, ó la Iglesia triunfante. El interés de Jesús consiste en que se aumente por todos los medios posibles, y á cada hora del día y de la noche, la gloria de la Beatísima Trinidad; y dicha gloria divina, llamada accidental, se aumenta con toda buena obra, palabra y pensamiento, con toda correspondencia á la gracia, con toda resistencia á la tentación, con todo acto de ado-

ción ofrecida á Dios por esas almas benditas, toda oblación de la Preciosa Sangre presentada al Padre Eterno; oir Misa, comulgar, mortificarse, las disciplinas, el tosco sayal, el cilicio, las indulgencias, el jubileo, la recitación devota del *De Profundis*, la limosna dada al más menesteroso: todas estas cosas forman parte de la gloria de Jesús, y como se apliquen por la intención de esos hermanos nuestros, aumentarán á todas horas los intereses de Jesús en el imperio mariano del Purgatorio. He aquí, pues, otra de las oficinas de la Confraternidad; y no haya miedo que abrumemos de negocios al glorioso secretario de esa región vastísima, al bienaventurado San Miguel, ministro de María. Ved cómo trabajan los marineros con las bombas para salvar sus vidas á bordo de un buque que hace agua. ¡Oh, si tuviéramos nosotros la caridad de trabajar así con la fina instrumentación de las indulgencias á favor de las ánimas benditas del Purgatorio! A nuestra disposición están las infinitas satisfacciones de Jesús, los dolores de María, los tormentos de los mártires y la laboriosidad y perseverancia en el bien obrar de los confesores. Jesús no quiere hacerlo aquí por Sí mismo, porque desea ver cómo le ayudamos nosotros, y porque cree igualmente que se alegrará nuestro amor dejándonos algo que hacer en obsequio suyo. Santos ha habido que consagraron toda su vida á esta única obra de minar el

estimación, y por lo cual nos importa sobremanera no dejarlos de la mano.

Del Cielo bajemos con la consideración á ese vastísimo reino del Purgatorio, con su Emperatriz Madre María. Toda esa innumerable muchedumbre de almas son las esposas fieles y queridas de Jesús; pero ¡en qué espantoso abandono de tormento sobrenatural no las ha dejado su amor! Jesús suspira por su libertad; anhela con vivas ansias verlas transportadas de esa tenebrosa región llena de tinieblas y sufrimientos á la esplendorosa luz de su mansión celestial; sin embargo, hase en cierta manera atado sus propias manos. Ya no las concede ninguna gracia, no las otorga tiempo de hacer penitencia, ni las permite merecer, y, según algunos han creído, ni siquiera pueden allí orar. ¡Cuán lamentable no será, pues, la situación de esas almas afligidas en tan horrible morada! Porque—y medítese bien esto—la suerte dichosa de estas almas depende más bien de la Tierra que del Cielo, más de nosotros que de Jesús: así lo ha ordenado Aquel de quien todo depende, y sin el cual no hay dependencia alguna. Es, pues, evidente que Jesús tiene intereses en el Purgatorio y desea ver á sus cautivos puestos en libertad. A nosotros, que si tenemos un principio de vida sobrenatural, es favor suyo, pídenos ahora, con las lágrimas en los ojos, que rescatemos á aquellos á quienes Él ha redimido. Toda satisfac-

sobre ellos más espesas que los copos en una gran nevada; y quienquiera que gane esta batalla, Jesús ó el diablo, ceñirá eternamente la corona del vencedor, porque ya no ha lugar á un segundo combate. Hay agonizando católicos que hace años no se acercaron á recibir los Sacramentos, y Santos cuyo medio siglo de merecimientos y amor heroico corre un inminente peligro de perderse. Solamente necesitan una cosa: la perseverancia final; y, por más esfuerzos que hagan, no conseguirán merecerla. ¡Hay herejes que jamás sospecharon que vivían en la herejía, y herejes de mala fe que calumniaron á la Iglesia y blasfemaron de la Madre de Dios! ¡Hay judíos descendientes de aquellos que crucificaron á Nuestro Señor, y mahometanos que son los dueños de Jerusalén! ¡Hay hotentotes que dan culto á horribles deidades, ó indios americanos que nunca tuvieron otro pensamiento más elevado que la caza y piratería, y cuyos méritos son proporcionados al número de sus asesinatos! ¡Hay hombres emblanquecidos por las heladas nieves del Norte, y hombres tostados con los rayos abrasadores del Mediodía! ¡Hay, en fin, expirando á cada momento del día y de la noche muchos hermanos nuestros, en el más espantoso abandono, sobre la cima de los montes y en lo profundo de los valles, en las ciudades y en los desiertos, en la tierra y en el mar, en lóbregos calabozos y en regios alcázares! ¡Y Jesús

Purgatorio; y á quien lo examine á la luz de la fe, no le parecerá una cosa tan extraña. Es una comparación, si se quiere necia, pero es lo cierto que, según todos los principios del cálculo, mayor hazaña es sacar una sola alma del Purgatorio que haber ganado la batalla de Waterloo, é inventado la máquina de vapor; y con todo, apenas puedo yo concebir que exista un solo miembro de la Confraternidad que no haya hecho ya algo más que rescatar una sola alma.

Trasladémonos ahora á la Iglesia militante: aquí los intereses de Jesús son muy ricos y varios. Encuéntranse cosas que hacer, y cosas que omitir, corazones que persuadir, y corazones que disuadir. Tanto es lo que hay que hacer, que uno no sabe por dónde empezar ni cuál sea lo primero que deba ponerse por obra. Aquellos que no aman á Jesús, es preciso que le amen; y quienes tienen la dicha de amarle, que crezcan todos los días en semejante amor. Cada uno de nosotros podía tomar para sí un departamento, y en él hallaría obra en qué emplear toda su vida. Los hombres en su agonía es uno de los departamentos que podríamos escoger. ¡Oh, y qué peligro no corren los más caros intereses de Jesús en el lecho de esa muchedumbre de moribundos que en la redondez del Globo están exhalando su postrer suspiro á cada momento del día y de la noche! Satanás trabaja sin descanso; las tentaciones caen

nía de Jesús, rezaré tres *Padrenuestros* y *Ave-Marías* por los moribundos—véase en la *Raccolta*.—No pocos Santos y personas virtuosas han tenido esta devoción especial por las almas en su última agonía. En la vida de una de las primeras madres de la Visitación se refiere que, estando velando al Santísimo Sacramento durante la noche del Jueves Santo de 1644, tuvo una visión de Nuestro Señor en su agonía; en cuya visión recibió singular luz y gracia especial para rogar por la intención de los agonizantes. «¡Ay!, exclamaba, las agonías de las pobrecitas criaturas son horas terribles!»; y en verdad que ese momento decisivo de la eternidad es el único negocio importante que tenemos que despachar. Desde la hora en que esta religiosa recibió semejante favor, la parecía estar oyendo con frecuencia los suspiros de los moribundos; y era tal el efecto que causaban en su ánimo, que después, al acostarse y levantarse, acostumbró siempre á rezar las oraciones de la Iglesia por los moribundos. Solía meditar sobre estas palabras que el Señor dijo de Sí mismo poco antes de su muerte: «Viene el príncipe de este mundo y nada halla en Mí»; como si toda la vida debiésemos consagrarla á disponernos á hacer de algún modo nuestras estas palabras, para cuando nos llegue la última hora. Cuéntase de la misma religiosa, que yendo á Annecy el Obispo de Ginebra el día de San Jerónimo á consagrar la iglesia de la

murió por cada uno de ellos tan exclusivamente, como si no hubiese ningún otro por quien dar su vida; y ahora mismo está pronto, si necesario fuese, á volver á bajar del Cielo para ser otra vez crucificado por esos infelices! ¡Recorramos toda su larga Pasión; enumeremos sus pasos, sus lágrimas, sus gotas de sangre; contemos las espinas, los golpes, los esputos, las caídas; penetremos en los insondables abismos de oprobios é ignominias que envuelve semejante Pasión; sondeemos la tortura y angustias horribles del Sacratísimo Corazón de Jesús! ¡Pues bien, todos esos crueles tormentos sufrió por aquel pobre indio que ahora está agonizando bajo las sombras de los Andes; y, si muere y no se salva, todo fué en vano! Los moribundos, como llevo dicho, no son más que uno de los departamentos de los intereses de Jesús; y San Camilo fué suscitado por Dios para fundar una Orden exclusivamente en alivio suyo. ¡Cuánto no podríamos igualmente decir de los pecadores, herejes é infieles, de los presos, de los calumniados y de aquellos que padecen escrúpulos y tentaciones! No acabaríamos nunca si fuésemos á enumerar todos los intereses que tiene Jesús sobre la Tierra.

Pero ya que he mencionado á los moribundos y los peligros de su hora postrera como objeto de una especial devoción, no estará fuera de lugar recordaros que Pío VII concedió indulgencias á todo el que, en honor de la ago-

varlo á cabo. No hay cosa alguna que no tenga dos lados, uno favorable á Jesús, y el otro contrario suyo. El diablo posee en el mundo otros intereses á más de la culpa grave, y puede con ellos hacer guerra á Jesús, y obtener un éxito casi igual al que consigue con las culpas mortales: el veneno lento produce á veces su efecto en las almas mejor que el activo. Ved, pues, la multiplicidad, la ubicuidad, la urgencia que reclaman los intereses de Jesús. Y para hacer frente á semejantes necesidades es por lo que somos nosotros miembros de la Confraternidad.

Aunque sea imposible examinar minuciosamente todos los intereses que Jesús tiene en la Tierra, es preciso, sin embargo, si hemos de saber cuál es nuestro oficio y empleo como miembros de la Confraternidad, formarnos de ellos una idea clara y distinta. Si estudiamos el Sagrado Corazón de Jesús, según Él mismo nos le ha revelado en el Evangelio, en la historia de la Iglesia y vidas de los Santos, y conforme le descubrimos nosotros mismos en la oración, veremos que los numerosos y variados intereses de Jesús pueden reducirse á cuatro clases. Un breve bosquejo de cada una de ellas nos dará una idea clara de la obra que vamos á emprender. El principal interés de Jesús es indudablemente nuestra propia santificación interior: el reino de los cielos está dentro de nosotros. Pero, á pesar de toda la

Orden, como desease la Superiora que una de las seis capillas fuese dedicada á San José, suplicóla esta buena hermana que lo fuese á San José agonizando en los brazos de Jesús y María. «¡Oh madre mia!, la dijo, Dios me ha hecho saber que, por dicha devoción á San José moribundo, es voluntad suya colmar de gracias á los agonizantes; y como este glorioso Patriarca no subiera inmediatamente al Cielo, pues todavía no le había abierto Jesús, sino que bajó al Limbo, el ofrecer á Dios la resignación de ese gran Santo al expirar y abandonar á Jesús y María, y el honrar la santa paciencia de su tranquila expectación hasta el amanecer de la Pascua, cuando Jesús resucitado sacóle de allí, es una devoción eficacísima en favor de los moribundos y almas del Purgatorio.» Basta lo dicho acerca de esta devoción; pues, como ya llevo indicado, no acabaríamos nunca si fuésemos á ocuparnos de todos los intereses que Jesús posee en la Tierra.

No hay fonda ni café, teatro ni casino, salón de baile ni concierto, *meeting* público ni parlamento, feria ni mercado, carrera de caballos ni corrida de toros, andén, coche, barco de vapor, escuela, academia, iglesia, en que no peligren á todas horas los intereses de Jesús, y adonde Él no nos llame en socorro suyo. La Iglesia de la Tierra es la Iglesia militante, y así no es maravilla que haya en ella tanto que hacer, y que sea tan escaso el tiempo para lle-

consumido de hambre y sed por la gloria de su Padre: no parecía sino que se había perdido esta gloria en el mundo, y que venía á buscarla y encontrarla. ¡Y cuán angustiado no estaba su Corazón Sacratísimo hasta dar con ella! De esta manera fué nuestro modelo, y nos ofreció su gracia para que glorifiquemos á nuestro Padre Celestial. ¿Quién puede contemplar la Tierra sin que al punto no vea lo perdida que se halla en ella la gloria divina? Pues bien, Jesús tiene grande interés en que nosotros la busquemos y encontremos. Prescindiendo ahora de los actos manifiestos de culpas enormes, ¡cuán olvidado, enteramente olvidado, no está Dios de la mayor parte del humano linaje! Viven los hombres como si fueran ateos, no porque se hallen en abierta rebelión contra su Divina Majestad, sino porque le desdeñan ó no le conocen. Dios es un estorbo en su propio mundo, y una impertinencia en su creación; así es que se le ha retirado á un lado, como si fuera un ídolo grotesco. Los sabios y políticos han convenido en hacer otro tanto, y las personas de negocios y opulentos del siglo creen la cosa más decente del mundo guardar un completo silencio acerca de Dios: imagínanse que no es fácil ocuparse de Él, ó formar una idea de sus perfecciones, sin concederle demasiado. Es un obstáculo casi insuperable, y, si no fuese por la gracia, absolutamente insuperable para los intereses de

importancia que en sí envuelve la cuestión de la santificación propia, no es éste, al menos directamente, el asunto en que al presente vamos á ocuparnos. Ciertamente nada haremos sin la santidad personal; mas no es ahora tiempo ni lugar de hablar de semejante asunto. Los cuatro grandes intereses de Jesús á que yo al presente me refiero, son: 1.°, la gloria de su Padre; 2.°, el fruto de su Pasión; 3.°, el honor de su Madre; 4.°, el aprecio de la gracia. Permitidme que os diga una palabra acerca de cada uno de ellos.

SECCIÓN III

LOS CUATRO PRINCIPALES INTERESES DE JESÚS

1.° La gloria de su Padre.

Al estudiar á nuestro Señor adorable, según se nos representa en los Evangelios, nada hay en Él que se asemeje tanto á una pasión dominante, permítasenos la expresión, como su anhelo por la gloria de su Padre. Desde el momento en que abandonó á su Madre, quedándose en Jerusalén, hasta la última palabra que pronunció en la cruz, dicha devoción por la gloria de su Padre descúbrese por doquiera. Así como se dijo de Jesús en cierta ocasión que le devoraba el celo por la casa de Dios, así podemos decir que se veía continuamente

á la gloria divina, de lo que se opone á ella. ¡Ah, cuánto terreno no perdemos todos los días por falta de semejante discernimiento!

Sépase, pues, que existen Ordenes religiosas bendecidas por la Iglesia, consagradas exclusivamente, cada una en su linea, á promover la gloria de Dios; obispos y sacerdotes que trabajan sin descanso noche y día por ese único objeto; hermandades y confraternidades sin número que no se proponen ningún otro fin que la mayor gloria de Dios. Habrá, ciertamente, calamidades que sufrir, peligros que arrostrar, escándalos que reprimir; se verá hoy la Iglesia precisada en cierta manera á rendirse al mundo, para sujetarle mañana. En todas estas cosas tiene Jesús grandes intereses, y deber nuestro es el ayudarle. Media docena de hombres recorriendo el mundo, y no buscando más que la gloria de Dios, removerían ciertamente las montañas. Así fué prometido á la fe: ¿por qué, pues, no habremos de ser nosotros quienes den cima á semejante empresa?

SECCIÓN IV

2.º El fruto de su Pasión.

Este es otro de los grandes intereses de Jesús. Todo pecado que evitemos, aunque sólo sea venial, es una grande obra para los intereses de Jesús. Convenceŕemonos de ello recor-

Jesús, esa masa enorme é impenetrable de olvido é ignorancia de Dios. Desgarra ciertamente el corazón, y muévenos á desear la muerte; pues ¿qué otra cosa podemos hacer en negocio tan desesperado? Ensayemos, sin embargo, nuestras fuerzas. Un rosario y una medalla bendita ¿no son de una eficacia incalculable? Y una sola Misa ¿no tiene, por ventura, un valor ilimitado?

Pero, desgraciadamente, existe un gran número de personas que nunca dan á la gloria divina el lugar que la corresponde; y no pocas que se dicen espirituales, cédenla siempre en todo el segundo puesto. Semejantes personas necesitan luz para conocer la gloria divina al tiempo que la están viendo, y discernimiento para descubrir al mundo y demonio disfrazados con apariencia de razón y moderación para defraudar así á Dios su gloria inmortal. Tienen asimismo necesidad de ánimo varonil para hacer frente á los respetos humanos, y de una firme resolución para conformar su vida con la religión que profesan. ¡Pobres gentes! ¡Son la pestilencia de la Iglesia, y ni lo sospechan siquiera! Aprovecharía grandemente á los intereses de Jesús que dichas personas adquiriesen un conocimiento cabal de sí mismas y de todo lo que las rodea. Aquí, pues, tenemos también alguna cosa que hacer, y es pedir que toda persona virtuosa, y aquellas que aspiran á serlo, sepan discernir lo que favorece

dríamos entonces que multiplicar la suma anterior por cuarenta; y la omisión de quinientos sesenta millones de pecados mortales sería la ofrenda anual de nuestra Confraternidad á la Pasión de Nuestro Señor. En igual proporción prosperarían los intereses de Jesús, ¡y cuán dichosos, inmensamente dichosos, no seríamos entonces nosotros!

Aumentamos igualmente el fruto de la Pasión de nuestro Redentor adorable cada vez que conseguimos se llegue uno al tribunal de la Penitencia á confesar sus culpas, aunque no sean sino veniales: aumentamos ese mismo fruto bendito con todo acto de contrición que hagan los hombres por mediación nuestra, y con cada plegaria que dirijamos á Dios para alcanzarles la gracia de obtenerla: nos da idéntico resultado toda ligera mortificación ó penitencia que inspiremos á los demás, y todo esfuerzo de nuestra parte para fomentar la Comunión frecuente entre nuestros hermanos: y cuando inducimos al pueblo á tomar parte en la devoción á la Pasión de Nuestro Señor, á leer ó meditar sobre ella, ¿qué otra cosa estamos haciendo sino acrecentar los intereses de Jesús? Cierta persona aseguraba, y si la memoria no me es infiel, era Alberto Magno, que una sola lágrima derramada sobre los sufrimientos de Nuestro Señor tenía más mérito delante de los divinos ojos que un año entero de ayunos á pan y agua. ¡Cuál no será, pues, el valor de

dando que si con una leve mentira pudiésemos cerrar para siempre el Infierno, salvando todas las almas que hay en él, acabar con el Purgatorio y hacer que todo el humano linaje se igualase en santidad á San Pedro y San Pablo, todavía no nos sería lícito cometer bajo ningún concepto esa ligera falta; pues más perdería la gloria de Dios con dicha culpa liviana, que cuanto pudiese ganar en la justificación y salvación de todo el universo mundo. ¡Qué obra, pues, tan grande no será para los intereses de Jesús impedir un solo pecado mortal! ¡Y cuán fácil cosa es evitarle! Si cada noche, antes de acostarnos, suplicásemos á nuestra Dulcísima Señora tuviese la dignación de ofrecer á Dios la Preciosísima Sangre de su Hijo para estorbar en cualquiera parte del mundo, durante la noche, un solo pecado mortal, y renovásemos luego por la mañana la misma súplica por todas las horas del día, seguramente, una ofrenda hecha por semejantes manos, obtendría la gracia deseada. Cada uno podría probablemente evitar así todos los años setecientos treinta pecados mortales; y si mil de nosotros hiciésemos iguales ofrecimientos, y perseverásemos en ellos por veinte años, lo cual sería fácil y nos colmaría al propio tiempo de inefables méritos, ascendería la suma de culpas graves que impidiésemos á más de catorce millones. Si suponemos ahora que todos los miembros de la Confraternidad practicásemos lo mismo, ten-

tiemblan á su nombre. Ninguno puede amar al Hijo, sin que crezca en el amor á la Madre; ninguno puede amar á la Madre, sin que su corazón se deshaga de ternura hacia el Hijo. Por eso la puso Jesús al frente de su Iglesia, para que fuese señal para todos los buenos y piedra de escándalo para sus enemigos. ¿Qué maravilla que estén los intereses de Jesús estrechamente ligados al honor de su Madre? Todo acto de amor en reparación de las blasfemias hereticales contra su dignidad augusta; todo acto de acción de gracias por su Concepción inmaculada y perpetua Virginidad, ofréceos una ocasión oportuna de promover los intereses de Jesús; toda acción encaminada á extender su devoción, y singularmente todo esfuerzo vuestro para que la amen los católicos cada vez con más ternura, es una obra muy favorable á Jesús, y que os premiará sobreabundantemente. Inducir al pueblo á que comulgue en sus festividades, á que se inscriba en sus Cofradías, y lleve consigo una imagen suya, y gane indulgencias por las almas del Purgatorio que durante su vida fueron más devotas de esa Señora, y dé gracias por la definición dogmática de su Concepción inmaculada, y rece, en fin, todos los días una tercera parte del Rosario, son todas prácticas piadosas que promueven maravillosamente los caros intereses de Jesús. No hay ninguno, por muy ocupado que se halle, que no pueda ejer-

hacer que los demás giman con nosotros por la Pasión de Jesús, y cuánto mayor el lograr de ellos que reciten una corta oración! ¡Oh dulce Jesús mío, y cómo es que somos tan fríos y duros! ¡Enciende, pues, en nosotros el sagrado fuego que viniste á encender sobre la Tierra!

SECCIÓN V

3.º El honor de su Madre.

Este es otro de los principales intereses de Jesús, y toda la historia de la Iglesia nos demuestra el grande aprecio en que le tiene. El amor á María fué lo que principalmente le movió á bajar del Cielo, y la Sacratísima Virgen fué asimismo quien mereció la época de la Encarnación. María es la única escogida por la Beatísima é Individua Trinidad; la Hija predilecta del Padre, la Madre predestinada del Hijo y la Esposa querida del Espíritu Santo. La verdadera doctrina de Jesús siempre ha estado mezclada y confundida con la verdadera devoción á María; y sólo es ofendida la Madre con las ofensas al Hijo. María es la herencia de los católicos humildes y obedientes: auméntase la santidad á medida que crece su devoción; y los Santos están vaciados en el molde del amor á María. El enemigo más temible del pecado es María: pensar en ella es ya un hechizo contra la culpa; y los demonios

puerilmente nos dejamos llevar de toda especie de tonterías mundanas que nada tienen que ver con los intereses de Jesús! ¡Cuán necios somos! ¡cuánto tiempo malgastamos! ¡qué de males no hacemos! ¡cuántas buenas obras omitimos, y con qué dulzura nos trata, sin embargo, el mansísimo Jesús! Si el hombre apreciase la gracia en lo que vale, todos los otros intereses de Jesús prosperarían considerablemente; pues cuando sufren algún detrimento, débese únicamente á la falta de dicha estimación. Multiplícanse las gracias y méritos casi con la misma velocidad que las palpitaciones del Sagrado Corazón, y, mientras este Corazón Purísimo late por nosotros con arrebatado amor, dícese cada uno á sí mismo: «Yo no estoy obligado á hacer eso; yo no debo privarme de este placer; es preciso que reprima este religioso entusiasmo». ¡Válganos Dios! Yo quisiera que pudiésemos tener una sola centella de ese entusiasmo que es menester reprimir. ¡Pobre Jesucristo, pobre Jesucristo! Y tan deplorable abandono no tiene otro origen que la falta de verdadera estimación de la gracia. Primero es morir que perder un solo grado de gracia. ¿Creémoslo así todos nosotros? ¡No, aunque afirmemos lo contrario! Si mañana bajasen al veinte los fondos públicos, esa baja espantosa no acarrearía consecuencias tan fatales como las que resultasen de la pérdida de un solo grado de gracia por impaciencia de aquel enfermo

citarse en alguna de estas devociones. Pero existe todavía otra devoción de que es preciso hacer aquí mención especial, y ¡ojalá que todos nosotros nos inspirásemos en ella! ¡Cuánto no prosperarían entonces los intereses de Jesús, y qué riquísimos tesoros de nuevo amor adquiriría Nuestro Señor adorable en todo el mundo! Dicha devoción consiste en tener más confianza en las oraciones á nuestra Madre Bendita, más seguridad y fervor en las súplicas, y una fe más viva en su protección. Amaríase más á María, si hubiese más fe en María. Pero ¡ya se ve! vivimos en una nación dominada por la herejía, y no es fácil habitar entre hielos y no enfriarse. ¡Oh Jesús mío, animad nuestra confianza en María, á fin de que trabajemos por tus intereses como Tú quieres lo hagamos, y no permitas que criatura alguna nos sea más querida en el mundo que Aquella que fué para Ti más amada que todas las otras criaturas juntas!

SECCION VI

4.º El aprecio de la gracia.

He aquí otro de los principales intereses de Jesús. Cambiaríase enteramente el mundo con sólo que apreciasen los hombres la gracia en su justo valor. ¿Qué cosa hay en el mundo digna de estimación á no ser la gracia? ¡Cuán

ginaros. Pedid siquiera que el hombre tenga una verdadera estimación de la gracia, y con eso solamente llegaréis á haceros Apóstoles secretos de Jesús. En El se hallan todas las gracias, y El, que es la fuente y plenitud de todas ellas, suspira por derramarlas sobre las almas por quienes dió su vida. No le abandonarán entonces las almas, porque sabrán apreciar las gracias que reciben para obtener otras nuevas. ¡Id, y ayudad á Jesús! ¿Por qué ha de perderse una sola de las almas que El rescató á costa de su Sangre? ¿Por qué ha de perderse una *sola?* Es cosa horrible, horribilísima, pensar en la condenación de una sola alma. ¿Y por qué ha de condenarse, por qué? ¡Ahí está la Preciosa Sangre para quien la pida, y esta Sangre es la fuente de la gracia? Pero ¡ya se ve! los hombres cuídanse muy poco de la gracia. San Pablo empleó toda su vida en predicar á los hombres las excelencias de la gracia; en rogar á Dios que les concediese tan riquísimo don, y en procurar que, una vez conseguida, hicieran de ella el uso conveniente. Cuando, después de la Comunión, derrame sobre vuestro corazón la Fuente de toda gracia raudales vivos de gozo, pedid entonces que abra los ojos de todos á la hermosura de la gracia, y así multiplicaréis sus gracias, y con la multiplicación de la gracia sus divinos intereses; porque, cuanto más da Jesús, tanto más rico se hace. ¡Soberano Señor de las almas! ¡Cómo es que po-

andrajoso que yace postrado en un obscuro zaguán. Enseñan los teólogos que los dones todos y gracias naturales de San Miguel, poder, fortaleza, sabiduría, belleza, hermosura, y cuantos encantos adornan y engalanan á tan purísimo Arcángel, no son nada en comparación con el más pequeño grado de gracia que se alcanza resistiendo á un movimiento de ira el espacio de un cuarto de hora; porque la gracia es una participación de la naturaleza divina. Y bien; ¿mostramos con nuestra conducta semejante estimación de la gracia, cuando estamos persuadiendo á los demás esta excelencia? Fijaos sobre cualquiera desventura ó calamidad de la Iglesia, y veréis que no hubiera acaecido jamás si sus hijos hubiesen tenido una verdadera estimación de la gracia; y asimismo os convenceréis de que mañana por la mañana se cambiaría la Tierra en un Cielo anticipado, como sus moradores apreciasen la gracia en lo que se merece. Nada aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si sufre el más pequeño detrimento su alma inmortal. ¡Id, pues, y persuadid esto al pueblo! Hacedle ver el acopio de merecimientos que puede hacer con la gracia, y cómo una gracia llama á otra gracia, y cómo las gracias son méritos, y cómo los méritos cámbianse en gloria; gloria que es eterna en los Cielos. Si así lo practicáis, promoveréis indudablemente los intereses de nuestro adorable Señor mucho más de lo que podéis ima-

SECCIÓN VII

CÓMO AUMENTAREMOS LOS INTERESES DE JESÚS

Tales son los intereses de Jesús, cuyo aumento constituye la grande obra de nuestra Confraternidad; ó, más bien, éstos son los ejemplos y modelos de dichos intereses. Parecerá ciertamente extraño que para tan grande obra escogiese nuestro Señor amoroso unos pobres y viles instrumentos, cual somos nosotros; pero ¿no es, por ventura, Aquel mismo Señor que eligió á simples pescadores y remendadores de redes para ser sus Apóstoles y convertir el mundo? Verdad es que tenemos bastantes culpas personales en qué ocuparnos, no pocas imperfecciones qué corregir, y que no existe rincón de la tierra, que sepamos, donde los intereses de Jesús corran tan inminente riesgo como en nuestra propia alma. Pero, así y todo, preciso es que seamos apóstoles, y ¡ay de nosotros si no lo somos! Deber nuestro es ponernos al servicio de las almas de nuestros hermanos, aun cuando tengamos bastante que hacer con la nuestra propia. El Evangelio es ley de amor, y la vida cristiana una vida de oración. Enséñanos el Apóstol que tenemos obligación de interceder por toda clase de personas; y, en efecto, nada adelantaremos en la obra de la santificación propia, si no procura-

demos pensar en otra cosa que no seáis Vos! Es un asombro que no nos extasiemos al considerar la honra altísima que se nos dispensa de tener á nuestra disposición los intereses de Jesús; pero este asombro se comprende sabiendo que no conocemos la grandeza de nuestra dignidad. ¿Y cuál es la causa de semejante ignorancia más que el no estudiar bastante á nuestro amoroso Señor? ¿Por qué, pues, no empezar en el tiempo lo que ha de hacer nuestra dicha por toda la eternidad? ¡Estudiemos á Jesús! El Cielo os únicamente Cielo, por hallarse en él Jesús; y no es fácil comprender cómo no se haya transformado la Tierra en Cielo desde que Jesús se encuentra en ella. ¡Ay, sí! La causa es habérsenos dejado la malhadada facultad de ofenderle: privésenos de ella, y al punto la Tierra será Cielo, ó Purgatorio, umbral del Cielo. ¡Día vendrá en que no podamos pecar, ni ultrajar más el Corazón de Jesús! ¡Oh Señor amoroso! ¡Salga pronto el sol, y no se ponga hasta que no disfrutemos de ese incomparable privilegio! ¿A qué disputar ni discurrir sobre si iremos ó no inmediatamente al Cielo, ó primero al Purgatorio? ¿Qué nos importa? Lo que interesa es que podamos hacer de manera que nunca ofendamos á nuestro Señor adorable: pues, de lo contrario, estemos seguros de incurrir en alguna culpa.

sión de San Pablo, que estaba guardando las capas de los asesinos del Protomártir. Considerad solamente lo que San Pablo ha hecho, hace y continuará haciendo hasta el fin del mundo. Pues bien: todas las maravillas que obre el Apóstol, obras son también de San Estéban: todo es debido á su oración. Así, ¿quién sabe?, quizá alguno pida las oraciones de la Confraternidad para remover los obstáculos que se oponen á su vocación á la vida religiosa ó estado eclesiástico, y tal favor le sea otorgado por nuestras oraciones de la tarde de cualquiera domingo. Hácese sacerdote, y salva centenares de almas; estas almas salvan á otras, unas ordenándose de sacerdotes, otras abrazando el estado religioso, y otras, en fin, siendo en el mundo honrados padres de familia. Y así irá la oración continuando su tarea, y es muy verosímil que se la sorprenda trabajando en el silencio de aquella noche, cuando la Tierra vuelva de su sueño para ver al Señor venir del Oriente.

Así, pues, no os afanéis demasiado por buscar frutos visibles y públicos resultados. No raras veces, lo que el mundo llama desgracia, llega á ser la buena fortuna de Jesús. Por ejemplo: un hombre sufre una grande injusticia por tener la dicha de ser católico; rogáis por él, y la injusticia con todo prosigue agobiándole, y los malvados llevan aparentemente razón, y son tan crueles como siempre. ¿Os imagináis

mos promover los intereses de Jesús en las almas de nuestros prójimos. Quéjanse muchos de que no aprovechan en la virtud, que no consiguen mortificar sus malas pasiones, sus flaquezas pecaminosas y su enojoso amor propio: encuéntranse hoy en el mismo estado que un año ha, y esto les sirve de grande desconsuelo. No raras veces esta falta de adelantamiento en la vida espiritual nace de su egoísmo, es decir, de no cuidarse más que de sí mismos: creen que nada tienen ellos que ver con las almas de sus hermanos, intereses de Jesús y oración de intercesión; y como no hacen cosa alguna para merecer mayores gracias, consérvanse siempre á tan bajo nivel. La Confraternidad espera otra cosa de nosotros, y nos enseña á pensar de muy diferente manera.

Pero conviene no olvidar que los intereses de Jesús no siguen la misma regla que los intereses del mundo: si no tenemos esto muy presente, no tardaremos en desmayar al más pequeño bien que nos parezca estar haciendo. La mayor parte de los intereses de Jesús son intereses invisibles: sobre la fe es preciso que fundemos la eficacia de la oración. Nunca sabremos hasta el último día todas las respuestas que se dieron á nuestras súplicas, ni la influencia que hayan ejercido sobre la Iglesia durante el transcurso de los siglos. Ved, por ejemplo, la oración de San Esteban al morir apedreado: dicha oración alcanzó la conver-

peranzas, mas sin permitirnos ver cómo lo hace. Menester es creerlo con la fe. Estemos, con todo, seguros, que al fin no seremos en ellas defraudados.

SECCIÓN VIII

LA ORACIÓN, MEDIO PRINCIPAL DE FOMENTAR LOS INTERESES DE JESÚS

Réstanos decir todavía unas cuantas palabras sobre los medios de que debemos valernos para promover los intereses de Jesús. Varios son estos medios: el buen ejemplo, la predicación, la publicación y distribución de buenos libros, el dulce razonamiento con el pueblo, y la persuasión, valiéndonos de nuestra influencia y autoridad de padres, institutores ó maestros. Todos estos medios son buenos, y, como de veras amemos á Jesús, ninguno desaprovecharemos, conforme la ocasión lo reclame, guardando siempre, por supuesto, la modestia propia de nuestro estado y posición que ocupemos en la vida. Los miembros de la Confraternidad podrán servirse de ellos, según lo permitan las circunstancias; pero el medio, el medio real de la Confraternidad, es uno, uno solamente: la oración.

Órase hoy muy poco: desconsuela, efectivamente, ver la poca fe que tienen los hombres en la oración. Creen alcanzarlo todo con

que vuestra oración no ha sido oída? Pues no puede haber mayor engaño. Jesús quiere hacer de ese hombre un gran Santo, y es mejor para él que sea la víctima inocente de semejante injusticia. Mientras tanto concedióle Jesús, por intercesión de vuestras oraciones, una nueva gracia á que él correspondió; de suerte que actualmente, por vuestro *Padrenuestro* y *Avemaría*, ocupa en el Cielo, y por toda la eternidad, un lugar más elevado que aquel que hubiese llenado sin esa persecución. En su corona lleva engarzada una perla brillante que de otro modo no hubiera conseguido; vosotros la veréis y admiraréis un día en la Gloria, y sabréis entonces que vuestro *Padrenuestro* y *Avemaría* fueron quien allí la colocaron. Así igualmente sucede con el Papa, Iglesia, órdenes religiosas y, en fin, con todo lo que tiene alguna relación con Jesús. Los intereses de Jesús no siguen las reglas del mundo, sino las reglas de la gracia: es preciso medirlos con diferentes medidas, y no usar nunca las medidas del mundo. Todos nuestros pesos, medidas y monedas deben ser del Santuario. Nunca Jesús fué tan glorioso como cuando se dejó enclavar en la cruz; pero el mundo necio imaginábase entonces que había triunfado y conseguido una completa victoria. Impórtaos, pues, sobremanera tener esto muy presente. Es de fe que Dios oye siempre las oraciones bien hechas y en un grado superior á nuestras más entusiastas es-

rales, acabó con una muchedumbre de pecados. Pues todo esto no reconoce otra causa que la falta de oración y falta de fe en la eficacia de la oración. Así, no olvidéis que la Confraternidad no conoce otro medio que la oración. Convenzámonos que, en un siglo y nación sin fe, la fervorosa oración ejercerá una grande influencia para con Dios, y obtendrá de El una recompensa muy señalada. A aquellos que se acordaron de Sión, mientras los demás la olvidaron, túvoles el Señor presentes de una manera muy singular. Oremos, pues, en una nación olvidada de la oración, fiada de sí misma y apoyada en un brazo de carne; y Dios así nos asistirá como nunca, y prosperarán maravillosamente los intereses de Jesús sobre la Tierra. ¡Oh, los intereses de Jesús! ¡Plugliera al Cielo encendiesen sin cesar nuestros corazones! La vida es corta, y es mucho lo que hay que hacer; pero la oración es poderosa, y el amor más fuerte que la muerte. ¡A la obra, pues! ¡A trabajar, cantando y saltando de gozo, ángeles y hombres, pecadores y santos, por los intereses, por los caros intereses, por los únicos intereses de Jesús!

---

su ingenio, actividad y propia industria: imagínanse que las mismas causas que han hecho á Inglaterra una nación grande y altiva contribuirán igualmente á fomentar los intereses de Jesús y extender su reinado sobre la Tierra. Regúlase hoy todo por los ojos, no por la fe. Si emprenden los católicos una obra cualquiera, y les parece que produce escasos resultados, véseles luego desmayar, imaginándose que todo llegará á reducirse á nada. Se da una misión, sálvase una alma ó evítase un pecado: «¡qué disparate!, exclaman: ¡fué obra de quince días, y gastáronse cincuenta escudos!» ¡Y Jesús, sin embargo, para impedir que sea mancillada la gloria de su Padre con una sola culpa, está dispuesto á volver á bajar del Cielo para ser otra vez crucificado! Si no podemos publicar guarismos, ni mostrar grandes resultados, ni satisfacer al mundo, ó llámese pública opinión, de que estamos haciendo una grande obra á sus mismos ojos, nos ponemos á trabajar para criticar unos de otros, y pecamos: tenemos reuniones públicas, y pecamos: hablamos en demasía, y pecamos: formamos turbulentos comités, y pecamos: desistimos de la obra, y pecamos; y en seguida cada uno escribe un comunicado á un periódico, donde probablemente peca también; y, después de todo, se vive como antes. Intentamos ciertamente emprender una buena obra: pero como nos apoyábamos en principios natu-

como un amante por su amado? Pero no son éstas las causas del disgusto que experimentamos nosotros, y á las que ahora estoy aludiendo: nuestra vida, especialmente la espiritual, se nos hace pesada por muy diferentes motivos. Es ciertamente una tarea enojosa, y que desmaya el corazón, vivir luchando siempre con nuestras malas pasiones, sin conseguir apenas resultado alguno. Las tentaciones nos importunan, inquiétannos los escrúpulos, y el término de nuestra ruin ambición no parece se reduce á otra cosa que á morir, ser sepultados y morar despues en el Purgatorio. ¿Y cuál es la causa de todo esto más que el no servir á Jesús por amor? Como nosotros le sirviésemos por amor, seguramente que nos sucederia lo que á Jacob: los años nos parecerían días por la grandeza de nuestro amor. Veamos, pues, si es difícil servir á Jesús por puro amor.

Sentamos arriba como principio que el objeto de la Confraternidad no es otro que promover los intereses de Jesús, y que la oración es el medio principal de conseguirlo. Pero, en el hecho mismo de haber escogido la oración para el logro de dicho objeto, claro está que exige algo más de nosotros. No es ciertamente imposible servir á Dios y promover los intereses de Jesús con tibieza, frialdad y desmayo, á la manera que uno dispensa á otro un favor cualquiera, como de mala gana y, digámoslo así, á remolque; mas no es posible servir á Dios y

CAPÍTULO II

SIMPATÍA CON JESÚS

Servicio de amor.—La simpatía con Jesús, señal de santidad. Los tres instintos de los Santos: 1.º, celo por la gloria de Dios; 2.º, susceptibilidad por los intereses de Jesús; 3.º, anhelo por la salvación de las almas.—Historia de Santa Jacinta de Mariscotti.—Ejemplo de los tres instintos en un jesuíta español.—Seis ventajas en la aplicación de nuestras indulgencias por las almas del Purgatorio.

SECCIÓN I

La simpatía con Jesús, señal de santidad.

Mientras Jacob vivió desterrado en casa de Labán, enamoróse de Raquel, hija de Labán, y dijo á su padre: «Te serviré siete años por Raquel;» y la Escritura añade: *Así Jacob sirvió siete años por Raquel, y no le parecieron más que unos días por la grandeza de su amor*. Ahora bien, ¿no es verdad que no raras veces nos parece la vida demasiado larga y los días muy pesados? ¿No es la perseverancia una cosa enojosa, y nuestros deberes molestos y desabridos? Una santa impaciencia por vernos libres de las ataduras del cuerpo y vivir con Cristo ¿no nos hace con frecuencia desear la muerte? El pecado, la facultad y peligro de pecar ¿no llegan á sernos insoportables, y no nos obligan á suspirar por la compañía de Dios

último, quisieran subir directamente á gozar de las inestimables delicias del Cielo, sin tener que pasar por el Purgatorio, para ocupar allí el primer asiento que los Santos se merecieran con su incomparable amor divino. Bien sabemos que nos separa una larga distancia de semejante estado, y aun tenemos no pocos motivos para temer no llegar á serlo jamás. Fáltanos resolución para practicar las penosas penitencias y mortificaciones corporales en que ellos se ejercitaron; no tenemos valor para renunciar generosamente al mundo, y carecemos de aquel apetito de cruces y trabajos que consumía y devoraba sus entrañas; pero ¿quién hay, con todo eso, que no desee ser un Santo?

No es mi ánimo proponeros ningún precepto difícil, ni mucho menos rigurosas penitencias; tampoco os exijo cosas que excedan vuestras fuerzas; solamente deseo que os fijéis bien en esto. Observad los Santos de todas las edades, sea la que quiera su historia ó género de vida, y veréis, al compararlos entre sí, que no fueron sus austeridades las que les hicieron Santos. Nótanse en ellos, ciertamente, no pocas diferencias; pero no dejan, sin embargo, de tener bastante semejanza entre sí. Unos obraron milagros durante toda su vida, como San José Cupertino, religioso franciscano; otros, acaso ninguno, como San Vicente de Paul—por lo que hace á San Juan Bautista, de quien dijo el Salvador cosas tan maravillosas, ni siquiera

promover los intereses de Jesús en la oración con semejante frialdad y desabrimiento. Efectivamente, la oración que no es fervorosa no es oración: es sólo una distracción é irreverencia, y nada más. De aquí se sigue qué, exigiéndonos la Confraternidad la práctica de la oración, nos obliga, por lo tanto, de una manera muy especial á servir á Jesús por puro amor; y como somos tan amantes de la Confraternidad y deseamos con tan vivas ansias su prosperidad y engrandecimiento, es éste otro de los motivos que nos mueven á examinar si es ó no posible servir á Jesús por amor. ¡Ojalá que, siquiera uno solo de vosotros, se resolviese á ello! ¡Qué gozo entonces para el Cielo, qué alegría para María, qué consuelo para el Sagrado Corazón de Jesús! ¡Un alma más en el mundo que sirve á Jesús por amor! ¡Dulce Señor mío, el proporcionarnos semejante consolación, bien merece mil años de penitencia! Ni la arrebolada puesta del sol, ni los cielos sembrados de estrellas, ni las espumosas ondas del mar, ni los odoríferos bosques y risueños prados son objetos tan encantadores como un alma que sirve á Jesús por amor en medio de una vida gastada y prosaica.

No hay uno siquiera en el mundo que no desee ser un Santo. Todos quisieran amar á Dios como los Santos le amaron, todos quisieran asimismo disfrutar de esa alegría dulcísima é inefable que inundaba su espíritu; y todos, por

Pero antes de hablar de cada una de estas tres cosas, debo prevenir una mala inteligencia de vuestra parte. No quisiera, ciertamente, que nada de cuanto llevo dicho inspirase en alguno de vosotros la idea de que no puede llegar á ser un Santo: por poco que mis palabras hubiesen contribuído á impediros alcanzar semejante estado, este poco causaría en mi ánimo un desagrado profundo; comoquiera que de este modo no habría yo promovido los intereses de Jesús, objeto único de esta obrita. Por vía de explicación á mis expresiones, permitidme os refiera una historia de una Santa, de Jacinta de Mariscotti, canonizada por Pío VII en 1807. Fué ésta una doncella, italiana de nación, cuyo carácter distintivo, durante su juventud, consistía en una extremada afición al lujo y las galas. Enviáronla sus padres á educarse á un convento; pero todo el tiempo que permaneció en él no se ocupó en otra cosa que de tonterías y frivolidades mundanas, y toda su juventud la pasó en una disipación completa. Durante este tiempo tuvo deseos de contraer matrimonio; y como viese que una hermana suya había hecho un buen casamiento, y ella no lo lograse, llenóse de envidia y de una rabia excesiva. Era de una índole enteramente antipática, y con semejantes vicios llegó á hacerse tan odiosa, que nadie podía sufrirla á su lado.

Su padre, tonto y más que tonto, quería

obró uno solo; —éstos practicaron espantosas penitencias, como Santa Rosa de Lima, y aquéllos se contentaron con renunciar á su voluntad propia, arrojándose en brazos de la divina: así lo ejecutó San Francisco de Sales. Pues bien; á pesar de todas estas diferencias, tienen todos ellos un carácter peculiar propio suyo, y ciertos gustos é inclinaciones por los cuales podríamos conocerlos siempre, en cualquiera parte que los hallásemos; siendo lo más maravilloso que sus principales particularidades como Santos están á nuestro alcance, y podemos hacerlas nuestras sin necesidad de milagros estupendos ni rigurosas penitencias.

Pero no vayáis con esto á creer que yo sostenga ser cosa fácil igualarnos á los Santos. ¡No, no! Solamente afirmo que, si así nos place, en nuestra mano está apropiarnos, no menos los medios con que ellos amaron á Dios y promovieron los intereses de Jesús, que los gustos é inclinaciones que les hicieron tan gratos al Sagrado Corazón del Salvador. Más aun: luego al punto llegaríamos á adquirir dichas particularidades suyas, sólo con que fuésemos miembros celosos de la Confraternidad. Resumiendo decimos que, si bien los Santos se diferencian entre sí, convienen, sin embargo, todos ellos en tres cosas, á saber: 1.°, celo por la gloria de Dios; 2.°, susceptibilidad por los intereses de Jesús; 3.°, anhelo y solicitud por la salvación de las almas.

á oirla en confesión, diciéndola que el Cielo no se había hecho para las monjas que llevaban una vida como la suya. «¡Cómo!, exclamó ella, ¿y no me he de salvar?—El único medio, replicóla el confesor, para alcanzar la salvación consiste en pedir á Dios perdón de todas sus culpas, reparar el escándalo que ha dado, y comenzar nueva vida.» Echóse entonces la Santa á llorar, y bajando al refectorio, donde á la sazón se hallaba la comunidad, postróse ante las religiosas y pidiólas perdón de los escándalos que las había dado.

Pero, á pesar de todo esto, no se obró en ella un cambio extraordinario, ó, por lo menos, heroico; pues no entregó luego al punto á la Superiora las ricas galas que poseía, y sólo poco á poco fué mudando de género de vida. Para que se resolviera á entregarse de lleno á la virtud hasta llegar á ser una Santa, fué preciso que Dios la enviase de vez en cuando alguna enfermedad, y que el remordimiento de la conciencia prosiguiese con suave pertinacia la tarea de ahondar más y más profundamente en su corazón.

He aquí, pues, una historia llena de consolación. Nuestra flaqueza nos arrastra á creer que los Santos fueron desde la cuna personas extraordinarias que, por especial favor del Cielo, jamás perdieron la inocencia baptismal, y apenas llegaron á sentir la rebelión de sus pasiones, ó al menos la peor de todas ellas, la de

que fuese monja; y aunque no tenía ni pizca de vocación, creía ella, sin embargo, que podría abrazar ese estado como otro cualquiera, y así entró en un convento de la Orden Tercera de San Francisco, en Viterbo. En nada cambiaron sus gustos y su carácter: el convento parece que era tan relajado que más no podía ser; de suerte que hizo en él todo cuanto quiso. Solía decir el glorioso San Alfonso que era más fácil salvarse una alma en medio de las delicias del mundo que en una Orden relajada; y por cierto que pocos tuvieron en semejante materia la experiencia de este siervo de Dios.

Lo primero que hizo nuestra Santa fué construir para sí, á expensas suyas, una magnífica habitación, que adornó lujosamente, y, según escribe su biógrafo, hasta con suntuosidad. Cuidábase muy poco de la regla, y si observaba algunos de sus capítulos, como puede suponerse, guardábalos con tibieza y flojedad. Era cada vez más vanidosa, y no pensaba sino en sí misma, ¡preparación bien extraña para conseguir la santidad! Así vivió cerca de diez años, en cuyo tiempo la envió Dios una grave enfermedad, y, viéndose á las puertas de la muerte, mandó llamar á un religioso franciscano, confesor del convento, para recibir de sus manos el Sacramento de la Penitencia. Apenas observó el religioso los ricos adornos de la habitación de aquella religiosa, negóse

espíritu». En las casas religiosas, en el estado eclesiástico, y hasta en la vida devota en medio del mundo, ¡qué aliento tan grande no deben infundir en no pocos de nosotros semejantes palabras y ejemplo para volver á empezar nueva vida, aun cuando la hayamos antes comenzado varias veces, y vuelto después á abandonar! Lo que todos nosotros necesitamos ahora es imitar los últimos años de Santa Jacinta.

Pero ¿cómo alcanzaremos la santidad de los últimos años de Santa Jacinta pronta y fácilmente? Cultivando los tres caracteres arriba mencionados, á saber: celo por la gloria de Dios, susceptibilidad por los intereses de Jesús, y solicitud por la salvación de las almas. En estas tres cosas consiste la simpatía con Jesús; y la simpatía es el fruto y el alimento del amor, y el amor es la santidad, y un Santo es simplemente aquel que profesa á Jesús más amor que la generalidad de las personas piadosas, y á quien el mismo Señor, en recompensa, le ha enriquecido con favores especiales.

SECCIÓN II

LOS TRES INSTINTOS DE LOS SANTOS

1.° Celo por la gloria de Dios.

Es una verdad fundamental de la Religión, que el único fin del hombre en la Tierra es glo-

los inveterados hábitos pecaminosos; ó bien nos les representamos como personas en cuya santificación ha intervenido la Providencia Divina de un modo milagroso, como en la conversión de San Pablo y de San Ignacio; así es que es cuestión resuelta para nosotros el no llegar nunca á ser Santos. Pero la historia de la vida de Santa Jacinta nos ofrece una idea enteramente distinta: á los años de tibieza, de pecados veniales y vanidad mundana, sucédese una semiconversión; á ésta siguen después otras pequeñas conversiones; á éstas otras, y así sucesivamente, lo mismo que quizá ha acontecido con no pocos de nosotros.

Ved cómo ilustra esta historia la excelente y consoladora observación del Padre Baker (*Sancta Sophia*, pág. 175): Por lo que hace á las almas que por respetos humanos abrazaron la vida religiosa, no desmayen por eso, creyendo que ya ningún fruto pueden sacar en ella faltándolas el llamamiento divino: antes bien confíen en que, correspondiendo fielmente en lo sucesivo al género de vida que han abrazado por especial providencia de Dios contra sus intenciones y voluntad, la religión que profesan será un beneficio infinito para sus almas. No raras veces se ha visto esto en grandes Santos, luego que Dios les concedió luz para ver sus perversas intenciones y gracia para rectificarlas: con cuyos medios, quienes *comenzaron por la carne, acabaron por el*

considerable de dinero, ésta es asimismo la primera idea que le sugiere su entendimiento: interésase grandemente por la Iglesia y los pobres, por la educación y moralización de costumbres, y no por otra razón, sino porque estos objetos rebosan gloria divina. Un hombre del mundo contempla el inmenso sistema de caminos de hierro y vapores de navegación que cubren el Globo como una red: calcula sus resultados probables sobre los gobiernos, derechos populares, ciencias, literatura, comercio y civilización: el problema le fascina. Pues así sucede también con el hombre de Dios. Contempla los mismos objetos, y calcula sus efectos probables sobre los adelantos de las misiones; discurre acerca de la influencia que podrán ejercer en favor de la unión de todos los católicos: cómo facilitarán la comunicación con la Santa Sede, en lo que consiste la independencia de la Iglesia; y cómo, por último, dichos objetos y otros semejantes procurarán á Dios un riquísimo tesoro de gloria y bendición. Cuando un hombre se entrega de lleno á la política, sea la del gobierno ó la de la oposición, no ve cuanto acaece sino con relación á las ideas que absorben todas las potencias de su alma. El estado de la cosecha, la probabilidad de una mala recolección, nuestras relaciones internacionales, el descontento interior, el malestar de las clases obreras, las bulas papales, son para él otros tantos asuntos que afectan grande-

rificar á Dios, salvando su alma. Este es nuestro único fin, nuestro único negocio: todo lo demás no nos importa un bledo. Las criaturas nos ayudan ó sírvennos de estorbo en negocio de tanto interés, y así usaremos de ellas, según que contribuyan ó se opongan á la consecución de semejante fin. De este primer principio, y de los dos preceptos de amor de Dios y del prójimo, nace en nosotros la obligación de procurar la gloria divina en la salvación del alma de nuestros hermanos como en la nuestra propia. Si amamos á Dios, evidentemente seremos celosos de su gloria; y tanto mayor será nuestro celo, cuanto más encendido sea nuestro amor hacia su Divina Persona. Cuando tomamos á pechos un negocio de interés, estamos seguros de llevarle á cabo con calor y perseverancia. La persona que llega á amar ardientemente á su Dios, hácese lo que nosotros llamamos hombre de una idea. Todo lo ve desde un solo punto de vista; los empleos y profesiones son para él otras tantas calamidades necesarias que le distraen de su única ocupación, y no busca en todo y por todo sino la gloria de Dios: éste es su último pensamiento al acostarse, y el primero que le asalta al despertar por la mañana. Si obtiene algún puesto, autoridad ó influencia, el primer impulso suyo es de ver cómo lo empleará á la mayor gloria de Dios: si le sobreviene alguna desgracia, ó, por el contrario, recibe en herencia una suma

Dios empezará entonces á ayudarnos de una manera muy especial. Pero no antes, ¡tenedlo muy presente!, pues tal es su conducta, esto es, esperarnos algun tiempo, y ver si perseveramos. Dios realmente está ayudándonos sin cesar: de otra suerte sería imposible nuestra perseverancia en el bien: sólo que sus socorros no son tan abundantes ni eficaces. Repito, pues, que esto, como veis, no es difícil alcanzar; y, si lo consiguiéramos en el transcurso de un año, ¡cuántas millas no nos aproximaríamos á los Santos, y cómo prosperarían entonces los intereses de Jesus!

SECCIÓN III

2.° Susceptibilidad por los intereses de Jesús.

Empleo de propósito esta palabra, porque no conozco otra que exprese con tanta exactitud mi pensamiento. Nosotros sabemos perfectamente qué es la susceptibilidad por nuestros propios intereses y los de aquellos que son nuestros amigos ó allegados. Ofendémonos á la más ligera insinuación ó sospecha de un ataque; constantemente estamos acechando con recelosa suspicacia, como si todos cuantos se nos acercan abrigasen contra nosotros algun designio siniestro. Cuando tal imaginamos, al punto nos damos por ofendidos y denunciamos á nuestros ofensores como á enemigos; ó,

mente al partido político á que está afiliado. Pues así igualmente sucede á la persona que ama á Dios de todo corazón: no hay cosa, por inverosímil que parezca, que, según ella, no tenga que ver con la gloria divina. No quiere esto decir que deba estar siempre pensando en semejante asunto con actual intención: esto sería imposible y, en cierta manera, superior á la condición humana; pero sí que ésa es la idea que más le preocupa, y la primera que suele ocurrírsele, como acontece á aquel que ama con pasión un objeto y desea con vivas ansias poseerle.

Pues esto no es muy difícil de lograr. No hay en ello ningún sacrificio costoso que hacer, ningunas espantosas austeridades que practicar. Comencemos sosegadamente á ejercitarnos en esta devoción: primero un poco, luego algo más, y así sucesivamente, hasta que por fin lleguemos á familiarizarnos, y nos sea enteramente habitual. Todas las mañanas dirijamos á Dios una corta oración para conseguir de su inefable liberalidad una especial gracia de estar siempre buscando su gloria, y luz singular para hallarla. Renovemos dos veces al día dicha intención, pidiéndole semejante favor después de la Comunión, Rosario y examen de conciencia. Si alguna vez lo olvidamos, no desmayemos por eso, ello vendrá con el uso; y como nosotros lleguemos á perseverar unos cuantos meses en dicho ejercicio, el mismo

puesto en la senda de los intereses de Jesús? Los que así obran, preciso es que abriguen en su corazón alguna preocupación menos cristiana.

Otra manera de manifestarse esta susceptibilidad por los intereses de Jesús consiste en la exquisita delicadeza y viva detestación de la herejía y falsa doctrina. La pureza en la fe es uno de los más caros intereses de Jesús; y en su consecuencia, aquel que ama con encendido amor á su Señor y Maestro, forzosamente ha de sufrir una horrible angustia, superior á todo encarecimiento, con la enseñanza de una falsa doctrina, especialmente entre católicos. Toda opinión que redunde en olvido de Nuestro Señor, en depreciación de su gracia, en deshonor de su Madre, en detrimento de los Sacramentos, en menoscabo, por mínimo que sea, de las prerrogativas de su Vicario en la Tierra, aunque se emita incidentalmente y en conversación pasajera, púnzale con tal viveza, que hasta llega á sentir un sufrimiento corporal. Las personas irreflexivas se escandalizan, hasta cierto punto, de sensibilidad tan extraña; pero es únicamente porque no saben apreciar en cosas espirituales una delicadeza que, en objetos terrenos, les parecería lo más natural del mundo. Así es que no hallaréis un solo Santo que no haya conservado viva, en el fondo de su corazón, esa pena del amor, esa incapacidad para oir impasible el ruido de la herejía ó falsa

si nuestra suspicacia no llega á este extremo, les censuramos con acritud, ó bien perdemos la calma y les hablamos con cierto desabrimiento. Aplicad, pues, todo esto á los intereses de Jesús, y os habréis formado una idea cabal de lo que es un Santo. Sin embargo, aun las personas virtuosas no comprenden dicha exquisita delicadeza, y hasta la condenan como una extravagancia ó indiscreción, solamente porque ignoran qué es servir á Dios con servicio de amor. Cuando una persona extremadamente sensible por los intereses de Jesús oye cualquiera escándalo, luego al punto siente en su ánimo una angustia horrible; día y noche no hace otra cosa sino pensar en Él; habla con amargura de su corazón de semejante falta; apenas puede disfrutar un momento de reposo, y continuamente se la ve inquieta y sobresaltada. Sus amigos no conciben cómo lo toma tan á pechos. «¿Pues qué tiene ella que ver, dicen, con semejante escándalo, ni qué responsabilidad puede caberla en dicho asunto?» Así es que están prontos á acusarla de afectación, pues no ven que todo el amor de su amigo es por Jesús, y que es para su espíritu un verdadero martirio la más mínima injuria que se infiera á los intereses de su amoroso Señor. Seguramente que no podrían ellos sufrir con calma verse enredados por espacio de un mes en un pleito odioso é injusto; pero ¿qué es todo esto comparado con el más liviano tropiezo

Ahora bien; no sería difícil cultivar esta sensibilidad y exquisita delicadeza por los intereses de Jesús, no obstante de ser uno de los principales instintos de los Santos. ¿No valdrá, pues, la pena de ensayarlo? ¿Puede acaso haber mayor placer en la vida que servir á Jesús por amor? Hoy mismo podríamos empezar: ninguna dificultad hay en ello; ningún cambio repentino ni violento se necesita obrar en nuestro género de vida. Pensemos un poco más sobre el divino amor, pidamos también algo más amor, y ya nos hallamos en la verdadera senda: la Confraternidad, sin trabas ni obligación alguna, pónenos en el principio de dicho camino.

SECCIÓN IV

3.° Solicitud por la salvación de las almas.

Este es el tercero y último instinto de los Santos, que nos pone en simpatía con Jesús. El mundo y los intereses materiales del mundo están todos contra nosotros, y llévannos tras sí. Nos impresiona mucho más lo que vemos con los ojos corporales, que aquello que contemplamos con la lumbre de la fe. Jesús, sin embargo, vino al mundo para salvar las almas, derramó por ellas su Preciosa Sangre y por ellas murió: prosperan sus intereses á proporción que las almas se salvan, y menoscábanse

doctrina; y aquel que no la experimente, es seguro, como el sol está en los cielos, que no ama á Jesús sino con pobre y mezquino amor.

Manifiéstase igualmente dicha susceptibilidad, conforme la ocasión lo requiere, en todos los intereses de Jesús, de que hablamos en el capítulo anterior. Una observación, sin embargo, debemos hacer aquí. Sucederá con frecuencia que una persona en cuyo corazón no ha echado todavía el amor divino hondas raíces, sea indiscreta, impaciente, descortés y desabrida; sospechará donde no haya ningún motivo para ello, y no podrá sufrir con calma la indiferencia y frialdad de los demás, como lo sufriría, ciertamente, si el hábito de la caridad estuviese en ella perfectamente formado. Esto no raras veces redunda en descrédito de la devoción, pues no hay personas que sean juzgadas con tanta severidad como aquellas que hacen profesión de vida devota. Pero no desmayen por eso: acuérdense que es preciso que tengan al principio sus faltas ó imperfecciones; que deben subir los escalones menos suaves de la vida espiritual; que no pocas veces, y esto debe servirlas de grande consolación, mientras los hombres las condenan, Jesús las absuelve; y, por último, que las imperfecciones mismas de su tierno amor agradan grandemente al Señor, al propio tiempo que son odiosas á sus divinos ojos la crítica y moderación pomposa de sus detractores.

tantemente están llenos de planes, y, si no de planes, á lo menos de oraciones; cuídanse poco de toda otra cosa que no sea el importante negocio de la salvación de las almas, y todo lo sacrifican por ellas. Nada les importa recibir desaires, sufrir chascos é incurrir al principio en algún engaño, pues son todo por las almas. Por ellas comienzan de nuevo todos los días á levantar planos y tirar nuevas líneas; y no se desaniman porque no vean claramente si habrá hombres y dinero para continuar las obras que emprenden: su consolación es, que toda obra por las almas es por su propia virtud una obra completa, y completa para mientras subsista, pues toda dispensación de la gracia y de la Preciosa Sangre es una cosa apetecible y gloriosa en sí misma. He aquí por qué la Iglesia, madre amorosa de las almas, se afana tanto en fomentar esos estímulos temporales de retiros espirituales, misiones y jubileos: semejantes prácticas son completas por sí mismas, y para mientras duren; de aquí que al propio tiempo que unos se ocupan en parlar, y fisgar, y criticar, y resfriar, y desanimar á los demás, aquellos que aman á Jesús prosiguen trabajando en la salvación de las almas con simplicidad de corazón, sin pensar en mañana.

Volúmenes enteros podrían escribirse acerca de esta pasión por las almas, que se halla en toda persona que profese un tierno amor á Jesús. No es encargo hecho solamente á Pedro,

á medida que se condenan. El alma es la única cosa digna de todos nuestros cuidados. ¡Condenarse una alma, y condenarse para siempre! ¡Quién es capaz de sondear el horror de semejante desventura! ¡Quién puede formarse una idea exacta del abismo de la ruina, de la inconmensurabilidad de la desdicha, de la insoportabilidad del tormento y del irreparable abandono de la desesperación de una alma eternamente condenada! ¡Y Santa Teresa vió, no obstante, en espíritu que se agolpaban las almas diariamente en confuso tropel á las puertas del Infierno, como los montones de hojas secas que forma el viento de otoño! ¡Y Jesús estuvo tres horas pendiente en la cruz por la salvación de cada una de esas almas condenadas! ¡Y todas ellas podrían encontrarse ahora despidiendo vivísimos rayos de resplandor y hermosura en la Corte Celestial! ¡Y esas almas quizá nos amaron, y nosotros las amamos igualmente; y no poco había, por cierto, que amar en ellas! Fueron generosas, afables y caritativas; pero amaron el mundo, dejáronse llevar de sus malas pasiones, crucificaron de nuevo, acaso sin pensarlo, á Nuestro Señor, y ahora están condenadas, ¡eternamente condenadas!

¡Qué maravilla que los siervos de Jesús giman por quienes el mismo Jesús gimió también! Así es que se los ve siempre solícitos por misiones, escuelas, órdenes religiosas, ejercicios espirituales, indulgencias y jubileos; cons-

verancia: «Ese hombre ha vivido solamente para llevar á cabo aquella importante línea férrea; su objeto exclusivo no fué otro que arrancar al Gobierno un plan de educación más científico en favor del pueblo; se consagró con todas sus fuerzas á la causa del librecambio, ó bien fué un verdadero mártir de sus gestiones por la protección. Esta fué su única idea; crecía en él con la edad; no pensaba en otra cosa, ni perdonó tiempo ni gastos para hacer adelantar un solo paso su causa favorita y los intereses á que estaba tan apegado: tal fué su monomanía. Desempeñó admirablemente su cometido, porque puso en ello todas sus potencias y sentidos: el mundo tiene, pues, una deuda de gratitud que pagarle». Ahora bien, ¿por qué no debería decirse igualmente de nosotros: «Ha muerto: fué un hombre de una sola idea; no se cuidaba de otra cosa sino de que viniese el reino de Dios y se hiciese su voluntad así en la Tierra como en el Cielo? Semejante propósito consumía y devoraba sus entrañas; velando y durmiendo, no le ocupaba ningún otro pensamiento: nada le arredró: por su idea favorita no perdonaba tiempo ni gastos, y, cuando esto le faltaba, escalaba el Cielo con oraciones. No tomaba interés por ninguna otra cosa; esto fué su alimento y bebida, y lo que embargaba todo su ánimo, ¡y ya ha muerto!» Efectivamente, ha muerto; pero mientras el otro dejóse acá sus vías férreas y su pan

sino también á todos los que aman: «Una vez convertido, confirma á tus hermanos.—¿Me amas más que éstos?—Apacienta mis corderos». Efectivamente, ¿no tenemos cada uno de nosotros un sinnúmero de medios con que contribuir á la salvación de las almas? Y, por la intercesión al menos, ¿no quedan enteramente abiertos los tesoros de toda la Iglesia á la influencia alegre y eficaz de nuestras oraciones, igualmente que al mismo Papa?

Los Santos están, principalmente, formados con estas tres cosas: celo por la gloria de Dios, susceptibilidad por los intereses de Jesús, solicitud por la salvación de las almas: estos tres instintos constituyen el carácter más bello y angelical, y nos ayudan, más que ninguna otra cosa, á asegurar nuestra predestinación. He aquí las tres cosas que la Confraternidad procura formar en nosotros. Ya hemos visto cuán fácil es adquirirlas; bástanos aprender á amar y servir á Jesús por puro amor: no hay sexo, edad ni condición que no sean igualmente convenientes para la práctica de estas tres cosas. ¡Qué cambio tan radical no se obraría en el mundo si unos cuantos acometiesen semejante empresa y la prosiguiesen con calma apacible en la vida ordinaria y oraciones de cada día!

Cuando muere un sujeto en las primeras capitales de Europa, suelen decir sus amigos, en elogio de su actividad, energía y tenaz perse-

por el alma más necesitada; la caridad es, sin embargo, una virtud más excelente que la misericordia, y el acto más subido de caridad consiste en ofrecer la indulgencia por el alma que más amó á Dios, no buscando en ello otra cosa que la mayor gloria del Hacedor como Criador de esa alma, pues se halla más cercana á su entrada en los Cielos, donde al punto empezará á glorificar á Dios de un modo inefable con sus alabanzas y felicidad.» Aquí había celo por la gloria de Dios. «Además, el alma no es propiamente la victoria completa de Jesús hasta que no arriba al puerto dichoso de la Gloria y la presenta nuestro adorable Redentor al Eterno Padre como trofeo de su Sagrada Pasión. ¿Y no será mejor hacer esperar en el Purgatorio á la pobre alma abandonada, que á Jesús en el Cielo? Y la pesadumbre que se experimenta dejando en su abandono al alma más olvidada ¿no ejercerá alguna influencia sobre Jesús, y no alcanzará algún socorro en favor de dicha pobrecita alma desamparada?» —Aquí había una susceptibilidad y sensibilidad exquisitas por los intereses de Jesús. — «Pero, aparte de todo esto, proseguía el piadoso jesuita, cuanto menos retarde su entrada en el Cielo el alma que se halla á él más cercana, tanto más pronto empezará á conseguir de Dios toda suerte de gracias para mi alma y la de todos los pecadores que existen en la Tierra.» — Aquí había solicitud por la

barato, nuestro amigo se llevó consigo al Tribunal de Jesús todo su amor, todas sus penitencias y oraciones; y lo que allí estas cosas han hecho en favor suyo, ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano concibió jamás.

Ponderad, pues, detenidamente estas tres cosas, estos tres suaves instintos de los Santos, este servicio de Jesús por amor. ¿Queréis ver el efecto que producen en un corazón piadoso, aun en las cosas más pequeñas? Pues vais á verlo. Cierto jesuíta español no podía resolver si sería mejor ganar una indulgencia por el alma del Purgatorio más abandonada y olvidada, ó bien por aquella que se hallase más próxima á su libertad y entrada en la Gloria. Veíase enteramente embarazado: ambas cosas eran tiernos actos de caridad; pero ¿cuál de los dos era el más tierno? ¿cuál más agradable á Jesús? Como este buen Padre era de un corazón sumamente compasivo, inclinábase más hacia la pobrecita alma abandonada, á causa precisamente del desamparo mismo en que se encontraba; produciendo una horrible angustia en su ánimo tener que abandonarla á su olvido. Pero se decidió al fin en favor de la primera, y he aquí las razones que le movieron á tomar semejante resolución. «Si bien es cierto, decíase á sí mismo, que, atendiendo al exceso de la miseria, el acto más grande de misericordia consiste en aplicar la indulgencia

quiera que sea, este ejemplo nos muestra muy á las claras cómo pueden las tres cosas penetrar insensiblemente en un alma piadosa, influyendo en sus más minuciosas acciones y devociones más ocultas. Tal es el único objeto de este pequeño tratado. Mi ánimo es recoger para vosotros, de las *Vidas* de los Santos y obras de escritores espirituales, cierto número de prácticas fáciles y gustosas que, al propio tiempo que contribuyan á formar en vuestras almas dichos tres instintos, os ayuden á promover los intereses de nuestro Jesús amoroso en todos los momentos de vuestra vida, y así lleguéis á asemejaros á los Santos por los medios más placenteros que podáis imaginaros.

Escoged, de entre estas prácticas, aquellas que más os agraden: ninguna es obligatoria; todas son enteramente voluntarias. Ni siquiera tenéis la obligación de elegir, caso de hacerlo, la mejor, la más excelente y perfecta, porque es muy posible que no sea la más provechosa á vuestras almas. Escoged, pues, aquella que más os guste; no es necesario que cambiéis vuestras devociones en mortificaciones: ésta es una de las nociones erróneas que los convertidos deberían apresurarse á desechar de su cabeza. Suena bien al oído, pero produce males, y acaba por hacernos descuidados. Mi ánimo es atraeros dulcemente á servir á Jesús por puro amor, y así deseo que os regocijéis y sigáis vuestra inclinación en las devociones: he

salvación de las almas. — En vista de estas razones se resolvió á ofrecer sus indulgencias por el alma más cercana á su rescate; pero no sin exhalar al propio tiempo un fervoroso suspiro, y dirigir asimismo una mirada compasiva á María, y concebir una esperanza fundada de que Jesús había de obrar alguna cosa extraordinaria á favor del alma desamparada.

Parece que esta decisión del buen Padre tiene en favor suyo una respetable autoridad; pues entre las revelaciones hechas á Sor Francisca del Santísimo Sacramento, religiosa carmelita española, una de ellas tiene por objeto el asunto que nos ocupa. Declaróla el Señor cómo distribuía casi todos los sufragios de la Iglesia universal del día de Animas entre todas aquellas que se hallaban más cercanas á la Gloria, manifestándola al propio tiempo la innumerable muchedumbre de almas que salían del Purgatorio en la tarde de ese día (1). Por otra parte, sabemos que el alma más abandonada fué la devoción especial de San Vicente de Paul (2); pero las almas desamparadas fueron el objeto de la vocación del Santo, y su herencia y posesión.

Había aprendido el piadoso jesuíta á darse razón en todo cuanto obraba: no digo yo que debáis vosotros ser tan singulares; pero, como-

(1) *Vita*, pág. 171.
(2) *Peint par ses Ecrits.*, pág. 258.

facciones en méritos. Verifícase este cambio ganando indulgencias por las almas del Purgatorio. Con semejante devoción adquirimos riquísimos tesoros espirituales, y, al propio tiempo que es acepta á Dios, aprovéchanos grandemente á nosotros mismos. Examinemos, pues, algunos de los frutos de esta devoción, ora para animarnos á ser más liberales hacia esas hijas de Dios y esposas del Espíritu Santo, ora también para socorrerlas con las oraciones y satisfacciones de nuestras buenas obras, ofreciéndoselo todo sin temor de que perdamos nada en ello. Efectivamente, ganará inmensamente aquel que, no reservándose cosa alguna para sí, ofrezca todas sus satisfacciones é indulgencias en favor de las esposas fieles de nuestro amoroso Redentor detenidas en aquella horrible mansión de penas y tormentos.

El primer fruto de esta devoción consiste en un grande acrecentamiento de nuestros méritos. De las tres cosas comprendidas en las buenas obras del justo, esto es, mérito, impetración y satisfacción, la más excelente de todas es el mérito. Por el mérito llegamos á hacernos más queridos de Dios y amigos más íntimos suyos, recibiendo mayores gracias y adquiriendo así un nuevo título á mayor gloria. Aquel que cambiase todas las satisfacciones de sus buenas obras en otros tantos méritos nuevos, además del mérito que antes hubiese contraído, ganaría indudablemente en el cambio

aquí lo que la Madre Juliana de Norwich está siempre inculcándonos en sus *Revelaciones*.

SECCIÓN V

Seis ventajas en la aplicación de nuestras indulgencias por las almas del Purgatorio.

Deseo con tan vivas ansias que os penetréis bien de los principios arriba sentados, que no acabaré este capítulo sin ilustrarlos por medio de una cuestión que os es familiar á todos vosotros. Unos, no lo ignoráis, aplican todas sus indulgencias por las almas del Purgatorio; otros reservánselas para sí; pero ni éstos ni aquéllos tienen ningún derecho para censurarse mutuamente. ¿Con qué título se atreverían á afirmar que no somos libres para seguir cualquiera de los dos partidos, cuando la misma Iglesia afirma que lo deja á nuestra elección? Sin embargo, por el momento voy á resolverme por una de estas opiniones, ateniéndome estrictamente á lo que han dicho los teólogos y escritores espirituales: paréceme que arrojará mucha luz sobre las tres cosas por que estoy abogando.

Siendo la gracia un don tan excelente, preciso es que procuremos aumentarle por cuantos medios estén á nuestro alcance; y pocos medios existen con que podamos conseguirlo con mayor rapidez, como cambiando nuestras satis-

una cosa mejor que evitar el sufrimiento; pero la persona que se reserva para sí sus indulgencias y satisfacciones propónese eludir el sufrimiento; mientras, por el contrario, aquella que lo ofrece todo por las almas del Purgatorio, no intenta otra cosa sino agradar á Dios. Y he aquí por qué llega á ser esta última más querida suya por un refinamiento de amor en este ejercicio heroico de misericordia y caridad á que no estaba obligada, y que practica con entera y suave independencia de su voluntad.

El tormento que sufren las ánimas benditas no las proporciona ninguna ganancia ni provecho con que puedan aumentar sus merecimientos; y así, cuanto más tiempo estén detenidas en el Purgatorio, tanto más se prolongará la época de verse privada la Jerusalén celestial de sus ciudadanos, y la Iglesia militante de nuevos protectores y abogados para con Dios. De aquí nace otro fruto de esta devoción. El alma que rescatamos del Purgatorio contrae una obligación especial hacia nosotros, ya por el beneficio singular que la dispensamos haciéndola entrar más pronto en la Gloria, ya también á causa de los espantosos tormentos de que la libramos; así es que está obligada á obtener de Dios, á favor de sus bienhechores, continuas gracias y mercedes. Los bienaventurados saben que es infinito el bien que recibieron; y, como son tan agradecidos, esfuér-

nuevos méritos por la razón siguiente: La gloria de los bienaventurados es, sin comparación, un bien más grande que mal las penas del Purgatorio; y, consiguientemente, el derecho á mayor gloria es una cosa mejor que el derecho á menor pena. Quien ofrece, pues, las indulgencias y satisfacciones de sus buenas obras por las almas del Purgatorio, cambia todas las satisfacciones suyas en otros tantos méritos. En semejante caridad hay un acto heroico de inestimable valor, que le procurará la vida eterna por medio de las satisfacciones cambiadas en méritos, que, como simples satisfacciones, de nada le hubieran servido para la consecución de dicho fin. Esto merece reflexión. Además de ser la gloria un bien mayor que mal el Purgatorio, es menester recordar igualmente que el aumento de gloria es una cosa eterna, mientras que la pena del Purgatorio es sólo temporal, pues temporal es el Purgatorio mismo; de suerte, que la distancia entre el aumento de gloria y la pena del Purgatorio, digámoslo así, es infinita. Y el gozar, sin embargo, de los bienes eternos, aun en el grado más bajo, á costa de los más atroces tormentos, debería considerarse como un especialísimo favor. A esto debemos añadir, que estamos obligados á hacer siempre lo que sea del mayor agrado de Dios, no buscando nuestro interés y propia conveniencia, sino su santísima voluntad. Ahora bien; el agradar á Dios es

rana Majestad como los bienaventurados en el Cielo. ¡Qué gozo, pues, y qué consolación la nuestra considerar que aquellos á quienes libramos del Purgatorio están ahora supliendo por nosotros en el Cielo esta grande obra, y que, mientras nos hallamos nosotros todavía aquí, ellos ya han empezado sus alabanzas y adoraciones! Es indudable que no hay ninguna alma en el Purgatorio menos santa que la nuestra, y ninguna asimismo que no esté más aparejada para glorificar á Dios. Siendo esto así, hemos debido ya seguramente haber conducido al Cielo alguna alma que ahora estará dando á Dios mayor gloria que aquella que nosotros pudiéramos rendirle encontrándonos allí. De modo que, mientras nosotros nos hallamos aquí comiendo, bebiendo, durmiendo ó trabajando, allá en el Cielo, ¡oh pensamiento tierno y dulce consolación!, el alma ó almas á quienes procuramos tan dichosa mansión velarán y ensalzarán sin cesar la Majestad del Altísimo.

Pero no es esto todo, pues hay todavía un cuarto fruto en esta generosa devoción. No solamente ganamos inapreciables tesoros para nosotros mismos; los adquirimos asimismo á favor de los demás por el gozo inefable que proporcionamos tanto á la Iglesia triunfante como á la militante. Grande es la fiesta que se celebra en el cielo al aumentarse el número de sus ciudadanos. En efecto, si es allí indecible

zanse por mostrar un reconocimiento proporcionado á la grandeza del beneficio. Quien ofrezca, pues, sus indulgencias por las almas benditas del Purgatorio tendrá en la Corte Celestial innumerables agentes que miren por sus eternos intereses; y mayor bien es para el hombre asegurar su salvación aquí en la Tierra por medio de las gracias que le procura esa muchedumbre de gloriosos protectores suyos, que evitar el riesgo de vivir algún tiempo más en el Purgatorio, á causa de haberse enajenado de todas sus indulgencias y satisfacciones. Mas no solamente ganamos la amistad de las almas que rescatamos; ganamos asimismo el amor de sus ángeles de guarda, el de los Santos de quienes ellas fueron especialmente devotas, así como el cariño del Sagrado Corazón de Jesús, por el placer inefable que le proporcionamos con el rescate y entrada en la Gloria de sus esposas queridas.

Pero existe un tercer fruto de esta devoción que hace mucho á nuestro propósito. Es ciertamente un beneficio singular tener en el Cielo alguno que ame, alabe y glorifique á Dios por nosotros. Quien ame á Dios con fervor y ternura, jamás podrá sosegar hasta que no haga cuanto esté en su mano para ensalzar y glorificar á la infinita Majestad de su Criador y Señor; pero como son innumerables las miserias y pecados de esta vida, no es posible que honremos y reverenciemos á la Divina y Sobe-

devoción. El amor no sufre dilaciones, ¿y permanecerá ocioso, acaso años enteros, un tesoro que puede obrar maravillas por la gloria de Dios é intereses de Jesús? Al presente quizá no tengamos ninguna necesidad de nuestras indulgencias y satisfacciones, las cuales, si entran en el tesoro de la Iglesia, ¿quién sabe los años que podrán transcurrir sin hacer de ellas ningún uso, aun cuando fuese verdadera la teoría del teólogo De Lugo, de que todas las satisfacciones de los Santos se han de aplicar ciertamente antes del día del Juicio? Por qué no se ha de consagrar desde luego semejante tesoro á rescatar del Purgatorio almas benditas, que acaso esta misma noche empezarían su glorioso sacrificio de alabanza eterna?

Últimamente, aquello de que nos enajenamos, devuélvesenos sobreabundantemente aumentado; y he aquí el sexto fruto de esta devoción, la cual nos proporcionará las siguientes ventajas: 1.º Que el acto mismo de tan grande caridad y generosidad sea una satisfacción por nuestros pecados; porque si la limosna dada en alivio de las necesidades corporales satisface más que ninguna otra buena obra, ¿qué no satisfarán las limosnas espirituales? 2.º Que siendo evidente que quien pierde algo por la gloria de Dios recibe al fin un ciento por uno, debemos esperar que el Señor nos otorgará, ó una gracia tal que no necesitemos pasar mucho Purgatorio, ó inspirará á los de-

el gozo por un pecador que hace penitencia, á pesar de poder todavía volver á la culpa, ¿cuál no debe ser el regocijo de la Corte Celestial en la entrada de ese nuevo ciudadano, incapaz ya de tornar nunca al pecado? Regocíjase su ángel de guarda, y recibe mil parabienes de los espíritus celestiales por el feliz éxito de su tutela: regocíjanse también los Santos de quienes el alma fué especialmente devota, los parientes, los amigos y el coro de ángeles á que es agregada: regocíjase igualmente nuestra Señora por el resultado de sus multiplicadas intercesiones, al propio tiempo que recoge Jesús con amor y alegría el fruto sabroso y exquisito de su Preciosa Sangre: dígnase regocijarse de la misma manera el Espíritu Santo por el triunfo de sus dones é innumerables inspiraciones: el Padre Eterno, por último, gózase asimismo en la perfección de su escogida criatura, á quien dió el ser con tanto amor y ternura de su Corazón. Ni está menos interesada la Iglesia militante en semejante regocijo, por haberse ganado un nuevo abogado que vele por ella con celo incomparable. Tienen igualmente un motivo especial de alegrarse los parientes, amigos, familia, comunidad y nación de esa alma bienaventurada. Es más: los predestinados y la Naturaleza entera reciben un placer singular viendo que ha entrado una nueva criatura en el gozo de su Criador y Señor.

Además tenemos un quinto fruto en dicha

bre disposición, podemos regocijar nuestro corazón empleándolas á su mayor honra y gloria.

Como ejemplo de lo que han avanzado algunos, cuya fama de santidad es conocida en todo el mundo cristiano, en la práctica de esta devoción, os citaré al P. Fernando de Mouroy, hombre muy apostólico, quien, á la hora de su muerte hizo por escrito en favor de las almas del Purgatorio una donación ó traspaso de todas las Misas, penitencias é indulgencias que aplicasen en sufragio suyo. Bien podía el siervo de Dios hacer esta donación, pues poca necesidad tenía de semejantes sufragios quien amó á Dios con tanta ternura y estuvo tan estrechamente casado con los intereses de Jesús, según lo revela esta misma acción suya. «El amor es fuerte como la muerte: muchas aguas no pueden apagar la caridad, ni los ríos pueden anegarla; si el hombre diere todos los haberes de su casa por el amor, los mirará como nada» (1).

He aquí cabalmente lo que yo espero de vosotros. De un modo ó de otro, debéis servir á Jesús; de lo contrario, no lograríais salvar vuestra alma. Jesús tiene sobre vosotros un absoluto dominio: nada podeis hacer sin su Fe, Vida, Muerte, Sangre, Iglesia y Sacramentos, ni es posible que deis un solo paso hacia el Cie-

(1) *Cant.*, cap. VIII, v. 6 y 7. — **El Papa Pío IX ha aprobado el** ***Acto heroico*** **de los teatinos y confirmado todas sus indulgencias.**

más á que rueguen por nosotros cuando nos encontremos allí: por manera que, si nos hubiésemos reservado las indulgencias, quizá nuestra mansión en aquellos fuegos espantosos sería muy larga, mientras que, enajenándolas, se nos anticipará la gloria con las indulgencias que por disposición divina nos ofrezcan no pocos hermanos nuestros en recompensa de nuestra generosidad. Es un axioma que nada pierde quien pierde por Dios. Además, cuando nos hallemos en el Purgatorio, los bienaventurados á quienes por mediación nuestra anticipóseles el Cielo nos mirarán ciertamente como á sus bienhechores, y nuestro rescate como una deuda de justicia; y no solamente se reconocerán ellos deudores nuestros, sino también nuestro Señor amoroso.

Así, pues, el ofrecer nuestras satisfacciones por las almas del Purgatorio, lejos de oponerse al orden natural de la caridad, es el medio más seguro de mirar por nosotros mismos: es una devoción enteramente llena de gloria de Dios, de variados intereses de Jesús y de amor á las almas: y, finalmente, es una devoción que abraza á la vez á la Iglesia militante, á la Iglesia purgante y á la Iglesia triunfante. Demos, pues, gracias á Dios porque, en su liberalidad inefable, se ha dignado otorgarnos el inestimable favor de disponer de nuestras satisfacciones é indulgencias como mejor nos agrade; de suerte que, siendo nuestras y estando á nuestra li-

si no hubiera sido por el Cielo y el Infierno, tiempo hace que habríais deseado substraeros á no pocas de las obligaciones que la religión os prescribe. Mas ¡ya se ve!, el Cielo y el Infierno son hechos, sabemos que lo son, y no nos queda otro recurso.

Pues que debemos ser religiosos, yo estoy por una religión feliz; y si Dios me diese á escoger, no veo motivo alguno para optar por una religión que me hiciera infeliz. La bondad de Dios no se ha satisfecho con esto; quiere que sea dichoso en mi religión; más aún, quiere que mi religión sea la dicha y felicidad de toda mi vida. Ahora bien, una religión que hace la dicha mía, es una religión de amor, y es sabido que para el amor todo es fácil. Así, pues, en mi dicha yo no dependo de ninguno otro sino de Jesús, y mi religión me hace dichoso durante todos los días de mi vida. Si el servir á Jesús por amor fuese una cosa prodigiosamente difícil, como la contemplación y austeridades de los Santos, entonces ya no sería lo mismo; pero no hay nada de esto. Servir á Dios por temor de ir al Infierno ó por deseo de la Gloria, es ciertamente un beneficio singular y una obra sobrenatural, pero sumamente difícil; mientras que servirle porque le amamos es cosa tan fácil, que apenas se concibe cómo pueden existir tantos en el mundo que dejen de hacerlo. ¡Oh almas estúpidas! ¡Almas milagrosamente ciegas!

lo sin el socorro suyo: ninguna cosa de cuantas pensáis, hacéis y decís es digna de merecimiento, á menos que Él no se le otorgue; no se concibe una dependencia más completa y absoluta, ni más continua é indispensable, que la dependencia que tenéis para con Él; así es que, de un modo ó de otro, vosotros debéis servir á Jesús: la cuestión se reduce solamente á saber si es ó no mejor servirle por puro amor. Y bien: ¿ha sido hasta aquí vuestra religión un servicio de amor, ó, por el contrario, habéis cumplido los deberes que Él os impone, á la manera que el pobre paga su deuda á un rico acreedor, mirándole el semblante á cada peseta que le entrega, por ver si realmente intenta olvidar su pobreza y le exige la suma total de la deuda? ¿No ha sido vuestro problema discurrir el modo de hacer lo menos posible para ganar el Cielo? Tantear los Mandamientos, escatimar los preceptos, interpretar las reglas y pedir dispensas ¿no es eso que habéis llamado vuestra religión, vuestro culto de un Dios encarnado, loco de amor y chorreando sangre sobre una cruz?

Pues bien; yo sostengo que servir á Jesús por amor es mucho más fácil que ese interesado servicio vuestro. Ninguna cosa es fácil si, al estarla ejecutando, no nos hace dichosos. ¿Habéis sido vosotros dichosos en el ejercicio de la religión? ¡Oh, no! Lejos de eso, ha sido para vosotros una carga pesada. Me parece que,

en vosotros, y así moriréis. Nunca llegaréis á concebir la más ligera sospecha de que sois unos Santos, ni nada que se lo parezca: vuestra vida estará oculta con Cristo en Dios, y oculta solamente á vosotros mismos, no á los demás. ¡Vosotros verdaderos Santos! Vuestra humildad se reirá ó asustará ciertamente al pensarlo; pero ¡oh abismo de las misericordias de Jesús! ¡Cuál no será vuestra sorpresa en su tribunal supremo al oir la dulce sentencia y ver la brillante corona que os tiene aparejada! Casi llegaréis á argüir contra vuestra propia salvación: el Señor hace hablar así á los elegidos en el Evangelio: *¡Señor! ¿Cuándo os vimos hambriento, y os dimos de comer? ¿Cuándo sediento, y os dimos de beber?* No pueden comprenderlo; jamás se imaginaron que en todo su amor por Jesús hubiese encerrada una cosa tan grande. ¡Servid, pues, á Jesús solamente por amor! --nunca podréis vosotros vencer á Dios en la lucha del amor.— ¡Servid, repito, á Jesús solamente por amor!: y cuando vuestros ojos estén todavía entreabiertos; antes de que la palidez de la muerte fije su asiento en vuestro semblante, y mientras aquellos que os rodean se cercioran de que vuestro último suspiro fué realmente el postrero de vuestra vida, ¡qué inefable sorpresa habréis ya experimentado en el tribunal de vuestro amoroso Señor al resonar en vuestro oído los melodiosos cantares del Cielo, y al

Pero hay más todavía. Aquello que os hace dichosos, hace igualmente dichoso á nuestro Señor amorosísimo; y semejante pensamiento vuelve á haceros tan dichosos, que apenas podéis conteneros, y esto mismo á su vez aumenta más y más la dicha de Jesús. Así es como la religión se os hará cada vez más suave. La vida será para vosotros un gozo continuo, porque se estará siempre cumpliendo en ella la divina voluntad, y promoviéndose incesantemente la gloria de Dios Nuestro Señor: llegaréis á identificaros con los intereses de Jesús, y los consideraréis como si fuesen propiamente vuestros, como en efecto lo son: se escabullirá entonces el Espíritu Divino dentro de vosotros, colocará un pequeño trono en vuestro corazón, se coronará á Sí mismo y se proclamará muy dulcemente Rey de vuestra alma. Ganará la corona por medio de una conspiración apacible: jamás llegaréis á sospechar lo que la divina Caridad estará fraguando durante ese tiempo; pero así sucederá realmente. La gloria de Dios se os hará sumamente amable; sentiréis una sensibilidad exquisita por Nuestro Señor, pues será para vosotros como la niña de los ojos; os veréis como arrastrados á llevar almas al Cielo, por ser ésta la ocupación constante de Jesús; y adquiriréis de esa suerte un instinto y gusto delicados en tan dulce tarea. Así irán continuando las cosas, y así viviréis, mas no vosotros, sino Cristo será quien viva

rácter: no es tanto la expresión de que era un fiel discípulo de Santo Tomás en la citada cuestión teológica, como una clara manifestación de su peculiar vida espiritual y singular tendencia de su devoción. Dicha preferencia en el buen Padre nacía más bien de una pasión dominante que del mérito intrínseco de la controversia, pues había adquirido la costumbre de tomar en todo el lado de Dios y de mirar siempre las cosas bajo el punto de vista divino. No quiero con esto decir que las personas piadosas que siguen la opinión contraria en semejante cuestión no tomen igualmente en todo el lado de Dios, como el bienaventurado Lessio y el dulce y cariñoso San Alfonso, hombres consagrados enteramente á Dios como el que más; sólo sostengo que el instinto más bien que la inteligencia era lo que movía al siervo de Dios á obrar de esta manera. Seguía en esta misteriosa cuestión aquella opinión que, á juicio suyo, era más honrosa á Dios, porque tal fué siempre su instinto habitual; y he aquí cabalmente lo que yo ahora me atrevo á recomendaros.

Una doctrina falsa es odiosa, porque no es verdadera: es odiosa también, porque produce escándalo, resfría la devoción y ofende á las almas: por todos estos motivos la detestan las personas virtuosas. Mas aquellos que profesan á Dios un amor muy tierno y delicado, no atienden tanto á semejantes razones como á la

aparecer delante de vuestros ojos la gloria de Dios para no eclipsarse por los siglos de los siglos!

CAPÍTULO III

EL AMOR OFENDIDO POR EL PECADO

Dios es nuestro Padre igualmente que nuestro Criador.—Llévanos este título así al amor de complacencia como al de compasión.—Dolor de los pecados de nuestros prójimos.—Varias revelaciones de los Santos sobre el particular.—Oficio especial de las religiosas.—Ejemplos de los Santos.—Métodos para practicar dicho dolor: 1.°, consideración sobre la gloria divina; 2.°, método de San Bernardo; 3.°, de Baltasar Alvarez y San Alfonso de Ligorio.—Cómo se satisfacen los tres instintos en esta devoción.—San Panucio y el gaitero.—Lancisio sobre el Carnaval.—Visión de Santa Gertrudis.—Conducta de ciertos católicos.—Deplorable abandono de la gloria divina.

SECCIÓN I

Dios es nuestro Padre muy amado.

Cuéntase de uno de los primeros Padres del Oratorio, compañero de San Felipe, que solía preferir, entre los autores que han escrito sobre la gracia, á aquellos que dieron más á la soberanía divina que al libre albedrío del hombre. Semejante proceder revélanos todo su ca-

y glorificar á nuestro Criador y Señor. Impórtanos, pues, sobremanera el ir gradualmente creciendo en la convicción de que no hay ningún mal real en el mundo sino el pecado; que no tenemos ningún enemigo verdadero más que el pecado; y que combatir el pecado, así propio como ajeno, con las armas de la oración y buenas obras, es lo único que nos interesa y merece todos nuestros desvelos y cuidados. Pero semejante convicción nace de tomar siempre el lado de Dios; y una vez que la hayamos adquirido, contribuirá grandemente á hacernos perseverar con más constancia en tan dulce ejercicio. Cumplimos nuestra misión de criaturas cuando tomamos el partido de nuestro Criador, defendiendo sus intereses, protegiendo á su majestad y promoviendo su gloria. Empleados en tan santa ocupación gozaremos indudablemente de una felicidad inefable en la suerte más adversa, y de una paz hechicera en el más espantoso abandono.

Pero no solamente es Dios nuestro Criador, sino también nuestro Padre. ¡Ojalá que todos nosotros comprendiésemos la grandeza é importancia de título tan excelente! Quien sirve á Dios como á su Criador es de un carácter muy diferente de aquel que le sirve como á su Padre. No servimos nosotros á Dios por puro amor, porque no tenemos una idea amorosa de Dios. Somos para con El secos, fríos y suspicaces, por obstinarnos en continuar mirándole sola-

ofensa que hace al honor divino: el honor de Dios es su primer pensamiento, y pónense luego al punto al lado suyo, é igual conducta se observa en ellos cuando ven á un inocente injustamente perseguido ó cruelmente calumniado. En este último caso, bien que profesen al paciente una tierna simpatía y un afectuosísimo amor, el primer pensamiento, el pensamiento dominante, el pensamiento continuo que mueve á estos siervos de Dios, es la ofensa que recibe el honor de su Señor con la persecución del inocente y la culpa que casi necesariamente han debido cometer sus perseguidores. Por eso, en épocas de abandono espiritual, de enormes pecados públicos, de importantes cambios políticos, de calamidades locales, de triunfos católicos y rescates de almas del Purgatorio, semejantes personas instintivamente sienten y descubren luego al punto la parte de esos acontecimientos que se relaciona con la gloria divina, y quedan en seguida tan embebidos en ella, que suelen parecer duros, insensibles y sin entrañas para compadecerse y regocijarse con los demás, aunque realmente en su interior sucede todo lo contrario.

Fácilmente con el tiempo, con la oración y con la asiduidad reposada de la devoción llegaría á hacérsenos habitual este piadoso ejercicio de tomar en todas las ocasiones el lado de Dios, y nos serviría de poderoso auxiliar para amar

dos, y, como si quisiera excusarse á Sí mismo, añade (1): «Pero, *á lo menos*, desde hoy decidme: Tú eres nuestro Padre». El Apóstol resume toda la obra del Evangelio en que hemos recibido el espíritu de adopción para clamar *Abba*, Padre; y al enseñarnos el Señor á orar, suplícanos invoquemos á Dios con el dulce nombre de Padre. Es más: nos ha otorgado uno de los siete dones del Espíritu Santo, el don de Piedad, con el fin expreso de disponernos á ejercitar hasta en grado heroico esa ternura filial hacia Dios. Defínese dicho don una habitual disposición que el Espíritu Santo infunde en el alma para excitar en nosotros un afecto filial hacia Dios. Afirma Santo Tomás (2) que son más meritorias las obras ofrecidas á Dios como á nuestro Padre, que aquellas que se le ofrecen como á nuestro Criador, porque el motivo es más excelente. Cuál sea la importancia que las personas espirituales han atribuído á este dulce afecto filial hacia Dios, descúbrese muy á las claras en la observación hecha por el Cardenal Belarmino al visitar la Francia. Decía que estaba admirado de la devota piedad de los franceses, y que bajo este concepto le parecían mejores católicos que los italianos; así á lo menos lo cuenta Lallemant.

No contento San Pablo con el pasaje arriba

(1) Jer., cap. III, v. 4.
(2) II, 2, q. 121.

mente como á nuestro Legislador y Juez supremo. Cuanto más una persona desee adelantar en la perfección, tanto más eficaz debe ser su empeño en mirar á Dios como á su Padre. Bien corta sería, por cierto, la distancia entre los Santos y católicos ordinarios, con sólo que todos conviniésemos en mirar y servir á Dios como á nuestro Padre. Asombra verdaderamente esa muchedumbre de afectos serviles y suspicaces que abrigan hasta las personas piadosas acerca de Dios, de su soberanía y majestad. He ahí el origen del tedio y falta de consolación que se experimenta en el cumplimiento de nuestros deberes religiosos. Semejantes afectos traen consigo toda suerte de tentaciones contra la fe, y suscitan en el ánimo todo género de escrúpulos que secan la ternura de la devoción y hielan el alegre espíritu de la mortificación amorosa. Por el contrario, es un verdadero sol de vida creer y sentir á cada momento que Dios es nuestro Padre, que nos ama con amor de Padre y nos trata como á hijos suyos muy queridos.

Ved los esfuerzos que ha tenido Dios que hacer para ocultar á sus hijos su faz severa. Confió al Hijo todo el juicio: Nuestro Señor, dulcísimo en cuanto hombre, es quien nos juzgará en el último día: nuestra postrera apelación será á su Sagrado Corazón. Cuando Dios, por boca de Jeremías, invita á su pueblo rebelde á convertirse, recuérdale todos sus peca-

les actos de amor naciesen no sólo de los afectos de humildad y religión comprendidos en el título de Señor, sino también de un afectuoso sentimiento filial hacia Él mismo. Segunda, por el mayor mérito que así se adquiere, conforme á la doctrina de Santo Tomás arriba citada: *Es más excelente*, dice el Angélico Doctor, *honrar á Dios como á nuestro Padre, que honrarle como á nuestro Criador y Señor*. Y como afirma San León (1): *Grande es el sacramento de este privilegio, y es un don que sobrepuja á todo don el que Dios se llamase hijo del hombre, y el hombre á Dios su Padre amoroso.* Tercera, por la confianza que excita en nosotros el recuerdo de que Dios es nuestro Padre; y Tertuliano, San Cipriano y San Crisóstomo aseguran que ése es el motivo de empezar la Oración dominical con las palabras *Padre nuestro*; pues, como afirma el mismo Santo Tomás (2), *la confianza se despierta en nosotros singularmente por la consideración del amor que Dios nos tiene, y el vivo deseo que le anima á colmarnos de bienes, y por eso llamámosle Padre*. Cuarta: *Le llamamos Padre*, dice San Agustín, *para alcanzar con este Nombre dulcísimo sus divinos favores, y mover sus amorosas entrañas á otorgarnos todo cuanto le pidamos*.

citado de su carta á los Romanos (1), casi repite las mismas palabras á los Gálatas (2). Exprésase como si bajo la antigua alianza no hubiese Dios podido, por decirlo así, persuadir á los judíos á mirarle como á su Padre; y por eso, «cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios á su Hijo, hecho de mujer, y sujeto á la ley, para redimir á aquellos que estaban bajo la ley, y recibiésemos la adopción de hijos. Y porque sois hijos, ha infundido Dios el Espíritu de su Hijo, que clama: *Abba*, Padre; y así ya no sois siervos, sino hijos». Y hasta en el Antiguo Testamento ¿quién no recuerda el lenguaje patético de Israel? «Ahora, Señor, Vos sois nuestro Padre; y Abraham no nos conoció, ni Israel tuvo cuenta de nosotros. Vos sólo sois nuestro Padre y nuestro Redentor; por los siglos de los siglos vivirá vuestro Nombre» (3).

Lancisio, en su *Tratado de la Presencia de Dios*, después de varios actos de amor para dirigirnos á Dios *como á nuestro Señor santísimo y Padre amantísimo*, pone en boca de su adversario esta objeción: «¿Por qué, en semejantes actos de amor, añades el nombre de Padre? — Hágolo así, responde, por cuatro razones: Primera, porque era utilísimo que ta-

jestad de Dios, y de este modo llegaríamos á comprender de lleno aquel grito constante de San Felipe de Neri: «¡Sólo que no haya pecado, sólo que no haya pecado!»

Luego que uno llega á penetrarse bien de semejante idea acerca de Dios, no pasa un solo día sin que descubra en Él algo de paternal, que antes nunca había notado: transfórmanse entonces nuestras oraciones, y los Sacramentos producen efectos más maravillosos que hasta aquí, y todo cuanto nos rodea se altera por grados: los deberes se cambian en privilegios, las penitencias en placeres inefables, los dolores suavizan el corazón con deliciosa humildad, y las tribulaciones son presentes celestiales: conviértese el trabajo en reposo, y el cansancio de cuerpo y cabeza se asemeja al dulce arrobamiento de la contemplación. No parece sino que la Tierra se ha trocado en verdadero Cielo. El objeto más liviano y el más ligero ruido agitan el corazón, como si Dios estuviese á punto de aparecerse y hablarnos. ¡Qué diferente es la vida cuando se tiene la dicha incomparable de dar con nuestro Padre! Si trabajamos, es á su presencia; y si nos recreamos, lo hace nos á la vista de su dulce sonrisa: la luz terrestre se nos figura una irradiación celestial, y las estrellas de la noche parécennos semejantes á la aurora de la Visión Beatífica: tan suaves, y tan dulces, y tan lindas, y tan exquisitas llegan á sernos todas las cosas luc-

En las *Revelaciones de Santa Gertrudis* se halla un bellísimo pasaje que nos manifiesta lo muy agradables que son á Dios los títulos llenos de reverencia y familiaridad. Díjola, pues, el Señor que, cuantas veces uno llama á Dios Amor mío, Dulcísimo Dueño mío, Amantísimo mío y otras expresiones por el estilo, recibe una prenda de su salvación, en virtud de la cual, como llegue á perseverar, gozará en el Cielo de un privilegio especial de igual clase que aquel que disfrutara en el mundo San Juan Evangelista (1).

Pues si nosotros vivamente sintiésemos que Dios es nuestro Padre; si nuestro ejercicio cotidiano consistiese en pensar y acercarnos á Dios como á nuestro Padre muy amado, bien presto nada habría en el mundo que fuese tan caro á nuestra alma como su honor y majestad: el honor divino le consideraríamos como si nos perteneciese y realmente fuese propiedad nuestra, y cualquiera ultraje suyo le tomaríamos como ofensa que se nos hacía á nosotros mismos. Y como el pecado es una ofensa contra Dios, el pecado, así propio como ajeno, sería nuestro único enemigo, nuestro único cuidado y nuestra única desgracia sobre la tierra. Sí: el pecado de un hermano nuestro dejaría de ser para nosotros objeto indiferente, puesto que es un ultraje horrible contra la Ma-

cesaría del divino amor. No ama ciertamente á Dios quien carece de este dolor del pecado, así propio como ajeno; dolor que aumenta á proporción que crece el amor. ¿Qué fué lo que hizo á los dolores de la Santísima Virgen más intolerables que todos los tormentos de los mártires sino su amor, que sobrepujaba al de todos los mártires juntos? Si, pues, arde en nuestro corazón la llama del divino amor, las ofensas y ultrajes contra Dios serán igualmente ofensas y ultrajes que se nos hacen á nosotros mismos.

Pero no es esto sólo. Como se excitan en nosotros los afectos de simpatía y compasión con mayor facilidad que los afectos de complacencia, parece que Dios deseaba cultivar más el amor que llaman los teólogos de compasión que el de complacencia: ésta es una de las razones por qué la devoción á la Pasión es la más popular de todas las devociones de la Iglesia, y acaso sea tan igualmente una de las causas que movieron á Nuestro Señor á padecer más de lo necesario en nuestra redención. Para sentir dicha compasión no se requiere un subido amor divino ni una altísima virtud: las mujeres de Jerusalén no eran ciertamente santas, y lloraron, sin embargo, por Jesús en el camino del Calvario: los amigos de Job eran de corazón duro, y, con todo, la compasión venció su orgullosa insensibilidad y su necia y odiosa petulancia. Lo que nosotros principalmente nece-

go que se ha tenido la suerte de hallar á nuestro Padre en nuestro Dios y Señor.

SECCIÓN II

Amor de complacencia y amor de compasión.

Si de veras amamos á nuestro Padre Celestial, nos regocijaremos de que sea Dios, que sea tan bueno y rico en perfecciones: á este afecto se le da el nombre de amor de complacencia. El gozo suyo hacémosle nuestro, y nos regocijamos en él únicamente porque amamos á tan gran Señor. Jacob no quería creer en la gloria de José; pero, viéndole, arrojóse sobre su cuello y, abrazándole, dijo: «Ya moriré contento, porque he visto tu rostro, y te dejo vivo» (1). Mas no es éste solamente el oficio del amor. Si el amor nos hace dichosos transfiriendo á nuestro corazón la dicha é intereses del Objeto amado, el mismo amor nos llena igualmente de aflicción y pesadumbre al transferir y hacer nuestras las ofensas y ultrajes que recibe el Objeto amado. Quiero con esto dar á entender que el dolerse de las culpas ajenas no es ninguna devoción traida allá del otro mundo, ni un refinamiento sutil del sentimiento religioso, sino una consecuencia ne-

expresar el deseo ardentísimo de nuestro Salvador de penetrar en nuestro corazón por medio de este doloroso amor. He aquí, pues, un medio fácil de amarle y de promover su mayor gloria: no le rehusaréis, así lo espero, un obsequio tan suave y gustoso; y no sólo estoy seguro de que le amáis y suspiráis por amarle más todavía, sino que no quiero creer que así no sea. ¿Quién será capaz de no amar á Nuestro Señor dulcísimo? ¿Existe por ventura un corazón que deje de amarle? Mas no es éste lugar de entrar en averiguaciones de cosas tan extrañas, ni de ver si existen sobre la Tierra fenómenos tan espantosos. Nosotros le amamos. ¡Gracias le sean dadas por tan singular favor! Diez y ocho siglos ha que tuvo lugar su Pasión; pero esta Pasión y mortal Agonía renuévanse todos los días, porque abunda el pecado. ¡Oh pecado cruel, crueles pecadores! Mas Jesucristo se acogerá á nosotros: aplicad el oído á vuestro corazón, y escuchad lo que os dice: «Ábreme, hermana mía, amor mío, paloma mía, perfecta mía, porque mi cabeza está llena de rocío y mis cabellos de gotas de la noche» (1).

Pero me replicaréis vosotros: «El dolerse de los pecados ajenos es cosa muy buena para los Santos: sabemos que ellos lo hicieron así; mas, por lo que hace á nosotros, semejante ejer-

---

(1) *Cant.*, v, 2.

sitamos es ablandar nuestro corazón, y que el pesar le conmueva más viva y eficazmente que el gozo.

No esperemos alcanzar un subido amor divino si primeramente no nos familiarizamos con este amor de compasión. Aun entre nosotros es más censurable el no condolerse de las desgracias de nuestros prójimos, que el no alegrarse en sus goces y contentamientos. La simpatía nos es connatural, y el corazón más criminal puede abrigar la esperanza de salvarse, con sólo que conserve viva una afectuosa simpatía. No hay mal que no produzca bienes; y he aquí por qué del pecado y de la Pasión de nuestro adorable Señor, como de dos fuentes perennes, brota á raudales en nuestro corazón este amor santo de compasión. ¡Qué maravillosos prodigios no puede obrar semejante amor! Dícese que la compasión de María ha cooperado en cierto sentido con la Pasión de nuestro Santísimo Señor á la salvación del mundo. ¡Y cuántos ejemplos no pudiéramos citar de la misericordia que Dios ha usado con los pecadores por haber conservado éstos un ligero y tierno recuerdo de su amorosa Pasión! Es preciso, pues, gemir ahora con Jesús, si queremos gozarnos con Él después. Yo quisiera que os paraseis á reflexionar acerca de esto, que me parece no tenéis tan presente como era de desear, ni apreciáis en lo que se merece. Dice San Francisco de Sales que no hay lengua que pueda

culpas. Mas, para mirar el pecado como ofensa contra Dios, requiérese que aprendáis primeramente á llorar los de vuestros hermanos, pues en la culpa ajena no entra el propio interés, y sólo se atiende en ella á la gloria ultrajada de vuestro Padre Celestial. Si, pues, deseáis doleros vivamente de vuestras culpas, llorad antes las ajenas, como ofensas que son contra la majestad de nuestro Dios y Señor. Tal es la práctica que yo ahora me atrevo á recomendaros: práctica que abraza el espíritu de la Confraternidad: esto es, dolor de los pecados ajenos, y reparación de la gloria de Dios ultrajada con semejantes culpas.

Decía, pues, que esta práctica abraza el espíritu de la Confraternidad, ya que los motivos para condolernos de las culpas ajenas son los mismos que dijimos arriba eran indispensables para pertenecer á dicha Hermandad. En efecto, lloramos las culpas de nuestros prójimos, porque son ofensas contra la gloria de Dios, inutilizan y destruyen el fruto de la Pasión de Jesús, y perjudican y pierden las almas. He aquí por qué volvemos otra vez á las mismas tres cosas de que ya hemos hablado; y no debe causaros fastidio que os las repita con tanta frecuencia. Pero cuando empleo la palabra pesar, es preciso que comprendáis bien lo que quiero significar con semejante expresión. Yo no os propongo ninguna cosa melancólica ni desagradable, ¡lejos de mí tal pensa-

cicio es superior á nuestras fuerzas: es ejercicio que más bien debe admirarse que no imitarse; en nosotros, dicha práctica sería una imprudencia, pues todavía no sentimos un vivo dolor de nuestras propias culpas: conviene no ir tan aprisa; es menester que nos ejercitemos un poco más en llorar las nuestras, que hartas son, por desgracia». No me hagáis, por Dios os lo pido, una objeción semejante; y, si me la hacéis, permitidme que os combata con vuestras propias armas. No tenéis, decís, bastante dolor de vuestras propias culpas, ni hay cosa que os fastidie tanto como esto, ni que sea tan enojoso y estéril para vuestro aprovechamiento espiritual: pero ¿cuál es la causa de ese vuestro escaso dolor de los pecados, sino el mirar la culpa más por lo que afecta á los intereses de vuestra alma que á los intereses de Dios? No quiero con esto decir que dejéis de considerar la culpa bajo ese primer respecto: no permita Dios que os aconseje una cosa semejante. Debéis hacer lo uno, sin omitir lo otro; pero, si miráis el pecado únicamente bajo el punto de vista de la recompensa y el castigo, es evidente que no alcanzaréis jamás un aborrecimiento proporcionado á la culpa, porque la pena está muy lejos de ser el mal principal del pecado. Su principal malicia consiste en ser un ultraje á la Divina Majestad; y como vosotros le miréis bajo este respecto, aumentará maravillosamente en intensión el dolor de vuestras

nios de los prójimos, fúndase en una caridad muy abrasada, y sirve al alma de pasto espiritual de exquisito sabor. Y hasta se regocija y salta de contento con semejante pena, pues es una prueba convincentísima de que estoy con ella por medio de una gracia muy especial» (1).

He aquí explicado por qué los Santos á quienes les fué dado el don de lágrimas tenían su alma inundada de un gozo y alegría espiritual incomparables. Dice el antiguo biógrafo de San Juan Clímaco, que no hay palabras con qué encarecer los maravillosos efectos que el don de lágrimas producía en el alma de este siervo de Dios; y el mismo Santo, en el séptimo escalón de su *Escala de Perfección*, afirma: «que los que han recibido el don de lágrimas pasan toda su vida en una fiesta y banquete espiritual».—Ciertamente no existe ni sombra de amargura en las lágrimas de aquellos que de veras aman á Dios; ¿ni qué otra cosa puede haber sino contentamiento y dulzura y alegría, en lágrimas que son un don singular de Aquel que es el amor y júbilo, como le llama San Agustín, del Padre y del Hijo?

(1) Cap. 95.

miento!: el dolor de que os estoy hablando es uno de los mayores placeres de la vida, y capaz por sí solo de inundar el corazón de una alegría indecible. Oigamos cómo el Eterno Padre se dignó explicar dicho sentimiento á su querida hija Santa Catalina. Después de hablarla (1) de las cinco especies de lágrimas que los hombres derraman, la describe (2) un estado del alma lleno á la vez de alegría y aflicción: «Su alegría, la dice, nace de su unión sensible Conmigo, en cuya virtud gusta las dulzuras inefables del divino amor; y la aflicción procede á la vista de las ofensas que se cometen contra Mí, que soy la Eterna Bondad, á quien esa alma contempla y gusta en el conocimiento de sí misma y en el Mío. Semejante dolor no impide el estado de unión que tiene Conmigo, porque las lágrimas que derrama, como nacen del amor de sí misma en su amor á los prójimos, son de una incomparable suavidad. En la misericordia Mía halla la melancolía del amor, y en las miserias de sus hermanos el dolor del amor. He aquí por qué llora con los que lloran y se alegra con los que se alegran, pues el alma se regocija al ver que mis siervos honran y glorifican mi Santo Nombre». Y díjola asimismo: «Esta pena *inaflictiva*, nacida de los ultrajes que recibo y de los infortu-

---

(1) Diál. 88.
(2) Cap. 89.

bras del Evangelio, *Salió sangre y agua,* cayó en un éxtasis, y «vió, dice su confesor, una gran muchedumbre de almas en el costado de Jesús, resplandecientes como las perlas en una corona real, y exclamó: *Así nuestras almas, embellecidas y hermoseadas con la Sangre, transfórmanse en riquísima corona del Verbo por la manifestación que de El hacen antes que el resto de la creación, gloriándose el Verbo en ellas como se gloría un rey en su corona real.* Vió asimismo penetrar á las almas en la cavidad amorosa del Costado, expresando dos afectos: transformábanse primeramente en sangre por el amor, y después en agua por el dolor. *Deléitase más Dios, al menos en esta vida, en el alma que se transforma por el dolor, que en aquella que se transforma por el amor. Sin embargo, conozco ¡oh Verbo Divino! que el dolor que el alma siente viéndote ultrajado sólo puede nacer del amor que te profesa, que en sí mismo es más perfecto que el dolor; pero por el dolor llega á ejercitarse mejor el alma en el amor de su prójimo, porque el celo de su salvación obra en ella de una manera más viva y eficaz. Hay todavía otra razón para que en esta vida sea más agradable á Dios el ejercicio del dolor que el del amor: el primero es una especie de martirio en virtud del cual se asemejan las almas á Jesús pendiente en la Cruz; cuyo dolor es una tierna*

SECCIÓN III

Ejemplos del amor de compasión.

Pero, á fin de esclarecer más este asunto, voy ahora á presentaros, tomándolos de los mismos Santos, algunos ejemplos de este dolor de los pecados, que tanto ofenden á la gloria divina. Nuestro Dios y Señor se dignó revelar á la misma Santa Catalina lo que sigue: «Estoy sumamente complacido, hija mía muy amada, por el deseo que tienes de sufrir toda suerte de penas, trabajos y hasta la muerte misma por la salvación de las almas. Cuanto más sufre una persona, tanto más muestra el amor que me profesa; y, amándome, conoce mejor mi verdad; y, cuanto más me conoce, mayor y más vivo es su dolor por las ofensas que recibo. Tú me pedías que cargase sobre tus hombros todos los castigos que merecen los pecados que se cometen en todo el mundo; pero no considerabas que, al pedirme eso, me pedías al mismo tiempo amor, luz y conocimiento de la verdad: pues, como ya te he dicho, cuanto mayor es el amor, mayor es la pena; y así, á medida que crece el amor, igualmente crece la aflicción» (1). Meditando un día Santa María Magdalena de Pazzis sobre aquellas pala-

sus personas. Es ciertamente una delicia que tengan las doncellas un asilo donde vivir alejadas del mundo, y libres de tantas vanidades y tentaciones como en él reinan; pero semejantes retiros no son conventos. Los conventos son lugares enteramente indiferentes; y una señorita, por el hecho de retirarse del mundo, no es una esposa mística de Jesucristo. El voto de pobreza, ya que no otra cosa, da á las religiosas un carácter expiatorio; preciso es, pues, que giman como tortolillas. Más bien que ellas, es Jesús quien, por amor suyo, se retira de este mundo perverso, para ampararse y morar en el claustro de sus corazones; por esta razón el espíritu de las religiosas debe ser un espíritu de aflicción amorosa, de dulce reparación y santa languidez por los ultrajes de su Celestial Esposo; se han casado con sus intereses, y es preciso que giman con Él, y con Él se alegren. Jesús las ha confiado su gloria santísima para que cuiden de ella con todo el esmero posible: el mundo es su cruz; menester es, pues, que la lleven. Ni deben ser indiferentes á los pecados del siglo, pues si viven retiradas es para llorarlos. Jamás, donde falte este espíritu, se encontrará el camino soberano de la mortificación, ni las dichosas alturas de la contemplación, ni la atmósfera pavorosa, pero alegre y refrigerante, de la verdadera vida sobrenatural. Ni la época, ni el país, ni las ocupaciones pueden dispensar á las esposas de Jesucristo de su

compasión por la grandeza de sus tormentos y una especie de lágrimas por su Pasión amorosa; y cuando dicho pesar se transforma en aflicción, purifica el alma de todos sus pecados. El amor es ciertamente mas gustoso y deleitable: pero como estamos en este mundo para purificarnos, de ahí es que nuestra vida mortal sea más bien tiempo de sufrir y padecer por amor de nuestro Dios y Señor. Esta es la causa de que Él reciba mayor complacencia en el dolor que en el amor». En otra ocasión, después que la Santa hubo comulgado, díjola que debía gemir como tortolilla, compadeciéndole porque era tan poco conocido y amado de sus criaturas.

Tal es, efectivamente, el verdadero oficio que las monjas tienen que llenar en la Iglesia de Dios. No hay ninguna, por muy ocupada que esté en la educación ú otras obras exteriores, sobre la que no pese este sagrado deber, en el mero hecho de su profesión religiosa. Cierto número de doncellas amables y piadosas, que viven juntas en paz y armonía cumpliendo la rutina diaria de los ejercicios prescritos por la regla, y empleadas en la educación de la juventud, sin ningún reconocimiento de un fin sobrenatural, y privadas de todo sentimiento práctico de que están ligadas á Jesús con lazos más estrechos que el resto de las gentes, no son monjas, por más que lo parezcan en los hábitos que visten y por respetables que sean

llorar con su Majestad ultrajada. El egoísmo en todos es odioso, pero en las religiosas es una especie de sacrilegio. El espíritu de los conventos es un espíritu de santa timidez, un espíritu de temor hechicero y encantador que está sin cesar suspirando por subir á la cumbre de la verdadera vocación, que en su humildad créese muy lejos de haber conseguido. Si á una de esas almas puras la fuese dado ver de repente todos los deberes á que se ha obligado con su profesión religiosa, quizá no podría sin milagro soportar la visión y vivir. Así sucede en aquellas deliciosas moradas, donde todo respira virtud, mortificación, abatimiento, dulce reposo y celestial santidad; donde hasta el aire mismo condena los pensamientos de soberbia, y de las que sacamos una preciosa desestima de nosotros mismos, sin la amargura de un tedio enojoso y estéril.

En la vida de Santa María Magdalena de Pazzis se nos ofrece una prueba todavía más decisiva del poder que ejerce sobre el Sagrado Corazón de Jesús esta práctica de dolerse de los pecados ajenos; y por cierto que nos procura tesoros tan ricos y abundantes de dulces y suaves consolaciones, é infunde en el ánimo un esfuerzo tan grande, que es imposible no determinarnos á seguir, aunque á lo léjos, los pasos de la Santa en el dolor por los pecados de nuestros hermanos. Cuando ésta era una niña de sólo doce años, oyó á una persona injuriar

oficio de tórtolas del Sagrado Corazón de Jesús: tienen que realizar con un espíritu constante de reparación y de oblación los sentimientos que fueron habituales al Beato Pablo de la Cruz. Lamentábase este siervo de Dios, y deploraba con lágrimas amargas, la ingratitud de los hombres, que tan mal correspondían á la infinita bondad de Dios, y solía repetir: «¡Cómo! ¡un Dios hecho hombre! ¡un Dios crucificado! ¡un Dios muerto! ¡un Dios oculto bajo las especies sacramentales! ¿Quién...? ¡un Dios!» Y, luego que permanecía silencioso un breve rato en una especie de estupor extático, volvía de nuevo á exclamar: «¡Oh abrasada caridad! ¡Oh exceso de amor! ¿Quién y por quién? ¡Oh criaturas ingratas! ¿Cómo es que no amáis á Dios? ¡Ojalá me fuese posible encender todo el mundo con el fuego del divino amor! ¡Ah! ¡Si yo tuviese fuerzas bastantes para salir á predicar á campo raso á mi buen Padre espirando en la Cruz por nosotros pecadores!»

Si, pues, éste es el verdadero oficio de las monjas, preciso es que no le pierdan jamás de vista; si tienen un carácter expiatorio, no hay duda que éste ha de ser el objeto principal de su profesión. El buen éxito de las escuelas, y el número de sus novicias, y la arquitectura de sus conventos, y las exenciones de sus obispos respectivos, son para una religiosa asuntos muy secundarios: el principal blanco suyo es ver cómo agradan á su Celestial Esposo, y gemir y

cristo.» —La gloria de Dios, los intereses de Jesús y el amor de las almas hallábanse confundidos é identificados en un solo motivo en el corazón del glorioso Patriarca de Asís; comenzaba con uno y acababa con el otro, porque con toda verdad puede decirse de ellos sin faltar á la reverencia del sagrado texto: *Y éstos tres son uno.*

«Aquel, dice San Lorenzo Justiniano, Patriarca de Venecia (1), que se duele verdaderamente de sus culpas, no puede menos de lamentar las de sus prójimos. Un miembro sano del cuerpo que no ayuda á los otros cuando están enfermos, ocupa inútilmente su lugar. Pues de la misma manera, aquellos miembros de la Iglesia que, viendo el pecado de sus hermanos, no le lloran, ni se compadecen de la perdición de sus almas, son miembros que están de más. Cuando nuestro Redentor lloró sobre la ciudad que iba á ser destruída, considerábala doblemente digna de compasión porque no conocía su estado deplorable; por consiguiente, todos cuantos conserven todavía viva la llama del divino amor, no podrán menos de lamentarse de las culpas ajenas como si fuesen suyas propias. Pero ninguno puede debidamente deplorar los pecados de otros, si descuida los suyos con faltas voluntarias. Quien quiera, pues, llorar las caídas de los demás,

———

á otra, hasta el punto de cometer pecado. Quedó la Santa tan horrorizada de semejante ofensa contra Dios, que no pudo descansar en toda la noche, gimiendo y llorando por el ultraje hecho á la Divina Majestad. Pasáronse diez y ocho años, y ya María probablemente había olvidado de todo punto dicha acción culpable, cuando he aquí que Dios se dignó revelarla que, á consecuencia del acto de sentimiento que concibió por la culpa ajena, la tenía preparada una singularísima gloria, que la representó bajo la figura de un riquísimo vestido de grana. Quien no olvida el vaso de agua fría que se da en su nombre, menos podrá olvidar esos actos interiores de amoroso pesar. ¡Qué tesoro tan rico se nos reserva en semejante devoción, con sólo que nuestro amor procure aprovechar las ocasiones que se le vayan ofreciendo!

De San Francisco de Asís cuenta San Buenaventura, que llenaba los bosques con sus lamentos, y que por todas partes iba derramando abundantes lágrimas y dándose golpes de pecho, hablando unas veces con Dios, y prorrumpiendo otras en gritos amargos para obtener misericordia y perdón por el pecado.—«Pero cuando contemplaba á las almas, prosigue el Doctor Seráfico, redimidas con la preciosa sangre de Jesucristo manchadas con la culpa, gemía por ellas con una ternura tan compasiva, que, semejante á una madre, no parecía sino que todos los días estaba dándolas á luz en Jesu-

me ha devorado; y en otro lugar, como viése á muchos cometiendo pecados, exclamaba: *Un tedio santo se ha apoderado de mí, á causa de los malvados que abandonan tu ley. Vi,* añade en otra parte, *á los insensatos, y me consumía de dolor»* (1).

Con el mismo objeto cita Lancisio á San Cromacio de Aquileya, á quien apellida San Jerónimo varón santísimo y sapientísimo.— «¿Deseáis saber, dice, qué es lo que se asemeja al dolor piadoso y amorosa aflicción de los Santos? Cuéntase del Profeta Samuel que lloró por el Rey Saúl hasta el día de su muerte. Lamentábase asimismo Jeremías de los pecados de su pueblo. *Mis ojos,* exclama, *han derramado torrentes de lágrimas por la contrición de mi pueblo;* y en otra parte añade: *¡Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos una fuente de lágrimas!* Igual aflicción y angustia sentía Daniel por los pecados del pueblo, como él mismo lo testifica diciendo: *En aquellos días, yo, Daniel, lloré por espacio de tres semanas. No comí pan delicado ni exquisito; no entró en mi boca carne ni vino, ni tampoco me perfumé con ungüento.* No menor pesadumbre tenía el apóstol por algunos de los corintios cuando escribía: *No sea que cuando vaya me humille Dios otra vez entre vosotros, y llore á muchos de aque-*

preciso es que se abstenga de pecar deliberadamente.» «Condolémonos, decía San Agustín, de los pecados de nuestros hermanos, afligennos sus culpas y traspasan nuestro corazón» (1). San Juan Crisóstomo afirma que Dios escogió á Moisés para caudillo de su pueblo, «porque tenía la piadosa costumbre de condolerse de las culpas de sus prójimos». «Aquel que se lamenta de los pecados de un hermano suyo, añade el mismo Santo Doctor, abriga en su corazón la ternura de un apóstol, y es imitador del glorioso San Pablo, que decía: *¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y no me abraso?*» «¿Quién no se indigna, exclama San Agustín, viendo á los hombres renunciar al mundo de palabra y no de obra? ¿Quién no se indigna al ver á los hermanos poniendo asechanzas á sus hermanos, y faltando á la fe que se han jurado en los Sacramentos de Dios? ¿Quién es capaz de enumerar todos los pecados con que provocan los hombres el Cuerpo de Cristo, que vive interiormente en el Espíritu de Cristo y gime como el grano de trigo en la era? Apenas nos es posible ver á aquellos que así gimen, que así se indignan con las culpas de los demás, porque, no bien aparece algún grano, cuando es barrida la era. Por no ver á nadie así indignado, decía el Profeta Rey: *El celo de tu casa*

---

(1) Serm. 44.

que profesáis á Dios un verdadero amor, no sintiendo vivamente las ofensas y ultrajes con que las criaturas mancillan esa gloria soberana? Mas no vayáis á creer que, al expresarme de esta suerte, trate yo de reconveniros. ¡Líbreme Dios de semejante intención! ¿Cómo podía proponerme tal cosa, viendo el celo y fervor con que correspondéis todos vosotros al espíritu de la Confraternidad? Mi ánimo, al hablar así, tiene por único objeto aficionaros hacia una devoción que, indudablemente, cultivará y acrecentará más y más cada día en vuestra alma ese dulce y suave espíritu. Oigamos lo que Dios se dignó revelar á Santa Catalina de Sena (1): «Razón es, hija mía, que tu corazón esté lleno de amargura á vista de las ofensas con que continuamente me ultrajan los hombres, y que te compadezcas de la ignorancia culpable con que me injurian gravemente y pierden sus almas. Acepto gustoso esos afectos tuyos, y deseo que prosigas ejercitándote en tan dulce devoción». Veamos también cuál era el sentir de la Beata Angela de Foligno acerca de la misma materia. Antes de su muerte hizo una especie de testamento piadoso, en que legaba ciertos avisos á sus hijas espirituales, y uno de ellos fué el siguiente: «Asegúroos, hijas mías, que ha recibido mi alma más mercedes de Dios cuando

llos que antes pecaron y no hicieron penitencia. Tal es el dolor que recompensa el Señor con una consolación de perpetua alegría, según asegura Isaías: *Pondré á los que lloran de Sión una corona en vez de ceniza, óleo de gozo por llanto, y ropaje de alabanza en lugar del espíritu de aflicción* » (1).

¿Hemos meditado nosotros detenidamente acerca de este importantísimo asunto? Vivimos en un siglo donde á cada paso estamos presenciando las ofensas que se cometen contra Dios; á todas horas vemos perecer innumerables almas por falta de fe; óyense por todas partes horribles blasfemias; *las verdades disminuyen entre los hijos de los hombres*. ¿Afligennos semejantes desgracias, sentímoslas como si fuesen calamidades personales, ó nos encerramos, por el contrario, dentro de nosotros mismos, dando gracias á Dios por que al menos nosotros tenemos la dicha de gozar de la verdadera fe y de los Sacramentos de vida, no considerando á los demás sino como á una raza proscrita que bajo ningún concepto nos interesa? Si no tuvierais obligación alguna para con el alma de vuestros hermanos, lo cual no es así, pues Jesucristo derramó por ellos su Preciosísima Sangre, igualmente que por vosotros, la tendríais, á lo menos, para con la gloria divina. ¿Y podréis persuadiros

siempre tienen delante de sus ojos. En efecto, una persona relajada, si bien no obliga á la virtuosa á consentir en sus culpas, atorméntala, sin embargo, con la aflicción y amargura que producen en su ánimo dichas ofensas». En la vida de la Beata Clara de Montefalco se cuenta que apenas oía que alguno se hallaba en pecado mortal, volvíase al punto al Crucifijo, y llorando inconsolable, y exhalando un profundo suspiro de lo más íntimo de su corazón, exclamaba: «¿Luego, por lo que hace á ese infeliz, todo cuanto mi Señor sufrió en favor suyo, todo está perdido?» Y no pudiendo soportar tal pensamiento, postrábase en tierra, y pedía con vivas ansias la conversión del pecador.

¡Oh, si nos resolviésemos á hacer nuestras estas disposiciones! ¡si vivamente sintiésemos que el pecado es el único verdadero mal del mundo! ¡si el hambre y sed de la gloria divina consumiese y devorase nuestras entrañas! ¡Y cuán fácil cosa es abrigar semejantes sentimientos! Bástanos para ello determinarnos á pedírselos de todas veras á nuestro Dios y Señor. ¿Qué otra cosa desea El con tan vivas ansias como ser amado, amado siempre, amado en todas partes? Y si le pedimos este amor, ¿podrá por ventura rehusárnoslo? ¿Cómo, pues, no reducimos todas nuestras oraciones á una sola, y le pedimos incesantemente más amor? Pero ¿qué medios tenemos, diréis vosotros, para ejercitar este dolor por las culpas ajenas?

gemía y suspiraba por las culpas ajenas, que cuando lo hacía por las mías propias. Búrlase el mundo de lo que os digo, esto es, de que una persona pueda dolerse de los pecados de sus hermanos como de los suyos propios, y aun más que de los suyos, porque le parece una cosa contraria á la naturaleza; pero la caridad que así obra, no es de este mundo».

Cuando San Ignacio se hallaba en Barcelona en casa de Juan Pascual, estando una noche en oración, viósele elevado sobre el suelo, é iluminada toda la habitación con el vivísimo resplandor que despedía su rostro. El glorioso Patriarca, mientras tanto, no cesaba de repetir una y otra vez estas palabras: «¡Oh, Señor mío, Corazón mío, Amor mío! ¡Oh, si los hombres te conociesen, seguramente que jamás te ofenderían!» Cuéntase del P. Pedro Fabre, compañero de San Ignacio, que siempre estaba afligido y lleno de una tristeza y melancolía profundas á causa de los pecados del humano linaje. Según afirma San Agustín (1), «ésta es la persecución que tienen que sufrir todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo, conforme á la verdadera y punzante sentencia del Apóstol. Y lo que causa en la vida de las personas virtuosas un sufrimiento más cruel que en la gente malvada, es que se ven obligadas á lamentarse de las culpas de sus prójimos, que

(1) Epíst. 141.

olvido de Dios llegará á asombrarnos más y más cada día; y á medida que crezca en nosotros el conocimiento de la bondad y ternura de la soberana Majestad divina, gravitará sobre nuestros hombros la pesada carga de la detestación de la culpa con toda la fuerza espantosa de la novedad. Esa especie de pacto común en cuya virtud desconocen los hombres á Dios, sus derechos, títulos é intereses, llegará á parecernos más abominable que los mismos actos manifiestos de pecados; la vida será para nosotros una carga pesada, y el mundo un lugar extraño é inhospitalario; un tedio santo se apoderará de nuestro espíritu, y no hallaremos reposo sino en el pensamiento dulce y consolador de nuestro amoroso Dios y Señor.

2.º Otro método de ejercitar este dolor por los pecados, es el sugerido por San Bernardo al Papa Eugenio (1). «Alzad, le dice, los ojos de vuestra consideración, y contemplad las naciones. ¿No están más bien secas para el fuego, que sazonadas para la recolección? ¿Cuántas cosas no se ven en ellas que nos parecen frutos, pero que, miradas de cerca, no son sino abrojos? Y ni siquiera abrojos, sino árboles viejos y carcomidos que solamente llevan fabucos y bellotas con que alimentar á los cerdos.» Tomad el mapa-mundi: tended primeramente vuestra vista por el Asia, donde Nues-

SECCIÓN IV

Medios de ejercitar el amor de compasión.

1.° En nuestras meditaciones procuremos ver cómo Dios ha de ser glorificado y servido por sus criaturas; representémonos luego sus infinitas perfecciones y atributos, su hermosura é inefable bondad; traigamos asimismo á la memoria la obediencia perfecta con que se hace en el Cielo su voluntad santísima; esforcémonos por unirnos á las disposiciones interiores del Sagrado Corazón de Jesús, del Inmaculado de María, y á las de todas las jerarquías y coros angélicos; repasemos, en fin, y contemos uno por uno los beneficios que en su inefable amor ha derramado sobre sus criaturas, señaladamente en las cuatro grandes maravillas de su misericordia, Creación, Encarnación, Sagrada Eucaristía y Visión Beatífica. Una vez bien penetrados de todo esto, conoceremos lo que es realmente el pecado, cuán horrible cosa sea ofender á tan grande Majestad, y cuán vil y bajo ultrajar un amor tan incomparable. Apenas nos será entonces posible salir de casa y dedicarnos á nuestras ocupaciones diarias, sin encontrar alimento suficientísimo para el dolor por el pecado: á cada paso nos veremos como obligados á hacer actos de reparación amorosa por la gloria de Dios ultrajada. El exceso del

el pesado yugo de la más tiránica superstición, y cuyos soberanos derraman la sangre de tan infortunados vasallos en más abundancia que el agua que pueda verter cualquier africano. ¡Cuántas leguas de terreno donde nadie invoca á Jesús, ni conoce su santísima Cruz! En la América, así como también en la Australia, gracias á los españoles é irlandeses, es conocido el Evangelio: pero ¡cuántas tribus no existen todavía en semejantes países sumidas en la idolatría! ¡Cuántos millones de herejes que llevan en vano el nombre de cristianos! Trasladaos ahora á la Europa, y contemplad las innumerables víctimas que ha devorado la herejía en sus hermosas regiones. ¡Rusia, Suecia, Dinamarca, Alemania, Escocia é Inglaterra son todas, más ó menos, su presa, y piérdense diariamente multitud de personas á la luz misma del verdadero Evangelio, y teniendo á su mano los Santos Sacramentos! Tal era el cuadro que contemplaba San Lorenzo Justiniano, cuando escribía su *Tratado sobre la Demanda de la Perfección Cristiana*. Este cuadro era igualmente el que tenía el mismo Dios delante de sus ojos, al quejarse tan amargamente á Santa Catalina de Sena del poco caso que hacían los prelados y sacerdotes de su gloria, y de la tibieza y egoísmo con que hollaban bajo sus plantas sus más caros intereses. ¡Oh qué vastísimo campo para hacer actos de amor de Dios! Recordad el día en que el misericordioso Cria-

tro Señor nació y sufrió muerte de cruz: recorred la Turquía, la Persia, la Tartaria, la China, el Japón y el vasto continente de la India: ¡cuán pocos cristianos se encuentran en toda su extensión! Horribles sistemas de idolatría, el inmundo credo mahometano, comuniones que llevan el nombre de Cristo, pero que realmente le están negando con la herejía y el cisma; he aquí lo que ejerce un poder casi ilimitado sobre esas hermosas regiones; pues solamente acá y allá encuéntrase alguno que otro que invoque el sacrosanto nombre de Jesús y adore su Preciosísima Sangre. ¡Y allí, sin embargo, fué criado el primer hombre, y plantado el Paraíso! ¡Allí fué la mansión del pueblo escogido! ¡Allí enseñó y murió el Hijo de Dios! ¡Allí predicaron los apóstoles! ¡Allí San Atanasio, y San Basilio, y San Gregorio, y San Crisóstomo plantaron la fe, y confundieron y hollaron la herejía! Por lo que hace á la China y el Japón, su suelo está empapado con la sangre de los mártires de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Y cuán escaso es, con todo, el fruto de su gloria divina en estas regiones!

Echad asimismo una ojeada á lo largo del Mediterráneo, por las costas de Africa, donde más de cuatrocientos obispos tuvieron sus sillas, y recorred luego las vastas regiones de moros, cafres y hotentotes: internaos después en las inmensas llanuras del Africa central, pobladas de legiones de tribus oprimidas bajo

«Las calles, dice, están llenas, pero las iglesias vacías. La multitud corre presurosa tras sus intereses; mas ¡cuán pocos van á tratar con Jesús acerca de los suyos! San Alfonso, con su habitual dulzura, propónenos igualmente la muchedumbre de iglesias donde Jesús se ve obligado á vivir en medio del desorden, negligencia y suciedad, pasándose semanas enteras sin que nadie se acerque á visitarle. ¡Con qué actos de amor tan sencillos, tan variados, y al mismo tiempo tan tiernos, no podríamos derramar nuestro corazón ante nuestro Jesús adorable en todos esos desiertos santuarios! ¿Y será posible contemplar á Jesús en un abandono tan completo, sin que se enciendan nuestros corazones y se deshagan nuestros ojos en lágrimas de tierna compasión? ¡Oh cuán agradable es á Jesús esta pequeña ofrenda de sentimiento y aflicción! Gusta sobremanera que se acuerden de Él, como acontece á los amantes; y ninguna cosa es ruin á sus ojos, siempre que se haga por amor suyo, porque el amor todo lo transforma y engrandece.

No digo yo que desmayéis como los Santos al solo nombre de pecado: requiérese para eso una gracia especial y un abrasado amor de Dios. Algo, sin embargo, podéis hacer en reparación y dolor de las culpas del humano linaje, y ese algo, por poco que sea, procurará á Dios una gloria inefable, y al corazón de nuestros hermanos una dulce consolación.

dor, contemplando su hermosa creación virgen y pura, la bendijo porque era toda buena: traed también á la memoria el dia en que para renovar esa primera bendicion, ó, mejor dicho, para bendecirla de nuevo, fué Jesús enclavado en una cruz sobre el Calvario. ¡Y éste es el fruto, y ésta la correspondencia de los pecadores para con su Dios! Cuando recorremos con el entendimiento las diferentes provincias de mahometanos, infieles y herejes, y contemplamos con nuestros ojos el deplorable abandono en que se hallan esos infelices, ¿no nos sentimos movidos á ofrecer á Dios todos los actos de adoración que le tributan los ángeles en el Cielo, en reparacion de la gloria que dejan de rendirle esos seres desgraciados? ¿Y no acudiremos igualmente á los méritos de Jesús, á las virtudes heroicas de su sacratísima Madre, por siempre bendita, á los Apóstoles, Mártires, Doctores, Confesores y Vírgenes, para suplir con devota intención las alabanzas que debieran elevarse hasta el trono de la Divina Majestad desde el fondo del corazón de semejantes tribus y naciones?

3.° Otra de las prácticas es la de Baltasar Álvarez, confesor de Santa Teresa, la cual consiste en recorrer el mundo en espíritu y visitar las innumerables iglesias y capillas donde se halla reservado el Santísimo Sacramento, y en las cuales son contadas las personas que acuden á adorar al Amado de nuestras almas:

más claro de la divina Bondad». «No dejéis, dícenos la Escritura, de temer por el pecado perdonado»; y, ciertamente, este amor es el preservativo más eficaz contra una nueva caída. No pocos Santos aseguran que, si supiésemos por revelación que se nos habían perdonado todas nuestras culpas, todavía deberíamos dolernos de ellas; así lo practicó David, después que se dignó el Señor hacerle dicha revelación, y el Apóstol San Pablo, aunque confirmado en gracia; porque semejante dolor es el alimento continuo de nuestro amor de Dios. San Odón, en su vida de San Gerardo, cuenta una cosa por cierto muy singular. Solía este siervo de Dios sentir después de su conversión una grandísima compunción por sus faltas las más ligeras, igualmente que Santa Paula, según el testimonio de San Jerónimo. Pues bien; reveló Dios en cierta ocasión á San Gerardo que le habían sido perdonados todos los pecados graves de su vida pasada, á causa del dolor que sentía por las faltas leves que cometiera después de su conversión. Mas es preciso no excedernos en dicho dolor por las culpas: considerémoslas en general y no particularmente; y, sobre todo, sería mucho más útil y provechoso, conforme fué revelado á Santa Catalina, meditar sobre la Preciosa Sangre, y ponderar la divina Misericordia, que no un árido examen de ellas, según el consejo de San Bernardo: «Adviér-

SECCIÓN V

No hay verdadero dolor de las culpas ajenas sin un prófundo pesar de las nuestras propias. Frutos espirituales del amor de compasión.

Pues, como ya llevo dicho, es preciso que no olvidemos dolernos de nuestras culpas personales, y dolernos de ellas singularmente por ser ofensas contra un Dios infinitamente bueno y amable. «Si nos condolemos de nuestros propios pecados, dice San Crisóstomo, disminuirémos su gravedad; lo que era grande se hará pequeño, y aun no raras veces lo reducirémos á la nada». San Basilio, exponiendo aquellas palabras: *Tú has trocado mi llanto en alegría*, añade: «Dios no infunde su gozo en todos los corazones, sino solamente en aquellos que han deplorado sus culpas con un vivo dolor y llanto continuo, como si lamentase su propia muerte, porque semejante dolor transfórmase al fin en gozo inefable». «Menester es que no perdamos nunca de vista nuestras propias culpas, repite San Crisóstomo, no tanto para que se nos perdonen y quedemos enteramente limpios de ellas, si que también para llegar á ser más indulgentes y compasivos con nuestros prójimos y servir á Dios con gran fervor, adquiriendo con semejante recuerdo de nuestras culpas un conocimiento

gran cosa esta solicitud exclusiva por su propia alma, cuando se contempla la muchedumbre de individuos que nos rodean, que apenas saben si tienen alma; es peligroso, sin embargo, detenerse exclusivamente en dicho pensamiento. ¿Y quién habrá que teniendo á su disposición la Preciosa Sangre, y conociendo su inapreciable valor y los maravillosos efectos que produce, no suspire por comunicarla á los demás? ¿Será posible que todavía permanezca cruzado de brazos? Yo desearía que pudiésemos hacer siempre todas las cosas solamente por la gloria de Dios; pero, ya se ve, no es esto tan fácil de ejecutar. Mas todos podemos sin esfuerzo alguno hacer un poco más que hasta aquí: lo cual se consigue llorando los pecados de todo el mundo, por ser ofensas contra la Majestad de nuestro Dios y Señor.

Ni carece semejante devoción de ventajas inmensas en favor de nuestra alma. Una vez que nos resolvamos de todas veras á trabajar en servicio de Dios, el mayor obstáculo que se nos opone al paso no es tanto el pecado, como el apego á las cosas de la Tierra y nuestro amor propio. Ved cómo esas dos miserias de la vida, que tan obstinadamente nos están acosando, que nos tienen como aprisionados y vician todo lo bueno que hacemos; ved, digo, cómo están siempre en guerra abierta contra esta devoción. El carácter del mundo consiste en ignorar la culpa: las cosas son buenas ó malas se-

toos de paso, amigos míos, que evitéis el examen ansioso y escrupuloso de vuestras culpas pasadas, y sigáis las sendas llanas y espaciosas de los beneficios divinos. El dolor de los pecados es ciertamente indispensable, pero no se requiere que sea continuo: interrumpámosle con el pensamiento alegre de la divina Misericordia. Preciso es que mezclemos la hiel con los ajenjos; de otra suerte llegaría á perjudicarnos su amargor».

La vida es un punto comparada con la eternidad; y por toda la eternidad seremos infinitamente dichosos, y no tendremos entonces ninguna otra ocupación que la de glorificar á nuestro Dios y Señor: literalmente no tendremos ninguna otra cosa que hacer. Y esta única tarea encerrará tan riquísimos tesoros de gloria y bendición, que nada nos dejarán que desear. ¿Por qué, pues, no comenzamos en la Tierra una obra semejante? ¿Por qué no procuramos desde ahora enamorarnos de esa gloria divina que ha de ser un día nuestra dicha, y el objeto de nuestro gozo y adoración? El carácter de la divina Bondad es ser comunicativa: incesantemente se está el Señor comunicando á sus criaturas por medio de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; y así es preciso que imitemos á este divino modelo. No hay cosa más odiosa que una persona egoísta, que no se ocupa ni piensa más que de sí misma y de su propia alma; mas parece una

con Dios; sus oraciones comenzarían á despacharse más favorablemente que hasta aquí, y sus palabras tendrían una eficacia superior á sí mismas, á su talento, razonamientos y elocuencia. ¿Qué objeto existe digno de estimación, si Dios no le ha bendecido? El poder espiritual es el único poder real, y sigue reglas distintas de los otros poderes de la Tierra. Cuando San Vicente de Paul fundó la Congregación de la Misión, díjole el P. Condren, Superior del Oratorio de Francia, y uno de los hombres más espirituales de su tiempo: «¡Ah, Padre mío! Veo que ésta es obra de Dios, que vive en ella el espíritu de Jesús, y que ha de tener un feliz resultado; las personas que la componen han nacido de humilde cuna, ninguna es letrada; y éstas son las armas á que Dios da la victoria». Ved, pues, sobre qué principios tan contrarios á los del mundo fundaba su juicio ese buen Padre. San Felipe llegó á demostrar que todo su poder consistía en el alejamiento del mundo; y la obra de San Ignacio resúmese asimismo en una sola palabra, á saber: probó igualmente al mundo que el alejamiento era el alma de su grande obra. Comenzad desde luego á practicar esta devoción por la gloria de Dios ultrajada, y bien presto conoceréis, por medio de señales sensibles, que el Señor os asiste de una manera más especial que hasta aquí.

Finalmente, si queréis alcanzar el galardón

gún á él le place y en cuanto se conforman ó no á su propio criterio; mas, por lo que hace á la mancha interior que recibe el alma inmortal con la ofensa que infieren al Dios invisible, es asunto de que no hay que hablarle ni por un momento siquiera; semejante doctrina es propia, según él, del vulgo ignorante; es una bagatela, una superchería clerical. La persona que todo lo ve según que es ó no pecado, que no busca por todas partes sino la gloria secreta del Criador escondido, que sigue las banderas celestiales, que usa solamente de los pesos y medidas del santuario, que hace las cosas más insignificantes por motivos sobrenaturales, que ama, en fin, lo que no ve con los ojos de la carne, hasta el punto de llegar á perder la facultad de amar los objetos visibles, ó á lo menos de amarles con vehemencia, difícilmente podrá ser dominada por el espíritu del mundo, ni por su amor propio: su vida es una protesta contra el mundo, igualmente que contra sí misma. He aquí una simple descripción de lo que muy luego llegaría á ser aquel que practicase semejante devoción. Quien busque con afán y de todas veras á su Dios, no tardará en convencerse de que nada hay en el mundo que merezca su exclusivo amor, y este ejercicio le librará de los dos mayores enemigos de la vida espiritual.

Convenceríase igualmente de que tan dulce devoción le servía de poderoso valimiento para

una doncella pobre que, por su extrema necesidad, ofrecíase á pecar.» No bien acabó de hablar, cuando entendió el Santo que Dios había otorgado al gaitero gracias iguales á las suyas porque, movido de la gloria de su Hacedor, llegó á impedir, durante su estragada vida de ladrón, dos culpas mortales.

Pero no podemos ilustrar mejor la manera de hacer así efectivo como afectivo el dolor de las culpas ajenas, es decir, manifestarle tanto en deseos como en obras, sino poniendo aquí las prácticas recomendadas por un escritor espiritual (1) para los días del Carnaval. Dichas prácticas llevan por título: *Devociones que las almas amantes de su Dios suelen practicar en los días del Carnaval y en las otras épocas del año en que los mundanos acostumbran á ofender á Dios con más frecuencia*.

1.ª Durante esos días, procurar poner más cuidado en abstenerse de cualquiera falta particular en que de ordinario solemos incurrir.

2.ª Aumentar el tiempo de nuestra oración, siquiera el espacio de un cuarto de hora.

3.ª Leer una hora, por ejemplo, en algún libro espiritual que excite en nosotros afectos piadosos, tales como *Las Confesiones de San Agustín*, *La Imitación de Cristo* ó las *Vidas de los Santos*.

---

(1) Lancis, *De Praes. Dei*, 81.

de la perfección cristiana y llegar á ser unos Santos, escuchad esta historia; oid lo que aconteció á un sujeto, sólo por haber impedido que se consumasen con actos externos dos pecados mortales. San Panucio había vivido no pocos años en el desierto, donde, á fuerza de desvelos y rigurosas penitencias, tuvo la dicha de alcanzar su santificación. Ocurrióle en cierta ocasión una idea extraña, y se atrevió á manifestársela á Dios en la oración: deseaba saber quién había en el mundo que le igualase en santidad; pedíalo con simplicidad de corazón y verdadera humildad, y el Señor, por lo mismo, se dignó acceder á su demanda. Díjole, pues, que su santidad se igualaba á la de cierto gaitero de una aldea de Egipto, la cual le nombró. Resolvióse al punto el Santo á ir en busca de dicha persona. Apenas llegó á la aldea, lo primero que hizo fué preguntar por el gaitero, y respondiéronle que estaba tocando en la taberna para divertir á los que se hallaban allí bebiendo. «¡Cosa extraña!», dijo para sí San Panucio. Sin embargo, fuése á su encuentro, y luego que llegó á verle llamóle aparte, y le habló acerca de su vida espiritual y obras buenas que había practicado. «¡Obras buenas!, replicó el gaitero, no sé que yo haya hecho nunca nada bueno; solamente me acuerdo que allá, cuando yo era ladrón, salvé el honor de una virgen consagrada á Dios, y en otra ocasión entregué de limosna cierta cantidad de dinero á

diendo su remisión y la conversión de los pecadores. A este fin ofrezcamos la Preciosa Sangre y los méritos de Jesucristo, tan agradables á Dios, y tan provechosos á los pecadores; así es cómo Santa María Magdalena de Pazzis obtuvo la conversión de no pocas almas encenagadas en la culpa.

8.ª Ejecutar nuestras buenas obras ordinarias con mayor cuidado, diligencia y fervor, señaladamente aquellas que se refieren más inmediatamente al culto divino. Porque si los mundanos son en tales días más diligentes y activos que de ordinario para ofender á la Divina Majestad, razón es que las almas amantes de su Dios se afanen y procuren, siquiera en la misma proporción, ser más diligentes y fervorosas que de costumbre en sus buenas obras y culto divino.

9.ª Hacer una Comunión extraordinaria con objeto de aplacar á Dios y de honrarle por medio de tan amorosa reparación.

10. Como son tantas las ofensas que se cometen durante este tiempo por excesos de comida y bebida, mortifiquemos un poquito más nuestro apetito en la cantidad y calidad de los manjares.

11. Siendo Dios singularmente ofendido en época semejante con palabras inmodestas, convengamos con algún amigo nuestro en gastar cada día alguna hora hablando de cosas espirituales, exclusivamente para procurar á

4.ª Afligir nuestro cuerpo con alguna nueva penitencia, ó bien prolongar la que tengamos de costumbre.

5.ª Visitar en dichos días con más frecuencia al Santísimo Sacramento, y, concluídas que sean nuestras devociones diarias, procuremos excitarnos á tiernos afectos de compasión por nuestro Dios ofendido, á la manera que lo hacemos cuando visitamos á los amigos en tiempo de tribulación, para consolarlos y darles muestras del amor que les profesamos. Derramemos igualmente abundantes lágrimas, ó lamentemos, á lo menos interiormente, las culpas de tales días, en especial las de aquellos que, por razón de su estado y singulares beneficios que han recibido del Cielo, deberían evitarlas con más esmero y escrupulosidad que los otros.

6.ª A cada hora que dé el reloj, hacer un acto breve, pero fervoroso, de dolor por las culpas que se cometen durante dicha época: pueden practicarse semejantes actos doquiera nos hallemos, en el paseo, en la comida, etc., etc.

7.ª Por lo menos tres veces al día, con la mayor reverencia y el más vivo afecto del corazón, adoremos profundamente á la Divina Majestad hacia las cuatro partes del mundo donde es Dios durante ese tiempo horriblemente ultrajado, deseando con adoración tan amorosa compensarle por todas las ofensas que le hacen en dichas regiones, deplorándolas y pi-

de una festividad cristiana; y son innumerables las almas que han naufragado en la inocente ribera comprendida entre London Bridge y Rosherville. Sépase, sin embargo, que, en Inglaterra, la falta de recreación es causa de más pecados que su exceso. El judaísmo carnal del sábado protestante celébrase principalmente con el fin perverso de obligar al pobre en cierta manera á encontrar su única diversión en la culpa manifiesta.

Existen tres bellísimas revelaciones con las cuales Dios se ha dignado darnos á conocer lo muy agradable que es á su Divina Majestad semejante reparación en tiempo de Carnaval. Una fué hecha á Enrique Suso, dominico, y las otras dos á Santa Gertrudis. Hablaré solamente de una de las últimas, que es la que abraza el espíritu que con tantas ansias anhelo resplandezca en todas las páginas de esta obrita. Dicha revelación está tomada del libro cuarto de sus *Insinuaciones á la Divina Piedad.*

Aparecióse el Señor á Gertrudis el primer día del Carnaval, sentado en el trono de su gloria, y teniendo á sus pies al Evangelista San Juan escribiendo en un libro. Preguntóle la Santa qué era lo que escribía, y el Señor la respondió en nombre del glorioso Apóstol estas palabras: «Estoy anotando con sumo cuidado las devociones que ayer me ofreció tu Congregación, y todas las que piensa ofrecerme en estos dos últimos días: y cuando Yo, á quien

nuestro Dios y Señor un rato de inefable placer y dulce contentamiento.

12. Puesto que en dichos días acostumbran igualmente los hombres á hacerse culpables de una ociosidad pecaminosa, esforcémonos en poner un exquisito cuidado para no malgastar malamente el tiempo; por manera, que aparte de la recreación necesaria é inocente, no dejemos pasar inútilmente un solo instante del día.

13. Aquellos que están ligados con algún voto, convendría le renovasen en tal época con nuevos actos de amor de Dios, devoción que fué sugerida por el Señor, al desposarse con Santa Catalina, el Jueves antes de Quincuagésima.

En Inglaterra, la época del Carnaval puede suplirse con los días que siguen á las tres festividades de Navidad, Resurrección y Pentecostés. Todos cuantos tienen á su cargo la dirección de las almas saben, por una dolorosa experiencia, los horrores que se cometen entre nosotros durante dichas solemnidades, y señaladamente en las dos últimas; pero es tan difícil hablar enérgicamente contra las excursiones baratas, contra los viajes cortos de ferrocarril y otras miserias por el estilo, que no parece queda otro recurso sino la oración y reparación. Rogar por que llueva en tales días, como que repugna, pero puede impedir una muchedumbre de pecados. La pérdida de la modestia é inocencia en no pocas personas data

pluma en un tintero que tenía en las manos, y formaba con ella letras negras; mojábala otras en la amorosa llaga del Costado de Jesús, que tenía abierto delante de sus ojos, y escribía letras encarnadas; y otras, en fin, se le veía iluminar las encarnadas con tinta negra ó dorada. Entendió luego la Santa que las letras negras significaban aquellas obras que practicaban las religiosas por costumbre, como el ayuno que suele comenzar este lunes; las letras rojas significaban las obras que se hacían en memoria de la Pasión de Jesucristo para bien de la Iglesia; las medio encarnadas y negras representaban las obras hechas en memoria de la Pasión del Señor para alcanzar de Dios la gracia y demás dones sobrenaturales necesarios á nuestra salvación; y las letras, por el contrario, rojas y doradas, simbolizaban aquellas obras que en unión con la Pasión del Salvador se ejecutaban exclusivamente á la mayor gloria de Dios y salvación de todo el género humano, renunciando á todo mérito, favor ó recompensa, y no proponiéndose otro objeto que alabar y glorificar á nuestro Dios y Señor. Porque si bien las primeras merecen un rico galardón, aquellas que se ejecutan solamente en alabanza de Dios son de mayor mérito y excelencia, y confieren á quien las practica un aumento infinitamente más grande de dicha eterna.

Observó asimismo Gertrudis que á cada dos

el Padre confiara todo el juicio, dé á cada uno después de su muerte *buena medida* en galardón de sus buenas obras, y añada además la medida *apretada* de mi saludable Pasión y Muerte con que es ennoblecido el mérito humano, presentaré entonces á mi Padre por medio de este escrito todos estas devociones, para que, con la omnipotencia de su paternal misericordia, sobreañada igualmente su medida *colmada* en justa recompensa por los beneficios que me habéis prestado en esta cruda guerra que ahora me están haciendo los mundanos. Porque, si ninguno me iguala en fidelidad, no es posible que deje de premiar á mis bienhechores, viendo que hasta el mismo Rey David, á pesar de haberse siempre mostrado agradecido á sus bienhechores, todavía al morir y confiar el reino á su hijo Salomón, hablóle de esta manera: *Mostrarás tu reconocimiento á los hijos de Bercelai galaadita, y comerán á tu mesa, porque salieron á mi encuentro y me socorrieron cuando iba huyendo de Absalón, tu hermano.* Agradécese más el favor que se dispensa á los hombres en la adversidad, que aquellos que les son otorgados en tiempo de prosperidad; y así igualmente sucede Conmigo: mayor es mi reconocimiento á la fidelidad que mis hijos me profesan cuando el mundo me persigue con cruel encarnizamiento».

El bienaventurado San Juan, sentado y escribiendo, parecía que unas veces mojaba su

«¡Enseñadme, Oh Vos, el mejor de los Maestros, al menos una sola cosa que pueda exclusivamente hacer en memoria de vuestra Pasión! —Adopta, pues, la contestó el Señor, la costumbre de rogar á Dios mi Padre en favor de la Iglesia universal, con los brazos en cruz, expresando así la forma de mi Pasión santísima, y practícalo de esta manera en unión con aquel amor con que Yo extendí los míos sobre el madero de la cruz. —Pero como esta devoción es poco común, repuso Gertrudis, ¿no será preciso que busque lugares secretos donde practicarla? —Compláceme sobremanera, replicóla á su vez el Señor, semejante costumbre de buscar los lugares ocultos, y es un nuevo adorno á la obra, como la perla en un collar. Si alguno, no obstante, se resolviese á practicar esta devoción de rogar con los brazos extendidos, según se usa comunmente, no tema entonces ninguna contradicción, y sepa asimismo que me rendirá un honor idéntico al que se tributa al rey cuando es solemnemente coronado».

Y bien ¿qué es por lo que yo ahora estoy abogando? Solamente por este único objeto, á saber: porque no abandonéis la gloria de Dios, como si fuese un negocio que no os concierne, y no mediase vínculo alguno de unión entre Él y vosotros. He ahí todo cuanto yo os exijo. Dios va á daros en herencia la gloria divina por toda la eternidad; ¿y será posible que viváis acá en la Tierra como si no os ligase á

párrafos quedaba un lugar en blanco, y suplicó al Señor se sirviese decirla qué significaban semejantes claros: «Como en tales días, replicóla el Salvador, tenéis la piadosa costumbre de servirme con deseos y fervorosas oraciones en memoria de mi Pasión, he cuidado de anotar todos esos deseos y palabras; y eso es lo que forma los dos párrafos escritos en el libro. El lugar en blanco significa aquellas obras que, á diferencia de los deseos y palabras, no acostumbráis á practicar en memoria de mi Pasión santísima. -¿Cómo, repuso la sierva de Dios; cómo, amorosísimo Señor mío, podremos nosotras hacer loablemente semejante cosa?—Guardando, la dijo, fielmente, en unión con mi Sagrada Pasión, los ayunos, vigilias y demás observancias de la regla; y ofreciéndome la mortificación de vuestro oído y lengua en unión con aquel amor con que refrené todos mis sentimientos durante mi Pasión. Una sola mirada mía hubiera podido aterrar á todos mis enemigos; una palabra de mis labios habría bastado para convencer de impostura á todos cuantos me contradecían, y permanecí, sin embargo, como un cordero que conducen al matadero, la cabeza humildemente inclinada, clavados los ojos en tierra, y no abriendo mi boca delante del juez para defenderme de los falsos cargos que se me hacían». La Santa, al oir al Señor expresarse de esta suerte, vivamente conmovida le respondió:

que recibes en la casa de tus mismos amigos! ¡He ahí las heridas que debemos lavar con nuestras lágrimas, y cicatrizar con el bálsamo de una afectuosa y tierna compasión! ¡Jesús mío dulcísimo! Apenas puedo creer que seáis Vos quien sois, viendo cómo os ultrajan vuestros mismos hijos! Pero mi propio y perverso corazón descúbreme ¡ay! los insondables abismos de la humana tibieza, y la inconmensurabilidad de su ingratitud. Los últimos capítulos de los cuatro Evangelios no parecen sino una burla amarga contra los fieles.

Además, vivimos como si petulantemente quisiéramos expresarnos de la manera siguiente: «Y ¿qué le hemos de hacer? Nosotros no podemos remediarlo. Si Jesús quiso obrar de esa suerte, es negocio que á Él solo incumbe: nosotros no necesitábamos más que una simple absolución. Para salvarnos y arribar al puerto dichoso de la Gloria, nos hubiera bastado una máquina cualquiera, una locomotora del menor coste posible. En nuestra opinión, eso, y no otra cosa, era lo único que se requería. Vosotros, gente devota, efectivamente seguís la senda de la religión: no es fácil que podamos nosotros definir el entusiasmo; pero vosotros, sin duda alguna, sois entusiastas, os decir, sois todo corazón, y no cabeza. La mera fogosidad no suplirá jamás el talento: el fervor no es teología; otras cosas hay que hacer en la vida más que ir á Misa y confesarse.

ella lazo alguno? No, no, porque sus intereses os tocan muy de cerca; su triunfo es vuestro triunfo, y su derrota es vuestra derrota. No podéis vivir alejados de la causa de Jesús, ni siquiera es posible que guardéis respecto á Dios una especie de neutralidad armada, supuesto que deseáis, tan luego como os llegue la muerte, uniros á El eternamente con el estrechísimo abrazo de su inefable amor, sin pasar un solo instante en el Purgatorio. Tal es, sin embargo, el proceder de no pocos católicos. De todo se cuidan, menos de la gloria divina é intereses de Jesús. ¿Concíbese cosa más irracional, ni más ruin y egoísta? ¿Y os maravilláis todavía de los escasos frutos espirituales que recogemos? Bien poco, ciertamente, nos parecemos á gentes que han venido á poner fuego á la Tierra, y que se lamentan porque no arde. ¡Ah, Jesús mío dulcísimo! ¡Éstas sí que son tus más crueles heridas! Concibo fácilmente las llagas ensangrentadas de vuestras manos y pies, y vuestras rodillas magulladas, y vuestros hombros desollados, y vuestras espaldas desgarradas, y vuestra cabeza llena de agudas espinas, y la horrible abertura de vuestro costado. ¡¡¡Pero estas heridas!!! ¡las heridas de la negligencia, de la frialdad y del egoísmo! ¡las heridas de los pocos que fueron fervorosos y ahora son tibios! ¡las de la muchedumbre que nunca fué fervorosa, y no puede reclamar siquiera el título odioso de tibia! ¡las heridas

sentido que tanto aprecian las gentes cultas».

¡¡¡Bien!!! Pues si así debe ser, no me resta á mí otra cosa sino repetir aquellas valientes palabras de Santa María Magdalena de Pazzis: «¡Oh, Jesús mío! Vos habéis hecho el papel de tonto por el amor».

¡Pobre gloria divina desolada! ¡Tú eres un expósito en la Tierra! ¡Ninguno quiere reclamaros! ¡Ninguno reconoce parentesco alguno contigo, ni os da hospedaje en su casa! ¡Frío como es el mundo y desapiadado por sus crímenes enormes, tú yaces gritando á nuestras puertas, y ninguno te atiende ni se compadece de tu triste suerte! ¡Pobrecita gloria abandonada! ¡La Tierra fué criada para que fuese morada tuya, así como lo es el Cielo; pero han venido ladrones de todas partes, y ya no encuentras senda alguna segura á lo largo de nuestros caminos! Todavía, sin embargo, existen unos cuantos de entre nosotros que hemos jurado al Cielo recibirte ahora mismo en nuestra propia casa, como San Juan recibió en la suya á María: *Desde hoy, nuestra substancia es tu substancia, y tuyo todo cuanto poseemos.*

¿Cómo hemos de poner nuestra confianza en gente que se deja llevar del entusiasmo religioso? Toda esa encarnación de un Dios, y todo ese romance del Evangelio, y todos esos sufrimientos superfluos, y todo ese derramamiento pródigo de sangre, y todo ese exceso de humillaciones, y todo ese servicio de amor, y toda esa exuberancia, en fin, de dolorosa compasión, á decir verdad nos son enojosas: apenas podemos comprender semejantes prodigios. Parécenos que la cosa pudo haberse hecho de otra manera, pues al cabo fué un asunto entre deudor y acreedor. No todos son poetas ni todos aficionados al romance. Aquí debe ocultarse, á no dudarlo, algún fraude. Dios es muy bueno, y su amor excelentísimo en su línea; nos ama con entrañable amor, y por supuesto que nosotros le amamos también. Pero, francamente, con un poco de sentido común práctico, alguno que otro precepto razonable, y la más estricta observancia de nuestros deberes respectivos, ¿no podríamos poner algún tanto á un lado, salvo el mayor respeto posible, esa maravillosa mitología del amor cristiano, é ir al Cielo por una senda llana, corta, suave y trillada, más en consonancia con nuestro carácter de hombres y nuestra dignidad de europeos? *Si la raza anglo-sajona pecó efectivamente en Adán*, razón es que suframos las consecuencias; mas repárese esa caída por un medio muy fácil y agradable, y con ese buen

cio de la Misa. Por ella fué necesario que hubiese un don sobrenatural, participación maravillosa de la naturaleza divina, llamado gracia santificante, y que sobre este precioso don celestial se acumulasen actos amorosos y dulces impulsos de la voluntad divina, en forma de numerosas y variadas gracias actuales, prevenientes, cooperantes, subsiguientes y eficaces; de lo contrario, la salvación de esa alma es imposible. Para salvación suya fué necesario que hubiese mártires que muriesen, doctores que escribiesen, Papas y concilios que expusiesen y condenasen la herejía, misioneros que viajasen y Obispos que ordenasen. Acabadas todas estas preparaciones, y criada esa alma de la nada, por un acto misericordioso de la omnipotencia divina, es asimismo necesario designarle un ángel que la guarde; Jesús debe dirigir en favor suyo todos sus cuidados y desvelos; María tiene que tomar por ella un grandísimo interés, y todos los ángeles y Santos es preciso también que por ella rueguen y por ella intercedan sin descanso y con encendido fervor de su corazón A cada buen pensamiento, obra piadosa y acto devoto, que muy luego llegan á ser innumerables, menester es igualmente que concurra la gracia, maravillosa participación de la naturaleza divina. Es además indispensable ahuyentar del lado suyo los espíritus malignos que la persiguen, y embotar los tiros que contra ella asesten. Toda

CAPÍTULO IV

ORACIÓN DE INTERCESIÓN

Medios que concurren á la salvación de una alma.—Qué envuelve su salvación.—Misterio de la oración.—Visión de Santa Gertrudis sobre el *Avemaria*.—Aplicación de los tres instintos de los Santos á la práctica de la intercesión.—Por quiénes debemos interceder: 1.º, por los que están en pecado mortal; 2.º, por los tibios; 3.º, por los Santos que se hallan todavía en la tierra; 4.º, por los atribulados; 5.º, por nuestros bienhechores; 6.º, por los que aspiran á la perfección; 7.º, por el aumento de la gloria accidental de los bienaventurados del cielo; 8.º, por los ricos y nobles.—Tiempo, lugar y método de la intercesión.—El gozo y la exención de la vanagloria, frutos de la oración de intercesión.

SECCIÓN I

Salvación de una alma.

Veamos lo que concurre á la salvación de una alma, y qué va envuelto en esta su salvación. En primer lugar, para la salvación de una alma fué absolutamente necesario, según los designios de la Providencia, que Dios se hiciese hombre. Para la salvación de esa sola alma fué absolutamente necesario que Jesús naciese, enseñase y obrase y rogase y mereciese y satisficiese y sufriese y derramase su Sangre y muriese. Por esa alma única fué necesario que existiese una Iglesia católica y fe y Sacramentos y Santos y Papas y Sacrifi-

geles, ni la misma Madre de Dios, bendita por todos los siglos. Para la salvación, por último, de esa alma es preciso que sea hija de Dios y hermana de Dios, y que participe de la naturaleza divina.

He aquí, pues, todo lo que concurre á la salvación de una alma: veamos ahora qué es lo que envuelve esta su salvación. Mirad allá á lo lejos aquella alma que acaba de ser juzgada: Jesús ha hablado en este mismo instante; todavía resuena el eco de sus dulces palabras, y aun no han concluído, los que la lloran, de cerrar los ojos de su cuerpo exánime; pero el juicio ya se hizo; todo está acabado: fué momentáneo, pero misericordioso; más que misericordioso. No hay palabras con qué encarecerlo; menester es que nos lo imaginemos. Un día ¡Dios lo quiera! lo sabremos por experiencia propia. Preciso es que esa alma sea bastante vigorosa para soportar lo que ahora está sintiendo. Si Dios no la sostuviese, seguramente que volvería á la nada de donde saliera. Acabóse la vida, y ¡cuán corta ha sido! Pasóse igualmente la muerte, y ¡cuán fácil cosa es sobrellevar su rigor pasajero, cuán cortos los trabajos, cuán ligeras las congojas, cuán livianas las angustias y aflicciones! Algo la acaba de acontecer en este mismo instante, que ha de permanecer con ella por toda la eternidad. Jesús lo ha dicho, y así no puede cabernos la menor duda. ¿Y cuál es ese algo?

tentación que experimente, causará á los abogados que tiene en el Cielo una emoción más ó menos profunda. Todo atributo divino, preciso es que legisle á su favor, hasta el punto que pueda decirse que juega con todos ellos, como quien toca las teclas de un instrumento músico. Requiérese también para salvación suya que reciba la Preciosa Sangre por medio de Sacramentos inefables, llenos de misterios, é instituídos en sus materias y formas por el mismo Dios Señor nuestro. Tada clase de objetos, el agua, el óleo, las luces, la ceniza, los rosarios, los escapularios, las medallas, etcétera, adquirirán, para su aprovechamiento, un asombroso poder por las bendiciones de la Iglesia. Es menester igualmente que reciba el Cuerpo, Alma y Divinidad del Verbo encarnado con tal frecuencia, que llegue á ser para ella la cosa más ordinaria, aunque cada vez que comulgue ejecute realmente una acción todavía más estupenda que la misma creación del mundo. Dicha alma hablará al Cielo, y allí será oída y obedecida; se servirá de las satisfacciones de Jesús como si fuesen suyas propias; y bajará al Purgatorio, y arrancará sus candados y cerrojos, y escogerá y sacará de allí al hermano suyo que más la agrade. Semejante alma está siempre tan cercana á Dios, y sus potencias son un lugar tan sagrado y privilegiado, que nadie sino El mismo puede infundirlas la gracia; ni los Santos, ni los án-

ciones vivir á su lado. No conoce ningún cambio, aunque su variedad sea infinita: ignora toda suerte de desigualdad, á pesar de sus numerosos goces é innumerables dulzuras; es coronada reina, y por toda la eternidad. El imperio de tanta magnificencia y grandeza, ¡á cuán bajo precio lo ha comprado! Sólo aquellos desvelos y cuidados pasajeros de la vida, que la gracia cambiaba en contentamientos inefables, y el amor en verdaderos placeres! ¡Y ahora va á gozar de la gloria y encantos de la Visión eterna! Creeríalo todo un sueño; pero la maravillosa calma que disfruta descúbrela los abismos de las excelencias y grandezas de su nueva vida: el testimonio de su propia conciencia es la prenda de su dicha é inmortalidad. Tal es todo lo que va envuelto en la salvación de una alma. ¡Cuán digno, pues, de asombro no es el mundo, si tenemos presente la muchedumbre de personas que mueren á cada momento del día y de la noche: y, probablemente, no se pasará un solo instante en que deje de hallarse alguna alma en situación semejante, es decir, juzgada, sentenciada favorablemente su causa, y abiertos sus ojos á la hermosura y bondad incomunicables del Altísimo! ¡Oh miseria y desdicha! ¡Oh desdicha y miseria! He aquí las únicas palabras que nuestros labios pueden pronunciar al fijar la consideración en nuestros infructuosos afanes y molestas tentaciones y fastidioso egoís-

Ni el ojo ha visto, ni el oído ha oído: esa alma está viendo á Dios. Ante sus ojos se extiende una eternidad sin límites; las tinieblas desaparecieron de su vista; la flaqueza se ha sepultado bajo de sus pies: el tiempo que la aprisionaba se desvaneció como el humo: no hay ya en ella ignorancia alguna: ve al Eterno. Su inteligencia está inundada de resplandores inefables, anegada de gloria y sumergida en esa visión, en cuya comparación, la humana ciencia es una grosera estupidez. Su voluntad rebosa de amor, y una dicha incomparable penetra todos sus afectos. A la manera que la esponja está llena de agua, así esa alma está ahora llena de luz y de hermosura y de gloria y de arrobamientos y de inmortalidad y de Dios. Pero éstas no son sino palabras necias, más livianas que la pluma y más ligeras que el agua que corre: no son ni sombra siquiera de las dulzuras que disfruta. El ojo no ha visto, ni el oído ha oído, ni el entendimiento humano ha concebido jamás una felicidad semejante. ¡Y esa misma alma hace un momento gemía en un mar de aflicciones; era flaca y débil, cual niño enfermizo!

Pero no es esto sólo. Allá en el Cielo no corre el más ligero riesgo de perder nada de cuanto posee: todo es seguro, todo suyo, enteramente suyo, inenajenable y por toda la eternidad. El pecado no puede acercarse á ella, ni la inquietud perturbarla, ni las imperfec-

mos nosotros merecer también; y si bien El mismo nos ha merecido el don de la perseverancia final, no parecía sino que en aquel instante habíale abandonado á la soberanía augusta de su Divina Majestad, y resignado en manos de la infinita y excelsa omnipotencia de la Trinidad Beatísima. Una sola ley es exceptuada de esa especie de cesión: la ley de la oración, la oración de intercesión. Ora seas amigo ó pariente de semejante persona moribunda, ora enemigo suyo; ya seas su cura, ya su maestro ó bienhechor; bien seas vecino suyo, ó ya te encuentres á mil leguas de distancia de su mansión; ya le conozcas, ó no sepas si existe, ni soñado siquiera en su agonía, nada importa: el negocio de su salvación está en tus manos. Jesús ha ordenado que tú y no Él, si es lícito expresarme así, es quien ha de salvar á dicha alma. Tú eres el escogido para completar todo cuanto ha concurrido á su salvación, y tú asimismo el elegido para coronar la obra de lo que va envuelto en la salvación de esa alma. Quizá nunca llegues á saberlo hasta que seas juzgado en el Tribunal del Juez Soberano: pero en la comunión de los Santos y en la unidad de Jesús, á ti se te ha destinado para que seas el salvador de esa alma desconocida, el vencedor de batalla tan indecisa.

mo y enojosa ruindad y bajeza para con nuestro Dios y Señor. ¡Ya murió aquella persona; ya está juzgada, y todo la ha salido á las mil maravillas! ¡Oh qué felicidad tan incomparable la suya! ¡Y nosotros todavía aquí, y corriendo un riesgo inminente de perdernos, y perdernos para siempre! ¡Oh desdicha y miseria! ¡Oh miseria y desdicha!

¡Pero hace unos momentos y esa alma aun no estaba segura! Habíase empeñado una desesperada lucha: reñíase una batalla campal entre el Cielo y el Infierno, y el Cielo parecía que iba á sucumbir. El moribundo fué bastante sufrido para merecer cuanto merecerse podía; pero puso Dios el último don, la última gracia, la perseverancia final fuera del alcance del mérito, y he ahí por qué se creía que daba la victoria al enemigo. ¡Momento terrible! ¡Todo estuvo en peligro! ¡En peligro estuvo de perderse, y perderse para siempre, todo cuanto se obrara en favor de la salvación de dicha alma desde la eternidad hasta ese instante espantoso; é igual riesgo corrió asimismo de no lograrse jamás cuanto va envuelto en su salvación! ¿Concíbese, pues, un peligro mayor? ¡Y Jesús se encontraba allí presente, observando las alternativas de la batalla y esperando su resultado! En medio del profundo silencio del momento se hubieran oído los latidos del Sagrado Corazón! Había suspendido el decreto en cuya virtud, y por los merecimientos suyos, pode-

ber de ser pacientes y sufridos con nosotros mismos, así como con los demás. Consideremos ahora quién es Aquel á quien pedimos. Él es el Rey de la majestad, el inmenso y omnipotente Dios, fuera del cual no se concibe nada más bueno, ni más santo, ni más puro, ni más augusto, ni más adorable, ni más misericordioso, ni más compasivo, ni más incomprensible, ni más inefable. Él es Tres Personas realmente distintas en unidad de esencia, y en Él vivimos, nos movemos y existimos. Él puede hacer de nosotros todo cuanto le agrade, y no tiene para con el hombre otras obligaciones que aquellas que en su misericordia é infinita bondad se ha servido imponerse á Sí mismo. Él todo lo sabe sin necesidad de que se lo manifestemos, y conoce cuánto nos es necesario, antes de que lleguemos á pedírselo; pero es voluntad suya no socorrernos, si primero no se lo pedimos. Consideremos asimismo dónde hemos de hacer nuestra oración. Sea ó no un lugar consagrado, se halla en Dios mismo. Vivimos en Dios como los peces dentro del mar. Su inmensidad es nuestro templo, su oido está unido á nuestros labios, los toca: no lo sentimos, ciertamente, porque, si así fuese, caeríamos muertos en el acto. El pensamiento habla á este oído divino, que siempre está escuchando, tan alto como las palabras, y los sufrimientos más alto todavía que las palabras mismas: jamás se separa de nuestros labios, y en Él res-

SECCIÓN II

Misterio de la oración.

Pero ¿qué es la oración? ¿qué es el misterio de la oración? Nos es preciso hacer semejante pregunta, si efectivamente la oración envuelve tan grande responsabilidad, si es cierto que obra tales prodigios, y si es asimismo indudable que tenemos la obligación de pedir por los demás igualmente que por nosotros mismos. Varias son las consideraciones que pueden contribuir á hacernos formar una idea exacta de la oración. Primeramente consideremos quién es el que ruega. Ninguno ha podido tener un origen más innoble que el nuestro. Fuimos criados de la nada, y vinimos al mundo con el borrón é ignominia de la culpa en nuestras almas, y con la pesada carga de una pena espantosa, que un llanto eterno no sería capaz de aligerar. A esta desgracia nuestra original hemos añadido toda suerte de faltas y pecados, de traiciones y rebeldías, de rabia y desesperación: no hay palabras con qué encarecer nuestra malicia y crasa ignorancia. Todo fué vil en nosotros desde el principio, y la perversidad de nuestro corazón lo ha hecho inconmensurablemente más vil todavía. No es fácil que lleguemos á creernos más malos de lo que somos: por eso ha sido preciso imponernos el de-

no mayor, arrodíllase ante su Padre para que le dé su bendición: *La voz, cierto, es la voz de Jacob*, y no es éste á quien quiero bendecir; *pero las manos son manos de Esaú*, encallecidas con las faenas de la redención del mundo. Y le dice el Eterno con Isaac: *Llégate á Mí, y dame un beso, hijo mío:* y luego que percibe la fragancia de sus vestidos, que son la estola de Cristo, bendiciéndole, exclama: *He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo;* y cólmale de bendiciones.

Pero no acaban aquí las finezas y artificios de su amor paternal. Preciso es que averigüemos ahora quién es Aquel con quien rogamos. Jamás lo hacemos solos, siempre que pidamos como es debido: esto es indudable. Hay Uno que vive en nosotros, igual y coeterno Dios, que procede del Padre y del Hijo, y Él es quien *forma las palabras en nuestro corazón, y pone en música nuestros clamores, cuando decimos* ¡Abba, *Padre!* Él es nuestro *acceso al Padre*, y quien *llena de fortaleza nuestro corazón*. Él nos hace *hablar, y nos recrea con salmos, y con himnos, y con canciones espirituales, cantando y loando al Señor en nuestro corazón, dando siempre gracias por todo á Dios el Padre en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.* Él es el Espíritu por quien *hacemos en todo tiempo continuas oraciones y plegarias; por Él mismo velamos con todo empeño é instancia en favor de los Santos.*

piramos, hasta cuando soñamos y dormimos.

¿Y de dónde nace el valor de nuestras oraciones? Estas no son más que palabras huecas y peticiones fugitivas: nada hay en nosotros que pueda contribuir á que se nos escuche, á no ser el exceso mismo de nuestra bajeza y el colmo de nuestra miseria. Efectivamente, ¿qué serían nuestras oraciones al oído del Criador sino el rugido del león, el graznido de la grulla, ó el quejido del animal acosado por el cazador? El valor de nuestras oraciones nace principalmente de haberse dignado el mismo Dios hacerse hombre, viviendo á la inclemencia de los montes, y pasando allí noches enteras en oración. Nos une Consigo mismo con estrechísima lazada; hace suya nuestra causa, nuestros sus intereses, y somos una cosa con El. Por medio de una comunicación misteriosa, sus oraciones se mezclan y confunden con las nuestras, la riqueza de las suyas enriquece la pobreza de las nuestras, y la infinidad de las suyas toca y eleva y engrandece la ruindad y miseria de las nuestras. Así es que, cuando oramos, no somos nosotros quienes lo hacemos, sino El quien ruega por nosotros. Hablamos al oído de nuestro Padre Celestial, y no es nuestra voz, sino la voz de Jesús y María, la que Aquel escucha. O más bien, el Eterno Padre quiere tener la dignación de ser como el ciego Isaac en su vejez. El hijo menor, autorizado para representar á su herma-

intenciones, sino según la riqueza y sabiduría y munificencia de Dios: como así lo hagamos, infaliblemente las recibiremos. Dios está á nuestra disposición. Otórganos cerca de su Persona una influencia casi ilimitada, y no una ni dos veces, ni solamente en las fiestas y ocasiones extraordinarias, sino en todos los instantes de la vida. ¿Existe, pues, un misterio de la gracia más dulce que el misterio de la oración? Cuéntase que á cierta sierva de Dios encomendaban diferentes personas, que acudían de todas partes, se sirviese hacer oración por algunos negocios suyos. Ella respondía que sí haría, pero olvidábase después; estaba abismada en altísima contemplación, y no pensaba más que en complacer al Esposo de su alma. Todo, sin embargo, cuanto le encargaban sucedía á pedir de boca. Volvían las gentes á darla gracias, como si por sus oraciones lo hubiesen alcanzado, y ella quedaba asombrada y confundida. Un día fuese á Jesús, y en un éxtasis formó de Él amorosa querella. «Mira, hija, replicóla Nuestro Señor dulcísimo: como tu voluntad está enteramente resignada en mis manos, y no quiero hacer sino la mía, aunque por olvido no me pidas particularmente, quiero, sin embargo, hacer lo que tú desearías se hiciese». ¡Ved, pues, qué Señor es éste con quien tenemos que habérnoslas!

Ultimamente, permítenos Dios que roguemos no solamente por nosotros mismos, sino

y Él ayuda nuestra flaqueza, porque no sabríamos pedir como conviene; pero el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables: y Aquél que penetra á fondo nuestros corazones, sabe lo que desea el Espíritu.

Consideremos igualmente la facilidad increíble de la oración. Es conveniente todo tiempo, lugar y postura, pues no hay tiempo, postura ni lugar en que no podamos confesar reverentemente la soberana presencia de Dios. Para la oración no es necesario el talento; la elocuencia está de más, y la dignidad no es recomendación, porque la necesidad es nuestra elocuencia, y la miseria nuestra mejor recomendación. El pensamiento es veloz como el relámpago, y con la velocidad misma del relámpago puede multiplicar oraciones eficaces. Ruegan así las acciones como los sufrimientos; y en la oración no se necesitan ceremonias que hacer, ni rúbricas que guardar. Exprésase toda la función con una sola palabra, á saber: el niño, á las rodillas de su padre, balbuceando palabras sueltas é incoherentes, y su faz expresiva abogando mejor que su oración confusa é ininteligible.

Consideremos tambien la eficacia de la oración. Únicamente debemos pedir cosas justas, y pedirlas con asiduidad y perseverancia, creyendo firmemente que nos serán concedidas, no conforme á la pobreza de nuestras ruines

cual á sí mismo, y vea qué tiempo ha consagrado hasta aquí á dicha devoción, y si, bajo este respecto, el pasado es enteramente como quisiera que hubiese sido. La oración continua es un precepto difícil, que únicamente podemos llegar á cumplir con el tiempo y el hábito, no menos que con el auxilio de la gracia y especial favor del Cielo. Pero lo que desde luego hemos de procurar, es aumentar nuestra oración á medida que vayamos creciendo en edad, y que, cuanto mayor sea nuestra oración, mayor sea asimismo nuestra solicitud por elevarla á la categoría de intercesión en favor del alma de nuestros hermanos.

Acaso nunca, mientras nos hallemos en el mundo, realicemos el poder celestial de la oración, ni descubramos todas las sobreabundantes riquezas de ese tesoro, de que ahora ¡ay! hacemos tan poco caso, sin considerar que por él se nos pone, digámoslo así, la gloria de Dios en nuestras manos. ¡Cuánto no podríamos hacer auxiliados de la oración de intercesión! ¡Qué maravillas no podríamos obrar, por mediación suya, en el rincón más oculto de la Tierra, en las tenebrosas mansiones del Purgatorio, y en los magníficos y regios salones de la Jerusalén celestial! Pero ya se ve: los tiempos en que vivimos son contrarios á la oración; el espíritu del siglo se opone á ella, y las costumbres de nuestros contemporáneos se declaran formidable enemigo suyo. ¡Oh,

también por los demás; más aún: nos manda expresamente que intercedamos por nuestros prójimos. Por boca de su Apóstol nos habla en esta forma inusitada: «Recomiendo, ante todas cosas, que se hagan súplicas, oraciones, intercesiones y acciones de gracias por todos los hombres» (1). Y en el pasaje arriba citado del capítulo octavo de la carta á los Romanos, donde dice: *El que escudriña los corazones conoce bien lo que desea el espíritu*, añade: *porque pide por los Santos, según Dios*. Por tanto, el privilegio inestimable, el don misterioso de la oración, se nos otorga no solamente para remedio de nuestras necesidades, si que también para utilidad espiritual de nuestros hermanos. ¡Oh qué cuenta tan estrecha tendremos que rendir un día por tan grande favor! ¡Qué solicitud no debería ser la nuestra, para no poseer en vano don semejante! Podrá Dios no habernos dado otros talentos; pero, por lo que hace al de la oración, ciertamente que nos le ha concedido. Para el ejercicio de la oración no hay distinción de personas: jóvenes y ancianos, ricos y pobres, sabios é ignorantes, sacerdotes y legos, todos tenemos la obligación de practicar la oración de intercesión. ¡Ay de nosotros si escondemos este talento, y nos atrevemos á devolvérsele al Juez Supremo sin haber con él negociado! Examínese, pues, cada

llosa delectación, son palabras de la Santa, van á buscar primeramente su origen, y, retrocediendo después, resuélvense en gotas brillantes de gozo y dicha y salvación eterna, se derraman cual lluvia benéfica sobre todos los ángeles y Santos, y hasta sobre aquellos que se ocupan entonces en rezar la misma salutación; y de esta suerte llegan á renovarse en cada uno todos los bienes que recibiera hasta el presente por medio de la Redención. ¡Y cuán fácil cosa es rezar una devota *Avemaría!* Y si esto acontece con la salutación angélica, ¿qué maravillas no obrarán el *Padrenuestro*, *Credo*, oraciones de la Misa y jaculatorias del Evangelio? ¿Sabemos nosotros qué es lo que estamos haciendo y dónde nos hallamos y qué es lo que nos rodea y hasta qué punto se extiende nuestra influencia y dónde acaba nuestra responsabilidad? ¿Hemos por ventura medido nuestros privilegios y tomado la altura de nuestra dignidad y sondeado los abismos de la gracia? ¡Ay! ¡Estamos sitiados por nuestra propia grandeza y no lo conocemos! ¡Obramos milagros y lo ignoramos! ¡Removemos los Cielos y vivimos en la Tierra sin pensar en ello siquiera! ¡El misterio es para nosotros impenetrable, el problema demasiado difícil, y lo sobrenatural enteramente opresivo! Réstanos, no obstante, un consuelo, y es que, si amamos á Jesús con recta intención y puro amor, ejecutaremos con perfección todas las cosas, y usa-

pues, fe en la oración! ¡Sólo fe en la oración! ¡Fe en la simple oración! Y los intereses de Jesús se extenderán por el mundo cual conquista benéfica, y la gloria divina cubrirá la Tierra como el inmenso piélago de aguas cubre el fondo del mar, y los coros de almas redimidas se aumentarán más y más cada día, hasta el punto de que el Divino Pastor, si no fuese quien es, caería abrumado con la pesada carga de su fecunda Pasión.

Abrense á veces los Cielos, y nos envían un vislumbre de ese poder de la oración. Ved cómo la fueron abiertos á Santa Gertrudis (1). Declaróla el Señor que, cuantas veces reza un cristiano devotamente la salutación angélica, otras tantas brotan del seno del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo tres impetuosos arroyuelos, que van á penetrar dulcemente el Corazón de la Santísima Virgen. Luego, saliendo de su Corazón con igual impetuosidad, buscan su origen, y estrellándose al pie del Trono de Dios, cual ola embravecida contra una roca, déjanla poderosísima según el Padre, sapientísima según el Hijo, y llena de amor según el Espíritu Santo. Mientras uno está diciendo el *Avemaría*, corren estos arroyuelos con grande impetuosidad alrededor de la Santísima Virgen, inúndanla, y vuelven en seguida á precipitarse sobre su Corazón Santísimo. Con tan maravi-

(1) *Rev.*, lib. IV, cap. XII.

pulsados á suspirar por su gloria y salvación de las almas. Acaso no podamos predicar, ni escribir libros ni viajar de misioneros á lejanas tierras, ni siquiera proporcionar recursos para enviar á otros. Bien poco, en efecto, podemos hacer por la gloria de Dios y conversión de las almas con nuestra propia persona; pero la intercesión todo lo suple, y alcanza todo. A la intercesión no la pone límites el tiempo ni lugar: la ignorancia no puede servirla de estorbo, la superstición no la impone silencio, ni el pecado se substrae á su influencia. La intercesión ejerce su imperio dondequiera que llegue la gracia, y la acción de ésta alcanza doquiera se extiende la divina omnipotencia, menos aquel único lugar abandonado por la esperanza. No porque allí no sea Dios igualmente glorificado: pero la gloria que se le tributa en esa mansión de dolor sempiterno es una gloria que adoramos en silencio y con espanto pánico del corazón. Esta gloria de Dios no es la que nosotros, cooperadores suyos, estamos llamados á promover. Oímos que en algún país peligra la gloria divina. Quizá el poder civil de alguna nación esté en desavenencia con la Santa Sede, cosa ciertamente tan perjudicial, que no se concibe nada más adverso á la gloria de Dios, injuriosísimo á los intereses de Jesús y fatal á la causa de las almas. Leemos, con lágrimas en los ojos y el corazón destrozado de dolor, el deplorable aban-

remos de todas nuestras facultades y poderes, y cumpliremos todas nuestras obligaciones, y subiremos á la cumbre de la perfección y agotaremos todas las bendiciones del Cielo. Sea, pues, nuestro nacimiento y nuestra vida y nuestros movimientos y nuestra respiración y nuestras palabras y nuestras obras y nuestros pensamientos y nuestros goces y nuestros pesares y nuestros trabajos y nuestro reposo y nuestra dicha y nuestra tribulación, *todo por Jesús;* y no necesitaremos ocuparnos de ningún otro pensamiento ni de ninguna otra regla. No se desperdiciará entonces un solo átomo de lo que somos, de lo que hemos recibido, de lo que sufrimos y podamos hacer en lo sucesivo. Así, todos los actos deliberados serán por Jesús; todos los indeliberados, por Jesús también; todas las cosas posibles, por Jesús; y, si para uno pudiese haber algo imposible en Cristo, hasta lo imposible debería igualmente ser *todo por Jesús.*

SECCIÓN III

Aplicación de los tres instintos á la práctica de la oración de intercesión.

Pero apliquemos nuestros tres instintos de la vida devota á la práctica de la oración de intercesión. Si de veras amamos á nuestro Padre Celestial, nos sentiremos suavemente im-

visión celestial, toda hermosa y agraciada, nos descubra, no sólo el riquísimo tesoro de gloria que ganamos para Dios sin coste ni fatiga ni trabajo, y casi sin advertirlo, sino también la recompensa infinita y eterna que por ello en galardón nos espera.

Igualmente por la intercesión promoveremos los sagrados intereses de Jesús. Enternece el corazón considerar la dignación de Nuestro Señor amoroso, dejando, digámoslo así, incompleta su obra, para que nuestro amor hacia Él tuviese la satisfacción y placer de acabarla. No sin razón decía San Pablo que se gozaba en sus trabajos por los Colosenses, porque así *completaba en su carne las cosas que faltan en los padecimientos de Cristo en pro del cuerpo místico, que es su Iglesia.* Es ciertamente un maravilloso artificio del amor del Salvador que, para recoger el fruto de su cruz y Pasión, haya querido depender de nosotros; y preciso es tener un corazón de piedra si no nos mueve semejante fineza de caridad. Fijaos en cualquiera tentación que os moleste. ¡Con qué enojosa insistencia os está espiando! ¡Qué obstinación la suya en acosaros! ¡Con qué exquisita vigilancia os acecha! ¡Con qué pertinacia está siempre alerta y presente siempre en toda buena obra, devoción, mortificación y oración! ¡Cuán fatigados no quedáis de resistirla! ¡Cuántas veces tenéis la desgracia de consentir en ella, y cuántas más todavía es-

dono espiritual en que se encuentran los esclavos é indígenas de ciertas comarcas; ó llegan á nuestros oídos rumores siniestros sobre el fanatismo salvaje con que la China y el Japón cierran sus puertas al misionero católico. Cuéntansenos las persecuciones y vejaciones injustas que sufre el Clero en los países dominados por la herejía, el desenfreno escandoloso de ciertas ciudades católicas, los planes astutos de una diplomacia impía, la depresión de las órdenes religiosas, la ociosidad y extravagancia de algunos obispos, la indolencia y vida aseglarada de ciertos párrocos, la prevención contra las misiones y ejercicios espirituales, las disputas nada edificantes, y esas contiendas soberanamente ridículas entre los partidos políticos: es inconcebible lo comprometida que se ve la gloria de Dios con cada una de estas cosas. Acaso seamos nosotros los más ruines y obscuros entre los hijos de la Iglesia; pero, comoquiera que sea, ayudados de la oración de intercesión, podemos acabar con todos estos males arrancándolos de raíz de la haz de la tierra. Sin distraernos una sola hora de nuestro empleo y profesión, y auxiliados únicamente de nuestras acciones ordinarias, trabajaremos en tan nobilísima obra sin interrupción ni descanso, haciendo más que cuanto han hecho todos los embajadores y legados que ha habido hasta aquí. No llegaremos nunca á saberlo hasta que, en el día del Juicio, una luz espléndida, una

tacto del cilicio, y se rebelen contra la cama dura los miembros fatigados y sensibles; todo esto se comprende fácilmente, y compadécese en verdad con el amor de Jesús; no es más que la antigua historia de la soñolencia de Pedro, *el espíritu, cierto, está pronto, mas la carne es flaca;* pero, amar á Jesús y no practicar la oración de intercesión, es una cosa inconcebible. No se explica, en efecto, cómo siendo la oración lo que es, puedan, sin embargo, abandonarla aquellos que creen en su eficacia, y que están dispuestos á hacer cualquiera cosa menos orar. He aquí un misterio incomprensible, un misterio más grande todavía que el misterio mismo de la oración de intercesión.

Y si nosotros tenemos también un verdadero aprecio por la salvación de las almas, ¿será posible que descuidemos la intercesión? He aquí otro rico minero que puede explotar la oración de intercesión, extrayendo de él con facilidad asombrosa tesoros abundantes de bendición. Raros son los predicadores santos; y, sin unción, ¿qué mérito tienen los sermones? Si, como asegura San Pablo, debe el mundo someterse á Cristo por la locura de la predicación, ¿cómo conseguirlo no impetrando vigor y energía para el orador sagrado, igualmente que unción para sus palabras, á fin de mover el corazón de sus oyentes? La elocuencia, verdadera plaga al hablar de Jesús y María, no es ninguna gracia ni bendición del Cielo. Su fruto no es

táis inquietos y disgustados por no saber si habéis ó no consentido! Pero cada momento de resistencia es un acto sobrenatural, una victoria de la gracia, un interés de Jesús. Un triunfo es asimismo de la gracia todo suspiro de dolor por cualquiera caída, toda jaculatoria enviada al Cielo cual saeta acerada, y toda invocación de los dulcísimos Nombres de Jesús y María en el peligro y riesgo inminente de la culpa. ¡Cuántos millares de personas no habrá en todo el mundo luchando contra la misma tentación, y en circunstancias quizá menos favorables que las vuestras! Ved, pues, qué ricos tesoros podéis procurar á Jesús bajo este único respecto, ayudados de la oración de intercesión, y he elegido de propósito un objeto de tan escasa importancia en comparación de aquellos otros que Él tanto aprecia. Haced esto siquiera; interceded por aquellos que son tentados con la misma tentación que vosotros. La intercesión puede cerrar casinos, concluir con las tabernas, ridiculizar la carrera de caballos, hacer que llueva en Carnaval, echar á pique las casas de juego y arruinar las moradas de prostitución. Y estando en nuestra mano prestar un servicio tan inmenso á Jesús, casi sin ninguna molestia de nuestra parte, ¿podremos persuadirnos que le amamos rehusándole semejante servicio? Concíbese muy bien que las carnes se estremezcan á la vista de las disciplinas, que se crispen los nervios al con-

demanda, y como puede suponerse, atendida su experiencia, fué un sermón modelo de elocuencia. A la llegada del verdadero predicador se vió descubierto el espíritu maligno, y obligóselo, por medio de la señal de la cruz, á revelar sus perversos designios. Entre las varias preguntas que le hicieron, una de ellas fué: ¿cómo era que no se oponía á sus intereses predicar sobre el Infierno un sermón tan terrible, que habia de obligar al auditorio á abstenerse de la culpa? «De ningún modo, replicó el diablo: no había en él unción alguna, y así no era ciertamente posible que llegase á perjudicarme».

La predicación no es más que uno de los medios de que puede valerse la intercesión para llevar almas al Cielo: yo simplemente le propongo como un ejemplo. Cuando venga Jesús á juzgar el mundo—¿quién sabe?,—acaso descubramos entonces entre los porteros y legos de muchos conventos á no pocos Franciscos Javier, Padres Claver, Carlos Borromeos para la reforma del Clero, un Santo Tomás para escribir obras, y un San Vicente de Paul para trabajar por los intereses de Jesús en las aldeas y entre los sencillos campesinos.

Uno de los caracteres más sobrenaturales y divinos de la religión católica es la comunión de los Santos, en virtud de la cual todo es de todos y ninguno tiene propiedad espiritual exclusivamente suya. Los méritos y satisfaccio-

otro que las alabanzas del predicador, y la pé
dida del tiempo por parte de los tontos que
están escuchando con la boca abierta: la be
dición y gracia divina son el todo. Fácil co
es, á no dudarlo, adquirir fama de predicado
pero predicar á Jesús, y éste crucificado, ;
es otra cosa. ¿No recordáis la historia de aqu
famoso predicador, creo jesuita, cuyos serm
nes convertían almas á millares? Pues bien:
fué revelado en cierta ocasión que ninguna
sus conversiones era debida á sus talentos
elocuencia, sino únicamente á las oraciones
un rudo hermano suyo lego, quien, senta
en las escaleras del púlpito mientras él pred
caba, estaba rezando *Avemarías* por el bu
éxito del sermón. Cuéntase también otro ca
verdaderamente extraño: no salgo garante
su exactitud, y sólo le cito porque encier
una sabia enseñanza. Cierto religioso, predic
dor muy popular, era esperado un día en
convento de su Orden, donde no se le cono
personalmente. Pasado el medio día llegó
religioso, ó más bien el espíritu maligno, qui
se fingió el huésped que aguardaban, con
perverso fin de causar daños irreparables. S
cedió, pues, que uno de los Padres tenía q
predicar en aquel mismo día un sermón sol
el Infierno; pero hallábase á la sazón enfern
y no le era posible hacerlo. Entonces los re
giosos suplicaron al diablo se sirviese predi
acerca del mismo asunto. Accedió gustoso á

caminamos por él con la calma más apacible. Ni tampoco vivimos separados de los difuntos. Conocemos á los Santos mucho mejor que si los hubiésemos tratado familiarmente acá en la tierra. Conversamos con los ángeles en sus diferentes coros como si fuesen, y efectivamente lo son, nuestros hermanos en Jesucristo. Servímonos de los rosarios, medallas, crucifijos, agua bendita, indulgencia, sacramentos y sacrificios, con la misma naturalidad que manejamos la pluma, tintero y papel, ó el azadón, vieldo y rastro para nuestras labores del campo. No abrigamos el más leve recelo acerca del asunto: todos somos una misma familia, y esto basta. El Señor Dios es nuestro Padre; su Majestad soberana nuestro negocio; nuestro Hermano mayor nos ha criado, y viste nuestra propia naturaleza; María es nuestra Madre: los ángeles y Santos los más cariñosos y familiares de nuestros hermanos. Así es que subimos y bajamos, entramos y salimos como por nuestra casa: ningún obstáculo hay que nos lo estorbe. El aire que allí se respira es puro é intenso amor filial del Padre á quien todos adoramos; por manera que nuestra reverencia es una reverencia filial, y nuestro amor un amor filial también.

¿Cómo pueden comprender esto quienes viven fuera de esta gran familia? ¿No debe necesariamente parecerles un sistema de misterios humanos, un verdadero laberinto? Son

nes de nuestro Redentor, los gozos y dolores de María, la paciencia de los mártires, la perseverancia de los confesores y la pureza de las vírgenes, todo es de todos y de cada uno de nosotros. Así como la sangre circula por todo el cuerpo humano, así igualmente sucede en la Iglesia de Dios: no hay en ella división ni separación alguna. Cielo, Purgatorio y Tierra no forman más que un solo cuerpo. Cambiamos nuestros méritos, y circulamos nuestras oraciones, y cruzamos nuestros gozos, y trocamos nuestras tribulaciones, y nos servimos de las satisfacciones de los demás como si estuviesen en nuestras propias manos. Con el Cielo mantenemos toda suerte de relaciones, y conocemos perfectamente la manera de servirnos de ellas; acerca del Purgatorio poseemos una ciencia no escasa, y no pocos métodos prácticos que nos son enteramente familiares; y por lo que hace á la tierra, parientes y amigos, nacionales y extranjeros, judíos, griegos, escitas, libres y esclavos, todos somos unos. He aquí lo que causa un verdadero asombro á los herejes, é inspira en su ánimo un odio encarnizado contra los católicos. Hablamos del otro mundo, como podríamos hacerlo de una ciudad que nos fuese muy conocida por una larga residencia; como hablaríamos, por ejemplo, de Madrid, Londres, París, Bruselas ó Berlín. La muerte no interrumpe ni corta nuestras relaciones; la vista no nos es necesaria:

cisma no ha presentado hasta ahora otro igual. Nuestra misma Confraternidad también es un ejemplo no menor de semejante prodigio. Quienes no poseen á Jesucristo, es absolutamente imposible que lleguen á formarse una idea cabal de las funciones de la Iglesia. Allí donde no hay sacrificio, difícilmente habrá mucha oración. Y he aquí otro motivo más que debe excitarnos á ser diligentes y fervorosos en el ejercicio de este privilegio incomparable del amor.

Del P. Pedro Fabre cuenta Orlandini que abrazaba en el seno de su caridad á todo el género humano sin excepción, teniendo constantemente sus manos llenas de negocios de todo el mundo, para despacharlos con Dios Nuestro Señor. Cuanto más viciosa y criminal era una persona, tanto más encendida y abrasada era la piedad y compasión que la profesaba; y á fin de que fuesen más eficaces sus oraciones en favor de dicho sujeto, enriquecíalas y las engrandecía con reflexiones las más profundas. Siempre que rogaba por alguno, representábase delante de sí como redimido con la Preciosa Sangre de Cristo, como heredero y coheredero de Cristo; y realzando la alteza y sublime dignidad de semejante persona, avivaba su celo ardiente, ofreciendo á Dios al propio tiempo, con gran fervor de su alma, los méritos de Jesucristo y sus Santos. Por medio de este simple ejercicio llegó al fin á formarse un elevado concepto *(opinionem magnificam*, de todo el

extraños y advenedizos: ¿cómo, pues, han de adivinar los deseos, afectos y simpatías de los *conciudadanos de los Santos y domésticos de Dios?* Podrán leer las palabras de la Escritura, pero no percibirán ciertamente la fuerza y energía, la salud y el amor, el calor y la vida que en sí encierran. Cuando leen á San Pablo, un tupido velo cubre sus corazones más bien que su inteligencia; porque aquellos que deseen comprender la maravillosa estructura del cuerpo de Cristo, deben primeramente *entrar en la unidad de fe;* y tan necesaria es esta fe, que es nada menos que la *verdad que debemos seguir en caridad para que* en todo *vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra Cabeza, de quien todo el cuerpo místico, trabado y conexo entre sí, recibe por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente á cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfección, mediante la caridad* (1). Así es que la oración de intercesión practicada como sistema, y continuada por una especie de instinto, ha sido siempre considerada, en cierta manera, como nota de la verdadera Iglesia, y constantemente tenida por los adversarios de esta divina sociedad como un proselitismo farisaico. Notre Dame des Victoires, de París, es ciertamente un fenómeno que la historia de la herejía y del

(1) Ephes., cap. IV.

SECCIÓN IV

Por quiénes debemos interceder.

1.° Debemos interceder por los que están en pecado mortal, y por aquellos que viven fuera del seno de la verdadera Iglesia. Así se lo reveló el Padre Eterno á Santa Catalina de Sena. «Suplícote encarecidamente, la dijo, que ruegues sin cesar por la conversión de los pecadores, en cuyo favor te pido oraciones mezcladas de lágrimas y compunción, para que pueda Yo satisfacer así mis vivos deseos de mostrarles gracia y misericordia». Apenas oyó la Santa semejantes palabras, inflamada en el divino amor, y como fuera de sí, exclamó: «¡Oh Misericordia divina y Bondad eterna, no me maravilla ciertamente digáis á los pecadores que se vuelven á Vos: *Yo me acordaré más de vuestras iniquidades;* pero que digáis de los obstinados que siempre os están ultrajando con sus grandes crímenes: *Quiero que ruegues fervorosamente por ellos, porque deseo con vivas ansias mostrarles misericordia*, esto sí que es el colmo de la admiración!» En otra ocasión habló así Dios á la misma Santa: «Te recrearás en el árbol de la Cruz, comiendo y saboreando allí el manjar de las almas para gloria y alabanza de mi santo Nombre, y llorando amargamente la perdición

mundo. Refiere Santa Catalina que el Señor la dijo en cierta ocasión las siguientes palabras: «Debes, hija mía, rogar con el mayor fervor de tu alma por todas las criaturas racionales, por el cuerpo místico de la Santa Madre Iglesia, y por aquellos que te he encomendado amases con singular predilección». Fué asimismo revelado á Santa Gertrudis lo que á continuación vamos á copiar: «Cuantas veces rezas, siquiera sea un *Padrenuestro* y *Avemaría*, una colecta, un salmo, etc., á favor y en nombre de la Iglesia Universal, el Hijo de Dios lo acepta al punto con la más profunda gratitud, como fruto de su sagrada Humanidad, y, dando por ello gracias al Eterno Padre, lo bendice y, multiplicado con esta bendición, distribúyelo entre la Iglesia Universal para espiritual aprovechamiento suyo y salvación eterna».

Pero veamos ahora por quiénes deben ofrecerse especialmente estas intercesiones. Los escritores espirituales nos proponen diferentes recomendaciones; pero en esta materia, como en no pocas de las que me vengo ocupando, seguiré al jesuíta Lancisio (1).

(1) II. 29.

la cual había dilatado su conversión hasta los últimos años de su vida, la aconteció una cosa muy singular. Al empezar su oración sintióse por dos veces rechazada por una fuerza oculta, oyendo al mismo tiempo una voz interior que la decía no se cansase en rogar por el pecador, porque no había de ser atendida. La Santa, sin embargo, volvió por tercera vez á su plegaria, y entonces obtuvo la conversión de la siguiente manera. Presentóse delante de Jesucristo, Juez Soberano, como si estuviese cargada con todas las culpas de aquel infeliz pecador; y, así cargada, se obligó á satisfacer por él, sufriendo todos los tormentos y castigos que desease y exigiese la divina Justicia, hasta que la Bondad infinita tuviera la dignación de convertirle. Agradó tanto al Señor este heroico sacrificio, que luego al punto fué convertido el obstinado pecador, y vino á llevar en lo sucesivo una vida ejemplarísima.

Santa Teresa da como razón para la fundación de sus conventos que, siendo tantos los que ofenden á Dios, preciso es que las religiosas rueguen por su conversión, intercediendo asimismo con igual objeto muy especialmente por los defensores de la Iglesia, y en particular por los predicadores y otras personas letradas que vindican sus derechos y prerrogativas. Yepes, refiere en su *Vida* de la Santa, que ésta pasaba noches enteras orando y derramando abundantes lágrimas por la conversión de las

del humano linaje; porque ya ves, hija mía, que ha llegado á un estado tal de miseria y abandono, que tu lengua no puede encarecer. Los lamentos y gemidos de mis amigos muévenme á usar de misericordia para con el mundo; y he aquí lo que estoy constantemente exigiendo de ti y de los otros amigos míos. Esa será la señal de que me profesáis un verdadero amor; y Yo, por mi parte, os prometo no desatender nunca vuestros santos deseos». Quejóse un día el mismo Señor á la Santa, diciendo: «Ve, hija mía, cómo me ultrajan los pecadores con toda suerte de culpas, y en especial con el amor propio, de donde proceden todos los males: virus ponzoñoso que ha inficionado al mundo cual veneno mortífero. El amor propio nace del orgullo, y encierra en sí todo género de males. Vosotros, pues, siervos míos, preparaos con oraciones, súplicas y fervorosos afectos, llorando las ofensas que recibo y la condenación de los mismos pecadores, para mitigar con semejantes actos la cólera de mi divina justicia». He ahí, pues, otra práctica muy saludable: la oración contra el amor propio de todo el humano linaje. Si vosotros padecéis semejante dolencia, rogad por que desaparezca del corazón de los demás; éste es un artificio de la vida espiritual que jamás llega á fallar.

Leemos en la *Vida* de Santa Clara de Montefalco que, rogando un día por cierta persona cargada de culpas y crímenes enormes, y

de Dios á rogar por la conversión de los infieles y herejes, y un día tuvo una visión de ángeles en la cual le fué revelado ser voluntad de Dios que rogase igualmente por la conversión de los judíos.

2.° Debemos asimismo interceder por los que viven en estado de tibieza y frialdad. Porque, si bien estas almas se hallan al presente en gracia de Dios, corren, no obstante, un riesgo inminente de perderse. Encuéntranse al borde del abismo de la culpa mortal; su necesidad, pues, es grande, y consiguientemente reclama toda nuestra caridad. Si tienen la desgracia de caer en pecado grave, es muy difícil su conversión, más difícil todavía que la conversión misma de un pecador obstinado; y así, el rogar por semejantes personas, es una práctica que procura á Dios una grande gloria. Concediólas Jesús la primera gracia; las ha convertido, y ahora está á punto de perderlas; sus intereses, pues, corren un peligro no pequeño. Ya que Dios se ha dignado manifestarnos su singular aversión al tibio, sería muy agradable á sus divinos ojos que nuestras oraciones é indulgencias en favor de esos infelices fuesen una de las mas especiales devociones en que deberíamos ejercitarnos. Casi me atrevería á colocar esta devoción por los tibios inmediatamente después de la devoción en favor de las almas del Purgatorio. ¡Oh dulce Señor mio! Paréceme que debes sufrir demasiado con semejantes

almas, señaladamente por aquellas que se hallaban contaminadas con la herejía, estando dispuesta á dar mil vidas que tuviese por la conversión de una sola. Todos los cuarenta años, prosigue el mismo escritor, durante los cuales se ejercitó en la práctica de la oración de intercesión, nada pedía á Dios con más instancia como la dilatación de su gloria divina y aumento de su Iglesia, y añadía la Santa que hubiera deseado permanecer por toda la eternidad en el Purgatorio, con tal que así pudiese haber logrado fuese Dios más conocido y amado de sus criaturas.

Igual espíritu animaba á Santa María Magdalena de Pazzis cuando recomendaba con tanta eficacia á sus monjas que rogasen con vivas ansias por la salvación de las almas y conversión de los pecadores. Solía decirlas, que semejante ejercicio no era menos grato á los divinos ojos que provechoso á su propia salvación. Cuando la Santísima Virgen envió á San Ignacio á instruir á la misma María de Pazzis en la práctica de la humildad, concluyó el Santo su instrucción con estas palabras: « Así como el Verbo encarnado constituyó á sus Apóstoles pescadores de hombres, así también ha ordenado que sus esposas, es decir, las religiosas, sean anzuelo de las almas». Sabemos asimismo, por lo que acaeció al P. Julio Mancinelli, que Dios no quiere escasear sus mercedes en esta materia. Acostumbraba este siervo

feligreses habían elegido como objeto de su especial devoción á cierto número de protestantes, los más conocidos é influyentes de la sociedad, para alcanzar de Dios en fervorosas oraciones la gracia de su conversión. La demanda parece que no podía ser más racional: las oraciones suyas, sin embargo, no obtenían respuesta. Ocurrióle entonces á tan piadoso varón que todavía la voluntad humana era capaz de obligar un poco más á Dios en el negocio. Propúsoles, pues, que cambiasen sus oraciones y rogasen por aquellos que á los divinos ojos estuvieran más dispuestos á recibir semejante gracia: y he aquí que de repente se desarrolla una santa emulación en su propia parroquia, pues fué voluntad del Señor que alcanzasen sus oraciones frutos abundantísimos de conversiones allí donde menos lo esperaban, y cabalmente en personas de quienes jamás sospecharon fuesen objeto de una singular predilección divina. Así, ¿quién duda que la viva conmiseración que no pocos sienten por Europa procede de Dios? Y si el vasto objeto de su intercesión y el aspecto asqueroso y repugnante de la herejía, inmoralidad y superstición que desgraciadamente reinan en estas hermosas regiones, los tienta á desmayar en su celo y caridad, ¿por qué no piden á Dios envíe á Europa unos cuantos Santos, unos verdaderos Santos, y la batalla estaría más que medio ganada? Quiero, pues, decir con todo esto que las ora-

personas! Además, si llegan los tibios á condenarse, ¡cuántas gracias en vano, cuántos Sacramentos sin fruto, y qué triunfo para el rival de nuestro amoroso Jesús! Os suplico, pues, que penséis, por Dios, en esto seriamente, y, al hacerlo así, os ruego que os acordéis de mi humilde persona. La devoción por las almas tibias es una devoción llena de amor y rica de gracias; y acaso vosotros no hayáis antes pensado en semejante cosa.

3.° También la multiplicación de los Santos y su final perseverancia debería ser igualmente otro de los objetos de nuestra intercesión. La gloria de Dios, el bien de las almas é intereses de Jesús, todos están aquí comprendidos por tantas y tan diferentes maneras, que apenas creo necesario indicarlo siquiera, pues es demasiado notorio. Un solo Santo vale más que un millón de católicos ordinarios. Todavía Nuestro Señor reveló á Santa Teresa una cosa más extraña, á saber: que una sola alma, no un Santo, que *aspire* á la perfección, era más preciosa á sus divinos ojos que millares de aquellas que viven una vida común y ordinaria. ¡Cuán terrenos somos aún en nuestras devociones, y cómo nos dejamos arrastrar por principios y fuerzas naturales hasta en las mismas cosas espirituales, y al estar ejecutando las obras de Dios! Me acuerdo que me dijo un buen religioso, hace algunos años, que en una ciudad situada al Este de Inglaterra, él y sus

nes, calamidades, congojas, hambre, desnudez, desesperación y toda la muchedumbre de males á que está sujeta la mísera naturaleza humana; y cual piadoso y celoso sacerdote, para valernos de la comparación de San Juan Crisóstomo, defendía delante de Dios las causas de todos los hombres, como si hubiese sido especialmente constituído padre común del humano linaje. Es increíble el celo que devoraba su corazón, y el vivo anhelo con que deseaba ser ministro de nuestro Redentor, para poder aliviar á los hombres en todos sus trabajos, y hasta, por decirlo así, suspiraba, á pesar de su humildad, por el don de milagros, para curar aquellas dolencias á que no alcanzan los medios naturales.

5.° Debemos igualmente interceder con toda solicitud por las necesidades de nuestros bienhechores, entre los cuales tenemos que contar á nuestros enemigos, por las ocasiones que nos ofrecen de merecer, y recursos que nos procuran para ganar el Cielo. Decía Santa Inés á Santa Brígida: «No hay cosa más hermosa ni más acepta á los ojos de Dios como amar á los que nos injurian, y rogar por nuestros perseguidores». San Juan Crisóstomo, hablando de David y Saúl, nos enseña «que seremos tenidos como mártires contando á nuestros enemigos en el número de nuestros bienhechores, y rogando por ellos sin cesar». Al P. Julio Manciuelli, persona muy devota de la oración

ciones suelen despacharse más prontamente cuando van fundadas sobre algún principio sobrenatural. No parece sino que Dios tiene reservadas en casos dados, para semejantes actos espirituales y de fe, gracias y mercedes muy singulares.

4.° Debemos asimismo rogar por todos aquellos que están sufriendo en el mundo varias necesidades y tribulaciones, así espirituales como temporales. Oigamos lo que cuenta Orlandini del P. Pedro Fabre, á quien San Francisco Javier solía poner en la Letanía de los Santos, y San Francisco de Sales honrarle como si estuviese canonizado. Nada afligía tanto y angustiaba el corazón compasivo de aquel siervo de Dios, como el poco cuidado que la mayor parte de los hombres se tomaba por contar y tratar con Dios sus trabajos y negocios, siendo su única solicitud acudir á socorros humanos, desdeñando los celestiales y divinos. Semejante abandono estimulaba vehementemente su tierna compasión, y le inducía á encargarse de exponer á Dios los cuidados y calamidades de todo el humano linaje, constituyéndose medianero suyo en sus miserias y aflicciones, hasta llegar á desear con vivas ansias tener siempre, cual otro Moisés, levantadas sus manos en alto para llevar el socorro y la consolación á tantos infelices, vivos ó difuntos, como estaban batallando con el dolor y la tribulación. Representábase las varias vejacio-

que se ocupan seriamente en el adelantamiento de la perfección cristiana, y por todo cuanto apetezcan en orden á ese fin, aunque envuelva alguna pena y aflicción. Porque éste es un apetito común á los Santos, y lícito será desearles lo que legítimamente pueden ellos pedir para sí, pues que es provechoso á la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas. San Francisco Javier, cuando se le apareció San Jerónimo en Bolonia y le predijo lo que tenía que sufrir, exclamó: *¡Más, Señor, más!* Santa Teresa solía decir: *O padecer, ó morir;* y Santa María Magdalena de Pazzis repetía con frecuencia: *Ni padecer como ahora, ni tampoco morir, sino padecer más.* El Profeta Rey también exclamaba: «Pruébame, Señor, y experiméntame; acrisola al fuego mis riñones y mi corazón». Jeremías, con miedo natural, pero con sobrenatural confianza, dice al Señor: «¡Castígame, oh Señor!, mas según tu juicio y no según tu furor, no sea que me reduzcas á la nada». San Pablo añade: «Me complazco en mis enfermedades, y en los ultrajes, y en las necesidades, y en las persecuciones, y en las angustias en que me veo por amor de Cristo». ¡Y cuán soberanamente bellas y regaladas no son las palabras del siguiente pasaje de Job (1): «¿Podrá comerse un manjar insípido que no está sazonado con sal, ó habrá su-

(1) Cap. VI.

de intercesión, le fué declarado que era uno de los siete hijos de la Iglesia militante que entonces — sobre el año 1603 — más se señalaban ante el divino acatamiento por sus oraciones en favor de todo el humano linaje. Cierto día tuvo la dicha incomparable de ver en espíritu la gloria que gozaba San Lorenzo mártir, y, entre las varias inspiraciones que entonces recibiera, una de ellas tenía por objeto hacerle conocer la obligación que tenemos de dirigir á Dios fervorosas oraciones por nuestros bienhechores, no sólo á causa de los favores y bienes temporales que nos otorgaban, sino también por el afecto de caridad con que se dignaban concedérnoslos: afecto que es de mayor estimación que los mismos dones que tienen á bien otorgarnos. Ambos favores tenemos que pagárselos: los dones, con nuestro trabajo y asiduidad en la oración; y el afecto de su caridad, amándolos y obteniéndoles gracias abundantes de Dios Nuestro Señor. En nuestro agradecimiento es asimismo necesario que respondamos á su intención, haciéndolo por amor de Dios, como ellos lo practicaran al ofrecernos sus favores. Para recompensar, pues, de algún modo esta su reverencia, amor y ternura hacia Dios al darnos sus cosas, preciso es que también les deseemos toda suerte de bienes, y que pidamos al Señor sean promovidos para que le sirvan más y más cada día con obras de caridad.

6.° Debemos asimismo rogar por aquellos

Santos es capaz de aumento hasta el día del Juicio, y que la Iglesia, por tanto, puede lícitamente desearles semejante acrecentamiento de glorificación ». Lo mismo enseñan Belarmino, Suárez, Vázquez y Juan Sánchez. Soto presenta como prueba el gozo que experimentan los ángeles en el Cielo por un pecador que hace penitencia. Dícese de Nuestra Señora haber revelado á Santo Tomás de Cantorbery que está siempre su gloria recibiendo nuevo aumento con las buenas obras de sus siervos. Así igualmente pueden los hombres rogar por el aumento de devoción hacia algún Santo particular; y á Santa Gertrudis fué revelado que los bienaventurados reciben nuevos grados de gloria accidental cada vez que uno comulga en la Tierra. Menciono esta práctica sólo para mostrar hasta dónde se extiende la eficacia y prerrogativas de la oración de intercesión.

8.° Todavía existe otra devoción de intercesión, tan preciosa y regalada, que basta recordarla para convencernos de su misma excelencia. Dicha devoción está fundada en la vida de Marie Denise de Martignat, una de las primeras Madres de la Visitación. Los primeros cincuenta años de su vida los vivió en las cortes de Francia y Saboya; mas el espíritu del mundo no pasó nunca por su corazón sino como las llamas de fuego por los vestidos de los tres niños en el horno de Babilonia. El medio de que se valió para preservarse de semejante con-

jeto que coma con gusto aquello que, probado, causa la muerte? Las cosas que antes hubiera yo rehusado tocar, ahora, por la estrechez en que me hallo, son mi alimento. ¿Quién me diera que fuese otorgada mi petición, y me concediese Dios lo que tanto deseo, y que aquel que ha comenzado á herirme acabe conmigo, deje caer su mano y corte mi vida? Y mi consuelo sería que, sin perdonarme, me afligiese con dolores, y no me opusiese á los decretos del Santo. Porque ¿cuáles son mis fuerzas para poder sobrellevar tantos males, ó cuándo tendrá fin mi padecer, para prometerme perseverar en la paciencia? Que no es mi firmeza como la de las peñas, ni de bronce mi carne».

7.° Aquí podríamos añadir que no pocos escritores espirituales recomiendan la oración de intercesión por el aumento de la gloria accidental de los bienaventurados del Cielo. Cuando, por ejemplo, ruega un religioso por que los de su Orden vivan santamente, ó para que alguno de ellos pueda llegar un día á ser canonizado, el fundador, viéndolo en Dios, ó bien revelándoselo el Omnipotente, recibe un aumento de gloria accidental: en este sentido piden los sacerdotes en la Misa que el Sacrificio aproveche á los Santos. Oigamos cómo se expresa el Papa Inocencio III (1): «Muchos, ó mejor los más, creen, no sin razón, que la gloria de los

(1) *De Celeb. Missæ.*

Solía decir que si un ermitaño hubiese pronunciado semejantes palabras, habríanse recibido como exageración de un contemplativo; pero habiéndolas Dios puesto en boca del más grande, del más rico y pacífico de los reyes, inspiraron en su ánimo una compasión tan profunda hacia los grandes del mundo, por el riesgo que corría su salvación, que luego al punto se resolvió á tomar á los ricos, nobles y poderosos de la Tierra como asunto de una especial devoción: práctica que ella deseaba con vivas ansias inspirar en el ánimo de todos cuantos encontraba. «¡Ay!, exclamaba: los poderosos del siglo se ven envueltos en una muchedumbre de miserias poco comunes; bajan á los infiernos sin pensarlo siquiera, porque la escalera que allá les conduce es de oro y de pórfido. Los grandes de la tierra no se ocupan un solo instante en reflexionar que pronto han de ser muy pequeños. Como tienen la costumbre de mandar á los demás, presumen demasiado de sí mismos, y viven como si el Cielo, los ángeles y el mismo Dios estuviesen bajo su obediencia como los hombres y la Tierra. ¡Qué desengañados quedarán cuando en un momento descubran que fueron, y lo serán ahora eternamente, esclavos de Satanás! O bien, si Dios se muestra con ellos misericordioso, ¡cuál no será su sorpresa al encontrarse en el reino de los Cielos ocupando un lugar más bajo que aquellos pobres y andrajosos á quienes no hubieran

tagio, fué el siguiente: Tomó un texto de la Escritura para cada uno de los siete días de la semana, á fin de tener constantemente ocupado su espíritu con las palabras de verdad y de vida: la elección de los pasajes fué ciertamente admirable. Para el domingo tomó las palabras: *He venido al mundo para iluminarle, para que quien crea en Mí no permanezca en tinieblas.* Lunes: *El estaba en el mundo y el mundo fué hecho por El, y el mundo no le conoció.* Martes: *Es más fácil hacer pasar una maroma por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los Cielos; nada, sin embargo, es imposible para Dios.* Miércoles: *Mi reino no es de este mundo*, y aquel otro pasaje en que Jesús llama á Satanás *el príncipe de este mundo.* Jueves: *No ruego por el mundo, sino por éstos que me diste.* Viernes: *Ahora es el juicio del mundo; y Yo, cuando sea levantado en alto, todo lo atraeré á Mí.* Sábado: *Si me amáis, mi Padre os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente el Espíritu de Verdad, á quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce.* Estas siete fuentes de verdad inundaban su espíritu de luces tan abundantes para ver las miserias del mundo y vanidad de sus pompas y placeres, que constantemente tenía en sus labios aquellas palabras de Salomón: *¡Vanidad de vanidades! ¡Todo cuanto existe bajo del sol es vanidad!*

es un acto muy grande de caridad para con los poderosos de la Tierra inducirlos á practicar buenas obras. El mundo, demonio y carne les instiga á hacer tantas obras malas, que indudablemente se verán un día obligados á tributarnos más acciones de gracias por haber sido nosotras la causa de que ellos ejerciesen la caridad, que cuantas les dimos por las limosnas que nos otorgaron». En otra ocasión vió que la Superiora estaba escribiendo á una princesa, y díjola entonces estas palabras: «Madre mía, en vuestras cartas á los grandes de la Tierra servíos poner alguna breve consideración acerca del santo temor de Dios, acerca de la soberanía de la Majestad divina, ó grandeza de la eternidad y brevedad de la vida presente. Son muy adulados esos infelices poderosos de la Tierra, y día vendrá en que deseen no haber recibido jamás semejantes lisonjas». Cuando supo la muerte de Luis XIII, exclamó: «¡Ay! ¡Yo vi nacer á ese monarca, le vi bautizar, y coronar y casar y reinar, y ahora ya no existe!» Preguntáronla entonces si rogaría mucho por él. «Sí, contestó, más de lo que cocomunmente pudiera creerse; pues aunque vivió y ha muerto como verdadero cristiano, es posible que todavía tenga que satisfacer alguna deuda á la inexorable justicia del Rey de reyes. Ha ido á un reino que únicamente es conquistado por los humildes de corazón; ninguno entra allí con el cetro en la mano.» To-

tolerado se les acercasen acá en la Tierra ni á cien leguas! »

De aquí es que durante toda su vida abrigó esta tierna compasión por los ricos y poderosos del siglo, intercediendo con especial asiduidad en favor suyo. Oígasela decir que el rogar por semejantes personas era un acto más grande de caridad que hacerlo por aquellos que estaban languideciendo en los hospitales y prisiones. Celebraba con particular reverencia y singular devoción las fiestas de los reyes, reinas, princesas y príncipes canonizados. Nada había, según ella, que más debiese confundir y esforzar á la vez á un cristiano como la santidad heroica de los grandes de la Tierra que se conservaron humildes en medio de la gloria y vivieron en el mundo como si de él estuviesen alejados. Tenía asimismo la piadosa costumbre de ayunar en las vigilias de estas fiestas; y todas las oraciones de dichos días ofrecíalas por la salvación de los nobles y potentados de la Tierra. No sé qué juicio formarán los demás acerca de esto; por lo que á mí hace, encuentro algo de extremadamente tierno en devoción tan espiritual y sobremanera celestial y divina.

En consonancia con tan singular devoción está lo que leemos hacia la conclusión de su *Vida*. Un día, como la Superiora la preguntase si valía la pena pedir cierto favor á una persona de muy alto rango, ella la replicó: «Sí, Madre mía querida, pedídselo. Os aseguro que

guardarla en nuestro devocionario ó reclinatorio. 3.° Visitar al Santísimo Sacramento, y repasar pausadamente dicho papel, excitándonos á fervorosos afectos de celo por la gloria de Dios y solicitud amorosa por los intereses de Jesús. 4.° Acordar con el Señor elegir alguna breve oración ó jaculatoria acomodada á todos estos objetos, y usarla en la Misa y Comunión, en nuestra acción de gracias, antes y después de la meditación, rosario, examen, etc. 5.° Si durante la noche estamos desvelados, ó por cualquier motivo tenemos ciertos intervalos de descanso inesperados en nuestras ocupaciones ordinarias, recurramos á la intercesión. Así podrían irse multiplicando estas prácticas casi hasta el infinito. Las mejores son las más sencillas, es decir, aquellas que nos ocurren naturalmente en nuestros ejercicios usuales. Sólo es preciso no olvidar que uno de los fines por que hemos venido á este mundo, ha sido para ejercitarnos en la oración de intercesión.

¡Oh dulzura inefable del misterio de la oración! Permitidme que lo repita otra vez. Uno de los fines por que vinimos al mundo, ha sido para practicar la intercesión. Uno de los fines que movieron á nuestro glorioso Salvador á derramar su Preciosa Sangre, fué para hacer eficaz y acepta á los divinos ojos nuestra oración de intercesión. Una de las cosas, en fin, que ahora espera Dios de nosotros, es la oración de intercesión. Pero ¿cuánto tiempo empleamos

dos los lunes rezaba el Oficio de Difuntos por las almas de los príncipes y princesas, y los viernes por los caballeros de Malta y por todos aquellos que morían en el campo de batalla en defensa de la Iglesia. No raras veces decía asimismo los Salmos Graduales por los guerreros, á fin de que no adquiriesen hábitos viciosos en la carrera de las armas, la cual, por cierto, no es la mejor de las escuelas para vivir santamente, si bien está muy lejos de haber sido infructuosa en dar Santos á la Iglesia de Dios.

SECCIÓN V

Secreto y gozo de la intercesión.

Una palabra sobre el tiempo, lugar y método de la intercesión. Todas estas cosas deben dejarse á la elección de cada uno: por tanto, no haré sino sugeriros ciertos avisos de que podréis valeros, si así os place: 1.° Consagrar los días de la semana á objetos particulares, á saber: 1.°, por el Papa, Clero y Ordenes religiosas; 2.°, por los que viven en pecado mortal; 3.°, por los que están en la agonía; 4.°, por los tibios; 5.°, por los afligidos y atribulados; 6.° por aquellos por quienes Dios quiere que hagamos oración especial, ó bien formando un plan de treinta objetos para todos los días del mes. 2.° Tomar nota por escrito de tales objetos, ;

pero desearía saber qué proporción existe entre nuestra oración secreta y público criticismo, pues me parece que ha de ser muy pequeña. Se me figura que, si rogásemos mucho, creeríamos que era tan sumamente escasa nuestra oración que no nos atreveríamos, siquiera por vergüenza, á hablar de todo el mundo. Tengo un alto concepto del espíritu del secreto, que para mí constituye las dos terceras partes del Cristianismo práctico. Siempre será mi convicción que las personas de oración viven ocultas entre aquellas que jamás llegan á descubrirnos su vivo interés por los asuntos del Catolicismo. El ojo que está listo para ver una falta, y el oído que gusta oir criticar de los otros, y la lengua que se jacta de sí misma, serán señales de una alma de oración cuando el arco-iris sea el emblema de la desesperación.

El exacto cumplimiento del deber de la oración de intercesión puede procurarnos una de aquellas inspiraciones extraordinarias que tan provechosas son á nuestras almas. Parece á veces que nuestra vida espiritual va continuando su marcha con toda felicidad y reposo posible. No nos creemos ciertamente unos Santos; pero se nos figura que algún esfuerzo ponemos de nuestra parte para llegar á serlo. Nos afanamos por conservarnos en estado de gracia; más aún: revolvemos en nuestra mente los sacrificios que hicimos por Dios, convirtiéndonos á la verdadera fe, entrando en religión ó abrazando el

habitualmente en el delicioso ejercicio de este privilegio incomparable? A todas horas se nos oye hablar de Papas y cardenales, de obispos, sacerdotes y órdenes religiosas. Estamos charlando sin cesar acerca de devociones y asuntos eclesiásticos; censuramos y criticamos la conducta de todo el mundo; no parece sino que á todos podríamos dar lecciones de ciencia espiritual, y mostrarles la verdadera senda que conduce derechamente al Cielo. Nuestras vistas son mas altas y elevadas que las suyas; ardemos en un celo más encendido que aquel que ellos abrigan en su corazón, y poseemos una disposición más á propósito para la piedad, hablando como lo hacemos incesantemente y con grande afluencia sobre nuestro Dios y Señor. *Palabrería* son casi todos nuestros afanes y desvelos acerca de asuntos eclesiásticos ó intereses del Catolicismo: puro charlatanismo con que nos hacemos insoportables á los demás. Lo que importa es que, al obrar, vayamos delante de todos: he aquí la cosa. A bien que cada uno de nosotros está verdaderamente dotado del don de profecía, y de salmos, y de doctrina. ¡Los corintios no podrían igualarnos en la variedad de ciencia y diversidad de dones! Los aventajaríamos ciertamente. Hasta podríamos sorprender al mismo San Pablo: ¡tan exuberantes y tan útiles y tan necesarios somos á Dios, al Papa y á la Iglesia! Me asombro, efectivamente, de lo mucho que oramos;

Es imposible vencer al Señor en la lucha de la liberalidad y del amor. De todos los frutos del Espíritu Santo, ninguno es más apetecible, porque ninguno es más celestial y divino, que el gozo; y he aquí cabalmente el fruto que nuestro Señor adorable infunde en el ánimo de aquellos que se consagran á la práctica de la oración de intercesión. Esto es muy digno de notarse. Las personas de oración sienten inundada su alma de cierta paz y alegría que, aparentemente, carecen de causa que las produzca: son como el gozo y dulce contentamiento que se experimenta después de una acción generosa y caritativa. Acaso sea ésta una de las razones de semejante fenómeno: pero todavía existe otra. El fruto de nuestra intercesión permanece oculto á nuestras miradas; el espíritu de oración se substrae de la haz de la Tierra; aseméjase á la inmensidad oculta de Dios, colocándose fuera del alcance de nuestra vista, y no constituye una serie de obras distintas y sensibles. No es fácil que tengamos presente todo el tiempo que hemos empleado en la oración de intercesión. Efectivamente, ¿quién es capaz de contar los suspiros que ha enviado al Trono de Dios, y los deseos mudos que la lengua de su corazón ha murmurado al oído de Jesús? De aquí es que, siendo oculto el fruto de la intercesión, tiene la vanagloria en ella menos cabida que en cualquiera otra devoción. Pero, comoquiera que sea, es lo cierto que la

estado eclesiástico; y si bien al presente no fundamos nuestra final predestinación y salvación eterna sobre el mérito de semejantes sacrificios, nunca llegamos á olvidarlos, y su recuerdo nos sirve de un consuelo no pequeño. He aquí ya el comienzo de un gran mal. Pero dígnase el Señor venir luego al punto en socorro nuestro; y, sin haber causa aparente para ello, nuestra alma es visitada por una luz sobrenatural que, iluminando todos sus senos y escondrijos, descúbrenos de un modo inefable *lo poco y malo que, en resumidas cuentas, hemos hecho por Dios nuestro Señor.* Seméjase esta luz celestial á la luz del juicio particular, que en un solo instante pondrá claramente delante de nuestros ojos toda nuestra vida con todas sus acciones y motivos, para que de esta suerte sea Dios justificado, y lleguemos á pronunciar una justa sentencia sobre nosotros mismos. ¡Oh, cuán preciosas son estas pequeñas inspiraciones! Frutos suyos son la humildad, la dulzura, la robustez, el gozo en Jesús y abandono de sí mismo en los brazos de Dios. Nunca hubiéramos podido persuadirnos de haber hecho tan poco por Dios, si esta hermosa luz, toda bella y agraciada, no brillase en nosotros con tal viveza y esplendor que no es posible substraernos á ella, ni dudar de haberla visto. Pensad en la intercesión, y ved si ahora os envía una de esas afectuosas inspiraciones.

CAPÍTULO V

RIQUEZAS DE NUESTRA POBREZA

Sentimiento por no amar á Dios como es debido. — Medios con que nos ayuda á amarle. — Especialmente la intercesión. — Riquezas que nos ofrece: 1.°, la sagrada Humanidad de Jesús; 2.°, el uso intercesorio de su Pasión. — Varios ejemplos de los Santos: 3.°, nuestra Santísima Virgen, naturaleza de su devoción, devoción á sus gozos; 4.°, los ángeles; 5.°, todo cuanto hay y ha habido sobre la Tierra; 6.°, las perfecciones divinas. — Utilidad que la devoción de intercesión reporta á las personas achacosas.

SECCIÓN I

Cómo Dios nos ayuda á amarle.

Si de veras nos resolviésemos á tomar un vivo interés por nuestra alma, cumpliendo fielmente aquellos deberes, prácticas y devociones que la obediencia nos impone, nuestro amor hacia Dios aumentaría de un modo maravilloso, sin que llegáramos á conocerlo ni sentirlo. Únicamente en ciertas tentaciones, en solemnidades dadas y, no raras veces, sin que haya causa aparente para ello, es cuando permite Dios que recibamos los progresos que realmente hemos hecho en la virtud, y la mayor solicitud con que al presente procuramos servirle. Una de las señales de este aumento de amor de Dios es el sentimiento siempre creciente de nuestra indignidad y excesiva vileza en todo cuanto

dulzura y consolación que apetecen con un espíritu rendido y humilde, son unos poderosos auxiliares para la santidad; y aquel que desee alegrarse en Dios, y abundar en todo gozo y consolación en el Señor, y estar aparejado y gustoso para servir á Jesús, y ser paciente y sufrido con la vida por la esperanza de la muerte, y vivir resignado ó indiferente en todo, disposición que no está lejos de constituir la santidad, niéguese á sí mismo y á sus miras personales, y, casándose con los intereses de Jesús y las almas, conságrese de lleno á la práctica de la intercesión, como si ésta fuese su profesión y empleo, ú ocúpese en semejante ejercicio siquiera como el ángel de guarda se ocupa de su persona. La especial recompensa de la oración de intercesión es el gozo, y es parte del gozo de Jesús quien se regocija en el fruto de su Pasión. Esa alegría que agita y conmueve nuestro corazón, nos ha venido del de Jesús: antes de que se hallase en el nuestro estuvo en el suyo; y la presencia de un ángel sería menos apetecible que este ligero gusto del gozo de nuestro Redentor.

expresiones atrevidas; como, por ejemplo, dicen que están prontos á sufrir todas las penas eternas del Infierno, siempre que semejante tormento les ayude á acrecentar un solo grado la gloria de Dios; encareciendo de tal suerte el amor desinteresado, que parece llegan á incurrir en las censuras de la Iglesia.

Muy lejos estamos nosotros, ciertamente, de correr tal peligro; pero, no obstante, sentimos en cierta manera semejante pena. Quisiéramos también hacer algo más por Jesús; y luego que se nos ofrece ocasión de satisfacer este deseo, nuestra misma cobardía causa en nosotros un dolor agudo y una vergüenza sensible. En Dios es abundante la redención, dice el Salmista; y semejante abundancia de redención es la que estimula nuestro amor, y hace que uno se disguste de sí mismo. Todo cuanto Jesús ha hecho en favor nuestro encierra una abundancia tan innecesaria, envuelve tal plenitud de afectos, é implica una profusión tan sobrenatural de misericordia y compasión, que es evidente á todas luces que lo que Jesús se propone en cada uno de los misterios de su Encarnación es, no solamente ganar nuestra salvación, sino también nuestro amor. El mismo deseo y delicias de habitar con los hijos de los hombres, sus criaturas, que, no habiendo pecado Adán, hubiéranle hecho venir en carne impasible; hoy, que por la culpa original ha venido á nosotros como Redentor pasible, semejantes afectos de

ejecutamos. Llénanos, efectivamente, de pesadumbre la consideración de lo poco que tenemos que ofrecer á Dios, y lo ruin y miserable de nuestro servicio á su adorable Majestad. Y á medida que aumente en nosotros el conocimiento de Dios, y cuanta mayor dignidad adquieran nuestros pensamientos á sus divinos ojos, tanto mayor será asimismo nuestro sentimiento. Esto es lo que mueve á los Santos á suspirar por trabajos y á pedir cruces. Las fatigas y cuidados ordinarios de la vida no bastan á satisfacer su encendido amor. Desean ¡empeño vano, pero amoroso! pagar la generosidad de Jesús. ¿Por qué habremos hecho, dícense á sí mismos, tan poco por nuestro Dios y Señor? ¿Por qué nos aficionaríamos tanto á las cosas de la Tierra? Si el pecado fué para ellos una calamidad, ahora su misma incapacidad para amar á Dios con regio y soberano amor, ofreciéndose en holocausto glorioso, es su mayor desgracia y desventura. Cual Arcuna, quisieran dar á su Rey, como suelen los reyes hacerlo, es decir, con prodigalidad y á manos llenas. Si Dios les concede alguna consolación y multiplica su dicha y espiritual alegría, vuélvense contra Él en amorosa querella: «No; sino que te pagaremos lo que vale, y no queremos ofrecer al Señor nuestro Dios holocaustos gratuitos» (1). Profieren entonces

(1) II *Reg.*, XXIV-24.

será Jesús de peor condición? No es ésa, al menos, su conducta para con el hombre. Ved si no lo que hizo su Madre en la Presentación. Ninguna criatura, ni todas las criaturas juntas, amaron nunca á Dios como la Virgen le amó en ese día. Nunca tampoco hasta entonces fué honrada la Majestad divina con un culto adecuado á su grandeza soberana. Los ángeles, con toda la variedad de dones de sus nueve coros, habían estado millares de años arrojando ofrendas á los pies del trono en rendida adoración y abrasados cánticos de alabanza; y la Misericordia divina tuvo que contentarse con aceptar benigna ese pobre ofrecimiento. La misma María, la humilde y casta María, era un acto tierno de adoración al Eterno, y todas las alabanzas de las jerarquías celestiales no hubieran llenado el más estrecho seno de su Corazón Inmaculado. Pues todavía se quedaba corta, ¡oh, y cuán corta, Dulce Madre mía! ¡Vos no lo ignorabais, ninguno lo sabía mejor que Vos! Si su amor hubiese podido alterar la calma serena y apacible de su inmensa virtud, como suele acontecer con sus hijos los Santos y su débil gracia, María hubiera deseado ser aniquilada, con tal que así hubiese logrado tributar á Dios un culto digno de su grandeza y majestad. Pero Jesús vino en socorro de su amor. Púsose en sus brazos, y la dijo: «Ofréceme. Yo soy igual á mi Padre: soy una ofrenda, no sólo digna, sino infinita como Él mis-

su divino Corazón parece van á perderse en el insondable piélago de su ternura y amor. No puede Jesús perdonarnos, sin que al mismo tiempo nos adopte por hijos suyos; no puede borrarnos la culpa, sin hacernos herederos del Cielo; no puede absolvernos de lo pasado, sin colmarnos de gracias para lo porvenir. Cada favor que nos otorga, es duplo, triple, céntuplo. Una sola gota de su Sangre hubiera bastado para redimir mil mundos que hubiese habido, y derramó hasta la última de sus venas. La gracia hubiera sido suficiente para el Sacramento de su amor, y quiso darse á Sí mismo su Cuerpo, Alma y Divinidad. El Santísimo Sacramento es una misericordia sobreabundante, un amor innecesario y superfluo; pero deseaba mostrar mucho amor, y ganar mucho amor también. Tal ha sido su conducta. Como nosotros lleguemos á conocer mejor á nuestro Jesús adorable, y á profesarle más amor, obraremos de la misma manera; porque lo poco que hacemos parece tan poco, ¡tan excesivamente poco!

Una vez que hayamos adquirido este conocimiento divino, estemos seguros de que nos asistirá de un modo especial. Nada desea Dios tanto como nuestro amor, y jamás permitirá que carezcamos de medios eficaces para amarle. Si un padre supiese que su hijo deseaba hacerle un presente, ¿con qué alegría no le facilitaría medios para satisfacer sus deseos? ¿Y

acciones un inmenso valor por su unión con las suyas: de esto hablaremos más adelante. En segundo lugar, tratándonos como trató á su Madre, es decir, dándosenos Él mismo, y todo cuanto tiene, en herencia perpetua, para que dispongamos de ello á nuestro antojo, y se lo ofrezcamos como y cuando más nos agrade; y éstas son las riquezas de nuestra pobreza, de que al presente voy á ocuparme.

No es fácil que lleguemos á persuadirnos de nuestra propia nobleza y grandeza en Cristo. El catálogo de nuestros privilegios parece uua especie de exageración devota. Deteneos si no á considerarlo en un momento dado, sea de congoja y pesadumbre, ó de satisfacción y devoción sensibles, y veréis cuán difícil os es, no tanto esperar, como creer, que un día habéis de ser justificados, muertos, juzgados y coronados despues en el Cielo por toda la eternidad. Semejante dificultad no nace del temor de que os suceda lo contrario, sino principalmente de la grandeza de la recompensa, de la inmensidad de la dicha y del maravilloso contraste con vuestra actual miseria y bajeza. Pensad en el Cielo, y decíos á vosotros mismos: «¿Conque llegará una hora, un instante, mientras los hombres estén ocupados acá en la tierra en sus faenas diarias, en que he de poseer y disfrutar eternamente ese riquísimo tesoro?» Y os sonreiréis entonces, no precisamente de incredulidad, sino como se sonrió Sara cuando

....

mo». Y he aquí que la Trinidad
ser ahora por primera vez honra
da adoración, y todo atributo di
do, y toda perfección coronada
amor, y toda misericordia recom
das las deudas y obligaciones d
satisfechas, y un solo acto de o
pujará al culto y adoraciones de
turas posibles. ¡Oh gozo, gozo
sobre todo otro gozo, para quien
al Señor! El Cielo estaba enton
los ángeles, rebosando en amor
como atónitos y espantados; y s
que habitamos, en el templo d
recibe á su Niño en los brazos,
y con todas las fuerzas é ímpe
ritu inmaculado le ofrece al Et
holocausto de amor. María fué
mera de todas las criaturas que
tísimo una ofrenda digna de s
berana, y la primera que rindi
bida adoración. Mas ¡oh amor i
nuestro adorable Salvador quier
ciendo lo mismo con nosotros; p
un solo momento del día y de l
el mismo Niño, la Hostia viva, d
en toda la redondez del Globo, p
tales, entre la Tierra y el Cielo

Así es cómo viene también
nuestro amor; lo cual hace de c
rentes. Primeramente, dando á

el Santísimo Sacramento y su Asiento á la Diestra del Padre; su Madre Santísima con todo lo que es y todo cuanto posee; sus innumerables ángeles, todos bellos y agraciados; todas las buenas obras y penitencias del mundo; las Misas que se dicen; las penas que sufren las almas del Purgatorio; las gracias que recibieron los condenados, y á las que no quisieron corresponder; la santidad de José, el Bautista, los apóstoles, etc.; todas las alabanzas que tributan al Criador las aves, animales y elementos de la Tierra; todo cuanto podrían hacer las criaturas posibles; las misericordias ejercidas por Dios desde el Antiguo Testamento hasta hoy; la complacencia que mutuamente se tienen las Tres Divinas Personas, y el amor incomunicable con que Dios se ama á Sí mismo desde toda la eternidad.

Tales son los tesoros que poseemos en Cristo; tales las riquezas que pone en nuestras manos, como se puso á Sí mismo en la Presentación en las de María, para que podamos satisfacer nuestro amor. ¡Qué ocupación, pues, tan santa la nuestra! ¡qué hermoso Cielo incoado en la Tierra! Y podremos hacer uso de cada una de estas cosas, como si fuesen propiamente nuestras, para tres fines diferentes, y mereceremos con todas ellas igualmente que con nuestras acciones personales, pues nuestra es su oblación: con este objeto nos las ha dado Jesucristo. Usaremos de ellas primeramente para

oyó al ángel decir que tendría un hijo. Pues de esta manera nos sucede, hasta con la herencia que tenemos en Cristo aquí en la Tierra: parécenos excesiva, mas San Pablo escribe á los corintios (1): «Todas las cosas son vuestras, sea mundo, sea vida, sea muerte, sean presentes, sean venideras; pues todo es vuestro, y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios». Y en la carta á los hebreos dice, no que os llegaréis, sino «os habéis llegado al monte Sión y á la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, y á la compañía de muchos millares de ángeles, y á la Iglesia de los primogénitos que están inscritos en los Cielos, y á Dios el Juez de todos, y á los espíritus de los justos, y á Jesús Medianero del Nuevo Testamento, y á la aspersión de la Sangre que habla mejor que la de Abel» (2). Cuando María rige con el dulce cetro de su intercesión el imperio vastísimo de su Hijo, es nuestro reino en el que ella es Reina y Señora: nuestro es todo lo que le constituye, y todo cuanto encierra; pues *todas las cosas son nuestras, y nosotros somos de Cristo, y Cristo es de Dios*. Los tesoros que Jesús nos ha regalado, adquiriéndolos á costa de su preciosa Sangre, son: su sagrada Humanidad, Cuerpo y Alma: su Infancia, su Vida oculta, su Ministerio público, su Pasión,

(1) I Corint., III.
(2) Heb., XII-22.

de ellos uso alguno. Siempre, pues, que deseemos alcanzar de Dios algún favor especial, que reduude en su mayor gloria, ofrezcámosle uno de esos dones que pueda aplacar su cólera y hacérnosle propicio. La simple ofrenda, presentada con devota intención, es una poderosa intercesión muy agradable á sus divinos ojos; así como la presencia muda en el Cielo de las cinco llagas del Señor, según afirman los teólogos, son la intercesion de Nuestro Salvador abogando sin cesar ante el Padre y Dios. Pero no debemos contentarnos con el ofrecimiento de las acciones; procuremos también unirnos á las disposiciones con que Jesús y María, ángeles y santos obraron la acción á que nos referimos: esto hará que nuestra intercesión sea todavía más eficaz y meritoria. Deseemos igualmente, si así nos place, que dicha accion se multiplique millares de veces, para de esta suerte aumentar más y más la gloria de Dios. ¡Oh, si nos consagráramos á semejante práctica de intercesión! ¡Cuántas conversiones obraríamos entonces! ¡cuántos escándalos desterraríamos del mundo! ¡cómo se cambiaría el rocío de la gracia en espesa lluvia, para hacer fructificar la Iglesia de Dios! ¡No estaríamos entonces, cual no raras veces nos hemos hallado en los años pasados, como el vellón de Gedeón, secos, milagrosamente secos!

actos de amor de Dios y hacimientos de gracias. De estos dos primeros usos hablaré después. En segundo lugar, podremos usar de semejantes riquezas en la oración de intercesión; y he aquí de lo que voy á ocuparme ahora. Si fijamos bien en nuestra mente las lecciones del capítulo pasado, nos sentiremos tan dulcemente atraídos hacia la práctica santa de la intercesión, que es imposible no disgustarnos de nuestros propios medios de interceder. Veremos que nuestras secas y áridas peticiones, y nuestras frías palabras, y nuestras desordenadas devociones, ora á causa de las distracciones de nuestro empleo, ó bien por la dureza de corazón, no bastan á satisfacer nuestros vehementes deseos de promover por la intercesión la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas. Pues bien; Jesús viene luego al punto en socorro nuestro, y pone en nuestras manos todas esas cosas como armas de intercesión. Llena nuestra aljaba con semejantes saetas, mojadas en bálsamo eficaz para herir su Sagrado Corazón, puesto por Él mismo á nuestra puntería. Si las dirigimos con devota intención, daremos en el blanco, se clavarán y le herirán infaliblemente. Así como no tiene ningún límite su amor, así parece que Jesús se ve obligado á no ponerle á nuestra facultad de amarle.

El amor no sería amor si, teniendo tan ricos tesoros á nuestra disposición, no hiciésemos

remos, remontémonos á lo pasado. Aquí también tenemos un riquísimo caudal de ofrendas de inestimable valor. Riquezas son de nuestra pobreza el acto de amor de Jesús en el momento mismo de la Encarnación; su encarcelamiento por nueve meses en el vientre de María; las virtudes que allí practicó, y el mundo que desde allí gobernó. Riquezas son de nuestra pobreza la Natividad y misterios de sus doce primeros años, Belén, Egipto, Nazareth y Jerusalén, con todas las humillaciones y amor inefable del Verbo encarnado á María y los hombres, que aquéllos envuelven. Riquezas son de nuestra pobreza su vida privada en Nazareth, la ocultación del Inmenso, la obediencia del Omnipotente,.la pobreza del Riquísimo, el cansancio del Criador, la oración de Dios, el amor á José, la santificación de María, los méritos y satisfacciones del Niño y Adulto, y la complacencia de los ángeles, de María y de Dios en los portentos y maravillas de aquéllos diez y ocho años. Riquezas son de nuestra pobreza su vida pública: el bautismo que recibió de manos de Juan, su ayuno en el desierto, su proceder con los discípulos y su conducta para con los pecadores: las contradicciones que encontró, los sermones que predicó, los milagros que obró y fatigas que sobrellevó. Llegamos á la orilla del inmenso océano de su sacratísima Pasión. Riquezas son también de nuestra pobreza los siete pasos, los cinco juicios y las siete pala-

SECCIÓN II

1.° La sagrada Humanidad de Jesús.

Ofrezcamos á Dios las perfecciones y facultades del Alma inmaculada de Jesús, los abismos de gracia, ciencia y gloria que en sí encierra, el amor con que ama á Dios en este momento, y toda la abrasada caridad con que le ha de amar por toda la eternidad. Pidamos la conversión del alma manchada con la culpa, por la hermosura y resplandor de su Alma purísima, que en este instante está alumbrando la Jerusalén celestial con tal claridad, que no necesita *de sol ni luna que la ilumine, porque el Cordero es su luz.* Pidamos salud, fuerza y energía para los predicadores y misioneros del Señor, por todas las perfecciones que ahora están embelleciendo su Cuerpo glorioso y agraciado. Pero dejemos el Cielo, y bajemos á la Tierra. Primeramente ofrezcamos al Padre el culto inefable que la vida mística de Cristo le está rindiendo en el Santísimo Sacramento desde millares y millares de tabernáculos; la pobreza, la humillación, la obediencia á sus sacerdotes, su celo por las almas, la mortificación de sus sentidos, la paciencia en sufrir los sacrilegios, y el resignado amor y milagrosas manifestaciones de su vida escondida en la Hostia consagrada. O bien, si que-

mada la obra de nuestra redención principalmente por los misterios de la Pasión santísima de nuestro Salvador, nada deseará Él tanto como el recuerdo frecuente de estos misterios, que mueven sus entrañas de misericordia más vivamente que ningún otro, al ofrecérselos en actos de amor, acciones de gracias y fervorosa intercesión. San Bernardo declara que es una comunión espiritual la simple consideración de la Pasión del Señor. El P. Baltasar Alvarez no se contentaba con hacer de ella el asunto ordinario de sus meditaciones, sino que solía decir á sus novicios: «No esperemos, hijos míos, haber hecho cosa alguna de provecho, á menos que no tengamos siempre presente en nuestro corazón la imagen de Cristo crucificado». Fray Benito de Canfield llega á asegurar que las almas, en su unión más íntima con Dios, todavía meditan sobre la Pasión, si bien lo niegan el P. Baker y otros, tomada la palabra en sentido de rigurosa meditación. El mismo Señor habló de esta manera á Santa María Magdalena de Pazzis: «Todos los viernes del año fija tu consideración, hija mía, en la hora en que expiré sobre la cruz, y así es cómo recibirás gracias muy especiales de mi Espíritu, que entonces entregué al Eterno Padre: y aunque no sientas semejantes gracias, no será por eso menos cierto que reposarán sobre tu corazón». La gran campana de Duomo todavía llama á los fieles de Florencia á este sagrado recuerdo.

bras. Riquezas son asimismo de nuestra pobreza su resurrección triunfante; las varias apariciones á sus discípulos, especialmente la primera á su Madre; los cuarenta días de legislación secreta para la organización de su Iglesia é institución de las materias y formas de los Sacramentos; el encanto y recogimiento de aquellos hermosos días; las maravillas que obró, las palabras que brotaran de sus labios, las gracias que otorgó á manos llenas, las bendiciones que derramó, y, últimamente, la pompa soberana y augusta de su ascensión gloriosa á los cielos. ¿Quién será capaz de agotar este abundantísimo manantial de aguas vivas? ¿Quién podrá secar la riquísima vena de ese sinnúmero de actos maravillosos é infinitos por la unión con su Divina Persona, y que tienen un ilimitado poder para con Dios? Pues bien; todos estos tesoros están á nuestra disposición para la intercesión; y podemos fundadamente creer que tendrán una especial eficacia aprovechándolos en ciertas solemnidades del año, á excepción de la Pasión, que cuenta todos los días por suyos.

SECCIÓN III

2.° La Pasión.

Pasemos ahora á hablar del uso de intercesión que podemos hacer con la Pasión. Naturalmente creeremos que, habiendo sido consu-

Gertrudis las siguientes palabras, llenas de dulce consolación: «Quienquiera que se sienta oprimido bajo el peso de culpas enormes, respirará libremente con la esperanza del perdón, ofreciendo á Dios el Padre mi Santísima Pasión y Muerte; y esté seguro que, haciéndolo así, recibirá el fruto saludable de la remisión de sus pecados, pues no hay en el mundo un remedio tan eficaz contra la culpa como la consideración devota de mi Pasión, unida á un verdadero arrepentimiento y viva fe». Alberto Magno solía repetir que una sola lágrima derramada sobre la Pasión de nuestro Redentor era más meritoria á los divinos ojos que un año entero de ayunos á pan y agua, vigilias y disciplina. Santa María Magdalena reveló á un siervo de Dios de la Orden de Santo Domingo que, al retirarse después de la Ascensión del Señor á un áspero desierto á hacer penitencia, quiso saber de Jesucristo nuestro Redentor en qué ejercicio se había de ocupar en aquella soledad, y Nuestro Señor, accediendo á sus ruegos, la envió al Arcángel San Miguel con una hermosísima cruz en las manos, la cual puso á la puerta de su cueva, para que pudiese estar incesantemente contemplando los misterios de la Pasión. Un día, mientras Santa Gertrudis meditaba sobre la Pasión, entendió por una visión celestial que el ponderar y rumiar los sufrimientos de Cristo era un ejercicio de una eficacia infinitamente mayor que otro cual-

La Beata Clara de Montefalco tenía tan impresa en su ánimo la memoria de la Pasión, que todo cuanto veía servíala de ingenioso memorial que la estaba sin cesar recordando los sufrimientos de nuestro Redentor. A la Beata Verónica, religiosa agustina, díjola un día el Señor: «Es mi voluntad que todos los hombres procuren honrar con un vivo dolor de su corazón la memoria de mi Pasión, compadeciéndose de mis penas y trabajos. Una sola lágrima que sobre ella derramen, es una obra de inapreciable valor; pues no hay lengua humana que pueda expresar el gozo y contentamiento que esa única lágrima causa en mi ánimo». Los ángeles revelaron á la Beata Juana de la Cruz que la divina Majestad recibía tan indecible complacencia en el dolor por la Pasión de Jesucristo, y que semejante sentimiento era un sacrificio tan agradable á sus ojos, que igualaba al derramamiento de nuestra sangre y sufrimiento de las más grandes aflicciones. Adviértenos San Teodoro Estudita que bajo ningún concepto olvidemos en la Resurrección la memoria de la Pasión, es decir, las llagas, cruz, sepultura, etc., de nuestro Redentor. Y Orlandini cuenta que solía decir el P. Pedro Fabre, que así como la Pasión fué el camino de Cristo para su gloria, así también la compasión por la Pasión es el que igualmente nos conduce á nosotros allá.

Dijo el Señor en cierta ocasión á Santa

tal plenitud que me ha obligado á esperar hasta este momento, para que tu intención supliese semejante descuido tuyo; y ahora que acabas de manifestármela, ofreceré á Dios, mi Padre, todo cuanto he suplido; porque, sin esa intención de tu parte, dicha ofrenda no hubiera sido tan provechosa á tu espíritu». He aquí, dice Gertrudis, una prueba del abrasado amor de Jesús hacia los hombres. En otra ocasión, estando la Santa contemplando un Crucifijo que tenía en las manos, supo por luz sobrenatural que todo aquel que contempla devotamente un Crucifijo es mirado por Dios con ojos muy compasivos y misericordiosos; y que su alma, cual espejo resplandeciente, refleja una imagen tan hermosa y agraciada del divino amor, que embelesa y arrebata á todos los cortesanos del Cielo, siendo para él dichas imágenes, cuantas veces practique semejante devoción acá en la tierra, otros tantos grados más de gloria eterna en el Cielo.

Y no se crea que esta práctica sea una mera devoción de sentimiento. «¡Ay, exclamaba un día Santa Gertrudis, única esperanza mía y salvación de mi alma! Decidme: ¿cómo podré honrar debidamente vuestra Pasión, tan amarga para Vos y tan dulce para mí?—Revolviendo, la contestó el Señor, en tu mente aquella ansiedad con que Yo, tu Criador y Señor, oraba prolijamente en mi agonía, y cuya excesiva vehemencia de solicitud, fervor y caridad me

quiera. Oigamos, por último, cómo se expresa San Agustín acerca del particular: «Lo que más mueve, inflama, enciende y obliga á mi corazón á amaros más que á todas las cosas, y á que seáis para mí el objeto de todos mis afectos, es la muerte ignominiosísima y amarga que Vos, Jesús mío, padecisteis por la obra de nuestra redención. Sólo esto demanda de justicia toda nuestra vida y todos nuestros trabajos, y toda nuestra devoción y todo nuestro amor. Esto, vuelvo á decir, es lo que mejor despierta, y más dulcemente solicita y multiplica con mayor abundancia, nuestra devoción y nuestro amor».

En la *Vida* de Santa Gertrudis se declara de un modo maravilloso los exquisitos artificios del amor con que Nuestro Señor recompensa esta devoción. Un viernes, á la caída de la tarde, fijó la Santa sus ojos en un Crucifijo, y movida de compunción exclamó: «¡Ah, Dulcísimo Criador mío y Amor mío! ¡Cuántos y cuán crueles tormentos padecisteis hoy por mi salvación! Y yo, ¡ingrata de mí!, no he hecho cuenta de ellos, pasando el día ocupada en otras cosas. ¡Ay! ¡No me he acordado de la hora en que Vos, Vida mía, disteis la vida por todos y por amor de mi amor! » Respondióla el Señor desde el Crucifijo con estas amorosas palabras: «Lo que tú olvidaste, helo suplido Yo por ti. He recogido dentro de mi corazón todo cuanto debiste reunir en el tuyo, y se ha henchido con

no perdiese nunca de vista la Pasión de Jesús. He aquí por qué fueron tan eficaces las lecciones de Santa Brígida á su Hija Santa Catalina acerca de esta devoción. En la *Vida de Santa Catalina* leemos que todas las noches, antes de acostarse, gastaba cuatro horas enteras haciendo genuflexiones y dándose golpes de pecho, suspirando y derramando abundantes lágrimas por la Pasión de Cristo, y ofreciéndose á Dios durante todo este tiempo en oloroso holocausto. Cuando la Beata Angela de Foligno pidió al Señor la manifestase qué podría hacer que fuese de su mayor agrado, aparecióse á ella varias veces, ora estando en sueños la sierva de Dios, ó bien mientras velaba, pero siempre como Crucificado en la cruz; y, después de mostrarla las llagas y haberla declarado, de un modo inefable, cómo había recibido semejantes heridas por su amor, la dijo estas palabras: «¿Qué podrás tú hacer para pagarme tantos sacrificios?» En otra ocasión, según refieren los Bolandos, el mismo Dios Señor nuestro la manifestó que, si alguno deseaba encontrarle propicio, no apartase sus ojos de la cruz, ora le visitase su Providencia con aflicciones, ora le colmase de inefables consuelos.

No es, pues, maravilla que oyese la misma Foligno de boca del Señor las bendiciones que Dios tiene reservadas para aquellos que son devotos de su Pasión, y para los que la imitan

produjo un copiosísimo sudor de sangre que llegó á empapar la tierra; y después, cuanto practiques me lo ofrecerás en unión con aquella sumisión profunda con que decía á mi Padre: *No se haga mi voluntad, sino la Vuestra.* Así, pues, recibirás todas las cosas prósperas y adversas con el mismo amor con que Yo te las envío para salvación de tu alma: recibirás las prósperas con agradecimiento, y en unión con aquel amor con que, condescendiendo á tu flaqueza, te las procuro para que así aprendas á esperar la dicha eterna. Las adversas, preciso es que las recibas en unión con aquel afecto y amor paternal que me mueven á enviártelas, para que anheles con vivas ansias la bienaventuranza de la Gloria.»

Aparecióse el Señor un día á Santa Brígida y la dijo: «Te aconsejo, hija mía, que no pierdas nunca de vista estos dos pensamientos. Primero, un vivo recuerdo de todo cuanto he hecho por ti, sufriendo y muriendo en una cruz: semejante pensamiento despertará en tu alma afectos dulces de amor divino. Segundo, la consideración de mi justicia y juicio venideros: consideración que inspirará en tu ánimo un temor santo y saludable». La Pasión del Señor fué asimismo la devoción favorita de la Santísima Virgen, como Ella misma lo declaró á Santa Brígida: «Mi espíritu, la dijo, y mi corazón estuvieron siempre en el sepulcro de mi Hijo»; suplicando en seguida á la Santa que

Padre; recibid el reino que os está preparado desde la constitución del mundo, porque tuve hambre en la cruz, y con vuestra compasión me disteis de comer. ¡Oh dichosos vosotros, y mil veces dichosos! Si clavado en la cruz rogué á mi Padre con lágrimas y suspiros por mis perseguidores y verdugos, y los excusé diciendo: *¡Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen!*, ¿qué no diré por vosotros que os habéis compadecido de Mí, y sido mis fieles compañeros, cuando, lleno de gloria y majestad, venga á juzgar al mundo?»

Y bien: ¿qué nos enseñan todos estos ejemplos y revelaciones, sino que Dios ha querido darnos su Pasión para que usemos de ella con mayor derecho todavía que aquel que tenemos sobre los trabajos que padecemos, y aflicciones que sufrimos; aflicciones y trabajos que son más bien deudas que es preciso pagar, necesidades que no es posible eludir y castigos que debemos aceptar con entera resignación? Pero volvamos al uso de la Pasión en la intercesión, nuestro principal objeto. Dice Lancisio que es de una eficacia infinita la oblación de la Sangre de Cristo, ó de su Pasión y Muerte, presentada al Eterno Padre, ó al mismo Salvador, para aplacar su enojo contra los pecados del mundo. El mismo Dios tuvo la dignación de enseñar esta práctica á Santa María Magdalena de Pazzis, al quejarse amargamente á ella de los pocos que en el mundo procuraban apla-

ó se compadecen de ella. «Benditos de mi Padre sois vosotros que os compadecéis de Mí, y ya sufriendo Conmigo, ó bien siguiendo mis pasos, habéis merecido lavar vuestras estolas en mi Preciosa Sangre. Benditos vosotros que os habéis compadecido de Mí, crucificado y afligido de inmensos dolores para satisfacer por vosotros y redimiros de las penas eternas que merecíais, pues compadeciéndoos en la pobreza, trabajos y ultrajes que sufrí por vuestra salvación, os habéis hecho hijos dignos de bendición. Benditos vosotros que os mostráis devotamente compasivos de mi Pasión, portento de los siglos, salvación y vida de las almas descarriadas y único refugio de los pecadores, porque seréis herederos Conmigo, y coherederos del reino, y gloria y resurrección que con ella os he adquirido. Benditos vosotros de mi Padre, y del Espíritu Santo, y verdaderamente benditos con la bendición que daré en el día del Juicio, porque me llegué á vosotros y no me desechasteis, como lo hicieron mis perseguidores; antes bien me acogisteis compasivos y, cual á extranjero abandonado, me disteis hospitalidad en vuestro corazón. Os habéis condolido de Mí viéndome tendido y desnudo en la cruz, sediento, fatigado y expirante. Quisisteis ser compañeros míos, y así es cómo habéis cumplido fielmente todas las obras de misericordia. Pues bien; oiréis en aquella hora terrible del Juicio: *Venid, benditos de mi*

al pecado: sirve asimismo de acción de gracias por todos los beneficios públicos y particulares, de impetración para alcanzar los divinos auxilios, y de remedio eficacísimo contra innumerables necesidades, así de vivos como de difuntos.»

SECCIÓN IV

3.º Devoción á la Santísima Virgen.

No pocos desean saber cuánta debe ser su devoción á Nuestra Señora, y qué límites ha de tener su devoción á tan tierna Madre. Llegan á disgustarse cuando oyen decir que nunca podrán tener bastante devoción á María, que no cabe exceso en semejante práctica piadosa, y que no tiene límite su amor hacia dicha Señora. Esta respuesta, aunque exacta, no les satisface; la creen una especie de exageración piadosa, verdadera en cierto sentido, pero no una contestación adecuada á su pregunta, una solución cumplida á su dificultad. Paréceme que nada tendrían que oponer si se les hablase de esta manera: «Amad á María como la amó Jesús; profesadla tanta devoción como Jesús desea que la profeséis, y pedidle sin escrúpulo semejante devoción conforme á su divina voluntad». No es posible conocer á Jesús, y mucho menos amarle, si no abrigamos una tierna devoción á María: es imposible concebir una de-

car su justa cólera contra los pecadores. Dócil la Santa á las enseñanzas de su Divino Maestro, ofrecía la Sangre de Cristo varias veces al día por toda clase de pecadores; y su ejercicio ordinario consistía en ofrecerla cotidianamente cincuenta veces por los vivos y difuntos. Lo hacía con tal fervor, que en no pocas ocasiones la mostró el Señor, así la muchedumbre de pecadores cuya conversión había alcanzado, como el asombroso número de almas que con dicha devoción sacara del Purgatorio. Cierto día, arrobada la Santa en un éxtasis amoroso, exclamó: «Cuantas veces la criatura ofrece esta Sangre con que ha sido redimida, otras tantas ofrece un don de inapreciable valor que la será sobreabundantemente recompensado. Más aún: es tan rico semejante don, que el Eterno Padre se cree obligado á su criatura porque la contempla en su lastimosa miseria, que su infinita Bondad desea compadecer, y, compadeciéndose, comunicarse á ella, y he aquí cómo esta ofrenda es la causa de que la divina Bondad se esté incesantemente comunicando á su criatura».

«Semejante devoción, dice Lancisio, glorifica y recrea á Dios con la más noble y excelente de todas las ofrendas: pide, ó más bien exige, en cierta manera, la remisión de nuestras culpas pasadas, la preservación de las venideras, la conversión de los pecadores y herejes y el perdón de las penas temporales debidas

amor á Jesús, adelantemos en el amor á María: la devoción á la Virgen menester es que crezca en nosotros como la gracia, que se fortalezca como el hábito de una virtud, siendo cada vez más fervorosa y tierna, hasta la hora en que nuestra Reina y Señora venga á ayudarnos á bien morir y á sacarnos á salvo del riesgo inminente del Juicio.

¿Estamos plenamente convencidos de que nuestra devoción á la Santísima Virgen no es como la posesión de un objeto cualquiera, un libro, por ejemplo, un rosario, que se adquieren con un acto único y de una sola vez? Si sería un error afirmar que Dios nos ha otorgado la virtud de la humildad únicamente para que la conservemos siempre en un mismo ser, no menor error sería asimismo el sostener que la devoción á María no es susceptible de un aumento continuo. Repito, pues, que la devoción á la Santísima Virgen debe crecer como una virtud y robustecerse como un hábito; de otra suerte de nada vale, ó, mejor dicho, vale menos que nada, como os lo hará ver una breve reflexión. El amor de María no es más que una forma del amor de Jesús, y consiguientemente, debiendo aumentar el amor al Hijo, menester es que crezca también el amor á la Madre. Si alguno me dijese que no debía mezclar las oraciones á María con las oraciones dirigidas á Jesús, probaría con semejantes expresiones que no tenía una idea verdadera acer-

voción hacia esta Señora, que sea más eficaz para mover el Corazón de Jesús á que escuche nuestras plegarias, como la devoción de oblación, la cual consiste en ofrecer al Hijo aquellas gracias con que la enriqueciera como á su Madre querida; aquellos actos de amor con que la adornara la Beatísima Trinidad cual á trofeo escogido de infinita compasión, y aquellos misterios con que Ella correspondió y mereció tan incomparablemente durante su vida mortal. María se halla tan estrechamente ligada á la gloria divina, que todo acto de homenaje que se la tributa es un verdadero acto de amor de Dios. María es el más rico interés de Jesús; y así es que no hay cosa en el mundo á que Él profese tanta estimación como á la defensa y propagación de su honor. Si el Sacratísimo Corazón de Jesús se ve misericordiosamente empeñado en la salvacion de las almas, á María ha elegido como á Refugio de pecadores y Abogada de las almas: si todas las obras de Dios cantan su gloria, y cuando contempló la tierra que criara fué movido á bendecirla, declarándola muy buena, al propio tiempo que las estrellas de la mañana entonaban á coro dulces cánticos de júbilo y los ángeles saltaban de regocijo, ¡cuánto más dulce y armoniosa no debe ser la canción que ahora le están cantando los dones y mercedes de María, manantial purísimo de inspiración musical para himnos angélicos y humanos! Preciso es, pues, que, po

cedérselo á María. He aquí, pues, en toda su espantosa desnudez lo vicioso de semejante razonamiento. Cabe error, en efecto, acerca de la *naturaleza* de la devoción á María, pero jamás *exceso* en sus grados. Si el amor á la Madre no fuese un verdadero amor al Hijo; si la devoción á María no fuese una de las devociones que el mismo Jesús designara como la más principal de las devociones hacia su Divina Persona, en ese caso, mi teología, en consonancia con mi amor, me están diciendo en voz muy alta que yo no puedo, bajo ningún concepto, dar cabida á María en mi corazón, pues que no es siquiera capaz de contener adecuadamente á Jesús. ¡Madre Dulcísima, cuán poco os conocería si pudiese pensar de Vos tan desfavorablemente! ¡Qué noción tan ruin y baja tendría formada hasta del mismo Dios! ¿Por qué entonces no me sería lícito creer que la gracia me separaba de Dios, y que los Sacramentos me disponían á obrar y pasarme sin Jesús, así como imaginarme que Vos, Madre mía, os empleabais en todo menos en procurar engrandecer el amor de vuestro Hijo hacia mi humilde persona, y en aumentar el que yo profeso á tan grande Majestad?

Ved, pues, qué abundancia de materiales nos ofrece la vida de la Santísima Virgen para que los presentemos al Eterno en oloroso holocausto. ¿Existe, por ventura, una prueba del amor del Señor á una simple criatura, ni á to-

ca de esta devoción á la Virgen, y que se hallaba á punto de incurrir en peligrosísimo error. El vulgo irreflexivo, no obstante, no pensando en lo que dice, exprésase no raras veces como si fuese cosa de poco más ó menos separar la devoción á la Madre de la devoción al Hijo: imagínase que la devoción á la Santísima Virgen es una especie de cesión que ha hecho Jesús en favor de María; que el Hijo es una cosa y otra la Madre, y que la devoción á los dos puede distribuirse entre ambos á proporción de su dignidad, es decir, casi toda para Jesús y lo que reste para María. Si los que tal dicen comprendiesen la significación de sus palabras, verían que estaban profiriendo una horrible blasfemia. El amor á María es una parte esencial del amor á Jesús; imaginarse que puedan oponerse los intereses del Hijo y de la Madre, es probar que no conocemos á Jesús, ni la índole de la devoción que se le debe. Si la devoción á María no fuese en sí misma una devoción á Jesús, en ese caso, cuando tributáramos nuestros homenajes á la Madre, defraudaríamos á sabiendas en algo al Hijo, y consiguientemente robaríamos á Dios, lo que es un sacrilegio. Cuando nos aconsejan, pues, esas gentes que moderemos nuestra devoción, que no nos excedamos ni concedamos demasiado á María, no están rindiendo entonces á Jesús, como ellos se figuran, el honor que le es debido, sino defraudándole algún homenaje para

no sin razón podría llamarse la devoción franciscana. Santo Tomás de Cantorbery tenía la piadosa costumbre de rezar el *Avemaría* siete veces al día en honor de los siete gozos de la Santísima Virgen, á saber: Anunciación, Visitación, Natividad, Epifanía, Hallazgo en el Templo, Resurrección y Ascensión. Aparecióselc en cierta ocasión Nuestra Señora y le dijo estas palabras: «Tomás, hijo mío, mucho me agrada tu devoción; pero ¿por qué honras solamente los gozos que tuve en la Tierra? En lo sucesivo, es mi voluntad que honres igualmente los gozos que estoy ahora disfrutando en el Cielo; porque has de saber que pienso consolar y colmar de inefables dulzuras y presentar por fin después de su muerte á mi Hijo amantísimo, á todo aquel que honre ambos gozos míos». Sintióse entonces el Santo inundado de una indecible alegría, y exclamó: «¿Y cómo, Madre mía, cómo podré yo hacer semejante cosa, cuando apenas conozco esos vuestros gozos celestiales?» A lo cual contestó la Santísima Virgen que honrase con siete *Avemarías* los gozos siguientes: Su primer gozo, por haberla encumbrado en el Cielo la Beatísima Trinidad sobre toda otra criatura; segundo, por haberla ensalzado su virginal pureza sobre todos los ángeles y santos; tercero, por verse alumbrados los cielos con el vivísimo resplandor de su gloria; cuarto, por las adoraciones que como á Madre de Dios la están tributando todos los

das las criaturas juntas, que se iguale al privilegio incomparable de su Concepción inmaculada y á la excelsa dignidad de Madre de Dios? Ora recorramos su vida por los sesenta y tres misterios de que se compone, ora la resumamos en lo que llaman los teólogos las tres santificaciones de la Santísima Virgen, á saber: Inmaculada Concepción. Momento de la Encarnación y Venida del Espíritu Santo en Pentecostés, es lo cierto que nos provee de innumerables motivos, á cual más dulces y persuasivos, para mover el Sagrado Corazón de Jesús á que nos otorgue todo cuanto le pidamos. Cada uno de los actos que constituyen la vida angelical de Nuestra Señora está enteramente lleno de la gracia del Hijo y del amor heroico que la Madre le profesaba; uno solo es más agradable á los ojos de Jesús que todo el heroísmo de los Santos, y procura á Dios una gloria mayor que todos los servicios juntos de las tres jerarquías celestiales.

La devoción á sus dolores y gozos podría ofrecernos no pocos ejemplos de esto; pero pasando por ahora en silencio la devoción á sus dolores, como más conocida y de la cual pienso ocuparme en otra obra (1) exclusivamente destinada á este objeto, al presente sólo me propongo hablar de la devoción á sus gozos, que

(1) *El pie de la Cruz ó los Dolores de María*, publicada en 1857.

terrumpir una de sus devociones ordinarias, la cual consistia en rezar cierto número de *Avemarías* en honor de los gozos de esta Señora. Aparecióscle entonces la Virgen, no como tenía de costumbre, joven y hermosa, sino vieja y llena de fealdad. Herman se atrevió á preguntarla el motivo de tal cambio, y la Madre de Dios le contestó: «Para ti soy vieja y fea. ¿Dónde está ahora tu devoción á mis gozos? ¿Dónde aquellas *Avemarías*? ¿Dónde, en fin, aquellos ejercicios de piedad en que antes te empleabas, y con los cuales era Yo joven y agraciada á tus ojos, y tú á los míos? No interrumpas tus devociones bajo pretexto de guardar el monasterio, porque Yo soy su mejor guardián». Advertido Herman con semejante respuesta, tornó de nuevo á sus primeros ejercicios, grandemente complacido de saber la suma complacencia que recibía su benditísima Madre con esta devoción á sus gozos. San Pedro Damián refiere asimismo en sus cartas un caso parecido (1). Cierto monje, al pasar delante del altar de la Santísima Virgen, solía saludarla con la siguiente antífona: «¡Regocijaos, Madre de Dios, Virgen inmaculada! ¡Regocijaos con el gozo que recibisteis del ángel! ¡Regocijaos, Vos que disteis á luz al Esplendor de la gloria del Padre! ¡Regocijaos, Madre benditísima! ¡Regocijaos, Virgen Madre de Dios!

(1) Lib. III, Ep. X.

bienaventurados de la Gloria; quinto, por otorgarla su Hijo todo cuanto le pide; sexto, por las innumerables gracias que recibiera viviendo en la Tierra, y por la gloria singular que tiene Dios aparejada á sus devotos en el Cielo; séptimo, por el aumento continuo de su gloria accidental. Dícese haber compuesto el Santo sobre estos gozos la *Sequentia* «*Gaude flore virginali*», la cual se cantaba en algunas iglesias y es citada en el *Parnassus Marianus* (1). En igual práctica se ejercitaba Santa Catalina de Bolonia, persona muy devota de Santo Tomás. Cuenta asimismo el Beato Francisco de la Cruz que, conmemorando un día el Beato Ranulfo los siete gozos que la Madre de Dios tuvo en la Tierra, se le apareció esta Señora y le reveló los mismos siete gozos celestiales que al Santo Arzobispo de Cantorbery, si bien con diferente orden.

Todavía existe otra revelación hecha al Beato José Herman, del Orden Premonstratense, que nos muestra á las claras lo muy agradable que es á la Santísima Virgen esta devoción á sus gozos. Eran en su tiempo tan frecuentes los robos de iglesias, que se vieron los religiosos precisados á designar á un hermano suyo para que guardase el templo durante la noche. Cúpole varias veces la suerte al siervo de Dios, y semejante oficio le sirvió de pretexto para in-

(1) Lancis., II, 51.

á su amorosísima Madre, al menos una vez por día, con aquellas palabras: *Ea, pues, Abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos;* asegurándola que así es como atesoraría, para provecho suyo, una consolación no pequeña para la hora de la muerte.

San Bernardo nos aconseja que ofrezcamos á Dios nuestras oblaciones por manos de María; y aunque el pasaje sea bástante conocido, no debo, sin embargo, omitirle aquí: «Siempre que ofrezcáis á Dios, son sus palabras, algún don, acordaos de encomendárselo á María, á fin de que vuelva la gracia al Dador de toda gracia por el mismo conducto que llegó á vosotros. No vayáis por eso á creer que no le fuese á Dios posible infundir su gracia, si así lo hubiera querido, sin necesidad de recurrir á ningún acueducto; mas fué voluntad suya proveernos de un canal. Quizá nuestras manos estén todavía llenas de sangre, ó manchadas con la inmundicia de dones impuros. Así, pues, esa pequeña ofrenda que vais á presentar, cuidad, si no queréis sufrir una repulsa, de encomendársela á María, para que Ella la ofrezca al Eterno con sus delicadas manos, que son cual lirios blanquísimos, y el Amante de los lirios jamás desechará, como no plantado entre lirios, aquello que se halle en las manos de María» (1). Afirma Lancisio que debemos ha-

(1) *De Aquæducto.*

¡Regocijaos, Vos, la única Virgen Madre: toda la creación cante vuestras alabanzas! ¡Madre de la Luz, interceded por nosotros!» Al cruzar un día la iglesia este siervo de Dios, oyó una voz que salía del altar y le decía: «Me anuncias gozos, hijo mío, y los gozos serán para ti».

Pero no es sólo al Señor á quien podemos ofrecer los dolores, gozos, dones, gracias y grandezas de su Madre Santísima, sino que podemos ofrecerlos igualmente á la misma Virgen María. Un día, mientras Gertrudis invocaba á esta Señora con aquellas palabras de la Iglesia en la *Salve Regina*, «*Ea, pues, Abogada nuestra*», vió á la Excelsa Madre de Dios inclinarse graciosa ante ella. Con semejante demostración entendió la Santa que, cuantas veces llama uno á María con devoción su Abogada, de tal suerte mueve á compasión este nombre dulcísimo sus maternales entrañas, que parece imposible se niegue á otorgarnos todo cuanto la pidamos. Al llegar la misma sierva de Dios á aquellas palabras: *Esos tus ojos misericordiosos*, tocó la Virgen suavemente á su Hijo, y, volviéndole hacia la Tierra, dijo á la Santa con dulce sonrisa: «Éstos son, señalando los ojos de Jesús, aquellos misericordiosísimos ojos míos que puedo Yo volver para salvación de cuantos me invocan: ojos divinos, de los cuales reciben el más rico fruto de salud eterna». Entonces fué cuando el Señor tuvo asimismo la dignación de enseñar á Gertrudis á invocar

cada coro, como tres son los coros en cada jerarquía: todavía este número de especies nos hace formar una idea embelesadora de la Corte Celestial, si tenemos presente cuán difícil es concebir ninguna otra división específica de criaturas racionales además de la humana y la puramente espiritual. Otros teólogos, últimamente, prescindiendo de la cuestión de especies, enseñan que la gracia de cada uno de los ángeles es enteramente distinta en excelencia y hermosura de la gracia de los demás. Si esta maravillosa variedad nos asombra y encanta, ¡qué indecible contentamiento no debe causar en nuestro ánimo la consideración de las perfecciones y grandezas del culto que Dios está recibiendo en el Cielo, mientras nosotros le estamos tributando tan pobres y ruines adoraciones acá en la Tierra! He aquí por qué Sor Mínima de Jesús Nazareno, religiosa carmelita de Vetralla, que vivió en tiempo de la invasión francesa en Italia, y empleó toda su vida en una continua y fervorosa intercesión, solía ofrecer á la divina Majestad el amor del primer coro de serafines en reparación por todos los ultrajes que tan soberana Majestad recibía en el mundo; provéenos asimismo de ricos materiales para la intercesión la variedad y magnificencia del culto que los diferentes órdenes de Santos rinden al Altísimo en los Cielos: gloria y adoración que están constantemente aumentando á medida que crece el

cerlo así por dos razones: primera, porque, habiendo querido Dios que recibamos sus gracias por María, justo es que le ofrezcamos nuestros dones por manos de María; segunda, porque la oblación que se ofrece por María implica la grande estimación que Dios hace de esta Señora, y que es el origen de todo su honor.

SECCIÓN V

4.° Los Santos Angeles.

También la vida bellísima de los ángeles, primogénitos de Dios, nos abastece asimismo de abundantes materiales para la intercesión; y nuestro Señor Jesucristo parece que quiere llamar nuestra atención sobre este punto, cuando en el *Padrenuestro* nos súplica que digamos: *Hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo.* La Escritura nos ofrece no pocas nociones acerca de los ángeles; culto que tributan á Dios, ministerios que ejercen para con las otras criaturas, carácter individual de los mismos, como de San Miguel, Gabriel y Rafael; su muchedumbre y sus nueve coros, con sus nombres respectivos. Algunos teólogos han creído que cada uno de los ángeles forma una especie distinta; lo que, si así fuese, nos daría una idea sublime de la magnificencia divina. Otros, con más apariencia de razón, cuentan veintisiete especies: tres en

resignadas (1). Todas estas riquezas podemos ofrecérselas á Dios humilde y confiadamente, como si conservasen la misma frescura y suavidad del primer día. Y no se concibe un método de oración más en armonía con el espíritu de la Iglesia, pues la fórmula más común de sus colectas consiste en implorar las misericordias divinas para el tiempo presente, por las misericordias pasadas que el Señor se dignó usar con sus Santos y pueblo escogido.

Pero nuestro es asimismo el presente como el pasado. La Tierra está produciendo á todas horas frutos exquisitos y sabrosos para la gloria de Dios. Sobre sus montes y collados, en sus valles y llanuras, en el interior del claustro y en medio del mundo, desde el Papa en su palacio hasta el indio convertido en su cabaña, ¡cuántos actos sobrenaturales no se están hoy elevando al trono del Eterno! ¡Cuántos actos de fe, aspiraciones de esperanza, suspiros de caridad y santo dolor! ¡cuántas penitencias y cuántos actos de resignación á la di-

(1) He aquí cómo se expresa la Madre Juliana de Norwich, hablando de Adán en sus *Revelaciones del Divino Amor*: «La piedad y compasión del Padre fueron, desde la caída de Adán, *su más amada criatura*, etc.» ¿Por ventura ha dado nunca la Inglaterra católica á la Iglesia de Dios un tesoro tan rico y precioso como las *Revelaciones* de la Madre Juliana, la anacoreta del reinado de Eduardo III? No sin razón puede ser comparada esta sierva del Altísimo con Enrique Suso, y acaso le lleve la palma.

número de adoradores procedentes de la Tierra ó Purgatorio. Así es cómo, al propio tiempo que satisfacemos nuestro amor, podemos ejercer una eficaz influenci i sobre el Sagrado Corazón de Jesús para que oiga nuestras plegarias.

SECCIÓN VI

5.° Las cosas de la Tierra.

Pues si del Cielo bajamos á la Tierra, aquí encontramos igualmente inciensos olorosos de un aroma y fragancia exquisitos con que podei aplacar la justa cólera de Dios y obtener una respuesta amorosa á nuestras oraciones. Todc cuanto obraron los Santos en los siglos pasados; los prodigios de la santidad oculta de José, las austeridades secretas del Bautista, lo: fatigosos pasos de los Apóstoles por las vía: romanas, los tormentos horribles de los mártires; y, subiendo al Antiguo Testamento, lo: raptos de los profetas, la fidelidad de los Macabeos, las maravillas del corazón de David cortado según la medida del Corazón de Dios los combates de Josué, la modestia de Moisés la pureza de José, la sencillez de Jacob, la meditaciones de Isaac, la fe de Abraham, e sacerdocio de Melquisedech, el arca de Noé, l: sangre de Abel, las penosas noches y largo días de los novecientos años de Adán, em pleados en penitencias fervorosas, heroicas ;

y personas espirituales. En el fervor de su corazón han ofrecido á Dios todo el homenaje y adoraciones que hubieran podido rendirle las criaturas posibles; se han atrevido á concebir asimismo aquellos tres divinos abismos, poder del Padre, sabiduría del Hijo y amor del Espíritu Santo, arrojando en maravilloso orden y concierto innumerables mundos posibles, y se aventuraron á ofrecer todos estos innumerables sistemas, cual si fuesen un simple acto de amor y súplica de intercesión; ofrecieron igualmente á la Justicia y Santidad divinas todos los variados y misteriosos sufrimientos del Purgatorio que un día esperan padecer en sí mismos, como bellos en su naturaleza, sagrados en sus terribles funciones, y santificados por el contacto con las almas benditas.

SECCIÓN VII

6.° Los divinos atributos.

Pero los Santos y personas espirituales han ido todavía más lejos. *Todas las cosas son de Cristo,* dice San Pablo, *y Cristo es de Dios.* Vieron la desproporción que existe entre la soberana Majestad del Altísimo y las alabanzas de las criaturas; y por eso, cuando querían alcanzar de Dios algún extraordinario favor, le ofrecían sus infinitos atributos, y toda la gloria que le tributan semejantes perfecciones,

vina voluntad! ¡Cuántas Misas celebradas, comuniones recibidas, y absoluciones dadas, Extremaunciones administradas, y suaves y silenciosos triunfos alcanzados por las saludable aguas del Bautismo para honra y gloria de la Santísima Trinidad! Pues nuestras son toda estas ofrendas: todas las podemos reunir y poner sobre los carbones encendidos de la devoción en el incensario de nuestros corazones para ofrecérselas al Altísimo en oloroso holocausto. Más aun: las criaturas inferiores alaban incesantemente á Dios, llenando el fin de su creación: los animales del campo, las aves del aire, los peces del mar, los bosques y flores, los vientos y rocío. Cuando dichos seres hieran dulcemente nuestros ojos ú oídos, unamos nuestra voz á la suya, y recreemos con tan deliciosa música y suave melodía á la soberana Majestad del Rey de reyes.

Nuestras son asimismo las obras de la Providencia inefable, desde la creación del mundo hasta la hora presente: sus inescrutables juicios y su tolerancia para con el pecado, sus palabras, visiones y revelaciones, su especial asistencia á su iglesia, su visible protección á favor del Arca Santa en el Antiguo Testamento y Santa Sede en el Nuevo. Por todas estas misericordias quiere Dios que le pidamos, y tiene la dignación de procurárnoslas, cual armas aceradas para la armería de la oración. Ha ido aún más lejos el ingenioso amor de los Santos

suavísimo con tal exceso, que casi llega á hacernos olvidar la intercesión!

Examinemos ahora la situación de los inválidos, es decir, la de aquellas personas que, si bien no se ven agobiadas bajo el peso de los dolores de una grave enfermedad, viven, sin embargo, oprimidas con la carga de una salud delicada y enfermiza. Esta clase de gentes desea también consagrarse á promover de todas veras la mayor gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas; pero se ven incapacitadas para ejercitarse en obras exteriores, y acaso no cuentan con recursos para contribuir á la ejecución de las mismas. La intercesión directa, la directa oración vocal en favor de tal ó cual persona, muy luego llega á agotarse, y nada encuentran en ella que pueda distraer sus dolencias y recrear su ánimo abatido. Ahora bien, ¿no es una plácida ocupación del espíritu discurrir por todos esos tesoros de sagradas ofrendas, á cuál más ricas, hermosas y variadas? Semejante entretenimiento recrea, en efecto, la mustia devoción, y nos dispone á mantener y perpetuar una afectuosa y reverencial correspondencia para con Dios, á la vez que estamos ejecutando una de las obras más grandes y sólidas para su mayor gloria y prosperidad de su Iglesia. Y esta tierna devoción de la presencia de Dios no es sólo provechosa á las personas de salud delicada, sino á todo el mundo, pues interesa grandemente así el co-

que son el mismo Dios: imploraban el favo del Cielo á nombre de la incomunicable Pater nidad del Padre, generación eterna del Hijo y procesión del Espíritu Santo: ofrecían á Dios el conocimiento y amor con que se conoce y se ama á Sí mismo, juntamente con la complacencia incomunicable y recíproca que se tienen las Tres Divinas Personas, y no sólo observaron que eran oidas sus oraciones, sino que sentían crecer en su espíritu la llama del divino amor más allá de lo que hubieran podido imaginarse, llegando á obtener un convencimiento íntimo de que los términos técnicos de los dogmas y definiciones de fe no eran un mero juego de palabras y sonidos vacíos de sentido, sino centellas de fuego bajadas del Cielo.

Es harto difícil que pueda uno contenerse dentro de los límites de la intercesión, nuestro principal objeto, recordando tantas y tantas cosas como nos convidan y solicitan á hablar del divino amor. Repasemos, pues, todas estas riquezas de nuestra pobreza, todos estos tesoros que poseemos en Cristo, y veamos si no tenemos una abundancia incomparable de sacrificios con que acercarnos á Dios en fervorosas y continuas intercesiones. ¡Oh qué campo tan vasto y delicioso ofrecen á nuestra consideración! ¡Qué dulce libertad de espíritu no inspiran en nuestro ánimo! ¡Y cuán fácil cosa es cambiar en servicio de amor unas ofrendas que están constantemente exhalando ese aroma

voción, y, aun así, todavía vamos como á remolque. Cuanto más interesantes y variadas sean, pues, nuestras nociones religiosas, tanto más fácil nos será arrojar del corazón el espíritu del mundo, y prendarnos del encanto por los intereses de Jesús.

¡Qué consolación no se encuentra en estas riquezas de nuestra pobreza, cuando la tristeza nos abate y la tentación nos acosa, y los hombres nos persiguen, y las imperfecciones de nuestras buenas obras nos angustian, y el fastidio del mundo y de la vida acongojan y despedazan nuestro corazón! Por grande que sea nuestra aflicción y abatimiento, no deseamos ninguna otra cosa sino que Dios sea amado de todos y que goce Jesús de los derechos que le pertenecen. Y así, aunque fatigados del trabajo y abatidos con los desengaños, cuando la noche tienda su negro manto, llevando consigo el espanto á nuestro corazón; cuando la tempestad ruja sobre nuestras cabezas y suspiremos por vernos libres de tanta angustia, el alma entonces puede disfrutar de toda la independencia de un soberano, recorriendo este ilimitado imperio de Dios, de Jesús y María, ángeles, santos, hombres y criaturas todas, regocijándose en ese sacrificio perpetuo de alabanza que se eleva hasta el trono de la Majestad augusta de nuestro amoroso Padre y eterno Dios, desde todos los ángulos y rincones de la creación.

razón como la mente. Cuanto más numerosas sean nuestras nociones sobre Dios, y más variados nuestros conceptos, imágenes y representaciones acerca de los objetos que con Él se relacionan, tanto más íntima será, por consiguiente, la unión de nuestro espíritu y voluntad hacia su Divina Persona; y he aquí cómo llega á hacérsenos más fácil la devoción de andar continuamente en la presencia de Dios: práctica que es el camino más seguro para conseguir la santidad.

Otra ventaja nos ofrece este método de intercesión, y es el temple y carácter celestial que produce en nuestro ánimo. El principal carácter del mundo consiste en la multiplicidad. Ofrécenos el mundo un sinnúmero de objetos de interés, y constantemente nos está acosando por todas partes con sus hechiceros atractivos, mientras que la Religión es para no pocos un objeto sin interés, seca, insípida, uniforme y monótona. Como apenas la conocen, no pueden estar siempre atentos á una sola cosa, y así la vida espiritual va cayendo en descrédito para semejantes sujetos. Es verdad que existe un estado de contemplación muy alto y sublime, cuya perfección consiste en mantener el alma fijas todas sus potencias únicamente en Dios: pero éstas no son cosas para toda clase de personas; porque nosotros tales como somos, necesitamos de todo el interés que la variedad y hermosura dan á la de-

amantes no pueden mirar las cosas á no ser bajo las relaciones, verdaderas ó falsas, que guardan con el Todopoderoso; pues no hay más que un solo verdadero punto de vista de los objetos, el punto de vista divino. Cualquiera diría, y al parecer no sin razón, que no vale la pena ocuparse de cosas tan claras; pero, desgraciadamente, hasta entre los católicos existen no pocos que encuentran dificultad en comprender semejantes verdades y en obrar conforme á ellas, una vez comprendidas y aceptadas. Muchos llegan á escandalizarse al ver las señales exteriores de olvido de Dios, que tan naturales son en un país dominado por la herejía, mirando, no obstante, con indiferencia esa conducta suya en no permitir, respecto á sus propios negocios, que goce Dios de sus derechos. Observad si no la manera de obrar de aquellos católicos que están afiliados á un partido político, ó incorporados á un instituto científico ó sociedad aristocrática, y veréis en ellos un proceder que, implícitamente al menos, supone que posee Dios con justicia el puesto que le corresponde, mas que es preciso tenga sus límites, y que introducirle y guardarle las debidas consideraciones religiosas en determinadas discusiones, acciones é intereses es una impertinencia, una pobreza de espíritu ó, á lo menos, una idiosincrasia que se tolera con cierto desenfado. No pocos, con la mejor buena fe, caen en semejante lazo y llegan á imaginarse

CAPITULO VI

MONEDA ACUÑADA

Dios es causa de todo. — Las *columnas* de la Iglesia. — Naturaleza y gracia. — Ofrecimiento de nuestras acciones en unión con las de Jesucristo. — Moneda acuñada. — Espíritu de oblación: 1.°, oblación de nuestras acciones ordinarias. — Varios métodos y prácticas de oblación. — Diferencia entre los escritores canonizados y no canonizados — Oblaciones de Santa Gertrudis; 2.°, oblación de las recreaciones. — Avisos a los valetudinarios. — Juego de ajedrez de San Carlos — Arca de Noé; 3.°, oblación de la soledad; 4.°, elevación á Dios por la contemplación de las criaturas. — Ejemplos y prácticas. — Tres métodos de oración de Pedro Fabre. — Variedad de devociones mentales. — Oración vocal — La devoción seca no es sólida; 5.°, oración jaculatoria. — El Padre Báker. — Cómo se ha de rezar el Oficio divino; 6.°, oblación de los sufrimientos. — Excelencia del altísimo privilegio que se nos otorga de agradar á Dios. — Dios mendigando gloria de sus propias criaturas.

SECCIÓN I

Vanidad de la ciencia humana.

Dios es la causa primera, y quien da valor á todas las cosas. Así como todo viene de Dios, asi todo debe volver á Dios; por eso, hasta la criatura rebelde que rehusa reposar en los brazos de su amor, preciso es que caiga en las manos de su justicia. Ningún objeto tiene valor, á menos que Dios no se digne otorgársele; y las inteligencias ilustradas y los corazones

volos patronos suyos! Pero es el caso que á veces se nos debe algo más que respeto; así como es igualmente posible que Dios exija también algo más que una mera protección. Examinemos, pues, detenidamente nuestra prudencia, que, como sea sobrenatural, poseeremos, á no dudarlo, una joya preciosa, mas no si es mundana. En la época y país en que vivimos, menester es que el hombre adquiera un clarísimo conocimiento de Dios; de otra suerte, persuádase uno que, por más vueltas que lo dé, no logrará tributarle las consideraciones que se merece.

Dícese con demasiada frecuencia que, si supiésemos siempre lo que Dios desea de nosotros, semejante conocimiento nos ayudaría grandemente á servirle, y no nos declararíamos entonces en abierta rebelión contra su expresa voluntad; pero, siquiera en la práctica, ¿no conocemos la voluntad de Dios acerca de la mayor parte de nuestras acciones? Y en todas ellas, aunque no sepamos particularmente lo que quiere que hagamos, ¿no conocemos el motivo por el cual desea que obremos? *Ya comáis*, así nos habla, *ya bebáis*, *ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo á la mayor gloria de Dios;* y San Juan dice que Dios es caridad. En todo el complicado é ingeniosísimo sistema en que vivimos, Dios ha ordenado las cosas de una manera maravillosa para estos dos fines, ó más bien uno solo. Primera-

que, adulando al mundo y sus máximas, van á promover de un modo asombroso la gloria de Dios y prosperidad de su Iglesia. ¡Ah! ¡Día vendrá en que abran sus ojos, y vean con cierto estupor que mientras su devoción fué tibia, distraídas sus oraciones, su piedad puramente exterior y los principios de su religión puestos insensiblemente á nivel de cuanto les rodeaba, no ganaron una sola alma para Dios, ni hicieron crecer en ningún rincón del mundo un pequeño grado el amor de Nuestro Señor! ¡Cuántos no existen que gozan de una alta reputación y son tenidos como verdaderas columnas de la Iglesia, no porque sean hombres de acrisolada virtud é iniciados en los secretos divinos, sino porque desempeñan un papel importante en el mundo y representan las clases más influyentes de la sociedad, alcanzando su prudencia de carne aparentemente felices resultados! Pero ¿qué es lo que alcanza? ¿Ama alguno más á Jesús? ¿Sálvase, acaso, una sola alma? ¡Oh, no! Sólo precisar al Ministerio actual á dejar caer de sus labios una palabra benévola en favor del Papa, ó bien á que un miembro neutral haga en el Congreso una pregunta sobre un asunto de escasa importancia, pregunta que fué oída, publicada luego en el *Diario de Sesiones*, y que vino después á reducirse á la nada. «Mas se logró, al menos, evitar una falta de respeto». ¡Bien, muy bien! ¡Gracias sean dadas á Dios, y gracias asimismo á esos bené-

pero derramar toda la de sus venas, y derramarla sucesivamente, es decir, en el huerto, en la columna, en el camino del Calvario y sobre el árbol de la cruz, era un medio más amoroso y eficaz para ganar nuestro amor. Después que Jesús subió á los Cielos, las gracias comunes hubieran bastado para que la obra de la redención continuase produciendo sus maravillosos efectos á través de los siglos; pero era un medio más amoroso, más personal y más á propósito para ganar nuestros afectos que viviese Jesús con nosotros invisiblemente en el inefable misterio del Santísimo Sacramento. Podíamos haber sido asimismo eternamente dichosos gozando de una inmortalidad impecable en un mundo rico en belleza y hermosura; pero eran sus delicias habitar con los hijos de los hombre acá en la Tierra, para que luego viviésemos en su compañía por toda la eternidad en el Cielo, y que ninguna otra cosa sino su propia Naturaleza divina constituyese en esta mansión la felicidad perdurable de sus criaturas. El amor es, pues, el único móvil en todos los actos de nuestro Padre Celestial; suspira por ganar nuestro amor y arreglarse con nosotros de tal suerte, que sólo amándole es como podemos llegar á ser dichosos; y después que ve con ojos compasivos nuestros ardientes deseos de amarle más y más cada día, ordena todo cuanto le permitimos hacer, para disponernos á que le amemos con mayor fervor

mente, lo dispuso todo para que pueda ser amado de sus criaturas; segundo, para prepararnos á que le amemos: he aquí el fin que se propone el Altísimo en todas las cosas, y á la consecución de semejante fin ordena los artificios infinitos de su omnipotencia; los corazones de los hombres, criaturas suyas, son los únicos tesoros de todas las obras de sus manos que tiene Dios la dignación de aceptar.

Nótese bien, que no fueron criados los ángeles ni los hombres en estado de pura naturaleza, sino en el de la gracia, y no por otro objeto más para que pudiesen amar á Dios y merecer la vida eterna, la cual consiste en la compañía perdurable con el Criador. Para amar á Dios, la gracia era una disposición más conveniente que la naturaleza, pues por medio de este don celestial podía el Señor unirse á nosotros sobrenaturalmente; y por la gracia, á la vez que ganaba más amor de los hombres, nos hacía más capaces de amarle. Llega luego la época de la redención, y descúbrese visiblemente el mismo fin. Pudo el Eterno haber perdonado la culpa sin la Encarnación; pero este inefable misterio era el medio más amoroso y que más dulcemente debía movernos á amar á nuestro Padre Celestial. Cuando vino el Señor á la Tierra, una sola lágrima suya bastaba para redimir innumerables mundos que hubiese habido; pero la sangre era más amorosa. Una gota de esta Sangre Purísima era suficiente:

lugar nuestro para qué nosotros ocupemos el suyo. La Encarnación es en sí misma una viva imagen de la conducta del Hacedor hacia sus indignas criaturas, y el misterio del Santísimo Sacramento hállase en perfecta armonía con el proceder y manera de obrar del Omnipotente para con su propio mundo; y nosotros ¡ay! perseveramos todavía en la insensibilidad de siempre, y somos tan duros, fríos y perversos como de costumbre. ¡No parece sino que va á reportarnos una honra muy alta el hacer gala de nuestro libre albedrío, para que, mientras Dios se ocupa en ordenarlo todo por ganar nuestro amor, nos demos trazas de ver cómo, á pesar suyo, hacemos de la religión, en cuanto está de nuestra parte, una especie de contrato de compraventa, ó la obediencia forzada de un reo convicto! Antes de llegar á conocer nuestro propio corazón pudo el Infierno habernos parecido una severidad; pero un pequeño conocimiento de nosotros mismos descúbrenos claramente que semejante mansión es una de las más señaladas misericordias divinas, por ser la más indispensable.

No sin razón recorría San Francisco los bosques de Spoleto, exclamando: «¡Ay! ¡Dios no es conocido ni amado de sus criaturas!» Con igual motivo hacía San Bruno resonar en los montes solitarios el eco de su voz: «¡Oh Bondad, Bondad, Bondad!» Bien podía asimismo aparecerse nuestro Señor amoroso á Santa Ger-

y ternura. Así, pues, todo es amor desde el principio hasta el fin: no hay ninguna otra medida, ningún otro principio.

¡Ojalá tuviésemos suficiente capacidad para comprender estas finezas del divino amor y todo lo que en sí envuelven! Si nos fuese dado usar de pesos y medidas con la bondad infinita de Dios, seguramente su amor hacia nosotros sería la medida de nuestro amor para con Él: medida á que es preciso estar aspirando sin cesar, aunque jamás lleguemos á cubrirla. Es cierto que el simple pensamiento y Nombre de Dios no conmueven, ni encienden, ni deshacen luego al punto nuestros corazones; mas la reflexión, al menos, debe convencernos de que toda la religión es un puro amor, y que, sin algún amor, nunca llegaremos á conseguir ver un día á Dios. He aquí por qué el Señor ocupa el lugar más bajo en su propio mundo; por qué se digna suplicarnos, cuando nosotros debíamos esperar que nos escuchase, y por qué, en fin, se pone, digámoslo así, á nuestras órdenes. Aquel que nos ha criado de la nada, y de quien únicamente procede todo lo bueno que existe. Enamórase de nosotros el Eterno, permítaseme la expresión, hace mil caricias á nuestra alma y está tan ciegamente prendado de ella, que ninguna grosería de nuestra parte basta á separarle de nuestro lado; vésele continuamente cediendo en sus atribuciones, enajenándose de sus derechos y colocándose en

tras acciones ordinarias y devoción católica de ofrecérselas constantemente á Dios junto con las acciones de Jesús, y ésta es la segunda manera con que Dios viene misericordiosamente en socorro de nuestra propia ruindad y miseria. No hay una sola cosa de cuantas ejecutamos durante nuestra vida mortal, con la cual no podamos facilísimamente promover la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas; y no importa que el mundo haya impreso en ella su sello, ni que sea, al parecer, un negocio puramente temporal ó pertenezca exclusivamente á la mísera condición de la vida humana; desde el momento mismo en que se practica por motivos sobrenaturales, semejante acción rebosa gloria divina, y cámbiase en preciosa joya de infinito valor, hacia la cual tiene la soberana Majestad del Altísimo la dignación de mostrarse sumamente complacido. Las horas se suceden unas á otras sin ninguna interrupción, abundando todas ellas en acciones propias de nuestro estado y profesión. Cuando escribimos, leemos, contamos, compramos, vendemos, pensamos, hablamos ó sufrimos, podemos, si así nos place, estar á la vez acuñando moneda, moneda celestial con que merecer la vida eterna; y para conferir semejante valor á cada una de las acciones que ejecutamos, sólo es necesario el acto ó intención de la oblación, la cual une nuestras acciones á las acciones de Dios hecho Hombre.

trudis pálido, cansado, desangrado, cubierto de lodo, y decirla: «Ábreme tu corazón, hija mía, porque necesito penetrar en él para descansar: estoy sumamente fatigado de estos días de pecado».

SECCIÓN II

Consideraciones devotas acerca de la doctrina de la intención.

Pero al fin, como lleguemos á crecer en el conocimiento de Dios, creceremos igualmente en su amor. Nosotros, al cabo, sentimos cierta pena y angustia por no amar más á nuestro Dios adorable, y porque tampoco le aman los demás. Aquí el Señor está asimismo pronto á salir á nuestro encuentro. Ya dije en el capítulo pasado que se valía para ello especialmente de dos medios: Primero, dándonos todo cuanto posee, y permitiéndonos que se lo ofrezcamos como si fuese propio nuestro: éstas son las riquezas de nuestra pobreza de que entonces nos ocupamos. Segundo, engrandeciendo nuestras ruines acciones, otorgándolas un inmenso valor por su unión con las suyas, y disponiéndonos á ejecutarlas por motivos sobrenaturales y en unión con su misma Persona: tal es el último medio de que podemos valernos para amar á Dios más dignamente, y del cual vamos ahora á tratar. Meditaremos acerca del tesoro de nues-

nos le ofrece en cada una de sus páginas: nuestro amoroso Señor se dignó redimirnos con la oblación y sacrificio de Sí mismo; y he aquí por qué la oblación y sacrificio son, digámoslo así, el alma de nuestra religión. No es maravilla, pues, que den forma y proporciones, espíritu y expresión á las devociones católicas: esto es demasiado notorio á todo el mundo, para que sea necesario detenerse en ello. Pero sí deseo que observéis, que aquí también se descubre el mismo designio por el amor, el mismo dulce espíritu paternal que Dios tiene la dignación de manifestarnos por doquiera. Parecía que la oración era el privilegio más excelente que la infinita compasión divina podía concebir, y que la criatura lo reputaría todo por nada, comparado con el privilegio incomparable de hacer saber al Criador misericordioso sus necesidades y miserias; pero la oblación sobrepuja á la oración. En la oración somos nosotros quienes recibimos de Dios; mas en la oblación es Él quien se digna recibir, y nosotros quienes tenemos el alto honor de darle: el ofrecer presentes es no sólo señal de amor, sino una especie de igualdad; y he aquí por qué de la oblación nace una familiaridad para con Dios más dulce, tierna y afectuosa que aquella que resulta de la simple oración: la libertad infantil de los Santos procede principalmente de este espíriu de oblación.

Esta devoción de estar sin cesar celebrando Misa, por decirlo así, es una devoción exclusivamente católica: práctica que, á no dudarlo, ha de chocar á los convertidos tanto como cualquiera otra de las devociones de la Iglesia. Quéjanse no pocas veces las personas piadosas de las distracciones que las ocasionan sus ocupaciones mundanas, é imagínanse que el honrar á Dios con un culto no interrumpido es asunto peculiar del Cielo; es decir, se quejan de que la Tierra no sea un verdadero Cielo, á pesar de que la diferencia, bajo este respecto al menos, entre ambas mansiones no parece que es tan grande. Como nuestro servicio sea un servicio de amor, cada una de esas pretendidas distracciones será indudablemente una oblación muy preciosa á los divinos ojos: en nuestra mano está, en efecto, cambiar todas nuestras acciones en una hostia é incienso, en cántico y sacrificio perpetuo. Ahora bien; si tenemos una grande estimación por la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas; si suspiramos por emplearnos constantemente en promover semejantes objetos, preciso es que nos aprovechemos de este rico tesoro de nuestras acciones ordinarias.

Ya llevo indicado que el espíritu de oblación es esencialmente católico. Trae su origen de la doctrina de la Misa, que es la fuente y centro de toda verdadera devoción, y pertenece á una religión de sacrificio, tal como el Evangelio

de la manera más real y efectiva para la consecución de la vida eterna.

Dice Santo Tomás que es meritoria la obra de un justo en proporción á la excelencia del motivo en virtud del cual la ejecuta: y que así como el amor llamado de benevolencia es más excelente que otro cualquiera, así son más meritorias que todas las demás las obras que se ejecutan por semejante motivo. Enseña igualmente el mismo Santo Doctor, según vimos en el capítulo tercero, que las obras hechas por Dios como nuestro Padre son más meritorias que aquellas que se le ofrecen como á nuestro Criador, por ser el motivo más excelente. Rodríguez cuenta que reveló Dios á Santa Megtilde la suma complacencia que recibía en el ofrecimiento de todas nuestras acciones unidas á las de su Hijo Jesús, é igual revelación hizo el Señor á las Santas Gertrudis y María Magdalena de Pazzis. He aquí por qué afirma Santo Tomás que «Jesucristo está representado en el doble altar de los holocaustos é inciensos, pues por mediación suya debemos ofrecer á Dios todas las obras de mortificación con que afligimos nuestra carne; y éstas son las obras que se ofrecen sobre el altar de los holocaustos. Debemos asimismo ofrecerle todas aquellas que ejecutamos con mayor perfección de espíritu; y éstas son las que se ofrecen sobre el altar del incienso». San Ignacio escribe en la tercera parte de las Constituciones las siguientes pala-

SECCIÓN III

Prácticas de los Santos.

1.º Veamos ahora cuáles han sido las prácticas de los Santos relativas á la oblación de sus propias acciones diarias. Pero preciso es que recordemos que la situación que ocupamos en la vida es la siguiente. Siempre estamos suspirando por la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas; delante de nosotros tenemos una suma considerable de obras por hacer, poco tiempo para ejecutarlas y escasos medios para llevarlas á cabo; tenemos que ser avaros de todo cuanto poseemos, ávidos de gracia y codiciosos de los frutos que la gracia puede producir por su propia virtud. Pues que estamos trabajando por nuestro amoroso Señor, trabajemos con ardor y perseverancia, ejecutando todas nuestras acciones con atención devota, ofreciéndolas á Jesús en unión con alguna semejante que Él se dignase obrar, mientras vivió sobre la Tierra; y así es cómo dichas acciones se cambiarán en un suave sacrificio de inmensa eficacia delante de Dios. ¿Qué avaro habrá que no quisiese, á serle posible, estar incesantemente acuñando moneda durante todas las horas del día? Pues ésta es cabalmente la ocupación en que podemos emplearnos, ayudados del inefable misterio de la Encarnación.

ción y contemplación, el objeto formal es idéntico: Dios amado, solamente por ser quien es; pero la oblación añade la obra ó palabra que se hace ó dice por amor de Dios. Así es que enseñan los teólogos que la vida mixta es más perfecta que la puramente contemplativa».

El mismo escritor espiritual nos aconseja asimismo que ofrezcamos á Dios las circunstancias particulares de todas nuestras acciones. Al levantarnos, por ejemplo, por la mañana, quiere el citado Padre que digamos: «¡Oh Padre mío, Santísimo y Amantísimo: por Vos y en unión con los merecimientos y obras todas de mi Señor Jesucristo, quiero levantarme ahora sin dilación alguna, así para obedecer al llamamiento de la santa obediencia, vistiéndome con toda la modestia posible, como para empezar cuanto antes á trabajar por vuestra mayor gloria». El mismo Lancisio añade que esta variedad de circunstancias materiales de nuestras acciones acrecienta el mérito de la ofrenda y evita la fatiga y opresión del ánimo; pero á mí me parece que dicha variedad quizá no produzca idénticos efectos en toda suerte de personas, ni siquiera en unas mismas en diferentes épocas.

Aconséjanos igualmente el ya referido Lancisio, como un acto de mérito y amor insignes, que ofrezcamos nuestras acciones por diferentes motivos sobrenaturales subordinados al principal, que es sólo Dios; y á este fin nos sumi-

bras: «Esfuércense todos mis hijos por tener la intención recta, no solamente acerca del estado de su vida, pero aun en todas las cosas particulares, teniendo siempre en ellas presente puramente el servir y complacer á la divina Bondad por sí misma». Dice Santa Teresa que todo el que quiera alcanzar luego al punto el fin deseado de sus oraciones, no tiene más que ofrecer sus obras al Eterno Padre en unión con los merecimientos de Nuestro Señor Jesucristo; y Orlandini cuenta del P. Pedro Fabre «que tomaba tan á pechos el patronato de los fieles difuntos, que todo su afán consistía en inculcar á sus hermanos ofreciesen por ellos todas sus acciones ordinarias, á fin de que, cuando impedidos por sus muchos cuidados y ocupaciones exteriores, no les fuese posible orar vocalmente á favor de aquellas almas benditas, sus mismas acciones pudiesen elevarse al Cielo en olorosa espiral cual silenciosas peticiones». Para evitar el cansancio y opresión de espíritu, recomienda Lancisio que se haga semejante ofrecimiento, empleando las menos palabras posibles; así, por ejemplo: *Yo quiero, yo ofrezco;* ó bien: *yo hago ó digo esto por Vos, Padre mío celestial;* usando idénticas expresiones, ó variándolas, según que exciten más ó menos nuestra devoción. «Esta oración de oblación práctica, prosigue, es en sí misma más excelente y meritoria que la contemplación de reposo, por la razón siguiente: en ambas, es decir, en la obla-

adornar nuestra alma, haciéndola templo más digno del Espíritu Santo y miembro castísimo de Jesucristo: 12, para extender por todas partes la gloria de Dios y eficacia de su Preciosa Sangre, multiplicando de esta suerte en nosotros mismos las acciones sobrenaturales; 13, para regocijar á la Iglesia triunfante; 14, para embellecer á la Iglesia militante; 15, para confundir á los espíritus malignos; 16, para hacer descender abundantes gracias sobre todo el cuerpo místico de Cristo; 17; para exhibir á los ángeles, hombres y demonios la eficacia de la Sagrada Eucaristía; 18, para cumplir nuestros votos, deseos y promesas; 19, para ser fieles á las divinas inspiraciones; 20, para imitar á Jesucristo y los Santos: 21, para honrar á la Santísima Virgen, Angel custodio y Santos de nuestra devoción. Todas estas intenciones pueden igualmente aplicarse, así por los males que sufrimos, como por el bien que practicamos.

He aquí, pues, un maravilloso artificio para transformar diariamente en oro purísimo la escoria de nuestras más comunes acciones en el laboratorio secreto de la intención. Oigamos, para nuestra mayor consolación, de boca del mismo Señor el valor que tienen semejantes acciones delante de sus divinos ojos. «Si un codicioso usurero, así habló á Santa Gertrudis, no querría de buena gana perder la oportunidad de adquirir un solo maravedí, menos gusto

nistra los siguientes ejemplos, no para que necesariamente pensemos en todos ellos, al estar ejecutando cada una de nuestras acciones, sino con objeto de proporcionar alimento á los diferentes gustos y devotas inclinaciones. Estos motivos son los que á continuación vamos á enumerar: 1.°, por la bondad sobrenatural que resplandece en el acto de la misma virtud; 2.°, para cumplir con los mandamientos de Dios y de la Iglesia; 3.°, para obedecer á nuestros superiores; 4.°, para vencerse y mortificarse uno á sí mismo; 5.°, para satisfacer por los pecados de tal ó cual persona. No es necesario que para satisfacción de nuestras propias culpas hagamos una oblación distinta de nuestras acciones, pues toda obra sobrenatural, de un justo, como no se ofrezca por los demás, es en sí misma una satisfacción por los pecados personales; 6.°, para que con semejante obra honremos, reverenciemos y glorifiquemos á Dios en el más alto grado posible; 7.°, para mostrarle nuestro agradecimiento por todos los beneficios que nos ha otorgado, y dones con que enriqueciera á la sagrada Humanidad de Jesús, Santísima Virgen, ángeles, santos y hasta los mismos infelices condenados; 8.°, para que edifiquemos y demos buen ejemplo de vida; 9.°, para aumentar con esa acción ó palabra los hábitos de virtud que tan queridos nos hacen de Dios Nuestro Señor; 10, para asemejarnos á El más y más cada día; 11, para

do, que los escritos espirituales de los Santos aventajen en condescendencia para con nuestra propia debilidad y flaqueza á los escritos de las personas piadosas que no gozan de semejante privilegio. ¡Cuántas veces no se halla el pobre y tímido espíritu defraudado en sus legítimas aspiraciones, agobiado y cruelmente oprimido con esos áridos, fríos y abstractos sistemas de ciertos libros espirituales! Véselas llenas á estas obras ascéticas de alturas tan elevadas, que un ángel apenas podría en ellas respirar; propónennos sus autores un alejamiento casi imposible de las criaturas; nos aconsejan una continua violencia, una tirantez de ánimo y una muerte completa de toda actividad natural; de lo contrario, nos dicen en tono magistral, que no sólo no respiramos en las elevadas regiones de la perfección, sino que hasta seguimos una senda que nos separa enteramente del Cielo; otras veces nos llevan hasta á la desesperación, representándonos por doquiera peligros casi inevitables; por manera que llegamos á abandonar completamente el camino de la perfección, como un estado á que Dios nos llama únicamente para perdernos.

¡Cuán diferentes no son los escritos de los Santos! Aun el mismo San Juan de la Cruz, llamado *el Doctor de la nada*, ¡cuán dulce, cuán benigno, cuán amable y condescendiente no es en sus enseñanzas con nuestra misera flaqueza humana! De San Felipe solían decir

tendré Yo en dejar pasar la ocasión de cambiar, para mi mayor gloria y eterna salvación vuestra, el más liviano pensamiento y movimiento de vuestro dedo meñique». En otra ocasión, como sintiese una noche la Santa cierta debilidad, comió algunas uvas con la intención mental de refrigerar al Señor en sí misma. Jesucristo, por su parte, aceptó gustoso semejante presente cual regalo real, y la dijo: «Te confieso, hija mía, que con dicho regalo me has recompensado el amargo brebaje que tomé por amor tuyo estando en la cruz, pues ahora estoy gustando en tu corazón una dulzura inefable; porque has de saber que, cuanto mayor sea la pureza de intención en recrear tu cuerpo por amor mío, tanto más exquisita es la dulzura con que me siento recreado en tu alma». El mismo Salvador habló otra vez á Gertrudis de esta manera: «Mi ternura aceptará gustosa el más ligero movimiento, el esfuerzo más liviano que hagan los hombres para levantar una paja del suelo, el simple saludo, un responso por los difuntos y cualquiera palabra en favor de los pecadores y justos, siempre que practiquen semejantes actos con piadosa intención».

SECCIÓN IV

Escritores espirituales.

Es una consolación, y, si bien lo consideramos, acaso sea la cosa más natural del mun-

que desde toda la eternidad ordenaste que esta hermosa flor proporcionase á esta vil pecadora semejante contentamiento!» No sé qué juicio hubieran formado ciertos místicos de Santa Gertrudis: los más virtuosos seguramente que hubieran sido más severos que la mayor parte de los Santos. Hubiéranla dicho que se acordase de la hiel y vinagre que dieron al Señor estando en la cruz: que debía abstenerse de semejante regalo, á menos que no se sintiese con vocación para subir á la cumbre de la perfección. Todo esto hubiera sido ciertamente una verdad palmaria, y para no pocas almas el consejo más acertado; la revelación, sin embargo, nos declara que la regla no es invariable, y ofrécenos un vislumbre de otro espíritu muy diferente. Oigamos cómo se expresa Santa Teresa en su carta á Alonso Velázquez, Obispo de Osma, hablando de sí misma en tercera persona: «Además de lo que llevo dicho; por lo que hace á su salud, paréceme que se toma demasiado cuidado, que es poco mortificada en la comida, y que no abriga los mismos deseos de hacer penitencia que antes solía tener; mas, en su opinión, todo tiende á este objeto, á saber: para servir de esa suerte mejor á Dios en otras cosas, pues no raras veces ofrece como sacrificio agradable el cuidado que toma de su cuerpo».

No digo yo que sea cosa fácil llegar á ser un Santo; sólo afirmo que los Santos son más

por broma sus contemporáneos que conducía á los hombres al Cielo en un coche tirado por cuatro caballos; y el discreto San Ignacio aseguraba que, si los religiosos no estaban bien alimentados, jamás podrían hacer una buena oración. Leemos en la obra *De un buen Superior*, que este glorioso Patriarca siempre estaba importunando á los PP. Ministros para que diesen á sus hijos comidas abundantes y exquisitas; y un viernes llegó á hacerse hasta insoportable por su empeño de que toda la comunidad tuviese lampreas en dicho día, á pesar de venderse tan caras que sólo las compraban los Cardenales y Embajadores. Los Santos, aun en sus mismas travesuras, permítasenos la expresión, y cuando, al parecer, están deliberadamente escandalizando, suele acontecer que justamente entonces nos están dando con singular habilidad lecciones de la más alta sabiduría. San Francisco de Sales, aunque era el Santo del puro amor, quejábase al Obispo de Belley de las malas comidas que le daba; y San Alfonso de Ligorio, esa alma pura, ¿hubiera sido tan indulgente si hubiera sido menos Santo? Enseñan ciertos libros espirituales que es una enorme falta de mortificación el dar gusto, por ejemplo, al sentido del olfato, oliendo alguna exquisita fragancia; pero Santa María Magdalena de Pazzis entra en el jardín, corta una flor, aspira su aroma con indecible placer, y exclama: «¡Oh Dios bondadosísimo,

es que logran salvar con tales pantomimas las arenas movedizas.

Al expresarme así, no vaya alguno á creer que yo sostenga que los escritores espirituales no canonizados sean unos guías peligrosos, y que sus obras no merecen grande estimación, y que no pocas no valen la pena de ser recibidas con aplauso de la Iglesia universal: lejos de mi ánimo semejante propósito. Lo que he querido decir es que, *generalmente hablando,* obsérvase una diferencia muy marcada entre el tono de los escritores Santos y el de aquellos que no lo son; que esta diferencia consiste en ser los primeros más condescendientes y en que hablan con más indulgencia; y que, por último, *también hablando generalmente*, las personas, y no son pocas, que se atienen á un solo libro, fiándose ciegamente de él, corren menos peligro de perderse, si dicha obra es de un Santo. Sé muy bien, y me complazco en confesarlo, que Tomás de Kempis no es un Santo, y que San Francisco de Sales fué asimismo hombre de un solo libro, cuyo autor Scupoli tampoco está canonizado. Tómense, pues, mis palabras con la conveniente cautela y como proposición general: pero el hecho es, y sobre esto no cabe la menor duda, que los libros espirituales tienen una fuerza tremenda; que así pueden aprovechar como perjudicar; y, semejantes al vapor, cuando dañan causan estragos horribles y espantosos

indulgentes para con aquellos que aspiran á conseguir ese sublime estado, que los escritores no canonizados. Los Santos son los maestros más condescendientes, porque se asemejan más á Jesús que el resto de los demás hombres, porque son más considerados y benignos, y porque permiten ciertos desahogos, estudian el carácter y circunstancias, examinan la índole, inclinaciones y sentimientos de sus prójimos. Así, pues, quien aspire á conseguir la perfección cristiana, siga el consejo de San Felipe, y aténgase á las obras de autores cuyo nombre empieza con una *S*, es decir, Santo. Pero que se entregue enteramente en manos de otros autores no canonizados, y hay nueve probabilidades contra una, de que aquellos que ahora van tras él en la vida espiritual le han de hallar un día paseando cabizbajo en el fondo del valle con el desmayo en el alma y el desaliento en el corazón, por haberle sus autores arrastrado por entre espinas y malezas, desollándole las rodillas contra las rocas y precipitándole, en fin, por escarpadas pendientes. Por el contrario, aquellos que le iban en zaga, se deslizaron insensiblemente dando saltitos, como acostumbran á hacerlo los niños traviesos, quienes, jugueteando en las orillas arenosas del mar, posan sus piececitos sobre el ancha huella que deja en pos de si el hombre fornido: representan, es cierto, un papel bastante cómico con semejantes brincos; pero ello

rija esta breve plegaria, será él para mí un escudo firmísimo contra las innumerables vejaciones con que me persiguen los mundanos, y mi más poderoso protector y fiel defensor contra las asechanzas de mis enemigos. Después de los Maitines del jueves antes del Carnaval oyó Gertrudis el ruido que hacían en la cocina las criadas de una casa contigua para preparar el almuerzo. Púsose entonces la Santa á gemir y exclamar. «¡Ay, Señor mío!, decía, ¡qué pronto se levantan los hombres para perseguiros con sus comilonas!» Replicóla el Señor con dulce sonrisa: «No hay ahora, hija mía, motivo alguno para lamentarse: los que hacen semejante ruido, no son del número de aquellos que me ofenden con sus glotonerías, pues con ese almuerzo se proponen recobrar nuevas fuerzas para proseguir sus tareas diarias; y regocíjome en su alimento, á la manera que se regocija el hombre viendo comer con ganas á su animal de carga, porque así es como le ha de hacer mejor servicio».

¿Cómo, pues, no se deshace nuestro corazón de ternura al leer semejantes cosas de nuestro dulce y amoroso Señor? Ningún otro dueño tenemos á quien debamos servir; y ¡cuán liviano el trabajo, y qué grande la recompensa! ¡qué profusión de misericordias! ¡qué prodigalidad de gracias! ¡qué abundancia de mercedes y qué exuberancia de caricias! Si el perro ama á su dueño y le muestra su aprecio

Mas no fué solamente la santidad de Gertrudis la que movió al Señor á deleitarse de la manera que dijimos en la oblación de las acciones ordinarias de la Santa. En una ocasión, mientras toda la comunidad se inclinaba, por reverencia á la Encarnación del Señor, á las palabras *Verbum caro factum est*, oyó á Jesucristo que decía: «Cuantas veces uno se inclina á estas palabras con devoto agradecimiento, dándome gracias por haberme dignado hacerme Hombre por amor suyo, otras tantas, movido por el aguijón de mi propia ternura, me inclino agradecido delante de él, y con el más vivo afecto de mi corazón presento á mi Padre una doble ofrenda de mi Sagrada Pasión y Muerte para aumento de su gloria eterna». Digamos ahora cómo se expresa acerca de los goces de la vida: «Todo aquel, así habló á la misma Gertrudis, que procura recibir todos los gustos en comida, bebida, descanso y otras acciones por el estilo con esta intención en el corazón ó en los labios: *Señor: tomo este alimento*, ó lo que sea, *con aquel amor con que os santificabais á Vos mismo cuando en vuestra Sagrada Humanidad tomasteis semejantes refrigerios para gloria del Padre y salvación de todo el género humano, á fin de que, en unión con vuestro divino amor, pueda yo aumentar la consolación de aquellos que pueblan los Cielos, Tierra y Purgatorio;* cada vez, repito, que dicho sujeto me di-

cosa más dulce para un corazón abrasado de amor, como vivir reposado y penetrado de un santo pavor á la presencia de los refulgentes atributos divinos? En religión, la familiaridad sin la reverencia es una mera impertinencia, y nada más. En efecto, ¿hay nada más familiar que las relaciones entre padre é hijo? Y, sin embargo, ¿qué amor hay más reverencial que el amor filial? La verdadera reverencia fué la que movió á Pedro á decir á su Maestro que se apartase de él, porque era un hombre pecador; y la reverencia falsa indujo á los tímidos habitantes de Gádara á suplicar á Jesús que apartase de sus costas sus beneficios importunos. Pero la reverencia, reverencia acaso más profunda que la de Pedro, fué asimismo la que resolvió á la Magdalena á asirse á los pies de Jesús, si bien el Salvador no quiso permitírselo. Con demasiada frecuencia confundimos la frialdad con la reverencia, y la dureza é insensibilidad del corazón con el verdadero respeto. ¡Con qué dulzura no reprobó Jesús semejante espíritu, al quejársele Gertrudis de una de sus religiosas, quien, por pura reverencia, según ella se imaginaba, absteníase de la Comunión de regla! «¡Qué quieres que lo haga!, la contestó el Señor. Esa buena gente tiene atado á sus ojos el vendaje de su indignidad con tal fuerza, que no es posible lleguen á ver la ternura de mi corazón paternal» (1).

con tiernos halagos, ¿cuál no debe ser nuestro amor y agradecimiento para un Dueño tan compasivo como Nuestro Señor? Pero ¡ay! ¡Todavía nos obstinamos en mirarle como á un Dios sin entrañas, é insistimos en continuar imitando la conducta de aquel siervo que escondió su talento por temor á la severidad de su Señor, y proseguimos negándonos á reconocer á Dios por lo que es, es decir, por nuestro Padre más cariñoso é indulgente! ¡Oh qué sensación tan profunda causa en su corazón esta nuestra grosería y perversidad! «¡Oid, Cielos, y tú, oh Tierra, presta toda tu atención! ¡He criado hijos, y los he exaltado; pero ellos me han despreciado! ¡El buey conoce á su dueño, y el asno el pesebre de su amo; mas Israel no me ha conocido, y mi pueblo no me ha entendido!» (1). Pero, á pesar de nuestra obstinación en negarle hasta el agradecimiento de las bestias, todavía el Altísimo hace pacto de ser con nosotros más que una madre para con sus hijos. Cuando decía Sión: *El Señor me ha abandonado, y se ha olvidado de mí*, Él exclamó: «¿Puede una madre olvidar á su hijo, hasta el punto de no tener compasión del fruto de sus entrañas? Pues aun cuando ella se olvidase, Yo nunca me olvidaré de ti» (2).

¿Qué cosa más necesaria al verdadero culto que una reverencia sosegada y profunda? ¿Qué

---

(1) **Isaías, cap. I, v. 3.º—(2) Ibid., cap. XLIX, v. 14.**

en unión con la oración eficaz de Jesús y virtud del Espíritu Santo, presentaba su oblación al Eterno para satisfacción de sus culpas y compensación por sus omisiones y descuidos. No raras veces, en agradecimiento por los beneficios recibidos, y en unión con su acción de gracias, ofrecía *aquella dulzura inefable y llena de infinito placer que recíprocamente se están comunicando las Divinas Personas en la Tesorería sobrecelestial.* Otra de sus ofrendas consistía en la Pasión del Hijo de Dios desde la hora en que gimió por primera vez en el pesebre, hasta el momento en que, inclinando su cabeza en la cruz y dando una gran voz, entregó su espíritu: esta oblación la ofrecía para alcanzar la remisión de sus culpas. Luego, en reparación de sus descuidos, ofrecía al Padre todas las santas conversaciones de su Hijo querido, llenas todas de indecible perfección y pureza, desde la hora en que fué enviado al mundo hasta el instante mismo en que presentó á su Padre amoroso la gloria de su Carne victoriosa En unión con su acción de gracias volvía á ofrecer á Dios todo cuanto la había otorgado; y sirviéndose del Sagrado Corazón de Jesús como de un órgano melodioso, le tocaba en virtud del Paráclito, y acompañaba con su voz, cantando alabanzas á Dios en nombre de todas las criaturas presentes y venideras. Otras veces presentaba sus ofrendas en unión con las perfecciones divinas; enseñán-

SECCIÓN V

Espíritu de Santa Gertrudis.

Fué el espíritu de Santa Gertrudis un espíritu tan levantado de oblación y familiaridad para con Dios, que, al escribir Lancisio su *Tratado de la Presencia de Dios*, consagró un capítulo entero á las prácticas observadas por la Santa en el ofrecimiento de sus acciones ordinarias. Eusebio Amort, en su *Examen sobre las Revelaciones de Gertrudis*, censura el lenguaje de algunos de estos métodos como nuevo en la Iglesia y poco conforme con el lenguaje que se emplea en las escuelas; si bien otros graves autores los citan hasta con elogio. Mas, dejando esto á un lado, voy á recordar aquí varios de dichos métodos (1). Unas veces ofrecía la Santa sus acciones en unión con el amor místico que mutuamente se profesan las Personas de la Adorable Trinidad; otras ofrecía las penas y lágrimas de Jesús en justa reparación por las negligencias que hubiera tenido al ejecutar sus acciones de cada día; otras,

(1) Schram, en su *Teología mística*, condena como próximas á herejía ciertas jaculatorias que San Francisco de Sales menciona con ternura, y hasta con placer. Pero, en materia de *doctrina*, quizá sea lo más seguro para *nosotros* seguir al autor más frío y cauto. Por otra parte, él escribió después del Santo.

colmar su cuerpo y alma de inefables dulzuras. A esta ofrenda se dignó Jesús mostrarse tan conmovido, que, lleno de gozo é indecible ternura, bajó de la cruz y, abrazándola alegremente, la estrechó contra la llaga de su santísimo Costado, y la dijo: «Bien venida seas, hija mía muy amada: tú eres el bálsamo suavísimo de mis llagas y el alivio más eficaz de mis sufrimientos». El mismo Salvador la enseñó igualmente á alabar á Dios con el *Aleluya* en unión con todos los ciudadanos del Cielo, quienes le están allí glorificando sin cesar con tan melodiosa canción. Adquirió también Gertrudis la piadosa costumbre de ofrecer á Dios las amabilísimas palabras que brotaron de los labios de Jesús, para aderezar su alma y hacerla digna morada de tal Huésped: ofrenda que volvía á repetir en la elevación de la Hostia, para suplir su mala correspondencia á las inspiraciones del Espíritu Santo. Últimamente, otro de sus métodos de oblación, que el mismo Señor la había enseñado, consistía en encomendar á Dios, en unión con los miembros inmaculados de Jesús, los miembros todos de su cuerpo, juntamente con todos sus movimientos, para que en lo sucesivo no se moviesen sino á la mayor honra y gloria de su Criador. Cuando la Santa presentaba al Altísimo semejante ofrenda, veía salir del Corazón de Dios un riquísimo cinturón de oro, que ceñía su alma para unirla al Señor en indisoluble amor.

dola el mismo Señor á ofrecerle algunas acciones en unión con aquel amor que le movió á hacerse Hombre. Un día, mientras ofrecía al Padre Eterno las santas conversaciones de su Hijo unigénito, la pareció que se estaban chocando unas con otras las joyas que adornaban los vestidos de Nuestro Señor dulcísimo, formando una tan suave melodía en alabanza del Eterno Padre, que arrebataba el espíritu: con lo cual vino á entender la Santa lo muy acepto que era á Dios este método particular de oblación.

En ciertas circunstancias solía asimismo hacer su ofrecimiento del modo siguiente: «Ofrézcoos, Señor, esta obra, por vuestro Unigénito Hijo y en virtud del Espíritu Santo, para eterna alabanza vuestra»; y la fué entonces dado ver cómo con semejante intención suya eran ennoblecidas sus obras sobre todo humano encarecimiento. Porque á la manera que un objeto aparece verde cuando se le mira con vidrio verde, y amarillo si con vidrio de este color; así todas las cosas son más agradables al Eterno Padre ofreciéndoselas por mediación de su Unigénito Hijo. Ocasiones hubo en que se atrevió la Santa á suplicar al Señor tuviese la dignación de ofrecer por ella todas las perfecciones que le adornaran hasta el día de su Ascensión gloriosa á los Cielos. Otras veces ofrecía su pobre corazón en alabanza eterna de Jesucristo, y para que en galardón se sirviese

perfección que las mismas recreaciones. El Padre Mariano Sozzini, del Oratorio romano, cuenta de uno de los Padres de su tiempo, que siempre que salía del refectorio para el salón de recreo acostumbraba á pedir á Dios los cuatro frutos del Espíritu Santo, caridad, gozo, paz y paciencia: frutos indispensables para que nuestras recreaciones sean útiles y provechosas. Personas ha habido tan familiarizadas con la práctica del ejercicio de la presencia de Dios, que, aun paseando y conversando con otros, repetían con el corazón, á cada paso que daban, las palabras siguientes: *Por Vos, Por Vos, Propter Te, Propter Te:* y lo mismo practicaban mientras se servían á la mesa, y á cuantos movimientos ejecutaban durante la comida. Santa María Magdalena de Pazzis enseñaba á sus novicias á ofrecer á la mayor gloria de Dios, si fuese posible, hasta el mismo pestañear de los ojos y los más ligeros movimientos de sus miembros; llegando á asegurarlas que, como así lo practicasen, irían derechamente al Cielo después de su muerte, sin tener que pasar por las penas del Purgatorio. A fin de arraigar más profundamente esta devoción en sus almas, cuando menos lo esperaban solía la Santa preguntarlas, primero á una, luego á otra, y así sucesivamente, qué intención era la suya en la obra que estaban ejecutando. Si alguna no la contestaba al punto, deducía de aquí que había comenzado la obra sin previa

Tales son en bosquejo los métodos de Santa Gertrudis. No recomiendo ninguno de ellos en particular como el más conveniente para nuestro propio aprovechamiento espiritual: lo dejo á la elección de cada uno. ¡Qué concepto tan distinto no formaríamos de Nuestro Señor amoroso, si practicásemos cualquiera de dichos métodos, que fuese de nuestro mayor agrado! ¡Cómo nos apresuraríamos entonces á poner á sus divinos pies todos nuestros pensamientos, afectos y deseos! Y semejante espíritu ¿no nos declara la facilidad asombrosa con que podemos cambiar en perpetuo servicio de amor divino nuestras ocupaciones más estériles y terrenas?

SECCIÓN VI

Recreaciones y entretenimientos.

2.° Además de las acciones ordinarias de la vida, propias de nuestro estado y profesión, las recreaciones y tiempo libre encierran asimismo riquísimos tesoros de obras meritorias; así es que podría Jesús estar siempre recogiendo en nuestro corazón una mies abundantísima de gloria y amor. ¡Cuántos en las comunidades no están perdiendo lastimosamente en las recreaciones todo lo que habían ganado con la observancia y oración! De suerte que casi me atrevería á afirmar que en la vida religiosa se practica la mortificación con más facilidad y

distinguir y explanar. Respecto á los inválidos, tomada esta expresión en la acepción moderna, los libros espirituales guardan un silencio casi completo. En el *Tratado de Santa Sophía*, del P. Báker, no deja de encontrarse bastante que hace al caso; y cuéntase asimismo de San Bernardo que elegía de propósito para sus monasterios los lugares malsanos, porque una salud delicada era, en concepto del Santo, un poderoso auxiliar para la contemplación y vida interior. Hoy, las afecciones nerviosas, el reumatismo y la educación afeminada suplen sobreabundantemente la insalubridad de los parajes pantanosos. Pero ¿se atreverá nadie á sostener que las personas achacosas están incapacitadas para llegar á ser unos Santos, é imposibilitadas para practicar la virtud hasta en un grado heroico?

Pues en manos está de semejante clase de sujetos el elegir aquellas penitencias que no les produzca un sufrimiento corporal superior á sus débiles fuerzas ni agrave sus dolencias: la escrupulosidad acerca del buen uso del tiempo es, á no dudarlo, una penitencia de este género. Así, pues, prometamos á Dios no malgastar nunca voluntariamente el tiempo en ocupaciones que no nos procuren mérito alguno; que semejante promesa no es ciertamente, como á primera vista parece, una cosa tan fácil de cumplir en la época actual. No raras veces gravitará sobre nuestros hombros cual pesada carga que embaraza nuestra libertad na-

intención, reprendiéndola seriamente por haber desperdiciado esa ocasión de merecer y privado así á Dios de un placer inefable. Refiérese en la *Vida de Gregorio López*, por supuesto, como una maravilla, que por espacio de tres años enteros había dicho mentalmente, á cada respiración, las palabras: *Hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo;* y tan arraigado estaba semejante hábito en su corazón, que si por casualidad despertaba durante la noche, luego comenzaba á recitar la misma petición. No es posible, ya lo veo, que nosotros practiquemos tales cosas; pero estos ejemplos nos moverán ciertamente á amar á Dios con más fervor, viendo que ha suscitado individuos capaces de llevarlas á cabo. ¡Gloria y bendición á la Beatísima Trinidad por todas las gracias que ha derramado sobre los espíritus angélicos y corazones humanos!

Personas existen que desean entregarse enteramente á Dios, que están sin cesar suspirando por practicar ciertas mortificaciones corporales que leen en las vidas de los Santos; pero no gozan de completa salud ó las falta ánimo para hacer penitencia, ó bien, como sucede comunmente, carecen de ambas cosas. No tenemos un tratado de perfección para los valetudinarios; y las personas de complexión delicada son, no obstante, capaces de hacer más y me nos que aquellas que están padeciendo una grave enfermedad, cuyo más y menos es preciso

níficas y sublimes de la religión que elevan el alma y nos mueven á hacer actos de amor y agradecimiento por el don inefable de la fe.

Pero no es fácil merecer con la ociosidad, con la holgazanería voluntaria y malgastando vanamente el tiempo ocupados en cosas impertinentes y conversaciones frívolas y terrenas. Si, como creemos, está San Carlos gozando en el Cielo de un grado más de gloria por su juego de ajedrez, ¿no sería una verdadera calamidad perder tantas oportunidades como se nos ofrecen de merecer y promover los intereses de Jesús? Para no pocos de nosotros, el buen uso del tiempo es el termómetro de la frialdad ó fervor de nuestro amor. Si á un europeo activo é inteligente se le fijase cierto número de horas para la explotación de una rica mina de oro, en la que no tuviese otra cosa que hacer sino extraer el puro mineral, y fuese entonces alguno á aconsejarle que suspendiese su tarea, ¿no le arrojaría de su presencia como á un malvado? Pues he aquí cabalmente lo que nos sucede á nosotros con las acciones ordinarias, y hasta con las mismas recreaciones de la vida presente. Los primeros trabajos y más penosos los tiene ya hechos Nuestro Señor adorable; obra suya fué la extracción de las piedras y fango, y no nos queda otra cosa que hacer sino extraer el precioso metal de oro purísimo, y las horas están contadas, y no sabemos cuál será la postrera de nuestra vida. Nunca llegaremos á co-

tural; y al propio tiempo que estamos haciendo una verdadera penitencia, recogeremos frutos muy abundantes para la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas. Y dicho empleo del tiempo no se opone á las recreaciones. Bien sabido es de todos lo que se cuenta de San Carlos Borromeo y su juego de ajedrez. Mientras discurrían sus compañeros sobre la obra que quisieran haber comenzado luego al punto, si supiesen que habían de morir dentro de una hora, el Santo respondió que él por su parte continuaría su juego, puesto que le había comenzado á la mayor gloria de Dios; y ninguna cosa deseaba con tan vivas ansias como ser llamado á juicio estando ejecutando una acción comenzada á la mayor gloria de Dios. Fácil cosa es el merecer en el juego, porque apenas hay pasatiempo que no esté lleno de oportunidades para la práctica de las virtudes. También es muy posible merecer leyendo una novela insípida (1), con tal que éste sea su único y peor defecto, ya por tener quizá entonces la obligación de distraer el ánimo, lo cual únicamente se consigue empleados en una ocupación amena y llena de interés, ó bien á causa del extraño contraste entre la ficción de una necia leyenda y aquellas realidades mag-

(1) Hablo, entiéndase bien, de la *posibilidad* de merecer, y hágolo así solamente para ilustrar lo que estoy diciendo. Sentiría en el alma que se me contase entre los patronos de la novela.

gándose á los placeres y banquetes mundanales, y olvidándose de Mí con la más negra ingratitud, ofréceme tú por ellos continuas alabanzas; y así es cómo te parecerá estar cogiendo y encerrando los volátiles en el piso superior del arca. Desde el medio día hasta la tarde, sé celosa en ejercitarte diariamente en buenas obras, uniéndote á aquella purísima intención mía con que practiqué todas las obras de mi sagrada Humanidad: obras que ofrecerás por las negligencias de todo el género humano, y así es cómo congregarás á los hombres en el piso principal del arca. Ultimamente, desde la tarde hasta el anochecer, en la amargura de tu corazón protesta contra la impiedad que cometen los hombres rehusándome su agradecimiento á mis beneficios y provocando mi enojo con toda suerte de pecados. A la vez que te emplees en tan santa ocupación, ofrecerás para su arrepentimiento las penas y amarguras de mi inocentísima Pasión y Muerte, y he aquí un medio ingenioso para reunir los animales dentro del piso bajo del arca». Cuando el Señor daba á Gertrudis semejantes instrucciones acerca del empleo de todo el día, no ignoraba ciertamente ninguna de las tareas y cuidados de la Santa, y sabía asimismo la obligación que, por obediencia á la regla, tenía de recrearse cada día con sus hijas, no menos que el desempeño de sus deberes como Superiora que era del monasterio.

nocer el inestimable valor del tiempo, hasta que haya desaparecido de nuestra vista, abandonándonos en medio de la eternidad. La eternidad, en efecto, es el único preceptor que nos puede sabiamente instruir acerca del buen uso del tiempo. ¡Dulcísimo Señor nuestro! ¿Nos abandonará entonces el tiempo en vuestros brazos, Padre tierno y amoroso?

Santa Gertrudis manifestó al Señor en cierta ocasión sus deseos de construirle un arca, suplicándole al propio tiempo que tuviese la dignación de darla el diseño. Nuestro Salvador adorable accedió gustoso á la demanda de su sierva, respondiéndola del modo siguiente: «Es creencia común entre vosotros que el arca de Noé constaba de tres pisos, que el superior le ocupaban las aves, los hombres el del centro, y el piso bajo los animales. Pues bien: toma esta arca por modelo, y distribuye todos tus días conforme á dicho plano. Desde el amanecer hasta el medio día, con el más encendido afecto de tu corazón, y en nombre de toda la Iglesia universal, me ofrecerás alabanzas y acciones de gracias por todos los beneficios que he otorgado á los hombres desde la creación del mundo, singularmente por aquella adorable compasión que mueve mis entrañas de misericordia á dejarme sacrificar en la santa Misa, desde el alba hasta medio día, para salvación de todo el humano linaje. Mientras los hombres desdeñan este inefable amor mío, entre-

la oblación de nuestras acciones más comunes é insignificantes. Siempre que uno merece, procura á Dios una gloria muy singular, promueve considerablemente los intereses de Jesús y colma de innumerables mercedes á las almas de sus hermanos. El medio para adquirir tan ricos tesoros con semejantes cosas consiste en elevarnos á Dios por la contemplación de las criaturas; y no ignoráis que ésta ha sido una de las prácticas más comunes y queridas de los Santos. Oigamos cómo se expresa Lancisio: «Salís de casa, dice, y veis que están hablando algunas personas: pedid á Dios que no profieran ninguna palabra ociosa de que tengan un día que dar cuenta. Oís rugir la tempestad: pedid, pues, por los navegantes. Pasáis por una taberna, y sentís el ruido de aquellos que se hallan dentro: rogad por que no ofendan á Dios, ó bien para que vayan luego á confesarse, si han tenido la desgracia de injuriarle. Cuando San Atanasio envió á decir á San Pambo que abandonase el desierto, y fuese á Alejandría, viendo el Santo Abad en las calles á una actriz lujosamente adornada de galas y aderezos, púsose luego á gemir y sollozar, y, preguntándole la causa de su llanto, replicó: *Lloro por la condenación de esa doncella, y porque no me tomo yo tanto cuidado en agradar á Dios como el que ella se toma por agradar á los mundanos*. Ved aquí cómo hasta los mismos objetos pecaminosos le ser-

3.° Otra práctica muy provechosa consiste en hacer de la soledad lo mismo que ejecutáis con vuestras ocupaciones ordinarias. Cuando os halléis, pues, solos, ó bien cuando despertéis por la noche, ofreced esta vuestra soledad, en unión con la que Jesús tuvo en el sepulcro y tabernáculo, para impetrar del Señor, así para vosotros como también por aquellos que amáis, la gracia de una buena muerte, esto es: 1.°, para morir en gracia de Dios; 2.°, para morir con un rico caudal de merecimientos, y de esta suerte poder glorificar más y más al Altísimo en el Cielo; 3.°, para partir de este mundo después de haber recogido frutos abundantes y exquisitos en la salvación de las almas por quienes Jesús tuvo la dignación de morir y ser sepultado; 4.°, para acabar la vida sin honra ni reputación, á imitación del Salvador, que murió cual malhechor en medio de dos ladrones; 5.°, para morir sin tener que pasar por el Purgatorio; 6.°, dejando en pos de nosotros un acopio abundante de satisfacciones que no necesitemos y puedan agregarse al tesoro de la Iglesia; 7.°, para glorificar á Dios en la Tierra, aun después de muertos, con la memoria de nuestras buenas obras, como por los saludables consejos que dimos, libros devotos que escribimos y copiosos frutos que recogimos con el auxilio de nuestras oraciones.

4.° Si nos hallamos en estado de gracia, podemos merecer, y no poco ciertamente, con

que ahora están contemplando la Verdad increada!» De San Martín de Tours se cuenta asimismo que, visitando su diócesis, quedó profundamente afectado al ver la sagacidad con que los cuervos marinos hacían su presa; sagacidad que le representaba muy al vivo la astucia de que se vale el demonio para cazar á las almas. Dícenos San Buenaventura que el Seráfico Patriarca hacía un grandísimo aprecio de semejante práctica, y Rivadeneira afirma lo mismo de San Ignacio: *Vímosle*, escribe, *con frecuencia, por la contemplación de las cosas más pequeñas, elevarse á Dios, que es poderoso en todas sus obras. La vista de una florecita, una sola hoja, un gusano, el más pequeño insecto, le elevaban en un instante sobre los Cielos*».

Monseñor Strambi refiere del Beato Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas, lo que á continuación vamos á copiar (1): «Recompensaba el Señor las santas intenciones y deseos de su siervo con inefables consuelos espirituales; y en sus viajes para hacer la visita de las casas de la Orden alimentaba su espíritu con el dulce manjar del recogimiento. Yendo un día al retiro de San Eutizio, volvióse hacia su compañero, y le dijo: «¿De quién son estas tierras?» Su compañero le replicó: «De Gallese». Pero Pablo, alzando más la voz, le volvió

———

(1) *Vita*, pág. 137.

vían á este varón venerable de escalones para subir á la consideración de las verdades divinas. Oís llover: dad por ello gracias á Dios, y desead ofrecerle tantos actos fervorosos de fe, esperanza, caridad, contrición, humildad, adoración y petición como gotas caen, é implorad al propio tiempo el influjo continuo de la gracia en buena medida, llena, colmada y enteramente repleta, para que, así vosotros como los demás, obréis siempre lo más perfecto y glorifiquéis á Dios de la mejor manera posible.

»Si, paseando ó viajando, pasáis por un pueblo, villa, aldea ó casa de algún potentado, 1.º, rogad á Dios por los méritos de aquellos que allí habitan, para que tenga misericordia de vosotros; 2.º, dadle gracias por todos los beneficios pasados, presentes y venideros que conceda á sus habitantes; 3.º, encomendadle todas sus necesidades, y suplicadle oiga las oraciones que le dirijan; 4.º, condoleos de todos los pecados cometidos en semejantes parajes; 5.º, pedid el perdón de todos ellos; 6.º, encomendad á Dios las almas de los que allí han muerto. Surio refiere en la *Vida* de San Fulgencio que, cuando fué á Roma este siervo de Dios, luego que vió los palacios de la nobleza, exclamó asombrado: «¡Cuán magnífica no debe ser la Jerusalén celestial, pues tan hermosa es la Roma de la Tierra! Si en el mundo se tributan semejantes honores á aquellos que aman la vanidad, ¡qué gloria no gozarán los Santos

se refiere en otro lugar que todo le servía de ingenioso memorial que le recordase á Dios, imaginándose que todas las criaturas pedían á los hombres á grandes voces el amor por su Hacedor. No raras veces se le vió, paseando por el campo, especialmente en la primavera, quedarse como arrobado á la vista de las flores, habiéndose observado que acostumbraba asimismo á tocarlas con su báculo, apostrofándolas con estas palabras: «¡Callad, florecitas, callad!» Solía decir á sus religiosos que las flores nos estaban incesantemente convidando á amar y reverenciar á su celestial Criador y Señor.

Como son tan varios los gustos acerca de la devoción, habrán de permitirme mis lectores el siguiente extracto de la *Vida* de Pedro Fabre, compañero de San Ignacio, escrita por Orlandini. Distinguíase particularmente aquel siervo de Dios por el don singular de cambiar todas las cosas en oración. Luego que se acercaba á alguna ciudad ó aldea, lo primero que hacía era rogar por sus moradores, é implorar la divina Misericordia para que el ángel del lugar y ángeles custodios de sus habitantes llenasen cumplidamente sus funciones de ampararlos con exquisita vigilancia. Invoca asimismo á los Santos patronos de la villa, suplicándoles tuviesen la dignación de rendir gracias, pedir perdón, impetrar mercedes y suplir, en fin, todas las negligencias y omisiones de sus

á preguntar: «Te digo que de quién son estas tierras». No comprendiendo el compañero el objeto de su pregunta, después de haber dado algunos pasos, volvióse á él otra vez el siervo de Dios y, con el rostro resplandeciente como el sol, exclamó: «¿De quién son estas tierras? ¡Ay, no me comprendes! ¡Son del Dios omnipotente!» Apenas acabó de pronunciar las últimas palabras, levantándole en alto la impetuosidad de su amor, le llevó á una corta distancia del camino. Iba en otra ocasión de Terracina á Ceccano, atravesando el bosque de Fossanova; y después de haber visitado el monasterio en que murió Santo Tomás de Aquino, internándose en lo más espeso, comenzó á dar grandes voces á su compañero: «¿No oyes cómo estos árboles y hojas nos están gritando: *Amad á Dios, amad á Dios?*» En seguida, encendiéndose más y más en la llama del divino amor, empezó su rostro á despedir rayos de vivísima luz, y prosiguió exclamando: «¡Cómo no amas á Dios! ¡Cómo no amas á Dios!» Volvieron luego á tomar el camino de Roma, y decía á todos cuantos encontraba: «Hermano mío, ¡ama á Dios, ama á Dios, que bien se lo merece! Pues qué, ¿no oyes cómo hasta las hojas de los árboles nos están predicando á grandes voces que amemos á Dios? ¡Oh amor divino, amor divino!» Hablaba con tal unción, que movía á los pasajeros á derramar copiosas lágrimas de ternura. Del mismo Beato Pablo

ces lágrimas. Este constante anhelo por la oración abastecía y enriquecía á su espíritu con abundante variedad de devociones. La vida de Nuestro Señor Jesucristo era ciertamente el alimento cotidiano de su contemplación; porque ¿dónde ha de poder hallar el alma manjares más abundantes y exquisitos? Sin embargo, para apacentar su piedad, inventó diferentes métodos de oración que le sugirieron, ora la enseñanza y lectura atenta, ora el impulso ó inspiración del Espíritu Santo; y de entre esos métodos, tres especialmente le parecieron tan útiles y gustosos, y al mismo tiempo tan fáciles de practicar, que no raras veces aconsejaba á los confesores que procurasen instruir en ellos á sus penitentes.

En primer lugar, profesaba una grande devoción á las letanías, rezándolas constantemente y ofreciéndolas por toda suerte de acontecimientos. Y se valía de ellas no sólo para pedir beneficios, objeto ordinario de semejantes preces, sino también para actos de alabanzas, acciones de gracias, congratulaciones y otros ejercicios de la virtud de la religión. Una de sus prácticas consistía en penetrar en espíritu dentro de la Corte Celestial y, allí postrado ante el Trono de la Santísima Trinidad, suplicaba reverentemente al Padre que se deleitase en el Hijo y Espíritu Santo, el Hijo en el Padre, y el Espíritu Santo en el Padre y en el Hijo; con cuyo ejercicio expresaba la con-

patrocinados á fin de que no fuese defraudada en un ápice la gloria de Dios nuestro Señor. Cuando tomaba en arriendo una nueva casa, ó mudaba de posada, tenía también la costumbre, al entrar por primera vez en ella, de arrodillarse en todas las habitaciones, rincones y alacenas que le fuese posible, rogando al Señor ahuyentase de allí los espíritus malignos, y toda especie de peligros y desgracias; en cuya oración tenía presentes á todos aquellos que la hubiesen habitado, ó pudiesen habitarla en lo sucesivo, suplicando á Dios encarecidamente que no les sobreviniese ningún mal á sus propias almas. Era tal su solicitud por buscar materiales para la oración, que yendo un día á oir un sermón á la capilla del palacio de cierto príncipe, y habiéndole sido negada la entrada por un portero que no le conocía, Fabro no vió en semejante bochorno más que nuevos materiales para su oración. Pero ¿qué extraño es que estando bueno tomase tan á pechos la oración, cuando era sumamente asiduo á ella mientras se hallaba enfermo? La dolencia que padeció en Lovaina y las penosas vigilias que tuvo entonces que sufrir, sólo le sirvieron para proveerse de abundantes materiales para la oración. Cuando apenas podía soportar la vehemencia del dolor de cabeza, poníase á meditar sobre la corona de espinas de nuestro Redentor, llegando á inflamarse tanto en el divino amor, que se deshacía en dul-

pudiesen deberle por faltas contra los mandamientos, obras de misericordia, reato de culpas cometidas con los cinco sentidos del cuerpo y tres facultades del alma.

SECCIÓN VII

Variedad en la devoción.

Estos tres métodos de oración le fueron á Fabre muy familiares. Ni debemos pasar en silencio los grandes recursos que le proporcionaron sus no escasos conocimientos acerca de la doctrina cristiana, como expresamente lo atestigua Orlandini. Dió asimismo con un libro de Santa Gertrudis, del cual, segun él mismo confiesa, sacó abundantes materiales para la oración, que llegaron á aprovecharle grandemente. La sucesión de las festividades eclesiásticas proveyéronle también de una maravillosa variedad de devociones. Esta variedad y sucesión de devociones excitaban tan fuertemente su apetito hacia el delicioso banquete de la oración, que jamás, durante toda su vida, asistió á ningún acto religioso, fuese meditación, Misa, examen, etc., por hábito y costumbre, ó simplemente por cumplir con la regla; sino que acudía diariamente á sus devociones más habituales por sendas nuevas y amenas, igualmente que el Beato Pablo de la Cruz, quien, como él mismo afirma, no se acordaba

gratulación mutua de la Trinidad, llamada en las escuelas complacencia recíproca. Luego pedía á la Reina del Cielo tuviese la dignación de adorar en su nombre ó en el de algún hermano suyo, vivo ó difunto, á la Beatísima y Augusta Trinidad; suplicando en seguida á las Tres Divinas Personas glorificasen á su vez á Nuestra Señora por todos los dones y mercedes que por mediación suya envían á la Tierra. Uníase después á cada uno de los coros de ángeles y órdenes de bienaventurados, rogándoles se sirviesen en su nombre alabar y rendir gracias á Dios, á la Virgen y á los ángeles y santos de su particular devoción.

Su segundo método de oración consistía en recorrer todos los misterios de la Vida y Muerte de Nuestro Señor, procurando acomodarlos con maravilloso artificio al tiempo y circunstancias, é implorar luego con cada uno de ellos en particular el auxilio de las Personas de la Beatísima Trinidad y valimiento de los habitantes del Cielo.

Formaba su tercero y último método de oración con los preceptos de Dios y la Iglesia, enseñanzas de la fe, siete vicios capitales con sus siete virtudes opuestas, cinco sentidos del cuerpo y tres facultades del alma. Esta misma variedad de objetos le sugería diversos afectos de petición, acción de gracias, etc., para sí y sus hermanos vivos ó difuntos, rogando á Dios tuviese la dignación de condonarles todo cuanto

saron sus alas y cayeron por fin á tierra, enredadas de letanías, cargadas de *Memorares*, abrumadas de rosarios y fuertemente maniatadas á las obligaciones de un sinnúmero de Terceras Ordenes y Confraternidades! Por manera que llegan á perderse con las mismas cosas santas y no por otra causa sino porque casi todas se comprometieron á practicar semejantes devociones sin conocimiento ni licencia de nadie.

La variedad de devociones mentales, quizá no raras veces sea un mal, aunque es una cosa diferente del caso anterior; y las censuras injustas que algunos autores rigoristas lanzan contra toda variedad de devociones no están ciertamente muy en consonancia con la práctica de los Santos y la dulce y suave enseñanza de sus escritos. No hay cosa á que el hombre llegue más pronto á apasionarse como á un sistema de dirección espiritual, adquiriendo un convencimiento tan íntimo de que es el único camino seguro para alcanzar la perfección, que apenas puede comprender la diversidad de operaciones divinas, y no parece sino que quiere poner límites á la libertad con que el Espíritu Santo obra en el corazón de aquellos á quienes inspira. No ignoramos que la mortificación sólida y la constante abnegación de sí mismo son los caminos reales para la más alta perfección; pero ¿acaso no existen personas que carecen de ánimo para trepar por alturas escarpadas, y

de haber dicho jamás una sola Misa por mera costumbre: cosa, por cierto, que pocos sacerdotes ancianos podrían asegurar de sí mismos.

Almas existen muy amadas de Dios á quienes se digna el Altísimo conducir por diferentes caminos, y cuya variedad de devociones parece ser fatal á su fervor, á pesar de ser buenos todos los caminos celestiales, pues que son suyos. Pocas personas, efectivamente, se encuentran como Marie Denise de la Visitación, á quien Dios condujo por la senda de la multiplicidad de devociones. Cuéntase de ella que, viendo una hermana suya de comunidad el manuscrito en que anotaba todos sus servicios é intenciones, preguntóla el motivo que tenía para rezar tanta muchedumbre de oraciones, y Marie Denise la replicó: *Lo hago así, hermana mía, porque el Señor se ha servido manifestarme que me ha criado para ese fin.*

Existe una gran diferencia entre la variedad de devociones mentales y la carga indiscreta de oraciones vocales; y lo que los escritores espirituales afirman de las primeras, no siempre puede igualmente aplicarse á las últimas; sin embargo, es un error muy común confundir ambas cosas. Na siempre es malo cargarse con un considerable número de oraciones vocales — en la ciencia espiritual no hay ningún *siempre*, á no ser cuando se trata del pecado, pero sí casi siempre. —¡Cuántas personas no comenzaron luego á volar, y á poco se fatigaron, can-

ren quedarse en zaga de los demás en la senda de la perfección. Luego, ó discurrís un procedimiento para secar sus corazones, ó los llenáis con el suave rocío del Cielo: no hay otro camino. He aquí el origen de esas anomalías espirituales que estamos viendo con tanta frecuencia, de esas extravagancias de una vida devota llena por un lado de prácticas propias de un claustro, y saturada por otro con las delicias mundanales de la corte. Y ¿cuáles son las consecuencias de semejantes extravagancias? La angustia, el desaliento, el completo abandono de sí mismo á los placeres de la Tierra en justa venganza de su pasada estrechez, y, por último, el más absoluto alejamiento de la vida cristiana, de que yo no quisiera acordarme. Cualquiera cosa resulta de semejantes experimentos menos la santidad heroica y ordinaria: estas cualidades jamás son frutos de tales ensayos.

Imagínanse no pocos que la devoción, para ser sólida, es preciso que sea seca y árida, olvidándose de que la sequedad es á propósito para formar polvo ó arena; pero semejante sistema de sequedad ¿da los resultados que sus patronos se prometen? Oyeseles apellidar necios mojigatos á aquellos que gustan de funciones religiosas, de fervorosas devociones, imágenes, estampas de la Virgen, fiestas y prácticas extranjeras, porque, en concepto suyo, una devoción italiana es la puerta más pró-

yacen postradas, gimiendo bajo la ladera de las aspiraciones más ordinarias? Pues qué, ¿no hay, por ventura, ninguna otra senda del amor menos elevada que esos altísimos pináculos? ¡Ah! ¡Cuántos, por haberles obligado á subir inconsideradamente demasiado alto, encuéntranse ahora en el fondo del valle, asidos á la tierra, y afanándose por descender más bajo todavía! «Un buen Superior, dice Santa Juana Francisca de Chantal, debe aprender á volar así bajo como alto:» y por cierto, que lo primero es aún más difícil que lo último; porque, notad sus palabras, no dice reposar bajo, sino volar bajo. Acaso sea verdad que el camino más corto y derecho para alcanzar una santidad eminente consista en atenerse á una sola cosa, á un solo punto de meditación, á un solo examen y á un mismo ejercicio de devoción, guardando fielmente años enteros esta penosa unidad sin ninguna alteración, como lo recomienda un escritor bastante celebrado; mas ¿quién es capaz de practicar semejantes cosas? Aquellos que viven en medio del mundo privados de los auxilios que ofrecen las casas religiosas, sin ningún noviciado ni penitencias propias de comunidad, distraídos con mil ocupaciones necesarias y entretenidos con las diversiones inevitables del trato social, ¿cómo es posible que lleguen á practicar esa uniformidad monótona de devociones? Sin embargo, también estas personas están llamadas á amar á Dios, y no quie-

tuales, lo que más debe asustarnos es el peligro en que nos hallamos de caer en pecado; y vosotros, yo os lo aseguro, no abriguéis ningún recelo de ser presa de un entusiasmo exaltado ni de una exagerada piedad.

Por otra parte, sucede no raras veces que las almas á quienes no agrada esta seca solidez, si es que algo seco puede ser sólido en una religión que es toda unción y toda amor, permitiéndolas satisfacer sus primeros fervores con la variedad de devociones, diversiones, intereses y hasta cambios, llegan al cabo á subir á alturas más elevadas, trepando con ánimo muy varonil por las sendas más rectas y escabrosas de la santidad. Conducid, pues, á las almas por los caminos más suaves y alegres, á menos que no veáis claramente que Dios las llama á seguir los más ásperos y escarpados. ¿Cuántos no se pierden por obligarles á subir demasiado altos? ¿Cuántos más todavía, por haberles inspirado cierto horror hacia la devoción sensible, haciéndoles creer que en la sequedad consiste la solidez? ¡Haced cuanto os agrade, pero no separéis á los fieles, yo os lo suplico encarecidámente, de su Dios misericordioso y compasivo! Por el contrario, trabajad todo lo posible para excitar en su ánimo un vivo interés hacia su Divino Criador y Padre amoroso! Ciertas gentes, sin consideración al tiempo, lugar, estado y condición, desvívense por inculcar á las almas la necesidad de vivir

xima á la herejía; mas paréceme que semejante repugnancia nace más bien de que dicha devoción tiene la desgracia de venir de la Ciudad Santa. Pues qué, las personas que gustan de estas devociones, ¿hacen acaso consistir en ellas toda su piedad? Porque posean uno de los caracteres de los buenos católicos ¿carecen *por eso mismo* de los demás? ¿Desechan acaso los frutos porque amen las flores? La mortificación, decís, y el exacto cumplimiento de nuestros respectivos deberes es lo que interesa. Efectivamente; pero yo os pregunto á mi vez: ¿qué mortificaciones practicáis vosotros, discípulos fieles de la árida devoción? ¿Son exteriores, como cilicios, disciplinas, etc., ó interiores, como, por ejemplo, el desear que hablen mal de vosotros, y se os tenga en una baja estimación? Y ¿cómo cumplís vuestros respectivos deberes? El dar limosna es uno de ellos; otro, el conservar la inocencia en medio del mundo. ¿Cómo practicáis semejantes cosas? ¡Sed sinceros con vosotros mismos, ó á lo menos sedlo para con vuestro Dios! Si incluís el entusiasmo en el número de culpas mortales, ¿en qué puesto de honor debemos entonces nosotros colocar á la tibieza? Posible es, y muy posible, que no sea el entusiasmo el mal monstruoso del mundo. Por lo que hace á nosotros, afortunadamente todavía no hemos experimentado aquí en Europa sus estragos horribles y espantosos. Mas como quiera que sea, en asuntos espiri-

el lugar de ocuparse detenidamente acerca de semejante asunto: su íntimo enlace con la materia de que estamos tratando es harto conocido de todos. La oración jaculatoria fué la práctica principal con que llegaron los Padres del Desierto á una altura incomparable de santidad. Afirma San Francisco de Sales «que la gran fábrica de la devoción descansa sobre el ejercicio de la oración jaculatoria, que, á diferencia de todas las otras oraciones, puede suplir la falta de las demás». El Abad Isaac cuenta en Casiano cosas maravillosas de la simple jaculatoria *Deus in adjutorium, etc*. Estando el Padre Brandano para partir á Portugal, suplicó á San Ignacio le dijese en qué devociones deberían ejercitarse los estudiantes de la Compañía; y el Santo le respondió «que, además de las devociones de costumbre, se ejercitasen en andar siempre en la presencia de Dios, hablando, paseando, mirando, oyendo y pensando, ya que la Divina Majestad se halla presente en todas las cosas por esencia, presencia y potencia». Dijole asimismo que «semejante ejercicio de la presencia de Dios era menos laborioso que el de la meditación sobre materias abstractas, y que una breve jaculatoria movia al Señor á visitarnos de una manera muy singular». Suspiremos, pues, por la gloria de Dios; enviemos al Cielo, desde las calles y plazas, flechas aceradas por los intereses de Jesus, y recitemos, doquiera nos hallemos, una corta oración

alejadas de los dones de Dios, y hacerlas huir de los dulces afectos y excesivos fervores, cuando el peligro está más bien en el apego á sus carruajes y caballos, á sus tapicerías, galas, ricos adornos, vieja porcelana, quintas, casas de campo, teatros, óperas y demás pompas mundanales. Sería ciertamente un milagro estupendo de la gracia que los infelices poderosos cobrasen cierta ligera afición, aunque fuese desordenada, á una imagen sagrada, ó al agua bendita, pues que todos ellos viven muy alejados de Dios, y muévense en una esfera que no parece sino que gira fuera del centro de la infinita inmensidad divina. ¡No, no! Los avisos de Santa Teresa á sus carmelitas descalzas no es fácil que aprovechen á semejantes personas, y, sin embargo, ¡cuán excesivamente más laxa no es Santa Teresa, comparada con esos nuevos maestros de la ciencia espiritual! Mejor es revolotear cual mariposita alrededor de las luces de una solemne función religiosa, que vivir sin amor en medio de las dulzuras y diversiones mundanales, que, si bien parecen inocentes, acaso sean pecaminosas.

SECCIÓN VIII

Jaculatorias y atención.

5.° Otro método para glorificar á Dios con las cosas ordinarias y comunes consiste en el ejercicio de la oración jaculatoria. No es éste

eminente santidad; y Santa Teresa, en época posterior, fué la Doctora de las excelencias y prerrogativas de la oración vocal hasta para llegar á la más alta contemplación. El mismo P. Báker se ha visto obligado á confesar que por medio de la oración vocal conduce Dios incidentalmente á no pocas personas á las alturas de la contemplación y unión mística; si bien considera hoy semejante efecto de la oración vocal menos frecuente que en los siglos pasados, fundando esta diferencia de resultados de la oración vocal entre los antiguos y nosotros en las razones siguientes: «Primeramente, la vida de los antiguos era incomparablemente de mayor abstracción, de más rigurosa soledad y de un silencio casi perpetuo: prácticas que al presente se cree no somos capaces de ejercitar. Segunda: sus ayunos, abstinencias y otras austeridades superiores á las fuerzas de nuestra enfermiza complexión corporal. Tercera: las ocupaciones exteriores en que se empleaban fuera del tiempo señalado á la oración, las cuales disponían su espíritu al recogimiento é inspiraciones divinas mucho mejor que las que ahora suelen practicarse». Paréceme que Santa Teresa no convendría con el Padre Báker: y he aquí otro ejemplo de Santos canonizados enseñando una doctrina más dulce y suave que la de otras personas espirituales.

Como es tan rara la obra del Padre Báker, me agradecerán mis lectores que copie aquí los

en favor de las almas de nuestros hermanos. Sin fatigarnos, podemos decir al día un sinnúmero de jaculatorias y aspiraciones devotas; y cada una de ellas será más agradable á los ojos de Dios que una batalla ganada, un descubrimiento científico, un palacio de cristal, un cambio de ministerio ó una revolución política. Varias son las jaculatorias que tienen indulgencias; y así la más breve sentencia: 1.º, ganará méritos; 2.º, impetrará gracias; 3.º, satisfará por las culpas; 4.º, glorificará á Dios; 5.º, honrará á Jesús y á su Madre; 6.º, convertirá á los pecadores; 7.º, socorrerá á las almas benditas del Purgatorio. Bajo este respecto ¿no podremos hacer algo más por Jesús que lo que hemos hecho hasta aquí? ¡Oh Amor, Amor! ¡Vos mismo es preciso que nos enseñéis los medios de que debemos valernos para ello, cuidando de recordárnoslos cuando los olvidemos!

Mas, para conseguir todos estos frutos, no basta que pronunciemos con los labios nuestras oraciones jaculatorias, es decir, por mera rutina y sin ninguna atención interna. Entre no pocas gentes se ha hecho hoy de moda hablar con cierto desdén de la oración vocal; pero no debería olvidarse que en los mismos tiempos modernos se han levantado herejías acerca de semejante materia; herejías contra las cuales recaen las censuras de proposiciones condenadas por la Iglesia. La oración vocal es la que elevó á los Padres del Desierto á la más

pertar en su corazón un vivo afecto hacia Dios, y desean continuarle sin variación con el más profundo recogimiento posible, sin cuidarse de si es ó no acomodado al sentido del pasaje que están entonces recitando. Semejante atención se refiere á Dios, no á las palabras, y es más saludable que la primera. Sería, pues, no menos nocivo que irracional el obligar á las almas á sustituir esta segunda atención por la anterior. En efecto: habiendo sido ordenadas todas las oraciones vocales de Escritura, etc., exclusivamente para suplir y proveer al alma de afectos abundantes con que pueda estar siempre unida á Dios, aquella que ya ha conseguido ese fin, es decir, la unión, mientras ésta subsista, no debe ser separada de ella, ni tampoco forzarla á buscar nuevos afectos, á menos que careciesen ya de jugo los primeros.

»El tercero y más sublime grado de atención al Oficio Divino consiste en cambiar las oraciones vocales en mentales. Efectivamente, por medio de esta atención, las almas, en su unión más íntima con Dios, todavía pueden atender al sentido y espíritu de cada pasaje que recitan, consiguiendo de esta suerte aumentar y simplificar su afecto, adhesión y unión. Dicha atención no se alcanza hasta después que el alma ha llegado á una perfecta contemplación, en la cual se halla la inteligencia tan habitualmente unida á Dios, y la imaginación á la razón, que no la es posible

párrafos en que dicho escritor resume su doctrina relativa á la oración vocal. «Pues que para toda clase de oración —son sus palabras— se requiere necesariamente la atención del ánimo, sin cuyo requisito no es oración, preciso es saber que hay varias especies y grados de atención, todos buenos, pero unos más excelentes y provechosos que los otros. El primer grado consiste en una atención ó reflexión expresa á las palabras y sentido de la sentencia que pronunciamos con los labios ó revolvemos en la mente. Ahora bien: debiendo esta atención variar y cambiar, según que se suceden unas á otras las sentencias de los Salmos, etc., no puede tan eficazmente fijar en Dios nuestro entendimiento y voluntad, pues ambas potencias tienen que ocuparse en nuevos afectos y consideraciones. Este es el grado más bajo é imperfecto de atención, que toda clase de personas es más ó menos capaz de alcanzar. Y cuanto más imperfectas sean las almas, menos dificultad encuentran en abandonar semejante atención; porque aquellas que profesan á Dios un encendido amor, no es fácil que puedan renunciar á un afecto que las tiene unidas á Dios, y que le hallan tan dulce y provechoso, para sustituirle por uno nuevo que se suceda en el Oficio: sustitución que redundaría en perjuicio suyo.

»El segundo grado de atención es el de las almas regularmente ejercitadas en la oración mental, quienes, rezando el Oficio, sienten des-

viertan á los pecadores, y ángeles que alaben y glorifiquen á la Soberana Majestad del Altísimo. Nuestras más pequeñas mortificaciones, aunque escasas en número y por muy livianas que sean, unidas á los azotes, espinas, clavos y lanza, atraerán hacia nosotros el Sagrado Corazón de Jesús con una fuerza irresistible. La gracia que recibamos durante el día se duplicará ofreciéndola por la noche en unión con la gracia de Aquel de quien proceden todos nuestros dones. He aquí cómo Jesús nos ayuda á amarle, y cómo nos eleva á la dignidad augusta de reyes y sacerdotes. Si nos condoliésemos de los ultrajes que recibe Nuestro Dios y Señor; si tuviésemos un verdadero celo por la gloria de Nuestro Padre misericordioso y compasivo; si nos apiadásemos de las almas infelices privadas de la gracia y rodeadas de mil tentaciones, ¡qué asombrosas maravillas no obraríamos entonces prosiguiendo nuestro camino ordinario, no distrayéndonos de nuestras ocupaciones y empleo, y sin privarnos (así lo ha ordenado Nuestro Dios y Señor) de nuestros pasatiempos y recreaciones! Por eso, cuando uno considera que todas las cosas deben ser por Jesús, y ve lo que ha podido hacer en obsequio suyo que ¡ay! no ha hecho, no sin razón comienza á creer que no existe ningún rincón de la Tierra, que se sepa, donde el fruto de la gloria divina sea menos exquisito y escaso que en nuestro mezquino corazón.

fijarse en ningún otro objeto que la distraiga.

»¡Dichosas las almas, cuyo número es ciertamente muy escaso, que han llegado á conseguir este tercer grado de atención por su cuidadosa solicitud en la práctica de los dos primeros, y singularmente del segundo! Así, pues, en el rezo del Oficio, hasta las almas más imperfectas, siempre que se encuentren bastantemente recogidas, harán bien en continuar manteniendo sujeta su imaginación todo el tiempo que las sea posible; y el medio más eficaz para adquirir y aumentar semejante recogimiento en el rezo del Oficio Divino consiste en la práctica de la oración interior, esto es, en la meditación ó actos inmediatos de la voluntad, cuyo único blanco y fin es procurar mantener una constante atención y adhesión del espíritu á Dios» (1).

6. No estará de más volver á repetir que podemos asimismo ofrecer á Dios, en unión con los merecimientos de Nuestro Señor Jesucristo y aquellos riquísimos tesoros sobrenaturales de que hablamos en el capítulo pasado, no sólo nuestras acciones ordinarias, sino también todo cuanto nos acontezca en la vida presente. Así es cómo nuestros más ligeros sufrimientos, penas, contradicciones y adversidades serán otros tantos celosos misioneros para la propagación de la fe, apóstoles que con-

(1) II, 13, 14, 15

nos ha otorgado de agradar y complacer á Dios Nuestro Señor! Si salvásemos nosotros la vida del Príncipe heredero de la corona, no es fácil que llegásemos á olvidar la expresión de agradecimiento pintada en el rostro de su augusta madre; siempre estarían resonando en nuestro oído las abrasadas palabras de gratitud que brotaron de sus labios en prueba de su reconocimiento: las lágrimas de una soberana, y lágrimas de gozo, no son cosas, por cierto, que lleguen luego á olvidarse. Pero ¿qué es todo esto comparado con el privilegio incomparable de agradar á Dios, aunque no fuese más que una vez en la vida? ¡Oh! Semejante pensamiento se desenvuelve cual insondable piélago, hasta el punto de llegar á causar en nuestro ánimo un asombro indecible. Consideremos, por una parte, quiénes somos nosotros, cuál es nuestro origen, nuestra rebeldía, nuestra natural flaqueza, nuestra vileza personal, nuestra horrible perversidad y espantosa indignidad y miseria; y por otra, quién es Dios, el Invisible, Santísimo, Incomprensible Dios que tiene la dignación de complacerse con nosotros, que anhela procuremos agradarle, que dispone toda la naturaleza para que por mediación de la gracia podamos complacerle más y más cada día; que nos provee, en fin, de un sinnúmero de auxilios sobrenaturales con que proporcionarle semejante contentamiento y tan indecible placer. La inmensidad de esta su con-

¿No cuenta la fábula de cierto personaje que cambiaba en oro todo cuanto tocaba, y que muy luego se vió embarazado con don tan maravilloso? Pues también nosotros, bajo la ley evangélica, bajo la ley de gracia, cambiamos en oro todo cuanto tocamos con la intención y oblación; pero con la diferencia de que nuestro don no llega nunca á embarazarnos, porque jamás llenaremos á Dios de gloria ni al Cielo de méritos. ¡Qué desconsuelo, pues, contemplar al fin de la vida los millones y millones de ocasiones perdidas! Mas ¿cómo, me dirán algunos, cómo es posible que vayamos notando todas las ocasiones que se nos ofrecen, que las recordemos, siendo innumerables y sucediéndose sin cesar unas á otras? Es imposible dar ninguna regla, ni trazar ningún método formal: *amad, amad, amad;* no hay otro camino, no se conoce ningún otro medio. El amor os enseñará todo cuanto debéis saber; el amor os revelará los secretos de Jesús; el amor os hará las cosas fáciles y gustosas; el amor, en fin, será para vosotros una nueva naturaleza. No hay nada que lleguéis á desear que el amor no pueda conseguir, y ningún otro medio sino el amor es capaz de alcanzároslo: *amad*, y *amad*. La dificultad no está ciertamente en amar á Jesús, sino en profesarle poco amor, cuando se tiene la dicha de amarle.

¡Ojalá nos fuese concedido ver y sentir la incomparable grandeza del privilegio que se

nito. ¿Qué digo? ¡Si podemos ofrecerle el mismo Jesús, que es infinito é igual á Dios, y ofrecérsele en todo cuanto decimos, hacemos, pensamos y sufrimos! Consideremos, en segundo lugar, la multiplicidad de nuestras acciones. Nadie es capaz de contarlas, sobrepujan al cálculo; veámoslo, si no, con un ejemplo: Dos personas son invitadas á levantarse por la mañana temprano para tener media hora de meditación; una acude á ella, la otra no. La primera merece, y así glorifica á Dios más, infinitamente más que todas las ciencias físicas y artes juntas le han glorificado desde el diluvio acá, por las razones siguientes: 1.ª, por la mortificación en levantarse temprano; 2.ª, por su modestia en vestirse; 3.ª, por el acto de la presencia de Dios; 4.ª, por la señal de la cruz; 5.ª, por su oración preparatoria; 6.ª, por su meditación; 7.ª, por la incomodidad en la postura, y su cansancio y distracción; 8.ª, por las resoluciones que toma al fin de la meditación; 9.ª, por cada jaculatoria que dice durante el tiempo de este piadoso ejercicio; 10, por la obediencia en el cumplimiento de su obligación. Todavía hubiera sido más exacto decir que cada uno de estos diez méritos encerrabán innumerables méritos; pero reduzcámoslos á sólo diez, y esta única práctica nos daría los resultados siguientes: Semejante sujeto, con esa sola acción, glorificaría cada año á Dios tres mil seiscientas y cincuenta veces, y con

descendencia es absolutamente inexplicable; y ¡ojalá que Nuestro Señor dulcísimo se dignase dilatar bastantemente nuestro corazón para que pudiésemos comprenderla! Pero ¿á qué andar discurriendo sobre la manera de comprender una de sus divinas condescendencias? Pues qué, ¿no tenemos un corazón capaz de contener al mismo Señor, su Cuerpo, Alma y Divinidad? He aquí cómo nuestro pensamiento salta de una condescendencia á otra condescendencia, de un amor á otro amor, y no halla otra cosa que misericordias sobre misericordias. Sube á una altura, y tropieza con otras alturas más elevadas todavía; y ¡todo es amor! ¡amor! ¡amor! ¡Dios amoroso! ¡Dios amoroso! Así nos dice Santa Gertrudis que podemos apellidaros, y ¿qué otro nombre os hemos de dar? ¿Por qué, pues, no os amamos, Dios amorosísimo y digno de un amor superior á todo humano encarecimiento?

Si paramos la consideración en estas tres cosas, á saber: Dios, nosotros mismos y el sistema sobrenatural en que nos encontramos, llegaremos, seguramente, á ver y palpar que la capacidad que tenemos para glorificar á Dios, á pesar de no ser Santos ni cosa que se lo parezca, es una capacidad asombrosa é inefable. En primer lugar, uniendo nuestras acciones á las acciones de Jesús, adquieren un valor casi infinito, y lo que entonces tenemos que ofrecer á Dios es asimismo en cierta manera infi-

la eternidad. ¡Y todavía existen católicos tibios! ¡Y Vos, Jesús mío, los sufrís con tanta paciencia! Cubristeis toda la Tierra con una red de amor, que habéis estado tejiendo diligentemente desde toda la eternidad; pero la hicimos toda pedazos, y ¿qué hacéis Vos entonces, dulcísimo, suavísimo y amorosísimo Señor nuestro? ¡Ah! Os ponéis á tejer con inalterable amor una nueva red de preceptos misericordiosos y de alegre temor para coger en sus mallas aquellas almas necias que no quisieron dejarse prender con el cebo del amor!

¡Cuán dulce cosa es salvarse por Jesús! No parece sino que es preferible á no haber nunca incurrido en la culpa original. ¡Qué gozo el deberlo todo á Jesús! ¡Qué dicha la nuestra, no perder ni por un solo momento hacer nada sin su auxilio! ¡Qué felicidad hallarle por todas partes, y ocupado siempre en imponernos nuevas obligaciones y ligarnos con nuevas cadenas de amor! ¡Ojalá estuviésemos tan fuertemente amarrados á Jesús, que nunca nos fuese posible separarnos de su lado! Mas ¡ay! ser suyos, muy suyos, enteramente suyos, inenajenables y por toda la eternidad, es la dicha del Purgatorio. Seguramente, el lograr que una sola alma profese á Jesús un solo grado de amor, bien valen la pena los novecientos años de penitencia de Adán, entre las espinas y abrojos de una tierra solitaria é ingrata. ¡Y nosotros, sin embargo, estamos viviendo

cada una de estas veces agradaría á Dios—y como se le permitiese complacerle una sola vez durante toda la eternidad, sería una condescendencia indecible—y le glorificaría más que todas las ciencias físicas le han glorificado jamás, puesto que le glorificaría sobrenaturalmente.

Después de la multiplicidad de nuestras acciones, consideremos la facilidad increíble de ofrecérselas á Dios en unión con los méritos de su Hijo Santísimo. Una sola mirada á Jesús, y todo está hecho. No se necesitan palabras, suspiros, ni prolijas reflexiones: el amor contempla á Jesús, y esto basta, y todo está consumado. No olvidéis asimismo que cada mérito implica un nuevo grado de gracia, y cada grado de gracia un grado correspondiente de gloria eterna, siempre, por supuesto, que tengamos la dicha de morir con el don de la perseverancia final: el ojo no ha visto, ni el oído ha oído, ni el entendimiento humano ha concebido jamás un solo grado de gloria celestial. Y todos estos grados preciso es que les multipliquemos millones y millones de veces, y si tenemos la desgracia de caer en culpa mortal, pero luego, ayudados de la divina gracia, imploramos contritos la Preciosa Sangre, no se contenta Jesús con perdonarnos, sino que le es indispensable devolvernos toda esa asombrosa suma total de méritos: tan apasionadamente anhela tenernos consigo en el Cielo por toda

dolo todo en su propio mundo, ¡loor á Su Majestad Soberana!, como si fuésemos nosotros la causa final de toda la creación!

CAPÍTULO VII

ACCIÓN DE GRACIAS

Olvido de la acción de gracias. — Espíritu de la Eucaristía.— Faltas de las personas piadosas. —Los tibios, ordinariamente pagados de sí mismos. — Paternal providencia de Dios. — El espíritu de acción de gracias, característico de los Santos.— Devoción al Verbo Eterno. — Prácticas.— Tradición judía de Filón. — Varios objetos de acción de gracias: 1.°, beneficios comunes; 2.°, beneficios personales; 3.°, aflicciones; 4.°, beneficios insignificantes; 5.°, beneficios varios; 6.°, criaturas irracionales; 7.°, beneficios de nuestros enemigos.—Apostolado de la Oración: 8.°, ángeles y santos; 9.°, sobrenaturalismo de la Iglesia y don de la fe. — Santa Juana Francisca de Chantal: 10, la Santa Misa. —Materiales para la acción de gracias después de la Misa y Comunión. — Nuestra correspondencia hasta el presente á los beneficios divinos.— Frutos espirituales de la acción de gracias. — Aplicación de la acción de gracias á los tres instintos de los Santos

SECCIÓN I

Olvido de la acción de gracias.

Todo cuanto llevamos dicho en lo que antecede de la presente obrita, se reduce evidentemente á esto, es á saber: que como el Evan-

en el seno de su Santa Iglesia, donde el principio, medio y fin de toda nuestra religión es que *todas las cosas son nuestras, y nosotros somos de Cristo, y Cristo es de Dios!*

Si existe una escena soberanamente tierna y patética, es, sin duda alguna, la que nos ofrece Dios mendigando gloria de sus criaturas en un mundo hechura de sus manos. El amor que inspira semejante espectáculo es vivo y penetrante, cual dolor agudo, y aseméjase al martirio que sufre un padre por su hijo culpable. ¿No nos hace enloquecer, y enloquecer de amor, viendo al Criador suplicando, mendigando al Todopoderoso, y que se le niegue la limosna que pide? Y ¿quién se la rehusa con tanta frecuencia como nosotros? ¡Ah! ¿Quién dará á nuestros ojos dos fuentes de lágrimas para llorar día y noche tan negra ingratitud, más inconcebible todavía que el adorable misterio de la Santísima Trinidad? ¿Qué cosa puede haber más encantadora y paternal que nuestro Dios y Señor pidiendo gloria á sus criaturas, ¡*á nosotros!*, siendo tan ruines y miserables como somos? ¿Cómo, cómo, pues, no le amamos? ¿Qué más puede haber hecho en favor nuestro? Siglos ha que Él mismo decía: «¿Qué más puedo hacer que no haya hecho?» Efectivamente, ¿qué más puede hacer el Señor por nosotros que no haya hecho? ¡Contemplad y ved, hijos de los hombres, contemplad y ved! ¡El Rey de la Gloria arreglándolo y disponién-

he llegado á deciros: *Haced esto á lo menos; es necesario que no omitáis aquello:* todo lo he dejado á vuestra elección y á vuestro amor. Mi único objeto no es otro que persuadir á algunos de mis hermanos—uno solo que fuese me daría entonces por muy satisfecho—que ame un poquito más á Dios, por ser quien es. El orden de mi plan me lleva naturalmente, y como por la mano, á ocuparme ahora de la acción de gracias. Ya hemos visto cómo Nuestro Señor dulcísimo, en su amor inefable, nos hace primeramente donación de todos sus tesoros, para que nuestra intercesión, unida al ofrecimiento de semejantes riquezas, sea más eficaz y provechosa; y en segundo lugar, cómo, además de tan incomparable fineza de su abrasada caridad, nos permite que engrandezcamos nuestras más triviales acciones, uniéndolas á sus divinos merecimientos y santas intenciones. Pero aquellos ricos tesoros, no menos que el privilegio inestimable del engrandecimiento de nuestras más pequeñas acciones, no son aplicables únicamente á la oración de intercesión, sino que sirven también para la acción de gracias y las alabanzas y deseos: en el presente capítulo me ocuparé de la acción de gracias, y las alabanzas y deseos serán objeto exclusivo del inmediato.

No hay cosa que se halle más en abierta oposición con la religión práctica de la mayor parte de los hombres, como el deber de la ac-

gelio no sea más que una ley de puro amor, no debemos contentarnos simplemente con salvar nuestra alma; ó, mejor dicho, que arriesgamos nuestra propia salvación si no tratamos de hacer algo, bien con obras, ó ya con oraciones, á favor del alma de nuestros hermanos. Además, siendo el Evangelio una ley de amor, preciso es que nuestra religion sea asimismo en lo posible un servicio de amor; y en su consecuencia, que corremos un grave peligro de condenarnos si miramos la vida presente sólo como una oportunidad de alcanzar el Cielo por los medios más fáciles posibles y con la mera observancia de los preceptos rigurosamente necesarios, poniendo á un lado, cual asuntos que no nos conciernen, la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas. Paréceme que no he sido demasiado exigente con vosotros: yo no os he propuesto, bien lo sabéis, austeridad alguna corporal, ni un extraño alejamiento del mundo en que vivís: tampoco os he ordenado que aspiréis á la cumbre de la contemplación, al amor del sufrimiento, ó á que vayáis, en pos de algún penoso recogimiento interior, á una singular y difícil presencia sensible de Dios nuestro Señor. Me he contentado con poner delante de vuestros ojos aquellas prácticas y consejos de los Santos con cuyo auxilio podéis dulcemente ocuparos un poco más de Dios con alguna mayor facilidad y no menor amor. Ni siquiera

amoroso, ni sabían asimismo que había llegado su humillación hasta el punto de ser contado por un leproso entre los hijos de los hombres: «Alzaron su voz diciendo: *¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!* Luego que se obró el milagro, nueve, llenos de un gozo egoísta, continuaron su camino para mostrarse al sacerdote; pero uno, ¡uno solamente!, ¡y éste un infeliz y proscrito samaritano!, apenas vió que había quedado limpio, volvióse glorificando á Dios á grandes voces, y se postró en tierra á los pies de Jesús, dándole gracias por la merced que le había otorgado! Hasta el Sagrado Corazón de Jesús quedó entonces como atónito y asombrado, y le dijo: *Por ventura ¿no fueron diez los limpios? ¿dónde, pues, están los nueve? ¡Ay!, no hubo quien volviese á dar gracias á Dios sino este extranjero.* ¡Cuántas veces no hemos nosotros causado la misma desagradable sorpresa al Sacratísimo Corazón de Jesús!

Cuando el olvido de un deber llega hasta el punto de espantarnos, cual nos sucede indudablemente con el olvido de la acción de gracias, natural es que se desee saber cuánta es la obligación que pesa sobre nosotros acerca del asunto; y para ello, ningún medio existe más á propósito como la autoridad de las Escrituras. Dice San Pablo, escribiendo á los de Efeso, que debemos ocuparnos en *dar siempre gracias por todas las cosas al Padre y Dios, en el*

ción de gracias; así es que no es fácil llegar á encarecer debidamente el extraño olvido del agradecimiento. Poco es, en efecto, y bien escaso el tiempo que hoy se consagra á la práctica de la oración; pero todavía es menor el que se dedica á la acción de gracias: por cada millón de *Padrenuestros* y *Avemarías* que elevan los hombres de la Tierra al Cielo, ya para preservarse de algún mal, ó bien para conseguir cualquier beneficio, ¿cuántos creéis que dirigen al Trono del Altísimo en acción de gracias por los males evitados ó beneficios recibidos? Y no es difícil hallar la razón de conducta tan extraña. En efecto, nuestro propio interés nos lleva naturalmente á la oración, y sólo el amor nos conduce á la acción de gracias: quien solamente desea librarse de las penas del Infierno, sabe á ciencia cierta que tiene que rogar; pero semejante sujeto vese privado de un estímulo parecido que le impulse fuertemente á la práctica de la acción de gracias. Y no se vaya á creer que esto es de ahora: nunca oración alguna salió más de corazón que aquella fervorosa súplica y exclamación piadosa de los diez leprosos del Evangelio, luego que vieron á Jesús entrando en una aldea: el deseo mismo de ser oídos, les hizo atentos y corteses: paráronse de lejos, por miedo de disgustarle si se le acercaban con enfermedad tan asquerosa como la suya; proceder que nos descubre muy á las claras que no conocían á Nuestro Señor

rificaron como á tal, ni le dieron gracias (1).

¿Qué es nuestra vida en la Tierra más que una preparación para la vida real del Cielo? Y ¿en cuál otra ocupación emplearemos allá nuestra vida sino en alabanzas y acciones de gracias? ¿Qué lenguaje es el de los ángeles, ancianos y criaturas vivientes del Apocalipsis más que *Bendición y gloria y sabiduría y acción de gracias, honra y virtud y fortaleza á nuestro Dios por los siglos de los siglos: Amén?* Cierto es que estamos incesantemente invocando á la Santísima Virgen, á los ángeles y santos de la Corte Celestial; que sabemos y tenemos seguridad que se ocupan allí sin descanso en rogar por nosotros; pero, con todo, ¿me faltan á mí acaso razones para sostener que, al representarnos el Cielo en nuestra mente, las más de las veces nos le imaginamos como mansión de alabanzas y acciones de gracias, y no como lugar de oración? Más aun: algunos siervos de Dios, teniendo la muerte ante los ojos, luego que la vida del Cielo comienza sobre ellos á proyectar rayos de vivísima luz, como si ya estuviesen oyendo los cantares angélicos, y gozando, embelesados, de su dulce melodía, gastan en acciones de gracias aquellas horas espantosas que, más que todas las de la vida, exigen humildes peticiones y oraciones de compunción y de lágrimas.

(1) *Rom.*, cap. I, v. 21.

nombre de nuestro Señor Jesucristo (1); *que abundemos en toda sencillez, la cual hace que demos gracias á Dios* (2). Amonesta igualmente á los Filipenses *á no ser solícitos de cosa alguna, sino con toda oración y ruegos, con hacimiento de gracias, sean manifiestas sus peticiones delante de Dios* (3); y á los de Colosa les escribe el mismo Apóstol que, *así como recibieron al Señor Jesucristo, procuren andar en Él, arraigados y sobreedificados en su persona, confirmados en la fe, según lo aprendieron, creciendo y abundando en Él mismo con acción de gracias* (4): y añade en otro pasaje de la carta que *perseveren en oración, velando en ella con hacimiento de gracias* (5). *Dícese*, prosigue San Pablo, hablando á Timoteo, *que Dios Nuestro Señor crió las viandas para que fuesen recibidas con acciones de gracias por los fieles y aquellos que conocieron la verdad, porque es buena toda criatura de Dios, y no es de desechar nada de cuanto se recibe con acción de gracias* (6). *El desagradecimiento*, concluye el Apóstol, *era lo que caracterizaba á los gentiles: pues, conociendo á Dios, no le glo-*

(1) Cap. v, v. 20.
(2) *II Cor.*, cap. IX, v. 11.
(3) Cap. IV, v. 6.
(4) Cap. II, v. 7.
(5) Cap. IV, v. 2.
(6) *I Tim.*, cap. IV, v. 3.

garía un día en que cesase toda oración, excepto la oración de acción de gracias. Pero volvamos á nuestro asunto, el cual no es otro más que la acción de gracias considerada como parte de nuestro servicio de amor. Supongamos, pues, que la verdadera idea del culto fuese aquella que envuelve la práctica común de la mayor parte de los hombres, es decir, una simple oración al Omnipotente: ¿qué relaciones serían entonces las nuestras para con nuestro Dios y Señor? Él es nuestro Rey, nuestro Superior, el Guardián de nuestros tesoros y la Riqueza misma por esencia: acudimos ante su divino acatamiento para pedirle algún favor, y es para nosotros lo que un rico para un mendigo: el propio interés, he aquí cuál sería entonces el objeto principal de todas nuestras adoraciones. O bien tememos su divina justicia, y deseamos vernos libres del castigo que merecemos, y que se nos perdonen nuestras culpas: es compasivo, y oirá nuestras plegarias, como seamos importunos. Si, pues, todo nuestro culto consistiese solamente en la oración, claro está que no podríamos en tal caso elevarnos á otras consideraciones más levantadas. Pero no se vaya por eso á creer que yo excluya la oración del culto católico: no desconozco que es uno de sus constitutivos esenciales, y en su consecuencia enteramente necesaria para nuestro adelantamiento en la vida espiritual, porque la oración nos enseña á depender de Dios, y la

Así es que, cuando el Beato Pablo de la Cruz cayó gravemente enfermo, pasaba los días ocupado en alabanzas y acciones de gracias, repitiendo á menudo, con singular devoción, aquellas palabras del *Gloria*: *Os damos gracias por vuestra grande gloria*»; palabras que habían sido siempre su jaculatoria favorita; y exhortaba con frecuencia á sus religiosos á usarla todas las veces que tuviesen entre manos algún negocio particular, diciendo con encendido fervor de su corazón: *A la mayor gloria de Dios*. Otras veces, postrándose el siervo de Dios en espíritu delante del trono de la Beatísima Trinidad, exclamaba, inflamado en la llama del divino amor: *¡Santo, Santo!*: ó *¡Bendición y claridad!*, etc.: alabanza que solía llamar la canción del Paraíso.

Ahora bien: la Iglesia militante es un reflejo de la Iglesia triunfante; el culto de la una es el eco é irradiación del culto de la otra; y como la vida del Cielo es una vida de alabanzas y acción de gracias, así en su medida debe ser la vida de la Tierra. El centro de todas nuestras adoraciones es la Eucaristía, esto es, según expresa la palabra, el sacrificio de acción de gracia; todo toma su tono de la Eucaristía; todo en la Iglesia de Dios recibe su irradiación del Santísimo Sacramento, y el espíritu de la Eucaristía debe hallarse por doquiera; así es que hasta los judíos creían, según testimonio de Wetstein, apoyado en el *Talmud*, que lle-

capaces de contener, y no pueda ya quedarnos cosa alguna por recibir: la acción de gracias es, pues, la verdadera esencia del culto católico; y así como la práctica de tan piadoso ejercicio acrecienta nuestro amor, así su olvido nos descubre claramente el poco amor que atesora nuestro corazón.

Si tenemos fundado motivo para apiadarnos de Dios, permítasenos este lenguaje atrevido de San Alfonso de Ligorio por los ultrajes con que los hombres ofenden á Su Majestad Soberana; con más sobrada razón deberemos compadecerle, viendo la ruindad y miseria de las acciones de gracias que se atreven á ofrecerle en agradecimiento á sus singulares mercedes y dádivas graciosas. Aun entre nosotros, no hay cosa tan odiosa como la ingratitud; y la ingratitud es, sin embargo, el alimento diario que osamos ofrecer al mismo Dios Omnipotente. No existen palabras que puedan encarecer las infinitas larguezas con que Nuestro Señor se ha servido colmar á sus criaturas: son inagotables los riquísimos mineros de incomparable misericordia que encierran los títulos que tanto le enaltecen, á saber: Criador, Rey, Redentor, Padre y Pastor: gusta sobremanera que sus hijos, los hombres, se muestren agradecidos á las singulares mercedes que tiene la dignación de otorgarles; porque todo cuanto exige de nosotros es amor, y semejante deseo de parte suya es en sí mismo un acto de infinita caridad ha-

oración despachada á poner en El toda nuestra confianza; mas no se contenta la infinita Bondad con esto solamente: quiere que pasemos más adelante todavía, pues que tenemos que vivir en compañía suya por toda la eternidad: y Dios ha de ser nuestro gozo perdurable, y la verdadera felicidad del hombre consiste en conocerle y amarle, y el amor divino es la dulce y sempiterna alabanza que se rinde al Altísimo por los siglos de los siglos. Así como el espíritu de oblación, esto es, la facultad de ofrecer al Señor presentes, nos pone en relaciones más afectuosas y familiares hacia su Divina Persona, así igualmente sucede con el espíritu de acción de gracias. Mostrarnos agradecidos á un bienhechor, únicamente con el fin de conseguir de él mayores beneficios; semejante agradecimiento no es un acto de acción de gracias, sino una forma halagüeña de oración, una petición disfrazada. Menester es, pues, que demos rendidas acciones de gracias á Dios Nuestro Señor, porque le amamos, porque el amor que tiene la dignación de profesarnos hiere y eleva y embelesa y domina y arrebata nuestro ánimo, igualmente que nuestro corazón. En efecto; tan cierto es que la acción de gracias es asunto de amor, que allí en el Cielo, el agradecimiento al Dios Omnipotente será nuestra eterna ocupación, luego que nos haya dado la corona de la Visión Beatífica, cuando nos haya otorgado todo lo que seamos

nosotros debemos hacer—¿cuántas veces habrá que repetir lo mismo?—es amar á Dios, y promover su mayor gloria. ¡Líbrenos el Señor de que lleguemos á imaginar que tenemos alguna otra cosa más en qué emplearnos! Corramos, pues, el mundo: demos vueltas por toda la redondez del Globo, buscando estas olvidadas perlas de la corona de gloria de nuestro Padre Celestial, y ofrezcámoselas en rendida adoración. ¿Cómo tenemos valor para desear ocuparnos en cualquier otro asunto menos en el importantísimo negocio de la gloria de Dios? Siervos suyos ha habido que hasta llegaron á desear no morir nunca, para que, viviendo siempre en la Tierra, glorificasen á Dios con mayores sufrimientos. Claro está que no es fácil abriguemos nosotros semejantes deseos; mas pueden aprovecharnos grandemente, porque nos descubren el poco amor que profesamos á tan cariñoso Padre; y paréceme que semejante manifestación es ya una gran cosa. Concíbese fácilmente que se engañen los hombres, llegando á persuadirse que aman á Dios, cuando ni siquiera mantienen viva una sola centella de este fuego celestial; ó bien que abriguen deseos de amarle, y no sepan cómo hacerlo; pero ¿es posible que uno conozca lo poco que ama á Dios, y la facilidad que tiene para amarle más cada día, y, con todo, no desee hacerlo así? Jesús murió para impedir semejante posibilidad; y ¿habrá muerto en vano?

cia sus criaturas: fué, últimamente, voluntad de Dios hacer depender su gloria divina de nuestro agradecimiento; y ¿llegará á tal punto nuestra perfidia que nos atrevamos á negársela con la más negra ingratitud?

Pero lo peor de todo es que semejante ultraje no se lo hacen aquellos que son enemigos suyos, y en cuya conversión puede su infinita misericordia ganar ricos tesoros de gloria entre los hijos de los hombres; le recibe de su propio pueblo predilecto; de aquellos que frecuentan los Sacramentos y hacen profesión de piedad; de aquellos, en fin, á quienes está Él diariamente enriqueciendo y colmando con singulares dones y especiales larguezas del Espíritu Santo. No pocos de nosotros llegamos á horrorizarnos á la vista del pecado y sacrilegio; afligennos y angustian nuestro corazón los días de Carnaval; los escándalos punzan vivamente nuestra alma, y la herejía causa en nuestro espíritu un verdadero sufrimiento, un escozor desagradable, bastante parecido al que produce el humo en los ojos. Todo esto es muy bueno y soberanamente loable: pero con nuestro culpable olvido de la acción de gracias continuamos rehusando á Dios la gloria que le es debida; á muy poca costa podríamos glorificar á nuestro Padre Celestial, y difícilmente llega, no obstante, á ocurrirnos semejante pensamiento; y ¿nos atreveremos todavía á sostener que le amamos real y verdaderamente? Lo único que

tro Señor adorable tuvo la dignación de darles! *Son*, les dijo, *las heridas que he recibido en la casa de mis amigos*.

Paréceme no estaría de más que se escribiese un tratado, cuyo título fuese el siguiente: *Pecados de las Personas Piadosas*; porque son dichas culpas muy numerosas y variadas, y contienen una particular malicia y odiosidad, siendo la ingratitud uno de sus principales caracteres: tenedlo bien presente, siquiera mientras nos ocupamos de la acción de gracias. He aquí, pues, un asunto que sólo interesa á los buenos católicos, esto es, á los hombres y mujeres que oran, que frecuentan los Sacramentos, y forman la porción escogida y devota de nuestras congregaciones, y cualquier reconvención sobre el particular se dirige únicamente contra dichos sujetos. Y no es, por cierto, pequeña consolación que pueda uno expresarse con semejante franqueza; porque las gentes tibias están por lo común tan pagadas de sí mismas, que, como digo, es un verdadero consuelo poder llamarlas aparte, hablándolas allí al oído de la manera siguiente: «Al presente nada tenemos que ver con los pecadores; no podéis hacerles responsables de cosa alguna; vosotros sois los únicos culpables, y la reprobación, exclusivamente vuestra: trátase aquí de una obligación que, si no la practicáis por amor de Dios, sois unos miserables y malvados: malvados, sí, bien lo sabéis que éste es

Perdóneseme si vuelvo á repetir que no e
cuentro cosa alguna reprensible en el olvido
la acción de gracias por parte de los pecador
que viven separados de la gracia de Dios y a
jados de los Sacramentos; porque semejant
sujetos tienen que ocuparse en otros negoci
es á saber: en hacer penitencia, reconcilia
con su Dios y Señor, y lavar de nuevo sus
mas en la Preciosa Sangre de Jesucristo. El
vido de la acción de gracias es una ingratit
que Nuestro Señor dulcísimo ha de echar
cara solamente á aquellos hijos suyos á qui
nes ha perdonado sus culpas; á aquellos que
ven en su amistad, y están gozando pacífic
mente de todos sus privilegios y divinas m
cedes; y he aquí una ingratitud que merece
notada con especial cuidado, y sobre la cual
menester que fijemos toda nuestra atenci
Efectivamente; tengo para mí, que las fal
de las personas piadosas—no hablo de aq
llos ligeros deslices y flaquezas propias de
mísera condición humana, sino de las fal
de tibieza y frialdad — encierran una espe
odiosidad que les es propia; y acaso sea ést
razón por qué emplea Dios en el Apocalipsis
lenguaje tan inusitado y lleno de viveza y en
gía contra la flojedad y tibieza. Cuando
ángeles preguntaron al Señor, después de
Ascensión gloriosa á los Cielos, qué heri
eran aquellas que llevaba en sus manos, ¡
cuán significativa es la contestación que Nu

experimento nada menos que la eternidad!...

La *Biblia* es una revelación de amor, mas no la única: para cada uno de nosotros existe además una revelación particular y personal del divino amor, la cual consiste en la consideración de aquella providencia paternal con que Dios ha tenido la dignación de velar por nosotros durante todo el curso de nuestra vida mortal; porque ¿quién es capaz de contemplar la larga cadena de gracias de que se va componiendo su vida, desde la hora en que recibió el bautismo hasta el presente, sin un sentimiento de sorpresa á la vista del infatigable esmero y cuidadosa solicitud que el amor de Dios ha desplegado hacia su persona? La manera cómo se han dispuesto las cosas para su dicha y mayor felicidad; la desaparición de obstáculos mientras á ellos se acercaba, y puntualmente cuando le parecían insuperables; las tentaciones trocadas en mercedes, y aquello mismo que á primera vista creía un castigo, enteramente cambiado en prueba muy regalada del divino amor; toda tribulación ha sido para él un singular beneficio del Cielo; los conocimientos casuales tuvieron su significación é hicieron su oficio á las mil maravillas; cualquiera diría que el mismo amor, con toda su previsión, no hubiera podido tejer diferentemente la tela de su vida, aun cuando los hilos hubiesen sido puro amor, y nada más que amor; al pronto, ni siquiera tenía conciencia de se-

el término propio, el epíteto conocido que se á los ingratos: y con todas vuestras oracio y Sacramentos no cumplís, sin embargo, ¡o lo bien!, con el sagrado deber del agradecimi to á los beneficios divinos. Dura es ciertam te, ya lo veo, la consecuencia que de a tenéis que inferir; mas ¿por qué no nos res vemos, así yo como vosotros, á recitar un h milde *Confiteor,* rogando á Dios que nos ot gue un pequeño aumento de gracia, para esta suerte proporcionar á tan cariñoso Pa el singular contentamiento de ver cuán di rente es nuestra conducta en lo venidero? sin razón debemos repetir con frecuencia: *las faltas particulares de las personas pi dosas, líbranos, Señor».* Existen Sacrame tos, es verdad, para borrar el pecado; mas ra la tibieza no hay absolutamente ningu ¡Qué digo ninguno, si es peor todavía! Pu ¿quién que haya tenido á su cargo la direcc de las almas, no sabe cuánto no endurece Comunión frecuente á los corazones tibi Por ventura ¿habéis vosotros conocido diez p sonas contagiadas de la tibieza, que fuesen das curadas de semejante enfermedad? Y nueve, ¿á qué debieron su curación más qu la vergüenza que causaran en su ánimo las c das en culpas mortales? ¡Juego es ¡ay! ci tamente bien desesperado el aguardar que cárceles del Infierno hagan las veces de medicinas del Cielo, arriesgando en semeja

grande estimación. Incesantemente estaba el primero ocupado en recordar su vida aventurera: Dios era para aquel patriarca el Dios de Bethel, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac. ¿Cuál fué también la reprensión de David á su pueblo, sino que había olvidado al Dios que hizo cosas grandes en Egipto, obras maravillosas en la tierra de Canaan, y terribles y espantosos portentos en el mar Rojo?

Los beneficios que conocemos son más que suficientes para encendernos en la llama del divino amor, y eso que nunca llegaremos á conocer la mitad de ellos hasta el día del Juicio; porque ¿quiénes somos nosotros para que Dios haya tenido la dignación de legislar en favor nuestro, y hecho al mismo tiempo todos los esfuerzos posibles para complacernos? ¿No tenía ningún otro mundo que gobernar? ¿No existían otras criaturas más sabias y más santas y más bellas que nosotros? Sin embargo, lo que á nosotros más nos preocupa es la predestinación y el castigo eterno del Infierno, devanándonos los sesos discurriendo sobre aquello que no podemos alterar ni aun comprender. Paréceme que semejante conducta es la cosa más irracional del mundo; porque si bien poseemos bastantes nociones acerca de la Divinidad, pocas, ó acaso ninguna, tenemos fuera de aquellas que el mismo Señor ha tenido la dignación de revelarnos; así es que, cuando argüimos contra Dios, apóyanse nuestros ra-

mejantes portentos, ni sabía que Dios se hallaba tan cerca de su persona, porque no hay cosa de menos ostentación que el amor paternal. Cuando Jacob formó su cabecera de duras piedras y se echó á dormir, aunque tuvo la visión de la escala, nada vió de extraordinario en aquel sitio; despertó del sueño y exclamó: *Verdaderamente, el Señor se encuentra en este lugar, y yo no lo sabía.* Deseando Moisés ver á Dios, colocóle el Señor en un agujero de la peña, le amparó con su diestra mientras pasaba su gloria inefable, y le dijo: *Quitaré luego mi mano, y verás mis espaldas, pero no podrás ver mi rostro.* Tal es siempre la conducta de Dios: muéstrase con nosotros tierno y amoroso y benigno y compasivo: arde nuestro corazón dentro del pecho, como ardía el de aquellos dos discípulos que iban hablando con Jesús por el camino de Emaus; pero, hasta después de haberse alejado de nuestra vista, no sabemos con entera certidumbre que fuese el mismo Dios Señor nuestro.

Así es que sólo por la meditación podemos llegar á conocer á Dios: es menester que, á semejanza de la Santísima Virgen María, ponderemos las cosas que se van sucediendo; que, cual otro Isaías, rumiemos y pensemos detenidamente las maravillas del Señor: que á ejemplo, en fin, de Jacob y David, guardemos en la memoria las divinas misericordias; que las pesemos y contemos y hagamos de ellas una

nosotros adivinar lo que su sabiduría y misericordia infinitas quieren darnos á entender con semejante manera de conducirse?

Así como no vemos sino un solo lado de la luna, así tampoco nos es concedido ver más que un lado de Dios: ¿cómo conocer, pues, aquello que no vemos? ¿Quién es capaz, en efecto, de contar las variadas manifestaciones de la infinita bondad de Dios, los ingeniosos artificios de su misericordia, y las maravillas de su compasión hacia los hombres, criaturas suyas? Esfuérzase por llamar nuestra atención acerca de semejantes finezas de su amor; pero nosotros de todo nos cuidamos menos de esto: afanámonos por aquello mismo que Él quisiera que apenas pensáramos, y desdeñamos ponderar todas aquellas inefables muestras de cariño paternal que se digna darnos, y que son personales entre Él y nosotros; toques reales y sensibles de su abrasada caridad. Mientras el Señor se está dando trazas por ordenar y enderezar las cosas para ganar nuestro amor, nosotros, con descaro inconcebible, trabajamos por contrariar y poner estorbos á su ternura y excesiva longanimidad y paciencia. Considerad por un momento la incomparable grandeza de ser dichosos por Dios; poneos en la balanza y pesaos con Él, y entonces veréis qué cosa es ocupar su divino entendimiento, llamar su atención, probar su paciencia y provocar su amor. Él mismo pensar en Dios es un blando

zonamientos, no sobre aquello que vemos, sino sobre lo que el Señor, en su infinita bondad, se ha servido enseñarnos de Sí mismo. Ahora bien; es preciso observar aquí, y por lo común pasa enteramente desapercibido, que el objeto principal de las enseñanzas de Dios es su misericordia infinita é inefable condescendencia: la severidad divina es el lado obscuro de la Majestad soberana y tremenda del Altísimo, no sólo á causa del espanto que infunde en el ánimo, sino también por habernos dado el Eterno acerca de ella nociones muy escasas. Pero, tratándose del amor, ha sido copioso, explícito, minucioso: explica, repite, razona, arguye, persuade, se queja, invita, halaga, ensalza: de su inexorable indignación, solamente una que otra vez deja caer alguna expresión de sus divinos labios: asústanos con la revelación de sus terribles juicios; mas, como espanta únicamente movido del amor hacia sus hijos, los hombres, afánase luego por explicarla y suavizarla y armonizarla.

Pero no es esto solo: las expresiones más espantosas sobre la alteza de sus juicios son desahogos más bien que revelaciones salidas de su boca divina, explosiones del asombro que embargaba el ánimo de sus criaturas, de Job, por ejemplo, de Isaías, de Pedro y de Pablo. Y aun cuando así no fuese, la terribilidad de semejantes frases es en sí misma una nueva prueba de su amor; porque ¿podemos acaso

SECCIÓN II

El espíritu de los Santos es un espíritu de acción de gracias.

El espíritu característico de los Santos ha sido en todas las épocas un espíritu de acción de gracias: la acción de gracias fué siempre su oración favorita; y cuando la humana ingratitud angustiaba su amor divino, convidaban entonces á los animales y criaturas inanimadas á bendecir á la infinita bondad de su Hacedor y Padre misericordioso y compasivo. Traslademos aquí un bellísimo pasaje de San Lorenzo Justiniano, en su *Tratado de la Obediencia* (1). «Quienquiera que, son palabras del Santo, intentare enumerar todos los beneficios divinos, se asemejaría á aquel que tratase de encerrar en un pequeño vaso el inmenso piélago de aguas del vasto Océano; y todavía sería más fácil esta operacion que la de publicar con humana elocuencia las innumerables larguezas divinas. Pero si bien semejantes mercedes son inexplicables, no menos por su muchedumbre y grandeza que por su incomprensibilidad, no deben, sin embargo, pasarse en silencio, abandonándolas á un olvido completo; porque, aunque nos sea imposible apreciarlas

---

(1) Cap. XXVIII

lecho donde podemos acostarnos y descansar tranquilamente cuando más nos agrade; el recuerdo de su Majestad soberana causa en nuestro ánimo un gozo mayor que la visión de un ángel, y es más vistoso y regalado que el rostro bellísimo de María, que tan embelesador y hechicero le hará aquella su dulce y agraciada sonrisa, al saludar gozosa, en la Gloria, á nuestras almas justificadas y ricamente engalanadas con el precioso ropaje de la santificación y los brillantes aderezos de todas las virtudes. Que sea un Dios tan rico en perfecciones y misericordia, es más, incomparablemente más, que un simple reposo y descanso apacible: es un gozo y dicha inefable; que se haya servido amarnos con eterno amor, y que sea nuestro Padre muy cariñoso, es un gozo sobre todo gozo, y el mismo Cielo incoado en la Tierra. ¿No será, pues, una maravilla del mundo que se tributen al Altísimo tan escasas acciones de gracias; un prodigio más grande que el raro ejercicio de la oración, y un portento, últimamente, casi tan asombroso como el portento incomparable de que Dios tenga la dignación de amarnos con tan encendido amor de su corazón?

halla la plenitud de todas las gracias; porque, si correspondemos agradecidos á los favores que nos ha otorgado, alcanzaremos ulteriores mercedes de sus divinas manos. Y en otro lugar añade el mismo Santo Doctor: *Hablad á Dios con hacimiento de gracias, y veréis cómo conseguís abundantes beneficios de su infinita liberalidad.* Oigamos á este propósito á San Lorenzo Justiniano: *Como observe el Señor que correspondéis agradecidos á sus divinas larguezas, os colmará entonces de singulares dones, á cuál más ricos y regalados.* Ultimamente, la fué revelado á Santa María Magdalena de Pazzis que la acción de gracias disponía el alma á recibir las infinitas larguezas del Verbo Eterno.

Detente ahora, lector amado, y medita unos cuantos minutos sobre el Verbo Eterno; recuerda que es la Segunda Persona de la Beatísima Trinidad, el Hijo Unigénito del Padre, el Esplendor de su Divina Majestad, la Sabiduría increada, la Persona misma que encarnó y murió por nosotros, Aquel que envió al Espíritu Santo, Quien nos dió á María, y se da á Sí mismo en el Santísimo Sacramento; Aquel en cuya mente se revuelven en este momento los innumerables lustros de todas las criaturas posibles: pondera igualmente que sus infinitas larguezas carecen de límite y medida, que nos es imposible contar su número, secar su frescura, penetrar su excelencia, abarcar su ple-

debidamente, preciso es, con todo, que sean confesadas con la boca, reverenciadas con el corazón y honradas con cristiana religiosidad, según es dado á nuestra mísera flaqueza humana. La lengua, ciertamente, es incapaz de explicarlas, pero fácil cosa es encarecerlas con los tiernos y piadosos afectos de nuestro corazón; y la misericordia infinita de nuestro eterno Criador y Señor se dignará aceptar benigna, no sólo lo que podemos practicar, mas también aquello mismo que deseamos poner por obra; pues que cuenta como méritos del justo, así las obras buenas que ejecuta, como el deseo de su voluntad.»

Cuéntase que el Eterno Padre reveló á Santa Catalina de Sena que el hacimiento de gracias hace al alma deleitarse incesantemente en su soberana Majestad; que libra á los hombres de toda negligencia y tibieza en el servicio divino, é inspira en su ánimo vivísimos deseos de complacerle más y más cada día en todas las cosas. El aumento de la acción de gracias es la razón que el Señor da á Santa Brígida para la institución del Sacrificio augusto de la Misa. *Diariamente*, la dice, *se está inmolando mi Cuerpo sobre el ara del altar, para que el hombre se encienda en la llama del divino amor y recuerde con más frecuencia mis beneficios. Dichoso aquel*, exclama San Bernardo, *que, á cada gracia que recibe, se vuelve con el pensamiento á Aquel en quien se*

cortesías y meros respetos con que hasta aquí te has contentado para corresponder agradecido á los inestimables favores y señaladas larguezas con que el Señor se ha dignado colmarte, á pesar de tu ruindad y bajeza. Hazle, sí, en este mismo momento semejante promesa, y en seguida, más encendido el corazón en la llama del divino amor, prosigue leyendo.

Cuenta San Buenaventura, ó, mejor dicho, el autor de las *Meditaciones sobre la vida de Cristo*, que la Santísima Virgen daba gracias á Dios sin intermisión; y á fin de que las salutaciones ordinarias no la distrajesen en sus alabanzas al Altísimo, cuando alguno la saludaba, tenía la costumbre de contestarle: *Deo gratias;* adoptando no pocos Santos, á ejemplo suyo, la misma práctica piadosa. El P. Diego Martínez, de la Compañía de Jesús, llamado el apóstol del Perú por su celo por la salvación de las almas é infatigable laboriosidad en aquella provincia, solía diariamente decir cuatrocientos y hasta seiscientos *Deo gratias*, llevando consigo cierta especie de rosario, para ser puntual en el número de veces que se había propuesto recitar semejantes palabras; y sin cesar estaba induciendo á los demás á practicar la misma devoción, asegurando que ignoraba hubiese ninguna breve jaculatoria más acepta á los divinos ojos, siempre, por de contado, que se dijese con devota intención. Cuéntase igualmente de este religioso, en el suma-

nitud y dar inteligibles nombres humanos á sus especies, invenciones, variedades, portentos y singulares maravillas.

¡Oh, si tuviésemos una muy especial devoción á la Persona del Verbo Eterno! ¡Si nos fuese dado leer todas las grandezas que la Iglesia puede de Él contarnos, y luego nos resolviésemos á meditar y hacer actos de amor sobre aquello mismo que estamos leyendo! ¡Oh, qué medio éste tan eficaz para aumentar nuestra devoción hacia la Sacratísima Humanidad del Hijo Unigénito del Padre, para velar en su pesebre, y gemir sobre su cruz, y adorarle en su tabernáculo, y ampararnos y guarecernos en el seno de su Sagrado Corazón! Pide, pues, á San Miguel, San Juan Evangelista y San Atanasio que te alcancen esta devoción, pues que sus ruegos tienen un especial valimiento ante el acatamiento divino para procurarnos tan singular beneficio; y verás cómo corres por los caminos de Dios, luego que el calor de dicha devoción haya convertido tu corazón en horno de fuego. Ten igualmente presente que el mismo Señor nos ha dicho, por boca de su sierva Santa María Magdalena de Pazzis, que la acción de gracias prepara el alma á las divinas larguezas del Verbo Eterno. Ya ves, pues, la necesidad en que estás de empezar desde hoy, ahora mismo, un nuevo género de gracias, más digno del Rey de la Majestad que aquellas poco frecuentes formalidades, simples

oración alguna de la cual no forme parte el hacimiento de gracias; cuyo lenguaje es asimismo una confirmación de lo que llevo dicho, esto es, que el espíritu de la Eucaristía se encuentra en todo acto de devoción católica. «Parécemе, afirma San Gregorio Niseno, que si durante toda nuestra vida estuviésemos conversando con Dios sin interrupción ni distracción alguna, y no haciendo otra cosa más que rendirle acciones de gracias por sus inefables larguezas, tan lejos estaríamos de corresponder agradecidos á nuestro Celestial Bienhechor como si nunca nos hubiese ocurrido semejante pensamiento. Efectivamente, el tiempo comprende tres partes: pasado, presente y futuro. Si examinamos el presente, veremos que Dios es por quien vivimos; si el futuro, Él es el objeto de todas nuestras esperanzas; y si consideramos, por fin, el pasado, veremos igualmente que jamás hubiéramos existido si Dios no nos hubiese criado: beneficio suyo fué, pues, el que naciésemos, y, aun después de nacidos, nuestra vida y hasta nuestra misma muerte fueron, como asegura San Pablo, singulares mercedes de sus liberales manos, y, cualesquiera que sean nuestras esperanzas futuras, están asimismo pendientes de los beneficios divinos. Sólo, pues, somos dueños del presente, y en su consecuencia, aunque nunca jamás interrumpiésemos las acciones de gracias durante todo el curso de nuestra

rio de su proceso, que los actos formales de amor de Dios que cada día practicaba llegaban, no raras veces, á varios miles.

Refiere Lancisio, tomándolo de Filón, que existía entre los judíos una tradición bastante original, la cual es como sigue: —Luego que Dios hubo criado el mundo, preguntó á los ángeles qué juicio habían formado sobre esta obra de sus divinas manos, y uno de ellos se atrevió á contestarle diciendo: que como era tan grandiosa y perfecta, le parecía que faltaba una cosa solamente, es á saber: una voz clara, sonora y armoniosa, que estuviese sin cesar llenando con su eco todos los ángulos del mundo, para de esta suerte ofrecer día y noche á su Hacedor continuas acciones de gracias por los beneficios é incomparables mercedes con que la había enriquecido: ignoraban aquellos espíritus bienaventurados que había de llegar época en la cual tenía que llenar el Santísimo Sacramento la función sublime de alabar y glorificar al Criador del Universo: y ved aquí la razón por qué nuestra acción de gracias no debía ser un ejercicio de devoción practicado de vez en cuando, pues la voz del amor que se mantiene siempre vivo y lleno de frescura y lozanía en el fondo de nuestros corazones, preciso es que se oiga sin cesar.

En varios de los pasajes de San Pablo arriba citados, habla el Apóstol de los ruegos con acción de gracias, como si no pudiese haber

enérgico acerca de este punto; y Nuestro Señor llegó á llamar á la práctica de acción de gracias por los beneficios comunes el collar de su esposa cuando, habiéndose dignado desposarse con Santa Gertrudis é instruyéndola sobre los adornos espirituales con que debía vestir y engalanar su alma, la dijo: *La esposa tiene que llevar sobre su cuello las señales del desposorio, esto es, la memoria de los favores que te he otorgado: la soberana generosidad con que te criara, dándote cuerpo y alma; la inefable largueza con que te he concedido salud y bienes temporales; la abrasada caridad con que te he separado de los devaneos del mundo, muriendo por ti y restituyéndote, si así es voluntad tuya, tu antigua herencia.* Cuenta Orlandini que el hacimiento de gracias por los beneficios comunes fué una de las devociones características del P. Pedro Fabre, de la Compañía de Jesús. Ocupábase sin cesar este siervo de Dios en traer á la memoria con singular agradecimiento, no sólo los divinos beneficios particulares, sino también aquellos que son comunes á todo el genero humano; y siempre tuvo presente la estrechísima obligación de dar gracias á la infinita liberalidad de Dios por los beneficios comunes, no menos que por los especiales, siendo para él motivo de grande aflicción ver el poco aprecio que de ellos hacía la generalidad de los cristianos, por conceptuarles asunto de

vida, difícilmente haríamos todavía lo bastante para corresponder agradecidos al favor que es siempre presente; pero nuestra imaginación no puede concebir ningún método posible para mostrar nuestro reconocimiento por el pasado y el tiempo futuro.»

Como por vía de apéndice á estas autoridades, paréceme que no será inoportuno añadir que la Iglesia ha concedido indulgencias á varias fórmulas de acciones de gracias para aficionar más y más á sus hijos á que glorifiquen á Dios con tan santas devociones: ya se nos ofrecerá ocasión de recordar que no pocas de estas prácticas son acciones de gracias á la Beatísima Trinidad por los singulares dones y señaladas mercedes con que enriqueciera á la Virgen María, Reina y Señora nuestra.

Nos servirá ciertamente de poderoso auxiliar en nuestro agradecimiento la clasificación de los principales beneficios por los cuales estamos obligados á rendir á Dios continuas acciones de gracias, y yo aconsejaría que en esta materia, como en muchas otras, siguiésemos el orden y método que propone el P. Lancisio.

SECCIÓN III

Varios objetos de acción de gracias.

1.° Debemos dar gracias á Dios, en primer lugar, por los beneficios comunes á todo el humano linaje: San Juan Crisóstomo es muy

nombrando las más que le era posible, daba á Dios, en nombre de estos cortesanos del Cielo, rendidas acciones de gracias por semejantes mercedes, porque decía que era una devoción provechosísima á nuestras almas y muy agradable á los habitantes de la Jerusalén celestial, quienes veían claramente la inconmensurabilidad de la deuda de gratitud que deben á Dios, así como la imposibilidad en que se hallan de satisfacerla cumplidamente. Y llegó Fabre á remontarse á regiones tan elevadas con el continuo ejercicio de esta devoción, que no había una sola dádiva otorgada por la Bondad divina á cualquier individuo que no considerase como deuda personal que debía pagar al Señor su Dios; así es que, apenas llegaba á percibirse de algún próspero acontecimiento sobrevenido á un hermano suyo, cuando, lleno de alborozo, entonaba al Rey de los siglos un cántico de alabanza y hacimiento de gracias. Más aun: contemplaba arrobado, y con los ojos rebosando júbilo, las lindas y hermosas ciudades, las fértiles campiñas, los hechiceros olivares, los deliciosos viñedos, los risueños prados, los alegres valles; y como semejantes objetos no podían hablar por sí mismos, suplía él esta falta suya dando rendidas gracias al Señor, Dueño universal de todas las cosas, por la hermosura y encantos que sobre ellos había derramado á manos llenas, ofreciéndoselas igualmente á nombre de sus arrendatarios y

escasa importancia. Lamentábase de que los hombres rara vez bendijesen aquella dulce voluntad y caridad inmensa de Dios que movieron sus paternales entrañas á criar el mundo y redimirle después á costa de su Sangre Preciosísima, abriéndonos así las puertas de la eterna bienaventuranza, y dignándose en todas estas finezas de su encendido amor pensar particular y distintamente en cada uno de nosotros.

Bajo el nombre de beneficios comunes van comprendidas las gracias todas de la Sagrada Humanidad de Jesús, los gloriosos dones y singulares prerrogativas de la Madre de Dios, y todo el esplendor y hermosura de los ángeles y santos de la Jerusalén celestial. Entre otras promesas que hizo Dios á Santa Gertrudis, fué una la siguiente: Todo aquel que alabe á Dios con devota intención, y le dé gracias por los favores otorgados á Gertrudis, será misericordiosamente enriquecido por el Altísimo, si no al presente, á lo menos en alguna ocasión propicia, con tantos dones espirituales cuantas fueron las acciones de gracias que él ofreciera. Cuenta Orlandini que el P. Fabro solía estar continuamente congratulando á los ángeles y bienaventurados del Cielo por todos los dones que habían recibido de las manos de su Criador, ponderando con especial asiduidad las gracias particulares con que les enriqueciera; y luego, separadamente por cada una de ellas,

motivo nos es imposible glorificarlas en ellos con perpetuos loores!

2.º La segunda clase de misericordias divinas por las cuales tenemos obligación de corresponder agradecidos, ofreciendo continuas acciones de gracias, comprende los innumerables beneficiós personales que hemos recibido de la bondad y liberalidad de nuestro Dios y Señor.

Oigamos á este propósito á San Bernardo en su primer sermón sobre los *Cantares*: «En las guerras y en los combates», son sus palabras, «que deben reñir con el demonio, mundo y carne todos aquellos que viven piadosamente en Cristo, pues la vida del hombre, como habréis experimentado en vosotros mismos, es una milicia sobre la Tierra; en todos estos combates, repito, es menester que volvamos á cantar aquellas nuestras canciones de agradecimiento por las victorias alcanzadas anteriormente. Cuando la tentación es vencida, y el vicio dominado, y el inminente peligro precavido, y descubiertos en tiempo oportuno cualesquier lazo y asechanza del enemigo, y la vieja é inveterada pasión del alma amansada, y la virtud, tan codiciada y pedida con vivas ansias, alcanzada al fin por la misericordia divina, ¿qué otra cosa debemos hacer más que, á dicho del Profeta, entonar entonces un himno glorioso de alabanza y acción de gracias, y bendecir á Dios por todos los dones y regalos de su infi-

poseedores, por el usufructo y dominio que Dios les otorgara.

¡Oh qué riquezas debía atesorar el interior del alma de este santo varón, adornada de dones tan excelentes y variados, embellecida y exornada con gracias tan exquisitas y singulares, y, sobre todo, ataviada con aquel precioso é inextinguible caudal *de disposiciones interiores* que constituían su peculiar carácter espiritual, y en lo cual difícilmente existía Santo alguno canonizado que llegara á sobrepujarle! No es, pues, maravilla que San Francisco Javier añadiese su nombre á la Letanía de los Santos, ni que San Francisco de Sales hablase del gozo incomparable é indecible con solación que experimentó al consagrar un altar en Saboya, cuna de varón tan insigne. Pero, á semejanza de Baltasar Alvarez, á quien Santa Teresa vió en espíritu gozando en el Cielo mayor gloria que todos sus contemporáneos, incluso no pocos Santos canonizados; así Pedro Fabre no está colocado sobre los altares de la Iglesia, sino que descansa en el seno de Dios como uno de sus Santos ocultos. ¡Loor, pues, y gloria á la Trinidad Beatísima por cada uno de los dones y prerrogativas con que se dignó embellecer el alma angelical de este varón venerable! ¡Alabanza y bendición á tan augustas Personas por todos los tesoros de gracia con que enriquecieron á los Santos que actualmente viven ocultos en su divino seno, y por cuyo

gado en el bautismo, purificándote del pecado de Adán; aquella infinita paciencia con que te he sufrido cuando caíste en la culpa, y aquella generosa largueza con que te he sostenido para que no volvieses á cometer nuevas y más enormes maldades».

Otro de los beneficios personales que debemos agradecer á Dios es la conservación de la vida y la salud, medio eficacísimo con el cual podemos acumular diariamente riquísimos tesoros de merecimientos, y glorificar con numerosos y variados actos de amor divino á la Majestad Soberana del Altísimo. Tenemos asimismo la obligación de darle señaladas gracias por las humillaciones pasadas y presentes, por las calumnias y malévolas interpretaciones que han dado á nuestras palabras, obras, omisiones é intenciones; por las detracciones malignas que tanto nos han hecho sufrir, y, últimamente, por todo cuanto ha contribuído á mortificar nuestro amor propio. Porque, si consideramos los verdaderos intereses de nuestra alma, no podremos menos de convenir en que es un beneficio inestimable del Cielo la humillación ó abatimiento, no sólo por el auxilio que nos ofrecen para adelantar en el camino de la perfección cristiana, sino también á causa de las innumerables ocasiones que nos proporcionan de glorificar á Dios, y adquirir un riquísimo caudal de merecimientos, y llegar, en fin, un día á ocupar un lugar muy alto y encumbrado

nita liberalidad? Porque en el día del Juicio será contado entre los ingratos aquel que no pueda decir al Señor: *Tus justicias fueron asunto de mis canciones de alabanza en el lugar de mi peregrinación.* ¡Qué más! Por cada paso que demos en la senda de la virtud, y por cada escalón que subamos en la vida espiritual, menester es que cantemos otras tantas canciones en alabanza y gloria de Aquel que así se ha dignado levantarnos». «Yo instaría con todas las fuerzas de mi alma, escribe Lancisio, á todos aquellos que sirven fielmente á Dios, que le ofrezcan rendidas gracias con particular agradecimiento y encendido afecto de su corazón, á lo menos cuatro veces al día: primera, por la mañana, durante la meditación; segunda, al medio día, ó antes de la comida; tercera, en el examen de conciencia; cuarta, al tiempo de irse á la cama. Entre los beneficios personales ocupa el primer lugar aquella gracia con que nos ha llamado de la herejía á la fe católica, ó del olvido completo de los Sacramentos y continuas recaídas en la culpa á una verdadera conversión y vida ejemplar.» Nuestro Señor habló así en cierta ocasión á Santa Brígida: «La esposa, hija mía, debe estar ataviada con el blanco ropaje y los ricos adornos del desposorio al tiempo que va el Esposo á las bodas; y brillarán por su blancura esos tus vestidos y preciosas galas cuando recuerdes con afecto de agradecimiento aquella dádiva graciosa que te he otor-

de los atributos de Dios, le dedicaría á la divina Paciencia ¡Cuán bella y agraciada no debía ser aquella alma angelical, y qué cosas tan íntimas y secretas no pasarían entre ella y su Esposo divino!

Además, ¿cuántas culpas no hubiéramos cometido si la misericordia divina no hubiese salido luego al punto á nuestro encuentro, teniéndonos de su mano? ¿Cuántas tentaciones, tan fatales á los demás, que ni siquiera han llegado á mortificarnos un solo momento de la vida? El emperador Antonino, aunque pagano, daba gracias á Dios por las ocasiones de pecado á que nunca se había visto expuesto; y he aquí otro de los beneficios personales, objeto especial de nuestro agradecimiento. Pero todavía existen tres beneficios personales que un católico no debería perder jamás de vista, y son los siguientes: 1.°, la elección divina, por la cual es cristiano y no judío, mahometano ó hereje; 2.°, la paternal providencia de Dios, que desde que vinimos al mundo ha sido siempre nuestra defensa y armadura y escudo fortísimo; 3.°, la divina liberalidad con que nos ha colmado y enriquecido de innumerables dones y singulares dádivas graciosas para adornar nuestra alma y aumentar nuestro gozo en el Señor.

Aconséjanos San Juan Crisóstomo que correspondamos también agradecidos á los inestimables beneficios ocultos que Dios, en su mi-

en la patria del Cielo; pues no es fácil concebir un medio tan poderoso para glorificar á Dios Nuestro Señor como el ejercicio devoto de las virtudes cristianas, mientras el alma se ve perseguida por la humillación y el abatimiento. Si, pues, nuestro estado ó condición de la vida no nos granjea el aprecio y las alabanzas de los hombres, demos por ello las más rendidas gracias á Dios Nuestro Señor, que ha tenido la dignación de librarnos del peligro que de otra suerte hubiéramos corrido en el mundo ocupando un puesto más elevado y honroso.

La paciencia infinita que Dios ha usado con nosotros es asimismo un beneficio inestimable que merece todo nuestro reconocimiento; porque ¿no es un espectáculo digno de la mayor admiración el contemplar por una parte la soberana mansedumbre con que el Señor nos ha sufrido, y por otra la perversidad inconcebible de nuestro corazón á tan regalada muestra de su caridad paternal? ¿Cuántas absoluciones no hemos recibido? ¿Cuántos méritos perdidos, nuevamente recobrados? ¿Cuántas gracias alcanzadas de las misericordiosas entrañas del Rey Soberano de la Gloria? ¡Oh, qué milagro tan estupendo de paciencia ha sido Dios para con nosotros! Paréceme que no sin sobrado motivo podríamos penetrar en espíritu dentro del corazón inmaculado de aquella doncella española que solía decir, según afirma el P. Rho, que si tuviese que levantar un templo en honor

signios, pretende sacar de las aflicciones, pues fácilmente ocurrirán á cualquiera. El venerable Juan de Avila solía decir que un solo *Deo gratias* en la adversidad tenía más valor ante los divinos ojos que seis mil en tiempo de prosperidad. Pero volvamos otra vez á Orlandini, quien es inimitable en aquella magnífica descripción donde pinta á las mil maravillas el don especial de acción de gracias que adornaba el alma angelical de Pedro Fabre. Creía este siervo de Dios, y con fundado motivo, que no debían los hombres darse por satisfechos humillándose bajo la mano del Todopoderoso cuando les probaba con públicas calamidades, sino que era menester que tributasen entonces al Señor las más rendidas gracias por semejantes adversidades, es decir, por el hambre y escasez, por las guerras, pestes, tempestades y por todos los otros azotes del Cielo; y era para su corazón compasivo motivo de dolor *vehementísimo* ver que los hombres no conocían claramente los amorosos intentos de Dios al afligirlos con semejantes trabajos: ceguera que causaba en su ánimo la mayor pesadumbre cuando gemía compasivo sobre las desventuras con que Dios se dignaba visitarlos; porque no es ciertamente perfecto agradecimiento aquel que sólo se alimenta de favores y regaladas mercedes. *¡No!,* exclama San Antioco, *no podemos nosotros afirmar que un sujeto es verdaderamente agradecido hasta*

sericordia infinita, se ha servido derramar sobre nosotros á manos llenas. *Dios, dice, es una fuente perenne de clemencia, que continuamente está inundándonos con las cristalinas aguas de su divina liberalidad, aun cuando no lo conozcamos.* Cuenta asimismo Orlandini que el P. Pedro Fabre llegó á señalarse de un modo singularísimo en el agradecimiento á los beneficios ocultos. Solía decir este varón insigne que difícilmente habría ningún otro beneficio por el cual debiéramos ser más escrupulosos en dar gracias á Dios, como por aquel que nunca solicitamos, viniendo á nuestras manos sin que lleguemos á conocerlo. Probablemente, no pocos de nosotros sabremos en el día de la cuenta que semejantes dádivas, ocultas á nuestras miradas, fueron el verdadero eje sobre el cual girara toda nuestra vida mortal, y con cuyo auxilio llegó á obrarse nuestra predestinación y eterno descanso en la gloria del Cielo.

3.° Ni vayamos tampoco á creer que se nos exige demasiado al recomendarnos los escritores espirituales la obligación de dar rendidas acciones de gracias á Dios Nuestro Señor por las aflicciones y tribulaciones pasadas, igualmente que por aquellas otras que tengamos que sufrir en el tiempo presente; no es éste, claro está, lugar oportuno para entrar en averiguaciones acerca de los riquísimos tesoros que la Providencia Divina, en sus altos y secretos de-

los inmensos mares; si sufrieses, en fin, tantas penas y trabajos cuantos eres capaz de sufrir; todos estos sacrificios no serían suficientes para corresponder agradecida al más pequeño beneficio que liberalmente te he concedido». Cuenta la misma Varani, que en otra ocasión la dió el Señor á entender cómo ni la Madre gloriosísima del Verbo Eterno, María Santísima, ni todos los ángeles y bienaventurados de la Corte Celestial, con cuantos encantos y perfecciones engalanan su gentileza, podrán nunca rendirle las debidas gracias por la creación de la más pequeña flor del campo que el Omnipotente criara para deleitar nuestra vista, y no por otra razón, sino á causa del abismo infinito que existe entre su divina excelencia y soberana grandeza y nuestra ruindad é inconmensurable bajeza. También en esta devoción, según refiere Orlandini, llegó á sobresalir el P. Pedro Fabre, quien solía decir que en toda dádiva divina, por liviana que fuese, debían ponderarse tres cosas, á saber: el Dador, el don y el afecto de caridad con que la concedía; y que si nosotros considerásemos devotamente estos tres objetos, veríamos entonces con toda claridad la grandeza que campea en las más pequeñas misericordias divinas. «Indudablemente, continúa su biógrafo, fué ésta la causa por la cual su alma bienaventurada se hallaba siempre nadando en la abundancia de las divinas larguezas; porque siendo

que no le veamos dar á Dios sinceras y cordiales acciones de gracias en medio de las calamidades. Y San Juan Crisóstomo, en sus *Homilías sobre la Carta de San Pablo á los de Efeso*, escribe que *debemos dar gracias á Dios hasta por la existencia del mismo Infierno, y por todas las penas y tormentos que allí se padecen, pues son un freno eficaz para domar nuestras desordenadas pasiones.*

4.° Es también una devoción muy regalada el dar gracias á Dios, Padre amoroso, por aquellos beneficios que llamamos insignificantes y livianos, no porque exista largueza alguna insignificante para nosotros, criaturas harto indignas de semejantes favores, sino con relación á las otras misericordias de Dios más soberanas y de más alta estimación: San Bernardo no teme aplicar á este ejercicio piadoso de acción de gracias por los beneficios de escasa valía el encargo que hizo el Señor á sus discípulos de recoger con exquisito cuidado todos los fragmentos y sobras, para que no se desperdiciarse absolutamente ninguna.

Leemos en la *Vida de la Beata Battista Varani*, de la Orden de San Francisco, que en cierta ocasión la habló el Señor de esta manera: «Si no volvieses nunca más á pecar; si tú sola hicieses más penitencias que cuantas han hecho todos los Santos del Cielo, mientras vivieron sobre la Tierra; si derramases tantas lágrimas como gotas de agua encierran todos

desagradecimiento y el de sus prójimos al recibir los beneficios de las manos de Dios Nuestro Señor; y siempre que veía algún rico ó poderoso de la Tierra acostumbraba á hacer actos de reparacion amorosa por la negligencia posible de semejante sujeto en dar gracias á su divino Bienhechor. Otras personas devotas llegaron á formarse tan elevado concepto de aquellos beneficios divinos por los cuales dieron gracias al Altísimo al tiempo de recibirlos, que ahora, no satisfechas con semejante correspondencia, parécelas que aquel agradecimiento suyo no fué tan grande y afectuoso cual pudiera haberlo sido: devoción generosa y grandemente regalada que, según afirma San Lorenzo Justiniano, entra en la acción de gracias que rinden al Rey de la majestad los bienaventurados de la Gloria del Cielo. Aquellos beneficios, pues, de que abusamos ó recibimos con desdeñosa indiferencia, aconseja San Bernardo que debemos considerarles como asunto de un especial hacimiento de gracias. Otras personas, últimamente, ejercitaron la devoción de dar gracias á Dios hasta por los beneficios á que se fuesen preparando sus prójimos, y por cuanto bueno les acaeciera mientras se hallasen dormidos: práctica piadosa que nos demuestra, á lo menos, el amor ingenioso de los corazones agradecidos. Pero todavia existe otra devoción en la cual solía ejercitarse Pedro Fabre, según enseña Orlaudini, y que bajo nin-

Dios un océano inagotable de bondad, es imposible que llegue á secarse la fuente de la liberalidad infinita, allí donde da con un corazón sumamente devoto y agradecido, en cuyos senos pueda derramar las cristalinas aguas de sus inefables misericordias». Así es, que Tomás de Kémpis asegura que, si nos detuviésemos á considerar la majestad y grandeza del Dador, ningún don tendríamos entonces por pequeño, mucho más sabiendo que el mismo Señor llegó á encargar á Santa Gertrudis que le diese gracias hasta por los beneficios futuros no recibidos todavía: ¡tan acepta es á sus divinos ojos la práctica de acción de gracias!

5.° No raras veces se le oyó decir á San Ignacio que eran muy pocas las personas, acaso ninguna, que penetrasen á fondo el enorme impedimento que oponemos á Dios cuando desea en su inefable liberalidad obrar cosas grandes en nuestras almas, pues apenas son creíbles los portentos que obraría en ellas sólo con que nosotros se lo permitiésemos. He aquí por qué no pocas personas espirituales han hecho una devoción especial de acción de gracias á la Divina Majestad de los beneficios que el Omnipotente las hubiera concedido, si ellas no se lo hubiesen estorbado, y de aquellas otras mercedes á que no correspondieron agradecidas al tiempo de recibirlas. Fabre solía celebrar Misas, ó las mandaba decir, en expiación de su

semejante devoción es el ejercicio mas excelente del amor fraternal, y altamente agradable á los divinos ojos; porque es imposible que llegue uno á practicarla por mucho tiempo sin que la indiferencia y resentimiento que abriga en el corazón contra su prójimo no cedan luego el paso á la dulzura y cariño hasta por aquellos hermanos nuestros que más nos ofendieron y mayor aversión llegaron á tenernos. Mas como mi principal objeto al escribir la presente obrita no es otro que el acumular una abundancia de medios, á cuál más tiernos é ingeniosos, para procurar á Nuestro Señor dulcísimo siquiera un pequeño grado más de gloria; como mi ánimo es mover suavemente á mis lectores á ejercitarse en actos de reparación amorosa por las ofensas y ultrajes que reciben diariamente la honra de Dios y los sagrados intereses de Jesús, paréceme que no será inoportuno añadir aquí algunos otros métodos de acción de gracias que tanto hacen á mi propósito. Traslademonos, pues, con la consideración á las cavernas del Infierno, y contemplemos allí aquellas almas infelices que habitan esa región de tinieblas y sempiterno llanto: no existe ni una sola á quien Dios no colmara de bendiciones, enriqueciera de dones muy señalados y exornara con las caricias divinas del Espíritu Santo; pero en aquellas cárceles tenebrosas no se canta ninguna canción de gracias al Altísimo; allí sólo levanta su

gún concepto debemos pasar en silencio, la cual consiste en dar á Dios gracias muy señaladas por haber impedido que no pocas de nuestras acciones y palabras causasen el escándalo que de suyo hubieran producido: ¿concíbese, pues, misericordia más dulce y regalada que la presente?

6.° Otra de las devociones de las personas piadosas consiste en dar gracias al Hacedor del mundo por todas las criaturas irracionales, cuya práctica es sumamente agradable á sus divinos ojos como Criador sapientísimo del Universo, y tiene asimismo la ventaja de ser una de las devociones más excelentes de la presencia de Dios, pues que nos dispone en todo tiempo y lugar á elevarnos hasta Él por la contemplación de las criaturas. Pero en semejante devoción no debemos atender principalmente al uso y señorío que Dios en su liberalidad infinita se ha dignado concedernos sobre los seres de la naturaleza, sino más bien al amor que nos tuviera al criarlos, según Él mismo aseguró á Santa Catalina de Sena. «Cuando el alma, la dijo, ha llegado al estado de perfecto amor, recibiendo los dones y gracias de mis manos, no tanto considere la dádiva mia como el afecto de caridad que moviera mis paternales entrañas á conferírsela.»

7.° Glorificaremos igualmente á Dios Nuestro Señor dándole rendidas gracias por todos los beneficios otorgados á nuestros enemigos:

niéndole descaradamente á la pública vergüenza. ¡Gloria, pues, á Dios por cada una de las larguezas que ha otorgado á estas infelices criaturas suyas! ¡Alábele ahora en su memoria el Santísimo Sacramento desde todos los tabernáculos del Universo mundo; porque mil veces más dulce y melodiosa es la voz de Jesús Sacramentado que pudiera haberlo sido aquella otra voz clara, llena, sonora y armoniosa que, según la judaica tradición, solicitara el abrasado amor angélico!

Si queréis poner en práctica esta devoción del hacimiento de gracias por todos los beneficios que el Criador Omnipotente ha derramado á manos llenas sobre sus criaturas, yo me atrevería á aconsejaros que adoptarais el plan de *Apostolado de la Oración;* y no vayáis á persuadiros que, cambiando la oración en acciones de gracias, deje por eso de ser verdadera oración; al contrario, aumentará así su excelencia.

El domingo, bajo la invocación de la Santísima Trinidad, ofreced á Dios rendidas gracias por la Iglesia, el Papa, el Clero y por todos los fieles que viven en estado de gracia: el lunes, en unión con todos los Santos de la Corte Celestial, dad al Señor Dios Nuestro infinitas gracias por todo cuanto ha hecho, hace y hará graciosamente en lo sucesivo por las necesidades del Catolicismo en Europa: el martes, convidad á los ángeles que tengan la dignación

voz la justicia inexorable del Rey de la Majestad, y el divino amor permanece silencioso; he aquí por qué el Venerable P. Luis de la Puente, en el *Prefacio de sus Meditaciones*, nos recomienda encarecidamente la práctica devota de acción de gracias á Dios Nuestro Señor por todos los beneficios de naturaleza y gracia que ha derramado sobre los mismos condenados.

Otros han ido aún más lejos todavía: era tal su celo por la gloria de Dios, y tan grande su temor de que pudiese haber algún rincón del mundo donde no se tributasen al Criador Omnipotente las gracias debidas á sus divinas misericordias y soberanas larguezas, que llegaron á ofrecerle alabanzas por haber tenido su bondad la dignación de contentarse con castigar á los réprobos *citra condignum*, esto es, menos de lo que merecen sus culpas: ¡cuán pródigo, pues, no ha sido Dios de su bondad infinita, y cuán cierto es asimismo que sobrepujan al cálculo los innumerables dones y mercedes que concediera liberal á los condenados! Añadamos ahora la muchedumbre de judíos, infieles y herejes que existen en toda la redondez de la Tierra, sin cuidarse de corresponder agradecidos á los divinos beneficios, y agreguemos igualmente tantos malos católicos que están viviendo en pecado mortal, hollando bajo sus pies los Santos Sacramentos, crucificando de nuevo á Nuestro Señor dulcísimo y expo-

poco amado de los hombres! ¿Qué me importa la vida ni la misma muerte, si á costa suya lograse que Dios fuese más y más amado cada día? ¡Oh dulcísimo Jesús mío! ¡Cuándo se encenderá nuestro corazón en la llama del divino amor! ¿Cuándo, Jesús mío y Salvador mío, cuándo? ¿Dónde está, Dueño mío, aquel fuego que viniste á encender sobre la Tierra? ¿Dónde está, que no llega á consumirse mi corazón? ¡Señor amorosísimo! Ya que tan poco os amamos, avergoncémonos siquiera y llenémonos de un santo rubor por no profesaros aquel amor que se merece vuestra grandeza soberana y la hermosura y embeleso de vuestra divina naturaleza que roba los ojos del Querubín.

8.° El objeto de la presente práctica consiste en dar gracias á Dios Nuestro Señor, con el mayor regocijo posible y el más encendido fervor del corazón, por la inmensa muchedumbre de ángeles y santos que pueblan los Cielos, adorándole como á su Cabeza y rindiéndole infinitas gracias como á Autor de toda gracia y Dador de todos los dones; porque si nosotros le profesáramos un verdadero amor, nuestra mayor pesadumbre sería considerar esta nuestra incapacidad para amarle dignamente y cual se merece, y en su consecuencia tendríamos como un beneficio inestimable que, en su liberalidad infinita, se hubiese servido dispensarnos la creación de esa multitud innumerable de seres bienaventurados capaces de

de unirse con vosotros para rendir gracias á la Divina Majestad por todas las misericordias que ha otorgado á los treinta y seis millones de negros y salvajes que existen en el mundo: el miércoles, invocad á San José, y en unión suya dad gracias á Dios Nuestro Señor por todo el amor que pródigamente ha derramado sobre los trescientos cincuenta y cinco millones de gentiles que pueblan el Asia oriental: el jueves, unios con Jesús en el Santísimo Sacramento, y suplid el desagradecimiento de los doscientos veinte millones de infieles del Asia occidental: el viernes, cobijaos dentro del Sagrado Corazón de Jesús, y, enfervorizados allí con la memoria de su Pasión santísima, suplid la ingratitud de los ciento veinte millones de herejes y cismáticos que viven diseminados por toda la redondez de la Tierra; y últimamente, el sábado, ofreced á Dios el Inmaculado Corazón de nuestra Madre benditísima por todos los pecadores del mundo. en justo agradecimiento á los innumerables beneficios con que se ha servido enriquecerlos. ¡Oh Dios y Padre mio! ¡Pluguiera al Cielo que esta pequeña ofrenda que me atrevo á presentar á tus divinos pies pudiese procuraros un poquito de gloria, siquiera no fuese más que un solo grado, y sirviese asimismo para aumentar diariamente el número de corazones que anhelan con vivas ansias amar á tu Hijo Jesús y Salvador nuestro, gimiendo inconsolables por ser tan

SECCIÓN IV

Acción de gracias por el don inestimable de la fe.

9.º Otras personas llegaron á señalarse por un afecto profundo de agradecimiento hacia el don inestimable de la fe, y á todas aquellas maravillas sobrenaturales de nuestra sacrosanta Religión cristiana: dones que forman dos fuentes distintas y muy abundantes de tierna devoción. La primera, esto es, la fe, induce á los hombres á regocijarse no menos en la absoluta soberanía de Dios y supremacía ilimitada de su excelencia y adorable Majestad, como en su propia indignidad y vileza, que sobrepujan á todo humano encarecimiento.

A semejanza de Pedro Consolini, se ven inclinados á favor de aquella opinión teológica relativa á la naturaleza y eficacia de la gracia, que favorece más á la elección divina que al libre albedrío del hombre; y si adoptan con Lessio la opinión contraria, es solamente porque, á juicio suyo, procura más gloria á Dios que la primera: imagínanse que nunca podrán ellos agradecer á Dios debidamente el singular beneficio, digno de perpetuos loores, que se les ha otorgado de hallarse tan completa y absolutamente abandonados en las manos de su Criador omnipotente; y por nada del mundo cambiarían de condición: apenas pueden con-

amarle más, incomparablemente más, que nosotros le amamos, á pesar de todos nuestros esfuerzos. Algunas personas piadosas han añadido á esta práctica devota la de la acción de gracias por todo el culto y adoración que al presente está recibiendo el Altísimo en toda la redondez de la Tierra y mansiones del Purgatorio; por todos los sacrificios que ahora le ofrecen millares y millares de ministros suyos y almas puras; por todas las oraciones que desde innumerables iglesias y santuarios suben en olorosa espiral á los pies del excelso Trono que ocupa en el Empíreo, cual Rey de la Majestad; por los votos con que se están ligando los fervorosos fieles para ofrecerse en su servicio cual víctimas de expiación; y, finalmente, por todos los grados de aumento que recibe el amor divino en aquellos corazones que viven la vida regalada de la gracia santificante. Otras personas devotas se han sentido asimismo dulcemente atraídas á rendir á Jesús continuas acciones de gracias por los misterios gloriosos de su Vida santísima, alabándole con perpetuos loores por la gloria inefable que en ellos gozara, por la que procuraron á su Eterno Padre y por los inestimables beneficios que de ellos hemos conseguido; de aquí es que todos los siervos de Dios que profesaron una especial devoción á la Resurrección triunfante y gloriosa de Jesucristo Salvador nuestro, se les ha visto casi siempre aficionados á la práctica amorosa de la acción de gracias.

rencia profunda á todas las bendiciones de la Iglesia, á los sacramentos, materias, formas, administración de los mismos y á las rúbricas que se observan en sus ceremonias, que más bien que un ritual y directorio de las pompas de la Tierra, parecen resplandores y centellas del Cielo: glorianse de que los principios del Evangelio y la vitalidad de la Iglesia sean opuestos á todos los cálculos y máximas del mundo: alégranse en la fuerza de la flaqueza, en la exaltación de la santa pobreza, en el esplendor de la humillación, en la omnipotencia del sufrimiento, en el triunfo de la derrota: todas estas cosas son para ellos como los suaves y olorosos perfumes de las Molucas que lleva el viento al fatigado navegante, la fragancia del Cielo y el exquisito aroma de la Divinidad: regocíjanse de que los hombres se conviertan por la eficacia inefable del don invisible de la gracia, más bien que por los razonamientos de la controversia, y sienten su corazón inundado de indecible placer cuando se persuaden que Dios no raras veces toma de su propia cuenta el negocio de nuestra salud, trabajando en él por Sí mismo, sin valerse para nada de nuestra cooperación: no se agitan en su mente arcanos impenetrables sobre Dios y la naturaleza, porque no consideran al hombre, conforme enseñan los *Tratados Bridgewater* y otras publicaciones por el estilo, como el centro del sistema del Universo, como la ra-

cebir que existan personas que no abriguen los mismos sentimientos; y si bien bendicen á Dios, rico en misericordias por sus inefables promesas, el instinto habitual suyo consiste principalmente en poner toda su confianza en el amor divino: cúidanse muy poco ó nada del mérito, y su única solicitud es la gloria de Dios Nuestro Señor: *No podemos sufrir este lenguaje acerca del mérito,* dicen con San Francisco de Sales; aunque de aquí no se sigue que todo el mundo esté obligado á sentir y hablar de la misma manera: el dulce pensamiento de la soberanía de Dios, más bien que el de su inquebrantable fidelidad, es para los espíritus melancólicos y abatidos el blando lecho de su reposo y descanso apacible; y semejantes sujetos gozan en la religión de una dicha inefable, excepto cuando Dios les retira por algún tiempo, para su mayor santificación, aquella dulce confianza, y, aun entonces, es su lenguaje el de Job: *Aunque me mate, en El pondré todavía mi confianza.*

Dichas personas parece que poseen el don especial de la abnegación propia y del desapego completo á las cosas del mundo: deléitanse en los planes y espirituales empresas que acometen los demás hombres y aquellas Ordenes religiosas rivales á la suya: complácense de que sea enteramente sobrenatural todo lo relativo al mérito, satisfacciones, absoluciones, hábitos infusos é indulgencias: profesan una reve-

vivimos. Semejante práctica fué la devoción favorita de Santa Juana Francisca de Chantal, una de las almas más bellas y angelicales que han existido sobre la Tierra, y de cuya *Vida* voy á trasladar aquí, sin el menor escrúpulo, un extenso párrafo; porque, entre todas las variedades de la vida espiritual y las manifestaciones del espíritu de santidad, paréceme que no existe ninguna más conveniente y provechosa á nuestras almas como el dulce y suave espíritu de la Orden de la Visitación, que tanta semejanza tiene con el Oratorio de San Felipe. Cuando San Francisco de Sales se hallaba en Roma durante su juventud, pasaba no pocas horas del día en el Oratorio, cuya regla solía llamar *manera admirable de vivir santamente*, y uno de sus amigos más íntimos era el Venerable Juvenal Ancina, en cuyo proceso de canonización figura como testigo el mismo San Francisco. Queriendo, pues, este varón insigne consolidar en el Chablais su obra de la conversión de las almas, creó en Thonon un Oratorio de San Felipe, compuesto de siete Padres, de los cuales fué él mismo su Prepósito; así es que la Santa Sede ha autorizado á varias de nuestras Congregaciones para que guarden la fiesta de San Francisco como si fuese la fiesta de un Santo de la Orden, y la regla de la Visitación tiene no pocos puntos de semejanza con la de San Felipe Neri. No es, pues, extraño que la edición de las obras del Obispo

zón última de la creación y el blanco principal de los designios divinos: imagínanse que semejante teoría disminuye el campo de sus vistas espirituales, como limita el de las vistas humanas de la Naturaleza la hipótesis de que la Tierra es el centro del sistema solar, ó bien que el sistema solar es el centro del Universo; sino que contemplan á Jesús como centro de todas las cosas, como la razón última de la creación, como el blanco de los designios divinos: figúranse que la predestinación de Jesús todo lo explica, todo lo armoniza y todo lo gobierna; cuya predestinación, juntamente con la de su Madre bendita, Reina y Señora nuestra, es la fuente de todo cuanto existe fuera de la unidad de la Trinidad: el fin exclusivo de todos sus desvelos en este valle de lágrimas es seguir las sendas de Jesús; y á excepción de la excelsa dignidad de ser objeto predilecto de las caricias divinas, todo lo demás no tiene interés ni importancia alguna ante sus ojos: así como los luminosos rayos solares ocultan á nuestra vista las estrellas del firmamento, así el rico y alegre esplendor de la predestinación de Jesús apenas permite á estas almas bienaventuradas ver y distinguir los misterios impenetrables de la fe, la permisión del mal, la eternidad de las penas del Infierno y otros dogmas por el estilo.

La acción de gracias por el don inestimable de la fe es una práctica que nunca podrá ser bastantemente recomendada en el siglo en que

que era ya proverbial entre sus religiosas decir en las festividades de los grandes Santos de la primitiva Iglesia: *Es uno de los Santos de nuestra Madre*. No se contentaba con oir leer sus Vidas en el refectorio, hablando de ellas luego después mientras la recreación, sino que se llevaba no raras veces el libro á su celda para volverlas á leer privadamente; y en los últimos años de su peregrinación en este valle de lágrimas compró las *Vidas de los Santos*, en dos volúmenes, anotando las de aquellos grandes siervos de Dios y primeros hijos de la Iglesia que leía con mayor devoción: profesaba una especial reverencia á San Espiridión, por haber este varón insigne cautivado en obsequio del Credo católico su razón de filósofo sutil: sabía de memoria el himno de Santo Tomás, *Adoro te devote*, que recitaba con bastante frecuencia; cuyo himno hizo aprender á varias de sus religiosas, declarándolas al propio tiempo que ella siempre repetía dos ó tres veces el verso siguiente:

Credo quidquid dixit Dei Filius.

Al principio de su viudedad entregóse tan de lleno á esta su devoción favorita, que la mayor complacencia suya consistía en convencer á su entendimiento de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía con las siguientes palabras: *Veo vino, y creo que es la Sangre del*

de Ginebra, impresa en Venecia, lleve por título: *Obras espirituales de San Francisco de Sales, Prepósito del Oratorio de Thonon y Fundador de la Orden de la Visitación de Santa María;* ni que la traslación de la *Vida de la Venerable M. Blonay*. de Carlos Augusto de Sales, publicada en Nápoles, año 1694, tenga en su portada las siguientes palabras: *Por un humilde siervo, muy amante del espíritu de San Francisco de Sales y San Felipe Neri.* Pero volvamos á Santa Juana Francisca.

En la *Vida* (1) de esta sierva de Dios leemos lo que á continuación vamos á copiar: «Cuando después de casada se fué á vivir al campo, é igualmente en su estado de viuda, mandó aprender el canto del Credo á aquellos de sus criados que mejor voz tenían, á fin de que acompañasen, cantándole con gran solemnidad, en la Misa parroquial, el cual oía la Santa con indecible placer de su alma; y, luego después que se hizo religiosa, ella misma solía cantarle durante la recreación. Profesaba una singular devoción á los santos mártires, porque habían generosamente derramado su sangre por la fe, é igual reverencia tenía á aquellos grandes Santos de los primeros siglos que defendieron palmo á palmo tan rico tesoro, así de palabra como por escrito: de suerte

(1) *Vida*, vol. II, pág. 6, edic. del Orat.

cifijo, puso el versículo siguiente del libro de los Cantares: *Senténe debajo de la sombra de mi Amado, y su fruto fué dulce á mi paladar.* Rogándola una hermana suya de comunidad que tuviese la dignación de decirla por qué ponía esta sentencia en aquel lugar: *Para estar frecuentemente,* la replicó, *haciendo actos breves y sencillos de fe: porque si bien la fe es en sí misma una clara luz para la razón humana, es, no obstante, una sombra, y quiero que mi razón se siente á descansar bajo la sombra de la fe, la cual me manda creer que Aquel que con tanta ignominia está clavado sobre la cruz es el verdadero Hijo de Dios.* Declaró igualmente en otra ocasión, que siempre que contemplaba el Crucifijo tenía la intención de que la simple mirada suya fuese un acto de fe, semejante al del Centurión, quien, dándose golpes de pecho, decía: *Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios.*

La misma Santa reveló un día en confianza á cierta persona que, aun viviendo en el mundo, se había Dios servido comunicarla luces inefables acerca de la pureza de la fe, manifestándola al propio tiempo que la perfección de nuestra inteligencia, acá en la Tierra, consiste en su cautiverio y sumisión á las verdades obscuras de la fe; que sería iluminada dicha potencia con esplendorosas claridades de vivísima luz, á medida que fuese más humil-

Cordero de Dios: gusto el sabor de pan, y creo que es la verdadera Carne de mi Salvador. Mas luego que se puso bajo la dirección de San Francisco, aprendió del Santo á simplificar su símbolo y recitar cortos y fervorosos actos de fe, demostrándola aquel prelado ilustre que la fe más sencilla y humilde era también la más solida y agradable á los divinos ojos. Diariamente repetia la sierva de Dios, al fin del Evangelio de la Misa, el Credo y el *Confiteor;* y un dia, exhortando á sus religiosas á practicar la misma devoción, exclamó: *¡Pero, Dios mío de mi alma! ¿qué necesidad tenemos nosotras de humillarnos, cuando ni por sueños siquiera se nos juzga dignas de confesar la fe delante de todos los tiranos de la Tierra?* Un espíritu parecido fué el que movió á San Felipe á levantarse una noche en el Oratorio, lleno todo de agitación y de espanto, recelando que lo que había dicho á sus oyentes el predicador de la tarde aquel dia podría acaso haberles dado una idea favorable del Instituto, y prorrumpió con estas sentidas expresiones: *¡No hay motivo para vanagloriarse! Nada somos nosotros: ningún individuo de la Congregación ha derramado todavia su sangre en defensa de la fe.*

Santa Juana Francisca había asimismo escrito ciertas sentencias sobre las paredes de su celda, habitación que después fué destinada para noviciado; y en la pared, debajo del Cru-

ver, hijas mías, con pruebas, milagros y revelaciones, á no ser para bendecir y glorificar á Dios Nuestro Señor, que en su infinita misericordia se ha dignado proveer de semejantes auxilios á aquellos que los necesitan? Bástanos saber que Dios nos ha revelado, por mediación de su Iglesia, todo cuanto es necesario para nuestra felicidad temporal y salvación eterna.

Cuando escribió las Meditaciones para los ejercicios espirituales, extractadas de los escritos de San Francisco, compuso una sobre el beneficio inestimable que Dios nos ha otorgado haciéndonos hijos de la Santa Iglesia Católica, cuya meditación había escrito en pliego separado; y declaró á sus religiosas que no había apartado su mente de dicha meditación durante los dos primeros días de su retiro espiritual: leía las Santas Escrituras con licencia de sus Superiores; pero entre todos los libros divinos, el más favorito de este Código sagrado era el de los *Hechos de los Apóstoles*: imposible es decir las veces que le leyó y releyó, relatando su contenido á la comunidad cada día con nuevo fervor, y no parecía sino que siempre que las hablaba de la primitiva Iglesia anunciábalas cosas que nunca antes habían oído. Cuando supo que su hijo había muerto en la isla de Rhe combatiendo contra los ingleses, postróse en tierra, cruzadas las manos, los ojos levantados al Cielo, y exclamó: *Concédeme, Señor*

demente rendida á las obscuridades de los dogmas divinos; que siempre había ella *detestado aquellos sermones* en los cuales se intentaba probar por la razón natural el misterio de la Augusta y Adorable Trinidad y los otros artículos de nuestra fe; que no debía el fiel cristiano buscar en los dogmas ninguna otra razón, sino aquella única, soberana y universal razón, es á saber, que Dios los ha revelado á su Iglesia. Así es que nunca se cuidaba de oir hablar de milagros, revelaciones, etc., en confirmación de la fe; y no raras veces ordenó que pasasen por alto semejantes motivos de credibilidad, cuando leían en el refectorio las *Vidas de los Santos*, ó los *Sermones* sobre las festividades y misterios de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen María:—parecíase en esto al gran Rey San Luis de Francia, quien llamado en una ocasión á su capilla privada para que viese cierta especie de milagro que había tenido lugar durante la Misa, rehusó el ir, diciendo que él, gracias á Dios, creía en el Santísimo Sacramento del Altar; que no aumentarían su fe en tan soberano misterio todos los milagros del mundo; y que no quería ver á Jesús con los ojos de la carne, no fuese caso que perdiese la especial bendición que el Salvador prometiera á aquellos que no vieron y, no obstante, creyeron.—Tenía igualmente Chantal la costumbre de repetir á sus religiosas las siguientes palabras: *¿Qué tenemos nosotras que*

rable Sacrificio de la Misa y real presencia de Jesús Sacramentado en su Iglesia. Pero no solamente el beneficio inestimable del Sacrificio augusto del Altar es quien reclama continuas acciones de gracias, ni tampoco el inefable amor é indecible condescendencia que envuelve semejante Misterio; sino más bien el gozo celestial y divino que se experimenta viendo que, ahora al menos, se ofrecen á Dios gracias infinitas, dignas de su grandeza soberana. En efecto, ya no tenemos necesidad de sentarnos á las orillas de los caminos del mundo, gimiendo y llorando porque la Divina Majestad no es reverenciada, alabada y glorificada cual se merece, pues que una sola Misa es una alabanza infinita al Rey de la Gloria, y apenas se pasa un momento del día y de la noche en que no se celebre tan augusto Sacrificio, así en nuestro hemisferio como en el de nuestros antípodas: el Santísimo Sacramento se halla en todas las iglesias del orbe católico, ora en las que concurre una inmensa muchedumbre de fieles, ora en aquellas que se ven enteramente desiertas y abandonadas: y doquiera se encuentre Jesús Sacramentado, allí se rinden al Eterno infinitas alabanzas, dulces adoraciones é indecibles acciones de gracias. La función especial de la Santa Misa consiste en la Eucaristía, esto es, en el culto de acción de gracias; así es que la simple criatura, por medio del Santísimo Sacramento, puede ofrecer al Altísimo un acto de

mío y Dios mío, concédeme licencia para hablar y dar rienda suelta á mi dolor; y ¿qué diré, Dios mío de mi alma, sino rendiros gracias por la honra singular que me habéis hecho llevándoos á mi único hijo mientras estaba combatiendo en defensa de la Iglesia romana? Y tomando luego un Crucifijo en sus manos, lo besaba y decía: *Acepto este cáliz amargo, Redentor mío, con la más profunda sumisión posible, y ruégoos que recibáis á ese hijo de mis entrañas en los brazos de vuestra divina misericordia.* Apenas acabó esta plegaria, apostrofó á su hijo con estas sentidas palabras: *¡Oh hijo querido! ¡Qué dicha la tuya haber sellado con tu sangre la fidelidad nunca desmentida que tus abuelos profesaron siempre á la Santa Iglesia Romana; y créome en esto muy feliz y doy gracias á Dios porque me ha cabido la suerte incomparable de ser tu madre.*

SECCIÓN V

Acción de gracias después de la Misa y Comunión.

10. Pero todavía existe una práctica de gracias que debe entrar con todas las otras devociones de agradecimiento juntándose á ellas: devoción, digámoslo así, de lágrimas, más bien que de palabras, la cual consiste en dar rendidas gracias á Dios Nuestro Señor por el ado-

hay placer en la vida presente que se iguale al sentimiento de la multiplicación y reduplicación de nuestros deberes para con nuestro Señor adorable: cuanto mayores sean nuestras deudas, tanto mayor será nuestro gozo; cuanto más complicadas y enmarañadas nuestras obligaciones, más alegre y risueña será nuestra libertad: el conocimiento de que por toda la eternidad no satisfaremos la deuda del amor que Jesús nos profesa, y la seguridad de que siempre existirá en nosotros la misma imposibilidad de pagarle cuanto le debemos, es el mayor gozo de los gozos. Mientras tanto, ¡gracias, un millón de gracias y loores sean dados á Jesús, Salvador nuestro, por su dignación en ofrecer por nosotros al Dios Omnipotente alabanzas, adoraciones y acciones de gracias, inefables, soberanas, infinitas, como el mismo Rey de la Majestad!

Quizá estas finezas de Jesús contribuyan grandemente á que nos formemos una idea cabal de cuán lejos estamos de corresponder agradecidos á Nuestro Señor dulcísimo, y cuán grande ha sido la distancia para llenar la obligación del hacimiento de gracias. Cualquiera que sea el juicio que uno pueda haberse formado sobre los métodos particulares para ejercitar la devoción del agradecimiento, practicados por los Santos ó sugeridos por los escritores espirituales, la Iglesia toda entera conviene, sin embargo, en la utilidad y necesidad de una de-

adoracion más excelso y sublime que aquel que pudiera haberse ella imaginado jamás, porque es imposible que la criatura tribute y pague á su Criador un homenaje más soberano, como recibiéndole real y verdaderamente en el augusto misterio del Altar.

¡Oh qué dulce reposo no siente el alma al ocuparse en tan tiernos pensamientos! ¡Cuántas querellas secretas no podemos apaciguar con tan suaves recuerdos! ¡Cuántas inquietudes altaneras contra nuestra propia pequeñez y ruindad, contra nuestros bajos deseos y contra nuestra imposibilidad para amar á Dios cual debe ser amado, no podemos sosegar y calmar con el dulce embeleso de semejantes maravillas y grandezas del divino amor! ¡Loor eterno á Jesús, que es todo para nosotros! ¡Gloria y alabanzas á nuestro Salvador adorable, de quien nos viene todo cuanto apetecemos, por muy extraños medios y sendas las más inconcebibles! ¿No tenemos, pues, sobrada razón para afirmar que amamos á Dios dignamente, y que le adoramos con adoraciones propias de su grandeza soberana, siendo Jesús nuestro amor y nuestra adoración? ¡Oh cuán dichosos somos, inmensamente dichosos, con las inefables larguezas y divinas misericordias de nuestro Jesús dulcísimo! No parece sino que es mayor consolación el deberlo todo á Jesús que el adquirirlo, á ser posible, á costa de nuestra propia cosecha; y he aquí por qué no

comulgado: ¡nada tenemos que contar á nuestro Jesús adorable! ¡Nuestro corazón permanece insensible á tan regaladas caricias, á pesar de ser el don recibido el más excelente que pueda otorgársenos durante toda nuestra vida mortal! Cada vez que uno comulga, desenvuélvese semejante prodigio ante nuestros ojos en lóbrega obscuridad, tomando dicho favor gigantescas proporciones, al propio tiempo que nuestra tibieza y desagradecimiento transforman la continuación de la entrañable caridad divina en una maravilla grandemente singular y extraña. Hospedádose ha dentro de nuestro pecho Aquel que ha de ser nuestro gozo sempiterno en la gloria del Cielo; y ¡nada tenemos que decirle! ¡Y nos produce cansancio su dulce compañía! ¡Y es una consolación no pequeña para nuestro espíritu, cuando creemos que se ha ido! Fuimos para con Él, ciertamente, urbanos y corteses, y le pedimos su bendición como á nuestro Superior; es decir, que todas nuestras consideraciones y tratamientos hacia tan cariñoso Huésped redujéronse á meras atenciones de buena crianza, ó, cuando más, á simples respetos de un vasallo para con su rey y señor. Inútil es, pues, el exhortar á los hombres que adopten diferentes prácticas de acciones de gracias, supuesto que la visita que el mismo Señor se digna hacerles en persona apenas consigue de ellos que ejerciten una solamente: no parece sino que la acción de gra-

voción especial de gracias para después de la Comunión. Si hay algún momento en la vida del hombre para el agradecimiento á las divinas larguezas, en el cual tenga la lengua que enmudecer, es ciertamente aquel en que el Criador se digna abrumar á su criatura con el don estupendo de darse á Sí mismo en mantenimiento y de hallarse realmente morando dentro de nuestro pecho; así es que aconsejan los escritores espirituales que no abramos libro alguno en los primeros instantes después de haber comulgado, empleando un tiempo tan precioso en dulces coloquios con Jesús Señor nuestro, que no poco seguramente tendremos que contarle; y, aunque así no fuese, no por eso dejará Él de hablarnos alguna cosa en el silencio profundo de nuestro corazón, siempre que nosotros queramos escucharle.

Pero ¿qué es lo que pasa en realidad cuando el Señor se digna sentarnos á su divina Mesa? Si el fervor y regularidad de nuestro hacimiento de gracias después de la Comunión fuese el termómetro del amor que profesamos á Jesús, ni una sola centella de ese fuego sagrado se mantendría entonces viva en el fondo de nuestro endurecido corazón. En efecto, para no pocos de nosotros, difícilmente existe un cuarto de hora de la vida que nos sea más enojoso y de todo punto inútil como aquel que consagramos á dar, según decimos, infinitas gracias á Dios Nuestro Señor después de haber

devoción de gracias después de la Comunión. Ya dije arriba que los escritores espirituales recomiendan que, al menos en los primeros minutos después de haber comulgado, no se abra libro alguno, por más devoto que sea; asegurándonos que si la gracia tiene ciertos momentos solemnes, críticos y decisivos en la vida del hombre, son, á no dudarlo, aquellos que van sucediéndose mientras Jesús permanece sacramentalmente presente en nuestro corazón.

La gran maestra y doctora de la acción de gracias después de la Comunión es la insigne española Santa Teresa de Jesús: el ahinco con que insiste en hacer resaltar maravillosamente las grandezas y excelencias de tan piadosa devoción; la frecuencia con que vuelve una y otra vez á ocuparse en el mismo asunto; los consejos prácticos, llenos de sabiduría, que da acerca de la manera cómo hemos de ejercitarnos en ella para que sea grandemente provechosa á nuestras almas, vienen á constituir uno de los rasgos más notables de su enseñanza celestial y divina. Santa Teresa fué, en efecto, *MADRE de la Iglesia*, como la llama un escritor francés; y toda la materia relativa á la acción de gracias después de la Comunión forma una de sus más características y sabias lecciones de ciencia espiritual; creyéndose igualmente, así al menos lo aprendió por experiencia uno de los panegiristas más entusiastas de la sierva de Dios, que esta española

cias no tiene más que una sola mansión sobre la Tierra, y que hasta este dominio suyo va siendo cada día más precario; y menos mal si semejantes acciones de gracias, llenas de tibieza y frialdad, nos hicieran comprender siquiera el escaso interés que tomamos por Jesús, así como el apreciar de que sería la religión de nuestro gusto recibir la gracia sin tomarnos la molestia de recibir á su Autor en el Augusto Sacramento. ¡Oh adorable Señor Sacramentado! Y conociendo Tú esta nuestra mala correspondencia al beneficio inestimable que tienes la dignación de otorgarnos, dándote en manjar y bebida de nuestras almas, ¡que todavía hagas asiento en el tabernáculo! ¡que todavía quieras servirnos el dulce y regalado plato de tu Sagrado Cuerpo y Sangre Preciosísima!

Pero, diréis vosotros: «Dura cosa es, ciertamente, el abandonarnos así en situación tan angustiosa cual parece ser la nuestra, según auguran esas vuestras expresiones de desenfado, y más ó menos amargas, que habéis tenido la amabilidad de dirigirnos. Pues si nuestras acciones de gracias son tan defectuosas, propónganseños los medios para mejorarlas, que acaso tratemos de ponerlos en ejecución para el logro de semejante fin». Bien: veamos, pues, qué nos enseñan los libros espirituales acerca del particular.

Paréceme que existen pocas dificultades más universalmente sentidas como la de una buena

San Alfonso y otros escritores de ciencia espiritual no han temido asegurar que una sola Comunión bien hecha es suficiente para disponer al hombre á la canonización, y á que se le coloque sobre los altares; que la acción de gracias es el tiempo precioso en que el alma se apropia la abundancia de las divinas larguezas, y se embriaga en las fuentes de la luz y de la vida. El consejo de San Felipe acerca del particular está respirando aquella exquisita sabiduría que tanto resplandece en los documentos espirituales de este varón insigne: recomiéndanos, pues, que, si hemos tenido la meditación antes de la Misa, no derramemos el espíritu después de haber comulgado, discurriendo otras nuevas consideraciones; sino que continuemos aquel pensamiento que inspirara en nuestra alma una suave unción celestial y divina durante nuestra meditación, y así es cómo evitaremos malgastar malamente no poco tiempo en nuestra acción de gracias,

---

rrafo que acabamos de trasladar; párrafo en el cual, como se ve, habla el autor con tanto elogio de Santa Teresa de Jesús, gloria de nuestra España; sin duda alguna le habrá omitido por... *elegancia*. Pero es el caso que, si bien tiene la costumbre de usar en su traducción de semejante *figura retórica*, casi siempre ¡qué casualidad! la emplea en los períodos donde Fáber alaba á la Santa según se merece. ¡Qué pecado has cometido, Doctora ilustre, para que así te castigue nada menos que un simple traductor!

N. del T.

ilustre goza de un especial favor del Cielo para hacer aprovechar á los hombres en la dulce práctica de acción de gracias después de la sagrada Comunión, cuyo aprovechamiento es de importancia incalculable para toda la vida espiritual. Una buena y metódica acción de gracias, despues de la Misa y Comunión, obraría ciertamente la más completa, rápida y eficaz reforma del Clero, al propio tiempo que movería á los seglares á comulgar más á menudo, aparejándoles para que aprovechasen más y más cada día en la virtud, con la frecuencia en recibir la sagrada Comunión. Si, pues, nuestros hacimientos de gracias son ruines y despreciables, rogad encarecidamente á Santa Teresa que os alcance del Señor la gracia de hacerlos bien; cuyos efectos de don tan singular que ella os procure los sentiréis sensiblemente dentro de vuestra alma: toda la eternidad no es bastante larga para alabar debidamente á Dios por una sola de sus más livianas mercedes que haya tenido la dignación de concedernos, y serían necesarias innumerables eternidades para pagarle el beneficio inestimable que nos dispensara, dándonos, así á nosotros como á su Santa Iglesia, la *Seráfica Madre* Santa Teresa de Jesús (1).

---

(1) El traductor francés de esta obra, en todas las ediciones, ¡¡¡que son la friolera de catorce!!!, aunque *corregidas*, se deja, sin embargo, en el tintero el pá-

profesan una especialísima devoción al Santísimo Sacramento, no pueden, sin embargo, lisonjearse de una habitual unión con Dios, ven por experiencia que la recomendación de San Felipe no es acomodada al espiritual aprovechamiento de sus almas, y en su consecuencia tienen que consagrar aquellos momentos á la meditación sobre el Santísimo Sacramento y real presencia de Jesús dentro de su corazón.

Atendidas, pues, todas estas circunstancias, y considerando al propio tiempo, así la dificultad como la importancia de una buena acción de gracias después de la Comunión, no me parece inoportuno proveer á mis lectores de abundantes materiales para el hacimiento de gracias después de haber comulgado, presentándoles á este objeto un análisis del método recomendado por Lancisio, y copiado por este mismo escritor en dos diferentes tratados suyos espirituales. Pero no se vaya por eso á creer que mi ánimo sea aconsejar á nadie semejante método, tal como se halla en el autor citado: es demasiado largo y bastante minucioso, y paréceme que raro había de ser el caso en que no entibiase la devoción con la multiplicidad de actos que envuelve: el corazón debe jugar holgada y libremente, y todas sus funciones y ejercicios han de ser asimismo los más simplificados que sea posible. Mi intención, pues, como llevo indicado, al trasladarle á la presente obrita, no es otra que proveer de materiales;

ora devanándonos los sesos en busca de un asunto particular, ó bien afanándonos por no saber, entre tantas cosas como tenemos que decir al Señor, cuál sea lo primero por donde debamos comenzar: aviso excelentísimo que está enteramente conforme con todos los otros documentos fáciles y gustosos del Santo en cosas espirituales. Quisiera este siervo de Dios que fuese tal nuestra familiaridad con el Señor nuestro Criador y Padre amorosísimo, que en cualquier visitación suya inusitada é imprevista, que tuviese la dignación de hacernos, pospusiésemos la actividad menos perfecta de Marta al reposo y unión de María, su hermana; y he aquí el espíritu que animaba á varón tan insigne al aconsejar á los Padres de su Congregación que no tuviesen hora fija para decir la Misa, sino que fuesen á celebrarla cuando el sacristán les llamase.

Pero muchas personas que viven en medio del mundo no pueden tener una meditación formal y metódica antes de la sagrada Comunión, y no pocas otras practican la oración mental de diferente manera, ejercitando la oración llamada afectiva, en la cual obra más bien la voluntad que el entendimiento; y semejantes sujetos no raras veces se encuentran embarazados, no sabiendo cómo volver á seguir el hilo de su oración, después que han recibido el pan de los ángeles. Otras personas igualmente, en particular aquellas que, si bien

propia Casa; 3.°, adoremos, con rendida y especial adoración, el Alma inmaculada de Jesús Sacramentado, ricamente engalanada con los vistosos ornatos de la santidad, y hermosamente ataviada con los brillantes aderezos de todos los merecimientos y aquel antiguo, constante, copioso y abrasado amor que nos profesa; 4.°, adoremos igualmente, con el corazón hincado en la Tierra, el Sacratísimo Cuerpo de Jesucristo, por haberse dignado sufrir los más amargos y crueles tormentos para nuestra salvación, hasta el punto de ser enclavado en una cruz; y abrazándole dulcemente dentro de nuestro corazón, imprimámosle mil besos espirituales en aquellos de sus miembros castísimos que padecieron mayores dolores con los golpes y las heridas.

3.° De lo más íntimo de nuestro corazón demos también al Señor rendidas gracias: 1.°, por su caridad en venirnos á visitar en la presente Comunión; 2.°, por su advenimiento á la Tierra en Carne pasible; 3.°, por todos los merecimientos y ejemplos de virtud que nos legó, durante su vida mortal, para espiritual aprovechamiento nuestro; 4.°, por la institución del Santísimo Sacramento del Altar y todos los otros Sacramentos de la nueva Ley; 5.°, por su Muerte benditísima y por la redención que obró en los hombres, sacándolos de la esclavitud del pecado; 6.°, si somos sacerdotes, démosle infinitas gracias por habernos elevado en

ya que dicho método es una especie de rica mina en la cual pueden abastecerse las personas de diferentes gustos, y hasta unos mismos sujetos, según las ocasiones y circunstancias, de pasto espiritual para la reflexión, como para el ejercicio de las aspiraciones, pues que abunda en pensamientos profundos y sublimes.

1.° Los actos que, según el P. Lancisio, deben seguir inmediatamente después de haber comulgado, son de humillación: humillémonos profundamente delante de Dios, Rey de reyes, por su dignación en venirnos á visitar, siendo un Señor tan lleno de majestad y grandeza; ponderando: 1.°, los pecados de nuestra vida pasada; 2.°, nuestras actuales imperfecciones, y criminal flojedad y tibieza; 3.°, la ruindad de nuestra naturaleza, comparada con la Divinidad excelsa de Cristo; 4.°, las perfecciones de la Naturaleza divina y humana de Nuestro Señor Sacramentado.

2.° Ahora vienen los actos de adoración. Adoremos: 1.°, á la Trinidad Beatísima en el misterio augusto del Altar; 2.°, adoremos á la sacratísima Humanidad de Jesús realmente presente en nuestro corazón y en las innumerables iglesias donde se halla reservado el Santísimo Sacramento, regocijándonos en el culto y adoraciones que le están los fieles actualmente ofreciendo en oloroso holocausto, gimiendo y llorando los ultrajes, y quizá hasta blasfemias, con que los hombres le ofenden en su

purificada; 23, por todos los Santos y varones insignes en letras que ha producido; 24, por todos aquellos miembros que la componen por especial llamamiento del Cielo; 25, por los frutos que ha dado en toda la redondez de la Tierra; 26, por todos los buenos amigos y bienhechores que la profesan un singular cariño; 27, por todos sus adversarios y perseguidores, que tantas ocasiones la ofrecen de merecer.

4.° Síguense ahora los actos de oblación. Ofrezcamos á la Trinidad Beatísima el Santísimo Sacramento que acabamos de recibir, por el gozo, honra y complacencia que procuran á la Divina Majestad los beneficios que confiere tan augusto Sacramento, así á nosotros como á nuestros hermanos; ofrezcámosla tan rica ofrenda por los pecados y demás necesidades propias y ajenas, y las de nuestros amigos y enemigos, vivos ó difuntos. Ofrezcamos asimismo al Señor Salvador nuestro, á quien hemos recibido dentro de nuestro pecho en unión con sus divinos merecimientos y miembros inmaculados de su Cuerpo Sacratísimo: 1.°, nuestra alma y cuerpo, juntamente con todas sus potencias, sentidos, movimientos, acciones y reposo; deseando solamente la santificación de toda nuestra persona, á fin de ser un linaje de holocausto perpetuo, encendido á la mayor honra y gloria de la Divina Majestad; consumiéndonos y reduciéndonos á la nada, únicamente por amor de Dios Nuestro Señor, Pa-

su inefable misericordia á la excelsa dignidad sacerdotal; 7.°, por el beneficio de la creación; 8.°, por el de la conservación; 9.°, por el don inestimable de la fe; 10, por nuestra justificación; 11, si somos religiosos, por nuestra vocación á tan nobilísimo estado; 12, por nuestra perseverancia en la vida de la gracia y fiel correspondencia al llamamiento divino; 13, por su indecible paciencia en sufrir nuestras culpas é imperfecciones y las de nuestros hermanos; 14, por la santidad que ha otorgado á innumerables Santos; 15, por los sinsabores y tribulaciones que en cualquier tiempo hayamos tenido que padecer; 16, por la cuidadosa solicitud y paternal providencia divina en conducirnos por las sendas de la perfección cristiana; 17, por todos los beneficios particulares que hemos recibido de sus liberales manos, los cuales merecen un singular agradecimiento; 18, por todos los favores que por mediación de los demás se ha servido otorgarnos; 19, por todas las mercedes, así generales como particulares, que haya concedido ó pueda conceder en lo sucesivo á cualquier criatura, y señaladamente por aquellas gracias que otorgara á su sagrada Humanidad, á su Madre Santísima y á todos los elegidos y Santos de la Jerusalén celestial; 20, por la institución de la Orden, Congregación ó Hermandad á que pertenecemos; 21, por la propagación de la misma; 22, por las persecuciones que ha de sufrir para ser fortalecida y

viene la petición. Pidamos, pues, á Jesucristo Sacramentado, con el más encendido fervor de nuestro corazón: 1.°, la remisión de nuestros pecados en cuanto á la culpa y la pena; 2.°, la perseverancia en la divina gracia; 3.°, si el Espíritu Santo así nos lo sugiere, y tenemos licencia de nuestro director, pidamos sufrimientos agudos, frecuentes, variados, personales y ocultos, que no merezcan las simpatías y estimación de los demás, sin que por nuestra parte hayamos sido causa para ello, y sin culpa alguna, así nuestra como tampoco de aquellos que nos afligen; 4.°, pidámosle aumento continuo en las virtudes de humildad, pobreza, castidad, obediencia, fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza, templanza, paciencia, devoción, oración, discreción de espíritus, mortificación de las pasiones, pureza de corazón y de intención, etc.; 5.°, imploremos asimismo de su misericordia la gracia de mantener siempre limpio el corazón de toda acción formal y materialmente mala, tibia é infructuosa; de todo hábito vicioso; de todo movimiento desordenado de las pasiones, y de toda especie de reato de pena temporal que debamos pagar ahora ó en la hora de nuestra muerte; 6.°, pidámosle también con las mayores instancias el don singular de buscar en todas nuestras acciones aquello que exige la naturaleza, la perfección y mortificación, y de ejecutarlas además con aquella pu-

dre el más tierno y cariñoso; 2.°, ofrezcámosle, en segundo lugar, nuestra firme voluntad de sufrir cualquier trabajo, y hasta la misma muerte, antes que volverle á ofender con culpas deliberadas, sean mortales ó veniales; 3.°, ofrezcámosle también nuestra decidida resolución de elegir siempre lo más perfecto y, entre ello, lo que más repugne á nuestros sentidos, propio juicio, voluntad, honra, etc., para de esta suerte procurar á Dios un riquísimo tesoro de gloria, y llegar á semejarnos más y más cada día á Jesucristo crucificado; 4.°, ofrezcámosle igualmente nuestro eficaz propósito de perseverar hasta el fin de nuestra peregrinación en la observancia de los divinos mandamientos y consejos evangélicos, en la obediencia á nuestras reglas, y en una vida ejemplar y perfecta, por muy llena que esté de tribulaciones; 5.°, ofrezcámosle de la misma manera el sacrificio heroico de sufrir por amor suyo el que aquellos que nos rodean nos tengan por ligeros é inconstantes, para que así no gocemos de reputación delante de sus ojos; 6.°, ofrezcámosle, además, nuestra determinación de no proponernos otro fin en todas nuestras acciones sino únicamente la gloria de Dios Nuestro Señor; 7.°, ofrezcámosle, por último, nuestros vehementes y encendidos deseos de inspirar á todo el humano linaje el más puro y abrasado amor divino.

5.° Inmediatamente después de la oblación,

mosle religión y amor á la justicia para los reyes, príncipes y gobernadores de la Tierra; paz y mutua concordia entre sí; éxito en sus legítimas empresas, y sumisión profundísima á la Santa Sede; 3.°, pidámosle consolación y socorro eficaz para los afligidos por la enfermedad ó pobreza; mansedumbre para los perseguidos, y remedio para librarse de la persecución, siempre que redunde en mayor gloria de Dios Nuestro Señor; 4.°, pidámosle abundancia de dones, así de gracia como de gloria, para nuestros adversarios; 5.°, pidámosle para nuestra Orden ó Congregación la mortificación de todas las pasiones, tierna devoción, vida ejemplar, celo por la salvación de las almas, frutos continuos de virtud, rápido adelanto en las ciencias eclesiásticas, protección en las tribulaciones, suficiencia de recursos y abundancia de operarios para trabajar en la viña del Señor; 6.°, pidamos á la Majestad compasiva del Eterno Padre por todos los miembros difuntos de nuestra Congregación, señaladamente por aquellos que poco ha murieron y se encomendaron á los sufragios de la Comunidad; por nuestros enemigos difuntos; por nuestros parientes, amigos, conocidos y otros hermanos nuestros, en particular por aquellos en cuyo sufragio se aplican pocas oraciones, ó acaso ninguna, para que así se vean libres, lo más pronto posible, de las penas del Purgatorio, y puedan un día llegar á ser nuestros

reza que reclaman los hábitos, así infusos como adquiridos, que existen dentro de nosotros, para que de esta suerte puedan todas nuestras acciones corresponder fielmente á nuestros conocimientos religiosos y llenar con perfección suma, bajo todos respectos, los designios de la Divina Providencia; 7.°, pidámosle de la misma manera que se nos conceda vivir largos años en grande santidad y con inmenso aprovechamiento de las almas; 8.°, pidámosle igualmente la gracia singular para tratar á nuestro cuerpo con rigor, pero sin detrimento de algún otro mayor bien, como la salud, etc.; para predicar y confesar con fruto de nuestros prójimos, y para sufrir con resignación cualquier adversidad que nos sobrevenga en ocasión en que debiéramos pagar alguna deuda, ó padecer algún castigo temporal, en justa satisfacción de nuestras culpas; 9.°, pidamos, en fin, á Nuestro Señor dulcísimo que se sirva tener la dignación de dirigir, en cuanto sea posible, todas nuestras facultades, sentidos, miembros y acciones, como dirigió las suyas, viviendo en carne mortal.

Petición al Padre Eterno: 1.°, pidámosle vigilancia y vida ejemplar para los pastores de la Santa Iglesia; la conversión de los infieles, herejes, cismáticos, pecadores, almas tibias, y la multiplicación constante y perpetua de los Santos, juntamente con su aprovechamiento en las sendas del Divino Espíritu; 2.°, pidá-

han sido negadas por los herejes con descaro inconcebible; 3.º, de esperanza, esperando de Cristo, Dios verdadero y causa primera de todas las cosas, innumerables beneficios naturales y sobrenaturales de gracia y de gloria, confiando al propio tiempo que nos serán otorgadas semejantes mercedes por sus merecimientos en cuanto Hombre; 4.º, de caridad, abrazándole, en primer lugar, muy dulcemente contra nuestro corazón, cual á Dios y Hombre verdadero: segundo, regocijándonos de que su Divinidad santísima sea en sí misma y respecto á nosotros tan soberanamente excelente y perfecta, que nos es imposible comprender todas las excelencias y grandezas que encierra: tercero, alegrándonos y deleitándonos grandemente de que su Persona divina sea en el Cielo tan alabada, reverenciada y amada por los ángeles, santos y justos todos de la Tierra; que su Cuerpo purísimo y Alma inmaculada sean asimismo inefablemente glorificados, bendecidos y ensalzados en la Jerusalén celestial; que se hallen adornados y enriquecidos con aquellos riquísimos tesoros de dones y gracias sobrenaturales que causan el más indecible embeleso á los cortesanos de la gloria y roban el corazón del venturoso Querube: cuarto, condoliéndonos vivamente de las innumerables ofensas, así propias como ajenas, que se han cometido, se cometen y seguirán, desgraciadamente, cometiéndose en lo sucesivo contra Su

peculiares patronos en la gloria del Cielo; 7.°, pidamos, últimamente, al Rey de los siglos por todos los negocios que nuestros superiores hayan encomendado á nuestras oraciones; y si fuesen personas aquellas por quienes se nos pidieran semejantes plegarias, roguémosle se sirva socorrerlas en la necesidad particular por la cual suplicaron ó imploraron nuestros ruegos.

6.° Ejercitemos ahora varios actos de diferentes virtudes relativas al Santísimo Sacramento: 1.°, de adoración: adoremos con la más profunda reverencia á Jesucristo realmente presente, así dentro de nuestras entrañas, como en las innumerables iglesias que existen en toda la redondez de la Tierra, cuya adoración, dulce y amorosa, aumentará en intensidad, ponderando todos aquellos templos de la cristiandad en que apenas es honrado el Esposo divino de las almas, ya por hallarse cual prisionero en las manos de los griegos cismáticos, ó bien porque reside en aquellos otros países donde se están cometiendo continuamente gravísimas culpas contra el culto ó adoración que le es debida de justicia como á Soberano Rey de Cielos y Tierra; 2.°, hagamos actos de fe, considerando con la lumbre de esta virtud celestial á Jesucristo, hospedado dentro de nuestro pecho, cual Dios y Hombre verdadero, en cuya Divinidad y Humanidad resplandecen con vivísima luz todas aquellas verdades que nos manda creer la Santa Madre Iglesia, y que

independencia soberana de su Naturaleza divina, ó la *Aseidad*, como la llaman los teólogos, pidiéndole se digne concedernos la gracia de no depender más que de Él solamente y de nuestros superiores, cual representantes suyos en la Tierra; 2.°, ponderemos, en segundo lugar, la eternidad del Verbo increado, suplicándole nos otorgue una larga vida para amarle y sufrir, por amor suyo, grandes tribulaciones y adversidades; 3.°, contemplemos su inmensidad, deseando entrañablemente que sea conocido y amado en todo el Universo mundo; y, haciendo fervorosos actos de caridad y adoración, recompensémosle por todas las ofensas y ultrajes que están cometiéndose en este instante en el templo infinito de su purísima y augusta y terrible inmensidad divina; 4.°, pensemos en la virtud ilimitada de Nuestro Señor adorable para producir innumerables efectos, así naturales como sobrenaturales, rogándole encarecidamente que nos dispense toda suerte de favores de naturaleza y gracia, á fin de que lleguemos á ser cebo y red para coger á los hombres y cautivarles en las mallas del divino amor; 5.°, fijemos los ojos de nuestra consideración en su sabiduría infinita, suplicándole nos alcance don tan nobilísimo para todo aquello que concierne á nuestra instrucción propia y la de nuestros prójimos; que derrame sobre nuestra alma, á manos llenas, los dones de consejo, prudencia y discreción de es-

Divina Majestad; llorando con lágrimas amargas la condenación que se han acarreado, con su perverso libre albedrío, tantos y tantos por quienes el Señor, Salvador nuestro, padeció una muchedumbre de aflicciones, é innumerables y atroces tormentos; deseando, finalmente, con el afecto más entrañable del corazón y la más abrasada caridad, que cesen en todo el mundo, cuanto antes sea posible, todas las maldades é imperfecciones; que se multiplique más y más cada día el número de justos que viven diseminados por toda la redondez de la Tierra; que los Santos adelanten maravillosamente en las sendas de la perfección cristiana y final perseverancia; que los infieles y aquellos que se encuentran fuera del gremio de la verdadera Iglesia reciban, lo más pronto que sea posible, el don inestimable de la santa fe, y que Dios y Jesucristo, en cuanto Hombre, sean honrados, amados y glorificados con aquella adoración y amor y gloria y bendición con que desean ser reverenciados, amados y glorificados por los siglos de los siglos.

7.° Ponderemos igualmente en Nuestro Señor adorable, aposentado dentro de nuestro corazón, los atributos que resplandecen en su Divinidad, juntamente con todas las otras perfecciones que posee en grado eminentísimo, formando con la consideración, en cada una de semejantes excelencias divinas, diferentes actos de religión y virtud. Consideremos: 1.°, la

vinos, igualmente nos propongamos en todas las acciones que ejecutemos, sin excepción alguna, semejante objeto, y con tal perfección, que no haya nada en nosotros en que no resplandezca y campee, de un modo ó de otro, la mayor gloria de Dios Nuestro Señor.

Así podríamos ir ponderando todas las otras perfecciones divinas, haciendo actos análogos á las mismas, como, por ejemplo, de gozo, regocijándonos de que Dios posea en Sí mismo semejantes perfecciones; de agradecimiento, dándole gracias muy especiales por haberse servido manifestárnoslas, comunicándonos al propio tiempo los afectos proporcionados á las mismas. Con igual motivo encareceremos, si así nos place, las perfecciones de la sagrada Humanidad de Jesucristo, Salvador nuestro, y aquellas que se refieren á la integridad de su Naturaleza humana, tales como el Cuerpo, con todos sus miembros y sentidos; el Alma, juntamente con sus facultades, tanto racionales como sensitivas; ó bien exagerando aquellas otras excelencias y perfecciones sobreañadidas á su Naturaleza humana, á saber: los actos y hábitos, ora permanentes, como la Visión beatífica, ora transitorios, como el hablar, rogar, obrar milagros y otras perfecciones por el estilo. Cuando ponderemos los hábitos y facultades de su Alma inmaculada, pidámosle que nuestras potencias sean, en lo posible, semejantes á las suyas, adornándolas con el riqui-

píritu; que haga á nuestra Congregación crecer grandemente en todo género de virtudes, y que aproveche de un modo prodigioso en los estudios teológicos, sin los cuales, bien poco podremos trabajar en favor de la salvación de las almas; 6.º, meditemos en su divina bondad, pidiéndole que jamás llegue á ver en ninguna de nuestras acciones cosa alguna que no sea buena: gracia que solamente se alcanza practicando todas nuestras acciones libres sin la más ligera imperfección y por un fin sobrenatural, que es el mismo Dios; 7.º, pongamos los ojos de la fe en la eterna Generación y Persona del Verbo, en cuya virtud es constituído Hijo Unigénito del Padre, y roguémoslo, en nombre de esta su filiación divina, que, en cuanto sea posible, nos conceda liberal y abundantemente, conforme á la medida de su poder ordinario, todas las perfecciones naturales y sobrenaturales, de gracia y gloria, que son comunicables á sus hijos adoptivos, según que le fueron á Él comunicadas, cuando unió en sí mismo la Persona del Eterno Verbo y la Naturaleza humana; 8.º, subamos con la vista de la consideración al concurso actual del Hacedor omnipotente á todas las acciones de las criaturas, implorando de su divina misericordia la gracia singular para que, así como Él endereza el concurso suyo á cada uno de nuestros actos, á Sí mismo y á su mayor honra y gloria, fin y último blanco de todos los designios di-

la Majestad, que tan fielmente cumplís sus órdenes soberanas: aquí tenéis al Primogénito del Eterno Padre, á quien, según mandato suyo, adorasteis con rendida adoración y profunda humildad cuando por primera vez entró en el mundo: os suplico, espíritus bienaventurados, por las entrañas de vuestra encendidísima caridad, que me alcancéis la gracia de servirle con el mismo espíritu y verdad con que le serviais durante vuestro estado de viadores, y conforme al presente le estáis sirviendo en vuestra vida celestial y bienaventurada.

A los Patriarcas y Profetas digámosles estas ó semejantes palabras: *He aquí, embajadores del Cielo y conocedores de los maravillosos secretos celestiales, al Redentor prometido desde el principio del mundo; Aquel que tanto deseabais y por cuya venida esperasteis tanto tiempo: haced que yo, con todo el afecto de mi corazón, salte por Él de júbilo y suspire día y noche por mi Amado y Gloria del alma mía.*

A los bienaventurados Apóstoles les diremos: *Ved aquí, ilustres predicadores del Evangelio, á vuestro amado Maestro, á quien profesabais el más entrañable amor: alcanzadme la gracia de que le ame tiernamente sobre todas las cosas y con el más entrañable afecto de mi corazón.*

A los Santos mártires: *Contemplad, vale-*

simo ropaje de los hábitos de todas la virtudes, y excitándolas á ejercitarse en actos tiernos de amor de Dios y del prójimo, como excitaba, mientras vivió en la Tierra, las que embellecen su Alma celestial y gloriosa. Al ocuparnos en contemplar con la lumbre de la fe el Cuerpo sacratísimo de Jesucristo enclavado en la cruz, consideremos asimismo, con devota atención, cada uno de los miembros castísimos que le componen, suplicándole encarecidamente que, así como el Verbo encarnado movía y dirigía semejante miembro de un modo perfectísimo; así ahora, el mismo Verbo divino que ha tenido la dignación de hospedarse dentro de nuestro pecho, mueva y dirija no sólo nuestras potencias interiores, sino también todos nuestros miembros y acciones externas, para que seamos, en lo posible, viva imagen de la sagrada Humanidad del Salvador, exhibiendo, así unas como otras, aquella manera maravillosísima con que el Señor, nuestro Redentor adorable, las ejecutara durante su vida mortal; y ved aquí, pues, aquella transformación que los Santos y doctores espirituales cuentan en el número de los frutos especiales de la Comunión.

8.° Concluiremos nuestra acción de gracias presentando á todos los coros de espíritus bienaventurados aquel Señor dulcísimo que hemos recibido en la Sagrada Eucaristía. Al presentársele á los santos ángeles, podremos decirles: *Ved aquí, ministros esclarecidos del Rey de*

gran santidad, solamente por amor de Dios.

A los Santos de nuestra Congregación: *Mirad, queridísimos hermanos míos, á vuestro ilustre Caudillo, con quien os conformasteis maravillosamente, durante vuestra vida, no menos de palabra que de obra: suplicoos que nos concedáis, á mí y á todos los otros hermanos míos que todavía están combatiendo en la Iglesia militante por su honra divina, una presa abundante de almas, sin detrimento de nuestra santificación interior; la multiplicación de los miembros de nuestra Hermandad, con muchedumbre de excelentes operarios llamados á trabajar en el mismo oficio, y que todos sin excepción pasemos, cargados de merecimientos, á gozar de su dulce compañía y de la vuestra en la Patria Celestial.*

A las Santas vírgenes: *Ved aquí, esposas del Cordero inmaculado, á Aquel por cuyo amor guardasteis sin mancilla, y con tanta gloria y alegría de vuestras almas, la pureza virginal: haced que yo aparezca delante de los ojos de vuestro Esposo, y Señor mío, puro en pensamientos, palabras y obras; y que limpio, finalmente, de toda mancha de pecado y reato de pena, sea en derechura trasladado de esta vida mortal á la gloria perdurable de la venidera.*

A todos los Santos, por último, de la Corte Celestial apostrofémosles de esta manera: *Mi-*

rosos campeones de la fe, á Jesucristo crucificado, por cuyo amor derramasteis generosamente vuestra sangre: suplícoos por las entrañas de mi Salvador que me alcancéis la gracia de estar continuamente sufriendo por amor suyo cualesquier adversidades y trabajos; de pasar toda la vida sobre la cruz; que sea pesado madero aquel donde me claven con agudísimos clavos, ora la Naturaleza armada con robusto brazo, ora la mano cruel de los hombres malvados: y sea, en fin, llevado desde la cruz derechamente á los brazos de Nuestro Señor.

A los confesores Pontífices: *Mirad, pastores del rebaño del Señor, al Cordero inmaculado que durante vuestra vida mortal ibais á sacrificar al Todopoderoso, en olor de suavidad, sobre el ara santa del Altar: haced que me ocupe dignamente en celebrar tan augusto Sacrificio, que le ofrezca á Dios con pureza de alma, y, asociándome á tan sagrada oblación, me ofrezca á Él, por medio de buenas obras, en olor de suavidad.*

A los confesores no Pontífices: *Siervos fieles de mi Señor, ved aquí á vuestro dulce y amado Padre, por quien, así de deseo como de obra, renunciasteis todas las pompas, vanidades y placeres del mundo: alcanzadme la honra singular de que por amor suyo persevere hasta la muerte en mi estado, por bajo y humilde que sea, y suba a la cumbre de una*

que dirijáis una mirada de compasión sobre esta nuestra familia por la que Nuestro Señor Jesucristo no dudó ser entregado en manos de crueles verdugos y sufrir el tormento de la cruz; que vive y reina con Vos y el Espíritu Santo. Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Repito, pues, que al trasladar aquí semejante método de acción de gracias del P. Lancisio, no es ciertamente mi ánimo aconsejar á nadie que le adopte tal como va expuesto; porque, según llevo ya indicado, sólo me propongo ofrecer en él, conforme lo exijan las circunstancias, copiosos torrentes de aguas vivas, de que podemos aprovecharnos para refrescar nuestro seco corazón y adornarle con abundancia de devociones; método de gracias que merece indudablemente estudiarse con particular detenimiento, pues que es en realidad un tratado completo de santa vida, de los más sólidos y acabados, y el más vivo retrato de cierto carácter espiritual, bien marcado y determinado, que el método susodicho llegaría ciertamente á formar en nosotros, si le practicásemos. Comprende dicho método de gracias, es verdad, deseos y peticiones que ofrece como cosa corriente, y acaso nos asusten y espanten; pero, aun así, semejantes súplicas y afectos son grandemente provechosos á nuestras almas; Lancisio los propone sin ocurrírsele siquiera que pueda haber alguna persona devota

rad aquí, amigos míos muy amados, que sois la consolación del alma mía, el Autor, la Causa y Galardón de nuestra santidad: alcanzadme la gracia de caminar por las sendas de la perfección, según el espíritu de mi Instituto, con aquella misma velocidad con que vos caminabais, á fin de que el adelantamiento en la virtud cristiana vaya en proporción con el aumento progresivo de mis años.

Luego después podemos decir á Nuestro Señor amorosísimo: «Voy ahora, Señor mío y Dios mío, á separarme de Vos por un breve rato, pero sin abandonar vuestra dulce compañía, ¡no!, porque sois Vos la dicha, la consolación y la felicidad de mi alma. Encomiéndome, pues, con toda la vehemencia de que soy capaz, juntamente con todos mis hermanos, amigos y enemigos, á vuestra inmensa caridad. ¡Amadnos, Dios mío y Gloria mía, amadnos y embriagadnos en el amor que atesora vuestro Corazón Sacratísimo! ¡Transformadnos en vuestra semejanza, Gozo y Alegría de mi alma, y concedednos que vivamos enteramente en Vos, que nos ocupemos sólo en Vos, y que nos propongamos, en todas nuestras palabras y obras, ningún otro objeto más que á Vos, Vida mía y Misericordia mía, que vivís y reináis, etc.» Ultimamente, daremos fin á nuestro hacimiento de gracias con la oración siguiente: *Suplicoos, Padre Eterno,*

do debería hacerla desaparecer por completo. Prediquemos, pues, y enseñemos solamente la Divinidad de Jesucristo, sin inquietarnos por el escaso atractivo que puedan tener nuestros sermones teológicos, y muy luego veremos cómo, á pesar de no haber exornado nuestros discursos con las galas de la elocuencia humana, llegan á deshacerse los corazones en dulces lágrimas, y cómo Belén y el Calvario abren sus ricos tesoros de ternura, derramándolos á manos llenas sobre los más humildes y sencillos de los pobres de Cristo. ¡Cuán diferente no ha llegado á ser la meditación para no pocas personas después que se resolvieron á llevar consigo, á la Cueva ó al pie de la Cruz, la antorcha de la Divinidad de Nuestro Señor adorable! Porque dichos sujetos, aunque antes no habituados á remontarse á las elevadas regiones de la oración, ni ejercitados en la práctica de una austera y heroica abnegación de sí mismos; ahora, esa su oración, exornada con los resplandores de este solo dogma de la Divinidad de Jesucristo, no raras veces ha venido á acabar, cual si fuese la oración sublime de personas muy contemplativas, por perderse en el seno mismo de la Beatísima Trinidad, donde han gustado dulzuras tan inefables, que su lengua es incapaz de explicar, y á cuyos sujetos, no sin razón, puede aplicárseles, siquiera por el momento, las siguientes palabras del Dante:

que carezca de ellos. Estos afectos y plegarias no debemos nosotros forjarles á nuestro capricho, pero bueno es que uno sea humillado; é imposible parece que no llegue á sucedernos así viendo cuán lejos estamos de poseer la virtud que debiéramos tener, y quizá — y esto es lo que nos interesa y hace más al caso — aun de ser cual nos imaginamos que somos. Humillémonos, pues, mas sin desmayar; porque si así fuese, es decir, si diésemos cabida en nuestro corazón á semejante desfallecimiento, mostraríamos que carecemos hasta de la más leve sombra de virtud, y que nos encontrábamos todavía al pie de la barrera cuando debíamos ya, por lo menos, alcanzar con la vista el feliz término de la gloriosa carrera de la vida espiritual.

Otra ventaja más envuelve semejante método de acción de gracias, la cual merece ciertamente tenerse muy en cuenta, y es la tierna devoción que inspira hacia la Persona del Verbo Eterno en el ánimo de aquel que llega á practicarle: devoción excelentísima, cuya ausencia es la causa de la pobreza y aridez que caracterizan nuestras oraciones, y señaladamente la raíz de aquella falta de un espíritu profundo de adoración que debería resplandecer en la devoción al Santísimo Sacramento, no menos que el origen de aquella tibieza y flojedad del alma que parece llega, no raras veces, á aumentarla la Comunión frecuente, cuan-

práctica de devoción y agradecimiento? No pocas personas llegan á consagrar ciertas horas del día al cumplimiento de diferentes deberes espirituales: ¿hemos dedicado nosotros algún breve rato á la acción de gracias? Muchos otros cristianos conservan asimismo, en su devocionario, una notita de aquellas cosas y personas por quienes tienen intención de rogar: ¿guardamos nosotros una minuta parecida de los beneficios por los cuales deseamos rendir diariamente las debidas gracias á nuestro Padre Celestial? ¡Cuántas veces, para alcanzar algún especial favor del Cielo, no hemos estado asediando el Trono de la Gracia, durante semanas enteras, con *Padrenuestros*, *Avemarías*, *Misereres*, *Memorares*, Rosarios, Comuniones y hasta penitencias! ¿Cual fué, pues, y en qué proporción ha estado, nuestro hacimiento de gracias con las súplicas que elevamos á los pies del Rey de la Majestad, luego que el Señor tuvo al fin la dignación de condescender benigno á nuestros ruegos importunos? ¿Cuánto tiempo gastamos entonces en la práctica del agradecimiento por el beneficio recibido? ¿en qué consistió semejante ejercicio? ¿con qué nuevo fervor y aumento de amor divino iba acompañado? ¿Redújose acaso á un solo *Te Deum*, á un simple y atropellado *Deo gratias*, lanzándonos en seguida precipitada y descortésmente á tomar afanosos el don que Dios nos ofrecía, arrancándoselo, digámoslo así, de sus

Al Padre, al Figlio, allo Spirito Santo
Cominció gloria tutto'l Paradiso;
Si che m'inebriava il dolce canto.
Ció ch'io vedeva mi sembraba un riso
Dell'universo; perché mia ebbrezza
Entrava per l'udire e per lo viso.
¡O gioia! ¡O ineffabile allegrezza;
¡O vita intera d'amore e di pace!
¡O senza brama sicura richezza! (1).

SECCIÓN VI

Reflexiones prácticas sobre el mismo asunto.

Pero ya creo que es hora de hacernos las importantes preguntas siguientes: ¿Cuál ha sido hasta aquí nuestra conducta relativa al cumplimiento del deber de la acción de gracias en general? ¿cuál es nuestro sentimiento habitual acerca de los innumerables beneficios divinos que se nos han otorgado? ¿cuánto tiempo hemos empleado, aun durante nuestros ejercicios espirituales y otros días de retiro, en contar las divinas larguezas que el Señor ha tenido la dignación de concedernos á manos llenas? Aconséjanos sabiamente San Ignacio que comencemos todos los días nuestro examen de conciencia, contando las misericordias de Dios y dándole luego por ellas infinitas gracias: ¿hemos guardado fielmente siquiera esta pequeña

(1) *La Divina Comedia: Il Paradiso*, canto XXVII.

obligue por una fuerte presión interior: si un hermano nuestro se portase con nosotros según nos conducimos con nuestro Dios y Señor, de seguro que no hallaríamos expresiones con que encarecer la bajeza de semejante conducta, indigna de un alma verdaderamente agradecida. Responded, pues, con la mano puesta en el corazón á vuestro Angel de Guarda, y decidme luego si todavía creéis que exageraba al aseguraros que la desproporción entre el hacimiento de gracias y la oración es uno de los fenómenos más espantosos de la naturaleza.

Y bien, ¿cuál es la causa de semejantes anomalías?—Impórtame muy poco repetirlo una y mil veces, hasta el punto de que llegue á causaros fastidio el leerlo, si yo consigo grabarlo profundamente en vuestra memoria.—La causa, digo, de conducta tan extraña no es otra más que nuestra perversa obstinación en rehusar mirar á Dios como á Nuestro Padre. Prescindiendo de la culpa manifiesta, difícilmente existe una sola miseria de la vida que no proceda de esas severas, tétricas y ruines nociones que nos forjamos en nuestra mente acerca de Dios Nuestro Señor: he aquí, pues, la raíz del mal. Así es que, si deseáis de todas veras ser muy otros de lo que sois, menester es que la apliquéis luego la segur: cualquiera otro medio no curará vuestras dolencias espirituales, á pesar de vuestra meditación, examen de conciencia, rosario, etc., según ya

benditas manos, cual si fuese un salario, para no volvernos después á acordar jamás de semejante dádiva graciosa, contentándonos con aquel general y vago afecto de agradecimiento que tuvimos al tiempo de recibirla? Sobrados motivos ¡ay! existen, ciertamente, para avergonzarnos de esta nuestra mala correspondencia á los beneficios divinos; porque, lejos de abrigar en nuestro corazón un espíritu constante de gratitud, un vivo y perpetuo recuerdo de las misericordias divinas, una regularidad amorosa y no interrumpida en nuestras adoraciones y sacrificios de acción de gracias, continuamos esperando que el Espíritu Santo toque por Sí mismo nuestra voluntad con el sentimiento íntimo de nuestras obligaciones para con Dios, y con la conciencia de nuestra dependencia hacia su Divina Majestad; cruzándonos, digámoslo así, de brazos hasta después que aquel Espíritu Consolador ha desempeñado semejante ministerio; y aun así correspondemos fríamente á su divino llamamiento; por manera que dejamos á cargo suyo que Él supla nuestro agradecimiento, cuando debiéramos nosotros ofrecérsele de muy buena voluntad y con generoso y abundante amor divino. Verdad es que nunca podremos anticiparnos á sus divinos auxilios, ni siquiera para concebir un solo pensamiento bueno; y así nuestra falta está únicamente en no corresponder á su primer toque ó llamamiento, aguardando á que nos

acerca de la Divinidad; que cultivéis un afecto filial hacia tan cariñoso Dueño; que pidáis con vivas ansias al Espíritu Santo el don de *piedad*, cuyo oficio especial consiste en producir en el alma de los cristianos semejante afecto devoto; que vuestro culminante y primordial concepto sobre Dios sea de aquel Señor *de quien procede toda la paternidad que existe en el Cielo y en la Tierra;* que recordéis que el Espíritu de Jesús es el único espíritu verdadero, y el espíritu de adopción por el cual clamamos *Abba*, Padre. Jamás, repito, lograréis llevar una vida verdaderamente cristiana mientras vuestras nociones de Dios como Padre amoroso no desvanezcan todas las otras nociones que de Él os habéis formado; ó, á lo menos, hasta que estas últimas no se encuentren colocadas en subordinación armoniosa con las primeras, que es lo que constituye la esencia, el alma del Evangelio y la vida misma de las enseñanzas de Nuestro Salvador adorable: no podía un hombre hacer obra más excelente que consagrar toda su vida al apostolado de esta única idea, la Paternidad compasiva de Dios.

En materia de progreso espiritual, nuestros intereses se identifican con la gloria divina; y ved aquí otra nueva invención de la caridad ingeniosa del Criador hacia los hombres, que inspirará en nuestro ánimo mayor afición á la práctica de la acción de gracias, considerando

tantas veces lo habéis experimentado. En efecto, ¿cuántos sujetos no estamos viendo ejercitarse diariamente con admirable constancia en la práctica de la meditación, sin que hayan logrado adelantar un solo paso en el camino de la virtud, ni enfrenado sus malas pasiones, ni suavizado su carácter agreste y desabrido? Tienen el hábito, no el don de la oración. En su consecuencia, bien podéis hacer cuantas penitencias os agraden; que, lejos de inflamaros en el fuego de un puro y sincero amor de Dios, endurecerán vuestro corazón con el engaño de una humildad llena de vanagloria, y los mismos Sacramentos funcionarán en vuestras almas únicamente cual máquinas descompuestas. Ora os lamentéis de vuestro escaso aprovechamiento en la vida espiritual; ora deploréis con lágrimas amargas la ausencia de toda devoción sensible; bien os angustie vuestra incapacidad para formar y cumplir resoluciones generosas; que os apesadumbren aquellas molestas reincidencias en imperfecciones indignas de un verdadero cristiano; ya os desconsuele la falta de reverencia en la oración, ó la dureza y desabrimiento con que os atrevéis á tratar á vuestros prójimos; semejantes defectos, tenedlo bien entendido, casi siempre nacen de aquellas severas nociones que os habéis formado de Dios Nuestro Señor; y por lo tanto, si deseáis de todas veras cambiar de vida, menester es que arranquéis de cuajo dichas ideas

mente, cambia nuestra religión en un servicio de amor: indúcenos á mirar todas las cosas bajo el punto de vista divino; á ponernos del lado de Dios, aun contra nosotros mismos; á identificarnos con sus intereses, hasta cuando parece que se hallan en abierta oposición con los nuestros; á romper, en su consecuencia, más eficazmente con el mundo, renunciando de lleno á todas sus pompas y vanidades; á profundizar hasta el origen y raíz del conocimiento de nuestra propia vileza, la cual es peor todavía que la misma nada en la presencia de Dios: y ¿qué es todo esto sino hacer nuestra conversión más total y completa?

Ni es menor el efecto de la acción de gracias sobre nuestro adelantamiento en la santidad: todo progreso en la vida espiritual nace del amor, y el amor es, al mismo tiempo, causa y efecto de la acción de gracias: lo que el aire y la luz son á las plantas, eso es á las virtudes la presencia de Dios; y la práctica de la acción de gracias es la que hace casi habitual en nuestras almas semejante presencia sensible de Dios, porque continuamente está excitándonos á contemplar las misericordias divinas que de otro modo no hubiéramos notado, y colocándonos en disposición más conveniente para apreciar su valor, sondeando algunos grados el abismo inconmensurable de la condescendencia de Dios, fuente inagotable de dichas bondades para con los hombres: muéve-

los beneficios que, bajo el punto de vista espiritual, nos resultan de semejante ejercicio piadoso: el adelantamiento en la santidad no es más que el descenso continuo, sobre nuestras almas, de aquellas gracias que coronan todo acto de correspondencia por nuestra parte á las gracias anteriormente recibidas; y nada hay, á juicio nuestro, que tanto multiplique en nosotros las gracias, ni que con más eficacia mueva á Dios á abrirnos de par en par las puertas de sus riquísimos tesoros, como la práctica devota de la acción de gracias. Pero no es ésta la única ventaja que nos ofrece el hacimiento de gracias para alcanzar la santidad; es menester que tomemos asimismo en cuenta los efectos maravillosos que semejante devoción produce sobre nuestras almas: no pocas personas se afanan por adelantar en el camino de la virtud; mas no parece sino que una especie de mano oculta las estorba el paso; porque el hecho es, y ni lo conocen siquiera, que jamás han llegado á convertirse enteramente á Dios: permanecieron muy poco tiempo en la vía purgativa de la virtud cristiana; regatearon con Dios los servicios que de justicia le son debidos; se reservaron ciertos alejamientos poco agradables á los divinos ojos, ó desearon despojarse de los hábitos viciosos floja y gradualmente, para de esta suerte evitarse la molestia de una pronta y eficaz conversión. Ahora bien; la acción de gracias, suave, pero imperceptible-

Yerran, pues, gravemente todos aquellos que menosprecian las consolaciones y felicidad que se experimentan en la religión, el gozo en los divinos servicios, la dulzura en la oración, la suavidad y alegría en la mortificación y los regalos de la devoción. Verdad es que, cuando Dios rehusa á los fieles semejantes recreaciones espirituales, ciertamente que no siempre lo hace por estar airado con ellos, ó en castigo de alguna maldad; y cualquiera que sea la causa que mueva al Señor á privarnos de dichas consolaciones, nuestra principal obligación es resignarnos humildemente á su dulce, aunque inexcrutable voluntad divina; pero esto no impide que todas las consolaciones susodichas sean instrumentos muy eficaces para la santidad y la perfección, y, en su consecuencia, que no puedan desearse y codiciarse ardientemente, si bien con espíritu humilde y rendido. ¡Cuántas veces no sucede, que personas que no gozan de ninguna dicha en la religión, que están continuamente viviendo en sequedad de corazón, privadas de las dulzuras y consolaciones espirituales, llegan á caer en un desmayo y desfallecimiento tal, que no parece sino que todo lo van abandonando, hasta descuidar el mismo cumplimiento de sus más sagradas obligaciones! Aun durante la Misa y las grandes solemnidades de la Iglesia, un tupido velo cubre tan fuertemente el corazón de semejantes sujetos, que

nos, además, el ejercicio de la acción de gracias á lamentar, con lágrimas amargas, la ausencia de semejante devoción en nuestros hermanos, cuya aflicción y tierno llanto mantienen nuestro amor de Dios en toda su delicadeza y sensibilidad, y engendran en nuestra alma aquel dulce espíritu de reparación, especial prerrogativa del adelantamiento en la santidad: se dilatan los senos de nuestro corazón mientras estamos engrandeciendo á Dios; dilatación que nos solicita á correr con ligereza por el camino de los divinos mandamientos, que antes andábamos solamente á paso lento y como á remolque: sentimos asimismo dentro de nosotros una fuerza secreta para vencer los obstáculos que se nos ponen delante, para desvanecer y menospreciar toda suerte de temor: una completa libertad de espíritu en el bien obrar, que anteriormente no solíamos sentir; y todo esto es porque la acción de gracias nos ha hecho medir la altura inconmensurable de la bondad infinita de Dios y la profundidad de nuestra vileza, y así nada nos parece demasiado, nada difícil y grandemente penoso, cuando en ello está interesada la gloria del Altísimo: como Areuna, en el tiempo de la pestilencia, ofrecemos al Rey de la Majestad ricos presentes, cual suelen hacerlo con nosotros los monarcas de la Tierra, esto es, con profusión y á manos llenas, pues nuestros corazones ciñen la brillante corona de la acción de gracias.

dos en sí mismos, llenos de amor propio, no buscando más que consolaciones, y hambrientos de simpatías, difícilmente han caído alguna vez de hinojos, cual niños inocentes y candorosos, á los pies del Trono de Dios, para darle gracias por el milagro de amor que El obrara en favor suyo, introduciéndoles dentro del seno de la verdadera Iglesia, donde al presente se encuentran viviendo: un corazón agradecido hubiera recibido gozosa y alegremente todas esas dificultades, propias de principiantes, esto es, de su nueva situación y género de vida, como una penitencia merecida de justicia por la dureza de su corazón, que tanto dió que hacer á la gracia, y tan heroicos esfuerzos la ha costado, para ver de ablandarle durante todo el proceso de la conversión; pero semejantes personas fueron desagradecidas, y así es cómo no son felices y dichosas en la religión: demos rendidas gracias á Dios, per ser tan escaso el número de tales sujetos. Ved aquí, pues, en todo cuanto acabamos de exponer, otro punto que debe tenerse muy en cuenta: la felicidad en la religión nace del espíritu de acción de gracias.

Expliquemos ahora, en dos palabras, cómo por medio de la devoción de acción de gracias podemos ejercitar los tres instintos ó caracteres de los Santos, es decir, promover la gloria de Dios, fomentar los intereses de Jesús y procurar la salvación de las almas. Primera-

ni la música, ni la magnificencia y esplendor del culto, ni la real Presencia de Dios, son capaces de penetrar ni causar en él la más ligera conmoción; los beneficios divinos les son tan enojosos, como los castigos para la generalidad de los mortales; la oración es una penitencia, la confesión un tormento, la comunión un verdadero suplicio: aquello que Dios bendice por amor suyo, les desazona como una úlcera; lo que Él llena de dulce paz, les incomoda; no apetecen ninguna otra luz más que la lobreguez de su perversa extravagancia, ni gustan oir otra canción que la de su mal humor y propia ridiculez. Indagad, pues, si han poseído alguna vez semejantes personas un espíritu de acción de gracias, y habréis entonces exactamente dado con el hilo de la dificultad; acaso sean convertidos á la santa fe católica quienes obedecieron á la gracia de la vocación con cierta repugnancia; que, cuando entraron en el gremio de la Iglesia, verían dificultades por todas partes, desde el Papa y cardenales, hasta el último fiel de la Cristiandad; que doquiera les rodearían males imaginarios sin cuento; que de todo criticaban, que nada les parecía bueno, que todo en la Iglesia era, en fin, para ellos desabrido, vulgar, monótono, prosaico. Así es que, sea por lo que quiera, estos infelices convertidos han sido verdaderamente unos desgraciados desde el principio de su conversión, ¿y por qué? Encerra-

Jacinta Mariscotti y otros, lo vemos hasta en el libro mismo de Tobías: *¡Padre, causóme gozo!* He aquí el carácter que el joven Tobías atribuye á San Rafael. Estando ya este espíritu bienaventurado á punto de darse á conocer, les dijo: «Bendecid al Dios del Cielo y glorificadle delante de todos los vivientes, por haberos mostrado su misericordia; porque bueno es ocultar el secreto de un rey, pero es honroso el descubrir y confesar las obras de Dios... Cuando me hallaba con vosotros, estaba por voluntad de Dios: bendecidle, pues, y cantadle alabanzas... Tiempo es ya de que vuelva á Aquel que me envió; mas vosotros bendecid á Dios y publicad todas sus maravillas». Probablemente, al separarse de ellos, les permitió ver un vislumbre ó destello de la hermosura angelical que le engalana; pues inmediatamente entraron en un éxtasis de tres horas, y lo que dejó tras sí fué el espíritu de acción de gracias: «Postrándose entonces por tres horas sobre su rostro, bendijeron á Dios, y, levantándose, cantaron todas las maravillas del Altísimo, y, abriendo luego su boca al viejo Tobías, dijo: *Glorificad al Señor, hijos de Israel: ved lo que ha hecho por nosotros, y alabadle con temor y temblor, y ensalzad al Rey de los siglos. Bendecid al Señor, todos sus escogidos; celebrad días de alegría, y glorificadle. Jerusalén, ciudad de Dios, glorifica al Señor en tus bienes*». Y ¡cuán dulces y re-

mente, la gloria de Dios. Nuestro Dios y Señor, en sus entrañas de misericordia, ha querido que su gloria inefable dependa en gran parte de las alabanzas y acciones de gracias de sus criaturas: la acción de gracias fué uno de los fines que le movieron á crearnos; así es que no hay cosa alguna que más contribuya á defraudar la gloria del Altísimo, como la negligencia y olvido de la acción de gracias; y consiguientemente, nada hay asimismo que El anhele, con tan vivas ansias de sus fieles siervos, como la reparación de semejante ultraje con que le están ofendiendo no pocos hijos ingratos en todos los instantes del día y de la noche; porque es imposible tributarle con devota atención las debidas acciones de gracias sin que al propio tiempo estemos promoviendo su mayor honra y gloria. Ya llevo dicho que el gozo resulta de la acción de gracias; y el espíritu de gracias, no sólo parece que acompaña al gozo, fruto especial del Espíritu Santo, sino que se manifiesta claramente en todas aquellas devociones que tinén alguna relación con el gozo. En efecto, aquellos que han profesado una singular devoción á San Rafael, el ángel del gozo, generalmente han atesorado en su corazón un don más que ordinario de acción de gracias; y prescindiendo ahora de los ejemplos de los Santos que más llegaron á señalarse en la devoción de la acción de gracias, como San Juan de la Cruz, la Beata Benvenuta, Santa

sus misterios á los sabios y prudentes y revelándoselos á los párvulos! Ahora bien; existe un método especialísimo para promover los intereses de Jesús de una manera fácil y gustosa, que yo me atrevería á aconsejaros; el cual consiste en asumir un pequeño apostolado para extender la práctica de la acción de gracias; porque, ciertamente, apenas habrá uno sólo de entre nosotros que no ejerza alguna influencia sobre sus prójimos, ora sean hijos, criados, ó bien conocidos y amigos. Enseñémosles, pues, á practicar frecuentes, metódicas y fervorosas acciones de gracias por los beneficios recibidos; dejemos discretamente caer de nuestros labios, siempre que se nos ofrezca la ocasión, alguna palabra en favor de semejante ejercicio. Si cada uno de los cuarenta mil miembros de la Confraternidad de la Preciosa Sangre tuviese la dicha incomparable de persuadir á cinco personas, en honra de las Cinco Llagas de Nuestro Señor Jesucristo, el ejercicio diario de la acción de gracias; si estos cinco, á su vez, lograsen asimismo extender semejante devoción piadosa entre otros tantos hermanos suyos, como se extienden las ondas sobre la superficie de un lago; y estos últimos á otros, y así sucesivamente, ¿cuánto no se regocijaría entonces Jesús en este riquísimo tesoro de gloria divina, que cual oloroso perfume ofrecían á los pies del Trono del Altísimo, aunque no fuesen más que las primeras

galados no fueron los últimos días del Santo anciano, desde que el ángel le adornó con el rico ropaje del gozo y las vistosas galas de la acción de gracias! «Pasó en gozo el resto de su vida; y, con grande aprovechamiento en el santo temor de Dios, descansó y partió de este mundo en paz.» ¡Qué más, si aun llegó el gozo á sobrevivirle, supliendo en su muerte el oficio del llanto, pues dícese *que, habiendo cumplido noventa y nueve años en el temor del Señor, le sepultaron con gozo!* Puntualmente como sucede, con demasiada frecuencia, en las casas religiosas, luego que Dios llama para Sí á alguno de la comunidad: gozo que, no raras veces, es motivo de escándalo para aquellos que no comprenden el rendido y celestial espíritu del claustro.

En segundo lugar, ofrécenos igualmente la práctica devota de la acción de gracias medios eficaces para fomentar los intereses de Jesús. ¿Qué había sobre la Tierra que el Salvador anhelase con más vehemencia como la gloria de su Padre? Aunque de Él se dice que penetraba el interior de los hombres, y que no quería fiarse de ellos, con todo eso tuvo la dignación de aparecer sorprendido viendo que sólo uno de los diez leprosos volvía á dar gracias á Dios por el beneficio recibido. Y ¡cuán lleno de misterio no está asimismo aquel exabrupto suyo de acción de gracias cuando agradeció á su Padre y le confesó porque había escondido sus

decimiento, para de esta suerte animar y esforzar á los tiernos niños y demás jovencitos á poner mayor atención en las oraciones que suelen decirse antes y después de la comida. Semejantes asociaciones podrían tener por objeto el dar gracias á Dios por todas las misericordias que ha otorgado á sus criaturas, señaladamente por el beneficio inestimable de la Encarnación y por aquella singular largueza que movió sus entrañas de bondad á regalarnos á María para que fuese nuestra Madre, igualmente que suya. Supongamos, pues, por un momento que los niños de una escuela cristiana se reuniesen mañana y tarde para practicar un breve acto de acción de gracias por el don singularísimo de la santa fe católica, apostólica, romana; los jovencitos entonces, á la vez que obrando así, bendecirían á Dios por la fe nacional de su país y repararían las apostasías, adquirirían también para sí un hábito que les serviría de eficaz preservativo contra las tentaciones que experimentaran en lo porvenir. Dichas asociaciones, si se juzgase conveniente, podrían asimismo tener por objeto la devoción á los santos ángeles, cuya incesante ocupación en el Cielo es una canción no interrumpida de melodiosas alabanzas y acciones de gracias; y de esta suerte, la virtud de la santa pureza, don especial de la devoción á los espíritus bienaventurados, crecería y echaría hondas raíces en las almas inocentes de los jó-

doscientas mil personas, practicando cada día un solo acto de agradecimiento, un simple *Deo gratias*, nada más, pronunciado, si no con los labios, con la lengua del corazón? Ponderad la gracia y el mérito y la gloria y la adoración y la honra y el júbilo y la alabanza que envuelve un solo *Deo gratias* dicho con devota intención; y, esto no obstante, la Confraternidad, con tan brevísima jaculatoria, podría presentar anualmente á la Majestad ultrajada del Rey de la Gloria setenta y tres millones de actos sobrenaturales de acción de gracias. ¿Por qué, pues, no ensayamos siquiera este medio, que procuraría á Dios un riquísimo tesoro de gloria? ¡Oh qué homenaje de amor á Jesús no sería este fácil apostolado de acción de gracias! ¡A la obra, pues, hermanos míos! ¡Comencemos luego á trabajar en tan santa empresa! ¡hoy, ahora mismo, que el tiempo vuela, y harto hemos hecho estar esperando á la gloria de Dios Nuestro Señor!

En las escuelas, en los seminarios y en el seno de las familias, especialmente en aquellas donde hay muchos jovencitos, de cuyas bocas puras ha Dios ordenado su alabanza, podrían también establecerse pequeñas asociaciones, para que cada uno de sus miembros dijese en particular, todos los días, alguna breve jaculatoria de acción de gracias; y, donde se creyese oportuno, no sería inútil mandar que hiciesen en común algún pequeño acto de agra-

San Alfonso de Ligorio, que, en su vejez, apenas llegaba á sus oídos alguna noticia ó buena nueva favorable á la gloria de Dios ó prosperidad de la Iglesia, exclamaba, inundado de alegría: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto:* se cuentan igualmente maravillas de la devoción del Beato Pablo de la Cruz hacia esta doxología, devoción que el siervo de Dios estaba sin cesar inculcando á todos sus religiosos; y las *Vidas* de los Santos ¿cuántos ejemplos no podrían asimismo ofrecernos de muchas otras devociones de amor heroico, estrechamente ligadas con semejante canción gloriosa? Pues bien; si San Jerónimo no hubiese rogado un día al Papa San Dámaso que la introdujese en la Iglesia Occidental, claro está que se hubieran entonces perdido para Dios todos estos riquísimos tesoros de gloria: cuando los hombres ejecutan alguna buena obra, por liviana que sea, á la mayor gloria de Dios, jamás llegan á conocer hasta dónde alcanzará su eficacia ni qué número de maravillas podrá obrar, en honra y alabanza del Altísimo, en el transcurso de los siglos; el secreto del amor, por lo tanto, consiste en estar constantemente ejecutando obras á la mayor gloria de Dios, sin cuidarnos para nada de su grandeza ó pequeñez. «Echa tu pan, dice el Sabio, sobre las aguas que corren, pues al cabo de mucho tiempo lo hallarás. Por la mañana siembra tu simiente, y no permitas que por la tarde cese tu mano, porque no sa-

venes asociados. Si profesamos una grande estimación á la gloria de Dios; en una palabra, si amamos entrañablemente á nuestro Padre Celestial, no nos parecerán livianas todas estas cosas ni insignificantes sus resultados, y trataremos de recobrar en lo posible, con tan ingenioso artificio de acción de gracias, aquel tiempo precioso que hemos malamente perdido.

¡Oh, qué rico tesoro de gloria no podría un hombre solo ganar para Nuestro Señor dulcísimo, consagrándose de todas veras á tan santa ocupación! Cuando San Jerónimo vivía en el Oriente, oyó con frecuencia entonar á los monjes la doxología *Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo*, y quedó tan prendado de semejante doxología, que se resolvió á pedir al Papa San Dámaso que se dignase establecerla en la Iglesia Occidental, donde, humanamente hablando, á no ser por los ruegos del Santo Doctor, difícilmente hubiera llegado á usarse jamás. Ahora bien, ¿quién es capaz de contar los millones y millones de veces que los fieles de Occidente han rezado ó cantado, con amorosa y devota intención, semejante doxología? Cada vez que Santa María Magdalena de Pazzis recitaba ó entonaba tan regalada canción, acompañábala con la ofrenda mental de sí misma en olor de la Beatísima Trinidad, doblando al propio tiempo el cuello al golpe del hacha, cual si estuviese ya á punto de ser martirizada en defensa de la fe católica: dícese de

¡Oh pobrecitas almas desgraciadas, que con tanta frecuencia os hemos escandalizado con nuestras maldades! ¡Pluguiera al Cielo que nuestros ruegos actuales y acciones de gracias llegasen siquiera á igualar al número de escándalos que os hemos dado con descaro inconcebible: porque nos parece imposible que sea enteramente nuestra la Preciosa Sangre de Jesucristo, hasta tanto que no os hagamos á vosotras igualmente participantes de ese riquísimo tesoro! ¡No olvidemos, pues, nunca, hermanos míos, que acaso existan sobre la Tierra algunas almas cuya salvación perdurable habrá Dios vinculado á nuestro celo y oraciones! ¡No perdamos jamás de vista que quizá haya en el mundo un alma querida, á quien el Altísimo amó desde toda la eternidad, decretando sacarla de la nada con preferencia á millones de almas que pudo haber criado en lugar suyo; un alma querida cuyo nombre tuvo Jesús grabado en su mente soberana aun estando pendiente de la cruz; un alma querida, por cuya compañía esté suspirando María en la Gloria del Cielo; un alma querida, cuya felicidad sempiterna, esto es, el ver á Dios cara á cara, y ser por toda una eternidad feliz y dichosa, y hallarse adornada con una belleza incomparable, y coronada con riquísimos dones y esclarecidas gracias sobrenaturales, y hermosamente engalanada con los preciosos atavíos de la Jerusalén celestial, y anegada en un mar in-

bes si nacerá antes esto ó aquello; y, si ambos á la vez, ignoras cuál será lo mejor» (1).

Ultimamente, el ejercicio devoto de la acción de gracias es un poderoso auxiliar para la salvación de las almas. En efecto, nosotros mismos, practicando semejante devoción, gozaríamos de un valimiento tan señalado para con Dios Nuestro Señor, que nos habilitaría para impetrar gracias que sobrepujasen á nuestros deseos y al alcance de la pobreza de nuestras actuales oraciones; veríamos abrirse delante de nuestros ojos los riquísimos tesoros de las misericordias divinas; correrían por doquiera ríos caudalosos de gracias; se ablandarían los corazones más empedernidos; lloverían raudales de bendiciones sobre toda la Iglesia; desagraviaríamos á Dios por las ofensas con que los pecadores le están ultrajando con su ingratitud y negligencia; aplacaríamos la cólera del justo Juez y detendríamos el brazo del Rey airado, levantado ya para descargar contra ellos rayos de castigos, espirituales y temporales. ¡Con cuánta muchedumbre, pues, de medios indirectos no nos permite Dios, en su infinita misericordia, cooperar á la salvación de las almas, solicitándonos incesantemente, con entrañas de caridad, á ser más ingeniosos que hasta aquí en buscarlos, y muy solícitos, una vez adquiridos, en ponerlos luego al punto en ejecución!

CAPÍTULO VIII

ALABANZA Y DESEO

La Ciencia y la Gracia.— ***Viajero Doméstico Universal.*** **—Qué es la Alabanza y el Deseo.—Amor de complacencia y benevolencia.—Valor de los actos internos.—Descripción de Dios.—Consideración sobre los atributos divinos.—Aplicación de la Alabanza y el Deseo á los tres instintos de los Santos.—Cómo alcanzaremos el amor de complacencia.—Seis cualidades que constituyen un Santo.—Devota clase media de la Iglesia. Ejemplos: 1.°, de la *Raccolta;* 2.°, devociones de Lancisio á Jesucristo resucitado; 3.°, preparación de Santa María Magdalena de Pazzis para la festividad de Pentecostés; 4.°, renovación de votos y deseos heroicos.—Santidad metódica.—Libertad de espíritu.—Santa Gertrudis y la antigua escuela ascética benedictina.—Maravilloso portento, que Dios tenga la dignación de amar á los hombres.—Prodigio más maravilloso todavía, el permitirnos que le amemos.—El colmo del pasmo y del asombro, que nos atrevamos á negarlo semejante servicio.—Espíritu de reparación.—María es el *Benedicite* de los cristianos.—Alabanza del Sagrado Corazón de Jesús.—Alabanza del mismo Dios.**

SECCIÓN I

La Ciencia y la Gracia.

Los hombres de ciencia, enamorados de las grandezas y riquezas que Dios ha derramado á manos llenas sobre toda la naturaleza, llévannos á todo rincón y ángulo del mundo para mostrarnos allí, hasta en los más viles insectos y en el maravilloso concierto de sus hábi-

menso y perdurable de dulzuras y de gozo y de deleites, que sobrepujan á todo humano encarecimiento—acaso se halle todo esto, repito, por un especial arrojo, permítasenos la expresión, y un adorable atrevimiento del amor divino, pendiente y como colgado, sin que lo conozcamos, de cualquiera de nuestras oraciones! ¡Oh que posibilidad ésta tan espantosa á la vez que arrebatadora!—Señor, ¿cuándo os vimos hambriento y no os alimentamos, sediento y no os dimos de beber? ¡Ojalá que no cese nunca de resonar en nuestro oído el eco espantoso de aquella su contestación: Cuando no lo hicisteis con el más pequeñuelo de estos mis hermanos, ni á Mí lo hicisteis.

cia de las leyes de la gracia es un paralelo de la ciencia de las leyes de la vida: la historia y constitución de la Iglesia es tan admirable en sus grandiosos portentos como los anales de la prodigiosa ciencia geológica; los teólogos católicos, auxiliados de la revelación, de la Iglesia, de la razón y las luces del Espíritu Santo, han explorado el espíritu, por lo menos, con la misma certidumbre y felices resultados con que la ciencia moderna ha explorado la materia. Quienes se sonríen al oirnos hablar con tan profunda convicción y facilidad increíble de los diferentes coros de ángeles, asemejanse á aquellos que sueltan la carcajada cuando alguno les habla del volumen de un planeta, ó les asegura que la materia del mismo es tan ligera como el corcho: la incredulidad de la ignorancia, así en los unos como en los otros, es la que excita semejante sonrisa burlona. Antiguamente, la sublime inteligencia humana consagraba todas sus fuerzas y asombrosa capacidad á estudiar la vida de Dios, las perfecciones y grandezas que en El resplandecen, la Encarnación, la naturaleza y eficacia de la gracia, etc.: la revelación ofrecía al entendimiento innumerables axiomas infalibles que resolver, y el resultado de sus investigaciones acerca de semejantes datos sobrenaturales fué la Teología católica, monumento glorioso é inmortal que levantara el espíritu humano. Hoy, esa nobilísima facultad lleva un rum-

tos é inclinaciones con las necesidades y flaquezas que les distinguen, cuán llena está la creación, no menos de la sabiduría y omnipotencia del Eterno, que de su amorosa solicitud y tierna compasión hacia todas las criaturas, hechura de su brazo: he aquí, pues, exactamente las mismas excelencias que hemos visto resplandecer en el mundo espiritual, y en los ingeniosos artificios y suaves armonías que le enaltecen y coronan de gloria. Todo es por amor, y en una escala tan prodigiosa, que semejantes finezas de la paternal Providencia Divina no parece sino que aun llegan á probar nuestra fe: Dios nos ama con un exceso de amor que sobrepuja á todo encarecimiento, y suspira con vivas ansias ser amado de los hombres, y derrama sobre nuestras cabezas, con profusión increíble, innumerables auxilios y medios, á cuál más eficaces, para que nosotros le amemos y promovámos su mayor honra y gloria. La Teología es el traslado y viva imagen de las ciencias físicas: la Teología nos enseña, acerca de los ángeles á quienes no hemos visto con los ojos corporales, cosas tan asombrosas como aquellas que la Astronomía nos enseña de las estrellas, que nunca hemos alcanzado á distinguir más que con el auxilio de algún instrumento óptico; la ciencia teológica arroja más luz sobre el mundo invisible espiritual que aquella que el microscopio envía sobre el mundo invisible animal; la cien-

bidas todas sus potencias y sentidos en los negocios del mundo, sin ocuparse para nada de las cosas de Dios, únicamente aquellos fenómenos de la religión que infunden pavor en el ánimo son los que llaman su atención, la muerte, por ejemplo, el pecado mortal, el Infierno, la predestinación; pero que lleguen á tomarse la molestia de bajar la mano ó de descender á examinar atentamente las minuciosas é ingeniosas leyes de la gracia, los secretos inefables de la oración, las relaciones y armonías del mérito y la gloria, las hechiceras dulzuras de las indulgencias, los suaves misterios de Jesús y María, —y ya se formarán entonces, á no dudarlo, un concepto algo más exacto de la grandeza é inconmensurabilidad del encantador amor divino:—sólo el estallido del rayo, en noche tempestuosa, conmueve el ánimo del hombre distraído; mas un oído delicado y atento percibe el tenue susurro de las hojas de los árboles blandamente movidas por el aura suave que suele levantarse á la caída de la tarde del caluroso verano.

Ya hemos visto cómo Dios nos provee de medios eficaces para que le amemos, dándonos no solamente todas sus divinas perfecciones y los misterios de su Hijo querido, para que ofrezcamos á Su Divina Majestad semejantes riquezas, cual si fuesen de nuestro propio caudal, sino enseñándonos á unir nuestros pobres y ruines servicios á las obras é intenciones de

bo enteramente diferente: despliega en la actualidad todas sus fuerzas, y dedícase, con ahinco indecible, á estudiar las corrientes del Océano, las direcciones de los vientos, los fenómenos eléctricos y la naturaleza química de las estrellas; y el resultado de sus heroicos desvelos, aunque bastante maravilloso en el sistema de la ciencia moderna, difícilmente iguala á las *Sumas de Teología escolástica,* aun considerados estos trabajos como meras ó simples producciones intelectuales.

La ignorancia de nuestra religión, más bien que otra cosa, es la que nos impide ver y discernir claramente el entrañable amor y cariño paternal que Dios tiene la dignación de profesarnos. Para el salvaje, cuya distraída mente no se impresiona por otros fenómenos sino por aquellos que, por la grandeza y fuerzas asombrosas que suponen, causan un profundo estupor en el ánimo, como la tempestad, el espantoso estallido del trueno, la soberana majestad del sol, la inmensidad de los mares, el rugido de los vientos, las erupciones de los volcanes, el Criador es simplemente el Dios de la omnipotencia y de la fuerza; pero que él contemplase los instintos y afecciones de los animales con aquella claridad con que la ciencia puede presentárselos delante de sus ojos, y entonces muy luego cambiaría las nociones que abriga en su entendimiento acerca del Criador. Así, pues, cuando los cristianos tienen absor-

recordemos asimismo cómo retirados en nuestro lindo y alegre gabinetito, meciéndonos blandamente en nuestra sillita, diseminadas á nuestro alrededor, acá y acullá, las chucherías y enredos de aquellos juguetes que nos tuvieron distraídos é inocentemente ocupados durante el espacio de una hora larga; cómo, repito, después de ya fatigados con semejantes entretenimientos propios de aquella edad, recorríamos, leyendo el libro, los desiertos arenales del Africa, y atravesábamos los risueños y floridos bosques del Brasil, y nos recreábamos con las erupciones fangosas de los volcanes de la Islandia, y acechábamos, en fin, á los tártaros desde la gran muralla de la China. Pues bien; el amor de Dios ha realizado en nuestras devociones una cosa muy parecida al *Viajero Doméstico Universal:* caminamos asimismo, de uno á otro país de la Tierra, suspirando en todas partes por la mayor gloria de Dios y adorando á Jesús Sacramentado en los tabernáculos desiertos y abandonados; recorremos las regiones sombrías del Purgatorio, gimiendo y anhelando por la gloria de Dios é intereses de Jesús; subimos luego en espíritu á la Corte Celestial, para que una vez allí, sin que llegue á deslumbrarnos la hermosura encantadora de esa patria dichosa, postrados ante el Trono del Rey de la Majestad, ofrezcamos á sus pies, en rendida adoración, el oloroso perfume de nuestros deseos interiores y oraciones

Nuestro Señor dulcísimo; y cómo todos estos ricos tesoros podemos aprovechar en la intercesión, acción de gracias y alabanzas al Rey Soberano de la Gloria. Avancemos, pues, ahora un paso más adelante, diciendo que en su anhelo por ser amado de los hombres, y en su vivo deseo de enriquecernos de medios con que poder presentarle semejante ofrenda en rendida adoración, llega á levantar nuestros simples afectos á la excelsa dignidad de actos reales y eficaces, habilitándonos al propio tiempo para que le honremos, transformando en culto gloriosísimo y muy celestial los simples y fugaces afectos ó deseos de nuestro corazón amoroso. Porque el Criador omnipotente, no sólo acepta benigno el derramamiento de nuestra sangre, las asperezas de la carne y los sacrificios dolorosos, sino que le agrada asimismo y complácese grandemente en apacentar su gloria divina con alguna corta y liviana abnegación heroica de nuestra propia voluntad: así es, que el espíritu más pusilánime de la creación puede amar al Hacedor, y amarle con amor muy abundante.

Quizá ninguno de nosotros habrá todavía echado en olvido aquel libro que leíamos en nuestra juventud, titulado *Viajero Doméstico Universal*, y aquellas escenas del panorama encantador que ponía delante de nuestros ojos: libro que hacía las delicias de nuestros juveniles años, llenos de virginal candor: acaso

tables y diferentes de nuestros caminos, y muy luego nos perdemos y abismamos en los juicios amorosos é incomprensibles del Altísimo. Si, pues, á pesar de nuestros escasos conocimientos sobre las cosas espirituales, todavía llegamos á tocar y palpar con las manos la espantosa realidad de cuanto tiene relación con Dios Nuestro Señor, ¿extrañará ya alguno que los Santos hablasen de las cosas de la Tierra con tal indiferencia y menosprecio, como si el dolor y el placer, la vida y la muerte se diferenciasen tan poco entre sí, que importase lo mismo que pudiera al hombre sobrevenirle así lo uno como lo otro? No existe, pues, en efecto, ninguna ciencia que se iguale, ni á cien leguas, con la ciencia del amor de Dios.

SECCIÓN II

Qué es la Alabanza y el Deseo.

El asunto que al presente voy á ofrecer á vuestra consideración es la Alabanza y el Deseo, juntamente con aquellas prácticas devotas que las personas espirituales nos legaron acerca de la misma materia. Es, pues, la Alabanza un afecto piadoso mucho más excelente que la acción de gracias; es una bendición á Dios por su infinita bondad, omnipotencia, pureza, hermosura; es una congratulación al Rey de la

mentales; pasamos, en fin, de un atributo á otro atributo del Altísimo, honrando á cada uno de ellos con alabanzas, bendiciones, congratulaciones, gozos, parabienes, y aun deseándoles cosas imposibles, esto es, que sean incomparablemente más excelentes y perfectos de lo que son.

Y no se vaya á creer que semejantes ejercicios sean un mero entretenimiento, una simple ocupación inocente con que recrear el ánimo contemplando las grandezas y maravillas de Dios Nuestro Señor; sino que envuelven en sí mismos una verdadera adoración muy agradable á los ojos de la Majestad eterna del Monarca de la Gloria, adoración que tiene por blanco impetrar gracias actuales y asegurarnos los correspondientes grados de gloria en la Patria del Cielo. En efecto, nada hay en el mundo más real como este culto que se rinde al Rey Soberano de la Creación: las montañas roquizas son menos reales que la verdadera adoración; el mismo sufrimiento no es más que una ilusión, comparado con la realidad de aquel culto que tiene la virtud de complacer al Dios incomprensible; la gracia, siendo una maravillosa participación de la naturaleza divina, es mil veces más sólida que todas las naturalezas de los hombres y de los animales, y la ley de la gravedad es menos cierta que la gloria inefable de los bienaventurados del Cielo: verdaderamente, los caminos de Dios son inescru-

espíritu de Alabanza es diferente de aquel otro espíritu que mide las obligaciones y las consecuencias de la obediencia; que investiga los derechos que tiene sobre Dios Nuestro Señor; que determina los límites á que el Omnipotente se ha ligado con una alianza ó pacto solemne; que sigue, en fin, la opinión probable que favorece la práctica más laxa.

Yo no digo, y entiéndase bien, que este último espíritu no sea bueno y laudable: aquí no estoy criticando ni descubriendo faltas en cosa alguna; solamente afirmo, lo cual es á todas luces innegable, que es un espíritu muy diferente del espíritu de Alabanza. Porque, además de cuanto acabamos de exponer, el espíritu de Alabanza es igualmente más fácil y suave que el primero: no exige sufrimiento alguno corporal, no implica género alguno de asperezas y austeridades que mortifiquen la carne, no envuelve altura alguna penosa y elevada de oración; así es que en ninguna de las devociones existe un espíritu más infantil que el espíritu de Alabanza. Pero no sólo es diferente este espíritu de Alabanza de aquel otro espíritu de que venimos ocupándonos; sino que crea asimismo un carácter enteramente diferente, una especie diversa de vida espiritual, estimulándonos é inspirando en nuestro ánimo una singular afición á servir á Dios por amor; y he aquí por qué el espíritu de Alabanza ocupa en el presente tratado el lugar que de jus-

majestad por ser quien es, y no existir otro alguno que le iguale; es un llamamiento que hacemos á todos los ángeles y santos, convidándoles á honrar y glorificar con todas sus fuerzas al Hacedor del mundo; es una fervorosa petición á María para que se sirva ayudarnos á ensalzar á la soberana grandeza del Altísimo; es una tierna invocación que dirigimos al Sagrado Corazón de Jesús después de haber agotado los riquísimos tesoros de las prerrogativas casi divinas de su Madre inmaculada: Corazón Sacratísimo, Océano inconmensurable, cuyas ondas cristalinas transparentan y reflejan los inefables resplandores de la alabanza que continuamente está rindiendo al Monarca Supremo de la Gloria. Mas como todavía tiene límites este piélago inmenso—si bien el lindo cuadro francés, en el cual se ve pintado un ángel que se esfuerza por sondearle y no alcanza á penetrar más que hasta la mitad del fondo, expresa con bastante exactitud la capacidad de que se encuentran dotados los hombres y los ángeles para sondear la inmensidad de los mares encerrados en ese Corazón Inmaculado;—como hallamos en él, repito, límites y orillas, en una especie de exceso y arrebato de amor nos arrojamos atrevidamente en el seno del Altísimo para escuchar allí, extáticos, aquellos himnos melodiosos y suaves canciones de alabanza y bendición que sin cesar está Él entonando á su mayor honra y gloria. Semejante

almas del Purgatorio; es aquel afecto compasivo que induce á nuestra voluntad á desear broten de sus senos raudales de aflicción y dolor que borren los pecados, desvanezcan los escándalos, evaporen la tibieza de la haz de la Tierra, y, sobre todo, que nos ayuden á servir á la Excelsa y Soberana Majestad del Altísimo con mayor fervor y reverencia que hasta el presente, y recibamos otro nuevo corazón, menos duro é insensible á las inspiraciones divinas que éste de piedra que ahora llevamos dentro del pecho; es el Deseo, últimamente, aquel afecto ardentísimo que suspira por que todo grano de arena del mar y todas las hojas de los árboles que hermosean las selvas sean otros tantos serafines que aumenten el coro de las alabanzas divinas.

También este espíritu de Deseo es diferente de aquel otro espíritu que desea substraerse al fuego del Infierno, que suspira por gozar una vida sosegada y tranquila, que codicia una muerte dulce, libre y exenta de las terribles congojas de la agonía, que busca el remedio de sus dolencias en las reliquias de los Santos, que anhela aquella paz y alegría y estabilidad de la gloria del Cielo, mera y exclusivamente para eximirse del cansancio y fastidio de la Tierra. Y no será tampoco inoportuno advertir aquí lo mismo que hicimos al hablar del espíritu de Alabanza, esto es, que nadie se atreva á interpretar torcidamente mis expresiones, creyen-

ticia le corresponde, pues, de lo contrario, no sería ciertamente un tratado completo.

Explicado, pues, lo que se entiende por Alabanza, réstanos ahora exponer qué es el Deseo. Por la palabra Deseo no entendemos aquel afecto que los teólogos llaman amor de concupiscencia, el cual tiene por blanco apetecer ardientemente el poseer á Dios cual Fin último nuestro y Autor Soberano de nuestras almas, porque semejante amor no entra para nada en el asunto que me propongo en la presente obrita. Es, pues, el Deseo aquel afecto de la voluntad nacido del amor de complacencia y benevolencia de que pienso ocuparme más adelante; es aquel afecto entrañable del corazón que anhela por que Dios sea más conocido, amado, servido y glorificado de los hombres; es aquel afecto derivado del amor divino que atesora la voluntad, que apetece la multiplicación de todo cuanto pueda contribuir á apacentar y hacer crecer la gloria de Dios accidental en el Cielo, Tierra, Purgatorio é Infierno; es aquel afecto fervoroso del corazón que envuelve aun deseos imposibles, como, por ejemplo, de que sea más perfecto y más hermoso Aquel que es la misma perfección y hermosura por esencia; es aquel afecto muy abrasado que suspira por que nos quepa la suerte dichosa de sufrir el martirio en defensa de la fe, de convertir, si posible fuese, á todos los condenados del Infierno y rescatar á todas las

Examinad si no las perfecciones divinas, asi la omnipotencia como la caridad, lo mismo la justicia que la misericordia; considerad atentamente no menos las unas que las otras; ponderadlas, y tanteadlas, y pesadlas, tanto éstas como aquéllas, en la balanza fiel de la imparcialidad y del ánimo sereno; y según es dado á la flaqueza y ceguedad de nuestro entendimiento hacer estimación y justo aprecio del carácter de Dios, menester es reconozcáis que no puede haber culto alguno agradable á los divinos ojos si no está basado en la confianza, pues que éste es el homenaje propio de la criatura hacia su Criador. Desde el espantoso miedo que mueve al salvaje á honrar y aplacar á la Divinidad inexorable que él allá se ha forjado en su estragada mente, hasta la extravagancia y superstición del fetiquismo, la ausencia de semejante afecto filial de confianza es el carácter distintivo de toda modificación del falso culto; mientras que, por el contrario, la hermosura, y la magnificencia, y la grandeza del verdadero culto que la criatura rinde á Dios, como á Padre suyo muy amado, se distinguen puntualmente en que el principal ejercicio de dicha adoración amorosa consiste en poner toda su confianza en aquellas mismas perfecciones divinas que causarían espanto á un alma privada del fuego sagrado del amor: es un acto excelente de amor divino confiar cual hijo en el tremendo pode-

do que yo repruebo semejante espíritu de deseo —¡líbreme Dios de tan siniestra intención, y ojalá que todos los mortales estuviesen en él bien empapados; —¡pero, á no dudarlo, este último espíritu es diferente del espíritu de Deseo: no envuelve la misma facilidad y dulzura, ni procura á Dios tan rico tesoro de gloria como el espíritu de Deseo que, á imitación del espíritu de Alabanza, engendra en nuestra alma diferente carácter espiritual, é inclina con suavidad nuestra voluntad al servicio del amor de Dios.

He aquí, pues, en los afectos de Alabanza y Deseo el doble asunto de que voy á ocuparme; y sépase de paso que, en lo sucesivo, no pienso hablar de cada uno de ellos en particular, porque semejantes afectos se mantienen siempre tan unidos y mezclados entre sí, que creo conveniente y muy puesto en razón considerarlos cual si fuesen una misma cosa. Por lo que acabo de exponer, ya habréis comprendido que vuelvo otra vez más á mi tema favorito, es decir, á exigir de vosotros que tengáis más confianza en Dios Nuestro Señor. Efectivamente, no existe culto alguno que merezca el nombre de tal, si no es la expresión fiel de la confianza, ni es amor verdadero aquel donde la confianza no entra para nada; y como no puede haber confianza sin afecto filial, síguese, pues, repito, que vuelvo á lo mismo de siempre: Dios es nuestro Padre.

complaciéndose asimismo en derramar amor con profusión increíble y á manos llenas sobre esta tierra que habitamos, para renovarla enteramente, y, á pesar de semejantes ingeniosas invenciones de su abrasada caridad hacia los hombres— ¡oh interés del amor divino del Padre Celestial!, ¡oh Corazón Sacratísimo de Jesús!,— ¡cuántos católicos no se obstinan en cambiar esta fe santa y servicio glorioso y regalado en una adoración tan seca, fría, de puras formas, ruin y abominable, que hasta las mismas ridículas postraciones y abluciones de un mahometano llegan á afrentarla y exponerla á la pública vergüenza!

SECCIÓN III

Actos interiores.

Ya dije, en el tomo primero, que acaso no haya práctica piadosa en el sistema de devociones de la Iglesia que más choque á los convertidos como el valor é importancia atribuídos á los actos interiores: semejantes personas llegan á sorprenderse de la obligación que bajo pena de pecado, según enseñanza de aquella divina sociedad, tienen que cumplir, ejercitando actos de fe, esperanza, caridad y contrición en ciertos períodos de la vida y circunstancias dadas: espántanse de los comentarios

río del Rey Soberano de la Majestad; es un acto todavía más excelente de amor de Dios si, contemplando nuestra ruindad y bajeza, colocamos, no obstante, toda nuestra confianza en su inexorable justicia y reposamos, cual si fuese el regazo de una madre tierna, en aquel mismo atributo que, semejante á un espectro horrible, está siempre acosando y llenando de espanto al corazón privado del amor, mientras conserve la fe y la vida. Todo por amor, y el amor todo por nosotros: Todo por Jesús, y Jesús por todos; he aquí los dos lados de la religión; todo va envuelto en esas dos frases: la Teología toda entera, la Tierra, el Purgatorio, el Cielo.

Hasta los mismos judíos llegaron á conocer cómo todo cambiaba para el hombre que se acuerda de que Dios es su Padre: «Nada, dice un libro rabino, prueba tanto celo del adorador como el uso de las palabras *Padre nuestro*.— «Quien hace el bien por amor de Dios, añade otro, es tres veces más santo y dichoso que aquel que le sirve por temor.» Tales eran las tradiciones hasta de los judíos respecto al particular; pero Jesús, sin embargo, ha tenido la dignación de venir al mundo suavizando y atrayéndolo todo á Sí mismo, ocultando su gloria eterna é inefable con las dulces miradas de sus ojos humanos, muy parecidos á aquellos dos soles agraciados de la Virgen María, Madre suya muy amada, que roban los corazones,

se cometen con más facilidad y causan menos espanto que los pecados de obra.

Ahora bien; cuanto acabamos de afirmar acerca de los actos internos culpables, puede aplicarse igualmente á la realidad del mérito de los deseos piadosos, á la oración mental y á todos los otros actos, así de pensamiento como de palabra, que constituyen la devoción: no necesitan ser otra cosa más que actos internos, nada más se requiere para su formación: tocaron á Dios, como tales actos, pues ya recibieron con semejante contacto todo su mérito y todo su valor. Volviendo, pues, la hoja, diremos que estos actos internos de devoción producen á veces en el alma mayor impresión que los actos externos, que tienen asimismo la ventaja de ser más numerosos, que pueden ejecutarse, en fin, con mayor facilidad que las acciones exteriores. En vista, pues, de semejantes excelencias y grandezas de los actos internos de devoción, ¿no es un motivo bastante poderoso para afligir nuestro amor cuando, acercándonos á la orilla de los inmensos mares que encierran los senos profundos del corazón humano, y contemplando ese piélago insondable, y observando las innumerables ondas cristalinas que á cada momento se levantan sobre sus superficies, llenas todas de indecible hermosura y gallardía, y ponderando cómo cada una de estas olas llega á rivalizar delante de los ojos de la Excelsa Majestad de Dios con la

sobre la doctrina evangélica relativa á la culpa cometida en la voluntad; háceseles cuesta arriba el llegar á convencerse de la influencia atribuída á la intención. Y, no obstante, semejante doctrina acerca de los susodichos actos internos, igualmente que todo el resto del sistema católico, es una viva representación de Dios Nuestro Señor: Dios es un Acto puro; cualquier cosa que se ejecute guarda con Él cierta relación de la que recibe toda su significación y realidad, y, en su consecuencia, las palabras no son sino simples accidentes, ¡y digo más!, los actos externos apenas añaden nada comparativamente á la malicia del acto interno de la voluntad: asiéntase al pensamiento, fórmese la intención, admítase deliberadamente la tentación, y el acto es irrevocable; tocó á Dios, y se ha estereotipado; no necesita ya para su consumación del signo de la voz ni de la ejecución de las manos; es un acto real y, como tal, bueno ó malo, merecedor á los ojos del Altísimo de galardón ó de castigo.

Los pecados de pensamiento, dice el Concilio tridentino, tienen los espantosos caracteres siguientes: primero, que no raras veces causan en el alma más grave herida que los pecados de obra; segundo, que en algunos casos son más peligrosos: *Nonnunquam animam gravius sanciant, et periculosiora sunt iis quæ manifeste admittuntur*. Y téngase asimismo presente que también son más numerosos, que

ravillosamente arrobada por el gozo inefable que infundía en su espíritu tan delicioso espectáculo, comenzó á intervalos á exclamar: *¡Dichosa tú, que así sabías llevar el tesoro escondido! ¡Oh qué cosa tan grande es el singularizarse entre las singulares, y ser, no obstante, tenida como otra cualquier persona ordinaria! Si el Verbo Eterno hubiese solamente contado las obras que practicaste, poco, en efecto, habría tenido entonces que premiarte, porque bastante escaso ha sido el tiempo de que dispusiste para ejercitarte en obras exteriores; mas ¡oh Bondad infinita que premias toda palabra, pensamiento y deseo! Excelentes y continuas fueron, hija mía, tus obras, y practicadas por pocos, como quiera que eran interiores. ¡Oh grandeza de las obras internas, apenas comprendida de los mortales, que una sola merece mil años de ejercicios exteriores!»* (1).

No olvidéis, pues, que éste es puntualmente el asunto de que estamos ocupándonos. Nada hay en el mundo tan real y substancial como el amor de Dios; un solo acto de amor divino es una obra más acabada que una estatua de Fidias ó de Praxíteles; es más sólido que las bases sobre que descansan las cordilleras de los Alpes; más estable que el Universo mundo, dotado por el Criador de una consistencia in-

(1) **Vida, edición del Oratorio, pag. 119.**

canción más melodiosa que puedan entonar los ángeles en la Jerusalén celestial; vemos, sin embargo, el poco uso que se hace de semejante tesoro, no cuidándose apenas los mortales de aprovecharse de tan inestimables riquezas, defraudando así á Dios su gloria inmortal? Profésanos el Eterno un cariño tan entrañable, y anhela con tan vivas ansias ganar nuestro amor, que, no contento con habernos colmado de innumerables mercedes naturales, se ha dado trazas para que nuestro corazón, por los merecimientos de Jesucristo, pueda rendirle gloriosas alabanzas y tiernas adoraciones, casi con aquella misma facilidad con que el incensario deja salir el humo en olorosa espiral, á través de su cubierta perforada, para dirigirse al Trono del Altísimo; y ¡todavía nos obstinamos en rehusarle hasta esta pequeña ofrenda de amorosa adoración!

Es difícil apreciar en su verdadero valor semejantes actos internos de piedad y devoción. Cuéntase que en el convento de Santa María Magdalena de Pazzis había una religiosa, llamada Sor María Benita Vettori, á quien la Santa vió, cinco horas después de su muerte, gozando de una gloria que excedía á la de muchas otras vírgenes del monasterio, y contemplando con ojos serenos la Humanidad y Divinidad del Verbo Encarnado. «Después de haber permanecido Magdalena, continúa el confesor de esta sierva de Dios, un largo rato ma-

tado de siempre. ¡Cuán increíble no es la dureza de nuestro corazón, la cual llega, permítasenos la expresión, á competir, á rivalizar con el exceso del amor de Dios Nuestro Señor! ¡Venga, pues, luego á enseñorearse de nuestra alma aquel hermoso y regalado espíritu de reparación que innumerables Santos tuvieron la dicha inefable de gozar cual herencia propia, y desagraviemos á la Majestad Soberana del Altísimo, extrayendo así, de flores amargas, miel muy dulce y exquisita; y, de esta suerte, el escaso amor que profesamos á Dios, por medio de semejante privilegio inefable de reparación, nos ofrecerá muchos otros recursos para amarle cada día con más fervor! ¿Quién, pues, se atreverá á decir que todas estas cosas no están ordenadas en beneficio del amor?

SECCIÓN IV

Conocimiento y amor de las perfecciones divinas.

A fin de adquirir una idea clara y distinta acerca de los afectos de Alabanza y Deseo, paréceme necesario entrar de lleno en la cuestión relativa á la naturaleza del amor de Dios y de sus diferentes especies y manifestaciones: semejante examen, lejos de apartarnos de nuestro asunto, arrojará, por el contrario, no poca luz sobre varios de los capítulos que llevamos

comparable: todos los seres juntos de la creación no son más que burbujas, comparados con un solo acto de amor de Dios; meras ilusiones: leves aristas que lleva el viento, pura nada- un solo acto de amor divino es una obra com, pleta, que sobrepuja en eficacia y transcendentales consecuencias á todo otro acto cualquiera: el acto mismo de exhalar el postrer suspiro, no llega á igualarle; y, sin embargo, para ejecutar semejante acto de amor de Dios basta una simple mirada mental, tan veloz como el rayo, la cual llega á penetrar hasta lo más alto de los cielos; y estos actos de amor divino podemos multiplicarles á nuestro antojo y más allá de lo que alcanza el cálculo, aun en medio de aquellas ocupaciones que aparentemente ocasionan mayor distracción á nuestro espíritu; y lejos de desvirtuarse con la repetición, van, por el contrario, creciendo en intensidad y eficacia; y para ejecutarlos, no se requiere hacer ningún esfuerzo: hasta es un placer para nuestro ánimo el emplearnos en tan santa ocupación. Así es que, cuando comparamos semejantes verdades con nuestra conducta relativa á la ejecución de los susodichos actos de amor divino, no parece sino que estamos viendo visiones extrañas; porque apenas es creíble que, siendo evidentemente cierto cuanto acabamos de exponer acerca de las excelencias y grandezas de dichos actos internos de amor de Dios, permanezcamos, con todo eso, en el mismo es-

en la Patria del Cielo; que en lo futuro, la Visión beatífica de Dios le procurará por toda la eternidad otros tantos especiales gozos accidentales cual brillantes aureolas de su corona inmortal, como veces, viviendo en la Tierra, contemplara y mirara con encendido afecto y devoción el Sacratísimo Cuerpo de Nuestro Señor, realmente presente en la Hostia consagrada, ó al menos *deseara* practicarlo así—lo cual hace grandemente á nuestro propósito,—y no la fuese racionalmente posible ponerlo en ejecución (1). Así es que Lancisio cuenta entre sus devociones especiales para la Octava del Corpus Christi el oir la Misa donde podáis ver la Hostia colocada sobre los corporales; ó, si esto no fuese asequible, fijar en ella, siquiera mentalmente y con profundo respeto, los ojos del alma: ¡tan necesaria es en la religión cristiana la familiaridad para alcanzar la reverencia!

Observad asimismo que se dice en el referido pasaje que Dios concede igual galardón, no menos al deseo de mirar con ojos devotos la Hostia consagrada, que á la acción misma de estarlo así actualmente ejecutando; lo cual explica cómo las notables palabras de San Lorenzo Justiniano no fueron ninguna exageración devota cuando decía: «Perseveremos constantes en nuestras oraciones, para que se nos otorguen diariamente nuevos y más regalados

(1) Lib. IV, cap. 25.

escritos en la presente obrita. En efecto, si TODO POR JESÚS es lo mismo que TODO POR AMOR, entonces claro está que el amor divino ha de ser el verdadero objeto de este nuestro tratado. Ya llevo indicado arriba que el amor que los teólogos llaman de concupiscencia no es otra cosa más que un santo anhelo por gozar de Dios, nuestro último Fin, nuestro Bien soberano y nuestro Galardón inefable y eterno; cuyo afecto es semejante á aquel encendido deseo que movió á San Pablo á exclamar: *Deseo verme libre de las ligaduras de la carne y vivir en compañía de Jesucristo;* amor que debemos trabajar por mantenerle vivo en el fondo del corazón durante toda nuestra vida mortal, aunque algunas veces no nos conceda el Señor el don singular de sentirle sensiblemente.

Leemos en las *Revelaciones de Santa Gertrudis* un pasaje bastante notable, el cual, al propio tiempo que nos muestra cuán agradable es á Dios semejante deseo de verle y poseerle en la gloria del Cielo, sirve asimismo para ilustrar aquella fuerte inclinación que sienten la mayor parte de las personas devotas por visitar y contemplar, con la lumbre de la fe y los ojos de la carne, el Santísimo Sacramento del Altar. Le fué, pues, revelado que, cuantas veces mira una persona con vivo deseo y devoción la Hostia consagrada donde se halla oculto el Cuerpo de Cristo bajo las especies sacramentales, otras tantas aumenta su mérito

sitar de nadie, inmenso sin ocupar lugar, eterno y sin término, inmutable y mudándolo todo; es bueno con una bondad infinita, bueno para todas las criaturas, y señaladamente para los hombres; es infinito en la muchedumbre de perfecciones, é infinito en la intensidad y magnificencia de las mismas; es inmenso, y está presente en todas las cosas de diferentes maneras, sin contraer mancha ni imperfección alguna; es inmutable, y su eternidad le defiende del tiempo, su inmensidad del cambio del lugar, y su sabiduría de la mudanza de designio; es eterno sin principio ni fin, y eterno con una vida que existe total y simultáneamente, y con una perfecta posesión de Sí misma; es uno con la unidad incomparable de su divina Naturaleza, y el más grande interés del hombre sobre la Tierra consiste en que no sea sino un solo y único Dios; es la soberana pureza, la santidad inefable y la más esclarecida belleza; está siempre en un continuo y adorable reposo; nada puede acercársele que sea capaz de alterar su calma apacible; es conocido por la razón, por la fe y por la gloria, y con todo es incomprensible á la razón y á la fe y á la gloria; su nombre es el Dios inefable; su ciencia sobrepuja á todo humano encarecimiento, y es el origen de su gozo indescriptible; su Ser es la misma verdad por esencia; su vida es la fuente inagotable de la vida; su voluntad es adorable, inmaculada, soberana; su li-

dones y dádivas graciosas; porque no raras veces suele acontecer que, aquello que los méritos no pueden conseguir, lo alcance la intención de los deseos. Efectivamente, es tanto el regocijo que Dios recibe en las oraciones de aquellos que le ruegan con encendido fervor, que oye benigno aun sus mismos deseos, siempre que nazcan de un corazón sencillo, de mente humilde y devoción piadosa: que reuna, pues, la oración estas tres condiciones, y entonces, no lo dudéis, cualquier cosa que el hombre pida según Dios, lo alcanzará ciertamente del Padre de las luces y de su Hijo Jesucristo».

«Aquello que no es conocido, dice San Agustín, es imposible que sea amado: *Non enim diligitur nisi cognitum:* no se ama sino aquello que se conoce;» y Santo Tomás desenvuelve dicho axioma de un modo muy admirable en la *Secunda Secundæ*. El conocimiento de Dios nos lleva á aquellas ulteriores especies de amor divino que son indispensables para ilustrar nuestro asunto relativo á la Alabanza y el Deseo; así es que me veo en la precisión de daros una descripción de Dios, lo cual parece, ciertamente, una enorme extravagancia.

Dios es una substancia simplicísima, sin cuerpo ni composición de partes, y, no poseyendo cosa alguna prestada, es bueno sin cualidad, grande sin cantidad, Criador sin nece-

en Él toda nuestra confianza, entonces ya le tributamos las debidas adoraciones. ¿Son, pues, acaso los divinos atributos sino los círculos del remolino de ese insondable Océano, que nos arrastran tras sí, prendándonos con el dulce encanto y la fascinación embelesadora de su hermosura, tan hechicera é inefable, que roba los corazones? ¿Qué podemos hacer, pues, al contemplar semejantes excelencias y grandezas, sino exclamar con San Francisco de Sales: «¡Oh Bondad soberanamente infinita! ¡Oh Dios infinito, soberanamente bueno!» Sépase, con todo eso, que semejantes áridas definiciones de los atributos divinos inflaman nuestros corazones con el fuego del tierno amor de Dios, únicamente en proporción al calor y la luz que en ellas comunica y enciende el Espíritu Santo; pero una vez así inflamada nuestra voluntad, como tiempo hace lo ha estado la vuestra, solicitamos entonces no sólo á suspirar por Dios, como nuestro propio Bien soberano, sino también á desear alguna otra cosa más que la simple posesión de tan rico tesoro. Mas veamos primeramente qué ventajas resultan de este suave y delicioso conocimiento de Dios, en donde gusta la voluntad lo que percibe el entendimiento.

Si Dios no puede ser amado, á menos que antes no sea conocido; si ha dado asimismo la existencia á todas las criaturas racionales, con el fin expreso de comunicarse á ellas y

bertad, sin paralelo é inexplicable; su amor á las criaturas es eterno, constante, gratuito y singular: su misericordia es un piélago insondable, así de las más dulces y hermosas compasiones y condescendencias, como de los más delicados juicios y las más tiernas recompensas; su justicia es irreprensible como su santidad, y tan benévola como su misericordia: su poder es ilimitado y lleno de amor, y su gloria inaccesible á las miradas del misero mortal. Pero todas estas perfecciones no son atributos realmente distintos, sino que Él mismo es todas las excelencias juntas y el único Ser omnipotente, Tres Personas iguales, coeternas, consubstanciales y un solo Dios verdadero. Tal es, pues, en el árido lenguaje de las escuelas, pero más sublime que la poesía, la descripción de Aquel que es nuestro Padre amoroso y compasivo, Dios, que vive y reina por los siglos de los siglos, amén.

¿Quién es capaz de leer una descripcion semejante, sin que al punto no comprenda la estrechísima obligación que tiene de tributar á tan gran Señor un eterno y rendido vasallaje? El Soberano Monarca de la Majestad y de la Gloria, imposible es que reine en un corazón dividido; porque ¿quién es el hombre para que se atreva á compartir con Él el Trono? ¿Qué otra cosa más que amor puede ser nuestra religión? ¿Con qué otro culto podemos honrarle? Asi es que, cuando nos hemos atrevido á poner

menester echar en olvido los misterios de Jesús y las acciones de su sagrada Humanidad, dicho ejercicio devoto no sería entonces, ciertamente, más que una mera ilusión, y, como enseña Santa Teresa, ilusión muy peligrosa: pero si realmente parece hasta necesario que la meditación sobre la sagrada Humanidad de Nuestro Señor dulcísimo, si ha de ser fructuosa, vaya siempre acompañada de la consideración acerca de los divinos atributos, no es extraño, pues, que el Beato Pablo de la Cruz, al fundar la Orden de Religiosas Pasionistas, estableciera que los dos asuntos de su meditación fuesen la Pasión del Salvador y los atributos divinos. Sin embargo, es desgraciadamente cierto, como indicamos arriba, que, en todas las clases de la sociedad, rara vez las perfecciones de Dios son materia de sus meditaciones: la generalidad de los cristianos se asombra al oir hablar de las excelencias y grandezas del Criador, y no parece sino que está viendo visiones, escuchando una narración maravillosa de algunas acciones no reveladas de la vida oculta de Jesús y de su Madre Santísima, ó bien oyendo contar algún extraño y prodigioso descubrimiento de la ciencia moderna, que llegase á hacer medio zozobrar nuestros anteriores conocimientos, ó introduciendo al pronto en todos ellos una confusión horrible; y he aquí seguramente la razón por qué Dios es tan poco amado, por qué somos todos nosotros tan

que ellas le amen, infiérese, pue
grandemente á la gloria de Dio
nocidas sus divinas perfeccion
señaladamente su infinita bond
ra. Así como dijo Nuestro Seí
que fuese levantado en alto atr
cosas á Sí, de la misma man
Divina Majestad va aparecien
viéndose delante de los ojos d
los corazones de la generalidad
te atraídos hacia ella rebosando
ración y reverencial amor; y
de Dios es uno de los tres objet
sente estoy proponiendo á vues
ción, paréceme necesario que
podemos promoverla, cualquier
tro rango, estado ó condición d
mentando en aquellos hermanos
se nos presenten al paso, las no
seen acerca de la Divinidad.

Es verdaderamente extraño q
caso el número de personas que
los atributos divinos: imagínas
dad de los fieles, que apenas se
decir ni pensar cosa alguna acc
perfecciones: y que, de todos m
bien, semejantes excelencias di
de alta contemplación, que no
meditación humilde, propia de aq
piezan la carrera de la vida es
la consideración de los divinos a

en sus divinos atributos, leyendo y meditando acerca de ellos y ofreciendo sin cesar á Su Majestad Santísima actos reverenciales y afectuosos de Alabanza y de Deseo; y para ejercitarnos en tan santa ocupación no precisamos á nadie, ni siquiera tenemos necesidad de desplegar nuestros labios: le glorificamos asimismo continuamente mientras estamos practicando actos de admiración y asombro á vista de las grandezas que resplandecen en su divina Naturaleza, congratulándole por las infinitas excelencias de sus perfecciones, regocijándonos en su hermosura y felicidad soberana, y ofreciéndole, en rendida reparación, las alabanzas que le deben todas aquellas criaturas que al presente le están rehusando semejantes homenajes: ¡cuánto no podríamos hacer en favor de la gloria de Dios con las ingeniosas invenciones de un amor sufrido, discreto, solícito y asiduo!

No es menos favorable á los intereses de Jesús la dilatación del reinado del conocimiento de Dios por toda la redondez de la Tierra. En efecto, nuestro divino Redentor vino al mundo para salvar á los pecadores, no sólo muriendo por ellos en afrentoso patíbulo, sino también haciéndoles conocer á su Padre que está en los Cielos: *Esta es la vida eterna, que conozcamos á Dios y á Jesucristo, á quien Él ha enviado.* Nuestro Señor adorable es el Esplendor de la gloria del Padre y la Figura de su substancia, y, como Segunda Persona de la Beatí-

flojos y tan tibios y tan fríos en su divino se vicio; por qué, en fin, es tan universal la que de que, entre todas las prácticas devotas, ni guna llega á cansar y fastidiar tanto el ánir como el dulce y piadoso ejercicio de la pr sencia de Dios. Pues bien: continuamente nos están ofreciendo á todos, sin excepción ; guna, ocasiones de decir una palabra acer de Dios, de hacer que los demás reconozcan sabiduría infinita, que consideren las excele cias y riquezas de su eterna Bondad, que ; gan en todo el partido del Omnipotente y co: paren el extraño contraste que existe entre que su Divina Majestad desea y aquello que mayor parte de los hombres está actualme: ejecutando. En efecto, á cada paso nos enc(tramos con personas piadosas y devotas que tán dando una falsa dirección á sus instint nos lamentamos de la volubilidad y contrad ciones extrañas de aquellos sujetos cuya ab: gación heroica de sí mismos admiramos (indecible alegría de nuestro corazón: semeja tes anomalías, entiéndase bien, nacen de conocer tales gentes á Dios ni discernir la v dadera gloria divina.

Pero aun cuando no se nos ofreciesen ser jantes oportunidades de glorificar á Dios, e señando á nuestros hermanos las excelencia grandezas del Criador omnipotente y Pa amoroso; constantemente podemos glorifica: aprendiendo é instruyéndonos nosotros misr

relativas á la doctrina de la gracia, bastante asombrosas y grandemente útiles á su aprovechamiento espiritual. El cambio más singular, el cambio más maravilloso que en ellos se ha obrado desde que tuvieron la dicha incomparable de abrazar el Catolicismo, cambio digno de perpetuos loores, es, á no dudarlo, el relativo á los conocimientos de Dios y sus atributos: desde que les cupo la suerte feliz de entrar en el gremio de la Santa Iglesia Romana, el conocimiento divino continuamente ha estado aumentando y dilatándose en ellos, hasta el punto de que su entendimiento ha llegado, digámoslo así, á anegarse en la inmensidad de semejante piélago de aguas vivas; y el principal fruto de su devoción fervoroso y entusiasta á la Reina de los ángeles ha sido enseñarles á conocer más y más cada día á Dios Nuestro Señor, y á glorificarle y engrandecerle con los tiernos afectos de su corazón: cuando vuelven la vista atrás y contemplan aquellos antiguos días de error, paréceles que su ignorancia no consistía tanto en la falta de estimación á María y al Santísimo Sacramento, ó en el menosprecio á las penitencias y Purgatorio, sino principalmente al bajo concepto que tenían formado acerca de Dios; y, considerando esta su vida pasada, se ven involuntariamente movidos á exclamar: *¡Ay, yo no creía en Dios!*; y semejante grito, arrancado del fondo del alma, difícilmente sea una exageración devota.

sima Trinidad, el Verbo Eterno, el Conocimiento mismo del Padre, por quien fueron criadas todas las cosas, y el que fué constituído heredero de todas ellas. Así es que, el publicar á los hombres las perfecciones divinas, ó bien el ponderarlas nosotros mismos, es la obra más agradable á los ojos de Nuestro Señor dulcísimo, toda vez que es la imagen de su propia obra, ó, mejor dicho, su misma obra, para cuya ejecución nos permite benigno que seamos cooperadores suyos; constituyen su propia grandeza, son perfecciones del Eterno Verbo las perfecciones que estamos publicando ó ponderando: no es, pues, extraño que no haya ninguna devoción más gloriosa á la persona del Unigénito del Padre como la de alabar, glorificar y ensalzar las grandezas y esplendores de la Santísima Trinidad.

En el conocimiento de los divinos atributos está igualmente interesada la salvación de las almas: díganlo si no los convertidos á la Iglesia Católica. No es ciertamente el conocimiento y amor á María el principal favor del Cielo que se les ha dispensado en el gremio de esa divina sociedad, como falsamente se imaginan aquellos de sus antiguos correligionarios que todavía continúan viviendo en el error: no son tampoco la eficacia de la gracia ni la realidad de los Sacramentos las más señaladas nociones que han llegado á adquirir en la religión católica, si bien no dejan de ser, en especial las

de Cristo en el alma. ¡Cuántos no se convertirían, solamente con que leyesen y meditasen en la Divinidad! ¡Cuántos que ahora se hallan como estancados, por no predicárseles las grandezas de las perfecciones divinas ni formar parte de su lectura espiritual, no adelantarían en el camino de la santidad! ¡Cuántos más católicos no veríamos servir á Dios por puro amor, si los atributos divinos fuesen objeto de su estudio! Creo que la simple lectura de un tratado *De Deo*, á pesar de la aridez y dureza de su lenguaje técnico y didáctico, contribuiría más á la conversión de las almas que media docena de libros espirituales de los más tiernos y afectuosos que se hayan escrito hasta el presente.

¡Loor, pues, y gloria al Señor, siquiera no sea más que por el señalado beneficio que ha otorgado á no pocos, haciéndoles pasar de la herejía al gremio de la verdadera Iglesia; quienes, reposando en el regazo de tan cariñosa Madre, han tenido la suerte dichosa de sentir todo cuanto ha obrado en favor suyo, para honra y gloria del Altísimo, el conocimiento de Dios alcanzado especialmente por la devoción á la Santísima Virgen María! De las almas de semejantes sujetos puede decirse, con toda verdad, *que se ha alegrado la región que estaba desierta é intransitable; que la soledad ha saltado de contento y florecido como el lirio; que ha brotado y producido her-*

Entonces descubren por primera vez — pues que, á no dudarlo, es un verdadero descubrimiento — cuán sólida es la religión, y cuán dulce, cuán precioso y regalado el conocimiento de Dios: semejantes nociones sobre la Divinidad hacen que ante sus ojos cambien enteramente de aspecto la vida, las aflicciones, las adversidades, los sufrimientos, los dolores y los trabajos; son una fuente perenne, que constantemente está manando dentro de su espíritu aguas frescas y cristalinas que refrigeran su ánimo; ó, como dice el Profeta: *La sombra de una gran roca en medio de un desierto solitario;* y no sólo derraman sobre todas sus potencias una indecible suavidad y dulzura, sino que también les infunde bríos y fuerzas para hacer y sufrir.

Apenas si tiene el hombre una ligera idea de la excelencia y grandeza de la obra que está ejecutando, cuando aumenta en los prójimos, por poco que sea, el conocimiento que poseen acerca de Dios; no ha impedido únicamente, con semejante obra de caridad hacia sus hermanos, una sola culpa, sino centenares de culpas; no ha sido los canales de una sola gracia, sino de millares de gracias; no ha enseñado una sola devoción, sino todas las devociones juntas, porque todas se derivan de la devoción de conocer alguna cosa más de Dios, que antes ignorábamos: el conocimiento de Dios es, pues, el establecimiento del reinado

SECCIÓN V

Amor de complacencia.

Veamos ahora que resulta de este conocimiento de Dios adquirido por la fe: sabemos que Él es la plenitud inefable de todas las perfecciones posibles é incomprensibles á toda inteligencia criada: siendo, pues, Dios un objeto infinitamente hermoso, debe ser, en su consecuencia, infinitamente amable, y así es cómo se presenta al entendimiento ilustrado con la lumbre de la fe.

Ahora bien; siempre que el entendimiento contempla cualquier objeto amable, despiértase inmediatamente en la voluntad un afecto, que no es un acto libre, sino el resultado necesario de la ley de nuestra naturaleza, y cuyo afecto se llama complacencia, el cual, aunque no sea, como acabamos de indicar, en sí mismo un acto libre, luego al punto empieza, sin embargo, á obrar la voluntad, á menos que la razón no se lo estorbe; empieza, digo, en seguida á ejercitarse libremente en expresiones ó afectos de gozo, de placer, de alabanza y de deseo; y he aquí cómo venimos á la segunda clase ó grado de amor divino, esto es, al amor de complacencia, regocijándonos en Dios, por ser tan bueno, por existir en virtud de su esencia, por ser Dios, y congratulándole por todas estas sus excelencias y grandezas. Y digo más:

mosas flores; que se ha regocijado y cantado alabanzas: que se le ha dado la gloria del Líbano, y la hermosura del Carmelo y de Sarón: que ha visto la gloria del Señor y la hermosura de nuestro Dios; que las manos flojas han sido robustecidas, y las rodillas débiles fortalecidas. Y se ha dicho á los pusilánimes de corazón: ¡Animo, alentaos y no temáis! Y se han abierto los ojos de los ciegos, y dádose oído á las orejas de los sordos: el cojo ha brincado como el ciervo, y se ha soltado la lengua del mudo, porque han brotado aguas en el desierto, y torrentes en la soledad; y lo que era terreno seco se ha mudado en estanque, y el país sediento, en fuentes de aguas cristalinas; y en las guaridas donde antes habitaban dragones, ahora nace la verde caña y el junco: y allí hay una senda y camino, que se llama Camino Santo, y ningún león puede haber en ella, ni bestia feroz transita por allí: y caminarán libremente los que se encuentran libertados, y los rescatados por el Señor han vuelto y entrado en Sión cantando alabanzas y coronadas sus sienes con guirnaldas de alegría eterna, porque han alcanzado gozo y contentamiento, y el dolor y el llanto han huído de su lado (1).

---

(1) Isaías, cap. xxxv.

replicando, ora interiormente, ora de palabra, sabed que el Señor es el verdadero Dios; que he dicho al Señor: Vos sois mi Dios, Vos sois el Dios de mi corazón y el Dios que es la única posesión mía por toda la eternidad (1). Si alguno, repite la Voz de muchas aguas, oyere mi voz, y me abre la puerta, entraré en él, y con él cenaré, y él Conmigo (2). Venga mi Amado, contesta al punto el alma enajenada y como fuera de sí, venga á su huerto y coma el fruto de sus manzanos (3). He aquí, exclama la Voz, dirigiéndose á los ángeles y los hombres, he aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno que el Señor ha bendecido (4). Y oye el alma esta alabanza, pero conoce que nada de su propio caudal es bueno; y así, vuélvese también ella á los ángeles y los hombres, apostrofándoles del modo siguiente: Ved cómo el Rey me ha introducido en sus cámaras reales; y sus pechos son mejores que el vino: libreme Dios de que yo me glorie, sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo: vivo yo, mas no yo, sino Cristo es quien vive en mí: racimo de cipro es mi Amado para mí, en las viñas de Engaddí (5).

aun entonces deseamos un imposible, que sobrepuja los límites de la complacencia, á saber: que sea Dios más bueno y perfecto de lo que es, cuyo deseo es un modo real de manifestarle el amor que le profesamos: deseamos asimismo que, ya que no está en nuestra mano el hacer cosa alguna para aumentar su gloria esencial, aumentemos á lo menos su gloria divina accidental, la cual resulta de la obediencia y amor de sus criaturas, á quienes Él, para este fin, las diera la existencia. Semejante complacencia, repito, nace del mismo conocimiento de Dios, que nos enseña la fe: complacencia que está continuamente creciendo en nosotros, á menos que la culpa y la tibieza no la amortigüen ó la maten. La situación, pues, entre el alma y Dios, si me es lícito usar el lenguaje de la Escritura para explicar estos actos recíprocos de amor, es la siguiente: El alma, contemplando asombrada, y holgándose en todo el piélago inmenso de bellísimos atributos y perfecciones divinas, que roban el corazón, cree oir una Voz, que se levanta de la superficie de muchas aguas, y que la dice al oído: Con caridad perpetua te amé, por cuyo motivo te atraje, apiadándome de tu situación: y volveré de nuevo á edificarte, y serás ciertamente edificada, ¡oh Virgen de Israel! (1). Sabed, murmura entonces el alma,

(1) Jerem., cap. XXXI, v. 3, 4.

en Dios se multiplique y reproduzca en millares de objetos. Asemējase al Sol, mientras está iluminando una cordillera de montañas: no se multiplica en sí mismo este gran monarca del día; mas como sus refulgentes rayos de dorada luz alumbran una cima tras otra cima, nos encontramos cada vez más envueltos en sus resplandores. Pues bien: así sucede con Dios: cada atributo divino á que damos un nombre determinado—aunque, hablando en propiedad, semejantes perfecciones no son realmente más que la misma esencia divina—es, conforme á nuestro modo de entender, como una altura distinta, iluminada y coronada con la gloria de Dios, la cual refleja sobre nuestras almas la imagen del Rey Soberano de la Gloria, al propio tiempo que la muchedumbre de perfecciones divinas sin nombre, de las cuales no tenemos ideas, palabras ni signos que nos las representen, son para nosotros lo que los picos de una inmensa cordillera de montañas, que, si bien están fuera del alcance de nuestra vista, conocemos, á pesar de eso, que se encuentran rodeados y envueltos en aquella hoguera de dorada luz, aumentando el resplandor derramado sobre la tierra, sobre el mar y el firmamento.

¿Quién es, pues, capaz de pensar en sí mismo, hallándose tan dulcemente ocupado con su Dios y Señor? ¿Quién puede todavía abrigar en su mente nociones severas acerca del

¡Cuán deliciosa no es, pues, esta complacencia en Dios! Y no se crea que sea ilícito dar rienda suelta á semejante afecto de la voluntad: desenvuélvase y hágase, si es posible, inmensa como el mismo Dios; porque en la complacencia divina no ha siquiera lugar á que se hable de límites ni moderación: tratándose de Dios, la moderación es bajeza, fraude, infidelidad. Preséntase Dios delante de nuestros ojos en toda su grandeza, infinitamente perfecto, infinitamente amable, para que nos regocijemos en Él. ¿Qué es la Tierra? ¿Qué son las cosas de la Tierra? ¿Cuándo, pues, seremos levantados sobre nosotros mismos, sobre nuestra propia ruindad y miseria, sobre nuestros mezquinos intereses y bajos deseos? Crece Dios ante nuestros ojos como el resplandor de la aurora: llegamos á semejarnos á aquel varón venerable de quien se hace mención en la *Vida* de San Felipe, que, en cierta ocasión, se le vió retirarse del altar paso á paso, llevando pintados en su rostro el asombro y el arrobamiento que embargaban las potencias de su alma; quien, á dicho suyo, estaba entonces ocupado en meditar acerca de la grandeza de Dios, la cual iba creciendo, y adelantándose hacia él, y obligándole á retroceder. Cuanto más conocemos á Dios, tanto mayor es nuestra complacencia en sus excelencias y grandezas: pues que, para llenar los senos de nuestras potencias, menester es que el simple pensamiento

Amado querido vive eternamente con una vida toda triunfante y gloriosa. En efecto, la muerte no puede angustiar á un corazón que sabe está viviendo su Amor soberano: el alma amante se da por satisfecha con que Aquel á quien ama más que á sí misma esté colmado de bienes sempiternos, porque vive más en su Amado que en el cuerpo que anima, supuesto que realmente ella misma ya no vive, sino su Amado es quien vive en ella» (1).

El amor de complacencia, rigurosamente hablando, es el gozo que experimentamos contemplando las perfecciones infinitas de Dios, considerando que sea El quien es. Pero asi como el conocimiento de Dios adquirido por la fe no puede mantenerse en simple conocimiento, sino que se transforma en complacencia necesaria, y ésta á su vez en actos libres de Alabanza y de Deseo; así igualmente, este amor libre de complacencia no termina en sí mismo, sino que se convierte y pasa á ser otro amor ulterior, que se llama amor de benevolencia. Nuestro amor de Dios es todo lo opuesto al que Su Divina Majestad nos profesa: ámanos Dios, primeramente, con amor de benevolencia, obrando en nosotros todo el bien que poseemos; y, luego que ya le ha obrado, nos ama con amor de complacencia, deleitándose en la propia obra que produjera en nosotros. Pero

(1) *Amour de Dieu*, lib. V, cap. III.

imperio absoluto é incontrastable soberanía del Rey de los siglos, encontrándose de esta suerte embebecido con semejante complacencia divina; holgándose dulcemente de que Dios sea Dios; regocijándose de que sea quien es, y deleitándose en que nada le falte de cuanto bueno y perfecto pueda concebirse? Y pues Él es el Señor y Dueño Soberano de todas las cosas, permítasele obrar lo que es bueno, conforme á su mente divina; y aquello mismo que dijo Helí en la aflicción, podemos nosotros repetir, con mayor motivo todavía, en medio del gozo que inunda nuestro corazón. ¡Oh Jesús mío dulcísimo! ¿Cómo no cultivamos esta santa y gloriosa complacencia en vuestras perfecciones divinas, tan llena de alegría y de dulzura y de paz y de olvido de sí mismo, y de candoroso y tierno amor filial? ¡Enseñadnos á estar contemplando constantemente el piélago de vuestra interminable magnificencia y grandeza; regocijándonos de que seáis Vos quien sois; alegrándonos de que hayáis sido desde toda la eternidad adorablemente inmutable; y holgándonos porque lo seréis, de la misma manera, por los siglos! «El alma, dice San Francisco de Sales, que ejercita el amor de complacencia, continuamente está clamando en el silencio sagrado de su corazón: *Bástame que Dios sea Dios, que su bondad sea infinita, que su perfección sea inmensa: que yo muera ó viva, poco me importa, pues mi*

formar, con relación á Dios, ningún deseo real y absoluto, concebimos deseos imaginarios y condicionales, como, por ejemplo, los siguientes: Vos sois mi Dios; Vos sois tan rico en virtud de vuestra esencia, que ninguna necesidad tenéis de mis bienes; mas si posible fuese que actualmente carecieseis de alguna cosa, yo os la desearía, Dios mío y Padre mío; yo anhelaría con vivas ansias procurárosla á expensas de mi vida. Si Vos, siendo quien sois y lo que no podéis menos de ser, fuese posible añadir alguna nueva perfección á aquellas que ya poseéis, ¡con qué ardor desearía que fuese vuestra! Desearía que mi corazón se transformase en deseos, y que mi vida se consumiese en suspiros; pero estoy muy lejos, sí, Dios mío y Señor mío, de desear que me sea posible desearos aumento alguno en vuestras perfecciones divinas: mi mayor felicidad consiste en considerar que ni aun de deseo podemos añadir perfección alguna á vuestra soberana bondad; mas si pudieseis adquirir alguna nueva ventaja ó provecho; si el deseo de veros más perfecto y dichoso de lo que sois, quimérico como es, fuese posible realizarle, protesto que desearía entonces, con toda la vehemencia de que soy capaz, que se transformase totalmente mi alma en semejante deseo, y que mi ardor entrañable por desearos alguna nueva perfección que todavía no poseyeseis fuese tan vivo y eficaz como el placer que ahora siento por no

nuestro amor de benevolencia para con Dios Nuestro Señor es, como declara San Francisco de Sales, meramente la consecuencia natural de nuestra complacencia en las perfecciones divinas; nos regocijamos nosotros, primeramente, de que Dios sea tan bueno y perfecto, y luego le deseamos, si fuese posible, más bondad y perfección; y este último acto es el que llamamos amor de benevolencia. Para mayor aclaración del presente asunto, me valdré de las palabras del mismo San Francisco:

«No siendo fácil entender, dice el ilustre Obispo de Ginebra, cómo pueda el hombre desear á Dios ningún aumento de dicha y perfección, parécenos oportuno examinar cuán lejos está el amor de benevolencia que le profesamos de ser un amor sólido y real. Efectivamente, como Dios es la fuente de todo bien: como sus perfecciones son infinitas y, en su consecuencia, fuera del alcance de nuestros pensamientos y deseos, es evidente que no está en nuestra mano el desearle, á lo menos con deseo eficaz, perfección alguna que pudiera añadirse á aquellas que posee en virtud de su misma esencia. Además, el objeto del deseo es un bien futuro, siendo así que en Dios todas sus perfecciones son presentes, y de tal manera presentes, que constituyen una misma cosa con la esencia divina, la cual existe desde toda la eternidad, y sin adquirir aumento alguno. Viendo, pues, que no es imposible

añadir grado alguno á sus perfecciones, que son la misma inmensidad infinita y esencial del Altísimo, nos esforzamos por aumentar en nosotros mismos su grandeza accidental, la cual consiste en la complacencia nacida del conocimiento que tenemos de sus infinitas perfecciones, y cuya grandeza aumenta á medida que dicha complacencia llega á ser más ardiente: no ejercitamos entonces el amor de complacencia por el placer que de él nos resulta, sino por ser una fuente de delicia para Dios; no buscamos nuestra felicidad por interés propio, sino porque es conforme á la de Dios, y muy á propósito para unirnos á El y procurarnos el gozo en sus infinitas perfecciones; y, á fin de que esta unión y gozo sean más excelentes, deseamos comunicar á la complacencia, si posible fuese, una fuerza infinita y una extensión ilimitada. La soberana Reina y Madre del Santo Amor de Dios ofrécenos un ejemplo de esto cuando dice: *Mi alma engrandece al Señor:* y, para no dejar duda alguna de que el ardor de su gratitud recibía su aumento del amor de complacencia que atesoraba en el corazón, en seguida añade: *Mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador*» (1).

Bastan estas explicaciones para mi propósito; lo que yo deseo persuadiros es que, así como

(1) *Amour de Dieu,* lib. v, cap. 6.

poder desearos ninguna cosa buena que no tengáis en sumo grado. ¡Cuán dulce y regalada no llega á ser para mí, Dios mío y Señor mío, semejante impotencia cuando reflexiono que está fundada en vuestras riquezas soberanas, inmensas, incomprensibles: riquezas que serían capaces, no menos de saciar un deseo infinito, si pudiese existir, como de transformarle, de deseo, en gozo infinito!»

«Los susodichos deseos, aunque fundados en suposiciones imaginarias é imposibles, son, sin embargo, muy agradables á los divinos ojos: deseos que ordinariamente llega el alma á concebir en medio de los éxtasis y dulces transportes de la caridad. No raras veces abrigó San Agustín semejantes afectos en su corazón, y las palabras de que se valió para expresarlos eran como otras tantas saetas encendidas, arrojadas por la mano del amor: *Sí, Dios mío*, decía, *yo soy Agustino, y Vos sois Dios: pero, si pudiese ser posible que yo fuese Dios y Vos Agustino, desearía cambiar con Vos de condición, para que llegaseis á ser Dios* (1). Testificamos asimismo nuestro amor de complacencia hacia el Omnipotente cuando, reflexionando acerca de nuestra imposibilidad de

mas del Purgatorio; 6.º, de alabanza, deseando que todo grano de arena del mar y toda hoja de los árboles que pueblan los bosques sean otros tantos ángeles que le alaben; ofreciéndole una y mil veces, con el más encendido fervor del corazón, las alabanzas que esos espíritus bienaventurados le están actualmente cantando en la Gloria del Cielo; 7.º, suspiros de amorosa aflicción, de compasión y reparación de las ofensas con que su amor es injuriado, su majestad ultrajada, su bondad menospreciada, y defraudada su gloria divina, digna ciertamente de perpetuos loores. Es verdad, ya lo veo, que semejantes afectos son, digámoslo así, aspiraciones y manifestaciones de la misma santidad; pero no exigen las austeridades que nos espantan, ni aquellas operaciones y dones sobrenaturales de los cuales huímos, ora por desfallecimiento, ó bien por humildad. ¡Cuánto no podríamos, pues, hacer, y á qué poca costa, en favor de la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas, aprovechándonos de todos los riquísimos tesoros é ingeniosas invenciones del amor divino hasta aquí recomendadas en la presente obrita!

SECCIÓN VI

Santos y DEVOTA CLASE MEDIA de fieles cristianos.

Si examináis cualesquiera Santos de la Iglesia, veréis que todos ellos están adornados de

os he estimulado á promover la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas, ora por el amor llamado de compasión ó dolor de las culpas ajenas, igualmente que por el uso de las oraciones de intercesión y hacimientos de gracias, por el ofrecimiento hecho á Dios de vuestras propias acciones en unión con las de Nuestro Señor dulcísimo, no menos que por la oblación, presentada al Rey de la Gloria, de sus propias perfecciones y divinos atributos, juntamente con los misterios de Jesús y María, ángeles y santos; así ahora mi ánimo es induciros á que glorifiquéis á Dios de la misma manera con aquellos actos de alabanza y deseo que se derivan de los dos amores de complacencia y benevolencia, tales como, por ejemplo, los siguientes: 1.°, de gozo, holgándonos de que Dios sea quien es; 2.°, de congratulación, dándole mil parabienes por las perfecciones, obras y misterios de su sagrada Humanidad; 3.°, de deseo, deseándole cosas imposibles; pues, según acaba de decirnos San Francisco de Sales, son actos de amor real y muy aceptos á los divinos ojos; 4.°, también de deseo, anhelando que hubiese recibido más gloria, en los años ya transcurridos del mundo, de las almas condenadas, etc.; 5.°, de deseo asimismo —actos que la intercesión puede hacer eficaces,—deseándole que sea más glorificado que hasta aquí en la perfección de los Santos, conversión de los pecadores y rápido rescate de al-

cima de nuestras aspiraciones actuales. Restan, pues, solamente las cualidades segunda, tercera y cuarta, que son, digámoslo así, un término medio entre las prácticas que un fiel cristiano tiene obligación de cumplir, si ha de alcanzar su salvación eterna, y las sublimes alturas donde moran los Santos; cuyas cualidades parece que está en nuestra mano el apropiárnoslas, puesto caso que no se requieren, para hacerse uno con ellas, aquellas asperezas voluntarias que nos espantan, ni las alturas sobrenaturales de la oración, las cuales se encuentran fuera del alcance de nuestra vista; y digo más, que ciertamente es una singular consolación: el embeleso de los Santos, la hermosura, la esencia de su santidad, permítasenos la expresión, consiste más bien en estas tres cualidades, que se hallan á nuestro alcance, y no en las dos alturas susodichas, á que no nos atrevemos á aspirar.

Pues bien; las personas devotas, adornadas con esas tres cualidades, es decir, celo por la gloria de Dios, susceptibilidad por los intereses de Jesús y solicitud por la salvación de las almas, abundan en los países católicos durante las épocas de paz, y son en la Iglesia lo que las clases medias para la prosperidad del Estado: no sus héroes, mas sí su vida, su fuerza, su grandeza, su poderío y su independencia. Semejante clase media de fieles cristianos, celosos de la gloria de Dios, susceptibles por los

seis cualidades, que son las que constituyen su santidad: 1.ª, obediencia á los mandamientos de Dios y preceptos de la Iglesia; 2.ª, celo encendido por la gloria de Dios; 3.ª, susceptibilidad exquisita por los intereses de Jesús; 4.ª, vehemente solicitud por la salvación de las almas; 5.ª, amor intenso y abrasado de sufrimientos, de penitencias ó asperezas voluntarias, acompañadas de terribles pruebas interiores y purgaciones pasivas del espíritu, como llaman los místicos; 6.ª, favores y regalos sobrenaturales de oración, dones extraordinarios y obras milagrosas. Ahora bien: por lo que hace á la primera de estas cualidades, es decir, la obediencia á los mandamientos de Dios y preceptos de la Iglesia, inútil es que nos ocupemos de ella, y así pongámosla á un lado, pues que todos tenemos la obligación de poseerla; do lo contrario, no alcanzaríamos nuestra salvación eterna. Respecto á la quinta, esto es, al amor intenso de sufrimientos y austeridades voluntarias, juntamente con las susodichas pruebas interiores y las purgaciones pasivas del espíritu, menester es confesar ingenuamente que no la sentimos, y que, ora por humildad, ó bien por cobardía, hasta huímos de ella: y como una consecuencia de semejante alejamiento, paréceme que no ha de habernos cegado el amor propio de tal manera que nos sea imposible ver cómo la sexta cualidad se encuentra lejos de nosotros, y muy por en-

media de fieles cristianos, consiste en inducirles á aspirar demasiado alto en la vida espiritual, á emprender ejercicios devotos que sobrepujen el alcance de sus débiles fuerzas, á que se aficionen á libros místicos, á que corran y vayan en pos de milagros y portentos, á hacer votos indiscretos, y á tentar á Dios, cargándose con una multitud de oraciones; y luego que llegan á derretirse sus alas de cera con el cansancio y el disgusto que él ha inspirado en sus ánimos por medio de semejantes estratagemas, caen en la más simple y mera observancia de los preceptos, y no raras veces aun más bajo todavía.

El objeto de la presente obrita no es sino trazar á grandes rasgos un cuadro de esta devota clase media de fieles cristianos, exponer como en perspectiva el género de vida que observan, y exhibir modelos de su devoción. A la multiplicación de dicha clase media fué á lo que especialmente se dedicó en Roma San Felipe Neri, y en realidad ésta es la obra principal que el siervo de Dios encargó á sus hijos llevasen á cabo; sin embargo, yo no digo que sea la obra exclusiva de los oratorianos, porque, en tal caso, perderíamos nuestro derecho á la muchedumbre de queridos pecadores que sin cesar se están agolpando en derredor nuestro, dulcemente atraídos al olor del nombre del Santo y al cebo de su pequeño apostolado. Si, pues, deseáis ser unos Santos como otro cual-

intereses de Jesús y solícitos de la salvación de las almas, son, como llevo dicho, fruto de los tiempos de paz y de reposo; y en épocas de persecución, cuando la tempestad arrecia, no dejarán de salir de su seno millares de mártires: los Santos, esas creaciones espirituales de una vida interior, pertenecen á otro orden de cosas. Es, pues, evidente que, en tiempos de calma y de paz, nuestra principal obligación consiste en aumentar esta clase media de fieles; de lo contrario, seríamos unos miembros tan secos é inútiles, é inspiraríamos tan poco interés á nuestros hermanos, que jamás nos cabría la suerte de convertir á aquellos que viven en pecado mortal ó fuera del gremio de la Iglesia, ni moveríamos, lo cual es todavía de más importancia, á un solo cristiano á amar á la muchedumbre de nuestros pobres queridos, ni á tomarse por esos infelices un interés generoso y perseverante. Es asimismo evidente que el demonio está grandemente interesado en disminuir el número de dicha clase media devota de fieles cristianos, para cuyo intento se vale en particular de dos astucias: primera, ridiculizando la devoción por medio de nombres denigrativos, induciendo á los hombres á llamarla mera extravagancia, ilusión, fanatismo, simple niñería, exaltación propia de convertidos, mojigatería, neo-misticismo y otros nombres por el estilo: la segunda astucia que pone en juego para disminuir la devota clase

y hacer frente á los espinosos matorrales que se ofrecen en ciertas vías de la santificación; mas no sucede así, y, en su consecuencia, inútil es ensayar el ser buenos en teoría. El amar á Dios, sin embargo, es una gran cosa; amarle más y más cada día, es una obra que envuelve mayor excelencia; inducir á los demás á que le profesen semejante amor, es una acción de tanta grandeza, que excede todo humano encarecimiento; causando en nuestro ánimo un asombro indecible de alegría, siempre lleno de frescura y novedad, ver que Dios tiene la dignación de permitirnos ejecutar una maravilla tan estupenda, á pesar de ser quienes somos.

No vayáis por eso á suponer que yo desdeñe las prácticas de mortificación, así internas como externas; que una vez adquirido el amor afectivo, conceptúe ya innecesario el amor efectivo; que crea que la mortificación interior puede dispensar de la obligación de las penitencias corporales y demás asperezas de la carne á aquellos que aspiran á la perfección: mi obrita no es ciertamente una *Suma de Teología ascética;* mas no veo, en verdad, que haya ninguna necesidad de arrastrarnos, digámoslo así, por los suelos, por no poder levantarnos alto. Algunos escritores espirituales rigoristas consideran el amor afectivo como si fuese poco menos que una ilusión, ó, á lo sumo, un mero servicio de afectos fervorosos de la voluntad: pero semejante lenguaje es, cierto, temerario,

quiera de los canonizados que veneramos en nuestros altares, este libro mío no es entonces para vosotros: os podrá acompañar, ciertamente, un largo trecho en la carrera de la santificación; pero es menester que vosotros le dejéis atrás y paséis adelante, continuando el viaje que habéis emprendido; más aun: nunca me habría ocurrido el pensamiento de escribir la presente obrita, si exclusivamente hubiese tenido que destinarla para vosotros. En efecto, vosotros debéis conocer cosas secretas que ella no contiene; y solamente quien ha subido á la cumbre de la perfección cristiana, trepando por escarpadas sendas y ásperas laderas, es el único que puede descubriros los secretos escabrosos de la cuesta. Mi libro es un mapa de los caminos fáciles del amor divino, los cuales están más elevados que los llanos, y libres del polvo que en éstos reina; pero no tan altos que lleguen á elevarse sobre la región de las odoríferas flores, de los árboles frondosos, de los bosques sombríos, y de la frescura de las cristalinas aguas de fuentes y arroyos que alegres murmuran en el florido Abril. Si alguna vez habéis leído la *Vida* de San Felipe, quizá tengáis todavía presente lo que en ella se cuenta de aquel sujeto que, deseando llegar á ser un Santo, se imaginó que nuestro glorioso Patriarca le estaba arrastrando por entre abrojos y espinas. Yo bien quisiera que todos nosotros tuviésemos valor bastante para arrostrar

deren que, si no quieren ser Santos, no amarán en tal caso hasta el Calvario á Nuestro Señor Dulcísimo, á menos que no se entreguen á la crucifixión. He aquí, pues, un sentimiento que llegará bien presto á ser nuestro, tocándonos muy al vivo, luego que nuestro pobre corazón, avergonzado de sus debilidades y flaquezas, nos descubra que también nosotros somos del número de esa muchedumbre de almas pusilánimes, pero de recta y sana intención, que componen la grey de nuestro generoso y bondadoso Señor y Salvador del mundo.

Aunque es mi tema favorito estar constantemente abogando por la gloria de Dios y el servicio del amor, no es ninguna doblez mía el atacaros ahora con argumentos sacados de vuestros propios intereses: tengo la seguridad de que muchos no estáis contentos con vosotros mismos: que deseáis amar á Dios con mayor fervor, y hacer más por Jesús: que suspiráis por salir de ese estado de tibieza, de frialdad, de sequedad é indignidad con que hasta hoy habéis correspondido á los favores divinos: que anheláis tener mayor libertad de espíritu; que sentís más vivos afectos en la religión, y que sois más sencillos y familiares con los intereses del Cielo: no ignoro estáis convencidos de que el servicio del amor tiene en favor suyo el sentido común: que ahora comprendéis que el andar á medias medidas con Dios no os hace dichosos ni santos, y que existe además, en el

atrevido, excesivamente duro y desagradable á Dios y á la Iglesia. Convengo en que no debemos contentarnos con el simple amor afectivo; que es menester nos adelantemos á mortificar nuestras desordenadas pasiones, y á trabajar y sufrir; mas de aquí no se sigue que el mero amor afectivo no sea bueno en sí mismo; y digo más: entre católicos es imposible que semejante amor no sea otra cosa más que un culto de afectos. Ya llevo demostrado á la larga, y la Teología nos lo hace ver muy por extenso, que llegan á ser muy sólidas las prácticas del amor afectivo, y aun casi pudiera decirse que lo son inevitablemente; así es que no sin razón puede uno dudar si existe algún amor meramente afectivo, el cual es también el camino que nos conduce al efectivo; y téngase asimismo en cuenta que, aspirando á poseer exclusivamente uno solo de los dos amores, raro es el caso que no perdamos entrambos. Sé que existen muchas personas que han resuelto el no llegar á ser Santos: si Dios estuviese enojado contra semejantes sujetos y les imputase á culpa su pusilanimidad; si Jesucristo les volviese la cara y no les contase en el número de los suyos, ninguna necesidad tendríamos entonces de tomarnos un vivo interés ni molestarnos para nada en beneficio suyo; pero Dios y Jesucristo no se conducen con ellos de esta manera, y, en su consecuencia, no sin razón podemos afectuosamente suplicarles que consi-

daba imágenes de flores, siendo así que tenía ella su cabeza llena de clavos, espinas y cruces; y, apenas salió él á su encuentro, al punto expresa Magdalena el pensamiento que embargaba las potencias de su alma: *Señor, si Tú le has llevado de aquí, dime dónde le has puesto, y yo le llevaré*. Los tres reyes magos atravesaron precipitadamente la ciudad de Jerusalén; la corte sólo causó en sus ánimos tedio y disgusto; no podían hallar reposo y descanso más que en la estrella detenida sobre el establo de Belén, donde se encontraba el Niño recién nacido. La esposa dió con los guardas que rondaban la ciudad, y también tenía el corazón en sus labios: *¿Habéis visto por ventura al que ama mi alma?*

Así es que semejantes actos de Alabanza y Deseo nos transforman en hombres enteramente nuevos: somos todo para el Cielo; aun la muerte cambia de aspecto: todas las cosas parecen fáciles cuando son por Jesús, todas agradables siendo escalones que nos acerquen á El; y, á pesar de eso, ¡cuán pocos sienten de la misma manera! Declarando cierta persona al P. Domingo, religioso pasionista, cuya memoria es tan cara para no pocos de nosotros, que temía el juicio particular, arrasáronse en lágrimas los ojos del siervo de Dios, y exclamó, según lo tenía de costumbre: *¡Oh, pero cuán dulce y regalado ha de ser el ver por primera vez la sagrada Humanidad de Je-*

fondo de vuestro corazón, cierta mano oculta que os va atrayendo hacia Dios y solicitándoos á ejecutar cosas mejores. Pues bien; ved ahora lo que los susodichos actos de alabanza y deseo obrarán en vuestro favor: desterrarán al mundo de vuestro corazón y os inducirán á mirar sus placeres como objetos vanos y despreciables; inspirarán en vuestra alma una serie de ideas y de conceptos, de afecciones y de simpatías enteramente diferentes de aquellas que antes abrigabais; os harán tan fácil la práctica de la presencia de Dios, que será altamente deliciosa para vuestro espíritu; os resolverán un sinnúmero de casos de conciencia, elevándoos repentinamente á una atmósfera más pura y serena, donde las dudas y dificultades en cuestión llegarán á desvanecerse como por encanto; obrarán en vuestros gustos un cambio completo, haciéndoos intolerables la tibieza, frivolidad y disipación. Los ángeles, en la mañana de Resurrección, fueron objetos indiferentes para Santa María Magdalena, pues lo que ella estaba entonces buscando era á Jesús, Esposo amado de su alma; y, si no, ¿qué sensación causaron en el ánimo de esta sierva de Dios la hermosura y los rostros bellísimos y celestiales, y el vistoso y hechicero ropaje de esos espíritus bienaventurados? Habían llevado á su Señor y no sabía dónde le habían puesto. El hortelano asimismo, según la frase galana de San Francisco de Sales, solamente la recor-

lograra que todos los hombres os amasen! ¡Venid, criaturas todas, y amad á mi Dios! ¡Oh Dios mío, pluguiera al Cielo que yo tuviese mil corazones con que amaros, ó que poseyese los corazones de todos los hombres, para que con ellos os pagase este rico tributo del amor! ¡Dichoso aquel, Esposo del alma mía, que pudiera amaros con los corazones de todas las criaturas posibles! ¡Regocíjome, Dios mío, de que os amen los ángeles y bienaventurados en la gloria del Cielo; deseo amaros, Dueño mío, con todo el amor con que os amaron los Santos más enamorados de Vos; como os amó San José; la Virgen María, Reina y Señora nuestra, en todos sus misterios; como Jesucristo, vuestro Hijo querido, en todos los misterios de su vida benditísima; como os ama al presente en los tabernáculos donde está viviendo oculto bajo las especies sacramentales; con aquel mismo amor que en este momento os profesa en el Cielo, y continuará profesándoos por toda la eternidad; y, últimamente, deseo amaros con todo aquel amor con que os amáis Vos mismo, Dios mío y Esposo del alma mía!

2.° Lancisio, en sus Devociones á Jesucristo resucitado, nos recomienda las congratulaciones siguientes: 1.° Congratulémos á Jesucristo resucitado por todos los dones que engalanan su cuerpo glorioso, y por todo cuanto mereció con su muerte: como, por ejemplo: su Ascensión triunfante á los Cielos, su dignidad

sis! He aquí los frutos de la Alabanza y el Deseo. No podremos ser nosotros ciertamente, bajo este concepto, todo lo candorosos que deseáramos; pero en mano nuestra está acercarnos á tan delicioso modelo, por medio de las ingeniosas invenciones del amor divino: podemos llegar á esta agradable simplicidad de la Esposa: *Mi amado para mí, y yo para El, quien apacienta el ganado entre las azucenas, hasta que llegue á romper el día y las sombras huyan.* ¡Sí, efectivamente, hasta que rompa el día y las sombras huyan! ¡hasta que rompa el día y las sombras huyan! ¡hasta que rompa el día y las sombras huyan!

SECCIÓN VII

Prácticas de Alabanza y Deseo.

1.° Mi primer ejemplo, relativo á las prácticas de Alabanza y Deseo, está tomado nada menos que de un libro tan autorizado como la *Raccolta de Indulgencias.* Contiene esta *Colección* una especie de guirnalda ó ramillete de actos de amor divino, á los cuales concedió el Papa Pío VII, en 1818, cierto número de indulgencias: extractaré unos cuantos de aquellos que ilustran el presente asunto de que me estoy ocupando, y son los siguientes: Deseo, Dios mío, veros amado por todo el mundo. ¡Oh qué dicha la mía si, derramando mi sangre,

quienes le están adorando como á su Cabeza Suprema, como á Dador y Causa de todas sus gracias, honores y privilegios; por el culto divino que se le tributa en el Cielo, Tierra y Purgatorio, con las Misas, iglesias, imágenes, votos y todas las buenas obras que constantemente estarán practicándose hasta el fin de los siglos. 4.º Congratulemos á Jesucristo y alabémosle por aquella su inmensa caridad en virtud de la cual, según refiere San Dionisio, reveló á San Carpo que estaba pronto á volver á morir por la salvación del linaje humano, y por la cual también, conforme Él mismo lo declaró á Santa Brígida, estaba aparejado á dar de nuevo su vida hasta por la salvación de un solo hombre. «¡Oh amigas mías muy queridas —son sus palabras,— amo tan tiernamente á mi grey, que antes de verme privado de ninguna de estas mis ovejitas quisiera, si posible fuese, volver á dar mi vida por cada una de ellas en particular, muriendo en suplicio tan afrentoso y cruel, que se igualase al de la Cruz». Y en otra ocasión la habló asimismo de esta manera: «¡Oh! Si fuese posible, Yo desearía, con el amor más entrañable, volver á morir tanto número de veces como almas condenadas existen en el Infierno!» Este amor extravagante de Nuestro Señor dulcísimo, permitasenos semejante expresión, aunque sean ¡ay! de piedra nuestros corazones, contribuirá, repito, á hacernos comprender y sondear

real, el dominio que ejerce sobre todo el mundo, la plenitud de poder que tiene en el Cielo y la Tierra, el título de Cabeza Suprema de la Iglesia, el oficio de Juez Soberano, y todas las otras excelencias y dignidades que nosotros ignoramos, y de las cuales no hacen los teólogos mención alguna. 2.ª Congratulémosle por los frutos abundantes de su Vida, Pasión y Muerte, con que ha enriquecido así á los ángeles como á los hombres, y especialmente por el don singular con el cual fueron confirmados en gracia los ángeles buenos: por todos los innumerables auxilios, tan ricos y variados, que han recibido graciosamente los hombres para evitar el pecado, arrepentirse de las culpas cometidas, ó adelantar en el camino de la perfección; por todos los Sacramentos é indulgencias, y, finalmente, por la resurrección gloriosa de nuestros cuerpos.

No estará fuera de propósito el mencionar aquí la devoción particular de Sor Marie Denise de la Visitación á su Angel de Guarda: tenía esta sierva de Dios la piadosa costumbre de darle el parabién por el único hecho de su historia pasada que ella conocía con toda seguridad, es decir, por el don singular que recibió para perseverar en la gracia y amistad de Dios mientras los ángeles rebeldes estaban alrededor suyo cayendo en la maldad. 3.ª Congratulemos á Jesucristo por los innumerables coros de ángeles y almas bienaventuradas del Cielo,

das Manos y Pies; y no me descuidaré en acudir algunas veces á apagar mi sed á la fuente de muchos arroyuelos de su Cabeza adorable. ¡Oh Verbo enamorado! Treinta y tres años habitasteis en nuestra compañía; razón es, pues, que yo me imponga la obligación de hacer, durante el día y la noche, treinta y tres actos de anonadamiento de mi misma, cuyo ejercicio será una de mis operaciones interiores. Ocho días después de vuestro Nacimiento derramasteis vuestra Preciosa Sangre para salvación del género humano: justo es, en su consecuencia, que yo haga ocho veces cada día el examen de mi conciencia; porque, si el alma no está bien examinada y limpia de todas sus imperfecciones, no se halla entonces en disposición de derramar su sangre por Vos con el afecto de la voluntad, esto es, no está en aptitud de ofrecerse á Vos cual víctima agradable; y cuantas veces practique semejante examen de mi conciencia, añadiré la renovación de mis votos religiosos. Cuarenta días permanecisteis en la Tierra después de resucitado, conversando con los hombres: cuarenta veces, entre día y noche, elevaré á Vos mi mente y corazón. Siete años vivisteis en Egipto; yo debo, pues, siete veces al día ofreceros aquellos que viven en las tinieblas de la culpa. Cuarenta días transcurrieron desde vuestro Nacimiento hasta que fuisteis ofrecido en el templo, y cuarenta veces por día me obligo yo á ofre-

el abismo de la miseria del amor que pretendemos profesarle.

3.° Como los actos de que al presente me estoy ocupando son principalmente interiores, no estará de más que traslademos aquí la Preparación de Santa María Magdalena de Pazzis para la fiesta de Pentecostés. Estando esta sierva de Dios el día de la Ascensión dulcemente arrobada, habló de esta manera: «Apóstoles gloriosos: cuando subió el Señor á los Cielos, os dió instrucciones acerca de lo que debíais hacer antes de recibir al Espíritu Santo; enseñadme, pues, á mí ahora las santas ocupaciones en que debo emplearme; y vos, apóstol San Juan, modelo de pureza; vos, San Felipe amable, espero que no me rehusaréis semejante beneficio, os lo suplico por las entrañas de Jesucristo; enseñadme cómo tiene que ser mi habitación superior, y cuáles las obras interiores y exteriores en que debo ejercitarme durante estos pocos días. Convendrá que edifique mi habitación en lo alto: será, pues, el Costado del Verbo donde haré mi mansión en vínculo de amor. ¿Cuál debe ser asimismo mi alimento y bebida espirituales? Masticaré menudamente mi manjar, como si lo hiciera con todos los dientes, cuyo manjar será la consideración de todas las operaciones, grandes y livianas, que ejecutó el Verbo Encarnado mientras vivió en la Tierra: mi bebida será la Sangre que brotara de aquellas cuatro fuentes de sus sagra-

lares alabanzas á la Santísima Virgen María, cual Madre y especial Protectora de todas las personas religiosas, para que se sirva concurrir con su especial asistencia á la fiel observancia de nuestros votos religiosos. Cuantas ocasiones se me ofrezcan, ejercitaré actos de caridad hacia mis prójimos con todo el amor posible, y con grande alegría de mi alma guardaré una vigilancia inquebrantable sobre mis sentidos; y á fin de que no sea tachada con la nota de singular, trataré de hacerlo en tiempo oportuno, y de una manera conveniente y discreta; porque si nunca mirase á persona alguna, podrían creer que estaba enojada con ellas; y si no las respondiese jamás, acaso llegarían á entrar en alguna sospecha. Tres veces al día recordaré á mis hermanas de comunidad la alteza de nuestra vocación, diciéndolas algo en elogio de tan sublime estado: y yo á mi vez estaré siempre acordándome de semejante beneficio del Cielo. Siempre que se me ofrezca ocasión oportuna, consolaré á los afligidos, ora sean sus penas interiores, ora exteriores; y al fin de cada obra que ejecute, me esforzaré por permanecer en un continuado y no interrumpido acto de caridad y vigilancia del corazón».

Si á todos no es conveniente el ejercicio de esta devoción, sirve á lo menos á todo el mundo, sin excepción alguna, de edificación é instrucción. Efectivamente, ¡qué favor no es tan señalado el llegar á conocer lo poco que ama-

cermo á Vos, con el fin de cumplir vuestra santa voluntad. Mi alimento espiritual será la meditación cotidiana de vuestra Pasión Santísima, juntamente con la consideración devota acerca de aquel abrasado amor que consumía vuestras entrañas al vestir nuestra naturaleza, y aquella humildad con que conversasteis con los hombres, y aquella dulzura con que predicasteis, y aquella benignidad y alegría con que escuchasteis á la Cananea y la Samaritana: nada os pedía esta mujer, pero Vos la invitasteis á que lo hiciese. Meditaré asimismo aquellas palabras: *Este es mi Hijo amado, con quien estoy grandemente complacido. Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre. Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.* Doce años pasasteis, antes de que mostraseis vuestra sabiduría: me resuelvo, pues, á practicar doce actos interiores de amor hacia mis prójimos, y doce más, también interiores, de humildad.

¡Oh cuántas ocasiones se nos ofrecen para ejecutar semejantes actos interiores! ¡cuántas oportunidades para cautivar nuestro propio juicio y voluntad! Siete veces adoraré al Santísimo Sacramento, para suplir la omisión de aquellos que no tributan semejante homenaje al Esposo divino de nuestras almas; y otras siete veces adoraré á mi Señor Jesucristo llevando la cruz é inclinada su sagrada Cabeza por los elegidos. Tres veces rendiré particu-

pre que se renuevan las promesas hechas á Dios, tiene lugar una renovación de unión con el Señor, y el alma devota llega á estrecharse más ó menos, conforme al estado de perfección en que á la sazón se encuentra, y según el grado de caridad que está gozando; y semejante renovación, que hace el alma interiormente, procura un nuevo consuelo á la Santísima Trinidad, pues que es una renovación de aquella complacencia interior que el alma experimentara al ofrecer á Dios por primera vez dicha oblación; renovación que sin cesar está recordándola, con nuevo gozo y complacencia, aquel primer placer de la oblación.

Semejante ejercicio es tan agradable á María, como si Ella misma renovase su voto de castidad; es la gloria de los ángeles, pues que la susodicha renovación es el fruto de las santas inspiraciones que nos fueron otorgadas por ministerio suyo; es la exaltación de los Santos, viendo á otros de sus prójimos seguir al Criador por aquellas mismas sendas que ellos siguieron mientras vivieron en la tierra; es una consolación para el coro de vírgenes, quienes repiten su cántico nuevo de alabanzas y acción de gracias al ver que se va aumentando aquella virtud que ellas practicaron con tan singular afecto de su corazón; y semejante renovación acrecienta de la misma manera la gloria que estas esposas de Jesucristo están gozando en la Patria del Cielo, porque siem-

mos á Dios y cuán ruines sean los servicios que le ofrecemos! He aquí uno de los inestimables beneficios que nos procura la lectura de las *Vidas* de los Santos. Porque un Santo no sea imitable, no se sigue que su vida no sea útil para la práctica; y digo más: las vidas admirables de los Santos, con raras excepciones, son las que nos enseñan á ser humildes, y las que encienden en nuestro corazón un fuego muy abrasado de amor de Dios: lo mismo sostiene Santa Teresa en su *Castillo del alma*.

4.° El objeto de este cuarto ejemplo de Alabanza y Deseo es la costumbre que se observa en algunas Órdenes religiosas, de renovar en ciertas épocas los votos de regla; lo cual se aplicará igualmente á la renovación de cualquier voto ó promesa solemne, especie de voto con que la persona piadosa puede ligarse con Dios Nuestro Señor: costumbre devota que nos ofrece otro ejemplo más de los ingeniosos artificios del amor divino. Así como el Criador nos permite, según llevamos ya declarado, que ofrezcamos los misterios de Jesús cual si fuesen propiamente nuestros; así también nos faculta, benigno, para que le ofrezcamos nuestros votos cuantas veces nos agrade, y de esta suerte multipliquemos, en no pocas ocasiones y con una misma acción, su gloria divina y nuestros merecimientos. Y cuán agradable sea á Dios esta renovación de votos, nos lo declara Santa María Magdalena de Pazzis: «Siem-

var cada día sus votos religiosos, pues los consideraba como objetos divinos y cual beneficios singulares que Dios otorgaba al alma que, por especial llamamiento suyo, abraza el estado religioso: semejantes votos eran, en su concepto, como *el precio y tesoros del paraíso*, y los estimaba como *cadenas del amor divino*.

San Francisco Javier solía renovar sus votos con bastante frecuencia, asegurando que, cuando lo practicaba, sentía renovarse su juventud como la del águila; y no raras veces declaró á sus hermanos de comunidad que la renovación diaria de sus votos era la mejor defensa contra los ataques y asechanzas de Satanás. Cuenta Lancisio, que el P. Cerruto, jesuíta italiano, acostumbraba á renovar mentalmente sus votos tres mil veces al día, y que en una Octava de la Epifanía llegó hasta completar fielmente la suma de veinte mil renovaciones. Leemos también á este propósito, en la *Vida* del Beato Alfonso Rodríguez, religioso lego de la Compañía, que solía renovar diariamente sus votos, renovación que le conservó siempre en estado de fervor; y que Nuestro Señor le dió á entender cómo esta devoción era muy acepta á sus divinos ojos, mostrándole al propio tiempo, así el provecho que había de resultar en beneficio de su alma, como los dones singulares con que Él pensaba enriquecerla. Un día, mientras estaba oyendo Misa, renovando sus

pre que se verifica dicha renovación celébrase cierta especie de fiestas de santas vírgenes; es, últimamente, aquel ejercicio devoto muy provechoso para el alma que le practica, pues que aumenta todas las gracias que embellecen á dicho sujeto, se robustecen todas sus promesas y empieza en él una nueva era de paz y unión, cuyos frutos se manifiestan en las conversaciones que entabla y en las obras que ejecuta. ¡Oh cuán grande y esclarecida no debe ser la excelencia de estos votos y promesas que hacemos á Dios en nuestra solemne profesión religiosa, viendo que la simple renovación encierra tantas riquezas y produce en el alma un fruto tan señalado! No es, pues, maravilla, Verbo Divino, que aquellos que conocen las grandezas de semejante devoción piadosa; què la Orden que lleva vuestro Nombre dulcísimo, es decir, los religiosos de la Compañía (los jesuítas) celebren la renovación de sus votos con fiesta solemne, especialmente considerando y teniendo en cuenta los festejos con que los seglares celebran el día de su nacimiento y el aniversario de algún fausto acontecimiento. ¡Ah, con cuánto mayor motivo no debemos, pues, nosotras, religiosas, celebrar con fiestas y jubileos espirituales el día venturoso en que fuimos unidas á Dios con tan estrechísima lazada, con cadena tan fuerte, que jamás llegará á romperse!» Cuéntase, igualmente, de la misma Santa, que tenía la costumbre de reno-

dad y bajeza, creyó que era una ilusión del demonio; mas Dios volvió segunda vez á dirigirle la palabra, diciéndole que no temiera; que no había ningún motivo para que entonces abrigase recelo alguno; que no era, como él se imaginaba, una ilusión ó engaño del enemigo, y, en fin, que hiciese cuanto le decía, inspirando al propio tiempo en su ánimo una convicción interior de que era Él y no otro quien le hablaba.

Refiere Lancisio una anécdota de cierto sujeto de gran prudencia y juicio exquisito, quien por especial llamamiento del Cielo había entrado á vestir la sotana de la Compañía: todo en esta Religión le agradaba grandemente, menos la renovación de votos, cuyo ejercicio le parecía una frivolidad é impertinencia. Al acercarse el día señalado para la renovación de los votos, sintió en su ánimo una repugnancia invencible, que excedía á todo encarecimiento; pero, mortificando su juicio y amor propio, la practicó no obstante, si bien con una confusión tal, que apenas sabía dónde se hallaba; recompensándole Dios, con todo eso, su obediencia: al tiempo que el sacerdote ante el cual había hecho la renovación de los votos se llegó á él con el Santísimo Sacramento para darle la Comunión, vió al Señor en la Hostia consagrada, y fué inundado su espíritu con una consolación indecible, recibiendo al mismo tiempo una luz especial que le descubrió lo muy agradable

votos y dando á Dios fervorosas acciones de gracias por la señalada merced que se había servido otorgarle llamándole á la Compañía, fué visitado con una luz extraordinaria que le parecía exceder, en claridad y hermosura, á toda otra luz criada, con cuya ilustración llegó á comprender, así la grandeza de los beneficios divinos que hasta ese instante había recibido, como su propia indignidad y miseria, y la imposibilidad en que se hallaba de agradecer á Dios debidamente semejantes larguezas é inestimables favores de sus liberales manos; y, sintiendo su corazón lleno de una santa vergüenza, no se atrevía á levantar sus ojos hacia el divino Bienhechor, ni siquiera á desplegar sus labios para ofrecerle un oloroso perfume de gracias, sino que permanecía en silencio, confundido y humillado; pero Dios, que continuamente está deleitándose en la oración del humilde, tuvo la dignación de mostrarse muy complacido de esta nueva y regalada especie de acción de gracias tributada á Su Divina Majestad con el silencio de la lengua, diciéndole con una voz que Rodríguez llegó á oír con los oídos corporales: « Alfonso, camina siempre delante de Mí por la senda del piadoso ejercicio de la renovación de tus votos, y todas las cosas te saldrán á las mil maravillas ». Semejante lenguaje, lleno de ternura, inspiró en el ánimo de Alfonso una confusión asombrosa de sí mismo, y, ponderando su propia indigni-

paña aun durante las batallas que constantemente te parecerá estar riñendo contra las tentaciones que, por permisión mía, te atacarán, mas no te vencerán; y en proporción al mayor encarnizamiento con que te asalten y persigan, así será la sobreabundancia de mi especial asistencia para que no sucumbas en la pelea.

Otro día habló el Señor á la misma Santa de esta manera: *Aquellos que me sirven, deberían ejercitarse en esta honrosa ocupación con humildad tan profunda, que hiciese descender el alma hasta el centro de la Tierra; pues así como la saeta arrojada al espacio continúa su movimiento y no permanece en reposo hasta que toca al suelo, así mi Espíritu solamente reposa en aquella alma que encuentra abismada en el centro de su indignidad y propia nada.* Oigamos, por último, cuál fué el lenguaje que el Padre Eterno usó un día con la misma Magdalena: *La escala de las palabras de mi Verbo es más alta que la de Jacob, porque su pie descansa en el alma que, por humildad y propio conocimiento, se halla todavía más baja que el abismo en que se encuentra sumergida por la humilde opinión de sí misma; y con el verdadero conocimiento de su propia indignidad se eleva hasta el seno mismo de mi Naturaleza. La diferencia, pues, entre las dos escalas es ésta: la de Jacob no subía más allá*

que era á Dios la renovación de votos; y, deshaciéndose entonces en abundantes lágrimas, comprendió su error, y la abundancia de la divina gracia continuó derramándose á raudales sobre su alma durante un largo rato; así es que se encontraba como embebecido sin poder articular palabra.

Cuanto acabamos de decir acerca de la renovación de los votos, puede igualmente aplicarse, en la debida proporción, á la renovación de los buenos propósitos y deseos heroicos: Tomás de Kémpis, en la *Imitación de Cristo,* nos enseña á renovar cada día nuestros buenos propósitos, y á excitarnos al fervor, como si hoy nos hubiésemos convertido á Dios; y Lancisio recomienda asimismo varias clases de actos y deseos heroicos cuya renovación sería en verdad grandemente provechosa á nuestras almas, y son las siguientes: 1.ª Actos de humillación y anonadamiento. En cierta ocasión dijo Nuestro Señor dulcísimo á Santa María Magdalena lo que á continuación vamos á copiar: *Cada vez que ejecutes un acto de humillación de ti misma en reconocimiento de tu propia nada, considera que así como una criatura no puede vivir sin corazón, de la misma manera es imposible que tú vivas un solo instante sin Mí. Mientras conserves en el alma el conocimiento de tu indignidad y miseria, ten por cierto que permaneceré unido contigo, y que mi paz reinará en tu com-*

quiero y deseo, y es mi determinación deliberada de seguiros, en cuanto me sea posible y de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y todas adversidades, así interiores como exteriores, con verdadera paciencia. 4.ª Deseos y propósitos de amor á nuestros enemigos. 5.ª Deseos y propósitos de resignar enteramente nuestra voluntad y libre albedrío en las manos de Dios Nuestro Señor, sin que lleguemos jamás á retractarlos, y no substrayendo cosa alguna de semejante sacrificio.

Que estos simples deseos, como sacrificios de amor, sean muy aceptos al Dios omnipotente, puede asimismo deducirse con toda evidencia de la conducta que no raras veces ha observado Su Divina Majestad con varios de sus siervos, inspirándoles designios piadosos que Él no intenta jamás los pongan por obra; como en el caso de Abrahám, al ordenarle el sacrificio de su hijo Isaac, y con el deseo de San Felipe de ir á las Indias á predicar el Evangelio y derramar su sangre; y las vidas de los Santos podrían ofrecernos repetidos ejemplos parecidos á los que acabamos de mencionar. No sin razón, pues, asegura San Francisco de Sales que hasta el concebir deseos imposibles acerca de Dios y de sus perfecciones es un culto real, un amor verdadero y una oblación agradable á los ojos divinos. Semejantes artificiosas invenciones de la bondad infinita del

del Cielo ni descendía más abajo de la superficie de la Tierra; pero la presente se va elevando más allá de las estrellas, en proporción á la humildad del alma: aun más todavía: es ensalzada hasta el seno mismo de mi Naturaleza, pues que la humildad del alma es su ensalzamiento 2.° Deseos y propósitos de evitar toda culpa deliberada, y aun toda imperfección; de suerte que quisiéramos, con San Agustín, morir antes que pecar; ó con San Juan Crisóstomo, primero ver la horrible faz del Infierno que ofender á Dios; ó bien, según la heroica paradoja del Beato Alfonso Rodríguez, preferir el ser arrojado en los profundos abismos del Infierno sin culpa alguna antes que injuriar á Dios con el más liviano pecado venial que pueda uno imaginarse. 3.° Deseos y propósitos de sufrir todo género de aflicciones y penalidades por amor de Nuestro Señor dulcísimo, conforme lo declara San Ignacio en la Meditación del Reino de Cristo de la Segunda Semana de sus Ejercicios: *Rey Eterno y Soberano Señor de todas las cosas* —son sus palabras:— *yo, aunque el más indigno de tus siervos, con vuestro favor y ayuda me ofrezco enteramente á Vos, y pongo á disposición de vuestra voluntad todo cuanto poseo, declarando y protestando ante vuestra infinita bondad, delante de la Virgen vuestra Madre gloriosa, y delante de todos los Santos y Santas de la Corte Celestial, que*

ritu: he aquí la razón principal de que entre los cristianos sea comparativamente tan raro el servicio del amor. En efecto, si las personas que viven en medio del mundo y de la sociedad desean llevar una vida devota, que no vayan á imaginarse que acaso una vida conventual, descuidada y disipada sea á propósito para la consecución de semejante objeto: su posición y el desempeño de sus deberes respectivos no las permiten disponer libremente del tiempo, ni pueden distribuir el día en medias horas ó cuartos de hora, como si estuviesen encerradas en un claustro pacífico, sin tener otra cosa más en qué ocuparse que obedecer al toque de la campana de un convento ó monasterio. Así es que, el ordenar á semejantes sujetos que se tracen una regla escrita, á la cual tengan que obedecer con estricta puntualidad; que la sujeción escrupulosa á tiempos señalados para consagrarse á los ejercicios de las prácticas espirituales es la única esperanza que les queda, si quieren aprovechar en la vida devota, con raras excepciones equivale á decirles que las personas que componen la sociedad moderna no deben intentar siquiera vivir una vida devota. ¡Cuántos sujetos no han abandonado enteramente la devoción porque, habiendo ensayado seguir una regla dada, vieron por experiencia que les era de todo punto imposible el guardarla! ¡Cuántos, por haber trabajado en levantar todo el edificio de su vida

Altísimo nos sugieren un sinnúmero de consideraciones; y si nuestros corazones fuesen lo que deben ser, harían asimismo brotar en nosotros muchas fuentes de lágrimas llenas de dulzura y de amor.

Cuando, por interés de nuestra alma no menos que por la gloria de Dios, tratemos de cultivar en nosotros mismos con encendido fervor el espíritu de Alabanza, menester es no echar en olvido que semejante espíritu no es tanto una virtud ó cualidad inherente debida á nuestra propia naturaleza, como un don de Dios, que tenemos la obligación de implorar de su divina clemencia por medio de oraciones especiales. Tampoco deberíamos descuidarnos en reclamar á este propósito el patrocinio de Santa Gertrudis, la cual llegó á sobresalir aun entre los mismos Santos por su admirable espíritu de Alabanza continua al Rey Soberano de los siglos: si llegásemos á imitarla en semejante espíritu de Alabanza, vendríamos al fin á participar igualmente de aquella admirable libertad de espíritu que tanto enalteciera á la sierva de Dios. ¡Oh cuán necesaria es esta libertad de espíritu y cuán íntimamente enlazada se encuentra con el delicioso espíritu de Alabanza! ¡Pluguiera al Cielo que todos los hombres se resolviesen á estudiar á Santa Gertrudis con más ahinco que hasta el presente! Porque, ciertamente, nuestro gran defecto en la vida espiritual consiste en la falta de libertad de espí-

creción racional podrían, al fin, prevalecer y triunfar en el ánimo de semejantes sujetos; mas, dicho *abatimiento* ó *desmayo* en su vida espiritual, parécese al erizo: la aspereza no le ofende ni lastima, la suavidad no le vence, y la persuasión le deja en el mismo estado en que le halla, espinoso y esquivo.

SECCIÓN VIII

Espíritu benedictino.

Pues bien; los defectos de semejante clase de santidad regular y metódica, así como la persuasión de que no existe ningún otro género de vida espiritual más seguro ni sólido, no reconocen otro origen sino la falta de libertad de espíritu. Allí donde existe la ley del Señor; allí donde se encuentra el Espíritu de Cristo, allí está la libertad. No hay ninguno que, estando plenamente informado de los escritores espirituales de la antigua escuela benedictina, no perciba y admire aquella hermosa libertad de espíritu que penetra y domina en los ánimos de los que componen esa Orden esclarecida: no podía prometerse otra cosa de una Religión que atesora tan maduras tradiciones como la de San Benito. Así es que nos reportaría grandes ventajas si poseyésemos más escritos y traslaciones de semejantes recuerdos gloriosos que aquellos que al presente encierran nuestras bi-

devota únicamente sobre los cimientos de horas fijas, de determinados medios, de divisiones y subdivisiones de tiempos marcados para trabajar en la construccion de semejante obra espiritual, no se han arruinado, luego que una salud delicada, un cambio de estado y obligaciones, ó bien la intervencion en los negocios domésticos, llegaron á impedirles prosiguiesen sus prácticas devotas en las horas señaladas de antemano y con aquellos medios ya estereotipados! Pues téngase entendido que, como la vida espiritual llegue á secarse, no esperemos entonces que se gaste, sino que se romperá en doce pedazos por semana, como el poncho de cuero de un patagon. Las gentes que viven en medio del mundo están resueltas á ponerla luego al punto desdeñosamente á un lado, familiarizándose con un estado de bajas y humildes aspiraciones: han ensayado semejante método de vida espiritual, y no ha correspondido al fin que se habian propuesto, no ha dado los resultados que esperaban; y así es que, viendo fallidas las esperanzas que fundaran en ese género suyo de vida espiritual, llegan ya á desconfiar enteramente de cualquier otro método que se les aconseje: increible y espantosa cosa es ver cuán pronto se acomodan los cristianos á vivir una vida tibia y disipada. Si no fuese por esta fatal facilidad de incurrir en semejante *desfallecimiento* espiritual, el sentido comun, una vergüenza honesta y cierta dis-

dictinos; la mayor parte de los escritores modernos, por el contrario, han estrechado las sendas de la santidad, y lo que han logrado con semejante conducta ha sido perder en vez de ganar: por espantar á las gentes con un rigorismo extremado han hecho que la devoción disminuya sus dominios; y, por apretar demasiado, no han conseguido otra cosa más que rebajarla y empobrecerla.

Difícil es hablar convenientemente de la libertad de espíritu, sin que á primera vista no aparezca que, al expresarnos de esa suerte, recomendamos la negligencia, patrocinamos la falta de puntualidad y fomentamos la dejadez y el capricho; mas lo que sí podemos hacer sin peligro alguno, es ilustrar el asunto de que al presente estamos ocupándonos, tomando por guía la misma Santa Gertrudis. Ofrécenos la *Vida* de la Santa varios ejemplos acerca del particular, que pueden considerarse como otras tantas muestras ó dechados de su deliciosa libertad de espíritu: cuéntase que jamás llegó Gertrudis á abstenerse de la Sagrada Comunión por miedo á los peligros en que incurren, según afirmaban sus libros espirituales, aquellos que comulgan indignamente; por el contrario: cuanto más vivamente sentía la sierva de Dios sus imperfecciones, tanto mayor era el ansia con que acudía á alimentarse con el Manjar de los ángeles, sostenida con una viva esperanza y encendido amor de Dios que con-

bliotecas: la esclarecida Santa Gertrudis es su más vivo dechado; la sierva de Dios es enteramente benedictina. Existen tratados enteros acerca de la vida espiritual, que las personas que viven en el mundo aprenden de memoria, adquiriendo en ellos el convencimiento de que el método que se las propone es un cautiverio, que el intentar simplemente adoptarle sería una indiscreción. Según tales escritos, todo joven es preciso que sea un medio seminarista; de lo contrario tiene que abandonar la devoción: toda doncella es menester que sea una especie de seminonja ó religiosa sin hábito; de otra suerte debe irremisiblemente desistir de aspirar á ser algo más que aquellas señoritas ó doncellas que la rodean. ¿Quién, pues, no comprende que semejantes doctrinas y documentos espirituales están en oposición, y no pueden avenirse con el amor divino, con el sabio y discreto amor que espera Jesús de todos y de cada uno de sus hijos los hombres? El convertir el mundo en un vasto convento relajado no es ciertamente el camino seguro para defender los derechos y la causa de nuestro Señor dulcísimo. Las exterioridades, «posturas» espirituales, crean el egoísmo y no son otra cosa que unos mezquinos auxiliares para la piedad real, generosa y duradera. El espíritu de holgura y expansión, el espíritu de libertad, es el espíritu católico, y tal fué el carácter peculiar de los antiguos ascetas bene-

Dueño del alma mía! Semejante lenguaje causó un pequeño escándalo á algunas de sus compañeras, quienes la dijeron si no temía morir sin recibir los últimos Sacramentos: *Desearía ardientemente*, las contestó, *hermanas mías, antes de que muera ser fortalecida con los Santos Sacramentos; no obstante, abrigo en mi ánimo suficiente valor para preferir la providencia de mi Dios y Señor á todos los Sacramentos de la Iglesia, y creo que semejante socorro es la mejor preparación para la muerte; así es que me es indiferente que mi muerte sea lenta ó repentina, siempre que sea agradable en la presencia de Aquel en cuyo seno confío que me ha de conducir, pues espero, comoquiera que muera, hallar aparejada á la Misericordia divina para recibirme en sus brazos, sin cuyo auxilio me perdería eternamente, por larga que fuese la preparación que hubiera hecho para disponerme á morir en olor de santidad.*

Refiérese igualmente que cierta persona piadosa había estado pidiendo á Dios, durante mucho tiempo y con las más vivas instancias, una gracia particular que al Señor no le plugo otorgársela accediendo benigno á sus ruegos, por cuyo motivo cayó semejante persona en un estado de peligroso abatimiento, hasta que al fin tuvo Dios la dignación de hablarla de esta manera: *He dilatado el acceder á tu demanda porque no tienes bastante confianza en los*

sumían sus entrañas. Era asimismo excitada á sentarse á la divina Mesa por un sentimiento de humildad que la inducía á mirar como inútiles, y que apenas merecían ninguna consideración, todas las buenas obras que hubiera podido ejecutar, y todas las prácticas devotas con que suelen ordinariamente prepararse los hombres antes de recibir la Comunión; así es que nunca se abstuvo Gertrudis de comulgar, como acostumbraban á hacerlo no pocas personas, si por cualquier accidente no había practicado sus ejercicios ordinarios, reputando todos los esfuerzos de la devoción, comparados con la dádiva graciosa que se nos otorga en la Sagrada Eucaristía, cual si fuesen una sola gota de agua junto á la inmensidad de los mares. No es, pues, extraño que tampoco tuviese demasiado apego á ninguna de sus preparaciones particulares con que se disponía á recibir el delicioso Bocado de los ángeles; y que, resignada enteramente en los brazos de la condescendencia infinita de Dios, sólo se cuidase de participar del augusto Sacramento del Altar con un corazón abrasado en las llamas del amor divino.

Viajando en cierta ocasión la sierva de Dios, cayó por casualidad desde una altura peligrosa, y llena de gozo exclamó: *¡Oh dulce Salvador mío, qué beneficio tan señalado no hubiera sido para mí, si esta caída me hubiese abreviado el camino que me conduce á Vos,*

al propio tiempo y en cada paseo que daba, afanosamente ocupada en un sinnúmero de deberes exteriores. Hallándose Mectildo como enajenada, contemplando semejante visión, oyó al Señor que decía: «He aquí el vivo retrato de la vida que mi querida Gertrudis lleva delante de mis ojos: continuamente está caminando delante de mi presencia soberana: no otorga ningún descanso á sus deseos ni tregua á sus anhelos para ver de descubrir aquello que es más agradable á mi voluntad; y tan luego como ha dado con ello, ejecútalo en seguida con exquisito cuidado y fidelidad. Pero lo más admirable es, que no se contenta con eso solamente; luego pasa á otro ejercicio, buscando siempre alguna cosa nueva, agradable á mi voluntad, para de esta suerte redoblar su celo con nuevas acciones y nuevas prácticas de virtud; así es que toda su vida no es más que una cadena no interrumpida de alabanzas consagradas á mi mayor honra y gloria». Ocurrióla al punto á Santa Mectilde las flaquezas propias de una piedad activa y celosa, que ella creía haber notado en su querida hermana Gertrudis, y se aventuró á dirigirle las siguientes palabras: «Pero, Señor, si tan perfecta es la vida de Gertrudis, ¿cómo es que no puede sufrir los defectos de los demás, y por qué los exagera con tanto encarecimiento?» Nuestro Salvador dulcísimo, con una benignidad admirable, tuvo entonces la dignación de respon-

efectos que mi misericordia produce en tu persona: debías haber imitado la conducta de mi querida virgen Gertrudis, quien confía tan firmemente en mi providencia, que no hay cosa alguna que no espere de la plenitud de mi gracia, y así es que nunca puedo negarla nada de cuanto me pide.

Otra prueba característica del espíritu de Gertrudis nos la ofrece la siguiente costumbre que observaba la sierva de Dios. Jamás llegó la Santa á elegir el hábito que había de vestir, ni cosa alguna que dependiese de su elección; sino que cerraba los ojos, tendía la mano y tomaba lo primero que tropezaba. Una vez ya en su poder, considerábalo como un rico presente que la había venido de las manos del mismo Dios, llegando á cobrarlo una afición tal, que en lo sucesivo dejaba ya de ser para ella asunto de indiferencia, como antes lo había sido: pensad, siquiera un breve rato, acerca de semejante conducta, que puede grandemente aprovecharnos para corregir nuestra obstinación y rectificar nuestras ideas relativas á la santa indiferencia.

Traslademos aquí una breve pintura de la vida de Santa Gertrudis. Estando un día Santa Mectilde cantando en el coro, vió á Jesucristo sentado sobre un trono elevado, y á Gertrudis paseando arriba y abajo delante de Él sin apartar sus ojos del rostro glorioso del Redentor, pareciéndola que iba la sierva de Dios,

recibir en cada momento de su vida algún nuevo beneficio de mis liberales manos, y la que impide que su voluntad llegue á cobrar afición á cosa alguna que pueda desagradarme ó disputar conmigo el imperio del amor de mi hija querida.

Tal fué Santa Gertrudis, la Santa por excelencia de las Alabanzas y Deseos piadosos. ¡Ojalá, pues, que volviese á ser en la Iglesia de Dios lo que fué en los siglos pasados, la doctora y profetisa de la vida interior, á semejanza de Débora, que sentada bajo la palma, en el monte Efraín, estaba cantando sus canciones y juzgando á Israel!

Habiendo ya dicho lo bastante acerca del escaso fruto que alcanzan las personas que viven en el mundo y aspiran á la devoción, aunque no esté necesariamente enlazado con mi asunto, no puedo abstenerme de añadir unas cuantas palabras más. Dícese que, después que Dios cerró el jardín del Edén y le ocultó á nuestras curiosas miradas, no ha habido nada que se parezca tanto á un paraíso terrenal como un noviciado de jesuítas; mas el mundo ¡ay! no puede trocarse en un lugar semejante. En el mundo, ciertamente, deben tratar los hombres de llevar una vida angelical, pero no en el retiro apacible y delicioso de Santa Andrea, donde se respira el aire puro de la santidad, sino en medio de las distracciones de la vida bulliciosa que les rodea: hacer del mundo un claus-

derla de esta manera: «Como Gertrudis, hija mía, no puede sufrir en su corazón la más ligera mancha, he ahí por qué siente tan vivamente las faltas é imperfecciones de sus prójimos». Un volumen casi entero de comentarios espirituales podría escribirse acerca de estas últimas y breves palabras que brotaron de los labios de nuestro Divino Redentor.

Aun hay más todavía: oigamos cómo se expresa el mismo Dios: Cierta persona piadosa obligó al Señor con oraciones á que la declarase cuál era aquello en que Su Divina Majestad recibía mayor placer en su amada Gertrudis; y Nuestro Dios y Señor se sirvió replicarla que su mayor complacencia la tenía en la libertad de espíritu de su esposa querida. El santo varón, que había tenido en menos estimación de lo que se merecía la excelencia de semejante dádiva graciosa, contestó sorprendido: «Yo creía, Señor, que lo que más os agradaba en el alma de Gertrudis era el perfecto conocimiento de sí misma, y aquel abrasado amor que con vuestros auxilios llega á profesaros. —Ciertamente, respondió Nuestro Señor, que el propio conocimiento y amor que me tiene son dos grandes perfecciones; pero la libertad de espíritu implica una y otra, y os un don tan precioso, un bien tan excelente y perfecto, que es bastante para elevar un alma á la cumbre de la santidad. Semejante libertad de espíritu dispone el corazón de Gertrudis á

dos los otros días de la semana. Semejantes personas piadosas no llevan por lo mismo ninguna vida activa cristiana, y así no es extraño que exista un completo desacuerdo entre sus oraciones y asistencias á la iglesia, y las diversiones y placeres á que suelen entregarse; llegando al fin la devoción á ocupar la peor parte, abdicando sus derechos por medio de un convenio menos honroso. O, en otros términos, lector amado, *sospecho* — entiéndase bien que digo solamente *sospecho;* porque sé perfectamente que en la ciencia espiritual no tengo otro derecho más que para la sospecha; — sospecho, repito, que no es posible que llevemos una vida devota en el mundo sin alguna vigilancia activa en favor del pobre: el visitar á los enfermos, mirar por las escuelas, asistir á los hospitales, consolar á los encarcelados, interesarse por los niños expósitos, socorrer á los emigrados y desvalidos, procurar el alimento conveniente á los hambrientos; he aquí, según yo sospecho, en lo que consiste el secreto de la perfección y de la perseverancia de la devoción en el mundo. El vivir tres horas al día en el mundo una vida interior contemplativa es, en efecto, una cosa grandemente gloriosa; pero ya comprendéis que semejante genero de vida, por desgracia, no es de fácil duración. Pues bien; siendo esto así, ¿no tendré yo razón para sostener que el consagrar á Dios toda vuestra vida interior, ofreciendo al mundo toda

tro en que podamos pasar la vida, seria lo mismo que encerrarnos con el mundo en nuestras celdas, sin apercibirnos de la sospechosa compañía que nos habíamos echado; y asi es que el intentar llevar vida de religioso en medio del mundo, por una especie de falsa aplicación del monasticismo á la vida secular, es una de las razones de que sean tantas las personas virtuosas que desfallecen en las resoluciones que tomaron para llegar á ser mejores de lo que son.

Pero hay todavía otra razón: la vida contemplativa es una cosa, y otra la vida activa; y cada una de ellas lleva consigo su propio séquito y respectivos cortejos, consistiendo el secreto del suceso en el verdadero deslinde de ambas, no menos que en la consecuencia que uno debe observar consigo mismo, según la vocación que ha recibido de Dios. Ahora bien; á excepción de unas cuantas vocaciones singulares, muy pocas ciertamente, las personas devotas que viven en medio del mundo están llamadas á vivir una vida activa. Pero hay en esto un error, en que semejantes sujetos suelen constantemente caer: desvívense por hacer su vida espiritual toda interior, al propio tiempo que están consagrando al mundo toda su vida activa; trocándola, en su consecuencia, en una vida esencialmente mundana, á semejanza de los metodistas, quienes guardan el sábado por religión, ofreciendo al servicio del mundo to-

más de eso, no ignoráis que la oración es cómo una flor delicada prendida en el alma, que el aire cálido que reina en los parajes del mundo llega luego á marchitar; pero si salís de la bohardilla ó del hospital, de las cárceles ó de los sótanos, entonces os halláis rodeados de una atmósfera encantadora, especie de armadura celestial que embota y despunta las flechas ponzoñosas que el mundo arroje contra vosotros. Y no haya miedo que semejante atmósfera llegue luego á desvanecerse: las risas no la disipan, la palabrería no la quita la frescura, ni la chismografía puede deshacerla, como sucede con la flor exótica de la oración. Allí donde se encuentre el mundo, allí hay un peligro para el alma; mientras que, por el contrario, difícilmente exista alegría, fausto, deleite, pompa ó moda mundana, que una misericordia activa en favor del pobre no pueda despojar de todos los peligros que envuelven semejantes objetos, y aun santificarlos. No abriguéis, pues, vosotros quienes vivís en medio del mundo, ningún género de duda de que la misericordia se confunde en vuestra persona con la perseverancia, y que el contacto con el pobre es la real presencia de vuestro Dios y Señor.

Es ciertamente un prodigio no pequeño el que Dios haya tenido la dignación de amar á los hombres, pues que ninguna cualidad natural existe en ellos que pueda ser objeto del amor

la exterior, es una distribución ilegítima y muy perjudicial á vuestras almas, y que si los ricos han de aspirar á la santidad tienen, ora que despojarse de todas sus riquezas y encerrarse en un claustro ó entrar en el sacerdocio, ora trabajar con sus propias manos en favor de sus prójimos y convertirse en compañeros de los pobres?

No ignoráis que vuestra vida cristiana se compone de Misa, Comunión, Meditación, examen de conciencia, ciertas ligeras austeridades y otras prácticas por el estilo; y todo esto es en sí mismo, más ó menos, asunto propio de la vida contemplativa. Es ciertamente un ejercicio excelentísimo; pero vosotros, bien lo sabéis, estáis llamados á ejercitaros en alguna otra cosa más, en una vida activa cristiana, en el apostolado de los ricos, que consiste en obras asiduas y afectuosas de misericordia para con el pobre. Tended si no vuestra vista por todos los países católicos donde tanto abunda la CLASE MEDIA de personas virtuosas, tan fecundas en buenas obras y tan graciosas en la hermosura espiritual que las engalana, y veréis cómo el secreto de los encantos y embelesos que exornan su santidad consiste en esta esclarecida y gloriosa actividad en favor del pobre. Cuando salís de la oración ó abandonáis la Iglesia, no podéis, sin incurrir en la nota de singulares, llevar con vosotros á la sociedad vuestro recogimiento interior; y, ade-

examináis atentamente el mundo, diréis que la Pasión de Nuestro Redentor dulcísimo no parece sino que ha sido una simple locura: ¡tan poco ha cambiado la faz del mundo! ¡Tan imperceptible es el nuevo aspecto que ha tomado! ¡Tan escasa es la transformación que ha obrado en las costumbres! Los resultados del Evangelio en el mundo parece que vienen á reducirse: primeramente, á un episodio de un romance extraordinario en la historia de la humanidad; y en segundo lugar, á un número considerable de palabras nuevas, traducidas á las diferentes lenguas que se hablan en la Tierra, para expresar con ellas los fenómenos y la índole de la Encarnación: ¿y todavía se atreverá alguno á sostener, examinando atentamente el mundo, que han sido otros los resultados del Evangelio? En la actualidad somos nosotros quienes aparecemos en la escena, y ¡qué espectáculo tan desgarrador no estamos ofreciendo con nuestras ingratitudes y horribles abominaciones! ¿Con qué respeto tratamos los Sacramentos instituidos para nuestra santificación? ¿Cuántos de entre nosotros sirven á Nuestro Señor crucificado con generosidad y puro amor? Verdaderamente es un prodigio estupendo el que ame Dios á los hombres; y ¡qué amor no debe profesarles, viendo que no se hizo ángel por amor á los ángeles, sino hombre por amor á los hombres! La explicación de semejante fenómeno no la busquemos más que en los

divino. ¡Cuán miserables, en efecto, no aparecemos al comparar nuestros dones de naturaleza con aquellos que engalanan al último de los ángeles, y cuán confundidos no debemos quedar viendo que los animales llenan el fin de su creación con más fidelidad que nosotros! Además, repetidas veces Dios ha probado la fidelidad de los hombres, y siempre ¡ay! le han faltado, y faltado concurriendo todas las circunstancias del más abominable egoismo que pueda concebirse. Ofrécesenos primeramente el Paraíso y la caída original: ninguno ignora lo que acaeció en aquel lugar de delicias: allí llegó Dios á ser puesto en competencia con una manzana, llevándose ésta la preferencia. El diluvio fué, sí, un castigo espantoso, mas acompañado de la divina misericordia; con todo, pronto llegamos á encontrar el conocimiento de Dios casi reducido á una sola familia y á una línea única de los Patriarcas. Vinieron luego después los judíos, y la paciencia de Job apenas es una pintura de los largos sufrimientos que Dios tuvo que padecer con su pueblo: les colmó de beneficios, y ellos le despreciaron; les castigó, y ellos endurecieron su corazón; les envió á su Hijo, y le crucificaron; y los romanos llegaron á apoderarse de su suelo y nación, incendiando y arrasando la ciudad y el templo.

Contemplemos ahora la Tierra, después que ha tenido lugar la crucifixión del Señor: si

profanación, y que el permitirnos estar delante de Dios con el amor instintivo del animal que pace y del ave que bebe hubiera ya sido para nosotros una honra incomparable; y si por permisión de la inagotable misericordia de Dios se nos hubiera otorgado la facultad de amarle, seguramente se habría creído que tenía que ser con la sangre, el dolor, el sufrimiento, la vergüenza, la penitencia, los sacrificios costosos de terribles austeridades y con una espantosa abnegación de sí mismo. ¡Ah dulcísimo Dios y Señor mío, y así es efectivamente, sólo que la sangre, y el dolor, y la confusión, y la penitencia, y los costosos sacrificios, no son nuestros, sino tuyos! ¡Tú lloras para que nosotros sonriamos! ¡Tú padeces para que nosotros sanemos! ¡Tú eres expuesto á la vergüenza para que nosotros gocemos y nos alegremos! ¡Tú eres atormentado con terribles aflicciones de temor, turbación, congoja, agonía y sudor de sangre para que no nos angustien demasiado nuestras culpas pasadas y vivamos tranquilos en la Tierra, gozando de la amistad de Dios y atesorando en nuestro corazón una dulce confianza acerca de la eternidad que nos espera! Pero aun va Dios más lejos todavía, pues no sólo quiere que le amemos con el afecto más encendido de la voluntad, sino que ha ordenado todas las cosas para ganar nuestro amor; cambia nuestros simples deseos en un culto agradable á sus divinos ojos; permítenos que le ame-

libros santos: es uno de los misterios del carácter de Dios, según lo afirma de sí misma la Eterna Sabiduría: «Desde la eternidad fuí ordenada, y desde antiguo, antes de que la Tierra fuese hecha. Aun no existían los abismos, y ya era yo concebida; ni todavía habían brotado las fuentes de las aguas; los montes en su pesada masa aun no se habían sentado, y antes que los collados era yo dada á luz; aun no había hecho El la tierra, ni los ríos, ni los polos del mundo, cuando preparaba los Cielos; con El estaba yo presente cuando, con ley cierta y compás, cercaba los abismos; cuando afirmaba la región etérea y equilibraba las fuentes de las aguas; cuando pesaba y tenía colgados los cimientos de la Tierra. Con El me hallaba yo concertando y obrándolo todo; y era deleitada cada día, jugando en su presencia á todas horas y recreándome en el mundo, y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres» (1).

Pero todavía es más grande maravilla el que permita Dios á los hombres que le amen. Efectivamente, ¿dónde se encuentran palabras para encarecer el privilegio singularísimo de amar al Dios incomprensiblemente hermoso, infinitamente bueno é inmensamente Santo? Cualquiera hubiera creído que un amor semejante de parte nuestra no era más que una insolente

proclamando semejante verdad á cada hora del día y de la noche, con el sonido de la trompeta, á todos los moradores que pueblan las cuatro partes del mundo! Si, al oirla, abandonasen los hombres sus intereses terrenos y se convirtiesen, como los pescadores de Galilea, en contempladores del Cielo, es lo único que podríamos prometernos. ¡Oh permisión infinita de amar á Dios! He aquí el privilegio incomparable de la criatura, adquirido á costa de la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh qué religión, repito, es ésta! ¡Qué Dios tan inefable!

¿Acaban aquí por ventura las maravillas? No, que existe otra más estupenda. Gran maravilla es, en efecto, que Dios haya tenido la dignación de amar á los hombres: una maravilla todavía mayor, el que permitiera le amasen: pero aun puede el hombre exceder á Dios en los portentos, pues en mano suya está el ejecutar uno que sobrepuje á todos en grandeza, el cual consiste en no amar á Dios siempre que así le plazca: semejante fenómeno, aunque á cada paso le estamos viendo, parece, sin embargo, una cosa increíble; y si no estuviésemos á él ya habituados, infundiría en nuestro ánimo un horror tan cruel y espantoso como el que nos causa un parricidio alevoso y salvaje; nos quitaría el aliento, no sabríamos qué hacer con él, y la consideración acerca de su espantosa deformidad, la cual iría aumentando en nosotros gradualmente, inspiraría en

mos, que le glorifiquemos y ganemos gloria para nosotros mismos por medio de una invencion que llegaria á excitar la sonrisa de un incrédulo; no parece sino un cuento agradable, una estratagema de un padre tierno, un juego divertido, propio de niños. Y si así se conduce con nosotros aquí en la Tierra, ¿qué será Él y qué no obrará en la Patria del Cielo? Isaías y San Pablo han declarado que es inútil toda tentativa en averiguación de semejantes arcanos: sería preciso que tuviésemos otros ojos para verlo, otros oídos para oirlo y otro entendimiento para comprenderlo. ¿Y llegarán todas estas riquezas á ser un día nuestras? La Sangre de Nuestro Jesús dulcísimo es la prenda que inspira en nuestro ánimo una confianza inquebrantable de que nos serán otorgadas. Ahora bien, ¿qué hemos nosotros hecho hasta aquí para conseguir un galardón semejante, que ha de hacer nuestra felicidad eterna? ¿Qué proporción existe entre ese premio y nuestros merecimientos? ¡Ninguna, ninguna, ninguna! Todo nos viene de Jesús: Jesús es el secreto de todas las cosas: Jesús la interpretación de todos los arcanos de Dios. ¡Oh qué religión es ésta! ¡Oh qué Dios tan inefable! Anúnciese, pues, á todo habitante de la Tierra que no sucede como él se imaginaba que debía ser: todos podemos amar á Dios cuanto nos plazca, y valiéndonos de tantos medios como podamos concebir. ¡Ojalá que los ángeles estuviesen

amor que nos tiene permitiendo que la conversión del mundo dependa de la necedad de la predicación. ¡Pero, así yo como vosotros, amamos á nuestro Dios y Señor!, y he aquí en esto otro prodigio; porque ¿cómo nosotros llegamos á hacerlo así, cuando son tantos los que nos rodean que no le pagan el tributo del amor? Es sólo un beneficio de sus liberales manos, una pura gracia que se digna otorgarnos. Aquí también nos encontramos con Jesús: nuestro Divino Salvador nos ha enseñado la manera cómo debíamos amar; y, viendo que éramos unos discípulos torpes, tomó de su Sagrado Corazón cierta cantidad de su propio amor, é introdújolo en nuestros corazones, para que con él amásemos á Dios; de suerte, que toda nuestra participación en el asunto no se reduce á otra cosa más que á habernos descuidado en despabilar la lámpara, dando así lugar á que la llama arda con menos claridad que antes: no parece sino que ha elegido de propósito aquellos que fuesen los menos capaces de amarle; y preciso es, ciertamente, que, así yo como vosotros, abriguemos semejante sentimiento, pues que podríamos señalar con el dedo á centenares de sujetos que no aman á Dios, y son, sin embargo, mil veces más nobles y generosos de corazón que nosotros.

¡Oh cuán miserables somos! ¿Por qué, pues, no sacaría Dios de la nada otras almas, que le hubieran amado más fervorosamente y sido

nuestra alma un asombro y sobrecogimiento indecibles. ¡Y el olvido de Dios, con todo eso, está á la orden del día, y apenas paramos la atención en semejante fenómeno! ¡Oh, si pudiésemos verle en todas sus formas horribles, según quisiera la fe que le viésemos, seguramente que anhelaríamos entonces tener lágrimas de sangre para borrar nuestra infamia! Pero ¿qué puede decirse para mover á los hombres á amar á Dios, que tenga la mitad de la eficacia que resplandece en aquello que Él actualmente está haciendo por ellos? La misericordia de Dios es tan elocuente, su bondad tan tierna y su indulgencia tan persuasiva, que si Él ya no ha acabado por triunfar logrando su intento, paréceme que ninguna necesidad tienen los hombres de esforzarse en proclamar su amor divino: acaso sea esto mismo lo que San Pablo quiso darnos á entender cuando hablaba de la necedad de la predicación: Jesucristo crucificado era el sermón y el predicador, ¿y qué otra cosa más se necesita? Dios también, en su amor, nos permite á nosotros que sólo prediquemos lo mismo: á todas horas estamos encontrándonos con el amor, á cada paso tropezamos y nos chocamos con él: consiéntenos el Señor que pongamos en nuestros labios las palabras de su alianza y declaremos el escaso amor que le profesamos, enseñando á los demás su entrañable amor hacia nuestras personas. Hanos Dios mostrado además el grande

atrevimiento de aquel otro en negársela! ¡Acrecentad en vosotros mismos el amor en honor del Espíritu Santo! ¿No estamos viendo todos los días que es rara la persona que no lleve á cabo el negocio que emprende? ¿Que son pocos los sujetos que no logren su empeño, cuando se han comprometido con todas sus fuerzas á salir con él á la orilla? Yo quedo grandemente maravillado al contemplar lo que sucedería si unos cuantos de nosotros hiciésemos lo mismo, si dijésemos resueltamente: «Yo estoy determinado á trabajar con ahinco para que Dios sea más amado en el mundo: no quiero que pueda decírseme que he venido al mundo para nada: ya que he sido criado, yo haré que alguno de mis hermanos ame más á Dios que hasta el presente: por poco que sea, aumentaré el amor divino en el mundo». Si por ventura no hemos tomado todavía semejante determinación, tomémosla ahora, yo tengo en ello una gran confianza. ¿Cuándo, pues, damos principio? ¡Hoy mismo! ¿No es así? ¡Bien, muy bien! Una obra determinada tenemos delante de nuestra vista, que nos hemos comprometido á ejecutar, obra que llevaremos á cabo. ¡Oh Majestad amorosa de Dios! Por el Corazón de Jesús os prometemos hacer algo grande y glorioso delante de vuestros ojos soberanos.

menos abominables que la nuestra? Dios nos amó á nosotros, á nuestras almas, á nuestras personas; nos escogió con una elección eterna, y nos dió una preferencia eterna, y nos amó con un amor eterno; y ¿por qué así? No hay ninguna contestación á semejante pregunta: únicamente, que nos amó y por eso nos eligió. ¿Qué hemos, pues, de hacer con este mundo que no quiere amar á Dios? ¡Ah, he aquí la dificultad! Bien podemos tener la cabeza y el corazón llenos de proyectos raros y heroicos con que procurar la mayor honra y gloria de Dios; mas esto produce cierta exaltación en nuestros ánimos, devanándonos los sesos. ¿Qué *podemos* nosotros hacer? ¿Cuál es lo que más se acerca á lo infinito, que podamos intentar llevar á cabo? ¿Cómo podremos estar en todo el mundo á la vez? He aquí la respuesta, no adecuada, lo confieso, á la necesidad; sin embargo, es una respuesta: por el amor y el espíritu de reparación.

¡Haced algo, hermanos míos, por el amor de Jesús! ¿Es posible que veáis mendigando de corazón en corazón al Amor divino, sin ser tocados de un afecto de compasión hacia su pobreza? No hay ningún mendigo tan despreciado sobre la Tierra como Aquel que crió la Tierra de la nada y actualmente la está conservando. ¡Moved á un corazón á que le dé una limosna en honor del Padre! ¡Haced un acto de reparación en honor del Hijo, por el

cabeza con la inefable hermosura de Dios, y se ha comunicado á Ella el Eterno de una manera que no nos atrevemos á expresar con palabras: María es apellidada por la Iglesia con nombres que llegan á espantarnos; no parece sino que ha pedido prestados los títulos del Altísimo y reclamado una mancomunidad de derecho de propiedad sobre los divinos atributos; María es para nosotros, cuando hablamos de Ella — y somos invitados á hacerlo así, — objeto de expresiones que solamente parecen convenir á la Sabiduría increada y eterna del Padre: María posee, por donación de su Hijo, los tesoros que son la herencia del Verbo Encarnado: María vale más que toda la creación, pues es la criatura más digna y más bella y más poderosa y más amada de Dios; y así que, delante de los ojos del Eterno, es el *himno que á El le conviene en Sión:* María es toda alabanza y acción de gracias; María es el reposo de la misericordiosa complacencia del Criador, la plenitud de su bendición deliciosa, y con Ella se encuentra sumamente complacido; y he aquí por qué la alabanza de María es un culto casi infinito, que podemos ofrecer al Rey de los siglos en rendida adoración. Antiguamente los siervos de Dios componían su *Benedicite*, eligiendo para tema de semejante canción los montes y los mares, las aves y los peces, el frío y el calor, las fuentes y los prados, los hombres y los animales; á todas estas criatu-

SECCIÓN IX

María, Jesús, Dios.

Sería tiempo perdido el demostrar aquí como la práctica de Alabanza y Deseo nos serviría de poderoso auxiliar, así en el acrecentamiento de nuestro amor de Dios como en la reparación hecha á Su Divina Majestad por la falta de semejante amor en nuestros hermanos. Pero, después de haber ya llenado todo nuestro cometido, parécennos tan ruines estos nuestros servicios, que no sin razón volvemos á acudir á nuestra doctrina y ejercicio de la oblación, con el fin de suplir nuestra pobreza. ¿Y adónde volvemos naturalmente nuestros ojos? A María, á la Madre inmaculada de Dios, á Aquella que no sólo fué concebida sin mancha de pecado, sino que ni siquiera estuvo incluída en el decreto relativo á la culpa. Jamás hubiéramos conocido á Dios tan bien como le conocemos, si no fuese por María: María refleja sobre nosotros la magnificencia de Dios, y su dignidad, según enseña Santo Tomás, es la más excelsa que pueda concebirse, frisando en los límites de la omnipotencia: María es un trofeo del amor divino, sobre el que han colgado las Tres Divinas Personas todos los dones y prerrogativas que una simple criatura es capaz de recibir; María está adornada de pies á

das las aves del aire, y todas las bestias de los bosques criaron debajo de su espesura, y la congregación de muchas gentes habitó á su sombra; y era muy hermoso por su grandeza y la extensión de sus ramas, porque su raíz estaba cerca de muchas aguas; no hubo cedros más elevados que él en el paraíso de Dios; los abetos no igualaron á su copa, ni plátanos que fuesen comparados con él por los ramos: ningún árbol del paraíso se asemejó á su hermosura» (1). ¡Ved, pues, con qué dulzura habla el profeta de la sagrada Humanidad de Jesús! A Jesucristo, incomparablemente más que á nuestra Madre muy amada, refiérense las expresiones del Padre Eterno cuando dice: «Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso». Pero aun esto mismo es grandemente glorioso para María: la voz de Jesús es dulce como la suya, y el rostro del Hijo lleva los lineamientos de la fisonomía de la Madre. Y bien, ¿quién es capaz de encarecer la suavísima melodía de la alabanza que la voz de Jesús entona en honra de la Majestad Divina? Cantando un ángel, sólo un momento, al oído de San Francisco, creyó el siervo de Dios que habría muerto de gozo si tan deliciosa música se hubiese prolongado un instante más. ¡Cuánto más melodiosa no debe, pues, ser la voz de la Humani-

ras convidaban á bendecir, alabar y ensalzar la gloria del Criador. Pero el *Benedicite* de los cristianos es María, enséñanos la Iglesia, y nos convida á dar gracias á la Santísima é Indivídua Trinidad, con el entusiasmo de un abrasado amor y en rendida adoración, por los dones y gracias con que enriqueciera á María; concediendo indulgencias á varias de las devociones encaminadas á este objeto. Ved, pues, qué implica semejante invitación; penetrad en el espíritu de la Iglesia; acordaos, en fin, que María es el *Benedicite* de los cristianos.

¡Oh dulce alabanza de María! ¿Puede haber canción alguna que la lleve ventaja? ¡Madre querida, qué gozo no es para nosotros saber que sois una alabanza tan agradable á los ojos del Altísimo! ¡Oh cuán dulce y hermosa no es, pues, la alabanza de la Inmaculada Virgen María! ¿Puede por ventura, repito, existir otra alabanza que la exceda en suavidad y melodía? ¡Sí, Madre mía, y ninguno conoce esto mejor que Vos! «Hubo un cedro en el Líbano, hermoso en ramas y frondoso en hojas, de grande altura, y cuya copa se elevaba entre sus densos brazos. Las aguas le criaron, el abismo le encumbró, y envió sus arroyos á todos los árboles de la región; por eso se encumbró su altura sobre todos los árboles de la región, y se multiplicaron sus ramas, y se alzaron sus brazos por las muchas aguas; y habiendo extendido su sombra, anidaron en sus ramas to-

mosura increada é infinita del Objeto amado que desea glorificar. Oid cómo describe el *Libro de los Cantares* las cualidades que resplandecen en el amor inmenso de Jesús: *Vedle, que está tras nuestra pared* y se viste con su sagrada Humanidad; descúbrese por entre sus Llagas y herido Costado, *mirando y acechando* por semejantes aberturas *como por las ventanas y las celosías*. No sin motivo podemos considerar el amor divino residiendo en el Corazón de Nuestro Redentor, cual si fuese un soberano sentado en su trono; por la abertura del Costado ve los corazones de los hijos de los hombres, no perdiéndoles jamás de vista. Así como, aquellos que miran por entre celosías, ven sin ser vistos; así el amor de este Sagrado Corazón, que bien puede llamarse el Corazón del amor divino, pues en realidad es su centro, sin cesar está observando todo cuanto pasa en el nuestro. Por lo que hace á nosotros, no vemos á Jesucristo distintamente, sólo le vislumbramos; porque, si le viésemos acá en la Tierra como es en Sí mismo, moriríamos de amor, según Él murió por el amor que nos profesara, cuyo amor le haría morir otra vez volviendo á ofrecer su vida por nosotros si estuviese hoy todavía expuesto á la mortalidad. Si nos fuese dado oir la canción que este Corazón Divino canta en honra del Padre, nos esforzaríamos por romper las ligaduras de la carne y remontarnos á la Patria

dad de Nuestro Señor dulcísimo! ¡Oh qué gozo el doblar la rodilla en silenciosa alabanza, reposando en el dulce pensamiento de aquella inefable y divina alabanza que los labios de Jesús están entonando á la mayor gloria de Dios! ¡Oh qué consolación la nuestra al contemplar que ahora, al menos, está el Altísimo recibiendo una alabanza de infinito valor por la unión del Verbo con esta sagrada Humanidad!

Pero sólo los Santos son quienes pueden hablar dignamente de sememejantes asuntos. Oigamos, pues, á San Francisco de Sales: «Cuando, después de haber oido todas las alabanzas que tanta variedad de criaturas rinden á porfía á su Criador, escuchamos el homenaje y la bendición del Hijo Eterno y descubrimos en semejantes alabanzas un valor y mérito infinitos, como si despertáramos de un profundo sueño, encantados con los sonidos mágicos de esta música celestial, exclamamos: *Es la voz* del Objeto soberano de mi amor la que hiere mis oídos: voz melodiosa, en cuya comparación la armonía de todas las otras no es más que un silencio melancólico. *Vedle, que viene atravesando por los montes y saltando por los collados;* esto es, elevando sobre las bendiciones de todas las criaturas el homenaje que rinde á su Eterno Padre; sus ojos, á los cuales nada se oculta, penetran más profundamente que los de otro cualquiera la her-

bastante la alabanza de la Humanidad de Nuestro Señor dulcísimo, pues que todavía puede el amor hacer distinción! Las acciones humanas de Jesús, como, por ejemplo, esta dulce alabanza, tienen ciertamente infinito valor por razón de la Persona divina, pero no son infinitas en sí mismas, y, en su consecuencia, existe en la alabanza de Jesús alguna cosa inferior á la Majestad que alaba; preciso es que nos remontemos más alto todavía, hasta que lleguemos á reposar en aquella alabanza infinita, eterna y soberana que la Divinidad se tributa á Sí misma. ¡Oh Dios mío, glorificoos porque sois un Señor de tanta Grandeza, que ni María, ni la misma sagrada Humanidad de Jesús, pueden alabaros como merecéis serlo, y bendígoos por aquella alabanza infinita, suficiente y continua que os tributáis á Vos mismo, cuya consideración, por vuestra divina gracia, es mi mayor contentamiento en la Tierra!

Preciso es que aquí también llamemos á un Santo para que hable por nosotros, y será el mismo San Francisco de Sales, quien resumirá todo cuanto intentemos decir acerca de la Alabanza y el Deseo, de la complacencia y benevolencia: «¿Quién es capaz de comprender los afectos de gozo y complacencia que atesora un alma cuando ve que Dios es infinitamente glorificado con aquella alabanza que El se da á Sí mismo? Pero semejante complacencia en-

del Cielo para oirla allí por toda la eternidad. Este Dios de caridad no nos priva absolutamente de semejante consolación, pues que nos convida á unirnos á Él diciendo: *Levántate, apresúrate á venir á Mí, amiga mía, paloma mía, hermosa mía:* ven á esta morada celestial donde todo respira gloria y alegría inefable, donde no se oyen más que canciones de bendición y música deliciosa; *aquí la tortolilla* cambia sus ayes lastimeros en suaves cantares de júbilo: *ven, pues, amiga mía, hermosa mía;* contémplame á través de mis heridas, que son las celosías por donde Yo te veo: *paloma mía en los agujeros de la peña, ven* y mira mi Corazón á través de la abertura de mi Costado, hecha cuando mi Casa fué tan bárbaramente derribada en la Cruz: *ven y muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, únase á la mía, y así tu voz será dulce y tu rostro hermoso.* ¡Qué transportes de delicia no experimentaremos cuando nuestras voces, juntándose y mezclándose con la de Nuestro Salvador, participen de la infinita suavidad de aquellas alabanzas que el Hijo muy amado rinde á su Eterno Padre!» (1).

¿Puede, pues, la Majestad de Dios necesitar más que esto? ¿No quedarán aquí contentas y saciadas las más fogosas aspiraciones de los arrebatos de nuestro amor? ¡No, que aun no es

---

(1) *Amour de Dieu*, lib. v, cap. xi.

se merece y que Él solo, en su consecuencia, puede tributársela. Después de semejante protestación, el corazón, inhábil para pasar adelante, sólo puede admirar, y dice con el profeta: «A Vos sólo se os debe el himno en Sión».

A votre divine Excellence
On dédie dans Sion
L'hymne d'admiration,
Qui ne se chante qu'en silence.

Isaías representa á los serafines cantando una y otra vez la misma canción, teniendo velados con alas sus rostros y pies para significar que no pueden conocer á Dios con perfección ni servirle dignamente: los pies, que son los que sustentan al hombre, simbolizan las acciones y servicios; con todo, á pesar de la impotencia, que claramente conocen los hombres, siempre están moviéndose con el auxilio de dos alas, esto es, los afectos de complacencia y benevolencia les mantienen en un movimiento continuo. Pero semejante movimiento no va acompañado de ninguna agitación é inquietud, y compadécese admirablemente con aquella calma y amor apacible que disfrutan en Dios.

Siempre el corazón humano se encuentra agitado cuando por cualquier accidente es reprimido el movimiento que tiene, y en cuya

gendra un nuevo deseo: anhelamos glorificar á Dios por la facultad que posee de honrarse dignamente á Sí mismo; deseamos que sea aniquilada toda nuestra existencia para agradecerle semejante honra; convidamos á todas las criaturas para que nos ayuden á bendecirle por darse una gloria infinita que únicamente puede recibir de Sí mismo. De esta suerte, la complacencia que el corazón experimenta viendo á Dios dignamente alabado, y el deseo incesante y siempre creciente de glorificarle, le mantiene, digámoslo así, como perplejo ó embarazado entre la complacencia y la benevolencia: continuamente está el corazón fluctuando entre estos dos afectos, penetrando sin cesar más profundamente en las dulzuras inagotables del amor; y reuniendo entonces todas sus fuerzas, alaba á Dios y le da gracias por ser Él solo quien puede adecuadamente glorificarse á Sí mismo. Pues si bien el alma devota, en las primeras efusiones ó arrebatos ardientes de su amor, aspiraba nada menos que á ofrecer á Dios un homenaje digno de su grandeza soberana, conociendo después que se había engañado, declara que rehusaría el poseer la facultad de alabarle dignamente; prefiere á todos sus deseos el afecto humilde de complacencia que ella adquiere al ver que Dios, á quien únicamente ama, siendo digno de un homenaje infinito, debe ser infinitamente ensalzado para que reciba aquella alabanza que

damente en el abismo insondable de las infinitas perfecciones divinas» (1).

¡Oh Señor dulcísimo! ¿Por qué pensamos en cualquier cosa menos en esto? ¿por qué el mundo no nos parece siempre miserable como ahora, y la vida una carga pesada, y la muerte una ganancia? ¿por qué nuestro corazón corre tras otros objetos que no son el pensamiento en Dios? ¿por qué no sois nuestra única dulzura, Vos que, como ya hemos experimentado, sois la misma dulzura por excelencia? ¿por qué no sois nuestro único descanso, nuestra recreación más querida, siendo nuestro Padre, nuestro Hermano y nuestro Dios? ¿por qué no os apiadáis de nuestro desamparo? ¿por qué no nos tocáis con vuestro fuego y nos hacéis serviros por puro amor? ¡Ah, Jesús mío, razón tendríamos para quejarnos de Vos si, siendo tan amable, no nos dierais amor!

---

(1) *Amour de Dieu*, lib. v, cap. xii.

virtud está sin cesar dilatándose y contrayéndose; y nunca se halla más tranquilo, sino cuando semejante movimiento no tropieza con obstáculo ni resistencia alguna; ó, en otros términos: la holgura y calma del corazón consiste en su movimiento, y he aquí lo que acaece con el serafín y todas aquellas criaturas que aman á Dios: su amor encuentra el descanso en el doble y continuo movimiento de la complacencia y benevolencia: por el primero atraen, y, permítasenos la expresión, contraen al Omnipotente dentro del seno limitado de su corazón: por el segundo dilatan el corazón en su Dios; y, en semejante estado, un corazón inflamado de amor, aunque perfectamente tranquilo, experimenta, sin embargo, dos clases de movimiento: desea ver y contemplar las obras maravillosas de la bondad infinita de Dios, y luego anhela rendirle un homenaje digno de su grandeza soberana, cuyo doble deseo son las dos alas que los serafines no pueden poner en juego; con una cubren su rostro, para dar así á entender que Dios es infinito y superior al alcance de su comprensión; con la otra cubren sus pies, como si quisieran expresar que no pueden hacer nada digno de la grandeza y majestad del Altísimo. El amor, en su consecuencia, solamente conserva las dos alas de la complacencia y benevolencia. las cuales emplea para remontarse hasta el seno de Dios, para anegarse y engolfarse más y más profun-

Tierra está llena de vuestra Gloria:» —¡qué gozo para un corazón amante! — Pero no basta que el Cielo esté anegado y la Tierra inundada de la gloria divina, sino que deberíamos suspirar por que no hubiese rincón alguno de la creación que no esté lleno de tan rico tesoro. Sin embargo, existe un lugar donde parece que se ve defraudada la gloria divina; un lugar desde el cual no se eleva al Trono del Cielo ningún lamento de oración, ni gozo de alabanza, ni bendición de gracias, ni aspiración de deseo; cuyo lugar es la mansión de aquellos que, habiendo comparecido en juicio, perdieron su causa, y con ella á Dios por toda la eternidad: allí se encuentran gracias que no produjeron fruto, ó cuyos frutos llegaron á podrirse en el árbol; allí existen Sacramentos que no han obrado bien alguno; allí la Cruz ha sido una locura: allí se ha opuesto una eficaz resistencia y conculcado bárbaramente los amorosos designios de la Providencia Divina. Con todo eso, es de fe que es inmensa la mies de gloria que Dios recoge en aquella mansión de tinieblas; porque el alma condenada es un homenaje necesario á la justicia del Altísimo, como el alma convertida un homenaje libre á su amor. Ni Jesús se ve allí defraudado en sus intereses; pues aunque las penas son espantosas, y aun intolerable el simple pensamiento en semejantes tormentos, todavía no igualan al suplicio que se merece la culpa, ni alcanzan

CAPÍTULO IX

PURGATORIO

Consideraciones sobre el Infierno. — Rosignuoli. — El mundo visible y el mundo espiritual. — Comunión de los Santos. — Dos vistas del Purgatorio. — Sinopsis del Tratado de Santa Catalina de Génova. — Unión de las dos vistas. — Lecciones instructivas sobre nuestro propio aprovechamiento espiritual y bien de las ánimas del Purgatorio. — Excelencias y prerrogativas de la devoción por las almas benditas: 1.ª, es el centro de todas las devociones; 2.ª, implica todas las obras de misericordia; 3.ª, es un ejercicio de las tres virtudes teologales; 4.ª, obra efectos maravillosos sobre la vida espiritual. — Medios de practicarla. — Historia de María Denise de Martignat. — Angustias de los corazones generosos y compasivos. — Descripción que Dios hace de Sí mismo como de un pobre inválido. — Carácter doctrinal y grandezas de semejante devoción. — Canción melodiosa del Sagrado Corazón de Jesús.

SECCIÓN I

Consideraciones sobre el Infierno.

Es increíble cuán querida no llega á ser la gloria de Dios á aquellos que están continuamente afanándose por andar en busca suya; y las mismas indagaciones que practican para ver de dar con ella provéenles de nuevos sentidos con que pueden hallar semejante perla preciosa, al propio tiempo que el amor, el cual diariamente está aumentando en su corazón aguza cada vez más su discernimiento. «La

cura con ahinco alcanzar el santo temor de Dios». ¿Quién no sabe que en la hora presente se hallan en la gloria del Cielo millares y millares de almas que jamás se habrían encontrado allí si no hubiese existido el Infierno? ¡Oh qué reconvención no es ésta para los corazones privados del amor! Mas, al fin, comoquiera que sea, la Cruz de Jesucristo no ha tenido sobre la Tierra ningún otro auxiliar más poderoso que el fuego espantoso del Infierno.

En efecto, aprovechamos grandemente el pensar algunas veces en aquella horrible mansión de llanto sempiterno. Así como es innegable que la hermosa Francia se extiende á lo largo del Canal de la Mancha; así como es una verdad evidente que el sol baña con sus luminosos rayos las blancas murallas, los magníficos puentes, los deliciosos jardines y los varios palacios llenos de recuerdos históricos de su hermosa capital; así como es cierto que se hallan millares y millares de hombres y mujeres en aquella populosa ciudad viviendo realmente y llenando cada cual los respectivos deberes que su estado les impone, así es igualmente verdadero que existe un lugar llamado Infierno, todo animado en la hora presente de seres desgraciados que están viviendo una vida agobiada con una muchedumbre de agonías y con las innumerables gradaciones de la desesperación: á excepción de los bienaventurados del Cielo, ninguno tiene una conciencia tan viva de su

á llenar la justa medida del castigo; y esta desproporción es un beneficio de la misericordia del Redentor: en alguna manera puede decirse que aun hasta allí se ha extendido la eficacia de la Preciosa Sangre. Tampoco deja de producir aquella horrible morada resultados muy gloriosos en la salvación de muchas almas, por el temor santo y saludable que infunde en ellas, y las vagas y ruines nociones de Dios que rectifica en el ánimo de las personas irreflexivas. Habiendo Nuestro Señor hecho ver á Sor Francisca del Santísimo Sacramento, religiosa carmelita descalza, la condenación de un alma, y obligándola repetidas veces, por medio de una visión, á estudiar particularmente cada uno de los tormentos del Infierno, la reconvino por sus sollozos, diciéndola: «Francisca, ¿por qué lloras?» Postróse de hinojos la sierva de Dios á sus sagrados pies, y le contestó: «Señor, lloro por la condenación de aquella alma, y por la manera cómo se ha acarreado semejante desventura. —Hija mía, la replicó entonces Su Divina Majestad, así se lo ha querido: Yo la enriquecí con innumerables auxilios de gracia para que alcanzase su salvación, mas no ha querido aprovecharse de ellos. Estoy complacido de tu compasión, pero preferiría que adorases mi justicia». En otra ocasión, viéndose obligada á fijar los ojos de la consideración en los tormentos de los condenados, dijéronla los ángeles: «Francisca, pro-

del cuerpo, estamos trabajando y desvelándonos noche y día por adquirir un título y derecho á todas las penas que padecen los infelices condenados? A la manera que los vapores, elevándose de la superficie del mar estéril, donde el grano no puede crecer ni la vid producir fruto alguno, forman las nubes que, resolviéndose después en benéficas lluvias, caen y fertilizan los valles y collados; así también de aquellos inmensos mares de fuego y maldición levántase la Compasión divina como una niebla, y, formando una especie de nube, se resuelve después en lluvia espiritual que derrama torrentes de gracia sobre las almas de los vivos. Ninguno aparte jamás la vista del Infierno, no sea caso que, poco á poco y muy insensiblemente, brote y crezca dentro de su corazón una buena opinión de sí mismo, la cual acabe al fin por precipitarle en aquella horrible morada. Útil es, pues, grandemente útil, el pensar en el Infierno, y en aquel misericordioso prodigio de no encontrarnos en él á la hora presente. ¡No, no os asustéis! Lo que estáis viendo es, en efecto, la blanca luz que el Sol envía á la Tierra; no temáis: ese ruido es el viento que azota las ramas del bosque vecino; estad seguros: vuestros ojos no os engañan, que realmente aquellos objetos son las torres de la villa que están durmiendo al sereno de la noche; calmaos, pues todo el presente se halla en perfecto reposo, todo es paz: nosotros nos encon-

vida como esos millones de almas condenadas. ¡Y no es imposible que nosotros vayamos también al Infierno! ¡Y no es imposible que hayamos ya enviado allá alguno de nuestros prójimos! Cuando recorremos las calles, no raras veces veremos á aquellos sujetos que habitarán un dia esa mansión de llanto sempiterno; algunos se encuentran ahora allí, que no estaban hace una hora; otros, que en este momento están en el campo, en populosas ciudades, en muelles y blandos lechos ó sobre las claras aguas de los mares, acaso una hora después habrán sido trasladados á aquellas mazmorras tenebrosas: ésta es una verdad espantosa é incontrastable.

¡Pero si aun hay más! ¡Si ha habido un día en que, á haber muerto, hubiésemos ido al Infierno! ¡Si en este momento se encuentran en él jovencitos y tiernas doncellas quienes pecaron menos que nosotros y, aun quizá una sola vez, mientras que nosotros hemos cometido millares de culpas mortales! ¡Ay, que todavía existen otros motivos más para confundirnos! ¿Cuánto tiempo hubiéramos perseverado en el servicio de Dios, si nos hubiesen asegurado que no existía el Infierno? ¿Habríamos abandonado nuestras culpas, á no haber sido por miedo á esa morada de tormento perdurable? ¿Cómo se explica si no el extraño fenómeno de vivir alegres y llenos de ilusiones, al propio tiempo que, con todas las facultades de nuestra alma y todos los miembros y sentidos

cendiendo muchas otras más; que son horribles las espantosas ocupaciones en que se emplean; que no hay ninguno de entre nosotros que no esté corriendo riesgo de habitar aquella mansión de tormentos, ó al menos que no se vea en la posibilidad de que semejante morada sea su herencia y posesión perdurables. Quienes sirven á Jesús por amor, no olvidan por eso estas verdades; al contrario, precisamente la grandeza de su amor es la que más contribuye á recordárselas.

SECCIÓN II

Devoción por los pecadores y almas benditas del Purgatorio.

Mas si bien por la Misericordia divina nos vemos libres de la obligación de bajar al Infierno para buscar y promover allí los intereses de Jesús, está muy lejos de sucedernos lo mismo respecto del Purgatorio. Si el Cielo y la Tierra están llenos de la gloria de Dios, de la misma manera acontece con aquella región tristísima, pero grandemente interesante, del Purgatorio, donde los prisioneros de la esperanza, por la amorosa justicia de su Salvador, se ven privados de la bienaventuranza eterna: y si en mano nuestra está el promover los intereses de Jesús en la Tierra y en el Cielo, casi me atrevería á decir que podemos fomen-

tramos aquí, y vivimos libres; ¡mas tuvimos bien merecido el haber sido trasladados allí, y hechos esclavos!

Pero si nos consagramos á buscar y procurar la gloria de Dios, haciendo de ella nuestra única ocupación en la Tierra, ¿será preciso que bajemos al Infierno y que aprendamos allí á regocijarnos en aquellos pavorosos atributos divinos que se aplacan con tan espantoso sacrificio? ¡No! Gracias á Dios, semejante ejercicio no forma parte de nuestra devoción: nosotros somos criaturas de esperanza y de amor; nosotros tenemos que acudir allí donde la gloria de Dios nos sea posible hallarla, allí donde podamos servirla y fomentar sus intereses; ó, si nos remontamos á la esfera de lo imposible, es únicamente porque nos ha llevado el amor en alas del silencio elocuente de un deseo pueril y extravagante: nada, en su consecuencia, tenemos que ver con el Infierno. Hemos visto, ciertamente, que de nuestros tres objetos: la gloria de Dios, los intereses de Jesús y la salvación de las almas, los dos primeros pueden hallarse también en aquella mansión de llanto sempiterno, pero no en las circunstancias que nos conciernen; y por lo mismo, las consideraciones sobre semejante morada no son necesarias para el plan que estoy desenvolviendo: bástanos á nosotros saber que existe el Infierno; que en la hora presente se encuentra lleno de almas; que continuamente están des-

rio; y trataré, no tanto de las prácticas especiales de semejante devoción, las cuales podrá cualquiera encontrar en los manuales ordinarios, como del espíritu que en ella resplandece.

Rosignoli, en las *Grandezas de Dios en el Purgatorio*, obra que escribió á instancias del Beato Sebastián Valfré, del Oratorio de Turín, refiere, tomándolo de los *Anales de la Orden de Santo Domingo*, una interesante disputa habida entre dos religiosos virtuosos, relativa á los méritos respectivos de la devoción por la conversión de los pecadores y la de las almas benditas. Fray Beltrán era el abogado por excelencia de los pobres pecadores: constantemente estaba aplicando Misas y ofreciendo por ellos todas sus oraciones y penitencias, con el fin de alcanzarles la gracia de la conversión. «Los pecadores, decía, privados de la gracia santificante, se encuentran en un estado de perdición eterna: los espíritus malignos continuamente les están poniendo asechanzas para privarles de la Visión beatífica y conducirles á los tormentos eternos: Nuestro Señor dulcísimo bajó del Cielo y sufrió por su salvación una muerte cruel é ignominiosísima. ¿Qué obra puede haber tan excelente como el imitar á Jesús y cooperar con Él á la salvación de las almas? Cuando se condena una alma, piérdese también el precio de su rescate. Ahora bien; las almas del Purgatorio no corren semejante peligro, tienen asegurada su salvación eterna; y

tarlos aún con mayor fruto en el Purgatorio. Lo que yo en la presente obrita estoy esforzándome por demostraros es, que podéis servir á Dios con las oraciones y prácticas de devoción, cualesquiera que sean vuestra ocupación y empleo, cuyos ejercicios todos tienen una especial aplicación al Purgatorio; pues si bien algunos teólogos sostienen que no es infalible el efecto de la oración en sufragio de las ánimas benditas, á pesar de no oponer ningún obstáculo, sin embargo es mucho más seguro que el efecto de la oración ofrecida por la conversión de los pecadores que viven en la Tierra, donde con tanta frecuencia queda defraudada por su perversidad y malas disposiciones. De cualquier modo que sea, el objeto que me he propuesto hasta aquí en la presente obrita no ha sido otro más que el demostrar cómo cada uno de nosotros, sin pretender ejercitarse en obras que excedan la eficacia de nuestra gracia, sin aquellas mortificaciones para las cuales no tenemos valor bastante, sin aquellos dones sobrenaturales sobre los que no poseemos ningún derecho, solamente con el afecto del amor y las prácticas de una sólida y verdadera devoción católica, podemos hacer cosas grandes por la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas; tan grandes, que parecerán increíbles. En su consecuencia, dejaría mi asunto muy incompleto si no consagrase algunas páginas á la devoción por las almas del Purgato-

tran padeciendo un martirio cruel; y si bien es cierto que se han merecido semejantes tormentos por sus culpas, hoy se ven ya libres de ellas, porque preciso es que hayan vuelto á la gracia y amistad de Dios antes de que muriesen; de otra suerte, no habrian sido justificadas: ahora son muy queridas, grandemente queridas de Dios; y seguramente es menester que la caridad bien ordenada imite las sabias afecciones de la voluntad de Dios, amando con encendidísimo amor lo que Él ama muy entrañablemente.»

Fray Beltrán, sin embargo, no queria ceder, confesándose vencido, á pesar de que no hallaba respuesta satisfactoria á la objeción de su compañero; pero la noche siguiente tuvo una aparición que parece inspiró en su ánimo tal convencimiento, que en lo sucesivo cambió enteramente de conducta, ofreciendo todas sus Misas, oraciones y penitencias en sufragio de las almas benditas del Purgatorio. Parece que la autoridad de Santo Tomás podía citarse en apoyo de la opinión de Fray Benito, cuando dice el Santo Doctor: «La oración por los difuntos es más agradable á los ojos de Dios que la que se ofrece por los vivos, porque los difuntos tienen de ella una grandísima necesidad, y no pueden socorrerse á sí mismos como los vivos».

Cuán acepta sea á los ojos del Omnipotente semejante devoción, y cómo se digna Su Di-

si bien es verdad que al presente se ven anegadas en un mar de aflicciones, están seguras de salir al fin de ese estado; son amigas de Dios, mientras que los pecadores son sus enemigos, y el ser enemigo de Dios es la mayor calamidad que puede sobrevenir á una criatura.»

Fray Benito era igualmente un abogado entusiasta de las almas del Purgatorio; ofrecía por ellas todas las Misas que estaba en su mano el aplicar, así como todas sus oraciones y penitencias. «Los pecadores, decía, se han atado con las cadenas de su propia voluntad; podríau, si quisieran, abandonar la culpa; el yugo que llevan es obra de su elección, mientras que las ánimas benditas tienen atadas sus manos y pies, contra su voluntad, con los más atroces tormentos. Pues bien; óyeme, querido Beltrán, dime: Supongamos dos mendigos: uno, sano y robusto, el cual pudiese valerse de sus manos, y trabajar si así le agradase, pero que prefiere sufrir la pobreza antes que renunciar á las dulzuras de la holgazanería; y el otro, enfermo, tullido y enteramente abandonado, quien en su condición lastimosa no pudiese hacer más que pedir socorro con lágrimas y sollozos; ¿quién de los dos sería más digno de compasión, especialmente si el enfermo sufriese las más terribles congojas? He aquí, pues, cabalmente el caso entre los pecadores y las almas benditas: éstas se encuen-

riendo cómo así que recibió el Santísimo Sacramento en la primera Misa que se decía en la casa, se le apareció el alma del caballero su bienhechor, toda resplandeciente y gloriosa, y en camino para el Cielo. No esperaba esto Santa Teresa; pues, como ella observa, «aunque se me dijo á la primera Misa, pensé que había de ser á la que se pusiese el Santísimo Sacramento». Casi hasta el infinito podría multiplicar las revelaciones de los Santos que prueban la especial predilección con que mira Nuestro Señor dulcísimo la devoción por las almas del Purgatorio, con la cual se hallan tan estrecha y amorosamente ligados sus intereses. Pero ya es tiempo de formarnos una idea clara de nuestro asunto.

Existen, según todos sabemos, dos mundos, es á saber: el mundo visible ó de los sentidos, y el espiritual: nosotros vivimos en el mundo visible, rodeados por el espiritual; y como cristianos que somos, mantenemos con este último verdaderas y continuas comunicaciones. Ahora bien; el mundo visible, ó sensible, no es más que un mero fragmento ó porción de la Iglesia: actualmente, la Iglesia del Cielo ó triunfante cuenta entre sus moradores toda la muchedumbre de bienaventurados de todos los siglos, y sin cesar está embelleciéndose con nuevos Santos; necesariamente, en su consecuencia, tiene que exceder los límites de la Iglesia militante, la cual ni siquiera compren-

vina Majestad aparecer, digámoslo así, impaciente por la libertad de las almas benditas, abandonando, sin embargo, su rescate á nuestra caridad, muéstrasenos claramente con la intachable autoridad de Santa Teresa de Jesús. En el *Libro de sus Fundaciones* refiere que D. Bernardino de Mendoza la cedió una casa con su huerta y viña, que tenía en Valladolid, para que fundase en ella un convento. Dos meses después de esta cesión, y antes de que la fundación se llevase á cabo, cayó dicho caballero repentinamente enfermo y perdió el uso de la lengua, de suerte que no pudo confesarse muy bien, aunque dió no pocas señales de contrición: «Murió, dice la Santa, muy en breve, harto lejos de donde yo entonces estaba. Díjome el Señor que había estado su salvación en harta aventura, y que había habido misericordia de él por aquel servicio que había hecho á su Madre en aquella casa que había dado, y que no saldría del Purgatorio hasta la primera Misa que allí se dijese. Yo traía tan presentes las graves penas de esta alma, que aunque en Toledo deseaba fundar, lo dejé por entonces y me di toda la priesa que pude para fundar en Valladolid. Estando un día en oración en Medina del Campo, me dijo el Señor que me diese priesa, que padecía mucho aquel alma; y aunque no tenía mucho aparejo, lo puse por obra, y entré en Valladolid día de San Lorenzo». Continúa luego la Santa refi-

mo ya llevo indicado, que su suerte depende más bien de la Tierra que del Cielo; y, seguramente, el que el Altísimo se haya servido concedernos semejante poder y dichos medios sobrenaturales para ejercerle no es, por cierto, la prueba menos tierna y decisiva de que Su Divina Majestad ha ordenado todas las cosas por amor.

¿No podemos nosotros por ventura concebir el gozo que experimentan los bienaventurados del Cielo contemplando, desde el seno de Dios y en la calma apacible de su eterno reposo, esta escena de obscuridad, de inquietud, de duda y de temor, y regocijándose en la plenitud de su caridad, sobre el inmenso poderío que tienen cerca del Sagrado Corazón de Jesús, para alcanzar noche y día toda suerte de gracias y beneficios en favor de los pobres moradores de la Tierra? Semejante ocupación placentera no les distrae de la presencia de Dios; no interrumpe su Visión beatífica ni la eclipsa ú obscurece: no altera su gloria ni perturba la paz que están disfrutando; al contrario: sucédeles lo que á nuestros Ángeles de Guarda, cuyos afectuosos ministerios de caridad para con los hombres aumentan su gloria accidental. Pues bien: idéntico regocijo, guardada la debida proporción, podemos nosotros experimentar aun acá en la Tierra: como nosotros estemos plenamente empapados en semejante devoción católica por las ánimas benditas, siem-

de la mayoría de los habitantes de la Tierra: también es muy probable que la Iglesia purgante exceda á la Iglesia militante en extensión, así como la sobrepuja en hermosura. Por lo que hace á aquel innumerable ejército de condenados, ningún deber tenemos para con semejantes sujetos: se han alejado y apostatado de nuestra compañía, y difícilmente sepamos el nombre de uno solo de aquellos infelices, pues no pocos han creído que Salomón alcanzó su salvación eterna; algunos han llegado hasta el punto de no considerar las palabras de los *Hechos de los Apóstoles*, relativas á Judas, como una decisión infalible; y ni aun es tampoco unánime el consentimiento de los teólogos acerca de la condenación de Saúl. Mas, sea lo que quiera, es lo cierto que estamos separados de los condenados: que, en el Infierno, todo cuanto les rodea es obscuridad y tinieblas, y ninguna relación tenemos con ellos.

Mas, por la doctrina de la comunión de los Santos y unidad del cuerpo místico de Jesucristo, tenemos relaciones muy íntimas, así de afecto como de deber, con la Iglesia triunfante y purgante: y la devoción católica provéenos de no pocos medios especiales y probados para cumplir con semejantes obligaciones: de éstos pienso hablar más adelante. Por ahora bástenos saber que Dios nos ha otorgado un poder tal sobre los difuntos, que no parece sino, co-

y que llegues á cumplirlo según te lo exigimos! Incomparable fué, ciertamente, la humillación de tu infancia; encantador tu anonadamiento en el Santísimo Sacramento del Altar; hechicero el abandono que por amor nuestro estás ordinariamente mostrando hacia tus esposas queridas las almas del Purgatorio, cuya entrada en la Gloria anhela con tanta impaciencia tu Sagrado Corazón. ¡Oh qué pensamientos, qué afectos y qué amor no llegaremos á atesorar en nuestras almas, si cual coros de ángeles terrestres bajamos con la consideración á contemplar el dilatado, silencioso é impecable Reino del Purgatorio, y agitamos luego con nuestro toque atrevido la real mano de Jesús, levantada sobre aquellas vastas regiones, rociándolas así ricamente á todas ellas con el bálsamo de la saludable Sangre que gota á gota está cayendo de aquella mano soberana!

SECCIÓN III

Dos vistas del Purgatorio.

Siempre han prevalecido en la Iglesia dos vistas del Purgatorio, las cuales, lejos de contradecirse entre sí, son más bien la expresión del espíritu y devoción de aquellos que llegaron á adoptarlas. La primera vista ó representación del Purgatorio se encuentra en la ma-

pre abrigaremos una agradable complacencia considerando los poderes inmensos con que Jesús se ha dignado investirnos para favorecer á esas almas infelices: nunca nos asemejamos más á Jesús, ni imitamos tan de cerca sus tiernos oficios de Salvador, sino cuando estamos devotamente ejercitando semejantes poderes; y jamás llegamos á humillarnos con tanta profundidad más que al desempeñar el empleo de bienhechores de aquellas almas llenas de hermosura, las cuales tienen una superioridad inconmensurable sobre nosotros mismos, á semejanza de lo que se decía de San José, que había aprendido á ser humilde mandando á Jesús: mientras estamos socorriendo á las ánimas benditas, amamos á Jesús con un amor incomparable, con un amor que llega casi á amedrentarnos, más con delicioso miedo; porque, en semejante devoción, no hacemos otra cosa más que estar moviendo las manos de Jesús, cuál si moviéramos las torpes ó inexpertas manos de un niño. ¡Y no es increíble, Señor mío dulcísimo, que nos permitas obrar tan señaladas maravillas! ¡que nos concedas el privilegio incomparable de disponer de tus satisfacciones como mejor nos agrade, y de derramar tu Sangre Preciosísima cual si derramásemos agua sacada del pozo más cercano! ¡que limitemos la eficacia de tu Sacrificio Incruento! ¡que te designemos las almas que debes rescatar! ¡que esperemos á que nos obedezcas,

ma es, por permisión divina, misteriosamente atormentada: el fuego es de la misma naturaleza que el del Infierno, criado única y exclusivamente para dar tortura al infeliz condenado: el fuego de la Tierra, en su comparación, es como fuego pintado: vese representado en la misma el horror singular é indecible que siente el alma abandonada del cuerpo al ser presa de semejante agonía material; la sensación que causa en su ánimo aquella espantosa cárcel, y las densas y palpables tinieblas que reinan en aquel mundo de angustia, son, digámoslo así, episodios que aumentan el horror de la escena, y nos preparan á aquella vecindad sensible á la región del Infierno, que no pocos Santos han creído que está lindando con el Purgatorio: los ángeles están retratados como ejecutores activos de la inexorable justicia divina, y no han faltado quienes llegaron á dar más expresión á tan espantoso cuadro pintando grupos de demonios que, por permisión divina, pueden tocar y atormentar á las esposas de Cristo en aquellos fuegos abrasadores. A la terribilidad de la pena de sentido añádese la horribilidad de la pena de daño. La hermosura de Dios persevera en sí misma siendo lo que era, el objeto inmensamente apetecible; mas el alma está enteramente cambiada, pues todo aquello que en la vida y en el mundo de los sentidos embotaba sus deseos de unirse á Dios ha desaparecido de su presencia; de suerte que

yor parte de las Vidas y Revelaciones de los Santos italianos y españoles, en las obras de los alemanes de la Edad media y en las pinturas y cuadros populares extendidos por Bélgica, Portugal, el Brasil, Méjico y otros países. La segunda vista del Purgatorio es la que logró popularizar San Francisco de Sales, á pesar de no ser original suya, sino copia sacada por el siervo de Dios de su Tratado favorito sobre el Purgatorio, escrito por Santa Catalina de Génova, igualmente que de muchas de las Revelaciones de Sor Francisca de Pamplona, religiosa carmelita descalza, publicadas con una larga y sabia introducción crítica por el dominico Fray Buenaventura Ponce, lector en Zaragoza. Ambas á dos vistas, aunque, según acabo de indicar, no se oponen entre sí, tienen, no obstante, su propio peculiar espíritu de devoción.

1.° La primera vista está representada con los más vivos colores en los sermones terroríficos del *Quaresimali* italiano y en aquellas pinturas que se encuentran en diferentes parajes de Italia, las cuales con tanta frecuencia provocan el fastidio del viajero inglés. Destácase el Purgatorio en semejante vista simplemente como un Infierno temporal donde la violencia, la confusión, los lamentos, el horror, constituyen el principal asunto del cuadro: resalta en ella con vivo colorido, y no sin razón, la terribilidad de la pena de sentido con que el al-

ridad y amor de Dios, comenzó á dar menos importancia que antes á la terribilidad de las penas del Purgatorio, advirtióle el Señor que semejante proceder era sumamente desagradable á sus divinos ojos. Y, en efecto; ¿pues qué entendimiento es capaz de comprender los castigos que Dios ha preparado á la culpa? ¿No hay acaso muchos teólogos, quienes no sólo han dicho que la pena más liviana del Purgatorio es mayor que la pena más grande de la Tierra, sino aun mayor todavía que todas las penas juntas de la Tierra? He aquí, pues, una verdadera vista, aunque no acabada, del Purgatorio; y téngase en cuenta que no nos es permitido llamarla tosca ni grotesca, puesto que es la vista de muchos Santos y siervos de Dios, y vésela expuesta en las funciones populares de varios países católicos que se celebran en el día de Ánimas.

2.ª La segunda vista del Purgatorio, si bien no llega á borrar ninguno de los rasgos de la vista precedente, casi los obscurece con las sombras de los varios objetos que en ella se destacan en primer término. En esta vista se ve representada el alma penetrando en el Purgatorio, con los ojos deslumbrados y el ánimo dulcemente tranquilo por el rostro de Jesús que acaba de contemplar por primera vez en el juicio particular: semejante visión de Jesucristo acompaña el alma al Purgatorio, é ilumina y embellece las pavorosas escabrosidades de aque-

le busca ahora con una impetuosidad que ninguna imaginación es capaz de concebir: el mismo encendido exceso de su amor es la medida de su pena intolerable. Hasta dónde sea capaz de llegar el amor, aun acá en la Tierra, podemos inferirlo del ejemplo del P. Juan Bautista Sánchez, quien solía decir estaba seguro moriría de pena si alguna mañana, al levantarse, supiese con certeza que no había de morir aquel día. A todos los horrores, últimamente, de semejante representación podríamos señalar no pocos otros que pintan el Purgatorio como un puro Infierno temporal.

El espíritu de esta primera vista del Purgatorio es un temor santo de ofender á Dios, un deseo de penitencias corporales, una grande estimación y confianza en las indulgencias, un excesivo horror al pecado y un temblor habitual de los juicios divinos: aquellos que han llevado una vida empleada en penitencias extraordinarias, y las más rígidas Ordenes religiosas, siempre han pintado el Purgatorio con estos coloridos. Parece que semejante vista ha sido tomada, en sus más minuciosos detalles, de las conclusiones de los teólogos escolásticos, según puede uno convencerse al punto consultando á Belarmino, quien, en cada sección de su Tratado sobre el Purgatorio, compara las revelaciones de los Santos con las conclusiones de la Teología. Nótese asimismo que, cuando el Beato Enrique Suso, por su grande familia-

fican esos gestos extraños de desconfianza que observo en ella? Entonces Nuestro Señor tendió cariñoso su brazo derecho en ademán de querer traer el alma más cerca de sí; pero ésta, con profunda humildad y grande modestia, se retiró de su lado. Gertrudis, cada vez más confusa con lo que estaba presenciando, preguntó á la religiosa por qué esquivaba las caricias y abrazos de un Esposo tan digno de ser amado; á lo cual contestó: *Porque aun no estoy enteramente purificada de las manchas que mis culpas han dejado tras sí; y aunque, hallándome con semejantes reliquias, me concediese una entrada libre en el Cielo, no la aceptaría; que á pesar de aparecer delante de tus ojos toda resplandeciente, conozco que no soy todavía una esposa digna de mi Señor.*

Desde el momento en que el alma es juzgada, ama á Dios muy tiernamente, y en retorno es por Él también amada con excesiva ternura. En esta segunda vista aparece el alma llena toda de hermosura; porque, ciertamente, no puede menos de ser hermosa y agraciada quien es esposa querida de Dios; y si bien es verdad que se encuentra sufriendo un castigo, mas está unida á Dios con lazo indisoluble. «No conserva el más ligero recuerdo, dice terminantemente Santa Catalina de Génova, de sus culpas pasadas ni de cosa alguna de la Tierra». Su dulce prisión, su santo sepulcro les tiene en la adorable voluntad de su Padre Ce-

lla cárcel, cual si fuese con los torrentes perennes de la argentada luz de la Luna que parecen despedir los ojos amorosos y agraciados de nuestro Salvador; imagen que infunde en el alma bríos bastantes para mantenerse firme en medio de aquel mar de fuego: desde el momento que el alma, en la presencia de Dios, percibe su indignidad para entrar en el Cielo, dirige voluntariamente su vuelo hacia el Purgatorio, como la tortolilla á su nido en la espesura del bosque; ninguna necesidad tienen los ángeles de conducirla allá, que ya es ella llevada en alas de la pureza de Dios, que acaba de reconocer y honrar con rendida adoración.

Veamos con qué maestría se describe semejante escena en una revelación de Santa Gertrudis, según la refiere Blosio: Vió la Santa en espíritu el alma de una religiosa que había pasado toda su vida en el ejercicio de las más altas virtudes: estaba en pie delante de Nuestro Señor, vestida y adornada con el ropaje de la caridad, pero sin atreverse á levantar sus ojos para mirarle, sino que los tenía bajos, como si estuviese avergonzada de permanecer en su presencia, y dando á entender, con ciertos ademanes, su deseo de alejarse de la vista de Dios. Maravillada Gertrudis con semejante espectáculo, atrevióse á preguntar al Señor, diciendo: *Misericordiosísimo Dios y Señor mío, ¿por qué no recibes esa alma en los brazos de tu infinita caridad? ¿Qué signi-*

ya cerca del altar donde se halla reservado el Santísimo Sacramento, en las habitaciones de aquellos que ruegan por ellas, ó bien, en fin, en los mismos lugares de sus pasadas vanidades y frivolidades mundanas. Si el silencio, serena, dulce y resignadamente sufrido es aun eutre nosotros un objeto tan digno de respeto y veneración, ¡cuánto más venerable y sagrado no debe ser el silencio que se guarda en aquella región de la Iglesia! Comparado el Purgatorio con la Tierra, con sus miserias, disensiones, dudas, inquietudes, riesgos, vaivenes, ¡cuánto más hermosa, cuánto más apetecible no es esa silenciosa, pacífica é inalterable región en que María ha sido coronada Reina, y San Miguel nombrado embajador perpetuo de las misericordias de tan gran Señora!

El espíritu de esta segunda vista es un afecto de amor, un vivo deseo de que Dios no sea ofendido, un celo abrasado por los intereses de Jesús. Lo primero que empieza á hermosear semejante vista es aquel vuelo voluntario que toma el alma para dirigirse, desde la presencia de Jesús, á la mansión del sufrimiento; y así como aceptó con este acto el partido de Dios contra sí misma, igualmente continúa haciéndolo en lo sucesivo. En semejante vista se destaca la adoración de la pureza y santidad de Dios; y está representada el alma viendo las cosas bajo el punto de vista divino é identificando sus propios intereses con los de su Dios

lestial, donde espera el término de su purificación con el contentamiento más perfecto y con un amor inefable; y como no es molestada por ninguna imaginación de sí misma ni del pecado, no se ve importunada por el miedo más liviano ni por la más mínima duda sobre la imperturbable seguridad que está disfrutando: es impecable, y hubo un tiempo, mientras vivió en la Tierra, que este solo don la parecía que encerraba todo el Cielo junto: no puede cometer la más ligera imperfección, no puede tener el más liviano movimiento de impaciencia: no puede, aunque quiera, desagradar á Dios en lo más mínimo: ama á Dios sobre todas las cosas, y le ama con un amor puro y desinteresado: constantemente la están consolando los ángeles, y tiene que regocijarse en la seguridad irrevocable de su propia salvación; hasta las más amargas agonías que allí experimenta van acompañadas de una paz tan profunda é inalterable, que no hay lengua humana que sea capaz de expresar.

Ciertas revelaciones nos hablan de almas que se encuentran en el Purgatorio libres de la acción del fuego, quienes están allí languideciendo con resignación, por verse privadas de la presencia de Dios; privación que es para ellas suficiente castigo. Otras revelaciones existen también que hablan de multitud de almas que no tienen prisión fija, sino que están purificándose ora en el aire, ora en sus sepulcros,

de María, que cual astro de la noche está iluminando aquella mansión de dolor y de inexplicable expectación; los ángeles alados, reflejando rayos de argentada luz y cruzando aquellos abismos de semejante región misteriosa; y, sobre todo, aquel rostro invisible de Jesús, tan impreso en la mente de aquellas almas queridas, que no parece sino que le están viendo con sus ojos! ¡Qué pureza tan inmaculada no se descubre en este culto, en esta liturgia de sagrado sufrimiento! ¡Oh mundo, mundo enojoso, alborotador y malvado! ¡Quién no desearía escapar, si pudiese, de tus peligrosos devaneos y arriesgada peregrinación, como paloma enjaulada, para volar alegre hacia el lugar más bajo de aquella purísima, segurísima, santísima región de sufrimiento y de inmaculado amor divino!

SECCIÓN IV

Santa Catalina de Génova sobre el Purgatorio.

La publicación del Tratado de Santa Catalina de Génova es un hecho tan notable en la historia de la doctrina y devoción relativas al Purgatorio, que no me parece inoportuno el dar de él aquí cuenta, aunque brevemente, á mis lectores. Monseñor Hardouin, arzobispo de París, mandó en 1666 examinar dicho Tratado á los doctores de la Sorbona, quienes, en su

y Señor: no podía esperarse otra vista del Purgatorio, de un San Francisco de Sales y de la amorosa Santa Catalina de Génova, quienes se propusieron con semejante representación mover á compasión y devoción el ánimo de aquellos que la contemplasen, por el desamparo, más bien que por los padecimientos de las almas detenidas en el Purgatorio; y, sobre todo, el inducirles á ser celosos por la gloria de Dios y los intereses de Jesús.

¡Oh cuán sublime y encantador es el pensamiento de ese reino santo, de esa región de dolor y de pena! Allí no se oye un solo grito ni el más ligero murmullo: todo está mudo y silencioso como Jesús en presencia de sus enemigos. Jamás sabremos los grados de amor que profesamos á María, hasta que no levantemos nuestras miradas hacia tan cariñosa Madre, desde el fondo de aquellos espantosos abismos, desde aquellos valles de fuego misterioso. ¡Oh hermosa región de la Iglesia de Dios! ¡Oh manada amorosa del rebaño de María! ¡Qué espectáculo, hermanos míos, no se ofrece á nuestra vista cuando contemplamos aquel sagrado imperio de impecabilidad y á la vez de sufrimientos los más agudos! ¡Allí se admira la belleza de aquellas almas inmaculadas, la hermosura y los encantos de su paciencia, la grandeza de sus dones, la dignidad de sus majestuosos é inmaculados sufrimientos, la elocuencia de su silencio, los resplandores del Trono

Vamos á dar á continuación un extracto de la doctrina contenida en semejante Tratado: No bien el alma, limpia de todo pecado mortal, mas debiendo todavía á Dios una deuda de castigo temporal, ha salido de este mundo y recibido la sentencia, cuando al punto conoce que está confirmada en gracia y caridad; desde el momento en que abandona su cuerpo es ya incapaz de pecar y merecer, y está destinada, por un decreto inmutable y eterno, á entrar un día como reina en la Gloria del Cielo, para ver, amar y alabar á Dios, fuente inagotable de toda felicidad.

En aquel momento se representan al alma todas las culpas, así mortales como veniales, de su vida pasada, aunque perdonadas, mientras viviera en la Tierra, por la contrición y el Sacramento de la Penitencia. Mas, después de esta instantánea y transitoria representación de sus pecados, ya no vuelve nunca á acordarse de ellos en lo sucesivo: «Al salir las almas—son palabras de la Santa—de esta vida, ven de una vez para siempre las causas del Purgatorio, que ellas llevan consigo, para no volver á recordarlas jamás». El motivo de semejante representación de los pecados es, según Santa Catalina, el disponer el alma en aquel instante, por medio de un acto que, aunque no ciertamente meritorio, sin embargo es un acto real de la voluntad; el prepararla, repito, á detestar de nuevo todas sus culpas, y en especial

aprobación, le llaman *una rara efusión del espíritu de Dios sobre un alma pura y amada, y una prenda maravillosa de su solicitud por la Iglesia, y de su cuidado en iluminarla y asistirla según sus necesidades;* y la aprobación continúa diciendo que los examinadores le consideran como un socorro providencial en favor de los católicos, otorgado justamente cuando estaban para aparecer las herejías de Lutero y Calvino, quienes, entre otras de sus impiedades, una de ellas tendría por blanco el hacer guerra á los difuntos. El jesuíta Martín d'Esparza, en 1675, presentó su censura del Tratado al cardenal Azolini, que era el *ponente* en la causa de la beatificación de la Santa, en cuya censura dice que la doctrina del Tratado de Catalina *es irreprehensible, muy saludable y enteramente seráfica; que había sido impresa en su alma por el Espíritu Santo, por medio de una muy especial y secreta ilustración:* que semejante doctrina, juntamente con la de sus Diálogos entre el Alma y el Cuerpo, *era una prueba eficacísima de la santidad heroica de la sierva de Dios.* Maineri, en su *Vida* de la Santa, hace notar, como una coincidencia curiosa, el que por primera vez se diese autoritativamente el nombre de Purgatorio, en 1254, al lugar intermedio entre el Cielo y el Infierno, por Inocencio IV, el cual era de la casa de los Fieschi, familia de nuestra Santa.

que la Santa se expresa siempre como si el Purgatorio fuese, más bien que una purificación de manchas, la absolución ó descargo de una obligación.

Tan pronto como el alma se apercibe que es acepta á los ojos de Dios y constituida heredera del Paraíso, mas inhábil, á causa de semejante impedimento, para tomar inmediatamente posesión de su herencia, concibe un intenso deseo de librarse de este embarazo, de esta doble obligación del reato y ol castigo; pero conociendo que sólo el Purgatorio puede redimir estas dos obligaciones, y que Dios con ese mismo objeto la condena al fuego, anhela sufrir semejante castigo. «El alma—son palabras textuales de la Santa—separada del cuerpo, no descubriendo en sí misma toda la pureza necesaria, y viéndose con este impedimento, que sólo el Purgatorio puede hacer desaparecer, arrójase al punto en sus llamas de muy buena voluntad: y si ella no encontrase este lugar del Purgatorio convenientemente dispuesto para la remoción de semejante impedimento, sufriría allí el alma instantáneamente un Infierno mucho más cruel que el Purgatorio, mientras viese que, con motivo de semejante impedimento, la era imposible el lograr vivir en compañía de Dios, su último fin. En su consecuencia, si el alma pudiese dar con otro Purgatorio más terrible que éste donde se encuentra, en el cual alcanzase uua desaparición más pronta

aquellos pecados veniales de los cuales no tuvo dolor ninguno durante su vida en la Tierra, ora por frialdad é imperfección del afecto de su voluntad en aborrecerlos, ó bien á causa del accidente de una muerte repentina; así es que puede afirmarse con toda verdad que no es perdonada culpa alguna, cualquiera que sea, á menos que el pecador no haga de ella un acto formal de detestación.

Después de esta representación momentánea de las culpas pasadas y formal detestación de las mismas, ve el alma en sí misma sus fatales consecuencias y *malignos legados*, y es lo que constituye *el impedimento*, como le llama la Santa, *para ver á Dios:* «El orín de la culpa, dice Catalina, es el impedimento, y el fuego continúa consumiendo el orín; y así como no puede reflejar los rayos del sol un objeto manchado, mas limpio que sea de semejante mancha, llega al fin á verificarse en él la reflexión de los rayos solares; así sucede en el Purgatorio, el cual libra el alma de la obligación (*reatus*) de la culpa venial, no menos que de la obligación del castigo temporal debido por los pecados mortales ya perdonados». Notará el lector que esta última aserción no se halla en desacuerdo, como algunos han creído, con la doctrina de Suárez y otros escolásticos, quienes sostienen que la culpa no deja en el alma *mancha alguna* que exija la acción purificadora de aquellos fuegos abrasadores; por-

disposiciones en el Purgatorio, perdiendo el conocimiento de toda otra cosa, no ve delante de sus ojos más que dos objetos: el colmo del sufrimiento y el exceso del gozo. Es para ella causa de una pena terribilísima el saber que Dios le ama con amor infinito; que Él es el Bien Soberano; que la mira como á hija suya muy querida, y que la ha predestinado para gozarle eternamente en compañía de los bienaventurados de la Gloria; de aquí es que le ama con la más pura y perfecta caridad posible; mas al propio tiempo conoce que todavía no puede verle ni gozarle, aunque lo desea con vivas ansias; y esto la aflige tanto más, cuanto que ignora absolutamente la época en que se ha de acabar el término de su penoso destierro, que la tiene separada de la compañía de Dios y de la gloria del Paraíso. He aquí, pues, aquella pena de daño que se padece en el Purgatorio, de la cual dice la Santa que es «una pena tan espantosa, que no hay lengua que pueda expresar, ni entendimiento que sea capaz de concebir la más ligera idea; y aunque Dios, en su bondad, me ha hecho conocer alguna cosa de la terribilidad de semejante tormento, yo, sin embargo, no encuentro medio con que poder expresarla con palabras». Y comparando la Santa esta pena de daño con el hambre de pan, dice: «Si no hubiera en todo el mundo más que un pan, el cual pudiese saciar el hambre de todas las criaturas, quedando enteramente satisfe-

de este impedimento, se lanzaría en seguida en él con toda la impetuosidad del amor que la conduce á Dios».

Mas no es esto sólo. En el capítulo siguiente prosigue la Santa diciendo que si el alma, batallando con semejante impedimento, estuviese en libertad para escoger, en la situación en que se encuentra, entre subir inmediatamente al Paraíso ó bajar á padecer al Purgatorio, preferiría padecer, aunque estos sufrimientos fuesen casi tan espantosos como los del Infierno. Oigamos sus palabras: «Cuánta sea la importancia del Purgatorio, no hay lengua que pueda expresar, ni entendimiento que sea capaz de concebir. Según lo que me es dado alcanzar, veo que las penas del Purgatorio son casi tan terribles como las del Infierno; y con todo, veo igualmente que el alma, descubriendo en sí misma la más ligera falta, la motita más liviana de imperfección, preferiría ser arrojada en mil infiernos antes que encontrarse con semejante defecto en la presencia de la Majestad Divina; y en su consecuencia, viendo que el Purgatorio está ordenado para la purificación de semejante imperfección, zambúllese inmediatamente dentro de sus voraces llamas, y parécela, según yo lo entiendo, que allí descubre una invención no pequeña de misericordia, sólo con poder alcanzar la remoción de semejante impedimento».

Cuando el alma justa ha penetrado con estas

consume y aniquila toda mezcla impura: tal es el efecto del fuego sobre los objetos materiales. Pero el alma no puede aniquilarse en Dios, mas sí en sí misma; y cuánto más se purifica, tanto más se aniquila, hasta que llega á reposar en Dios enteramente limpia de toda impureza. Cuando el oro, según frase de los plateros, es purificado hasta los veinticuatro quilates, por mucho fuego que le apliquéis, resiste á su acción sin consumirse, puesto caso que, en realidad, sólo es consumida la impureza que le mancha. El fuego divino obra el mismo efecto en el alma: mantiénela Dios expuesta á la acción del fuego, hasta consumir toda imperfección que empaña su brillo y reducirla á la pureza de veinticuatro quilates, cada alma, no obstante, conforme á su grado de perfección. Una vez así purificada, reposa enteramente en Dios sin retener cosa alguna de sí misma: Dios es su vida; y cuando, purificada el alma de esta manera, la ha llevado Su Divina Majestad hacia Sí, llega á ser impasible, porque nada se encuentra ya en ella que pueda consumirse; y si todavía, estando así purificada, continuase expuesta á la acción del fuego, no la causaría dolor alguno; al contrario, el fuego del Purgatorio sería entonces el fuego del Amor divino, su misma vida eterna, donde el alma no podría ya experimentar la más leve molestia ni contradicción ».

Tal es, pues, el primer objeto que se ofrece en

ıas sólo con mirarle, ¿cuál serían los afectos ȝ un sujeto quien, poseyendo el instinto na- ıral de comer que tiene en sana salud; cuál ·rían, repito, sus afectos, si no pudiese comer, ı tampoco enfermar ni morir? Su hambre es- .ría aumentando continuamente, y sabiendo ıe no había más que un pan con que saciar su)etito, el cual, con todo eso, estaba lejos del cance de sus miradas, quedaría hecho presa ȝ un tormento insufrible. Semejante compa- ıción no es, sin embargo, más que una som- ·a de lo que el alma está realmente sufriendo: n cesar es atraída hacia Dios, único objeto que ıede perfectamente saciarla; es atraída, digo, ɔn una violencia amorosa é imperceptible, vio- ıcia que va siempre en aumento, á medida ıe el alma continúa viéndose privada de su .vino Objeto, por quien siente un hambre de- ɔradora que excede todo humano encareci- iento. Y en la misma proporción aumentaría ɱbién su pena, si no estuviese diariamente itigada por la esperanza, ó más bien por la ·rtidumbre de que está acercándose más y más su bienaventuranza eterna: en las palabras ·l profeta conoce el infortunado que sufre, ıe *por cuanto trabajó su alma, verá y será ırtado.*»

La Santa compara el alma padeciendo la pe- ı de sentido, al oro en el crisol: «Ved el oro: ıanto más le fundís, tanto más se purifica: y sometéis á la acción del fuego, hasta que se

están disfrutando las almas en el Purgatorio, á no ser el que gozan los bienaventurados en la Patria del Cielo. Semejante alegría recibe un aumento continuo, por la influencia que Dios ejerce en aquellas almas, y cuyo influjo va creciendo á medida que el impedimento se consume y aniquila. Efectivamente, por lo que hace á la voluntad, difícil es afirmar que las penas sean verdaderas penas cuando hacen á las almas reposar tan alegremente en la ordenación de Dios, á cuya voluntad soberana las tiene unidas el puro amor».

En otro lugar afirma la Santa que este júbilo inefable del alma, mientras se encuentra sufriendo en el Purgatorio, nace de la intensidad y pureza del amor que profesa á su Dios. «Este amor —son sus palabras— infunde en el alma tal contentamiento, que no hay lengua que pueda expresarlo; contentamiento que no disminuye un ápice de la pena que está sufriendo; ¿qué digo? Precisamente la tardanza que experimenta el amor en la posesión del Objeto amado, es la que produce semejante sufrimiento, el cual es tanto más terrible, cuanto mayor es la perfección del amor de que Dios la ha hecho capaz; en su consecuencia, las almas en el Purgatorio sienten á la vez el más inefable contentamiento y el dolor más insufrible, sin que lleguen á oponerse entre sí en lo más mínimo.» Por lo que hace á las oraciones, limosnas y Misas que se aplican en su alivio,

el Purgatorio á los ojos del alma: el exceso del sufrimiento. Examinemos ahora el segundo objeto que tiene delante de su vista: el exceso del gozo. Como ama á Dios con el más puro amor, y sabe que el que padezca es la voluntad de Su Majestad para conseguir su purificación, se conforma enteramente con el decreto divino; mientras se encuentra en el Purgatorio, no ve otra cosa más que aquello que agrada á Dios, no concibe otra idea sino la de la voluntad del Altísimo, no aprende nada con tanta claridad como la conveniencia de semejante purificación, á fin de presentarse un día toda hermosa y agraciada á los ojos de tan soberana y excelsa Majestad. Oigamos á Santa Catalina: «Si un alma, no estando todavía enteramente purificada, fuese admitida á gozar de la visión de Dios, se consideraría gravemente injuriada, y su tormento excedería al de diez Purgatorios, puesto caso que la sería imposible soportar aquella excesiva bondad y exquisita justicia del Rey de los siglos». He aquí, pues, la razón por qué el alma está en el Purgatorio enteramente resignada á la voluntad de su Criador: ama las mismas penas que padece y regocíjase en ellas, por ser una santa ordenación divina; y así es que, en medio de aquellos fuegos abrasadores, goza de un contentamiento tan inefable y completo, que excede el alcance de la inteligencia humana: «Yo no creo que sea posible hallar un contentamiento que se acerque á aquel que

como alcanzaré mi salvación eterna. Reflexionad un poco: para ganar una indulgencia plenaria se requiere la confesión y contrición; y ésta es tan difícil de alcanzar, que si vosotros bien lo supiereis, temblaríais de espanto, y más bien os inclinaríais á creer que semejante gracia jamás llegará á concedérseos, que no á esperarla con esa confianza que al presente abrigáis».

Cuando se miraba á sí misma á la luz de una iluminación sobrenatural, veía que había sido colocada por Dios en la Iglesia, para ser una fiel y viva imagen del Purgatorio. Oigámosla cómo se expresa: Esta forma de purificación que yo contemplo en las almas del Purgatorio, ahora la estoy viendo en mi misma alma: veo que mi espíritu se halla en el cuerpo como en un Purgatorio enteramente parecido al verdadero, sólo con la diferencia de que mi cuerpo puede padecer sin expirar; no obstante, este mi sufrimiento está sin cesar aumentando en él gradualmente, hasta que llegue el instante en que muera». En efecto, su muerte fué muy maravillosa, y siempre ha sido considerada la sierva de Dios como mártir del amor divino. También es igualmente cierto que desde el principio adquirió tal reputación de ser la gran doctora del Purgatorio, que ya en su antigua Vida, *Vita Antica*, examinada por varios teólogos y aprobada en el proceso de su canonización, la cual escribieron Marabotto, su con-

la Santa sostiene que reciben las almas en ellas una gran consolación; pero que, así en estos sufragios como en todo lo demás, su principal solicitud consiste en que todo sea pesado en la balanza fiel de la Voluntad divina, dejando á Dios hacer en todo aquello que más le plazca, y tomar de cuenta suya el satisfacer á su Persona y justicia por los medios que su bondad infinita quiera elegir.

Concluye su Tratado echando una ojeada sobre su prójimo y otra sobre sí misma. Al dirigirse á su prójimo, apostrófale en los siguientes términos: «¡Ojalá que yo pudiese levantar tan alto mi voz, que causase espanto á todos los hombres que habitan la tierra, diciéndoles: ¡Miserables criaturas! ¿Por qué os habéis dejado cegar por el mundo hasta el extremo de no cuidaros de hacer provisión alguna para aquella imperiosa necesidad que os ha de salir al encuentro en el instante de la muerte? Todos vosotros os acogéis bajo la esperanza de la misericordia divina; pero ¿acaso no comprendéis que la bondad misma de Dios se levantará en juicio contra vosotros, por haberos resistido á la voluntad de un Señor tan bueno? No os echéis en brazos de una falsa confianza, diciendo: *Cuando me llegue la hora de la muerte, haré una buena confesión, ganaré luego una indulgencia plenaria; de esta suerte, en aquellos últimos instantes de mi vida, me encontraré limpia de todas mis culpas, y así es*

Israel de Egipto, etc. He aquí ciertamente uno de los más bellos pensamientos del Dante; y como teólogo que era á la vez que poeta, parécenos que merece la pena de mencionarle en este lugar como prueba que nos hace ver cuál era la concepción del Purgatorio entre las personas entendidas y de talento en la época del autor de *La Divina Comedia*.

SECCIÓN VI

Unión de las dos vistas.

Mas veamos ahora qué tienen de común ambas á dos vistas del Purgatorio: semejante examen es una consideración sumamente práctica. Yo supongo que no habrá ninguno de entre nosotros que espere condenarse: conocemos y sentimos, con mayor ó menor alarma, la grandeza del riesgo que estamos corriendo, pero sin esperar ser condenados, lo cual sería el pecado de desesperación; así es que el Infierno nos interesa sólo como motivo que contribuye poderosamente á avivar nuestra diligencia, exactitud, circunspección y temor. Mas no nos sucede lo mismo con el Purgatorio: supongo que todos nosotros esperamos ó nos creemos seguros de ir allá. Si apenas fijamos la consideración en semejante asunto, entonces tal vez abriguemos en nuestro ánimo alguna vaga noción de que iremos derechamente al Cielo, no

fesor, y Vernazza, hijo espiritual de la misma Santa, se leen las siguientes palabras: «Verdaderamente, parece que Dios ha suscitado á esta su criatura como espejo y dechado de las penas de la otra vida que las almas padecen en el Purgatorio: es lo mismo que si la hubiese colocado sobre un muro elevado, que separase la vida presente de la venidera, á fin de que, viendo los sufrimientos de aquella vida futura, nos manifestase, aun en la presente, lo que nos espera cuando hayamos pasado la frontera». Tal es, pues, el extracto del maravilloso, bello y exquisito Tratado de Santa Catalina, que la ha merecido el ser contada entre los teólogos de la Iglesia.

Idéntica á la vista de Santa Catalina sobre el Purgatorio es la breve pero galana y patética descripción del mismo lugar, debida al pincel del Dante, en aquella hermosa escena donde él y Virgilio andan vagando por los arrabales del Purgatorio. Siéntese de repente el poeta todo deslumbrado por los brillantes resplandores de un ángel que viene atravesando el mar y dando impulso á un bajel lleno de nuevas almas destinadas al Purgatorio; y describe el pequeño barco como acercándose á la orilla tan ligeramente, que no forma estela ni parece que toca la superficie del agua; y mientras tanto, las almas que hace unos momentos abandonaron la vida, la Tierra y el juicio, con afecto melancólico mezclado de alegría, cantaban: *In exitu*

otros como á los demás. Dicha duración puede considerarse bajo dos respectos: primeramente, como una extensión real de tiempo; y segundo, como una duración aparente, nacida del exceso de la pena. Por lo que hace á la duración del sufrimiento, considerado bajo el primer aspecto, si examinamos las *Revelaciones* de Sor Francisca de Pamplona, hallaremos que, entre millares de casos de almas condenadas al Purgatorio, la mayor parte estuvieron sufriendo treinta, cuarenta ó sesenta años. Citemos algunos ejemplos: un Santo Obispo, antes de que se apareciese á la sierva de Dios, ya había estado penando en el Purgatorio cincuenta y nueve años, por algunas negligencias en el desempeño de su elevado cargo; otro Obispo, el cual fué tan desprendido de sus rentas, que se le apellidaba el limosnero, estuvo cinco años, por haber deseado la dignidad episcopal; otro Obispo pasó cuarenta años; un Párroco cuarenta años, porque, debido á su negligencia, murieron algunos enfermos sin recibir los últimos Sacramentos; otro sacerdote cuarenta y cinco años, por falta de reverencia en las funciones de su ministerio; un caballero cincuenta y nueve años, por su apego á las cosas de la Tierra; otro sesenta y cuatro años, por su pasión á jugar dinero á los naipes; otro treinta y cinco años, por vanidad mundana. Parece que, según las *Revelaciones* de Sor Francisca, generalmente son los Obispos quienes permanecen

bien hayamos sido juzgados; pero si reflexionamos seriamente sobre ello, sobre nuestra vida, sobre la santidad de Dios, sobre lo que leemos en los libros de devoción y las *Vidas* de los Santos, casi no puedo concebir que haya alguno de entre nosotros que espere evitar el Purgatorio, cuando debiera más bien tener la persuasión de que es casi un esfuerzo de la divina Misericordia el que se sirva conducirnos á aquel lugar de expiación; imaginarnos otra cosa, más que esperanza heroica sería una vana presunción. En su consecuencia, si realmente esperamos que nuestro viaje para el Cielo le hemos de hacer pasando antes por los tormentos del Purgatorio, porque penal es, en efecto, su purificación, impórtanos sobremanera el saber qué tienen de común ambas á dos vistas del Purgatorio, que son las que parecen prevalecer en la Iglesia.

Primeramente, convienen ambas á dos vistas en la terribilidad de la pena, nacida, ora del oficio que según ordenación divina tienen que llenar, ora á causa de ser el alma, separada del cuerpo, el objeto de su acción. Convienen igualmente ambas á dos representaciones en la duración del sufrimiento: he aquí un punto sobre el cual es preciso que nos detengamos unos momentos, ya que la generalidad de los fieles difícilmente llega á convencerse de semejante duración; y no obstante, de este convencimiento resultan grandes ventajas, así á nos-

Ambas vistas convienen también en la terribilidad con que son castigadas aquellas faltas que en el mundo llamamos ligerísimas. San Pedro Damiano nos ofrece no pocos ejemplos acerca del particular, y de muchos otros hace mención Belarmino. En las obras de estos escritores ocurren con frecuencia ejemplos de almas que se encuentran padeciendo en el Purgatorio por leves afectos de propia complacencia, ligeras distracciones en el rezo del Oficio divino y otras imperfecciones por el estilo. Sor Francisca aduce el caso de una doncellita de catorce años, castigada á sufrir las penas del Purgatorio por no haberse completamente conformado con la voluntad de Dios, que dispuso saliese de esta vida en tan tierna edad; y aun llegó un alma á hablar en estos términos á la sierva de Dios: «¡Ay! ¡Apenas piensan los hombres en el mundo cuán caro tienen que pagar aquellas faltas que casi no llegaban á notar durante su vida!» La misma religiosa hasta vió almas que eran horriblemente atormentadas, sólo por haber sido escrupulosas mientras vivieron en la Tierra; ora, así me parece, á causa del amor propio que generalmente reina en los escrúpulos, ó ya por no rendirse dichos sujetos á lo que la obediencia les ordenaba. Las nociones erróneas acerca de las faltas ligeras pueden inducirnos á olvidar á los fieles difuntos, ó á cesar demasiado temprano en las oraciones que aplicamos en sufragio suyo, no menos que

más tiempo en el Purgatorio, y los que á la vez están en él sufriendo mayores tormentos.

Sin multiplicar ejemplos, que ciertamente nos sería fácil mencionar, los que acabamos de aducir nos enseñan á tener más vigilancia sobre nosotros mismos, y á ser incansables y perseverantes en rogar por los difuntos: las antiguas fundaciones de Misas perpetuas revelan el mismo sentimiento. Estamos demasiado inclinados á cesar muy luego en los sufragios por nuestros amigos, imaginándonos tontamente que salen del Purgatorio más pronto de lo que sucede en la realidad. Si Sor Francisca vió en espíritu penando aún en el Purgatorio las almas de muchas fervorosas carmelitas, algunas de las cuales habían obrado milagros durante su vida, diez, veinte, treinta, sesenta años después de su muerte, sin que todavía se acercase el tiempo de su rescate, conforme muchas de ellas se lo manifestaron, ¿qué no nos pasará á nosotros y á nuestros allegados? En cuanto á la aparente duración en el exceso del sufrimiento, se citan en las Crónicas de San Francisco, en la *Vida* de Francisco Jerónimo y otros escritos por el estilo no pocos ejemplos de almas que se aparecieron una ó dos horas después de su muerte, y ya creían que habían estado padeciendo muchos años en el Purgatorio: acaso éste sea el Purgatorio de aquellos que por fin se acogen al Señor en la hora de su muerte.

ciones que les roban con semejantes exageraciones egoístas, relativas á la santidad que llevaron consigo al salir de este mundo, no dejarían ciertamente de abrigar en su ánimo algún escrúpulo; y la llamo exageración egoísta, pues no es más que una miserable estratagema con que pretenden consolarse en su aflicción. La verdadera situación, pues, de las almas benditas consiste en el más deplorable y espantoso abandono: no pueden hacer penitencia, ni merecer, ni satisfacer, ni ganar indulgencias, ni recibir Sacramentos, ni vivir bajo la jurisdicción del Vicario de Dios, quien á manos llenas está derramando gracias y bendiciones sobre nuestras cabezas; las ánimas benditas son una porción de la Iglesia, sin sacerdocio ni altar á su disposición.

Tales son, pues, los rasgos en que convienen ambas á dos vistas ó representaciones del Purgatorio; y no pocas son las lecciones que podemos aprender, grandemente útiles así á nuestro propio aprovechamiento como al de las almas benditas. Por lo que hace á nosotros, ¡cuánta luz no arrojan semejantes rasgos comunes sobre la flojedad, tibieza y amor al ocio! ¡qué concepciones no inspiran en nuestro ánimo relativas á las devociones que practicamos por mero espíritu de ceremonia ó por simple rutina! ¡qué cambio no obrarían en nuestra conducta! ¡qué diligencia en nuestros exámenes de conciencia, confesiones, comuniones y

á privarnos de una lección provechosa á nuestras almas.

Convienen además, ambas á dos vistas del Purgatorio, en el abandono en que se encuentran las almas benditas: yacen postradas en aquel lugar como el paralítico de la piscina; no parece sino que ni la bajada del ángel es para ellas un remedio eficaz, á menos que alguno de nosotros no vaya á socorrerlas. Escritores ha habido, quienes llegaron á sostener que no pueden rogar; y, comoquiera que sea, ningún medio tienen para hacerse oir de nosotros, de cuya caridad depende su salvación. Ni han faltado escritores, los cuales dijeron que Nuestro Divino Redentor no quiere socorrerlas sin nuestra cooperación, y que la Santísima Virgen no puede favorecerlas sino por medios indirectos, á causa de no estar ya en mano de Nuestra Señora el satisfacer. ¡Qué poco me agrada el oir hablar de cosas que nuestra Madre querida no puedo obrar! Así es que miro semejantes afirmaciones con cierta sospecha ó prevención. Estas opiniones, sin embargo, al menos nos representan la viveza con que los teólogos conciben el abandono de las ánimas benditas. Otro de los caracteres de semejante desamparo consiste en el olvido de los vivos y en la cruel lisonja de sus parientes, quienes, adulándose vanamente, siempre quieren que sus allegados mueran la muerte de los Santos. Si supiesen el número de Misas y ora-

vida; sondeemos, siquiera no sea más que durante un solo día, los senos de nuestro corazón, y veremos no pocas intenciones siniestras, respetos humanos, amor propio, tibieza, que mancillan nuestras acciones y aun nuestras devociones; y de esta suerte, un Purgatorio siete veces más encendido, y habitado hasta el día del Juicio, deberá parecernos un delicioso noviciado para la Visión del Santo de los Santos.

Ciertas personas se revuelven contra el pensamiento del Purgatorio: háceselas demasiado duro el que, después de haberse afanado durante toda su vida en servir á Dios, tengan que completar la tremenda hazaña de una buena muerte pasando de las agonías de la última hora al fuego penoso, vivo, terrible, devorador del Purgatorio. ¡Ay, mis amigos queridos! ¡Vuestro enojo de nada os servirá; no alterará, ciertamente, los hechos! Pero ¿habéis pensado suficientemente en Dios Nuestro Señor? ¿Habéis tratado de conocer su santidad y pureza en meditaciones asiduas? ¿Existe un verdadero divorcio entre vosotros y el mundo, que, como sabéis, es enemigo de Dios? ¿Tomáis el partido del Eterno? ¿Os habéis casado con sus intereses? ¿Suspiráis y trabajáis por su mayor honra y gloria? ¿Habéis colocado la culpa junto á la Pasión de nuestro Salvador dulcísimo, para comparar y medir la una con la otra? Seguramente, si así lo hicieseis, el Purgatorio no os parecería sino la invención suprema, in-

oraciones! No parece sino que la gracia de todas las gracias, por cuya consecución deberíamos estar siempre importunando á Nuestro Señor dulcísimo, consiste en detestar el pecado con aquel aborrecimiento con que Él le detestara en el Huerto de Getsemani. ¡Oh! ¿pues no es la pureza de Dios un objeto pavoroso, indecible, adorable? Aquel que es en sí mismo un simple y puro acto, ha continuado obrando, multiplicando actos, desde la creación hasta el presente— ¡y no ha empañado, con todo, su pureza con mancha alguna! Constantemente se está mezclando, con incomparable condescendencia, en aquellas cosas que tiene bajo sus pies soberanos— ¡y ninguna mancha! Ama á sus criaturas con un amor inconmensurablemente más intenso que las más fogosas pasiones de la Tierra— ¡y ninguna mancha! Es omnipotente; y, no obstante, excede á los límites de su inmenso poderío al recibir mancha alguna. Es tan puro, que su Visión beatífica causa una pureza y felicidad eternas; la pureza de María no es más que una ligera y clara sombra de la pureza de Dios; ¿qué digo? La sagrada Humanidad de Jesús no puede honrar debidamente la pureza inmaculada del Altísimo; y nosotros ¡hasta nosotros! estamos llamados á reposar eternamente en los brazos del Rey de la Majestad, y á descansar en medio de los esplendores sempiternos de aquella Pureza increada. Pues ahora bien; examinemos nuestra

ánimo tanta impresión. Veis, pues, que es inoportuno el enojaros, puesto que únicamente les cabe la suerte dichosa de ir al Purgatorio á aquellos que sinceramente se juzgan dignos del Infierno.

Mas no sólo los susodichos rasgos comunes á las dos vistas encierran enseñanzas provechosas á nosotros mismos, sino también, según llevamos indicado, á las mismas almas benditas: vemos que nuestras atenciones caritativas para con ellas es menester que sean mucho más eficaces y continuas que hasta el presente, puesto caso que se va al Purgatorio por faltas sumamente pequeñas, y se permanece en aquel lugar un tiempo incomparablemente más largo de lo que uno se imaginaba. Pero la más patética apelación que las almas benditas dirigen á nuestra caridad es el desamparo en que se encuentran en aquella mansión de tormento; y Nuestro Señor dulcísimo, en sus amorosos designios, á fin de que las socorramos, nos ha otorgado un poder que excede en extensión á la incapacidad en que se hallan para favorecerse á sí propias. Algunos teólogos han dicho que no es infalible el efecto de las oraciones que se aplican por las ánimas benditas del Purgatorio: los argumentos que aducen en defensa de semejante aserción, lo confieso, no me convencen. Mas, aunque así fuese, ¡cuán asombrosas no son todavía las facultades que podemos ejercer en favor de los fieles difuntos! Por-

esperada é incomparablemente tierna de un obstinado amor, que misericordiosamente está determinado á salvaros á pesar vuestro; sería para vosotros un portento perpetuo, un portento delicioso, siempre nuevo y lleno de frescura; un portento que os serviría de manjar y bebida para vuestra alma, el que vosotros, siendo quienes sois, lo que conocéis ser, lo que aprendéis que Dios sabe que sois, fueseis eternamente felices en la gloria del Cielo. Recordad lo que aquel alma del Purgatorio dijo en lenguaje sencillo, pero lleno de energía, á Sor Francisca: «Quienes viven en la Tierra, apenas piensan cuán caro les ha de costar aquí la conducta que observan en el mundo». ¿Os enojáis porque se os dice que iréis al Purgatorio? ¡Necios, necios! Lo más probable es que semejante enfado sea una falsa lisonja, una zalamería, y que jamás llegaréis á ser bastante buenos para ir al Purgatorio. Porque, francamente, no conocéis vuestro propio interés, cuando se os habla del Purgatorio; y entiéndase bien, que nadie irá allá sino el humilde. Recuerdo que fué revelado á María Crocifisa, que si bien muchos Santos, mientras vivieron en el mundo, amaron á Dios aún más que le aman algunos bienaventurados en el Cielo; con todo eso, el más grande Santo de la Tierra no era tan *humilde* como las almas del Purgatorio: no creo haber leído nunca en las *Vidas* de los Santos nada que haya causado en mi

favorecen igualmente con sus dones, induciéndonos á ser limosneros suyos; y no raras veces, sin que nosotros mismos lo sepamos, ejercemos para con ellas semejante oficio; Nuestro Señor amoroso se digna mirarnos, cual si quisiera decirnos: ¡Aquí están mis instrumentos; trabajad en auxilio mío!,—conduciéndose como un padre quien deja ejecutar á su hijo parte de su obra, á pesar del riesgo que corre de vérsela echar á perder. Poseer semejantes poderes y no ejercerlos, sería el colmo de la irreverencia para con Dios, no menos que la más espantosa falta de caridad hacia los hombres. No hay cosa más irreverente, porque nada hay menos filial, como el alejarse de los dones de Dios, únicamente á causa de su exuberancia. Cierto instinto de seguridad induce al hombre á no mezclarse en lo sobrenatural; pero la verdad es que no podemos mantenernos alejados de semejante orden, y ser salvos: el naturalismo es, pues, peligroso. Si nosotros rehusamos entrar en el sistema mencionado, y no ocupamos en él humildemente el puesto que nos corresponde, nos arrastrará tras sí, sólo para despedazarnos, luego que nos tenga bajo sus órdenes. El miedo de lo sobrenatural es el más peligroso de los afectos; y la prevención con que se le mira es asimismo un pronóstico de condenación eterna, que con demasiada frecuencia tiene su cumplimiento.

Todo cuanto llevo dicho hasta aquí, indi-

que, al fin, sostiene Santo Tomás ser más acepta á los ojos de Dios la oración por los difuntos que la oración aplicada por los vivos. Nosotros podemos ofrecer y aplicar por las ánimas benditas todas las satisfacciones de Jesucristo Señor Nuestro; nosotros podemos hacer penitencia por ellas; nosotros podemos darlas todas las satisfacciones de nuestras acciones y sufrimientos ordinarios; nosotros podemos cederlas, por vía de sufragio, las indulgencias que ganemos, siempre que la Iglesia haya ordenado que sean aplicables por los fieles difuntos; nosotros podemos circunscribir y encaminar, hacia todas ó algunas de ellas, la intención del Adorable Sacrificio de la Misa. La Iglesia, que no tiene jurisdicción alguna sobre las almas del Purgatorio, puede, sin embargo, por vía de sufragio, hacer aplicables ó no aplicables las indulgencias en favor suyo; y con el auxilio de la liturgia, conmemoraciones, incienso, agua bendita, etc., y muy especialmente con la ingeniosa invención de altares privilegiados, puede ejercer sobre ellas una eficaz influencia. La comunión de los Santos abre las venas y los canales, con que alcanzan su objeto, en Jesucristo, todas estas prácticas y ritos sagrados; el mismo Cielo condesciende á ejercer su acción sobre el Purgatorio, á través de la Tierra; la Soberana Reina de las almas benditas las socorre haciéndonos trabajar por ellas; los ángeles y los santos, por mediación nuestra, las

simple súplica; es imposible que reciba cualquiera de ellas ningún alivio, por pequeño que sea, sin que inmediatamente no se encuentre glorificado en la honra que se tributa á la Preciosa Sangre de su Hijo y en la aproximación de semejante alma á la Patria del Cielo; no puede un alma ser redimida de su cautiverio, sin que el Altísimo no sea inmensamente honrado al premiar sus propios dones en la salvación de esa alma querida; la Cruz de Jesucristo alcanza un triunfo glorioso, el decreto de predestinacion consigue una completa victoria y cuéntase ya un nuevo adorador en la Corte celestial. Además, la gloria de Dios, su gloria dulcísima, la gloria de su amor, más ó menos tarde, es infalible en el Purgatorio; pues que en semejante mansión no hay pecado alguno, ni aun posibilidad de pecar; sólo es cuestión de tiempo: todo cuanto se gana es una ganancia real; toda la mies que se recoge es puro trigo, sin escorzuelo, paja ni tamo.

Por otra parte, ¿qué devoción existe que con justicia sea más querida de los cristianos como la devoción á la sagrada Humanidad de Jesús, la cual, más bien que simple devoción, es un conjunto de devociones sumamente hermosas y variadas? Pues bueno; ved ahora cómo todas ellas están comprendidas y, por decirlo así, empapadas en la devoción á las almas benditas: conforme á la rapidez con que las almas son rescatadas del Purgatorio, auméntase y se

rectamente al menos, no ha sido más que un elogio en favor de la devoción por las almas benditas; pero ahora es preciso que de un modo más directo hable de las excelencias y prerrogativas de semejante práctica devota.

SECCIÓN VI

Excelencias y prerrogativas de la devoción por las almas benditas.

1.º No es ciertamente ninguna exageración el llamar á la devoción por las almas benditas, no menos una especie de centro, donde confluyen y van á encontrarse todas las devociones católicas, como una práctica que satisface más que ninguna otra devoción particular nuestros deberes religiosos, pues que es una devoción toda de amor, y amor desinteresado: echemos una ojeada sobre las principales devociones católicas, y nos convenceremos de ello. Sea, por ejemplo, la primera la devoción de San Ignacio á la gloria de Dios, la cual, si nos es permitido emplear semejante lenguaje, fué la devoción especial y favorita de Jesús. Pues ahora bien; el Purgatorio no es sino un campo dilatado, donde puede recogerse una cosecha abundantísima de gloria de Dios: no se puede recitar oración alguna en sufragio de las almas benditas, sin que al punto no sea Dios glorificado en la fe y caridad que envuelve esa

La devoción á nuestra Madre amorosísima está igualmente comprendida en la devoción por los fieles difuntos, ya consideremos á esta Señora como Madre de Jesús, y participando, en su consecuencia, de los honores de la sagrada Humanidad de su Hijo benditísimo; ya como Madre de misericordia y, por lo tanto, especialmente honrada con las obras de misericordia; ó ya, en fin, como Reina del Purgatorio, y poseyendo, bajo este concepto, toda suerte de intereses, á cuál más inestimables, que promover con la redención y libertad de las almas benditas.

A las devociones susodichas podemos agregar la devoción á los santos ángeles, la cual va también comprendida en la devoción por los fieles difuntos. En efecto, la devoción por las benditas almas está llenando constantemente los tronos que se hallan vacantes en los coros angélicos, esto es, aquellos vacíos deformes que ocasionó la caída de Lucifer y la tercera parte de la milicia celestial; y multiplicando los compañeros de los espíritus bienaventurados. Puede asimismo suponerse que los ángeles mirarán con especial interés á la Iglesia purgante, viéndola ya coronada con su precioso don y esclarecido ornamento de la perseverancia final; y no haber, con todo, entrado inmediatamente á poseer la herencia como ellos pasaron á disfrutarla, luego que terminó su estado de viadores. No pocos espíri-

acelera la abundante cosecha de la Pasión Sacrosanta de nuestro Redentor dulcísimo; y una cosecha temprana es no menos rica que copiosa, porque toda dilación que experimente el alma en su entrada en el Empíreo, para cantar las alabanzas del Cielo, es una pérdida irreparable y eterna para la honra y gloria debidas á la sagrada Humanidad de Jesús. ¡Qué cosas se oyen tan extrañas en el lenguaje del santuario, y, sin embargo, semejante lenguaje no es más que la expresión de la verdad! ¿Puede, por ventura, recibir la sagrada Humanidad de Jesús una honra mayor que aquella que se le está tributando en el adorable Sacrificio de la Misa? No; y cabalmente en este inefable Misterio consiste nuestra principal acción sobre el Purgatorio. La fe en los Sacramentos, aplicados en sufragio de los fieles difuntos, es un homenaje agradable á Jesús; y lo mismo puede decirse de la fe en las indulgencias, en los altares privilegiados, etc.: las facultades todas de que se halla adornada la Iglesia, para con ellas socorrer á las almas benditas del Purgatorio, provienen de la sagrada Humanidad de nuestro Salvador, y son una alabanza y perpetua acción de gracias á Jesucristo Señor nuestro. Ultimamente, la devoción por las almas benditas honra á Jesús, imitando su celo en la salvación de las almas; pues que semejante celo es la divisa de su pueblo y una herencia que El nos legara.

benditas; y si fuese cierto que un corazón coloso es siempre una prueba de agradecido, entonces, á no dudarlo, que aquel intrépido y magnánimo Arcángel nos recompensaría un día sobreabundantemente y cual corresponde á un Príncipe tan ilustre, y acaso dentro de los límites sometidos á su especial jurisdicción.

Ni está menos interesada en esta devoción por los fieles difuntos la devoción á los Santos: cólmales con las delicias de la caridad á medida que aumenta su número, embelleciendo á la vez sus órdenes y jerarquías; innumerables Santos patronos están personalmente interesados con una muchedumbre de almas, porque no sólo subsisten las afectuosas relaciones que mediaron entre ellos y sus protegidos, sino que han llegado á estrecharse con una ternura profunda que inspira en su ánimo la terribilidad del tormento que padecen sus devotos, y con un interés más vivo, á causa de la victoria completa que sus clientes han alcanzado con su valimiento: ven en las almas benditas la obra de sus propias manos, el fruto de su ejemplo, la contestación á sus oraciones, el resultado de su patrocinio y la rica y hermosa corona de su intercesión afectuosa y caritativa. Todo esto puede aplicarse con mayor motivo todavía á los fundadores de Ordenes y Congregaciones: semejantes Santos, semejantes fundadores, son los hijos del Sagrado Corazón de Jesús; han sido concebidos en sus recónditos senos, amaman-

tus celestiales tienen igualmente un tierno interés personal en el Purgatorio: millares, acaso millones de ellos, son los ángeles de Guarda de aquellas almas, y cuyo oficio aun no ha cesado; miles tienen allí protegidos suyos, quienes, viviendo en la tierra, eran sus especiales devotos: San Rafael, que tan fiel fué para Tobías, ¿dejará de ser lo mismo para aquellas benditas almas que durante su vida mortal le honraron con particular devoción? Todos los coros están mutuamente interesados, ora porque semejantes almas han de ser un día agregadas á cualquiera de ellos, ó bien por haberles tenido una devoción particular viviendo en el mundo. María Denise de la Visitación, todos los días acostumbraba á congratular á su Angel de Guarda por la gracia que había recibido, y con cuyo auxilio se mantuvo fiel, mientras tantos otros que la rodeaban estaban cayendo precipitados en los abismos. Era, según ya llevo dicho arriba, el único hecho cierto que Denise conocía de su vida pasada: ¿podría, pues, este espíritu bienaventurado olvidar á su devota, caso de que por la voluntad de Dios hubiese ido al Purgatorio? Además, San Miguel, en calidad de Príncipe del Purgatorio y Regente de Nuestra Señora; en cumplimiento del cargo honorífico que la Iglesia le atribuye en la Misa de difuntos, recibe como un homenaje tributado á su misma persona todo acto de caridad á favor de las almas

lado los enemigos malignos, y calmar los sobresaltos y las apreturas y las congojas que, si no alteran la perfección de nuestra paciencia, á lo menos quitan á la muerte sus gracias y encantos. ¡Qué maravilla, pues, que las ame su fundador al verlas ostentando, inmaculadas y bellas, las preseas de su Orden, la gloria de su regla, en aquellos fuegos purificadores de Dios!

2.ª Pero hay otra particularidad en esta devoción por los fieles difuntos: no consiste en palabras y afectos, ni meramente induce á la acción de un modo indirecto y á la larga; sino que es en sí misma una acción real, y, en su consecuencia, una devoción substancial: habla, y una obra es ejecutada; ama, y una pena es disminuída; ofrece sacrificio, y una alma es libertada: nada puede haber más sólido; casi nos atreveríamos á compararla, guardada la debida proporción, con la voz eficaz de Dios, que obra lo que dice, ejecuta lo que enuncia, y quiere y aparece una creación entera. La devoción soberana de la Iglesia consiste en *Las Obras de Misericordia;* y ved cómo todas ellas se practican con la devoción por los difuntos: con Jesús, Pan de los ángeles, alimenta á las almas hambrientas; con la exquisita bebida de su Preciosísima Sangre apaga la sed de las sedientas; viste al desnudo con el ropaje de la gloria; visita á los enfermos, llevándoles remedios eficaces con que curarles, ó al menos

tados con la Sangre más pura de ese Corazón inmaculado, la cual es más suave que la leche, y más exquisita que el vino de la rica é incomparable uva de las viñas de Engaddí; su caridad ha llegado á sorprender los secretos de la comprensión y dilatación de semejante Corazón Sacrosanto: ¿quién, pues, puede expresar los afectos de compasión que los fundadores abrigan hacia aquellos hijos suyos atormentados en los fuegos abrasadores del Purgatorio? Semejantes almas les honraron durante su peregrinación en la Tierra; vivieron en la casa de sus padres y fundadores; su voz estaba constantemente resonando en sus oídos; sus fiestas eran días de júbilo, regocijo y canciones espirituales; sus reliquias les servían de escudo; su regla de segundo Evangelio; sus dichos y acciones nunca se les caian de los labios; su traje y librea las tuvieron en tanta estimación como si fuese el vestido de un rey oriental, regalado á su valido. El estaba con ellos durante todo el día; le amaban con frenesí; le alababan, hasta el punto de hacer á las gentes sonreir con su orgullo de familia; le temian como á una sombra, cuya triste mirada, cayendo sobre su alma, era para ellos una calamidad más espantosa que el fuego, la espada ó la peste; al acercárseles la hora de la muerte, su nombre, y ningún otro, excepto los nombres de Jesús y María, era el único que pudo tranquilizar su espíritu atribulado, ahuyentar de su

difuntos, consiste en un completo y delicioso ejercicio de las tres virtudes teologales fe, esperanza y caridad, que son las fuentes sobrenaturales de toda nuestra vida espiritual. Primeramente, ejercita la fe; porque la devoción por los fieles difuntos, no sólo conduce á los hombres á vivir en el mundo invisible, sino que también les excita á trabajar en él con tanta energía y convicción como si le tuviesen delante de sus mismos ojos. Espántanse no pocas veces las personas irreflexivas ó ignorantes de la minuciosidad, familiaridad y convencimiento con que oyen hablar del mundo invisible, como si fuese de las riberas del Rhin, de los olivares de la Provenza, de la campiña de Roma, ó de las costas de Nápoles; parajes que ellos han visitado en sus viajes, y cuya situación geográfica conservan en su memoria, con la misma viveza que si los estuviesen viendo con los ojos. Pues bien: todo esto procede de la fe, de la oración, de la lectura espiritual, del conocimiento de las vidas de los Santos y del estudio de la Teología; y sería una cosa bien extraña y lamentable si así no sucediese; porque ¿qué es para nosotros, tanto en interés como en importancia, el mundo que vemos, comparado con el mundo oculto á nuestras miradas corporales? Ejercita igualmente nuestra fe en los efectos del Sacrificio y los Sacramentos, que no vemos; y, no obstante, hablamos de ellos, con relación á los difuntos,

procurándoles, con semejante visita, alguna consolación; redime á las cautivas, sacándolas de una esclavitud más espantosa que la muerte, otorgándolas una libertad celestial y eterna; acoge á las extranjeras, y el Cielo es la mansión donde las recibe; entierra á las muertas en el seno de Jesús, ofreciéndolas allí un descanso sempiterno. Cuando llegue el día del Juicio final, y Nuestro Señor amorosísimo haga estas siete preguntas de su proceso judicial, estos interrogatorios de *Las Obras de Misericordia*, ¡cuán dichoso no será aquel sujeto, y acaso sea el más pobre de entre nosotros, quien jamás dió una limosna por haber él tenido que vivir mendigando, al oir su propia defensa, brillante y elocuentemente hecha por una muchedumbre de almas bienaventuradas, á quienes él ha dispensado semejantes obras de misericordia mientras gemían en la casa-prisión de la esperanza, esto es, en el Purgatorio! Tres veces al día se ponía San Francisco de Sales en la presencia de Dios, cual si estuviese ya viéndole sentado en su Tribunal, examinándose para sentenciarse según la ley de su Salvador. Hagamos nosotros siquiera esto, y así es como llegaremos á ser otros tantos servidores de San Miguel, otros tantos ángeles de Guarda de aquella hermosa pero melancólica región del Purgatorio.

3.ª Otro punto de vista, desde el cual podemos contemplar esta devoción por los fieles

objetos ocultos que á cada paso están ofreciendo cuestiones tremendas, casi las más difíciles con que el entendimiento tiene que luchar. Manifiesta, en fin, la misma fe robusta en todas aquellas devociones católicas que, como dijimos arriba, están confluyendo en semejante devoción por los fieles difuntos; pues dice el Apóstol: «Mi justo vive por fe: pero, si se apartare, no agradará á mi alma»; ¿y qué es la fe, sino «la substancia de cosas que se esperan, la evidencia de cosas que no aparecen»?

Ni esta devoción por las benditas almas es un ejercicio menos heroico de la virtud de la esperanza; virtud, desgraciadamente, tan abandonada en la vida espiritual de los tiempos presentes. Porque ved qué edificio tan grandioso no levanta semejante devoción: edificio de hermosas, variadas y magníficas proporciones, en cuyo recinto, de un modo ó de otro, está encerrada toda la creación, desde el ligero dolor de cabeza que sufrimos hasta la sagrada Humanidad de Jesús, y al que tampoco es extraño ni el mismo Dios. Y bien: ¿sobre qué descansa semejante edificio espiritual más que sobre una sencilla y filial confianza en la fidelidad divina, que es el motivo sobrenatural de la esperanza? Esperamos, por las almas á quienes socorremos, y son innumerables las bendiciones que esperamos alcanzar en beneficio suyo; esperamos hallar misericordia para nosotros

como de hechos reales y consumados. Ejercita también nuestra fe en la comunión de los Santos, hasta un grado tal, que á un hereje le parecería imposible poder él un día rendir su inteligencia á credo tan extravagante y absurdo; ocúpase de las indulgencias con la misma sangre fría que si fuesen las más ordinarias transacciones materiales de este mundo; conoce el tesoro invisible del que se sacan semejantes riquezas, las llaves invisibles que abren el tesoro, la ilimitada jurisdicción que pone infaliblemente dichas gracias á su disposición; la aceptación divina, aunque no revelada, de las mismas, y el efecto invisible que producen, con aquella misma certeza y seguridad que conoce el agua y los árboles, las calles y los templos; aunque frecuentemente no sepa presentar á los demás prueba alguna de semejantes cosas, ni aun darse á sí mismo razon de ellas. La difícil doctrina de la satisfacción, ninguna dificultad ofrece á la fe de esta devoción: la maneja con facilidad asombrosa; echa las cuentas que mejor la convienen; traspasa sus satisfacciones de acá para allá; cambia la dirección de una á otra parte, de este punto al otro opuesto, contando siempre, en semejantes operaciones, con el paternal beneplácito de su Dios y Señor: los pormenores del gobierno doméstico de cada día no se arreglan con más calma y serenidad que aquella con que semejante devoción por los difuntos ordena estos

no lo son tampoco la pureza de Dios y la Preciosa Sangre de Jesús; y así, aunque existan no pocas consolaciones, mas nosotros somos quienes tenemos «un fortísimo consuelo, los que hemos tomado el refugio de asirnos á la esperanza, puesta delante de nosotros, la cual tenemos como un áncora del alma, firme y segura, que penetra hasta dentro del velo en donde es por nosotros introducido Jesús, nuestro Precursor, constituído Pontífice eternamente según el orden de Melquisedec».

En cuanto á la caridad de esta devoción por las benditas almas, sólo tenemos que decir que hasta se atreve á imitar á la caridad del mismo Dios. En efecto, ¿qué hay, en el Cielo y en la Tierra, que ella no abrace con tanta facilidad, con gracia tanta, como si no tuviese apenas que emplear ningún esfuerzo, ó se olvidase de sí misma, y no pudiese mezclarse en distraerla? Es un ejercicio de amor de Dios, pues ama aquellos á quienes Dios ama; y les ama porque Él les ama; y les profesa semejante amor, para aumentar la gloria de Dios y multiplicar sus divinas alabanzas: en sólo este acto de amor están comprendidos cien amores de Dios, como podríamos verlo claramente si reflexionásemos acerca de la situación de aquellas almas benditas, y contemplásemos todo cuanto envuelve la entrada de un alma en la bienaventuranza eterna de la Gloria. Es un acto de amor á la sagrada Humanidad de Je-

mismos por nuestra misericordia; y semejante esperanza alienta nuestros esfuerzos, sin disminuir en lo más mínimo el mérito de nuestra caridad. Si en vez de reservarnos nuestras satisfacciones é indulgencias, las cedemos en favor de las almas del Purgatorio, semejante enajenación no es más que un acto heroico de la virtud de la esperanza: entregámonos, confiados, en las manos de Dios; apenas llega á ocurrírsenos que, obrando de esta manera, quizá estemos sentenciándonos á permanecer años y años en aquel fuego abrasador: cerramos nuestros ojos, desechamos de nuestra mente todo pensamiento levantado, damos todas nuestras limosnas y nos arrojamos en los brazos de la Divina Providencia. Y no haya miedo que seamos defraudados en nuestra esperanza; pues ¿quién confió alguna vez en Dios que se viese chasqueado? ¡No, no! Que todo va á las mil maravillas, como uno se abandone en manos de Su Divina Majestad. Además, semejante devoción por los fieles difuntos obra sobre objetos que están más allá del sepulcro, donde se encuentra la morada de la esperanza, oculta bajo un velo. «Porque somos salvos por la esperanza, pues la esperanza que se ve no es esperanza; porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera? Y si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo esperamos.» Y no sin razón; que no es ningun sueño el estado de los difuntos, ni una ilusión nuestro poder para socorrerlos, como

el número de abogados que intercedan por nosotros que aun estamos militando sobre la Tierra. Es igualmente un ejercicio de caridad hacia nuestras personas, en cuanto que nos granjea amigos en el Cielo; implora misericordia en favor nuestro para cuando nos encontremos en el Purgatorio siendo víctimas pacíficas y, al mismo tiempo, llenas de pena y aflicción; aumenta nuestros méritos en la presencia de Dios; y luego después, siempre que perseveremos, nuestra recompensa eterna en la Patria Celestial. Pues ahora bien; si semejante afecto tierno por los difuntos es un ejercicio excelentísimo de las tres virtudes teologales; si hasta la santidad heroica consiste principalmente en la práctica de las susodichas tres virtudes, ¡qué rico acopio no debemos prometernos de una devoción tan afectuosa y encantadora!

4.ª Otra de las excelencias que resplandecen en la devoción por los fieles difuntos, consiste en sus efectos sobre la vida espiritual: cualquiera diría que era una devoción especialmente destinada á las almas de vida interior y recogida; pero en realidad encierra tantas enseñanzas, y es tan sobrenatural, que no debe uno sorprenderse de la influencia que ejerce sobre la vida espiritual. Porque, en primer lugar, dicha devoción es una obra enteramente oculta: no vemos los resultados; así es que ofrece escaso cebo á la vanagloria; ni es tampoco una devoción, cuyo ejercicio aparezca á los ojos de

sús, ya que engrandece la copiosa redención de nuestro Salvador; honra sus méritos, satisfacciones, designios y misterios; puebla el Cielo y glorifica su Sangre; está llena de Jesús, de su espíritu, de sus obras, de su poder, de sus triunfos. Es asimismo, según llevo demostrado arriba, un ejercicio de amor á nuestra Madre dulcísima, á los ángeles y Santos del Cielo. ¿Y quién es capaz de encarecer la grandeza de su caridad hasta para con las mismas almas del Purgatorio, ora las demos la justa medida de todo lo que la Iglesia nos ordena que hagamos, juntamente con algunas limosnas voluntarias; ora la medida llena de todas las satisfacciones libres de nuestra vida pasada, conforme lo practicaba Santa Gertrudis; ya la medida enteramente apretada con todos aquellos sufragios que nos sean aplicados después de nuestra muerte, imitando así el acto de renunciación heroica del Padre Monroy; ya, en fin, la medida colmada, sobre la que se acumulan todas las restantes obras especiales de amor, tales como el promover semejante devoción por medio de conversaciones, sermones y libros; ó bien logrando de los demás que apliquen, por aquellas esposas queridas de Jesús, Misas, Comuniones, penitencias é indulgencias? Todos los vivos, inclusos los pecadores, van comprendidos en semejante devoción por los difuntos; porque, poblando de nuevos ciudadanos á la Iglesia triunfante, multiplica de esta manera

en su consecuencia, una función especial del sacerdocio lego, que ejercen los miembros de Cristo. El espíritu de la devoción es la compasión, antídoto contra la frivolidad y dureza de corazón, y prueba maravillosa del carácter tierno y afectuoso que resplandece en la levantada santidad: porque ¿quién es capaz de expresar con palabras lo que llegaría á acaecer manteniendo ante los ojos, constantemente y con paciencia, durante años enteros, un modelo tan acabado de deseo vehemente, de inefable y resignado deseo de vivir en compañía de Nuestro Señor amorosísimo? ¡Qué cosa tan maravillosa es la vida de católico fervoroso! Es, digámoslo así, omnipotente, inmensa; pues que no es tanto él quien vive, sino Cristo quien vive en él. ¿Cómo es que, no obstante estar todos los días de nuestra vida tocando y manejando objetos tan llenos de sobrenatural energía, de unción secreta y de fuerza divina, no pensamos en ello, sino que menospreciamos las intenciones, malgastamos el tiempo en medio de este estupendo sistema sobrenatural de gracia, pareciéndonos á una piedra introducida en la Tierra, que, acompañándola en la rotación, no tiene conciencia de semejantes impetuosas revoluciones diurnas?

Paréceme inútil enumerar los diferentes medios de que podemos valernos para practicar esta devoción por los fieles difuntos: son demasiado conocidos de los católicos; y si fuése-

los demás: implica también un completo olvido de sí mismo, enajenándonos de nuestras propias indulgencias y satisfacciones, y manteniendo un vivo y tierno interés por un objeto que directamente no nos concierne; es no sólo un ejercicio por la gloria de Dios, sino por su mayor gloria y sola su gloria: indúcenos á pensar únicamente en las almas, cosa tan difícil de conseguir en este mundo material, y á pensar en ellas, simplemente en concepto de esposas de Jesús; así es cómo adquirimos una disposición de ánimo que tan fatal es al espíritu del mundo y á la tiranía del respeto humano, llegando al mismo tiempo hasta á neutralizar la acción del veneno del amor propio: el pensamiento incesante en las almas benditas conserva constantemente delante de nuestros ojos una viva imagen del sufrimiento; y no meramente de un sufrimiento pasivo, sino de una alegre conformidad con la voluntad de Dios que le envía. Pero todo esto ¿es acaso otra cosa que el espíritu mismo del Evangelio, la verdadera atmósfera de la santidad?

Además, nos comunica semejante devoción, cual si fuese por simpatía, los sentimientos que abrigan las almas benditas, aumentando así nuestra reverencial pero confiada veneración á la adorable pureza de Dios; y como, á excepción del caso de la aplicación de indulgencias por los fieles difuntos, el satisfacer por los pecados de otros requiere un estado de gracia, es,

oportuno decir unas cuantas palabras acerca de los ejemplos de los Santos: sobre este asunto, como podía esperarse, son innumerables; y si bien no voy ahora á abrumaros, trasladando aquí un número considerable de ellos, deseo, sin embargo, ilustrar y confirmar mi doctrina relativa al Purgatorio con los ejemplos de personas santas. Los Diálogos de San Gregorio el Grande pueden considerarse como la fuente principal de la devoción por las almas benditas, practicada en todos los siglos siguientes; y el P. Pedro Fabre solía decir que, aunque San Gregorio es un Santo que debe ser amado y honrado por muchas razones, mas ninguna otra se nos ofrece tan poderosa como (me valgo de sus mismas palabras) la de habernos expuesto y legado aquel Santo Doctor, con asombrosa claridad y no menor lucidez y transparencia, la doctrina relativa al fuego del Purgatorio. Pues creía este varón piadoso que, si San Gregorio no nos hubiese enseñado tantas cosas acerca de las ánimas benditas, la devoción de los siglos siguientes por semejantes esposas queridas de Jesús habría sido mucho más fría y desmayada; así es que, cuando predicaba sobre las excelencias y grandezas de esta devoción, tenía la costumbre de extender, juntamente con ella, una devoción especial á San Gregorio.

Aunque la mayor parte de los Santos se han distinguido de un modo singularísimo por su

mos á ocuparnos extensamente de ellos, se necesitaría un libro entero. Por de contado, que el adorable Sacrificio de la Misa y las indulgencias serán siempre los principales medios de ejercer nuestra caridad para con las almas benditas; y por lo que hace á las devociones que tienen indulgencias, pienso hablar largamente en cualquiera otra parte. Sería de desear que la hechicera devoción de consagrar el mes de Noviembre á las benditas almas del Purgatorio, á la manera que dedicamos el mes de Mayo á Nuestra Madre amorosa María Santísima, se extendiese y arraigase entre nosotros; ya que es difícil haya devociones en la Iglesia de Dios que sean tan acomodadas á nuestro carácter y tan en armonía con los sentimientos de esta nación, como las devociones por las almas benditas del Purgatorio. En todas nuestras prácticas tengamos presente siquiera estas dos cosas: 1.ª, que las personas piadosas tienen que expiar las faltas ligeras; y 2.ª, cuán largo es el proceso donde no puede haber ningún mérito que le abrevie ni aumente el valor del sufrimiento.

SECCIÓN VII

Ejemplo de los Santos.

Mas al propio tiempo que la elección de las prácticas particulares puede dejarse sin ningún peligro á la devoción de cada cual, no será in-

vento de Annecy, año 1653; y créome excusado de entrar en explicaciones por la extensión de mi narración, porque un solo ejemplo, presentado extensamente, ilustrará el asunto mejor que dos docenas de cortas anécdotas relativas al mismo objeto.

En la época en que Mlle. de Martignat abandonó la corte de Francia por la de Carlos Manuel, en Turín, vivía en esta capital una doncella, conocida con el nombre de Madre Antée, quien había recibido del Espíritu Santo un don especial para consagrarse al servicio de las almas del Purgatorio. Habíase ya empleado muchos años en semejante ejercicio devoto; y entrando en relaciones con Mlle. de Martignat, obtuvo de Dios, en sus oraciones, que la sucediese Martignat en el honroso oficio de socorrer á los fieles difuntos. Y, en efecto, su alma fué la primera que vió María Denise saliendo del Purgatorio después de una detención de cinco horas en aquel lugar de sufrimiento, por no haber seguido las inspiraciones que Dios la comunicara acerca de ciertas buenas obras. La Madre Antée había declarado á Denise de Martignat que con el tiempo llegaría á ser religiosa, como años antes se lo había ya San Francisco insinuado en París, y que estaba ordenado que á su debido tiempo se agregaría al convento de la Visitación, en Annecy. En su viaje fué acompañada Denise por una multitud de almas, cuya presencia embargaba de tal

devoción á los fieles difuntos, pues enseña Santo Tomás que es incompleta la caridad cuando no incluye asi á los muertos como á los vivos, no obstante han existido ciertas almas santas cuya vida parece que Dios destinó en sacrificio grandemente sobrenatural por los fieles difuntos: Sor Josefa de Santa Inés, religiosa agustina, fué una de ellas, y otra Sor Francisca de Pamplona, religiosa carmelita descalza. Ambas á dos religiosas parecían no vivir más que para este solo objeto: estaban en comunicaciones continuas con las almas benditas: sus celdas frecuentemente se encontraban llenas de ellas; la de Sor Inés casi siempre estuvo consagrada á ser lugar de purificación para varias: por otra parte, el carácter de santidad de ambas á dos religiosas fué asimismo muy semejante. En materia de Purgatorio, sin el menor escrúpulo, podemos servirnos de las revelaciones relativas á semejante lugar, siguiendo el ejemplo de una autoridad tan respetable como la del Cardenal Belarmino, quien, en su *Tratado* sobre el Purgatorio, según ya lo he indicado más arriba, aduce siempre algunas revelaciones particulares, como una clase distinta de pruebas en defensa de sus proposiciones. Por muchas razones he preferido tomar mi ejemplo, en corroboración de la doctrina que vengo sosteniendo en el presente capítulo, de la *Vida* de Sor María Denise de Martignat, de la Visitación, quien murió en el con-

En cierta ocasión la manifestó su Superiora el deseo que tenía de ser visitada por un alma del Purgatorio, siempre que semejante visita contribuyese á hacerla más humilde y agradable á los ojos de Dios, á lo cual replicó María Denise: «Muy bien, madre mía querida; si tal es vuestro deseo y determinación, roguemos al Señor que os lo conceda». Habiendo consentido en ello la Superiora, quedó enteramente asombrada al ver que aquella misma noche recibió una misteriosa señal de un alma en penas, quien, desde aquel momento, continuó visitándola con bastante frecuencia: varias religiosas de la Comunidad, que dormían en la misma habitación de la Superiora, fueron testigos de vista y auriculares de semejantes visitas; y esto duró por espacio de algunos meses. Al terminar el tiempo de dichas comunicaciones, dijo María Denise á la Superiora que la continuación de un alma en las penas del Purgatorio, como aquella que la había visitado, debía convencerla de que permanecen las almas sufriendo en aquel lugar de expiación mucho más tiempo de lo que antes ella se había imaginado, y esto por cuatro razones: primera, por la inconcebible pureza que era preciso tuviese el alma antes de poder presentarse delante de Aquel que es la misma santidad y pureza por esencia, quien no recibe á nadie en la Jerusalén celestial que no sea tan puro como la patria misma de la Gloria; segunda, por la

ərte sus sentidos, que no se apercibió del
so del Mont-Cénis: tan embebida estaba en
conversación con las benditas almas. Por las
ıciones de la Madre Antée había recibido,
entras estaba orando delante de la Sábana
nta, en Turín, una gracia eficaz y miste-
ɪsa, por medio de la cual gozaba de un in-
ɜuso poder sobre las almas del Purgatorio; y
ı primeros años que permaneció en Annecy
ı consagró enteramente al ejercicio de prác-
ːas piadosas en alivio de las penas que pade-
n las almas benditas. No pocos secretos lle-
ˌron á revelarla; y entre otras cosas la dije-
n, cuando estaba ejerciendo el oficio de en-
rmera, que no había ningún lugar donde hu-
ɘse tantos espíritus malignos ni tan activos
mo en la enfermería, por ser éste el campo
ı que el alma riñe la última batalla por la
ernidad.

Continuamente estaba acompañada de almas
nditas, viéndolas con sus propios ojos: de-
ıró á la Superiora que, lejos de tenerlas mie-
ı, se hallaba tan á gusto en medio de un ejér-
to de almas, como con sus hermanas de co-
unidad; encontrando mayor aprovechamiento
ıra su alma en la conversación con los fieles
funtos que con los vivos: hacíase con cuan-
s medallas podía, que tuviesen concedidas
ıdulgencias, y, en la recreación, constante-
ente estaba predicando con elocuencia acerca
ɜ las excelencias de esta su devoción favorita.

fué libertada del cautiverio del Purgatorio. Encontrábase la sierva de Dios tan agobiada con la visión de semejante alma, que la Superiora llegó á conocer que debía haberla sucedido alguna cosa extraordinaria, y preguntóla el motivo de su turbación. Refirióla Martignat la visión, y añadió: «¡Sí, Madre mía querida, he visto esa alma en el Purgatorio! Pero ¡ay! ¿quién la sacará? Acaso no salga hasta el día del Juicio. ¡Oh, Madre mía!, continuó sollozando, ¡cuán bueno es Dios en su justicia! ¡Cuánto ha seguido ese príncipe el espíritu del mundo y los placeres de la carne! ¡cuán poco cuidado tuvo de su alma, y qué poca devoción en el uso de los Sacramentos!» El efecto de semejante visión, juntamente con las penitencias que practicaba en sufragio de esa alma, causaban en su salud corporal una alteración tal, que la Superiora se lo hizo presente, llamándola la atención acerca del particular; mas ella replicó que ahora debía estar constantemente sufriendo, pues habíase ofrecido á Dios con el fin de procurar á esa alma infeliz algún alivio en sus penas. Y, no obstante, Madre mía querida, añadió, no me impresiona tanto el lamentable estado de tormento en que he visto su alma como el asombro que produce en mi ánimo aquel momento glorioso de gracia que coronó la obra de su salvación eterna: semejante instante venturoso me parece el exceso de la bondad, dulzura y

inumerable muchedumbre de faltas veniales ue cometemos en la vida presente, y la *poca enitencia que hacemos por los pecados morales que hemos confesado*: tercera, por la inapacidad de semejantes almas para socorrerse si propias; y cuarta, á causa de la tibieza y egligencia de la mayor parte de los cristianos n rogar y practicar buenas obras por estas alnas; pues los fieles difuntos son olvidados de ı memoria de los vivos apenas han desapareido de su vista, cuando la verdadera caridad compaña á aquellos á quienes ama, á través e las llamas del Purgatorio, á los goces ceestiales de la Gloria.

La festividad de Nuestra Señora de los Aneles era un día en que María Denise obtenía eneralmente la redención de muchas almas el Purgatorio. Una vez, después de la Comuión en honra de aquella fiesta, sintió un fuer: movimiento interior, como si Nuestro Seor la estuviese arrancando el alma del cuero, trasladándola después al borde del Purgaorio, donde la señaló el alma de un poderoso ríncipe que había muerto en un duelo, mas quien Dios otorgó la gracia de hacer un acɔ de contrición antes que exhalase su postrer uspiro: y la fué ordenado que rogase por él e un modo particular, lo que practicó Denise urante nueve años y tres meses, llegando asta ofrecer en sacrificio su vida por el alma e semejante personaje; y, á pesar de eso, no

Poniéndola algunos reparos la Superiora acerca del particular, respondió Denise: «Madre mía querida: como el príncipe no había perdido la fe, era uua especie de pajuela, pronta á inflamarse; así es que, cuando la chispa de la gracia tocó el centro cristiano de su alma, fué encendido el fuego de la caridad, e hizo brotar un acto de salvación. Dios puso en acción el instinto natural que tenemos, el cual nos mueve á invocar á la causa primera cuando estamos en peligro inminente de perder la vida que recibiéramos de sus liberales manos; y así es cómo tocó al príncipe, solicitándole á recurrir á la gracia eficaz. La divina gracia es mucho más activa de lo que podemos imaginarnos: imposible es que cerremos nuestros ojos con tauta velocidad como la que Dios emplea en la justificación del alma donde El busca la cooperación; y el momento en que el alma ejecuta el acto de cooperación á la gracia es tan rápido como aquel en que la recibe; y entonces el alma comprende cuán admirablemente ha sido criada á imagen y semejanza de Dios». Viendo la Superiora que iba engolfándose en misteriosas profundidades, la interrumpió haciéndola observar cómo se había Dios ocupado durante cuarenta años con los hijos de Israel, y ni aun así consiguió que se convirtiesen de sus malos caminos. «Es verdad, Madre mía, la contestó Denise; pues entonces juró Dios, en su cólera, que aquel pueblo suyo

mor infinito de Dios. La acción en que murió, ıerecía el Infierno: por su parte, ningún mi-ımiento tuvo para con Dios, con objeto de ue le enviase del Cielo aquel momento pre-ioso de la Gracia; fué un efecto de la Comu-ión de los Santos, por la participación que ıvo en las oraciones hechas por su salvación: ι Divina Omnipotencia tuvo la dignación de piadarse benignamente de alguna buena al-ıa, y en aquella ocasión obró fuera del curso rdinario de la Gracia. ¡Ah, Madre mía que-da! Preciso es que en lo sucesivo enseñemos todo el mundo á pedir á Dios, á Nuestra Se-ora y á los Santos, ese instante final de gra-ia y misericordia para la hora de la muerte, á preparar también el camino que conduce á lla, por medio de buenas obras; porque, si bien uede derogar alguna vez Nuestro Señor el cur-) ordinario de su Providencia, no debemos ja-ıás presumir alcanzar semejante privilegio en uestra propia causa. Muchas batallas se riñe-ın en Israel, y nunca se detuvo el sol sino or Josué, ni retrocedió más que en favor de zequías. Un millón de almas se han conde-ado ejecutando la misma acción en que el ríncipe fué salvado: no estuvo más que un ɔlo instante en el uso de su razón, para co-perar al momento precioso de la Gracia; aquel ıstante le inspiró una verdadera conversión, ue le habilitó para hacer un acto de verdade-) arrepentimiento final».

vivas instancias; y, consintiendo esta buena Madre en la demanda, no pudo dejar de expresar su sorpresa de que la hubiese solamente hablado de una abreviación de unas cuantas horas; pero María Denise la replicó: «¡Ah, Madre mía! Es ya una gran cosa el que la divina Misericordia haya comenzado por acceder á los ruegos: el tiempo no tiene en la otra vida la misma medida que en la vida presente: años enteros de aflicción, de trabajos, de pobreza y enfermedades agudas en este mundo, no pueden compararse con una sola hora de aquellos sufrimientos que padecen las infelices almas del Purgatorio».

Me extendería demasiado si fuese á referir todas las comunicaciones que el Señor tuvo la dignación de mantener con María Denise, relativas á la situación de aquella alma. En fin, vino semejante visión á concluir con el desenlace de ofrecer Denise su vida en alivio solamente, no en rescate, de los sufrimientos que padecía el alma de aquel príncipe; cuyo sacrificio la fué aceptado. No mucho tiempo antes de su muerte, manifestándola la Superiora que ya por entonces estaría, seguramente, aquella alma libertada del cautiverio del Purgatorio, María Denise la dijo con gran entusiasmo: «¡Oh, Madre mía! Muchos años y muchos sufrimientos son necesarios todavía»; y, últimamente, murió. No obstante, no se supo una sola palabra de que fuese libertado el príncipe,

endurecido no entraría en su descanso. La gracia victoriosa solamente necesitó un momento para derribar á San Pablo y triunfar de su corazón. La conducta y los juicios de Dios son abismos que no nos incumbe sondear; pero puedo aseguraros una cosa, y es, que si no hubiese sido por aquel solo instante dichoso de gracia, el alma del príncipe hubiera descendido á lo más profundo de los infiernos; y desde que el demonio es demonio, acaso nunca se haya visto más defraudado en sus esperanzas como en la pérdida de aquella presa; porque él no sabía nada acerca de la ocupación interior de su víctima durante aquellos pocos segundos que le otorgara la Bondad divina después de haber sido herido mortalmente.»

Apenas se encuentran palabras con que describir los sufrimientos de alma y cuerpo que padeció María Denise en alivio de esa alma: la Madre de Chaugi consagró á ellos un capítulo entero; cuyos sufrimientos son enteramente iguales á aquellos que leemos de algunos Santos. Después de un prolongado martirio de semejante especie, plugo á Dios que viese Denise en espíritu el alma del príncipe ligeramente levantada sobre el fondo de aquel abismo encendido del Purgatorio, en disposición de ser libertada algo antes del día del Juicio y con una abreviación de *unas cuantas horas* de Purgatorio. Suplicó entonces Denise á la Madre de Châtel que rogase por él con

jor que otros cuán escasos son sus recursos comparados con la necesidad. Mas semejante inclinación á dar limosna nace del Sagrado Corazón de Jesús, y preciso es satisfacerla. Y bien, ¿podemos discurrir un medio de satisfacerla que llegue á igualarse al de dar limosna á las almas benditas del Purgatorio, que son quienes más la necesitan? Todos nosotros disponemos de recursos con que poder remediar á las esposas amadas de Jesús. ¿Y cuánto no podríamos también hacer en favor de nuestros pobres queridos de la Tierra si encomendásemos su causa á las almas á quienes Dios nos permite libertar de las penas del Purgatorio, haciendo con ellas un pacto amistoso para que, cuando respiren el aire puro del Cielo, é inmediatamente después de presentar al Rey de la Majestad sus homenajes y primeras salutaciones, rueguen al Señor tenga la dignación de enviar copiosos raudales de gracia sobre los ricos á fin de que sus corazones, á semejanza de los corazones de los primeros cristianos, queden abiertos, para negarse generosamente á sí propios y festejar á los pobres de Cristo?

Esta doctrina del Purgatorio, y los inmensos poderes que pone en las manos de aquellos que practican la devoción por las almas benditas, prueban más que ninguna otra cosa cómo Dios lo ha ordenado todo por amor, todo para mostrarnos el amor que nos profesa, todo, en fin, para granjear el amor de sus criaturas ; así

ni aun por aquel sacrificio heroico que coronó más de nueve años de sufrimientos, misas, comuniones é indulgencias, no solamente de su parte, sino por mediación suya, de parte también de muchas otras personas. ¡Qué comentario tan largo no podría escribirse acerca de todo esto! Pero los corazones que aman á Dios, ya lo comentarán por sí mismos. ¡Loor, pues, á la Majestad gloriosa del Altísimo por la insaciabilidad de su pureza inmaculada!

Otra palabra no más. Entre las angustias que desgarran á los corazones generosos, existe una que parece va haciéndose mayor á medida que se sucede en el mundo una generación á otra en la serie de los siglos, y es el espantoso vuelo del pauperismo y la miseria, y nuestra incapacidad para remediar semejante calamidad: difícilmente exista alguno de entre nosotros que no haya experimentado semejante angustia, á vista de las proporciones inmensas que va tomando la pobreza. Es tan asombrosa la miseria que está afligiendo á la sociedad, que aquellos que cuentan con escasos recursos para remediarla, indudablemente, sentirán tanta aflicción como los que carecen de ellos; y aquellos que disponen de mucho qué ofrecer, acaso se vean aún más afligidos todavía; porque la acción de dar abre el corazón humano y le aficiona á emplearse en tan santa ocupación cada día con nuevo desinterés; y consiguientemente, quienes tienen mucho que dar, conocen me-

la Santa prorrumpió en estas expresiones: « ¡Oh Amor, aquel que os siente, no os comprende; y quien desea comprenderos, no puede conoceros! »

No haría más que repetir cuanto llevo ya dicho en otra parte, si fuese aquí á exponer minuciosamente los diversos medios con que la devoción por los fieles difuntos promueve nuestros tres fines: la gloria de Dios, los intereses de Jesús y la salvación de las almas. En efecto, el carácter peculiar de semejante devoción es la plenitud: toda ella está animada de una vida y virtud sobrenaturales; rebosando doctrina, obrando en todas partes é interviniendo en todas las cosas. Siempre estamos tocando en ella con algún resorte oculto, que va más allá de lo que pensábamos, y cuya acción sobrepuja á nuestra esperanza: no parece sino que todas las cuerdas de la gloria divina están reunidas y sujetas á ella; y cuando una es tocada, vibran todas y forman una melodía á la mayor honra de Dios, melodía que no es más que una parte de la suave canción que el Sagrado Corazón de Jesús está constantemente cantando en el seno de la muy compasiva Trinidad.

como el olvido y menosprecio de semejante devoción nos hace ver con no menor evidencia la ingratitud y ruindad con que correspondemos al amor divino, desagradecimiento que es tan asombroso como el amor mismo de Dios Nuestro Señor. ¡Cuán patética y encantadora es la descripción que Dios se sirvió dar á Santa Gertrudis de Sí mismo y de su solicitud por las almas!: «A la manera que un pobre baldado, la dijo, quien no pudiendo andar por su pie, y habiendo alcanzado á duras penas el ser llevado á la solana para reanimarse con el calor, ve avanzar rápidamente una tempestad, y tiene que esperar resignado, pero burlado en su propósito, á que pase y vuelva el Cielo á despejarse, así soy Yo: mi amor por vosotros me domina y compele á elegir habitar en vuestra compañía durante la recia tempestad de vuestras culpas, esperando que venga al fin la calma de vuestra enmienda y el reposado abrigo de vuestra humildad». No sin razón podemos, pues, exclamar con Santa Catalina de Génova: «¡Oh Señor mío, ojalá me fuese siquiera dado conocer la causa de vuestro excesivo y puro amor á las criaturas racionales!» Pero Nuestro Señor la contestó: «Mi amor es infinito, y no puedo menos de amar lo que he criado. La causa de mi amor no es otra más que el amor mismo; y viendo que no puedes comprenderle, descansa en paz y no pretendas averiguar lo que jamás te es posible descubrir». Entonces

ÍNDICE GENERAL

CAPÍTULO I

INTERESES DE JESÚS

CAPÍTULO II

SIMPATÍA CON JESÚS

CAPÍTULO V

RIQUEZAS DE NUESTRA POBREZA

CAPÍTULO VI

MONEDA ACUÑADA

CAPÍTULO III

EL AMOR OFENDIDO POR EL PECADO

CAPÍTULO IV

ORACIÓN DE INTERCESIÓN

CAPITULO IX

PURGATORIO

CAPÍTULO VII

ACCIÓN DE GRACIAS

CAPÍTULO VIII

ALABANZA Y DESEO

CAPÍTULO III

EL AMOR OFENDIDO POR EL PECADO

CAPÍTULO IV

ORACIÓN DE INTERCESIÓN

CAPÍTULO V

RIQUEZAS DE NUESTRA POBREZA

ÍNDICE DE LAS SECCIONES

CAPÍTULO I

INTERESES DE JESÚS

CAPÍTULO II

SIMPATÍA CON JESÚS

CAPÍTULO IX

PURGATORIO

CAPÍTULO VI

MONEDA ACUÑADA

CAPÍTULO VII

ACCIÓN DE GRACIAS

CAPÍTULO VIII

ALABANZA Y DESEO

4. **Oficio parvo de la Santísima Virgen María**, según la reforma de San Pío V y Urbano VIII. Oficio de difuntos, Salmos penitenciales y Letanías de los Santos, en latín y castellano. Un tomo en 8.º

5. **Arco-iris de paz**, cuya cuerda es la consideración y meditación para rezar el Santísimo Rosario de Nuestra Señora, compuesto por el R. P. Fr. Pedro de Santa María y Ulloa. Un tomo en 8.º

6. **La familia regulada con doctrina de la Sagrada Escritura y Santos Padres de la Iglesia**, por el R. P. Fr. Antonio Arbiol. Un tomo en 8.º

7. **La dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo**, según las meditaciones de Sor Ana Catalina Enmerich, religiosa agustina del Convento de Agnetemberg, de Dulmen. Un tomo en 8.º

8, 9 y 10. **Meditaciones espirituales** del V. P. Luis de la Puente, de la Compañía de Jesús. Tres tomos en 8.º

11. **Historia de la Sagrada Pasión**, sacada de los cuatro Evangelios, por el P. Luis de la Palma. Un tomo en 8.º

12. **El alma devota de la Santísima Eucaristía**, por Juan B. Pagani. Un tomo en 8.º

13. **De la imitación del Sagrado Corazón de Jesús**, por el P. J. Arnoldo. Un tomo en 8.º

14. **La verdadera esposa de Jesucristo, ó sea la monja santa**, por San Afonsò María de Ligorio. Un tomo en 8.º

15. **Todo por Jesús, ó vías fáciles del amor divino**, por el R. P. Federico Guillermo Fáber. Un tomo en 8.º

16. **Vida y doctrina de Jesucristo**, por el P. Nicolás Avancini. Un tomo en 8.º

17. **El director de las almas**, por el P. Pedro Juan Pinamonti. Un tomo en 8.º

18. **El espíritu de San Francisco de Sales.** Un tomo en 8.º

19. **El interior de Jesús y de María**, por el P. Grou. Un tomo en 8.º

BIBLIOTECA ESCOGIDA DEL PERFECTO CATÓLICO

Con las obras que por su extensión no han podido incluirse en la colección *Joyas del cristiano*, y que por su indiscutible mérito no queríamos prescindir de publicar, se ha venido á formar esta *Biblioteca del perfecto católico*, serie selectísima de lecturas ascéticas, místicas y devotas, útiles para toda clase de personas, religiosas ó seglares, y dignas, por lo tanto, de ocupar un lugar preferente en el hogar cristiano, en la comunidad y en el colegio.

La celebridad de todas estas obras atestigua su mérito; y para hacerlas populares hemos procurado publicarlas con la economía suficiente para que se introduzcan en los más modestos hogares. La economía empleada no perjudica al conjunto estético de las obras. Sabemos que el agradable aspecto estimula mucho la curiosidad, y con la curiosidad fácilmente se consigue hacer prácticas las buenas lecturas. Para conseguir este resultado nuestra Biblioteca, á pesar de su modestia, ha sido editada con verdadero lujo, tipos claros, papeles satinados y elegantes encuadernaciones, elementos materiales indispensables para honrar y popularizar los buenos libros.

TOMOS PUBLICADOS

1. **Oficio de la Semana Santa y de la Pascua de Resurrección**, por el R. P. Pedro Gómez, *en castellano*. (Edición B, completísima, con letra gruesa.) Un tomo en 8.°
2. **Oficio de la Semana Santa y de la Pascua de Resurrección**, *en latín y castellano*, por el P. Pedro Gómez. (Edición C.) Un tomo en 8.°
3. **Ligorio.** Visitas al Santísimo Sacramento, á María Santísima y á San José. (Edición C.) Un tomo en 8.°